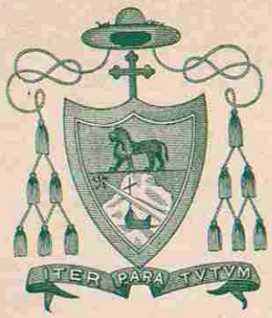
TESORO
DE ORATORIA
SAGRADA
XIX

TESORO
MARIANO
O
PANEGIRICOS
DE
MARIA SS.

BV4217
T4
Y19
1871-93

008549



EX LIBRIS
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis

TESORO MARIANO.

De esta obra se han publicado los tomos siguientes:

Tomo I: 31 discursos;

EL JARDIN MARIANO,

Ó SEA:

LA SANTÍSIMA VÍRGEN SIMBOLIZADA POR LAS FLORES.

Consta de 286 páginas, en 8.° mayor: su precio 9 reales vn. en rústica y 14 en pasta.

Tomo II: 31 discursos;

LA VÍRGEN DE NAZARETH,

contemplada en los principales pasos de su vida, durante el mes de Mayo.

Consta de 272 páginas: su precio 9 rs. vn. en rústica, y 14 en pasta.

Tomo III: 31 discursos:

LA VERDADERA DEVOCION Á LA SANTÍSIMA VÍRGEN,

Ó SEA:

Discursos morales, en los cuales, con el ejemplo de la Madre de Dios, se nos enseña lo que hemos de practicar para poder llamarnos verdaderos devotos de María: discursos propios para el mes de Mayo. Pueden tambien servir para Adviento, Cuaresma, Novenarios, etc.

Consta de 446 páginas: su precio 13 rs. vn. en rústica y 18 en pasta.

Tomo IV:

NOVENARIOS PARA LAS PRINCIPALES FESTIVIDADES DE LA SANTÍSIMA VÍRGEN, Y SEPTENARIOS DE LOS DOLORES.

Discursos que pueden además servir para el Mes de Mayo y Panegíricos.

Consta de 508 páginas: su precio 14 rs. vn. en rústica y 19 rs. vn. en pasta.

Tomo V: 31 discursos:

LAS VIRTUDES DE MARÍA SANTÍSIMA.

Discursos propios para el mes de Mayo, Triduos y Novenarios.

Consta de 260 páginas: su precio 9 rs. vn. en rústica y 14 rs. vn. en pasta.

Tomo VI: 40 discursos:

PANEGÍRICOS SOBRE LOS MISTERIOS DE MARÍA SANTÍSIMA

Discursos que pueden también servir para el mes de Mayo.

Consta de 254 páginas: su precio 11 rs. vn. en rústica y 16 rs. vn. en pasta.

Tomo VII: 59 discursos:

PANEGÍRICOS SOBRE LAS DISTINTAS ADVOCACIONES CON QUE SE HONRA Á MARÍA SANTÍSIMA.

Consta de 490 páginas: su precio 14 rs. en rústica y 19 rs en pasta.

TESORO

DE

ORATORIA SAGRADA.

TOMO XIX.

SEGUNDA PARTE.

TESORO MARIANO,

TOMO VII.

PANEGÍRICOS

SOBRE LAS

DISTINTAS ADVOCACIONES CON QUE MÁS GENERALMENTE HONRAN LOS FIELES

Á

MARÍA SANTÍSIMA.

TESORO
DE
ORATORIA SAGRADA,

Ó SEA:

BIBLIOTECA SELECTA

DE

PREDICADORES;

COLECCION ESCOGIDA

de Sermones, Pláticas y otros Discursos sagrados sacados de los más sobresalientes autores nacionales y extranjeros, en especial modernos;

CONSIDERABLEMENTE

ampliada con gran copia de trabajos originales, Sermones, Planes de sermon, Divisiones, Pasajes, Figuras de la Sagrada Escritura y Sentencias de los Santos Padres.

2.ª EDICION

CORREGIDA, ORDENADA Y COMPLETADA,

POR UNA SOCIEDAD DE ECLESIÁSTICOS,

bajo la direccion

del R. P. Ramon Buldú,

Provincial franciscano.

PRIMERA PARTE.

Comede volumen istud, et vadens loquere ad filios Israel. (EZECH. III, 1.)

SEGUNDA PARTE.

Tomo VII.

CON LICENCIA DEL ORDINARIO.

BARCELONA:
PONS Y C.ª EDITORES, CALLE DE PETRITXOL, NÚM. 9.

1885.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez

BV4217
T4
V.19
1871-93

LOS EDITORES SE RESERVAN LA PROPIEDAD DE ESTA OBRA
CON ARREGLO Á LA LEY.

Imprenta de Luis Tasso, calle del Arco del Teatro, núms. 21 y 23.

TESORO
DE
ORATORIA SAGRADA,
Ó SEA:
BIBLIOTECA SELECTA
DE
PREDICADORES.

SEGUNDA PARTE.

TESORO MARIANO,
ó sea:

Panegíricos de la Santísima Virgen, relativos á todos los **Misterios**, sus **Virtudes**, los **Hechos** todos de su Vida, y á los principales títulos y advocaciones, con que la honran los fieles:

DIRIGIDA, COLECCIONADA Y COMPLETADA
POR EL
R. P. Ramon Buldú,
Provincial franciscano.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

TOMO VII.

PANEGÍRICOS
SOBRE LAS
DISTINTAS ADVOCACIONES CON QUE MÁS GENERALMENTE HONRAN LOS FIELES
Á
MARÍA SANTÍSIMA.

CON LICENCIA DEL ORDINARIO.

BARCELONA:
PONS Y C.ª EDITORES, CALLE DE PETRITXOL, NÚM. 9.
1885

FONDO EMERITO
45180

Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

CAPILLA ALFONSINA
UANL

FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

NUESTRA SEÑORA DE LOS AGONIZANTES.

Si ambulavero in medio umbræ mortis, non timebo mala.

Aunque caminase yo por medio de la sombra de la muerte, no temeré yo ningún desastre.

(SALMO XXII, 4.)

Se ha dicho, y con razon, que la tribulacion mayor y el compendio de todas las tribulaciones es la muerte: al acercarse tan terrible momento, en que nos será preciso abandonar la vana figura de este mundo, se presentan á la mente cuantas calamidades y aflicciones la oprimieron durante su peregrinacion por la tierra. Se debe morir, precisamente, en la hora en que se abrigan más lisonjeras esperanzas y se adquieren nuevos bienes, sin sospechar del presente, ni inquietarse por el mañana. Antes de morir oprimen el cuerpo graves dolores, náuseas que le anublan el entendimiento, angustias que atraviesan su corazon, y melancolías que le entristecen. Al morir ve el hombre, que ha de separarse de las personas que ama con tanta ternura, de los bienes que acumuló con tantos sudores, de los títulos que ostentó con tanto fausto y de todas aquellas cosas que formaron sus delicias. En una palabra, es casi imposible que no tema la muerte, puesto que los hombres más eminentes en santidad, al aproximarse ella, se sintieron sobresaltados por aterradores pensamientos de tristeza; y hasta Aquel mismo que fué vencedor y árbitro de la muerte, se estremeció ante ella en el Huerto de las Olivas.

Hé aquí porque la pública devocion, que conoce el poder y la ternura de nuestra piadosa Madre, que la considera como benéfica protectora para todos los azares de la vida, la constituyó tambien protectora en todos los afanes de la muerte, que compendian todos los demás, y empezó á saludarla con el título suavísimo de Nuestra Señora de los Agonizantes; título que debe llamar ciertamente á sí los afectos de todos los corazones. Pues ¿hay, acaso, hombre alguno,

008549

Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

CAPILLA ALFONSINA
UANL

FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

NUESTRA SEÑORA DE LOS AGONIZANTES.

Si ambulavero in medio umbræ mortis, non timebo mala.

Aunque caminase yo por medio de la sombra de la muerte, no temeré yo ningún desastre.

(SALMO XXII, 4.)

Se ha dicho, y con razon, que la tribulacion mayor y el compendio de todas las tribulaciones es la muerte: al acercarse tan terrible momento, en que nos será preciso abandonar la vana figura de este mundo, se presentan á la mente cuantas calamidades y aflicciones la oprimieron durante su peregrinacion por la tierra. Se debe morir, precisamente, en la hora en que se abrigan más lisonjeras esperanzas y se adquieren nuevos bienes, sin sospechar del presente, ni inquietarse por el mañana. Antes de morir oprimen el cuerpo graves dolores, náuseas que le anublan el entendimiento, angustias que atraviesan su corazon, y melancolías que le entristecen. Al morir ve el hombre, que ha de separarse de las personas que ama con tanta ternura, de los bienes que acumuló con tantos sudores, de los títulos que ostentó con tanto fausto y de todas aquellas cosas que formaron sus delicias. En una palabra, es casi imposible que no tema la muerte, puesto que los hombres más eminentes en santidad, al aproximarse ella, se sintieron sobresaltados por aterradores pensamientos de tristeza; y hasta Aquel mismo que fué vencedor y árbitro de la muerte, se estremeció ante ella en el Huerto de las Olivas.

Hé aquí porque la pública devocion, que conoce el poder y la ternura de nuestra piadosa Madre, que la considera como benéfica protectora para todos los azares de la vida, la constituyó tambien protectora en todos los afanes de la muerte, que compendian todos los demás, y empezó á saludarla con el título suavísimo de Nuestra Señora de los Agonizantes; título que debe llamar ciertamente á sí los afectos de todos los corazones. Pues ¿hay, acaso, hombre alguno,

008549

que no tema á la vista de la muerte, en actitud y ademán de gigante? ¿Puede, acaso, nadie librarse de caer en aquel negro abismo abierto á nuestros piés? Siendo así que todos, tarde ó temprano, tendremos que oir la campanilla de la agonía, todos debemos invocar á Aquella, que puede hacerla ménos amarga, y allanando los caminos de la salvacion, trocarla en amable principio de un eterno gozo, de lo cual voy á hablaros con todo el celo y eficacia posibles. Al probaros que María asiste con singular auxilio á sus devotos en el instante tremendo de la muerte, y que éstos nada deben temer en aquel instante, estoy seguro de que resolvereis venerarla más y más cada día, y tributarla vuestra filial devocion. Pidamos ántes los auxilios de la gracia: A. M.

Nadie, estoy seguro de ello, pondrá en duda, que María nos ama. Basta considerarla en Nazareth ó en el Calvario, para que no quepa duda alguna de este amor. ¿Por qué aceptó en Nazareth el ser madre, á pesar de saber la horrible série de padecimientos á que debía someterse? ¿Por qué quiso correr hácia el Calvario, arrodillarse al pié de la cruz, unir sus dolores á la pasion del Hijo, y apurar á grandes sorbos el cáliz de las amarguras? Fué por nuestro amor, que condescendió en Nazareth á las dolorosísimas consecuencias que debía sufrir á causa de su divina maternidad; fué por amor nuestro, que se contentó en el Calvario con ser traspasada con terribles tormentos, y martirizada con indecibles angustias. Por consiguiente, si María hizo tanto por nosotros, hasta sacrificarse por nuestro bien, y puesto que no hubiera podido hacer tanto, si no la hubiese impelido con tanta fuerza un amor generoso hácia nosotros, debemos concluir, que nos ama con el mayor amor, ya que nos amó con el amor del sacrificio, que es el mayor de los amores.

Pregunto yo ahora; ¿cómo se prueba el amor, sinó oyendo las súplicas, secundando los rectos deseos, y socorriendo en todos conceptos al que se ama? Es esto uno de los principales efectos del amor; y cuando se cierran los oidos á las legítimas pretensiones de la persona que se dice que se ama, no se quiere satisfacer sus justos votos, ó no se le proporciona el bien que podría hacérsele, prueba es irrecusable de que no se le ama. Puesto, pues, que María nos ama, y nos ama con el amor poderosísimo que hemos dicho ántes, síguese, que debe atender benigna nuestras súplicas, mostrarse benévola á nuestros deseos, y declararse solícita por colmarnos de sus maternales beneficios. Esto es lo que ha hecho siempre; y ninguna lengua, por

elocuente que sea, podría enumerar las gracias de que ha colmado piadosamente á las almas que imploraron su patrocinio. Cuantos se presentaron á sus altares, sintieron desvanecerse los dolores de su cuerpo, calmarse las inquietudes de su espíritu, serenarse las dudas de su entendimiento y alejarse las agitaciones de su corazon. Cuantos la han invocado, se han visto consolados en sus aflicciones, defendidos en las tentaciones, sostenidos en los peligros y socorridos en las calamidades. Cuantos recurrieron á su patrocinio vieron como, para secar su llanto, libraba los campos del granizo, del naufragio las mercancías, de la bancarota los negocios y de malignas influencias la salud. Derramaron lágrimas de ternura por los obtenidos socorros cuantos acudieron fervorosamente á Ella en la impaciencia del esperado auxilio, y cantaron himnos de gratitud por las mercedes recibidas cuántos lábios la invocaron con acentos salidos de lo más íntimo del alma; y estos beneficios, repartidos por su misericordia y derramados sobre los infelices con aquel amor de que rebosa su corazon para nuestro bien, fueron tan claros y manifiestos al pueblo cristiano, que bien puede asegurarse no haberse oido nunca que nadie la haya invocado inútilmente.

Siendo así, amados hermanos, ¿quién de nosotros no deduce de estas dos premisas, como legítima consecuencia, que la Santísima Vírgen será toda benignidad para nosotros en las amarguras de la agonía, en las angustias de la muerte? Y en verdad, que si María nos ama, y si el efecto de su amor es dispensar beneficios á la persona amada, ¿podría ménos de protejernos en aquel instante en que los dolores son más intensos, mayores los peligros, y más vigorosas las tentaciones? Ó hemos de decir que no nos ama, ó que no nos desemparará en la mayor necesidad y en la ocasion de más trascendencia. Si no puede negarse que María nos ama con amor verdadero, con amor sumo, con amor magnánimo y generoso; tampoco puede negarse, que pondrá todo su estudio en guardarnos cuando venga á nuestro encuentro la muerte con su fúnebre y espantoso cortejo, y nos hará experimentar sus gracias, gozar de sus mercedes, y nos colmará de sus bendiciones; de suerte, que la hallaremos, como hoy, en medio del santo júbilo de esta fiesta y en la ferviente devocion de nuestros corazones, piadosa y amorosísima Madre de los Agonizantes.

¿Y qué cosa podría ser excesivamente amarga en la hora de la muerte para aquel, que con los ojos de la fé ve María á su lado? No la pérdida del mundo, porque asistido por su maternal patrocinio conocerá muy bien, que la tierra en que ha habitado hasta entónces es

un lugar de destierro, un valle de lágrimas y de miserias. No los bienes ya gozados, y que ha de abandonar; porque iluminado por una cuidadosa asistencia comprenderá, que estos bienes le punzaron tantas veces con sus espinas, aún en medio de las mismas prosperidades, y que eran siempre otros tantos estímulos que podían desviarle de la observancia de los divinos preceptos. No los caros lazos formados por la naturaleza y consagrados por la religion, de que debe despedirse; porque fortalecido por la acostumbrada proteccion se consolará, pensando que los que deja en este triste valle le seguirán á no tardar, y formarán en el Cielo una inmortal familia en el seno de Dios. No el cuerpo, que ve próximo á hundirse en el sepulcro, presa de la corrupcion; porque sostenido por la gracia de María, lo considera como su más encarnizado enemigo, y se abrasará en aquellos mismos sentimientos de que se alimentaba el Apóstol de verse libre de la durísima esclavitud de la carne.

Y en corroboracion de cuanto queda dicho hasta aquí, invoco el testimonio del santo obispo Fulberto, á quien en los últimos latidos la Vírgen recreó, de suerte, que el pobre moribundo tuvo que alegrarse, no obstante los dolores de toda especie que le inquietaban, de algo que le anticipaba la gloria del Paraiso. Invoco el testimonio de San Juan de Dios, al cual venida la Vírgen para asistirle en la hora postrera, con sus suavísimas manos le secó el sudor de la frente, y extenuado, palpitante y semivivo aseguró, que solo respiraba entre las paredes de su celda una aura suavísima, anunciadora de la que se respira á los piés de los eternos tabernáculos. Invoco el testimonio de Santa Ildegunda, que mientras sufría acerbamente en el lecho de su dolor, y sentía desfallecer su espíritu en la ruina del cuerpo, se reanimó de repente, porque vió que la Vírgen la sostenía con caricias de Madre, y que esparciendo á su alrededor la abundante plenitud de sus celestiales dones, la hizo gustar consuelos que no se adquieren ni podrían adquirirse á precio de oro. Invoco el testimonio... Pero, ¿qué diré, hermanos mios? Queriendo invocar el testimonio de cuantas almas se vieron favorecidas por la Vírgen en los instantes de la agonía, debería invocar el testimonio de todas las almas que moran en el Cielo, porque todas ellas tuvieron á su favor en la agonía á esta compasiva, generosa y magnánima Bienhechora.

Dejemos, pues, estos testimonios que serían interminables, y recordemos más bien las palabras que á este propósito dijo la Vírgen á Santa Brígida. Esta piadosa mujer, fija la mente en el gran pensamiento de la muerte, sentía oprimírsele fuertemente el pecho, cuando

sentada sobre densísima nube, teniendo el arco iris á sus piés, con un rostro que semejaba á algo divino, y una sonrisa, ante la cual nada sería toda nuestra dulzura, se le presentó María. Mil ángeles le hacian cortejo; y Ella, en cuya faz resplandecía juntamente unidas la belleza y majestad, y en cuyas manos se agitaban las gracias, próxima á su devota que estaba pendiente de sus lábios: Yo, le dijo, en la hora de la muerte, como madre tiernísima iré al encuentro de mis fieles, y velaré para que descubriendo mas allá de la vida presente un nuevo órden de cosas, se animen y adquieran fuerzas para hacer frente á su enemigo. Examinemos brevemente estas palabras, y no podremos ménos de concluir sobre el asunto en cuestion. Cuando desaparecerá, le dijo la Vírgen Santísima, cuando desaparecerá de su vista el brillante espectáculo de cuanto le rodea, cuando el cuerpo bajo los golpes de la enfermedad se arruinará y la podredumbre empezará á roer sus huesos; cuando el mundo no podrá proporcionarle ningún alivio, y los deudos, los amigos y los familiares dirigirán sus discursos á otras ideas, entónces acudiré yo para que entiendan, que su partida será precisamente el paso de esta vida miserable á otra mejor y bienaventurada. Yo, que, allá donde el Cielo brilla más límpido, soy coronada Reina del Universo, estaré pronta y preparada para protegerles: la ausencia en los hombres entibia el amor, en mí lo aumenta; y descenderé de lo alto, á fin de que puedan arrostrar la muerte con ojos impasibles, sin que les aterre su feroz espectro ni les espante exageradamente la incertidumbre de la vida futura. Así como una madre cariñosísima, que teniendo el hijo enfermo abandona todas las demás ocupaciones, y de día y de noche lo olvida todo con el más tierno amor, con la solicitud más atenta y con artes de que no es capaz de describir ningun ingenio, asiste á su hijo, tambien yo, en el instante que tendrán que abandonar la pesada carga de su cuerpo, sostendré y fortaleceré su interior, miéntras su exterior se desvanece. *Obviabo et occurram.* Aún sin ser rogada ni llamada, iré con aquella familiaridad misma con que una madre se acerca á su hijo, y procuraré desvanecer de su mente las funestas fantasías, de su corazon los vanos temores, y de su alma las tentaciones adversas.

Y no puede ser de otra manera, hermanos míos. En efecto; ¿qué es lo que puede aterrorizarnos, cuando tengamos que pagar la deuda comun? Ciertamente, ó el enemigo, que nos combate y procura arrastrarnos á los eternos suplicios, ó el juez, que nos aguarda y debe examinar nuestra vida. Ahora bien; contra el enemigo que nos com-

bate, tendremos entónces una poderosa defensa; y ante el juez que nos aguarda, un poderoso patrocinio en María.

Y sin duda el demonio, que hace todos los esfuerzos para sujetarnos entre sus garras, sabiendo que le queda poco tiempo en la hora de la agonía, y que perdiéndonos en aquel instante nos habrá perdido para siempre, no deja de emplear todas las astucias imaginables y de poner en obra las artes más refinadas para arrastrarnos á la perdicion. Contra ese mónstruo sale omnipotente María, y cuantos más artificios ó engaños emplea la bestia infernal para precipitar al alma en el abismo de la culpa, otro tanto Ella se muestra generosa en su asistencia y fortaleza para desviar sus asechanzas y hacer ineficaces sus astucias.

Unas veces se dice en el Cántico, que María es suave y bella; otras, que es terrible: suave y bella como Jerusalén; terrible como ejército puesto en órden de batalla. Y María una vez fué terrible, y otra vez suave: terrible, cuando en su misma concepcion aplastó con su pié virginal la soberbia del Infierno; y suave, cuando en Belén recibió á los Pastores y á los Magos que fueron á adorar á su Hijo. Pero Ella no es solamente suave, ni solamente terrible, sinó que es terrible y suave á la vez. Ahora bien; ¿en qué tiempo la Vírgen reune en sí estas dos prerogativas, que parecen opuestas? Es precisamente en la hora de nuestra muerte, porque entónces será toda ira contra el demonio, y se le presentará terrible; será toda gracia para con nosotros, y se nos descubrirá suave.

Y así como nuestra piadosa Madre es muy solícita en desvanecer de los agonizantes el temor del enemigo, lo es igualmente para rodearles de su eficacísimo patrocinio ante el juez que les aguarda. Cierto que el juez tendrá por emblema la justicia; pero lo es tambien que alrededor del divino trono brilla un íris, y este íris es María. María es la figurada en Esther; y así como Esther obtuvo cuanto pidió á favor de su pueblo, tambien Ella obtiene de Dios cuanto pide por sus devotos. María es la simbolizada en Resfa, lo cual significa, que así como Resfa asistía á sus hijos en su muerte, y no se separó de ellos hasta que hubo caido del cielo fecundante lluvia, tampoco Ella abandona á los moribundos, haciendo que se derrame sobre ellos la lluvia de las gracias. No ignoramos que la divina justicia no puede permitir que queden impunes las culpas, ni pasen desapercibidos los pecados; pero añadiremos tambien, que María es la Madre de la reconciliacion y de la paz. Por una parte, trocará en méritos para el moribundo los dolores mismos de la agonía y el sacrificio de su vida;

por otra, con su intercesion, que interpondrá delante de Dios, le inclinará á su favor clemente y misericordioso. Por consiguiente, si el pensamiento del eterno juez puede desanimar al agonizante, podrá animarlo el pensar en su Madre, puesto que si ve en Dios la justicia, ve brillar en María la misericordia. ¡Ah! sí, con el pensamiento y la esperanza de tener una abogada tan poderosa, una bienhechora tan propicia y una Madre tan amorosa, verá impetérrito la muerte, que le dirigirá feroces miradas, y se dormirá en el sueño de la paz, saludando á aquella que saludamos hoy con el título de Nuestra Señora de los Agonizantes.

Hé aquí, amados hermanos, porque os exhorto y encarezco que seais verdaderos devotos de María; y dirigiéndome á María, le suplicaré se digne asistirnos ahora y en la hora de la nuestra muerte. *Nunc, et in hora mortis nostræ.* Atiende, pues, oh María, la humilde súplica que por mis lábios te hace este pueblo, y oye la fervorosa oracion de nuestros corazones. Cuando la muerte venga á descargar su guadaña sobre nuestra cerviz, cuando oscurecidos los ojos no tendrán ya fuerza para mirar al Cielo, cuando las manos inertes no podrán estrechar la imágen de Cristo, cuando los lábios amoratados no podrán articular una sola palabra para pedir á Dios la gracia de su misericordia, entónces ven, oh María, ven á enjugar nuestras lágrimas, ven á suavizar nuestros suspiros, ven á mitigar nuestros dolores, á consolar nuestra tristeza, á recibir nuestro espíritu en tus brazos; ven, y haz que el alma libre de los lazos del cuerpo, por la merced de tu proteccion vuele á los gozos del Paraíso, que á todos deseo.

NUESTRA SEÑORA DE LAS AGUAS.

Ecce nubecula parva... et fata est pluvia grandis.
Hé aquí una nubecilla pequeña... y empezó á caer una gran lluvia.
(III Reyes, XVII, 44.)

¿Representan las aguas el símbolo de la cólera ó del amor, de la justicia ó de la misericordia? Si las consideramos cuando, abiertas las cataratas del firmamento, cayeron con tan aterradora abundancia, que sumergieron en horrible naufragio á los hombres y á las cosas, debemos decir, que anuncian la cólera y son ministros de la justicia. Pero, si con el pensamiento, lleno todavía de tétricas imágenes, nos referimos á las aguas que pidió Elías en el monte Carmelo, y las cuales fecundaron los campos de Israel trás de una asoladora sequía de tres años, se debe decir, que anuncian el amor y son ministros de piadosa misericordia.

Y puesto que honramos á María bajo el título de Nuestra Señora de las Aguas, ¿la llamaremos tal porque regule los rayos del Eterno y los dirija para castigo de los culpables; ó la veneraremos con este título porque detiene aquellos rayos y hace que se arrepientan los pecadores? No creo, amados hermanos, que haya ninguno de vosotros que quiera ó pueda dudar, de que María sea la Madre de las misericordias, y de que el título de Nuestra Señora de las Aguas indique precisamente su bondad y sus beneficios. El mismo motivo que indujo á nuestros antepasados á añadir este título á los innumerables títulos de María, nos lleva á la misma consecuencia. En efecto, ellos solían acudir á María, cuando hecho el cielo de bronce negaba á la tierra la lluvia y el rocío; y al ver que alcanzaban de repente la suspirada lluvia, se creyeron obligados á llamarla por un sentimiento de gratitud Nuestra Señora de las Aguas. ¿A qué aguas se referían sinó á aquellas que son indicio de la clemencia y de la gracia?

Hé ahí, hermanos míos, á lo que se dirige la solemnidad de hoy, ya que estas pompas de devocion nos llaman á considerar la generosa benevolencia que hizo á María amable á todos los corazones, y movió todos los lábios para invocarla. Ahora, pues, voy á hablaros de Aquella cuyo reino es el perdon, cuyo trono es la misericordia, y cuya corona es la bondad. Me es grato desarrollar este punto, ya por ser este el aspecto bajo el cual prefiere ser presentada, ya tambien porque si existe algun arte en nuestra elocuencia, consiste, precisamente, en conmover y consolar los corazones.

No espereis, hermanos míos, que con prestadas frases ó con rebuscado artificio quiera dar á mis palabras aquel valor y aquella grandeza que solo la verdad puede inspirar. Al hablar de Nuestra Señora de las Aguas, hablo de las gracias de María, y si lograse que en mi discurso brillase un solo rayo de la belleza de este asunto, podría lisonjearme de que no resultaría en vano mi sencilla oracion. Pidamos ántes la gracia: A. M.

El agua es símbolo de la gracia. El mismo Dios, que es el autor de la gracia, y que conoce su naturaleza y valor, la comparó precisamente con el agua; y cuando Jesús, en el territorio de la famosa ciudad de Sicar, fatigado, se sentó junto á la fuente de Jacob, dirigiéndose á la Samaritana, se sirvió de esta comparacion para manifestarle los secretos de la gracia: *Cualquiera que beba de esta agua, tendrá otra vez sed; pero quien bebiere de la que yo le daré, nunca jamás volverá á tener sed.* (Juan, iv, 13.) María es llamada, precisamente, Nuestra Señora de las Aguas por ser Nuestra Señora de las gracias.

¿Y por ventura las gracias no nos vienen de María? ¿No es su corazon, que, conmovido de nuestras miserias, derrama sobre nosotros el rocío del consuelo? ¿No son sus manos las que hacen llover continuamente sobre nuestros corazones las aguas de la beneficencia?

No creais que estas gracias sean solamente para los justos, pues, las gracias de María son como las aguas que hacen reverdecer las mismas plantas marchitas. Es opinion comun de los Padres, que la hermosa Rebeca, cuando con toda cortesía alarga el cántaro para beber, no sólo Eliezer, sinó que tambien sus camellos, es una figura de la Sma. Vírgen, que distribuye sus gracias á los justos y á los pecadores. De Ella bebe el ángel la gloria, la perfección el justo, el pecador el perdon, la alegría el triste y la libertad el cautivo.

Es verdad que los Santos pueden tambien alcanzarnos gracias de Dios; pero sus gracias no pueden compararse con las aguas que

corren por todas partes y se difunden por todos los lugares: y son siempre inferiores á las de María, cuyo ministerio sobrepuja al de todos los demás por su universalidad y eficacia. Por su universalidad, porque la intercesion de los Santos se limita á ciertos países, á determinadas y á ciertas gracias; mas la de María, declarada patrona universal del humano linaje, se extiende á todas las gracias, á todas las personas, á todos los países, y á todo el mundo. Los sobrepuja por su eficacia, porque los Santos no siempre son oídos, y María lo es siempre, hasta hacer trocar, en cierto modo, los decretos de la Providencia, como se verificó en las bodas de Caná. Las gracias de los Santos son como las aguas de un arroyo, las que riegan pocas plantas; y las de María son como las aguas del río, que riegan los campos y benditas corren de lugar en lugar.

Mas ¿qué digo de los Santos, si iba á decir, que la abundancia de las gracias alcanzadas por intercesion de María sobrepuja á la abundancia misma de las gracias que recibimos de Jesús? Al expresarme de esta suerte, no quiero decir, que Jesús no sea el mediador, pues, solo á Él se deben pedir las gracias, y solo de Él las debemos esperar: su palabra fué la luz de todas las naciones, su sangre el precio de todos los pecados, su muerte un sacrificio público; y constituido entre el Cielo y la tierra, tan sólo Él es nuestro verdadero y único Bienhechor; no obstante, el mismo Jesús quiere, que todas sus gracias las recibamos por María.

Y obra así con la mira de que nuestro ánimo se entregue á la confianza. Por eso nos habló del Publicano, que fué á orar en el Templo y le perdonó; se dejó ver fatigado y sediento por el camino que había andado, en amigable coloquio con la Samaritana; nos dejó oir las dulces palabras de perdon dirigidas á la Magdalena; nos conmovió con la magnánima promesa de la eterna gloria anunciada á un ladron sobre el Calvario; y manifestando su bondad en las amorosas maneras, con que devolvía la vista á los ciegos, la palabra á los mudos, la salud á los enfermos y la paz á los atribulados, procuraba infundir la confianza en nosotros. Mas, para conseguir este fin, á que le impelía incesantemente su misericordia, no bastaba que se hiciese semejante á nosotros por su humanidad, ni tampoco sus maneras afables y generosas. En primer lugar, era hombre, y un hombre no nos inspira tanta confianza como una mujer; además, era padre, y más bien que el carácter de padre despierta confianza en los hijos el carácter de la madre; en tercer lugar, era Dios, el cual siendo esencialmente justiciero, no podíamos ménos de considerarle

nuestro Juez. Así, pues, ¿qué hace? Nos dá á María, la constituye nuestra intercesora y abogada, nuestra esperanza y salvacion, nuestro refugio y ayuda, nuestra hermana y amiga, nuestra reina y nuestra madre. No contento de esto pone á María como un puente entre Él y nosotros, á fin de que por el mismo camino que Él viene hácia nosotros, podamos dirigirnos hácia Él; no satisfecho aún, se despoja, como quien dice, de su poder, y quiere que todas sus mercedes, todos sus beneficios y todas sus gracias las recibamos de manos de María.

¿Dudaremos, pues, de que María pueda y deba llamarse Nuestra Señora de las Aguas, si las aguas significan las gracias, y si las gracias las recibimos de María y por María? No creo, amados hermanos, que tenga que insistir más sobre este punto, y paso á mostraros el parangon que existe entre los efectos del agua y las gracias de María.

El agua limpia los cuerpos de todas las impurezas; y la gracia de María hace que las almas arrepentidas, volviendo á aquel Dios, de quien se habían alejado, por la confesion de sus faltas y la palabra del perdon pronunciada sobre ellos, se laven de las culpas cometidas, y queden limpias de las manchas con que se habían contaminado. En verdad, esta Madre piadosísima, con una bondad maravillosa, se coloca entre Dios y los pecadores; y por más que éstos hayan desconocido los beneficios de su amor infinito y ofendido su majestad suprema, defiende su causa é interpone á favor de los mismos su poderoso patrocinio. Con una mano detiene los rayos de la divina justicia, con la otra invita á los culpables al arrepentimiento, y parece como que no tiene reposo hasta haber colocado á los penitentes en el camino de la salvacion. Por eso los Doctores, hablando del corazon compasivo de María para con los pecadores, la comparan á la Piscina probática, donde recobraban la salud aquellos que lograban sumergirse en ella; y tambien dicen lavado, limpio y salvo al pecador, que se sumerja en este corazon y sea colmado de sus gracias. María es el puerto seguro para aquellos que han naufragado, la única esperanza de los extraviados, y Aquella cuya misericordia nadie, nadie, ha implorado en vano; es la única que no desprecia al criminal por más que el mundo entero le deseche. Le acoge con ternura maternal, y no le abandona sin haberlo ántes reconciliado por su intercesion con el Juez de los vivos y difuntos.

El agua refresca, y la gracia de María apaga los ardores de la concupiscencia. Sucede con harta frecuencia, hermanos míos, que á

causa de este infausto apetito que circula por nuestras venas desde el instante de nuestra concepcion, sentimos que la sangre nos hierve en las arterias, que la carne se rebela, y á causa de la vivacidad de nuestra complexion, por el ardor de los afectos y por la impetuosa manía de los deseos, nos hallamos sin armas é impotentes para resistir y vencer en la lucha. Los mismos Santos tuvieron que sufrir mucho en esta batalla; el mismo Apóstol sentia correr por sus miembros una ley contraria á la de su espíritu. Mas, asi como el agua extingue el fuego, tambien la gracia de María extingue en nosotros el ardor de la concupiscencia; y del propio modo que el agua recrea á los que están abrasados por los rayos del sol, la gracia de María recrea á aquellos que arden en llamas de las ocasiones peligrosas. María fué figurada por el cedro, porque así como el cedro tiene la particularidad de que no lo roe la carcoma, tambien la devocion á María tiene de singular que nos fortalece cuando la concupiscencia nos asalta.

El agua apaga la sed, y la gracia de María extingue la sed de los placeres terrenos, por la cual con frecuencia son arrastrados los hombres al mal ántes de que se descorra el velo de las ilusiones. Figurada en Rebeca, que ofreció una agua fresca al sediento siervo de Abrahán; simbolizada en la roca de la cual brotaba cristalina agua para el pueblo de Israel; predicha en la cisterna de Belen, cuyas aguas tanto anhelara David; María, derramando sus gracias en las almas que se arrojan á sus brazos, extingue en ellas aquella sed mundana por la que tanto suspiraban en otro tiempo. Eran víctimas de la sed de los honores; y María, que tanto quiso vivir siempre ignorada, por más que fuese constituida en tanta grandeza, muestra con su gracia la vanidad de las grandezas humanas, la miseria y la nada de las preeminencias terrenas. Eran víctimas de la sed de los placeres; y María, que tuvo siempre los ojos fijos al Cielo, y cuyo corazon no recibió el soplo de las diversiones del mundo, enseña con su gracia, que no hay gozo si no se disfruta de paz, y que no puede disfrutarse de paz sin la gracia de Dios. Eran víctimas de la sed de riquezas; y María, que amó siempre la pobreza y que se contentó en su humilde condicion, nos advierte con su gracia, los peligros que corren los ricos y las magníficas promesas hechas á los pobres.

El agua fecundiza el terreno, y la gracia de María hace que crezcan en nosotros las virtudes. Sucede con nuestro corazon lo que con la sagrada llama que ardía en el templo de Jerusalén. Encerrada ésta en yermo valle, y oculta por espacio de siete lustros en el fondo

de tenebrosa cisterna, no era más que un agua turbia cuando Nehemías mandó sacarla de aquel lugar; y nuestro corazon, que debería ser igualmente una llama de santo amor á Dios, no es más que agua cenagosa cuando ha incurrido en pecado. Ahora bien; así como el agua cenagosa, en que se había convertido la llama del sacrificio, brilló nuevamente esplendorosísima cuando, puesta sobre la amontonada leña, fué bañada por los ardientes rayos del sol; así nuestro corazon, que ha muerto á la virtud por las culpas de que se hizo reo, puede nuevamente elevar sus miradas al Cielo cuando le rodee la gracia de María.

El agua viva está siempre en movimiento, al contrario de la estancada, que es muerta; y la gracia de María vive en nosotros siempre activa y fecunda. En efecto; Ella no fué parangonada solamente á una fuente, sinó á una fuente que mana siempre; significando de esta suerte, que derrama de contínuo nuevas gracias, nos aparta del mal, y nos dirige hácia el Cielo. ¡Ah! ¿Dónde os hallais ahora, vosotros, que, mediante el patrocinio de María, abandonasteis finalmente los cuidados que os tenían tan ocupados en los bienes transitorios de esta vida, y resucitasteis á la luz de la salvacion y del amor? Venid ahora y decidnos, á cuantas luces os abrió la mente, á cuantos dulces afectos os movió el corazon, de que santas impresiones os hizo dón, y de que poderosos impulsos os colmó? Cierto que vuestro testimonio, mil veces superior á mis palabras, confirmaría plenamente mi proposicion con los argumentos de la realidad. Pero, ¿por qué dudar de ello, hermanos míos? María es la Madre de la vida; y así como la vida consiste en el movimiento, tambien su gracia es siempre activa y nos hace crecer en las virtudes y adelantarnos por el camino de la perfeccion: María es la Madre del Amor hermoso; y así como el amor no se fatiga nunca de colmar de dones á la persona amada, tampoco su gracia puede cansarse nunca de colmar á las almas devotas de nuevos bienes y de enriquecerlas con nuevos beneficios. María es la Madre de la salvacion; y así como no puede tener lugar nuestra salvacion sinó en el Paraíso, tampoco su gracia puede abandonarnos ántes de nuestra muerte, ni dejar de derramarse la gracia sobre nosotros, hasta el punto en que, evitados los peligros y vencidos todos los obstáculos, háyamos entrado en aquella morada de bienaventuranza inmortal.

Finalmente, el agua vivifica, pues la bebida es aún más necesaria para la vida que el manjar; y la gracia de María es como un alimento que nos sostiene en la vida espiritual; y en verdad, que si son

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valdéz y Téllez

las virtudes las que nos alimentan en la vida del espíritu, es, precisamente, con las virtudes que se fortifica esta gracia; y si entre las virtudes la del santo amor á Dios es la mayor y la más nutritiva, al santo amor á Dios nos dirige esta gracia contínuamente. Recordad que el pueblo Hebreo, libre ya del yugo de Faraon, miéntras anduvo por el desierto, no solo fué protejido por una doble coluna de sombra y de luz, sinó tambien saciado de cristalinas aguas y alimentado con un prodigioso maná. Del propio modo nosotros, que andamos por el desierto de esta vida, tenemos necesidad de ser socorridos y alimentados durante el camino, por cuyo motivo se nos ha dado á María, coluna que nos defiende, y agua que nos sostiene. El agua del desierto restauraba las fuerzas á todos aquellos que se fatigaban para llegar á la tierra de promision; y la gracia de María las restaura á cuantos se fatigan para alcanzar el Paraíso. El agua del desierto infundía valor á los Israelitas cuando debían combatir con sus enemigos; y la gracia de María infunde valor á sus devotos para vencer los impetuosos asaltos con que los embisten los espíritus del abismo. En una palabra; el agua del desierto conservaba la vida de los Hebreos; y la gracia de María conserva la vida espiritual de aquellos, que no quieren vivir por más tiempo con el corazon y con los afectos en medio del mundo, y desean ardientemente vivir con el corazon y con los afectos en el seno de Dios.

Y María nos concederá esta gracia y experimentaremos sus benéficos efectos. Acerquémonos, pues, cualquiera que sea nuestra miseria, á esta fuente de aguas cristalinas y saludables, á esta fuente tan abundante de gracias, que basta ella sola para saciar á todos los hombres. Pidámosle que, manantial de aguas vivas, riegue el valle de espinas, ó convierta nuestros corazones, y haga florecer en ellos todas las virtudes. Digámosla, que si la fuente primera puso sus complacencias en establecer en Ella los dichosos corales de las aguas espirituales, no tarde en fecundizar la árida tierra de nuestra morada, para que florezca cual otro Edén. Digámosla, que cuando la invocamos con el título de Nuestra Señora de las Aguas queremos significar, que es la Madre de las gracias, y que esperamos de Ella todos aquellos beneficios que el agua lleva al terreno seco, y todas aquellas gracias que nos conducirán al Paraíso.

NUESTRA SEÑORA DE LAS ALEGRÍAS.

Consolationes tuæ lætificaverunt animam meam.
Sus consuelos llenaron de alegría á mi alma.

(SALM. XIV, 19.)

No cabe duda: María fué muy afligida durante su vida. ¿Y quién podría ponderar el dolor que sufrió cuando Simeon le predijo la espada de dolor, que en el sacrificio á que se había sometido el Hijo le traspasaría acerbamente el alma? ¿Quién podría expresar sus terribles aprehensiones cuando corría á Egipto para salvar á su Hijo de la feroz persecucion de Herodes? ¿Quién podría referir cuántos fueron los amarguísimos latidos de su corazon cuando, extraviado Jesús, tardó tres días en hallarle? ¿Qué colores podrían pintar, ó qué frases describir sus tormentos, ya cuando llegó á sus oidos la sentencia pronunciada contra su Hijo, ya cuando le encontró extenuado, moribundo y desangrado por el camino del Calvario, y aún más, cuando le vió pendiente de la Cruz?

Como no pueda caber duda acerca de los dolores de María, y de las contínuas angustias que oprimieron su corazon, tampoco puede negarse que, de vez en cuando, experimentó tales alegrías, que podrían considerarse como una compensacion á los mismos dolores con que se vió afligida y á las mismas angustias que la atormentaron. Y esta razon fué, precisamente, la que movió al pueblo devoto á celebrar una fiesta consagrada á la memoria de los consuelos experimentados por la Vírgen en el tiempo de su peregrinacion por la tierra. Por eso, los que la compadecieron en sus penas, quisieron considerarla en sus alegrías; y así como la acompañaron en las horas de desolacion, desearon asimismo acompañarla con sus pensamientos y con sus afectos en los días de su santa felicidad.

¡Ojalá pudiera yo en este día, dedicado á Nuestra Señora de las

las virtudes las que nos alimentan en la vida del espíritu, es, precisamente, con las virtudes que se fortifica esta gracia; y si entre las virtudes la del santo amor á Dios es la mayor y la más nutritiva, al santo amor á Dios nos dirige esta gracia contínuamente. Recordad que el pueblo Hebreo, libre ya del yugo de Faraon, miéntras anduvo por el desierto, no solo fué protejido por una doble coluna de sombra y de luz, sinó tambien saciado de cristalinas aguas y alimentado con un prodigioso maná. Del propio modo nosotros, que andamos por el desierto de esta vida, tenemos necesidad de ser socorridos y alimentados durante el camino, por cuyo motivo se nos ha dado á María, coluna que nos defiende, y agua que nos sostiene. El agua del desierto restauraba las fuerzas á todos aquellos que se fatigaban para llegar á la tierra de promision; y la gracia de María las restaura á cuantos se fatigan para alcanzar el Paraíso. El agua del desierto infundía valor á los Israelitas cuando debían combatir con sus enemigos; y la gracia de María infunde valor á sus devotos para vencer los impetuosos asaltos con que los embisten los espíritus del abismo. En una palabra; el agua del desierto conservaba la vida de los Hebreos; y la gracia de María conserva la vida espiritual de aquellos, que no quieren vivir por más tiempo con el corazon y con los afectos en medio del mundo, y desean ardientemente vivir con el corazon y con los afectos en el seno de Dios.

Y María nos concederá esta gracia y experimentaremos sus benéficos efectos. Acerquémonos, pues, cualquiera que sea nuestra miseria, á esta fuente de aguas cristalinas y saludables, á esta fuente tan abundante de gracias, que basta ella sola para saciar á todos los hombres. Pidámosle que, manantial de aguas vivas, riegue el valle de espinas, ó convierta nuestros corazones, y haga florecer en ellos todas las virtudes. Digámosla, que si la fuente primera puso sus complacencias en establecer en Ella los dichosos corales de las aguas espirituales, no tarde en fecundizar la árida tierra de nuestra morada, para que florezca cual otro Edén. Digámosla, que cuando la invocamos con el título de Nuestra Señora de las Aguas queremos significar, que es la Madre de las gracias, y que esperamos de Ella todos aquellos beneficios que el agua lleva al terreno seco, y todas aquellas gracias que nos conducirán al Paraíso.

NUESTRA SEÑORA DE LAS ALEGRÍAS.

Consolationes tuæ lætificaverunt animam meam.
Sus consuelos llenaron de alegría á mi alma.

(SALM. XIV, 19.)

No cabe duda: María fué muy afligida durante su vida. ¿Y quién podría ponderar el dolor que sufrió cuando Simeon le predijo la espada de dolor, que en el sacrificio á que se había sometido el Hijo le traspasaría acerbamente el alma? ¿Quién podría expresar sus terribles aprehensiones cuando corría á Egipto para salvar á su Hijo de la feroz persecucion de Herodes? ¿Quién podría referir cuántos fueron los amarguísimos latidos de su corazon cuando, extraviado Jesús, tardó tres días en hallarle? ¿Qué colores podrían pintar, ó qué frases describir sus tormentos, ya cuando llegó á sus oidos la sentencia pronunciada contra su Hijo, ya cuando le encontró extenuado, moribundo y desangrado por el camino del Calvario, y aún más, cuando le vió pendiente de la Cruz?

Como no pueda caber duda acerca de los dolores de María, y de las contínuas angustias que oprimieron su corazon, tampoco puede negarse que, de vez en cuando, experimentó tales alegrías, que podrían considerarse como una compensacion á los mismos dolores con que se vió afligida y á las mismas angustias que la atormentaron. Y esta razon fué, precisamente, la que movió al pueblo devoto á celebrar una fiesta consagrada á la memoria de los consuelos experimentados por la Vírgen en el tiempo de su peregrinacion por la tierra. Por eso, los que la compadecieron en sus penas, quisieron considerarla en sus alegrías; y así como la acompañaron en las horas de desolacion, desearon asimismo acompañarla con sus pensamientos y con sus afectos en los días de su santa felicidad.

¡Ojalá pudiera yo en este día, dedicado á Nuestra Señora de las

Alegrías, mostrárosla sosteniendo en sus brazos al caro fruto de sus entrañas y de su más ardiente ternura! Contempladla, diría entónces, vedla con el alma en los ojos abrazar tiernamente al Hijo; miradla como contempla con un éxtasis de júbilo á aquel Niño; y entre besos y caricias del infante Jesús, observad su suavidad y ternura, las llamas y los ardores, los deliquios y los incendios. Este cuadro único y nuevo formaría por sí solo con caractéres de oro el más sublime de los elogios, y en su muda elocuencia os mostraría lo que significa la fiesta de Nuestra Señora de las Alegrías. Como quiera que sea, para no defraudar vuestra devocion, os hablaré de aquellos momentos felicísimos que alegraron á María en el curso de su vida. Pidamos ántes los auxilios de la gracia: A. M.

La primera alegría la experimentó María en el nacimiento de Jesús. Ella suspiraba por este momento felicísimo, puesto que amando al género humano, deseaba que naciese el deseado Emanuel. Ella esperaba con ánsia este día, ya que amando á Dios, anhelaba que se presentase vestido en carne humana para desahogar en Él su reverente y ardiente devocion.

Y en cuanto al amor que sentía por nosotros, nadie podrá negarme que fué el más perfecto por lo que mira á nuestros intereses espirituales. Por consiguiente debemos decir, que con voces más afectuosas que las de los Profetas, y con suspiros más ardientes que los de los Patriarcas, apresuraba la venida del Señor. Ahora bien; ¿cuál no debió ser su alegría cuando se verificó la misericordia prometida á los antiguos padres, y nació de Ella el consuelo de los afligidos, el auxilio de los pobres, la fortaleza de los débiles, el asilo de los pecadores, el Salvador del mundo? Si me fuese dado, hermanos míos, indicaros cuales fuerón las amorosas impaciencias de esta Doncella cuando pedía á los Cielos que derramasen el saludable rocío, no tendría necesidad de muchas palabras para daros á conocer, hasta que grado de gozo alegró su corazon al ver que los Cielos habían derramado este saludable rocío. Diré, pues, que siendo el amor una pasion que mueve al amante á desear el bien de la persona amada, ya que María nos amaba en extremo y nuestro bien verdadero y sumo era Jesús, Ella debía invocarle con tiernos y ardentísimos votos, y, por consiguiente, alegrarse por su nacimiento con santo y estático júbilo.

Y debía alegrarse con tanto mayor motivo, cuanto que amando á Dios, deseaba que viniese en figura humana para dar desahogo á las aspiraciones de su corazon. No trataré aquí de probar, lo que es imposible, cuanto fué el amor de la Santísima Vírgen hácia Dios. Si para tamaña empresa quedó deslumbrada la mente de los Padres y cayó la pluma de la mano de los Doctores, ¿qué podría hacer yo, que no tengo la sublimidad de su ingenio, ni la profundidad de sus conocimientos? Pues bien, hermanos mios; si este amor era sumo, suma debía ser igualmente su solicitud, y, por consiguiente, suma la alegría de experimentarlo cabal con el nacimiento de Jesús. Ya aquel Dios, alrededor de cuyo trono ruge la tempestad y se agita el rayo; el Altísimo, que sentado sobre los querubines habita en una luz inaccesible; aquel Antiguo de los días, debajo del cual corre el torrente de los siglos, se ha hecho hombre. ¿María le estrechará, pues, suavemente en su regazo? ¿Le imprimirá en el rostro tiernos besos? ¿Le llamará con el dulce nombre de hijo?

Además, era tan hermoso Jesús, brillaban en su rostro de tal manera los rayos de su divinidad, y despedía de sus ojos una gracia tan atractiva, que habría movido aún á los hombres más bárbaros á sentimientos de reverencia y de afecto. Era éburnea aquella frente, rosadas aquellas mejillas, de carmin aquellos lábios; y tan hermoso era aquel semblante y tan delicado aquel cuerpecito, que no se podía ménos de amarle. Así, pues, ¿quién puede explicar cuánta fué la alegría de María estrechando entre sus brazos al amable Niño, cuando le alimentaba, ó le contemplaba dormido en la cuna, ó envolvía sus miembros en limpios pañales? ¡Ah! goza, oh María, de tanta dicha, pues, miéntras los Profetas de Dios suspiraron por la aurora de estos días, y las milicias celestiales entonando con arpa de oro el himno de la gloria y de la paz, adoran al Hombre Dios, Tú sola le acaricias, le besas, le abrazas, le llamas hijo! María, dice San Amadeo, cubría con sus ojos al Verbo de vida, sostenía con sus manos á Aquel que con su diestra sostiene el Cielo y la tierra, calentaba con su aliento á Aquel que dá calor y vida á todas las cosas, llevaba á Aquel que sostiene con su mano el Universo, y alimentaba al que alimenta con sus dones á todas las criaturas. De sus lábios pendía la sabiduría eterna del Padre, en sus hombros se apoyaba Aquel que mueve todos los séres con su virtud, en sus brazos y en su regazo reposaba el Reposo eterno de las almas bienaventuradas.

Y añadid, hermanos mios, que esta alegría de María por el nacimiento de Jesús, ya tan grande de sí misma, fué mayor todavía cuando en la cuna de su Hijo vió correr á los Pastores llamados por un ángel, y á los Magos guiados por una estrella.

Todo cuanto había acaecido en el nacimiento de Jesús, descubría en Él al hombre, y al hombre más pobre y miserable de los hombres. Llegado á su término el tiempo del parto de la Vírgen tras largo viaje, y en el pueblo de Belén, estando las posadas llenas de gente, que no pudieron acoger por una noche á María y á José, la necesidad que obliga al Niño que ha de nacer, á no tener más casa que una cueva, ni más cuna que un establo, son cosas ciertamente que manifiestan en Jesús al hombre en su humildad, en su miseria y pobreza. Mas hé aquí desarrollarse á los ojos de María una escena completamente diferente. La cueva de Belén se convierte en un palacio real, las ruinosas piedras de aquella gruta brillan con una luz de Paraíso, y lo que los Césares no hubieran podido lograr con todo su poder, lo obtiene ese pobre Niño, esto es, los cánticos de los ángeles, el homenaje del Cielo. Y así era muy conveniente que en el nacimiento del Salvador, la familia superior de Dios se uniese á la inferior: los ángeles llaman á los pastores y la estrella á los Magos. ¿Cuál sería tu gozo, oh María, cuando viste á tu Hijo reconocido y adorado de esa suerte? ¿Qué consuelo inundaría tu corazon al considerar que Jesús, si bien en un estado el más humilde, empezaba á revelarse á las almas sencillas? ¿Qué dulces transportes no debió experimentar tu alma, cuando tales acontecimientos manifestaban ya en aquel Niño, nacido de tus entrañas, al Hombre-Dios? Mas, permitidme, hermanos míos, que enmudezca acerca de este punto, porque si el Evangelio dice, que María conservaba todas estas cosas en su corazon, sería orgullosa presuncion mia tratar de penetrar en el arcano de aquellas alegrías divinas.

Es verdad que estas alegrías fueron oscurecidas por la persecucion de Herodes y por la huida á Egipto; pero lo es, igualmente, que fueron causa de otras alegrías al llegar María al término de su viaje. Ella consideraba que había podido librar á su Hijo de la ferocidad de un poderoso, en quien la crueldad se había convertido en una segunda naturaleza; y como que el recuerdo de un peligro que se ha vencido, infunde siempre un suave consuelo en el ánimo de aquel que tuvo valor para superarlo, cuanto mayor había sido el peligro en la presurosa huída de Belén á Egipto, tanto más debía consolarse el ánimo de María. Ella veía que Jesús, por más que hubiese podido anonadar á Herodes, ó refugiarse con Juan su primo y con Elisabeth su parienta, la cual habría compartido con María el honor de servirle y asistirle, no había querido más asilo que sus brazos, otra mesa que sus pechos, ni otra compañía que la suya. Ella veía que, aunque sufría mucho á causa de aquel Niño, Él no la dejaba sin fuerzas, sin consuelos y alegrías; que trocaba sus temores y cuidados en bendiciones divinas; y que los besos, los abrazos, las miradas y las sonrisas, con que correspondía tiernamente á sus sonrisas, á sus miradas, á sus caricias y á sus besos, eran otras tantas fuentes que derramaban en su corazon las aguas de la alegría y del consuelo.

Mas, si en aquel tiempo con su solicitud consiguió librar á su Jesús de la rabia de Herodes, tambien llegó muy presto el día en que le perdió. ¿Cual no fué su alegría al encontrarle de nuevo? Le halló disputando con los Doctores con tanta elocuencia, sencillez y sublimidad, que toda la asombrada asamblea quedó estupefacta; le oyó, segun la comun opinion, preguntar á aquellos sábios sobre el Mesías y las profecías que determinaban la hora de su nacimiento, para obligarles á confesar, que su venida había tenido efecto; le oyó hablar con tal acierto, que los circunstantes quedaban pasmados de la sabiduría y respuestas del Niño. De ahí es, que María empezó á ver resplandecer en Jesús los rayos hasta entónces ocultos de su divinidad; empezó viéndole más que hombre, y enseñar doctrinas celestiales, atraer los demás hombres á su voz, y mostrarse la verdadera luz de Israel. Pues bien; si una madre cualquiera por amor á su hijo se goza sobremanera cuando le ve captarse la pública estimacion, ¿qué debemos decir de María en este encuentro? Sin duda aquellas celestiales chispas, que salían de los lábios, de los ojos, de la frente y de toda la persona de Jesús, con el doble atractivo de la sabiduría y de la infancia, de la candidez y de la profundidad, de la divinidad y de la debilidad, no podían ménos de serle nuevos motivos de alegría.

Y ahora, hermanos míos, paso en silencio las otras alegrías de María que siguieron á la que acabo de referir, como el haber estado tanto tiempo al lado de Jesús, el haber visto los milagros y oído las alabanzas que le tributaba la admirada muchedumbre. Eran sin duda preciosos aquellos gozos, pero eran, de vez en cuando, turbados por la consideracion de los dolores que debían traspasarle el corazon en el tiempo de la vaticinada y próxima pasion. Por lo tanto, os invito á dirigir vuestros pensamientos en una alegría, que fué toda alegría para María; me refiero al sumo gozo que le llenó el alma en el día de la Resurreccion del Salvador.

Jesucristo resucitó. Así como de negra nube sale el relámpago, del propio modo, derramando torrentes de luz, salió Jesús del sepulcro. Un repentino terremoto estremeció la falda del monte sagrado, los guardias que custodiaban el sepulcro cayeron de espanto, un

ángel cuyo traje era más cándido que la nieve, sentóse sobre el arruinado monumento, y las piadosas mujeres, que se disponían á ungir con bálsamos aromáticos aquel venerado cadáver, oyeron que había resucitado. Así pues, este prodigio tan bello, extraordinario, sorprendente y divino, ¿cuánto gozo no debió infundir en el alma de María? Su Hijo, que había nacido en medio de la escasez, que había crecido en la oscuridad, y espirado en la ignominia, hecho inaccesible á la corrupcion, saca del sepulcro una gloria sin igual; y cuando parecía víctima de la muerte, resucita, vencida y sujeta la muerte bajo sus sagrados piés. Su amado, que apareció como la humilde vara de Jesé, y contra el cual se desencadenó tanta furia, que fué el hombre de los dolores y de las maldiciones, ahora, más hermoso por las mismas penas sufridas, se adelanta con paso majestuoso; y miéntras que los Príncipes de Judá se felicitaban, creyendo haberle envuelto en sus tenebrosas conjuraciones, aparece, mostrando que las furias, el ódio y los esfuerzos de sus enemigos solo han servido para acrecentar sus glorias. Su Jesús, que fué perseguido como un malhechor, maldito como un ladron, y muerto en el patíbulo como un asesino; ahora, tomada de nuevo la vestidura de hombre con que padeció y murió, resucita impasible é inmortal; y en el instante en que el Infierno se gozaba, imaginándose haber triunfado, se manifiesta glorioso é invencible domador del Infierno mismo. ¡Ah! Decid, si os es posible, qué lisonjeros afectos y santa alegría inundarían el alma de María!

Cierto que el Evangelio nada refiere de apariciones del resucitado Jesús á la Santísima Vírgen: al relatar las que hizo á la Magdalena, á los Apóstoles y á los discípulos de Emaús, unas veces en figura de hortelano, otras de peregrino, ó de viajero, ni una palabra nos dice acerca de las hechas á María. Este silencio, en vez de debilitar, corrobora nuestro argumento. ¿Y qué necesidad había de referir estas apariciones? ¿Puede caber la menor duda, de que un hijo tan amado se presentaría primero á una madre tan amante? ¿Era posible que Jesús hubiese querido privar de este gozo á su amantísima Madre? No, no era posible; y el mismo silencio de los Evangelistas prueba, que un hecho natural no podía ménos de acontecer, y del cual hubiera sido en vano hablar. Diremos, pues, con San Antonino, que la primera persona que vió glorioso á Jesús fué María; añadiremos con San Agustin, que María fué la primera en gozarse de aquel rostro divino; y concluiremos con San Bernardo, que fué igualmente María la primera en contemplar el esplendor de Jesús vencedor de la muerte.

Esto sentado; ¿quién podrá figurarse el consuelo de esta Madre cuando se le apareció su Hijo tan radiante y glorioso? ¿quién podrá expresar cuánta fué su alegría en aquellos momentos? ¡Ah! Así como la mente humana no tiene conceptos, ni lengua humana palabras para describir ó expresar los dolores de María en la muerte de Jesús, tampoco ninguna mente ni lengua humana puede tener palabras para expresar su alegría, al ver gloriosamente resucitado á Jesús, crucificado ignominiosamente. Diremos tan solo, que así como otra vez María pudo repetir las palabras del melancólico Profeta, invitando á los pueblos á considerar si había dolor igual al suyo, tambien en la resurreccion de Jesús pudo repetir las de la mujer del Evangelio, cuando habiendo encontrado el dracma que había perdido, llamaba á fiesta á toda la vecindad.

Mas hé aquí otra alegría por María. Trás la lucha y la victoria viene el triunfo; y Jesucristo, despues de la sufrida pasion, saliendo del sepulcro victorioso de la muerte, del pecado y del Infierno, sube á los Cielos. Le envuelve una nube que le oculta á toda humana mirada, un ejército de ángeles le acompaña por las regiones aéreas, ábrense de par en par las cerradas puertas de los eternos tabernáculos, y Él, glorioso, impasible é inmortal, se sienta á la diestra del Eterno Padre. Se regocijó Ezequiel, cuando con profético ingenio contempló estas glorias; se alegró Isaías, cuando vió resplandecer de luz á aquel hombre de dolores que había predicho; no cabía de contento David, cuando invitaba á las gerarquías angélicas á saludar con himnos de júbilo la aurora de este día; deducid de ahí, hermanos míos, cual sería el consuelo de María. Ella amaba á Jesús más que á sí misma, y anteponiendo la gloria de Él á sus gozos, no solo no experimentó dolor alguno por esta separacion, sinó que más bien se sintió inundada de indecible gozo.

Es verdad que María hubiera querido acompañar al Hijo en su Ascension y volar en su compañía al Paraíso; pero como no convenía que desde los primeros días la Iglesia quedase huérfana de Padre, que era Jesús, y de Madre, que era María, sin haber sido fortalecida ántes por el septiforme Espíritu de la salvacion; por eso se quedó á cumplir el deber que se le impusiera, desde el instante que en el Calvario fué llamada para esta segunda maternidad.

Llegó por fin el tan suspirado día, y hé aquí que al soplo de un impetuoso viento se dilatan misteriosamente las nubes, arde el aire de celestial fuego, y desprendiéndose de lo alto llamas divinas descienden sobre el Cenáculo donde estaban congregados los Apóstoles.

Al estruendo de aquel sonido, que á manera de torbellino invadió la mansion del sagrado retiro, los Apóstoles se conmueven, y en medio de la inesperada maravilla de sus corazones enardecidos por aquellas llamas de vivo fuego, se sienten transformados de débiles pescadores en héroes esforzadísimos. Ébrios de la virtud que habían recibido de lo alto, salen al pueblo, hablan diversas lenguas, conmueven, persuaden, convierten, y dán fausto principio á la obra de la mision evangélica.

En compañía de los Apóstoles estaba María. Entregada á la oracion, había rogado tambien á su divino Esposo, aguardando el prometido consuelo; tambien Ella percibió las llamas que fueron á posarse sobre los asistentes; y por lo mismo que deseaba la gloria de Jesús y la propagación del Cristianismo, cuando vió que los Apóstoles estaban llenos de aquel celestial valor, y que las gentes se agrupaban alrededor de la Cruz, ¿acaso no tuvo motivos de alegría?

Se alegró, porque ya descubría como ríos de abundantes bendiciones bañaban el vasto desierto y la árida tierra, y que el Espíritu del Señor vibraba rayos de nueva luz para desvanecer las antiguas tinieblas, y que despertaban la virtud lenguas de encendido fuego. Con su profética mirada veía caer por tierra delante del Evangelio el orgullo de los Césares, la vanidad de los filósofos, la elocuencia de los oradores y la política de los gobernantes; y á la Iglesia extender sus pabellones para acoger á las innumerables naciones que entraban en su seno. El predicho grano de mostaza se había convertido en árbol, y extendía sus ramas en las cuales los pájaros iban á poner su nido; la profetizada levadura fermentaba y hacía multiplicar toda la masa de harina; y el pequeño rebaño se extendía en dilatado reino.

A las alegrías de María solo le faltaba la del Paraíso. Así como la llama se dirige siempre hácia su centro, ó el sediento ciervo se lanza á las aguas de cristalina fuente, tambien la Santísima Vírgen suspiraba para el Cielo. Su vida no se componía más que de arrobamientos y de éxtasis, y contaba, permitidme, hermanos míos, que me exprese así, contaba las horas y los instantes para volar á los magníficos tabernáculos celestiales. ¿Acaso podía negarse á María esta otra alegría como cumplimiento de todas las demás? Si la Madre y el Hijo formaban una íntima union, no era conveniente que el uno estuviese en el Cielo y la otra permaneciese en la tierra. Si María, dice San Agustin, es el precioso tesoro de Cristo, debía encontrarse donde se hallaba su dueño. La que fué asilo del peregrino, debia ser la morada del monarca; la que fué tabernáculo de Aquel que vino á

luchar en la tierra, debía ser el sólio de aquel que triunfa en los Cielos; la que fué tálamo del esposo encarnado, debía ser el trono del Rey coronado. Hé aquí nuevos gozos y nuevas alegrías por María. No bastan ya para aquel corazon los recibidos consuelos: nuevas alegrías le aguardan en el Paraíso; y Ella se lanza á gozarlas... Pero ¿qué pretendo yo ahora? No, no es dado á la lengua humana hablar de estas cosas; y vosotros permitidme, hermanos míos, que enmudezca y me limite á decir, que María puede saludarse verdaderamente con el nombre de Nuestra Señora de las Alegrías.

NUESTRA SEÑORA DE LOS ÁNGELES.

Regina angelorum.
Reina de los ángeles.
(LETAN.)

San Juan evangelista fué desterrado por el emperador Domiciano á la isla de Patmos. El Señor, que tiene siempre fijos los ojos en sus siervos, y no los abandona nunca en sus tribulaciones, se dignó consolarle, mostrándole la gloria de que disfrutan sus santos en el Cielo. Un Angel, dice el santo Apóstol en su Apocalipsi (1), me llevó en espíritu á un monte encumbrado, y mostróme la ciudad Santa de Jerusalén. Los fundamentos de esta ciudad estaban adornados con toda suerte de piedras preciosas, jaspes, zafiros, calcedonias ó rubíes, esmeraldas, sárdios, crisólitos, berilos, topacios, crisopasos, jacintos, sardónicas y amatistas. La ciudad tenía doce puertas, y cada una de ellas estaba hecha de una de estas perlas. El pavimento era oro puro, y trasparente como el cristal. Los felices moradores de esta ciudad eran príncipes, senadores, testas coronadas; y era tal su número, que no era posible contarlos. Ví allí un grupo numeroso de Patriarcas, de Apóstoles, de Mártires, de Pontífices, de Doctores, de Sacerdotes y Seglares, de Solteros y de Casados, en fin, de personas de toda edad y condicion, y eran todos tan hermosos y despedían tan brillantes resplandores, que parecían otros tantos soles.

Vió además el santo evangelista en aquella bienaventurada Pátria un numerosísimo ejército de celestiales espíritus: ángeles, arcángeles, tronos... formando nueve coros; y en un lugar muy elevado vió á una Mujer sentada en un trono, vestida del sol y la luna debajo de sus piés, y en su cabeza una corona de estrellas. Esa Mujer, que disfrutaba de más gloria y despedía más luz y más vivos resplandores que todos los otros bienaventurados juntos, era la Vírgen María.

(1) Cap. XXI.

La Iglesia, que cuando se trata de honrar y dar gloria á María es incansable, porque reconoce que no hay beneficio que no recibamos de su mano, ni males de que, por su intercesion, no nos veamos libertados, quisiera que los fieles á toda hora le tributaran alabanzas, como accion de gracias por la generosa proteccion que les dispensa, y como fervientes súplicas para que continúe derramando sobre ellos el torrente de sus maternales favores. Quisiera la Iglesia ser toda lenguas, para hacer que resonasen sin interrupcion las alabanzas de María en medio del pueblo cristiano, que le debe cuanto posee, y que alcanza cuanto le pide. A este fin ha formado un largo catálogo de sus más gloriosos títulos, ó una rica corona de perlas preciosas que adorne sus sacratísimas sienes. Otro de estos títulos es el misterioso al par que augusto de *Reina de los Angeles*, título que más propiamente cuadra á una criatura, que por una órden providencial y extraordinaria fué escogida entre todas las hijas de Adán para una autoridad, que reasume en sí toda la grandeza y la mayor elevacion posible despues del supremo Criador. Llamar á María *Reina de los ángeles*, es predicar de ella lo que no es posible comprender, porque nadie puede sondear el abismo de gracias y perfecciones que encierra este título misterioso. Habiéndome comprometido á formar el elogio de la Vírgen bajo el título de Nuestra Señora de los Ángeles, procuraré manifestaros cuán justamente la aclamais Reina y Señora de los Ángeles, y cuanto debe animaros este augusto título á confiar en su proteccion. Para el acierto pidamos los auxilios de la gracia: A. M.

Los monarcas acostumbran colmar de honores á aquellos de sus súbditos, que les prestan algun servicio de gran importancia, ó se muestran muy fieles á su persona y dinastía. Faraon elevó á José á la dignidad de virey de Egipto, por haber interpretado un sueño que había tenido. Por el mismo motivo Darío, rey de Persia, escogió para primer ministro de su reino á Daniel. Asuero reinó desde la India hasta la Etiopía sobre ciento y veinte y seis provincias: dos empleados, á cuyo cuidado estaba confiada la custodia de la puerta y mandaban en la primera entrada del palacio, mal contentos del Rey, resolvieron levantarse contra él, y matarle. Descubierta por Mardoqueo la conspiracion, el Rey mandó que fuera vestido con vestiduras reales, y saliese montado en un caballo de los que montaba el monarca, llevando sobre su cabeza la real corona, y que el primero de los grandes de la corte llevase asido del diestro el caballo, y marchando por la plaza de la ciudad publicase en alta voz, que de aquel

modo debía honrarse al que el Rey quería honrar. ¿Qué premio, pues, qué honores no habrá concedido á María, su Madre, de cuya sangre fué formado su cuerpo, y que le llevó nueve meses en su seno purísimo, le alimentó con su propia sustancia, le salvó de las manos de Herodes que quería derramar su sangre; aquel Dios, que promete un premio eterno al que dé un vaso de agua por amor suyo á un pobre; aquel Dios, que perdonó á la Magdalena todos sus pecados y escándalos porque había derramado sobre sus piés algunas lágrimas; aquel Dios, que prometió al buen ladron la gloria eterna, solo por haber hecho, poco ántes de su muerte, un acto perfecto de contricion?

¡Oh! si me fuese dado abrir las puertas del Cielo, y mostraros la gloria, la majestad de nuestra celestial Madre! Con qué ternura la amaríamos, con qué fervor cantaríamos sus alabanzas, cuánto desearíamos disfrutar siempre de su presencia! Pero ya que no se nos concede semejante dicha, subamos, al ménos con el pensamiento y con el afecto á aquella mansion gloriosa, y veremos que si acá en la tierra tienen la reinas su corte, compuesta de las personas de primer rango, la tiene tambien nuestra reina María en el Cielo, formada de todos los santos y de todos los ángeles. Todos allí la reconocen por reina y soberana: todos con humildad y respeto la alaban y bendicen: todos llenos de júbilo van repitiendo: Tú eres la gloria y el honor de la celestial Jerusalén.

A su disposicion tiene siempre un numerosísimo ejército de ángeles, divididos con órden admirable en nueve coros, con sus oficiales y jefes respectivos. El generalísimo de este admirable ejército es el arcángel san Miguel, cuyo trono está cerca del trono de Dios; pero no tan inmediato á él como el trono de la vírgen María, trono más luminoso que el de todos los ángeles, trono más resplandeciente que el de todos los santos, trono que forma como un nuevo paraíso. La gran reina María tiene toda autoridad sobre este ejército: Ella hace cuanto quiere en el Cielo y en la tierra; en cierto modo, es omnipotente como su Hijo, con la sola diferencia, que su Hijo es omnipotente por naturaleza, y nuestra gran Reina lo es por gracia.

Al criar á María, no se propuso Dios hacer un mundo material para morada del hombre, sinó un augusto palacio para mansion del Criador. El Padre eterno, que no tiene más que un Hijo natural y consustancial, quería tener una Hija que le diera muchos hijos adoptivos, de los cuales se formára una familia numerosa. El Hijo único del eterno Padre, que, segun su generacion divina, no tiene Madre, deseaba tenerla, segun su humano nacimiento. El Espíritu Santo,

única persona estéril dentro de Dios, quería formarse una esposa á quien, en cierto modo, fuese deudor de esa misteriosa fecundidad, cuyo fruto es Jesús. Esta hija, esta madre, esta esposa es María, y por esto toda la Trinidad beatísima contribuye á engrandecerla y glorificarla. María es la obra maestra de la mano de Dios; y la excelencia y perfeccion de esta obra magnífica es tal, que siendo toda obra de la gracia, nunca siguió otro impulso que el de la gracia misma.

La gracia concedida á María es la medida de su santidad, porque en el órden sobrenatural obró siempre de un modo perfectísimo, como convenía á la Madre de Dios. Ni los ángeles ni los hombres, sinó el Criador puede decir la abundancia de gracias que el Cielo comunicó á María. No nos empeñemos en contar las gotas de agua que hay en los mares, ni las arenillas del desierto. Recibió ella sola más gracias que todas las otras criaturas juntas, más que todos los santos que han existido y existirán hasta el fin de los siglos, y más que todos los coros de los ángeles juntos. Ella, pues, excede en méritos á todos los santos y á todos los ángeles; es un portento de santidad, que no reconoce superior más que á Dios; y la grandeza de la gracia y la grandeza de su santidad la elevan á la categoría de Reina de los Ángeles, la hacen superior á todos, ménos á Dios, la colocan en una altura superior á toda otra, exceptuando la de Dios.

No la conviene ménos el glorioso título de Reina de los Ángeles, si se atiende á su dignidad de Madre del Hijo de Dios. Cuando iba á consumarse la obra más grande de los siglos, el Cielo prepara para María una embajada que desempeña un arcángel. Los tronos y sus dominaciones entran en un éxtasis de admiracion, todas las inteligencias celestiales guardan profundo y respetuoso silencio, miéntras el Rey de inefable majestad comunica las instrucciones necesarias á su enviado. Vuela, Gabriel, le dice; atraviesa el inmenso espacio que media entre los Cielos y la tierra; en la pequeña ciudad de Nazareth, y en una casa, tambien pequeña, hallarás á la Vírgen María; dile que la beatísima Trinidad ha decretado sea ella la Madre de Dios, para cuyo motivo la ha llenado de gracia. Desciende el ángel, aparece á María que, retirada del comercio y de la vista de las criaturas, dedicábase enteramente á su Dios en contemplacion muy elevada. Lleno de veneracion y de respeto el santo príncipe, á vista de la que consideraba ya como reina y soberana suya, le dirige una salutacion, que comprende el más pomposo y magnífico elogio que puede hacerse de una pura criatura, asegurándola que está llena de todos los dones del Es-

píritu Santo; que posee todas las virtudes en supremo grado; que está colmada de bendiciones; que es la criatura más agradable á los ojos de Dios, la única, la escogida entre millares, para ser madre suya. El candoroso corazon de la purísima Vírgen se cubre de un vergonzoso rubor y su corazon de un humilde sobresalto; quedó por algunos momentos abismada en el conocimiento de sí misma, y luego desplegando sus labios virginales, dice: *Hé aquí la esclava del Señor; hágase en mí segun tu palabra.* Al pronunciar estas palabras es elevado y absorto en Dios su benditísimo espíritu, y su corazon comprimido con una fuerza divina. El Espíritu Santo forma de la sangre purísima de la Vírgen el cuerpo sacratísimo del Salvador; cría una novilísima alma, que unida á aquel cuerpo, compone su humanidad perfectísima, y en el mismo momento la divinidad en la persona del Verbo divino únese hipostáticamente con la humanidad. En virtud de esta union sustancial el Verbo es Dios y Hombre verdadero, y la Vírgen María verdadera Madre de Dios.

En virtud de esta dignidad inefable María es superior á los más encumbrados espíritus que rodean el trono del Altísimo. ¿A quién de ellos ha sido dado el poder decir á Dios: Tú eres mi hijo? A ninguno: solo á María ha sido conferido este honor; Ella es la única que puede decirle con toda verdad: yo te he engendrado de mi propia sustancia; y esa sangre, que vertida en la cruz sirvió de expiacion por los delitos de todos los hombres, y reparó las ruinas de los ángeles, ha circulado por mis venas y manado de mi mismo corazon. ¡Qué grandeza tan incomprensible! ¡Qué dignidad tan elevada! María, en virtud de su autoridad maternal pudo imponer sus preceptos al hombre Dios, le vió sumiso y obediente á sus voluntades, y pronto á ejecutar con la más perfecta deferencia sus meras insinuaciones. ¿Y no debemos juzgarla superior á los ángeles, reina y soberana señora de todas las gerarquías que adoran á su divino Hijo? Si el Hijo de María es rey, con justísima razon debe llamarse reina su divina Madre. Si millares de millares de ángeles ministran al rey de las eternidades, si toda la corte de espíritus celestes rodean el trono del Cordero, y cantan sin cesar las alabanzas del que les redimiera con su sangre, y arrojan sus coronas ante el sólio majestuoso del monarca universal de todos los siglos; millares tambien de millares alaban y engrandecen á Aquella, que, por haber suministrado su sangre purísima para el inefable misterio de la reparacion, fué ensalzada á la dignidad augusta de Reina del empíreo. A nadie conviene mejor el dictado de Reina de los Ángeles que á Aquella, que mereció dar á luz

al que continuamente sirven los ángeles, y á quien cantan tres veces santo los más encumbrados serafines.

Podría ahora añadir, que María es tambien Reina de los Ángeles, porque les excede en gloria. Si la recompensa debe igualar al mérito, y la gloria ha de ser proporcionada á la virtud, siendo el mérito y la virtud de la incomparable Madre de Dios, superior á cuanto puede imaginarse en una pura criatura, comprended, si os es dado, cuál será la gloria á que fué elevada la que, si bien no está á la altura de Dios, es no obstante superior á todo lo que no es el mismo Dios. ¡Puertas del Empíreo! franqueadme por un momento las grandezas de esa celestial Sion. ¡Qué espectáculo tan sorprendente! Allí veo millares de millares de espíritus bienaventurados, de celestiales inteligencias, que, postrados ante el trono del Cordero, repiten sin cesar cánticos de alabanza al que es, al que era y al que ha de ser por toda la eternidad. Allí los Santos Patriarcas del antiguo testamento, los Profetas y los demás justos reciben de mano del Primogénito de los predestinados recompensas que exceden á cuanto puede imaginarse: allí los Apóstoles, los Mártires, los Confesores y las Vírgenes visten estolas de diversos colores; ora purpúreas, símbolo de la sangre con que regaron el mundo en testimonio de su fé, ora cándidas, expresion de la inocencia con que adornaron sus almas. ¡Ah! Mi vista se oscurece y no puede sufrir los resplandores de tanta gloria. Pues, si ni el ojo vió, ni el oido oyó, ni el corazon humano puede comprender lo que Dios tiene reservado al menor de sus escogidos, ¿quién podrá concebir, y mucho ménos explicar, lo que tenía preparado para la más perfecta Vírgen?

Hé aquí como el Salvador quiso vengarse de las humillaciones de la Encarnacion en el día de la Asuncion dichosa de la Vírgen. Mi Madre, paréceme, diría Jesucristo, me encerró en la prision de su seno doloroso; pues yo voy á levantarla al trono más alto de los Cielos: Ella me despojó de los esplendores de mi gloria, cubriéndome con una carne que me hizo parecido á los pecadores; yo quiero que sea vestida del Sol, y resplandezca con los fulgores de la divinidad: Ella púsome en el caso de hacer cosas que los sábios del mundo calificaron de locuras; yo la introduciré en los tesoros de mi sabiduría infinita: Ella redujo mi omnipotencia á la pequeñez y debilidad de un niño; yo quiero revestirla de plena autoridad para que á su arbitrio disponga de todo, y todo se rinda á su poderío: Ella me redujo á extrema pobreza, yo la hago dueña de todos mis tesoros: Ella me puso en estado de que todos me despreciaran, yo la pongo en estado de

que hasta los mismos Ángeles la honren eternamente. Elevada sobre los Santos y sobre todos los Ángeles, nadie podrá mirarla, sin alzar sus ojos sobre un trono altísimo, y sin que la fuerza de los resplandores que vá á despedirles obliguen á bajarlos. Todo lo grande, todo lo magnífico, todo lo prodigioso es ménos que mi Madre. Si los Ángeles guardan á los hombres, mi Madre me guardó á mí, que soy el Criador de ellos; si los Arcángeles presiden á las ciudades é iglesias, mi Madre presidirá á todas; si los Principados guardan las provincias, mi Madre me ha guardado á mí, que soy el Rey de los reyes; si las Potestades sujetan á los demonios, mi Madre ha aplastado la cabeza de Lucifér, príncipe de todos ellos; si las Virtudes obran milagros, mi Madre es el mayor de todos; si las Dominaciones mandan á los ángeles inferiores, mi Madre mandará á todos los ángeles, porque quiero que sean suyas todas mis coronas; si en los Tronos habita Dios, mi Madre es, por excelencia, el Trono de la beatísima Trinidad; si los Querubines sobresalen en ciencia, mi Madre ha sido el templo de la Sabiduría increada; si los Serafines, en fin, aman, mi Madre es la Madre del amor.

¡Oh María! Con razon te aclaman bienaventurada no solo en este suelo la generacion de los justos, si que también en el Cielo todos los espíritus bienaventurados. Los Ángeles y los Arcángeles, los Querubines y los Serafines, los Tronos y las Dominaciones, las Potestades, los Principados y las Virtudes te aclaman su Reina, su Señora y Soberana, porque á Tí sola, despues de Dios, es debido como á Hija, Madre y Esposa del Monarca celestial, el imperio y la soberanía sobre todo lo criado.

Hermanos míos, ¿quereis que la Vírgen Santísima se sirva del ministerio de los Ángeles por vuestra salud y felicidad? ¿Deseais que desciendan hasta nosotros los efectos de su poder? Amadla con ternura, recurrid á sus piedades, prodigándola el augusto dictado de Reina de los Ángeles, y no quedarán burladas vuestras esperanzas. No olvidemos que todos somos unos séres débiles, miserables, rodeados por do quiera de peligros; recurramos á María, y cuando nos vea en peligro de perder la gracia, mandará á los Ángeles que nos defiendan. Hombres perversos fraguan proyectos contra Dios, declaran guerra á su gloria, no pocos, seducidos y arrastrados con su ejemplo, se alistan en sus banderas, y momentos hay en que hasta los justos peligran; ofrezcamos á María un corazon contrito, un espíritu humillado, seguros de que Ella mandará á los Arcángeles para que sostengan á los débiles y animen á los fuertes. Vivimos cubiertos de las más densas

tinieblas, los enemigos de nuestra salvacion nos cercan por todas partes, como leones rugientes; y si queremos no vernos abandonados á su impío furor, invoquemos con fé y corazon puro á la Reina de los Ángeles, y ella ordenará y mandará á las Potestades que peleen en favor nuestro, y nos hagan triunfar del demonio, del mundo y de la carne.

Hoy día están también amenazadas las naciones, las cuales se disuelven, se hunden y desmoronan, cuando penetrando en ellas el espíritu de discordia y desunion, y gozando de ascendiente las malas doctrinas, se corrompen los sentimientos que sirven de cimiento á la sociedad; dirijamos á María fervientes plegarias, y Ella mandará á los Principados para que con su mano detengan la caida de los reinos. Que si para nuestra salvacion son necesarios milagros, nuestra celestial Madre ordenará á las Virtudes que nos amparen: si nos faltan los bienes espirituales y temporales, ordenará á las Dominaciones, ejecutoras de la providencia de Dios, que nos suministre lo que nos conviene. En fin, pidamos auxilio á la Reina de los Ángeles en todas nuestras necesidades, y estemos seguros que llamará, si es necesario, á los Tronos, á los Querbines y Serafines para que nos consuelen. Tengamos, empero, presente, que si verdaderamente deseamos que María se sirva del ministerio de los ángeles para nuestra felicidad, y poder un día formar la corte de nuestra celestial Reina, debemos amarla y servirla, ser devotos suyos, visitar con frecuencia sus imágenes, é invocarla muchas veces cada día.

Madre y Reina nuestra; nosotros nos regocijamos, como es justo, de vuestra grandeza, considerando que no para Vos sola habeis sido enaltecida, sinó para mejor poder patrocinar á los que en la tierra adoptasteis como hijos de vuestro amor. Defendednos y protegednos del comun enemigo por el ministerio de los Ángeles; enardeced nuestra fé, alentad nuestra esperanza, inflamad nuestro amor hácia vuestro divino Hijo, para que sirviéndoos á ambos con fidelidad en esta vida, merezcamos formar parte de vuestra corte en la eternidad.

NUESTRA SEÑORA DE LOS ÁNGELES,

Ó JUBILEO DE LA PORCIÚNCULA. (1)

Delens quod adversus nos erat chirographum decreti, quod erat contrarium nobis, affigens illud cruci.

Cancelada la cédula del decreto firmado contra nosotros, que nos era contrario, enclavándola en la cruz.

(Colos. II, 14).

Loado sea Dios, que si por suma desgracia nuestra fuimos una vez esclavos, nos vemos ahora libres, puesto que Jesucristo pagó á su Padre el precio de nuestra redencion con tanta abundancia, que no solo bastó para borrar aquel delito de que nos hicimos reos, sinó para satisfacer todas las demás deudas que pudiéramos contraer nuevamente incurriendo en alguna culpa. Una vez que Jesucristo hubo vencido la muerte y aplastado el Infierno en una sola lucha, libertó de su tiranía al linaje humano, y verificáronse entónces los oráculos, con los cuales Cristo amenazó á la Muerte, de que la haría perecer: *Mors, ero mors tua*. Y hé ahí que vemos con estupor vencida la Muerte, por haber sido crucificada la sentencia misma que nos condenára al suplicio. Y Jesucristo, para mayor realce de su gloria y prez de nuestra libertad, á fin de amontonar más ignominia sobre el Infierno, no contento de borrar el escrito de nuestra deuda ya satisfecha, lo puso á la vista del Cielo, al cual es debida la gloria de la redencion; del mundo, que experimenta sus beneficios; y del Infierno, que sufre por ello la confusion y el ultraje de ser burlado en sus amaños, sorprendido en sus planes y humillado en sus fuerzas. Una redencion tan preciosa y universal podia bastar al amor inmenso del Crucifi-

(1) Véase el título: Indulgencia de la Porciúncula: tomo VII del *Diccionario Apostólico*, 1.ª parte de este Tesoro de Oratoria Sagrada, pág. 211.

cado; empero, para dar un golpe más decisivo y mortal al Infierno, un auxilio más poderoso á los hombres, y un ornamento más rico y bello á la Iglesia, de la sangre y agua derramada de las heridas formó un infinito y perpétuo tesoro de remision y de gracia, y diólo á la Iglesia su esposa, para que abriéndolo á nosotros, lavásemos con esta agua las manchas, ungiésemos con este bálsamo las heridas, y en nuestras debilidades y tropiezos obtuviésemos pronto el perdon y la gracia. Mas, la sangre del Redentor divino, en vez de circular y hervir en el corazon de los fieles, quedó en breve tiempo enfriada. Borrado en el Cristianismo, trás la corta vida de los primeros felices siglos el recuerdo del amor al Crucificado, no ardieron ya aquellas llagas, donde pudiesen reavivar sus llamas en el corazon de los infieles. Pero Francisco de Asís, sin segundo en el amor del Crucificado, anhelante de imitar sus padecimientos, retrata en sí mismo al vivo la humanidad doliente, haciendo ver á todo el mundo renovadas en su cuerpo las llagas del Redentor, y con el derramamiento de nueva sangre reanima en la Iglesia el extinguido fuego. Subió con el Nazareno á la Cruz; y haciendo renacer en el corazon de los hombres la ya extinguida redencion, el Crucificado resucita en Francisco; y así como las llagas del Hijo de Dios ofrecidas al Padre fueron el precio de la redencion, tambien las llagas de Francisco ofrecidas al Padre y al Hijo, obtuvieron el privilegio de indulgencia y de perdon. Este es el motivo porque en dia tan señalado os lleva aquí la devocion para implorar de la misericordia divina, en virtud de los méritos del Crucificado concedidos á Francisco, plena remision de nuestros pecados. Tal es el asunto de mi discurso: imploremos ántes los auxilios de la gracia: A. M.

Dos son las propiedades de las obras buenas de los fieles, inseparables la una de la otra, á saber: el mérito y la satisfaccion. Con este mérito y esta satisfaccion pagan las deudas que se suelen contraer con la divina justicia. Pero, como que nuestras obras, unas quedan mortificadas por el pecado, y otras enteramente muertas, despojados nosotros de todo mérito, nos hacemos igualmente incapaces de dar la debida satisfaccion. Siendo muy exorbitante la deuda contraida con la justicia divina, para satisfacerla, es necesario que otra persona más rica que nosotros pague la deuda; y obtenido ya de manos del acreedor el recibo que acredita nuestra deuda, nos diga: quedais en paz, y para seguridad vuestra rasgad el escrito que la atestigua y es causa de vuestros temores. Esto hizo Jesucristo por nosotros.

Habíamos contraido con la divina justicia aquella gran deuda, en que nos hizo incurrir el pecado; nuestra pobreza no tenía caudales para satisfacerla. Jesucristo la pagó por nosotros, dejándose crucificar; y con la sangre de sus llagas y los méritos de su pasion formó un tesoro riquísimo, que entregó á la Iglesia, para que distribuyéndose entre los fieles, quedasen, como con una nueva redencion, absueltos de sus deudas, puesto que con ese tesoro se quita la mancha y satisface la culpa. Hé ahí el gran capital que nos legó Jesucristo; siendo imposible que se agote jamás, ni que disminuya, porque Jesucristo, á los méritos suyos, que son infinitos, añadió los méritos de la Santísima Vírgen y de todos los Santos. De esta inagotable, copiosísima fuente de gracias, derivaron aquellas que llamamos sagradas indulgencias, con las cuales, satisfecha la deuda á la divina justicia, nos quedamos libres de la pena y se nos concede la gracia; y con razon puede decirnos el Señor: otros se fatigaron y vosotros os aprovechais de sus fatigas.

Nosotros gozamos la dichosa suerte de aquellos pueblos, que sin gastar sus fuerzas con el azadon, ni encallecerse sus manos en el cultivo de los campos, miéntras están sentados en las orillas, pasan los ríos con furiosa corriente á rendirles tributo con sus dones. Somos todos perfumados con aquel precioso ungüento que descendía de la cabeza al cuello de Aaron, y del cuello á todos los miembros. *In ora vestimenti ejus;* porque la sangre preciosa de Jesucristo, señalada como precio de nuestras culpas, se extiende profusamente por todos los miembros de la Iglesia, hasta perfumar las últimas fibras con que se adorna. Habiendo, pues, Dios puesto en poder de la Iglesia tan gran tesoro, y la Iglesia, Madre begnina, conociendo muy bien cual sea nuestra pobreza, cuales y cuantas sus riquezas, no las escatima, sinó que las dispensa con generosa liberalidad; concede Jubileos, Indulgencias plenarias, y permite que cada cual satisfaga con ellas por sus almas, se ponga en buen estado, y, en cierto modo, se haga acreedor de Dios; de manera, que regenerado sin mancha de culpa, sin reato de pena, inmaculado y puro, pueda ir cantando alegre: *Fué roto el lazo, y nosotros quedamos libres* (1).

Mas, de poco sirvió la liberalidad de Jesucristo en dar su sangre á los fieles para que se lavasen; de poco la benignidad de la Iglesia en dispensarles tantas gracias; porque apénas abiertas las llagas del Redentor, se estañaron, y su sangre, humeante é hirviente aún, se

(1) PSALM. CXXIII, 7.

heló. En su nacimiento languideció casi moribunda la fé, por cuyo motivo los hombres se merecieron la amarga reprension que Jacob dió á sus hijos, cuando considerando la extrema miseria que reinaba en la Palestina y la abundante cosecha en Egipto, les echaba en cara su negligencia: *¿Por qué os estais sin hacer ninguna diligencia? Bajad á Egipto, y compradnos lo necesario para que podamos vivir* (1). Del propio modo que se vuelven perezosas las abejas con la abundancia de la miel, tambien los fieles se hallan miserables en medio de los tesoros de las gracias celestiales; próximos á las aguas no lavan sus manchas, ni apagan su sed; á vista del manjar languidecen de hambre, y con el bálsamo en la mano sus llagas permanecen hediondas y podridas. A manera de impetuoso rio, que cuanto más se aleja de su cristalino manantial y atraviesa los pantanos, más se enturbia en el fondo cenagoso; léjos de Dios, y olvidados de la redencion, sin abrir jamás los ojos para contemplar sus desventuras, revuélcanse los hombres en el lodazal de la iniquidad. En medio de males tan deplorables y de funestas ruinas, ¿quién será el hombre grande y divino, que renovando en sí mismo la pasion del Nazareno, logre reanimar en el corazon de los hombres su inerte sangre, sinó Francisco? Él ve en la Cruz ensangrentada la Inocencia, brotar á torrentes la sangre de sus llagas, derramarse toda sobre las almas y lavar sus manchas; y contempla tambien la ingratitud de los hombres, que no derraman una sola lágrima de compasion sobre aquella sangre. Ve su frialdad é indiferencia en limpiar y embellecer con ella su alma; y ¡oh! qué dolorosos efectos causa en Francisco el Hijo de Dios llagado por amor de los hombres, y la ingratitud de los hombres, que para nada corresponde á su amor! La compasion hácia Jesús Crucificado fué tan ardiente y viva en Francisco, que pudo ser á la vez compasion y pasion. Y la compasion hácia las almas redimidas fué tambien tan ardiente, que hizo que los dolores de Jesús fuesen dolores de Francisco, á fin de que renaciera el Crucificado, primeramente, en la carne del Santo, y luego en las almas redimidas. Sucedió entónces, que en aquella comunicacion de padecimientos, en aquella union de llagas, y en aquella transformacion de los dos crucificados, se vió á Jesucristo crucificado en Francisco, y á Francisco crucificado en Jesús, y comunicados todos los privilegios de la pasion del Redentor á la pasion de Francisco. No quiero que se envanezca el monte Alvernia, y se crea mostrar en su

(1) GEN. XLII, 2.

cumbre un Dios en cruz. Sea del Calvario toda la gloria de sus triunfos y todo el honor de sus trofeos. El Padre aplacado, abatido el Infierno, vencida la muerte, y resucitada la vida, no solo redimidas las almas, sinó tambien lavadas con abundancia, son glorias de solo el divino Redentor, puede decir con razon el Calvario; con todo, el Alvernia puede tambien añadir algun valor al Calvario, mostrando sus renovadas conquistas en Francisco crucificado. Si Moisés con una varita en la mano movida por virtud divina, pudo separar las aguas del mar Rojo y hacerlo atravesar á pié enjuto á más de dos millones de personas, librándolas de la dura esclavitud de Egipto, ¿no podrá Francisco con su cruz, con sus llagas hacer revivir la redencion, arrebatar innumerables almas de la tiranía de Lucifér, y ponerlas en posesion de la eterna patria bienaventurada?

En efecto, amados hermanos, recordad aquella admirable vision que tuvo Francisco en la iglesia de la Porciúncula, despues de impresos los sagrados estigmas con que se inflamó de amor, no cesando de implorar con fervorosas súplicas de la misericordia divina la indulgencia ó perdon de los pecados de los hombres. Se le mostró Jesucristo con su gloriosa Madre á la derecha, y concedió á sus méritos aquella plenísima redencion, de que podemos todos participar en un día tan señalado. Privilegio tan grande, confirmado por el oráculo infalible de Dios, comprobado por el mismo con tantos prodigios, y altamente alabado por los Sumos Pontífices, fué privilegio de las llagas de Francisco, que merecieron las prerogativas de la pasion de Jesucristo.

Golpeadas por Moisés las rocas en Rafidin y en Cades, no fueron duras, sinó obedientes; de sus áridas entrañas, como de manantial de impetuosos rios, salieron pronto cataratas de agua, que pudo apagar la sed de tres millones de personas con un número inmenso de ganado y de rebaños. En fuentes tan abundantes y estupendas bebió el pueblo: avergonzáronse de su incredulidad los hijos de Israel, se arrepintieron de su inconstancia, alabaron á Dios, y Dios fué reconocido entre ellos por lo que es, por el santo, piadoso, liberalísimo y omnipotente Señor. La piedra golpeada por Moisés fué figura de otra, dice San Pablo, que es Jesucristo, piedra fundamental de la eternidad bienaventurada, la cual herida en cruz en cinco partes, derramó agua y sangre para lavar á la Iglesia su esposa, saciar la abrasadora sed de sus hijos, y con la gracia, que de aquellas llagas hace derramar sobre ellos, consolar las más heróicas ansias de su espíritu. ¡Y con cuánta mayor abundancia hubiéramos

podido apagar la sed en estas aguas, si nuestros pecados no nos hubiesen alejado de esta fuente! Nuestras culpas fueron obstáculo á la sangre del Salvador; y no solo impidieron su curso, sinó que secaron su origen. Abiertas de nuevo en Francisco las llagas del Crucificado, como torrente, que arrastra todos aquellos obstáculos que impiden su paso, en venganza de la demora sufrida, se precipita violento sobre los desiertos campos, y la sangre del Salvador volvió á correr con larga abundancia sobre nuestras almas. De aquel pecho herido, como de viva fuente, brotaron las aguas de las santas indulgencias y de la total remision que inundaron toda la tierra. Venid, pues, los sedientos, y con estas aguas apagad vuestra sed; venid todos los que estais llagados, y ungid con este bálsamo vuestras heridas; venid todos los que estais manchados, y en estas aguas limpiad vuestros pecados.

Entre las demás singulares fiestas que Dios mandó celebrar al pueblo Hebreo, fué la del año solemne del Jubileo, que se renovaba cada siete semanas de años, ó sea cada cincuenta años. Tres eran los privilegios que Dios concedía en este año; el primero, que ningun dueño entrase en su campo, para que la tierra fuese toda de los pobres que nada poseen; y los pobres, pasando como dueños por todas las villas, recogiesen á su albedrío lo que la tierra producía benignamente en aquel año. El segundo, que todo siervo Hebreo quedase libre en el año quincuagésimo de la servidumbre. El tercero, que cada año quincuagésimo de Jubileo, todos los bienes raíces vendidos ó alienados volviesen á sus antiguos dueños. No puede negarse, que no fuese esta una gran providencia, y suave trato de la generosísima misericordia de Dios. Los sagrados Intérpretes reconocen en el año del Jubileo, la figura expresa de aquellas plenas remisiones que nosotros llamamos sagradas indulgencias, con las cuales ¡cuántos pobres, cuántos afligidos quedan consolados! ¡Cuántos, no pudiendo satisfacer sus deudas, Dios entra por fiador de ellos! Y ¡cuántos hijos pródigos, libres de todo lazo de censura, absueltos de toda culpa y de todo reato de pena, pueden volver, si quieren, en posesion de la disipada herencia del reino paterno, y quedar en paz con la divina justicia! La figura es vivísima, singularísimo el privilegio, y abundante el perdon; tales remisiones, empero, no se concedían antiguamente más que cada año quincuagésimo. Antiquísimo es en la Iglesia el uso de tales remisiones; pero, en los pasados siglos no se concedían tanta cópia de sagradas indulgencias. Bonifacio VIII ordenó el primer Jubileo cada año centésimo; y cuando Clemente VI

y Sixto IV más generosos, lo redujeron, el primero á cada año quincuagésimo, y el segundo á cada veinticinco años, se creyeron dichosos aquellos fieles, que pudieron gozar de un privilegio tan singular y enriquecerse con un tesoro tan copioso de gracias. Alegrose todo el orbe católico, y se reunió en Roma de todas partes tan gran número de fieles, que en las fiestas de Pentecostés se contaron en ella más de ochocientos mil peregrinos. Pero, ¿cuanto más dichosos somos nosotros, á quienes Dios, por los méritos de Francisco, nos concede todos los años una remision tan plena y tan universal? Indulgencia en que está vinculada toda la misericordia divina, y en la cual se cumple todo el fruto de la redencion, ¿no deberemos pedirla á Dios con suma instancia? Y si una tan grande indulgencia no basta para hacer que nosotros queramos ser salvos, ¡oh Dios mio! cuánta ingratitud y descortesía por nuestra parte, si con tantas remisiones ó indulgencias queremos ser todavía hombres perdidos! Si nuestro corazon no convertido por la piedad de Dios, ni conmovido por la gratitud debida á las llagas de Francisco, persistiese en hacerse sordo á la gracia, mirad á Jesús, mirad á Francisco, y decid: las llagas del uno me rescataron; las llagas del otro me recuerdan á qué precio fuí rescatado: ¿seré yo tan insensato, que me obstine en perderme, despues de haber sido dos veces redimido? Mas, de poco sirve que Jesucristo nos muestre el valor de nuestras almas en sus llagas, y en las llagas del crucificado Francisco nos recuerde su redencion, si con el precio en la mano rehusamos librarnos de las cadenas, si con el bálsamo queremos todavía quedar heridos, y con el agua pronta descuidamos lavarnos.

¡Ah, heróico Francisco, llagado por amor del Crucificado, y por compasion de las almas! alcánzanos la gracia de no quedar privados de un fruto tan dulce y saludable, como el que nos ha producido tu cruz! Gratos siempre á la misericordia divina, devotos siempre é imitadores de vuestras penas, si anhelasteis morir por amor del Crucificado, nosotros queremos llevar á la vez vuestra cruz, para morir crucificados en vuestra compañía. Atraed á vos nuestros corazones, inflamados con vuestro amor, á fin de que amando á aquel Dios, que en su cruz decretó nuestra redencion, amemos á vos, que sacasteis de ella tan celestiales beneficios á costa de acerbísimos dolores. Si una vez al año, con tan piadosa é inusitada pompa se abren en tantos templos las puertas del santo Jubileo, se abren porque no cabiendo entre estas angustias las llamas del celo de Francisco, corre á ensancharse en el corazon de todos los fieles; para que contemplando en

ellos renovados aquellos prodigios de santidad, que fueron siempre la admiracion del Paraiso, se despierte en nosotros la gratitud hácia el santo Patriarca y nos formemos de él un perfecto ejemplar. Y á fin de que correspondamos á tan justos deseos y obtengamos sus resultados, no os baste ¡oh admirable Francisco! habernos enseñado con vuestro ejemplo á amar la cruz; concedednos con vuestro patrocinio que crucificados en ella muramos al pecado, y seamos un dia con Jesús y con vos, eternamente dichosos.

ANGUSTIAS GLORIOSAS. (NUESTRA SEÑORA DE LAS) [1].

Placeo mihi... in angustiis pro Christo.
Yo siento satisfaccion en mis enfermedades.
(II. Cor. XII, 9).

Así habla, hermandad respetable, sábios y piadosos oyentes, así habla á los fieles de Corinto el apóstol de las gentes S. Pablo, tratando de un rapto al Cielo, de sus tribulaciones y de la verdadera gloria de un cristiano. Y adoptando yo hoy estas mismas palabras, no dudo manifestaros, con arreglo á ellas, las angustias y glorias de María á presencia de la pasion y muerte de su Hijo. Enlace verdaderamente admirable, y que solo es capaz de obrar en las almas justas la gracia y el amor de Jesucristo. Si yo hablase en esta hora á unos oyentes incrédulos de las glorias y gozo de María en el conflicto de sus angustias por Cristo, reduciría la materia á principios, y haría ver por los de la fé una verdad, que la Escritura, la tradicion, los padres y el espíritu mismo de la religion católica concurren á demostrar. Miéntras durare la verdad de los libros canónicos, que será eterna como Dios, será asimismo indubitable, que ninguno puede ser salvo sin tener conformidad con Jesucristo, cabeza y ejemplar de los predestinados, de cuya mayor semejanza depende su mayor santidad. Siendo pues de fé, segun S. Pablo, que este divino Salvador toleró su cruz gozoso como instrumento de su gloria, en la cual no podía entrar, como Él mismo testifica, sin pasar ántes por las penas, ¿cómo podrían las de María oscurecer sus glorias, ó privarla del gozo espiritual que concedió el Señor á los apóstoles y á tantas almas justas en medio de sus tribulaciones, siendo cierto que María es superior en santidad á todas las criaturas, solo inferior á Dios, y la más perfecta imágen de su Unigénito?

(1) Véase el título: *Dolores gloriosos de María*, tomo VI de este Tesoro Mariano.

¿Qué de reflexiones sólidas no podría yo hacer sobre este único principio para ilustrar las glorias de esta Madre angustiada? Mas como tengo la confianza de hablar en un templo lleno todo del espíritu y esplendor de María, y á presencia de un pueblo, cuyos más ilustres habitantes se glorían de esclavos de las angustias de María, me creo dispensado de formar apología de sus glorias. Limítome pues á discurrir sobre los motivos de ellas, y juntamente sobre sus penas; doble objeto que presenta á los ojos de nuestra fé la augusta escena del Calvario. Con arreglo á este plan manifiesto, en primer lugar, lo incomparable de sus angustias; y en segundo, lo inenarrable de sus glorias: dos reflexiones breves, objeto de vuestras atenciones y de mis endebles conatos. Animad ¡oh Dios! mis palabras para que pueda dignamente hablar de vuestras misericordias; dadnos á todos un corazon dócil para aprovecharnos de vuestra doctrina, y una gracia victoriosa que, triunfando de nuestras pasiones, renueve hoy vuestra gloria en el templo de nuestras almas. A este fin imploramos la proteccion de vuestra Madre y nuestra, María Santísima, saludándola con el ángel: A. M.

Por poco que reflexionemos sobre la tragedia del Calvario, conoceremos fácilmente lo incomparable de las angustias de María, ya sea atendiendo á su carácter de Madre del Crucificado, ya al de Jesucristo que padece, ó ya á nosotros mismos por quienes padece. Bajo cualquier aspecto que se mire, siempre será constante la sentencia de S. Agustin, conviene á saber: que ni la lengua puede explicar, ni la mente comprender la angustia de María en estas circunstancias. La Escritura y la experiencia misma están de acuerdo, que el amor de una madre es el más tierno y afectuoso que se conoce sobre la tierra (ojalá no fuese á veces inmoderado é indiscreto). De aquí se sigue por una consecuencia necesaria, que si por el amor se ha de comensurar el dolor, fué el de María imponderable. ¿Quereis conocer su amor? Considerad que es madre, madre vírgen, madre sola, madre sin obra de varon, madre de un solo hijo, pero de un hijo infinitamente perfecto, todo apreciable, todo apetecible, todo amable. La angustia, pues, que la oprimía era á proporcion del amor que la abrasaba. Yo siento, decía el real Profeta, yo siento y compadezco tu muerte, hermano mío Jonatás porque te amaba como una madre ama á su hijo único. Su amor virginal, pues, era la medida de su dolor; y siendo aquél incomprensible, debía serlo éste asimismo; porque es necesario que hiciese en el alma tanta impresion el

dolor cuanto había en ella penetrado el amor de Jesucristo: de donde se sigue que fué la que más padeció, porque fué la que más amó. Venció al sexo, venció al hombre, padeció sobre la humanidad, sintiendo más tormentos en su imaginacion que si los sintiera en su cuerpo; porque amaba incomparablemente más que á sí misma al objeto de su compasion. No extrañeis, pues, que yo exclame con Jeremías: ¡oh vosotros todos, viajeros de este valle de lágrimas! ¿habeis visto un dolor semejante á mi dolor? ¿Habeis visto al amado de mi alma? ¿Cuál es tu morada, dulce dueño de mi corazon, en el medio día de mis penas?... ¡Oh hijo de mis entrañas! ¡oh, si se me concediera que muriese yo por Tí, para no sobrevivir privada de tu luz! Yo te amaba tiernamente como madre, y por tu muerte me hallo convertida en un mar de angustia y de afliccion. ¡Oh Padre eterno! la luz de mis ojos ha desfallecido y ya no está conmigo.

Hé ahí un bosquejo de la tribulacion y pena de María, atendiendo puramente á su carácter de madre. Pero ¡cuánto no debió crecer su angustia atendida la calidad del hijo que padece á su vista y las circunstancias de su muerte! Este augusto personaje es el Unigénito de Dios, engendrado por su Padre celestial ántes del astro de la mañana, viva imágen de su divinidad, Dios verdadero de verdadero Dios, en todo igual y consustancial al Padre, y único Dios con el Padre y el Espíritu Santo en unidad de esencia y Trinidad de personas, que movido de su amor á los hombres y por nuestra salud, descendió del Cielo, sin dejar el seno de su Padre, á obrar nuestra redencion eterna. Este Dios grande, á quien vió el real Profeta alzado monarca sobre la santa montaña de Sion, ejerciendo su dominacion de uno á otro mar, desde el oriente al occidente, desde el aquilon al mediodía, y recibiendo homenajes de todos los soberanos, de todas las naciones, de todos los pueblos: este, á cuya presencia tiemblan y se estremecen los abismos; este Dios hombre desconocido de los mortales, que muere por su amor á ellos, es el que por un milagro superior á sus más grandes milagros se abate á sí mismo en esta hora, se anonada, se humilla hasta la muerte, entregándose voluntariamente en manos de sus enemigos, que como lobos hambrientos se apoderan de la inocente presa que con tan vivas ansias habían perseguido. Avivad vuestra fé por un momento, para formar justa idea de las penas de vuestro Redentor y de las angustias de María. Contemplad, os ruego, á esta afligida Madre al pié de la cruz del Salvador, donde ha bebido la pasion, agotado el cáliz, y está como embriagada con un torrente de amargura. Privada de la vista de su Hijo, su Dios y

su Hacedor, viuda de su Esposo, huérfana de su Padre, registra con amargura los lugares del Calvario, viendo en todos ellos cubierto de oprobio y de ignominia al dulce imán de sus afectos; ligado como un facineroso el libertador de Israel, que es por esencia la fortaleza misma; conculcado y despreciado el excelso sobre todas las gentes; sin especie ni hermosura el más hermoso entre los hijos de los hombres; azotado cruelmente y vestido á lo ridículo el Rey de los reyes y Señor de los que dominan; coronado de espinas el que tiene por cetro la virtud; vestido como rey de burlas con una caña en sus manos el ungido de Dios con el óleo de la alegría; oprimido bajo un duro leño el que sostiene con tres dedos toda la masa de la tierra; crucificado entre dos ladrones el autor de la vida; oscurecidos sus ojos, desfalleciente el ánimo, las fuerzas fugitivas, abierto su costado, cubierto de inmundas salivas, clamando en altas voces á su Padre por el desamparo en que se halla, inclinada la cabeza, derramando, en fin, por sus heridas la sangre en abundancia hasta la tierra.

¿Qué os parece, señores, de las angustias de María en estas circunstancias? ¿Hay dolor comparable á este dolor? ¿Será necesario para persuadirlo comparar esta afliccion á la de Agar, egipcia, temerosa de la muerte de Ismael? ¿A la de la madre de Moisés, exponiendo la vida de este á las corrientes del Nilo? ¿A la de Jacob, cuando se persuadió que había muerto José? ¿A la de Respha, mirando á sus dos hijos suspendidos? ¿A la de David, por la muerte de Absalon? ¿A la de Ana, por el oprobio de su esterilidad? ¿A la de Raquel ó de Noemí, por la muerte de sus hijos? Mas ¿quién no ve que todas estas angustias, aunque grandes, no son comparables á las de María, distando tanto de ellas en su principio y en su objeto cuanto difieren entre sí las criaturas y su criador, los pecadores y el impecable por esencia, la culpa en fin y la santidad? ¿Pues qué si á esto se agregan las circunstancias de su muerte, maquinada y ejecutada por su pueblo escogido, á quien sacó de la dura esclavitud; á quien milagrosamente mantuvo en el desierto por espacio de cuarenta años; á quien estableció en la tierra de promision, distinguiéndole entre todas las naciones del mundo; á quien colmó, en fin, de beneficios, sanando sus cojos y tullidos, curando sus ciegos y enfermos, resucitando sus muertos? Nada digo de la angustia de María al verse desamparada de todos sus amigos, y que los apóstoles, testigos de sus más grandes milagros, uno le vende, otro le niega, y todos huyen al tiempo de la tribulacion y del oprobio. Sí, dulce Madre mia; herido el Pastor es consiguiente la dispersion del rebaño, conforme al oráculo de un

profeta; y vos no hallareis con quien dividir las penas, ni quien os consuele sobre la tierra, porque los mismos por quienes padece y muere lleno todo de amor vuestro adorable Hijo, por un prodigio de insensibilidad, de dureza y de ingratitud, aumentarán en esta hora vuestra amargura. Dios, que quiere haceros la más perfecta imágen de su Unigénito, enviará á vuestro corazon más plagas que al Egipto. Entre los hijos mismos de vuestro dolor vereis á unos desertando abiertamente de la fé y de la moral de Jesucristo, á otros sembrando en el campo de la Iglesia la cizaña, el error y la mentira; á otros persiguiendo y desacreditando con teson á los ministros del santuario y legados de Jesucristo; á unos llenos de ambicion, de orgullo y de soberbia, despreciando la sencillez cristiana, la mansedumbre y humildad de Jesucristo; á otros afeando su Iglesia con impurezas, usuras, monopolios, y abandonando con lujo y con vanidades la modestia y moderacion que tanto nos recomienda Jesucristo; hombres sin humanidad, sin afeccion, sin caridad: injustos, avaros, blasfemos, escandalosos, desapiadados, irreligiosos, murmuradores, sacrílegos, sin amor á Jesucristo ni al prójimo; á otros... Mas ¿para qué me canso y os molesto? Vereis que siendo todos llamados serán pocos los escogidos, y que bastando cualquiera gota de esta adorable sangre para redimir á innumerables mundos, serán muy pocos los que quieran aprovecharse de ella, despreciando la gracia é inspiraciones de Jesucristo.

Ahora pues entiendo, porque la Iglesia, ilustrada del Espíritu Santo, llama á nuestra madre Reina de los mártires. Los demás santos han padecido por Cristo en su carne; pero al alma, que es inmortal, no han podido tocar los tiranos: estaba reservada á María la crucifixion del espíritu, y por espiritual fué más atroz su angustia, más penetrante la espada que atravesó su alma, y María, por consiguiente más que mártir. Tanta es y tan incomparable la afliccion de esta tierna Madre á presencia de la pasion y muerte de su único hijo, y de la ingratitud del hombre, por quien muere lleno todo de su amor. Pero ¡oh mi Dios! ¿á qué fin estas imponderables angustias de vuestra inocente Madre en vuestros eternos designios? Yo me atrevo á decirlo, señores: para su mayor conformidad con Jesucristo, y para que participase más abundantemente que todos los justos, no solo del amargo cáliz de su pasion, sinó de la gloria y trofeos de su Redentor en este momento. Hé ahí una verdad constante y apoyada sobre los oráculos más decisivos de la santa Escritura. Yo dejo de proponer los textos porque hablo á un pueblo instruido, en cuyo corazon

leo grabadas las verdades que ellos testifican. Conténtome, pues, con proponer brevemente, los inefables motivos de gloria y de gozo espiritual que fueron en María inseparables de su angustia.

Si quisiera extenderme sobre la materia, ¿qué no podría decir sobre su gloria y gozo al considerar la ilustre y completa victoria de su Hijo sobre todas las potestades infernales, al ver arrojado del mundo y ligado en el abismo al príncipe de las tinieblas, y establecido el eterno imperio de la cruz? ¿Qué de su gozo al ver confundida la sabiduría de los filósofos, enmudecidos los oráculos del paganismo, deshecha la Sinagoga, abolidas las ceremonias y sacrificios legales, el sacerdocio antiguo, el Evangelio subrogado á la ley de Moisés, un nuevo órden de cosas más recomendable, más santo, un templo más augusto, un pueblo más fiel, sacramentos más eficaces, ceremonias más nobles, gracias más abundantes? ¿Qué no podría añadir de la gloria y gozo que le resultaba al ver satisfecha la justicia del Padre, reconciliado el Cielo con la tierra y redimido el género humano? Baste decir que solo por este respeto toleró el Hijo de Dios su cruz gozoso, considerándola como medio indispensable para conseguir la gloria de Redentor, que constituye su mayor exaltacion en cuanto hombre; y que María con el mismo designio hubiera contribuido á su pasion en caso necesario, para que ni Él quedase defraudado de tanta gloria, ni el género humano sin reparador. Por esta causa, aunque deseaba mucho que no muriera su hijo, deseaba más la salud del hombre. ¿Sabeis por qué, señores? Porque en esto se cumplía la voluntad del Padre eterno, en que conciben los justos su mayor complacencia, y porque así conquistaba Jesucristo su mayor gloria. María, pues, que le había sido fiel é inseparable compañera en la pasion, debía participar de sus ventajas gloriosas, viéndole desde la cruz atraer á sí todas las cosas, y reunir bajo su estandarte la Grecia ingeniosa, el Egipto misterioso, la Persia sensual, la altiva Roma, la Escitia bárbara, la India feroz.

¡Qué gloria, qué complacencia, qué gozo, qué alegría espiritual no inundaría el corazon de María, al considerar la próxima resurreccion del Salvador, que debía llenar de gozo universal los Cielos y la tierra! ¡Qué complacencia al contemplar la venida del Espíritu Santo á ilustrar y confirmar el corazon tímido de los apóstoles, para que llevasen con fortaleza irresistible su augusto y adorable nombre por todo el universo! ¡Qué gloria al considerar la Iglesia de Jesucristo, fundada sobre esta piedra angular que ántes habían reprobado los judíos! Y si al Cielo resulta tanta alegría de la conversion de un

pecador, de la conquista de un alma, que excede á la que causan todos los justos, segun la expresion de la Escritura, ¿qué gozo no concebiría nuestra Madre al considerar el celo de los apóstoles despues de la venida del Espíritu Santo, la constancia de los mártires, el amor de los confesores, la pureza de las vírgenes, la exaltacion del Salvador por todas las naciones y en todos los siglos? Motivos todos de tanto gozo, objetos de tanta gloria, que no pudieron ser suprimidos en el corazon de María durante la augusta escena del Calvario que los producía. Es pues constante, señores, que las angustias de María son una especie de prodigio, donde no se sabe qué cosa sea más digna de admiracion, si la afliccion que causaban en su alma, ó la gloria y gozo que de ellas le resultaba. Veneremos, pues, con sumision los ocultos juicios de Dios, que para nuestra edificacion y enseñanza nos presenta tan raro ejemplar de conformidad con Jesucristo, para que reconozcamos haber sido nosotros mismos la causa de su amargura y de sus penas; y que miéntras más aceptos á Dios debemos ser más acrisolados en el fuego de la tribulacion. Así, pues, cuando nos veamos oprimidos de la mano del Señor, clamemos con María, con S. Pablo y demás justos: «De buena voluntad me gloriaré en mis enfermedades y trabajos para adquirir la virtud de Jesucristo, y me complaceré en mis angustias por este divino Salvador.»

Augusta y soberana Patrona, consuelo nuestro, refugio nuestro, dulce esperanza nuestra: desde el alto sólio á que os elevó vuestra conformidad con Jesucristo en sus trabajos, echad una mirada favorable sobre los hijos de vuestros dolores, que claman por la remision de sus pecados, confiados en vuestra proteccion. Conocemos nuestros crímenes, orígen de vuestras penas: los detestamos á presencia de los ángeles de paz, custodios de vuestro templo: deseamos sinceramente nuestra reconciliacion: sed Vos nuestra medianera para con Jesucristo, cuyo augusto y adorable nombre sea ensalzado en los Cielos y en la tierra. *Amen.*

NUESTRA SEÑORA DEL ARCO.

Vide arcum, et benedic eum qui fecit illum.

Contempla el arco, y bendice al que lo hizo.

(Ecles. XLIII, 12.)

Acostumbran los hombres, cuando sienten muchísimo amor hácia alguna persona, hablar de ella con frecuencia, y como si la propia lengua no tuviese expresiones bastantes para alabarla, expresar con los títulos sus más honrosas cualidades y con los epítetos más escogidos las dotes de su ánimo y corazon. De esta suerte, el Esposo de los sagrados cánticos llamaba á su amada con los nombres de amiga, de hermana, de paloma; y ésta le correspondía llamándole bello y gracioso. Del mismo modo David, que sentía para Jonatás los más ardientes afectos de fervorosa amistad, solía llamarle amable y tiernísimo; y San Pablo, escribiendo á los primeros cristianos, á quienes amaba tiernamente y con evangélica caridad, solía llamarles su gozo y su corona.

Lo propio ha sucedido con la devocion del pueblo cristiano á María. El culto á esta Sma. Vírgen, nacido en los montes de la Judea, ha crecido de siglo en siglo; y sus devotos, no queriendo perderla de vista por un solo instante, deseando seguir sus pasos, queriendo representársela bajo todas sus formas, le prodigaron los epítetos más afectuosos y los títulos más expresivos. Sin duda me haría pesado si quisiese enumerar todas las frases afectuosas, con las cuales nuestros padres hablaron de María; y paso en silencio tantos melodiosos vocablos como se le han dirigido en todos tiempos para celebrarla en sus glorias y en sus beneficios.

No obstante, en la alegría de la presente fiesta, ciertamente que no puedo pasar por alto el título de Nuestra Señora del Arco con que la saludamos hoy, postrados ante su imágen. Antiguo por su orígen, venerando por su significado, bendito por las gracias que con este

pecador, de la conquista de un alma, que excede á la que causan todos los justos, segun la expresion de la Escritura, ¿qué gozo no concebiría nuestra Madre al considerar el celo de los apóstoles despues de la venida del Espíritu Santo, la constancia de los mártires, el amor de los confesores, la pureza de las vírgenes, la exaltacion del Salvador por todas las naciones y en todos los siglos? Motivos todos de tanto gozo, objetos de tanta gloria, que no pudieron ser suprimidos en el corazon de María durante la augusta escena del Calvario que los producía. Es pues constante, señores, que las angustias de María son una especie de prodigio, donde no se sabe qué cosa sea más digna de admiracion, si la afliccion que causaban en su alma, ó la gloria y gozo que de ellas le resultaba. Veneremos, pues, con sumision los ocultos juicios de Dios, que para nuestra edificacion y enseñanza nos presenta tan raro ejemplar de conformidad con Jesucristo, para que reconozcamos haber sido nosotros mismos la causa de su amargura y de sus penas; y que miéntras más aceptos á Dios debemos ser más acrisolados en el fuego de la tribulacion. Así, pues, cuando nos veamos oprimidos de la mano del Señor, clamemos con María, con S. Pablo y demás justos: «De buena voluntad me gloriaré en mis enfermedades y trabajos para adquirir la virtud de Jesucristo, y me complaceré en mis angustias por este divino Salvador.»

Augusta y soberana Patrona, consuelo nuestro, refugio nuestro, dulce esperanza nuestra: desde el alto sólio á que os elevó vuestra conformidad con Jesucristo en sus trabajos, echad una mirada favorable sobre los hijos de vuestros dolores, que claman por la remision de sus pecados, confiados en vuestra proteccion. Conocemos nuestros crímenes, orígen de vuestras penas: los detestamos á presencia de los ángeles de paz, custodios de vuestro templo: deseamos sinceramente nuestra reconciliacion: sed Vos nuestra medianera para con Jesucristo, cuyo augusto y adorable nombre sea ensalzado en los Cielos y en la tierra. *Amen.*

NUESTRA SEÑORA DEL ARCO.

Vide arcum, et benedic eum qui fecit illum.

Contempla el arco, y bendice al que lo hizo.

(Ecles. XLIII, 12.)

Acostumbran los hombres, cuando sienten muchísimo amor hácia alguna persona, hablar de ella con frecuencia, y como si la propia lengua no tuviese expresiones bastantes para alabarla, expresar con los títulos sus más honrosas cualidades y con los epítetos más escogidos las dotes de su ánimo y corazon. De esta suerte, el Esposo de los sagrados cánticos llamaba á su amada con los nombres de amiga, de hermana, de paloma; y ésta le correspondía llamándole bello y gracioso. Del mismo modo David, que sentía para Jonatás los más ardientes afectos de fervorosa amistad, solía llamarle amable y tiernísimo; y San Pablo, escribiendo á los primeros cristianos, á quienes amaba tiernamente y con evangélica caridad, solía llamarles su gozo y su corona.

Lo propio ha sucedido con la devocion del pueblo cristiano á María. El culto á esta Sma. Vírgen, nacido en los montes de la Judea, ha crecido de siglo en siglo; y sus devotos, no queriendo perderla de vista por un solo instante, deseando seguir sus pasos, queriendo representársela bajo todas sus formas, le prodigaron los epítetos más afectuosos y los títulos más expresivos. Sin duda me haría pesado si quisiese enumerar todas las frases afectuosas, con las cuales nuestros padres hablaron de María; y paso en silencio tantos melodiosos vocablos como se le han dirigido en todos tiempos para celebrarla en sus glorias y en sus beneficios.

No obstante, en la alegría de la presente fiesta, ciertamente que no puedo pasar por alto el título de Nuestra Señora del Arco con que la saludamos hoy, postrados ante su imágen. Antiguo por su orígen, venerando por su significado, bendito por las gracias que con este

título se obtuvieron, y querido por los prodigios que se han presenciado, este título ha servido siempre de esperanza y de consuelo para las almas cristianas. Debiendo, pues, hallar un argumento á propósito para la festividad de hoy, sin que presuma enumerar todas las elevadas y consoladoras ideas que se encierran en ese título, presentaré algunas que se han verificado en el Cielo, en el Infierno y en la tierra. Y en efecto; si miramos al Cielo, nos será fácil reconocer en María el arco de la paz, puesto que por Ella se mostró Dios propicio á los mortales; si miramos el Infierno, nos será facil reconocer en María el arco de la victoria, ya que Ella lanzó los dardos que derrotaron á Lucifér; si miramos á la tierra nos será fácil reconocer en María el arco de la fortaleza, porque su patrocinio hizo y hace fuertes á cuantos quieren tomar parte en las batallas del Señor y subir á los gozos inefables del Paraíso. Hé ahí, amados hermanos, la triple idea, que en loor de María, venerada bajo el título de Nuestra Señora del Arco, desarrollaré, con la justa confianza de que será bastante para atraer sus beneficios sobre vosotros, y encender cada día más hacia Ella el santo fervor de vuestra confiada piedad y la firme esperanza de vuestra devocion filial. Pidamos ántes la gracia: A. M.

Despues del diluvio universal, Dios, para abrir á la fé y á la confianza el corazon de la familia de Noé, espantada por aquel terrible castigo, le prometió que nunca jamás lanzaría á manos llenas los rayos de su ira; y para asegurarla del testimonio de su misericordia, añadió: Cuando habré cubierto el Cielo de nubes, entónces aparecerá mi arco, y me acordaré de la alianza contraída con vosotros. Ahora bien; lo que Dios dijo á la familia de Noé, lo ha repetido á nosotros, ofreciéndonos la salud de los enfermos, el auxilio de los débiles, la alegría de los tristes y la madre de los consuelos, María. Él nos la dió como el iris de la paz; y cuando su justicia irritada por nuestros pecados está á punto de lanzar sobre la tierra sus rayos, una mirada de María le aplaca, una palabra de María le suaviza.

Y esto se verificó desde el día que María vino al mundo. En efecto, son terribles las imágenes, con las cuales ántes de que hubiese aparecido esta Vírgen, hija de Sion, Dios se manifestaba á las naciones. Salomon le pinta como un ardiente guerrero, que teniendo por armas un severísimo celo, en el pecho por coraza una justicia inflexible, por yelmo en la cabeza un juicio riguroso, aguza todo su desdén sobre la punta de una lanza penetrante, de suerte, que de un solo golpe traspasa el espíritu y el corazon. Isaías le muestra como

un gigante, que sale al campo á luchar con el enemigo, y recobrada la fuerza más violenta de su furor, empuña una terrible espada de modo que á su brillo sigue el exterminio y la muerte. David le compara con un poderoso, que despertado de su profundo sueño y resentido por provocada venganza, se arroja sobre sus enemigos, que puestos en fuga, hiere y persigue. Un profeta vió en su diestra una balanza con la cual pesa los montes; otro le descubre en los lábios una espada de dos filos; aquel, ve á sus piés un torrente de llamas, teniendo por voz las saetas, por rayos los truenos, y por cortejo todos los elementos desencadenados. ¿Qué diríais, pues, de Aquella, que puesta delante de esta ira la aplacase con la sonrisa de su candor y pureza? ¿No la llamaríais arco de paz si consigue convertir un Dios terrible en Dios de bondad? Es María, que presentándose delante del trono de Dios, le quita la ira de los ojos, le arranca los dardos de la mano, le pone el perdon en el corazon; y aquel Dios, que irritado por las culpas de los hombres había vuelto su rostro, se hace amigo, hermano, bienhechor y padre de los hombres. Y María, que bella con virginal belleza tanto place al Altísimo, le alegra y le enamora de tal suerte, que quedan despuntados sus dardos, y por las anchas vías del firmamento los ángeles entonan alegres el cántico hermosísimo del amor. Es María, que cual nueva Abigail, aplaca la ira del príncipe; cual nueva Esther, hace las delicias de Asuero; y cual nueva Sulamite, hizo bienaventurado el corazon del esposo con los cánticos de los místicos epitalamios.

Es verdad que el Señor piadosísimo prometía siempre hacer paz con los hombres; pero lo es tambien que no llevó á efecto esta promesa de su bondad y de su misericordia sinó despues de la venida de María. El lirio de los valles, en que debían rehabilitarse las naciones, no podía brotar sinó de la profetizada raiz de Jesé; el rocío de las gracias con que debían ser enriquecidos los pueblos, no podía llover más que de la suspirada nube de Elías; el Sol de justicia, con que debían ser iluminadas las naciones, no podía abrasar la tierra con sus rayos, sin haber aparecido ántes la aurora de los beneficios. Efectivamente; aparece María, y se verifican las profecías, se cumplen los símbolos, y se realizan las figuras. El Verbo, como esposo que sale del tálamo, y como gigante que sale al encuentro, se apresura á manifestar la obra del amor; y Dios adquiere el solo título que le faltaba, ó sea, el que le presenta como nuestro salvador y amigo. En verdad que si ántes de María, Dios podía llamarse Señor, Dueño, Criador, y con cuantos nombres le pertenecían por su poder, por su

grandeza y por su inmensidad, ciertamente no podía llamarse con e nombre de Salvador. Este nombre por el cual se ha dado á conocer propicio y benévolo á los pobres mortales, lo adquirió cuando hubo realizado en beneficio nuestro la piadosa obra de la Redencion; y si la Redencion no se realizó sinó despues de la aparicion de María y por María, podemos decir que Dios adquirió por María el título de Redentor, ó sea, aquel título que indica la paz que hiciera con el hombre; y concluir, por ultimo, que María puede llamarse verdaderamente Nuestra Señora del Arco, porque fué verdaderamente el Arco Iris de la paz, que hizo propicio á Dios para bien de la humanidad.

Mas, para conseguir que la humanidad experimentase verdaderamente los efectos de la paz, era necesario abatir el enemigo causa de la guerra, lo cual se verificó por María, de manera, que aquella que puede llamarse Nuestra Señora del Arco, porque fué el arco de la paz habiendo aplacado á Dios en bien de la humanidad, puede tambien llamarse Nuestra Señora del Arco, porque fué el arco de la victoria con el cual se dispararon los dardos que aplastaron á Lucifér y á todo el poder infernal.

En verdad, precipitado Lucifér del Cielo, donde le vinieron á la mente los ambiciosos planes de reinar sobre las esferas, les veía coronados, en parte, de un éxito feliz reinando sobre la haz de la tierra. Donde quiera tenía templos y altares; donde quiera recibía homenajes y sacrificios; donde quiera veía extenderse la gloria de su nombre en los progresos de la idolatría. Sostenido por la política de los magistrados, protegido por la impostura de los oráculos, y favorecido por las cábalas de los ministros, tenía veneraciones y hostias en todo lugar. Tan soberbio conquistador, á consecuencia de la prevaricacion de Adán, veía su reinado, fundado desde los albores del mundo, crecer con el progreso de los pueblos, extenderse con la multiplicacion de las gentes, y confirmarse por un nuevo y continuado imperio, teniendo esclavos á los hombres bajo su cetro de hierro.

Empero, aunque hubiese sido prometida la caída de este mónstruo, las promesas no se realizaban; y por mas que los Profetas hubiesen dicho á Israel, que rotas las cadenas por el poderoso leon de Judá, se renovarían todas las cosas, todavía no se veían cumplidas aquellas promesas que vaticinaron tanto bien. Esta tardanza era debida á que la primera victoria sobre Lucifér debía cumplirse por las manos de María. Yo, había dicho Dios á la serpiente en el Edén, pondré enemistades entre tí y la mujer; y ésta, que debía ser la mujer fuerte, la

mujer vencedora, la mujer honor y gloria de su sexo, esta mujer era María.

Y María venció á Lucifér. El orgulloso, que acostumbrado al triunfo por espacio de cuarenta siglos, así que la vió, ya la contaba entre sus presas: cuanto más celestiales descubría sus lineamentos, y más divino su aspecto, tanto más se gozaba en la nueva conquista, y abría las fauces para oscurecerla con su pestífero aliento, y extendía sus terribles garras para estrujarla. María, que ardía toda en caridad, se encontró frente á frente con aquel antiguo homicida; pero cuando el impío estaba á punto de echársele encima, Ella emprendió más raudo vuelo, y precipitándose sobre el mónstruo, aplastádole la cabeza, y subyugada la cerviz, lo tuvo vencido á sus piés. Dios la sostuvo con su brazo en el calor de la lucha; y luego que la serpiente infernal se vió aplastada y envilecida bajo el calcañar, le dijo: Vé ¡oh María! y te salude el mundo Nuestra Señora del Arco, porque tú eres verdaderamente el Arco del cual fueron disparados los dardos que han subyugado el poder de Lucifér y del Infierno.

A la primera victoria sucedió la segunda; y María, que derrotó á Lucifér por sí misma, se detuvo á derrotarle igualmente por nosotros. ¿Y no fué esta Vírgen la que hizo oír el primer sonido de aquellas levíticas trompetas, por las cuales vinieron al suelo las inexpugnables torres de Jericó? ¿No fué esta la Mujer, que mostró en sus manos el invencible poder de aquella Judith, que anonadó la orgullosa audacia de Holofernes? ¿No fué esta la heroína de la cual nos vino aquel divino Moisés, que libertó al pueblo santo de la oprobiosa esclavitud del infernal Faraon?

Volad, pues, ángeles del Cielo, á llevar estas faustas noticias á la tierra. Caerán en Roma los altares erigidos al venerado Júpiter Capitolino; callarán en África los oráculos, que bajo el nombre de Ammon engañan á los crédulos suplicantes; no serán más manchadas las aras con la sangre de los sacrificios idolátricos; ya no se llenará más la tierra de inmundos númenes del paganismo. Volad, ángeles del Paraiso, y sobre los arruinados templos, sobre las destruidas aras y los derribados simulacros, decid tambien á las gentes, que por María cayó el poder del Infierno. Sí, cayó el poder del Infierno; y en el centro de las profundidades de aquel abismo, donde tienen asiento el llanto y el dolor, se vió á su príncipe desanimado y envilecido. Cayó el poder del Infierno, y Lucifér, con la cabeza aplastada, roto el cetro y el estandarte hecho girones, fué precipitado en lo profundo de aquellas cavernas, de donde había

salido para perder á los hombres. Cayó el poder del Infierno, y todos los príncipes de las tinieblas, rugiendo con la rabia de mil leones, tuvieron que ver en manos de María el Arco de la victoria del cual salieron los dardos que les anonadaron.

A pesar de todo esto, no niego, hermanos míos, que Lucifér procura de vez en cuando volver á la obra para sembrar entre los hombres el escándalo y el pecado; pero, añado, que jamás podrá vencer á aquellos que se refugian bajo la sombra del patrocinio de María; porque María, no solo es el Arco de la paz, habiendo hecho á Dios amigo del hombre, ni es solo el Arco de la victoria, habiendo derrotado el poder infernal, sinó tambien el Arco de la fortaleza, infundiendo á sus devotos un valor invencible.

Es propio del arco sostener los edificios en ruinas; así es, que con arcos se robustecen los puntos débiles de una fábrica que amenaza ruina. Ahora bien; ¿quién ignora, que así lo hace María? La misma demostracion de las dos proposiciones que acabo de exponer nos conduce á esa consoladora consecuencia. En efecto, lo que avalora en nosotros la fuerza por lo que mira al espíritu es la gracia, mediante la cual nos adelantamos con solícitos pasos por las sendas de la virtud, y podemos, en todo caso, resistir la violencia de las tentaciones; y lo que la debilita es la privacion de esta misma gracia, por la cual, faltos de su poderosísimo socorro, nos fatigamos de las incomodidades que acompañan á la virtud, y nos desanimamos á causa de las tentaciones con que nos molesta el enemigo. Pues bien; la gracia viene de Dios, y ya hemos demostrado que Dios se nos hizo propicio por María. Lucifér suscita las tentaciones contra nosotros, y tambien hemos demostrado que Lucifér fué vencido por María; y queda igualmente demostrado, que por María recibimos la fuerza que necesitamos para adelantar en la virtud y vencer las tentaciones.

Cuantos han querido resistir el peso de las infernales asechanzas, se fortalecieron con la proteccion de María, y acudieron á su patrocinio cuando defendieron varonilmente la piedad y la fé en medio del pueblo cristiano. Así lo practicaron los Santos; y bastará recordar á San Andrés Corsini y á San José de la Cruz, quienes recurriendo á María, se vieron libres de las funestas seducciones que los enemigos espirituales ponían ante su entendimiento y su corazon. Lo propio practicaron los misioneros, bastando recordar á San Fidel de Sigmaringen y á San Felipe Neri, el primero de los cuales convirtió á muchos en la Helvecia por intercesion de María; y recurriendo el

segundo la ciudad de las siete colinas con el nombre de María en los lábios, llamaba á sus habitantes á las sendas de la propia salvacion Lo mismo obraron los Pontífices, bastando recordar á Gelasio I, quien despues de haber instituido la fiesta de la Purificacion de María, extirpó los inmundos juegos Lupercales; y Pío VII, que saludando á María con el nombre de Auxilio de los cristianos, cicatrizó las heridas que habían desgarrado á la Iglesia por mucho tiempo. Así de esta manera, esos Sumos Pontífices venían á reconocer á María por Nuestra Señora del Arco, porque así como el arco sostiene los edificios ruinosos, tambien María sostiene el ruinoso edificio de la piedad y de la fé; y de la misma manera que es propio de los arcos fortificar los puntos débiles de una fábrica, tambien María infundió fuerza en aquellos espíritus que se sentían débiles para romper los lazos de la culpa, y arrojarse en los brazos del gran Padre de familias abandonado con ingratitud.

No creais, amados hermanos, que María se haya limitado á solo los hechos referidos, ó que solo haya infundido este poder y fortaleza á algunas almas. ¡Oh! ¡Cuantas veces la tentada doncella le confió su virginidad, se vió libre del gavilán ya próximo á estrecharla, pobre paloma, entre sus garras! ¡Cuantas veces la ultrajada esposa derramó en su seno las ardientes lágrimas, se vió consolado con improviso gozo en medio de las penas que tanto amargáran su existencia! ¡Cuantas veces el humilde ermitaño, asaltado en la cumbre de un monte por espíritus infernales, invocó su nombre, se vió libre de las angustias y vencedor casi sin combatir! Cuando el pecador encenagado en los vicios trás tantos años de pecados quiera salir del lodo en que se revolcó ¡ah! recuerde aquellas horas benditas en que su piadosa madre le hacía repetir el nombre dulcísimo de María, que lleve á la memoria alguna de aquellas oraciones, que le quedaron impresas desde su infancia, arrodillado delante de una imágen de la Santísima Vírgen; y cuando haya dicho con fé viva y esperanza firme: *Ruega por nosotros pecadores...* será salvo. Sí; lo que acabo de decir forma, hermanos míos, la historia de tantos, que, cargados de culpas, acudieron á María, los cuales quedaron fuertes de tal suerte, que no pudieron retenerles por más tiempo los halagos de la inmunda Babilonia. Si tuviese tiempo suficiente para invocar su testimonio, ó si pudiesen resucitar de sus silenciosas tumbas, sobre las cuales se han amontonado los siglos, y subiendo á este púlpito narrar cuanto experimentaron por el patrocinio de María, no os cabría duda alguna de reconocer el arco de la fortaleza en Aquella, que

tanto vigor infundiéra en los ánimos de los hombres vestidos de frágil carne, débiles y miserables como nosotros.

Renazca, pues, entre nosotros la devocion á esta Madre tiernísima, rodéense sus altares con nuestros obsequios, promúlguense sus beneficios, y celébrense las glorias de su nombre. En medio de la noche de nuestros días abrámonos paso, volviendo los ojos á la luz que á su alrededor esparce continuamente María para sus devotos; en medio de tantos enemigos, que procuran aletargar nuestra virtud, descansemos en la grata esperanza de las gracias, de que María ha sido siempre manantial inagotable; á las olas furibundas del vicio y del error, con las cuales el Infierno procura precipitarnos en el naufragio, opongamos la barrera invencible del poder de María. Poniendo bajo su custodia la salvacion de nuestras almas, y haciendo de su ternura el más precioso de nuestros bienes, podremos confiarnos en el delicioso gozo de poseer un día aquella bienaventuranza y aquella gloria, á que nos llama el título honrosísimo de hijos de María. Y en verdad, que si María nos protege, podemos regocijarnos de nuestra suerte, porque Ella es el Arco de la paz y nos hace amigos de Dios; es el Arco de la victoria y nos muestra vencido á Lucifér; es el Arco de la fortaleza, y nos ofrece toda la fuerza necesaria para subir al Paraiso.

NUESTRA SEÑORA DE LA AURORA.

Quæ est ista, quæ progreditur quasi aurora consurgens?
¿Quién es esta que va subiendo cual aurora naciente?
(CANT. VI, 9.)

Era muy entrada la noche, y al patriarca Jacob, que de la Mesopotamia se dirigía á su país natal de Canaán, le apareció un ángel en figura humana. Llamado á la lucha, combatió el patriarca contra aquel desconocido; y durante largo rato luchó en suerte varia, sin resultar vencido ni vencedor. Entretanto, oscureciéndose el esplendor de las estrellas, empezaba la aurora á iluminar los dilatados campos del espacio, cuya aparicion fué como la señal que indicaba el fin de aquella lucha.

Este hecho, segun lo explican varios intérpretes de los libros sagrados, encierra un misterio. En la lucha sostenida por el ángel contra Jacob vislumbran un símbolo de la lucha sostenida por muchos siglos entre Dios y el hombre; y en la aurora, por la cual terminó toda querella, notan un símbolo de María, que apareció ministra de misericordia y de paz. Es indudable que las cosas cambiaron de aspecto con la venida de María. Dios, que se había encerrado en la magestad de su justicia, sonrió viendo esta hermosa hija de Sion, y apartó la mirada de las saetas de muerte que centelleaban á los piés de su trono. El hombre, luego que reconoció el error en que cayera por la culpa, volvió sus ojos al Cielo; y rehabilitado para concebir y abrigar nobles sentimientos, comprendió la grandeza de su vocacion. Así tuvo fin la lucha; y por María se dió fausto principal al reino de la concordia y del amor.

Por consiguiente, debiendo hoy hablaros de María venerada bajo el título de Nuestra Señora de la Aurora, creo no iré fuera de pro-

008349

tanto vigor infundiéra en los ánimos de los hombres vestidos de frágil carne, débiles y miserables como nosotros.

Renazca, pues, entre nosotros la devocion á esta Madre tiernísima, rodéense sus altares con nuestros obsequios, promúlguense sus beneficios, y celébrense las glorias de su nombre. En medio de la noche de nuestros días abrámonos paso, volviendo los ojos á la luz que á su alrededor esparce continuamente María para sus devotos; en medio de tantos enemigos, que procuran aletargar nuestra virtud, descansemos en la grata esperanza de las gracias, de que María ha sido siempre manantial inagotable; á las olas furibundas del vicio y del error, con las cuales el Infierno procura precipitarnos en el naufragio, opongamos la barrera invencible del poder de María. Poniendo bajo su custodia la salvacion de nuestras almas, y haciendo de su ternura el más precioso de nuestros bienes, podremos confiarnos en el delicioso gozo de poseer un día aquella bienaventuranza y aquella gloria, á que nos llama el título honrosísimo de hijos de María. Y en verdad, que si María nos protege, podemos regocijarnos de nuestra suerte, porque Ella es el Arco de la paz y nos hace amigos de Dios; es el Arco de la victoria y nos muestra vencido á Lucifér; es el Arco de la fortaleza, y nos ofrece toda la fuerza necesaria para subir al Paraiso.

NUESTRA SEÑORA DE LA AURORA.

Quæ est ista, quæ progreditur quasi aurora consurgens?
¿Quién es esta que va subiendo cual aurora naciente?
(CANT. VI, 9.)

Era muy entrada la noche, y al patriarca Jacob, que de la Mesopotamia se dirigía á su país natal de Canaán, le apareció un ángel en figura humana. Llamado á la lucha, combatió el patriarca contra aquel desconocido; y durante largo rato luchó en suerte varia, sin resultar vencido ni vencedor. Entretanto, oscureciéndose el esplendor de las estrellas, empezaba la aurora á iluminar los dilatados campos del espacio, cuya aparicion fué como la señal que indicaba el fin de aquella lucha.

Este hecho, segun lo explican varios intérpretes de los libros sagrados, encierra un misterio. En la lucha sostenida por el ángel contra Jacob vislumbran un símbolo de la lucha sostenida por muchos siglos entre Dios y el hombre; y en la aurora, por la cual terminó toda querella, notan un símbolo de María, que apareció ministra de misericordia y de paz. Es indudable que las cosas cambiaron de aspecto con la venida de María. Dios, que se había encerrado en la magestad de su justicia, sonrió viendo esta hermosa hija de Sion, y apartó la mirada de las saetas de muerte que centelleaban á los piés de su trono. El hombre, luego que reconoció el error en que cayera por la culpa, volvió sus ojos al Cielo; y rehabilitado para concebir y abrigar nobles sentimientos, comprendió la grandeza de su vocacion. Así tuvo fin la lucha; y por María se dió fausto principal al reino de la concordia y del amor.

Por consiguiente, debiendo hoy hablaros de María venerada bajo el título de Nuestra Señora de la Aurora, creo no iré fuera de pro-

008349

pósito comentando lo acontecido entre el ángel y Jacob. Describiéndoos la figura, vendreis en conocimiento de lo que designaba; y presentándoos aquella aurora, tendré ancho campo para mostraros á María, á la que en este día saludamos especialmente con el nombre de Nuestra Señora de la Aurora. Imploremos ántes los auxilios de la gracia: A. M.

Era de noche cuando Jacob luchó contra el ángel; y noche era tambien ántes de la aparicion de María. Como que entónces el Sol de justicia no había aún aparecido visiblemente en el mundo, el género humano veíase rodeado de sombras más profundas que las que cubrieron á Egipto. Lucifér, por el pecado de Adán, triunfaba, y á fin de que su triunfo fuese permanente, hasta el punto de extinguir en los hombres todo recuerdo de su orígen, y alejar toda sospecha de haber sido precipitados en la esclavitud, había extendido sobre la tierra un espeso velo. Reinaba la oscuridad en el humano entendimiento, y hasta el punto de quedar casi del todo eclipsado el débil rayo de luz que quedaba en él; no se descubría en la infernal serpiente ninguna nota de infamia y de inmundicia, ántes bien se le agasajaba como bienhechor y amigo. Reinaba la oscuridad en la voluntad; y alucinada ésta por el lisonjero aparato de las pasiones, cortesana, ensoberbecida, libidinosa y tirana, aún cuando descubría el bien, seguía el mal, siempre esclava de costumbres nefandas. Reinaba la oscuridad en el corazon, que, entregado al vicio, le era tan indiferente la verdad, que casi amaba el engaño; tan poco sentía las suaves delicias del amor, que gozaba en las orgías de la impudencia y en medio de la disolucion. Y esta oscuridad, ó noche, acrecentada con una religion sometida á los sentidos, con la universal corrupcion de los tiempos, no era, ni podía ser desvanecida por la aparente seriedad del Areópago, por el inusitado lujo del Pórtico, por las contínuas dudas de la Academia, por la impostura de los oráculos, ni por el interés de los ministros. No obstante, Dios se hallaba en medio del mundo, y el mundo no le conocía; ó más bien, todo era Dios en el mundo ménos el verdadero Dios. Esta primera verdad, sin la cual no puede quedar en pié ninguna otra, era tambien un problema; y si los sábios del paganismo llegaron á conocer su existencia, desfiguraban su naturaleza con mil caprichosos errores. No cabe duda, pues, que ántes de la venida de María una profunda noche extendía sus tinieblas sobre la tierra.

En la noche de que se habla en el Génesis, Jacob luchó contra el

ángel; y en la noche de que hemos hecho mérito, Dios luchaba con el hombre. Por un lado, se levantaba el hombre contra Dios con sus pecados; y siempre audaz, siempre malvado con sus contínuas culpas, parecía insultar á la misma omnipotencia divina. Por otra parte, Dios agravaba su mano sobre el hombre; y su justicia, irritada por tantos excesos, la hediondez de cuyas inmundicias subía hasta las esferas, arrojaba de un modo espantoso sus vengadoras saetas. Por consiguiente, si el hombre empujaba adelante la obstinacion de Babilonia, las blasfemias del Egipto, las bacanales de Pentápolis, toda la impía audacia de la raza de Caín; Dios enviaba á veces inundaciones, á veces el fuego, cuando terremotos que devastaban horriblemente á los paises más prósperos y á las más aguerridas naciones. Los profetas que presenciaron esta lucha, se horrorizaron; y queriendo describirla con sus versos á los venideros, no hallaron palabras á propósito, ni frases bastante expresivas. Dijeron, pues, con mucha razon, que la malicia del hombre había llegado á tal punto, que el hurto, la mentira y el adulterio dominaban la tierra por todas partes; y que los crímenes de los hombres provocaban de tal manera la ira de la divina justicia, que las columnas del firmamento temblaban bajo sus piés, las nubes se rasgaban á cualquiera de sus movimientos, y caían del cielo carbones de ardientes llamas.

Y si la lucha entablada entre Jacob y el ángel terminó al aparecer la aurora, otra aurora debía terminar la lucha empeñada entre el hombre y Dios. Esta aurora, mediante la cual, disipadas las tinieblas de la noche, debía despedir nueva luz á los ojos de los mortales; esta aurora, que, al cabo de cuarenta siglos de profundas tinieblas, debía anunciar á los hombres próxima la aparicion del suspirado Sol de justicia; esta aurora, hácia la cual se volvieron todas las pupilas de los Profetas, á la cual se unían todas las promesas de los Patriarcas, en la cual se fundaban todas las esperanzas del Universo; esta aurora tan suspirada, tan bella, tan benéfica, con tantos votos deseada, esta aurora es María.

¡Oh María! Tú fuiste representada bajo los más variados colores, bajo las más exquisitas imágenes. Te describieron en los frutos de las plantas más hermosas; te simbolizaron en los preciosos perfumes preparados por el arte ó que son obra de la naturaleza; los profetas de Israel te señalaron con comparaciones llenas de gracia y de dulzura, con ornamentos magníficos en riqueza y esplendor. Pero todo esto que pertenece á la tierra, era inmensamente inferior á Tí; y las vírgenes de Jerusalén con un grito unánime de admiracion, viendo

en tu rostro los brillantes colores de los primeros rayos del día, exclamaron: ¿Quién es ésta que se adelanta como la aurora: *Quæ est ista, quæ progreditur, quasi aurora consurgens?*

En efecto, hermanos míos: así como la aurora empieza por resplandecer, y á medida que avanza crece en luz hasta tanto que se une con el Sol; así María, pura desde su concepcion, creciendo, creció en la pureza hasta que tuvo en sí al mismo autor de la pureza, que es Jesús. Así como la aurora, iluminando las cosas, hace que las fieras que recorren los campos se retiren á sus madrigueras, y el peregrino, que por temor á ellas, no se atrevía á moverse, libre y atrevido prosiga su camino para llegar á su pátria, tambien María, dando á la tierra á Aquel que debía iluminar á todos los hombres, hizo, que alejadas las tinieblas de la ignorancia, los demonios no pudiesen permanecer tranquilamente en medio de los hombres, y de esta suerte los hombres no tuviesen tanto miedo á sus terribles adversarios. Así como la aurora anuncia el día natural, María nos anunció el día de la salvacion; y pasados los días de la desolacion y de la muerte hizo, que empezasen á brillar los de la misericordia y del amor.

Y con el nombre de aurora la saludan con frecuencia los escritores eclesiásticos. Cuando nació la Vírgen, dice el devoto Roberto, entónces se levantó para nosotros la verdadera aurora, porque así como la aurora pone fin á la noche y dá principio al nuevo día, del mismo modo el nacimiento de María fué el término de nuestras desventuras y el faústo principio de nuestro consuelo. Y San Bernardo, dirigiéndose á la misma beatísima Vírgen, le decía: verdaderamente, oh María, cumpliste el oficio de la aurora.

Permitidme, hermanos míos, que pase en silencio los demás testimonios que podría invocar de los Padres y de los Doctores sobre la misma materia. Su número es tal, que bastan para llenar un largo discurso; son tan bellos, que, queriendo escojer entre todos, no se sabría cuál escojer ni cuál dejar. Por lo tanto diré: que esta palabra con que María es llamada Aurora, se halla escrita en todos los sagrados libros, en todas las tradiciones, en todos los corazones cristianos; y si pudiesen ser evocadas todas las generaciones pasadas, éstas, con el mismo título, llamarían á María piadosísima Aurora. Diré: que María es aurora, porque fué el alba de la mañana de la verdad, el principio del día de la fé, habiéndonos dado á Jesucristo, que es luz eterna. Diré: que María es aurora, porque precedió al suspirado Sol, y solo aparece por primera vez en el Evangelio en inmediata relacion

con el Salvador, verdadero Sol de los hombres. Diré: que María es aurora, porque si la aurora nada pierde de su integridad con dar á luz al rey de los astros, Ella nada pierde de su pureza con dar á luz al Rey del Cielo. Diré: que María es aurora, porque si ésta al paso que es producida por el Sol, anuncia al mismo Sol, Ella, al paso que es la Hija de la gracia, pasa á ser la Madre del mismo autor de la gracia. Diré, finalmente: que María es aurora, porque así como la lucha entre el ángel y Jacob no terminó sinó á la aparicion de la aurora, del mismo modo la lucha entre Dios y el hombre terminó á la aparicion de María.

Y sin duda, desde aquel instante, Dios dejó de ocultarse entre las nubes, de abrir las cataratas del firmamento, y de afilar la espada de su ira sobre las naciones prevaricadoras; y se aproximó de tal manera á los hombres, que por ellos se hizo pequeñuelo, se hizo niño. Y los hombres, por su parte, no fueron ya aquellos que entregados á las infamias de la idolatría desconocían torpemente la divinidad. Y los Apóstoles, por la gloria de Dios, emprendieron una obra, á que no hubieran podido llegar los filósofos más renombrados por su saber, los oradores más elocuentes, ni los príncipes más poderosos; los mártires, para defender la causa de Dios, no enmudecieron á la vista de las cárceles, de los ecúleos, ni de la segur; los confesores, para celar el honor del nombre de Dios, hicieron siempre profesion de ser discípulos del adorable celestial Maestro con la práctica de todas las virtudes evangélicas; las vírgenes, para amar con todo afecto á Dios, desprendieron su corazon de todo vínculo terreno, y consagraron toda su actividad al servicio del Señor y á las obras buenas; finalmente, los Santos, con el anhelo de extender el culto de Dios, hicieron enmudecer al mundo con el heroismo de sus sacrificios y con los prodigios de su humildad. Así pues, por María, Dios descendió hasta el hombre, y el hombre se elevó hasta Dios; Dios y el hombre se unieron juntamente, se estrecharon, se abrazaron, se besaron con el beso de la paz, y cesó toda lucha, tuvo fin toda riña. Por lo tanto, habiéndose verificado en Ella lo que en otro tiempo figuró la aurora de Jacob, está claro que esta aurora mensajera de alegría y de amor es María.

Las palabras del ángel que representaba al supremo Señor manifiestan, que Dios se dejó vencer por la aurora, ó más claramente, por María, de la cual era figura la aurora. Si el ángel se declaró vencido por la aurora á su aparicion, esto significa que Dios fué vencido por María con su nacimiento. En verdad, Ella, con tales afectos hirió el

corazon divino apénas fijó en él su primera mirada, apénas le dirigió el primer suspiro, que Dios aceleró su venida á la tierra.

Ahora, entre las muchas cosas que me faltarían exponer, volviendo al relato bíblico, me concreto solo en dos puntos, porque tambien estos nos señalan en María la vaticinada aurora. En efecto, Jacob no quiso dejar al ángel sin que hubiese recibido ántes, en la naciente aurora, dos grandes beneficios: la luz en el entendimiento, y la purificacion en la carne. Entónces le fué impuesto el nombre de Israel, que significa hombre que ve á Dios, y, por consiguiente, recibió tanta luz en el entendimiento que le fué posible elevarse al conocimiento de las cosas celestiales; entónces, habiéndole tocado el nervio femoral del muslo, quedó cojo, tuvo como un freno al lado, y así sintió purgada su carne de las perversas inclinaciones á que estaba sujeto por la humana flaqueza.

Estos dos beneficios nos vinieron tambien por la nueva aurora María. Nacido Jesús de Ella, fué luz de todos los hombres, y los entendimientos que iban á oscuras entre la ignorancia y el error, se vieron prodigiosamente iluminados: comunicó fuerza regeneradora á todos los corazones; y animados éstos de un nuevo espíritu, llenos de nueva gracia, supieron mortificar la concupiscencia carnal, y romper el hielo de aquella malicia con que habíanse endurecido.

La familia que creció á la sombra de Belén y del Calvario, fué más escogida que cuantas habían salido de la Grecia y del Lacio: fué la más fuerte entre todas las que fueron admiradas en todos los tiempos. Enmudecieron la multitud de oráculos, callaron las tan ponderadas doctrinas de los filósofos, cayeron desacreditadas las glorificadas empresas de los étnicos; y maravillada la historia, escribió que entre todos los pueblos se elevaba lleno de luz y de vigor el pueblo cristiano. Aún sin mencionar aquí la salvacion conquistada á precio de la vida del Redentor, ¿de qué beneficios no fuimos colmados por esta fuerza y luz que se nos infundió? ¿Qué progreso maravilloso no ha hecho la humanidad por sus enseñanzas? ¿Qué mejoramiento intelectual y moral no nos vino al mundo por el Evangelio? ¿Qué prodigiosa trasformacion no realizó el árbol de la Cruz? Su doctrina impide hoy más el progreso del mal, que no son capaces de reprimir todas las leyes humanas; produce ahora más actos de virtud en un solo día, que los que pudo inspirar toda la pomposa sabiduría de la decantada antigüedad.

Verdad es, que estos dones nos vinieron por Jesús; pero lo es, igualmente, que si debemos atribuir á Jesús el cumplimiento de estos dones, su principio débese á María. Fué su palabra, su consentimiento, su *fiat* lo que hizo descender al Salvador en medio de nosotros; y, por consiguiente, en su palabra, en su consentimiento, en su *fiat* hallamos la causa de aquellos beneficios, que por medio del Salvador alegraron á los pobres hijos de Adán, y dieron la paz suspirada por tantos siglos á la humanidad enferma. Por lo tanto, la luz y la fuerza con que, al aparecer la aurora, fué colmado Jacob, eran símbolos de la luz y de la fuerza con que serían enriquecidos los hombres á la aparicion de María; y tambien por esta parte nos es fácil reconocer en aquella aurora la púdica y generosa Vírgen de Nazareth.

Además, falta añadir, que si los beneficios otorgados á Jacob por la aurora se limitaron tan solo al afortunado Patriarca, los beneficios concedidos por María se extienden más allá, y se multiplican á cada instante. Por Ella nos viene la gracia habitual, que nos saca de la culpa y nos santifica; por Ella se difunde la gracia actual, que á cada instante nos mueve á obrar bien. Ella, con su gracia, nos ilumina la mente y nos mueve la voluntad, nos hace empezar y concluir cualquiera obra buena. Sin el poder de su proteccion los espíritus infernales alcanzarían contra nosotros cierta victoria; sin los poderosos auxilios de su patrocinio no podríamos salir del lodazal de la culpa. Fué por Ella que los Santos, superiores á todas las asechanzas terrenas, lograron subir á los tabernáculos de la bienaventuranza inmortal; es por Ella que las almas justas, por más que las combatan poderosos enemigos, perseveran firmes en sus rectos propósitos. Más que Jacob, pues, debemos dar acciones de gracias á esta Aurora y mostrarnos más agradecidos que él á su inagotable misericordia.

¡Ah! que todos los lábios canten el himno de la gratitud á Aquella que nos arrancó de las miserias, concediéndonos por medio de Jesús el tesoro de la divina gracia, que tan infelizmente habíamos perdido. Regocíjese todo corazon en el día consagrado á Aquella, que puso fin á la guerra y estableció la amistad entre Dios y el hombre. Nos hubiera sido mejor no haber vivido que vivir privados de estos bienes, que encierran en ellos todo bien, y sin los cuales nada hay que merezca estima alguna. Y María, no contenta con habernos dado lo que nos era tan necesario, y alcanzado de nuevo la gracia perdida, hace tambien que se derramen diariamente sobre nosotros las divinas misericordias, y se nos colme abundantemente de riquezas celestiales. Tributémosla, pues, los obsequios de nuestro afecto, reconozcámosla por Aquella que nos dió la vida, venerémosla como la Aurora de nuestra regeneracion espiritual, procuremos vivir de modo que

seamos dignos de sus gracias y merecedores de su proteccion. Al salir la aurora, Jacob tuvo iluminado el entendimiento y fortalecido el corazon contra los asaltos de la concupiscencia; y por medio de María tendremos un vigor capaz de triunfar de todos los enemigos del Infierno, y recibiremos una luz que nos hará llegar á los magníficos tabernáculos del Paraiso, que á todos deseo.

NUESTRA SEÑORA AUXILIO DE LOS CRISTIANOS.

Ne declines: confortavi te, et auxiliatus sum tibi.
No te desvíes: pues yo te he confortado, y te he auxiliado.
(Isai. X, 41, 10.)

La sabiduría mundana suele tildar de exageraciones y de hipérboles cuanto dicen los cristianos acerca del Patrocinio de María. Insensible á las suavísimas enseñanzas de la fé y á los preciósos recuerdos de tradiciones respetables, no sabe en su orgullo inclinarse á creer, que la Reina de los Ángeles haya atendido en todo lugar y tiempo á nuestras miserias, y que la augusta Emperatriz del Paraiso se ocupe con solicitud maternal en socorrer, en las más difíciles circunstancias, las almas fieles que invocan su proteccion. No obstante, los hechos tienen más eficacia que las palabras; y aquellos mismos que se obstinan en no creer lo que ha llegado á sus oidos, no pueden siempre negar lo que ven con sus propios ojos. Hé ahí, hermanos míos, porque debiendo hoy, con motivo de la fausta alegría de estas pompas devotas, hablaros de María, saludada con la amorosa invocacion de Auxilio de los Cristianos, no aduciré otras pruebas que las sacadas de hechos notables y gloriosos. En verdad, fueron estos hechos los que en sus adversidades indujeron á los cristianos á dirigir ardientes súplicas á su generosa Bienhechora; fueron estos hechos los que les impulsaron á invocarla con un título, que encerraba todo cuanto esperaban y obtenían de la misma, el título de Auxilio de los cristianos: *Auxilium Christianorum.*

Cuyo título, celebrado ya en aquella corona de conmovedoras y sublimes invocaciones, conocida con el nombre de Letanía lauretana, y repetido de contínuo con mayores aplausos por los nuevos y admirables prodigios obrados por la proteccion de María á beneficio del pueblo cristiano, así como es el objeto de la presente festividad, nos

seamos dignos de sus gracias y merecedores de su proteccion. Al salir la aurora, Jacob tuvo iluminado el entendimiento y fortalecido el corazon contra los asaltos de la concupiscencia; y por medio de María tendremos un vigor capaz de triunfar de todos los enemigos del Infierno, y recibiremos una luz que nos hará llegar á los magníficos tabernáculos del Paraiso, que á todos deseo.

NUESTRA SEÑORA AUXILIO DE LOS CRISTIANOS.

Ne declines: confortavi te, et auxiliatus sum tibi.
No te desvíes: pues yo te he confortado, y te he auxiliado.
(Isai. X, 41, 10.)

La sabiduría mundana suele tildar de exageraciones y de hipérboles cuanto dicen los cristianos acerca del Patrocinio de María. Insensible á las suavísimas enseñanzas de la fé y á los preciósos recuerdos de tradiciones respetables, no sabe en su orgullo inclinarse á creer, que la Reina de los Ángeles haya atendido en todo lugar y tiempo á nuestras miserias, y que la augusta Emperatriz del Paraiso se ocupe con solicitud maternal en socorrer, en las más difíciles circunstancias, las almas fieles que invocan su proteccion. No obstante, los hechos tienen más eficacia que las palabras; y aquellos mismos que se obstinan en no creer lo que ha llegado á sus oidos, no pueden siempre negar lo que ven con sus propios ojos. Hé ahí, hermanos míos, porque debiendo hoy, con motivo de la fausta alegría de estas pompas devotas, hablaros de María, saludada con la amorosa invocacion de Auxilio de los Cristianos, no aduciré otras pruebas que las sacadas de hechos notables y gloriosos. En verdad, fueron estos hechos los que en sus adversidades indujeron á los cristianos á dirigir ardientes súplicas á su generosa Bienhechora; fueron estos hechos los que les impulsaron á invocarla con un título, que encerraba todo cuanto esperaban y obtenían de la misma, el título de Auxilio de los cristianos: *Auxilium Christianorum.*

Cuyo título, celebrado ya en aquella corona de conmovedoras y sublimes invocaciones, conocida con el nombre de Letanía lauretana, y repetido de contínuo con mayores aplausos por los nuevos y admirables prodigios obrados por la proteccion de María á beneficio del pueblo cristiano, así como es el objeto de la presente festividad, nos

anuncia, igualmente, por sí mismo el asunto de este panegírico. Debiendo, pues, hablar de esta proteccion, me ceñiré á recordar tan solo algunos de los muchos hechos dignos de religiosa meditacion y que se hallan registrados en los Anales de la Iglesia; no dudando que serán suficientes para demostraros, que quien confía verdaderamente en María, se ampara á firme roca de la cual no será arrojado. Saludemos ántes á la Vírgen con las palabras del Ángel: A. M.

Pasando en silencio lo que hizo María desde los primeros días de la existencia de la familia cristiana, cuando constituida Madre de los Apóstoles y de los fieles levantaba á los caidos, confirmaba á los vacilantes, consolaba á los afligidos; y dejando aparte su proteccion manifestada en tiempos de los mártires, cuando infundía valor y ánimo á aquellos héroes para defender resueltamente la ley de Jesucristo, frente á frente de la ferocidad del paganismo; bastará, refiriéndome al siglo XIII, recordar á grandes rasgos la historia de aquellos días. Fué aquel un siglo de luto y de dolor para el pueblo cristiano. Por una parte, extendiéndose audaces y astutos los promulgadores de máximas perniciosas, oscurecían las inteligencias; por otra, el amor á los placeres mundanos, insinuándose en la multitud, seducía á los corazones; y al paso que no faltaban filósofos y teólogos que, introduciendo en la Religion un espíritu de excesiva curiosidad, arrastraba á sus discípulos á deplorables ilusiones. Abundaban, igualmente, hombres entregados á todos los vicios, quienes cobijando muchos sectarios bajo el estandarte de la corrupcion, hacían olvidar el espíritu del Evangelio. En este estado, los Maniqueos, que infestaban ya el Languedoc, y que de la ciudad de Albi, donde se encontraban multiplicados extraordinariamente, tomaron el nombre de Albigenses, salieron á desgarrar de mil modos el Cristianismo. Extremando su audacia, á consecuencia de la ignorancia y la relajacion de costumbres, que en aquellos tiempos habían traspasado los límites ordinarios, declamaron contra el Clero, atacaron los sacramentos, se mofaron de las ceremonias sagradas, negaron la divinidad de Jesucristo, y se pusieron en abierta lucha contra los dogmas del Paraiso, del Purgatorio y del Infierno. Desparramados por la Provenza, Borgoña y Flandes, ébrios de ardimiento y de osadía satánica, extendieron sus monstruosos brazos por la Europa; y no satisfechos de esparcir con la palabra sus heréticas blasfemias, acudieron á las armas. Al celo de los Obispos, á los cánones de los Concilios, á las sentencias de los Pontífices, protegidos por el conde de Tolosa, oponiendo un ejército de millares combatientes, emplearon toda especie de violencia y toda suerte de excesos para obligar á los cristianos á la apostasía, ó condenarlos á muerte. Parecía como que se verificase en la Iglesia, durante aquellos calamitosos tiempos, lo que dijo Jeremías de Jerusalén, cuando veía desiertas sus calles, á los sacerdotes derramando lágrimas, y envueltas en negro manto las vírgenes; rotas y esparcidas por las plazas las piedras del Santuario, y reinar un silencio de muerte en aquellos mismos lugares, en los cuales un día resonaban alegres cánticos acompañados de mil cítaras.

¿Quién podrá, pues, en su impetuoso curso detener el devastador torbellino? ¿Quién tendrá valor para vencer en una lucha que hace estremecer aún á los más animosos? ¿Quién podrá salvar á los cristianos perseguidos con tanta saña, principalmente, en aquel momento en que no les cabe esperanza alguna de verse libres por parte de los hombres de tantas angustias, y vueltos á los suspirados tiempos de la alegría? Aguardad un poco, hermanos míos, y vereis de dónde viene el socorro, qué mano es la que se encarga de la defensa, y como la Vírgen, hija de Sion, sacudida la ceniza que cubría sus hermosos cabellos, toma de nuevo los espléndidos vestidos de la alegría!

Retirado en humilde celda el Patriarca Santo Domingo, en el reducido recinto de aquellas mudas paredes desahogaba con gemidos su ánimo consternado, y en la efusion de sus lágrimas rogaba elevando el corazon al Cielo. Veía á la Francia entregada al error, á la España contaminada por la heregía, á la Italia corrompida por los apóstoles del vicio, propagarse en todas partes y triunfar la impiedad. Afligido sobremanera por la horrible escena que se ofrecía á sus ojos, volvía á la oracion; y elevando los ojos al Cielo, en el cual tenía puesta toda su confianza, aguardaba que se renovasen á favor del pueblo fiel las antiguas maravillas. Mas hé aquí que se le aparece María. Bella como cuando con su angélica sonrisa enamorára el corazon de Dios, amable como cuando diéra su consentimiento á la obra por la cual debía ser redimida la humanidad, y magnánima como cuando se presentára ante el Universo, teniendo aplastada bajo sus piés á la serpiente infernal, le infundió valor; y generosa Vírgen, tierna Madre y poderosa Bienhechora, le dijo: que Ella misma vendría pronto en socorro de los cristianos. ¡Ha hablado María? Pues no teman los creyentes! se obrarán tales prodigios, que silbarán los oidos de los impíos y se apoderará de los más audaces un improviso pavor.

En efecto; sobre los nevados collados de la Provenza vese un puñado de católicos, capitaneados por el conde Simon de Monfort,

próximo á medir sus armas con los numerosos escuadrones de los Albigenses; y miéntras que éstos dirigidos por el conde de Tolosa se entregan á todo género de licencias, alentados aquéllos por las palabras de Domingo, ponen toda su confianza en María. Durante la noche inmediata al conflicto entregábanse á la crápula los Albigenses, miéntras que los católicos acudían á la oracion; los Albigenses entonan canciones obscenas, los católicos rezan el Rosario. Al paso que los impíos, seguros de la victoria, prorumpían en fieros insultos, los devotos fieles, preparándose para la encarnizada lucha, aguardaban algun hecho gloriosísimo que sirviera de testimonio evidentísimo de la proteccion de María. Al rayar el alba, el conde de Tolosa, dando el grito de guerra con su numeroso ejército, arrojóse á herir, matar y destruir... ¡Ah! ¿qué hará aquel insignificante ejército de católicos acosado, asaltado y herido por una hueste enfurecida? ¿Qué harán aquellos pocos soldados perseguidos y alcanzados? No temais, grita Domingo desde lo alto del monte: María nos proteje; quedaremos salvos. Cuanto más adelantaban los Albigenses, blandiendo en la mano las terribles espadas, la rábia en los ojos y la blasfemia en la boca, cuando creían salir vencedores: no temais, grita el piadoso Simon de Monfort, confiemos en María y saldremos triunfantes; y, en efecto, vencieron: María trocó en héroes á aquellos tímidos combatientes; en vano la heregía trató de levantar su orgullosa cerviz, pues, fué aplastada de suerte, que concluyó la jornada saliendo vencedores los católicos; y los promulgadores y defensores de la heregía, mordiéndose los lábios de rábia, tuvieron que confesar, que María es verdaderamente el auxilio de los cristianos.

Otra prueba para demostrar nuestro aserto, y muy parecida al que acabo de referir, la hallamos en la estupenda batalla librada en medio de las aguas de Lepanto. El Islamismo, en el siglo XVI, amenazaba llevar el exterminio á la cristiandad. El feroz Selim II, con la cimitarra en una mano y el Alcorán en otra, conducía á sus falanjes para enseñorearse de los lugares santificados por el Cristianismo; y ya fuese por el recuerdo de sus antiguos triunfos ó por la conocida barbarie de aquella armas, su solo nombre infundía temor y espanto en todos los ánimos. Precedíale una formidable flota de trescientas naves bajo la enseña otomana, de manera, que á su vista se desanimaban los más valientes y temblaban los soldados acostumbrados á señalarse en colosales empresas. Salieron asimismo del Adriático, osando meterse en aquel encuentro, velas Iberas y Venecianas; acudieron á la fiera lucha intrépidos soldados é invictos capitanes; pero

ni éstos ni aquéllos eran bastantes para inspirar confianza á los aterrados ánimos. No obstante, cayó aquel fiero Thracio; aquel terrible enemigo, que hecho ya dueño de varias islas del Mediterráneo desafiaba á los cristianos, fué vergonzosamente derrotado. Teñidas de sangre infiel se encresparon las olas de aquel ancho golfo, fueron rasgadas las banderas musulmanas, y sumergidas en los abismos del mar las galeras turcas; y de tantos millares de hombres como se componía su ejército, apénas algunos, apelando á precipitada y desesperada fuga, pudieron llevar al soberbio Selim II la triste noticia de la derrota.

¿Y de qué manera el ejército fiel, de número inmensamente inferior al de los enemigos, pudo alcanzar una tan completa victoria? ¡Ah! Aquella entera derrota de los musulmanes fué obra de María. Bajo sus auspicios las naves cristianas ficieron frente á las del Bósforo: en su nombre, D. Juan de Austria, que las mandaba, haciendo voto de ir á visitar en persona su augusto santuario de Loreto, se empeñó animosamente en la lucha, implorando ántes el auxilio de María, para el próspero éxito de la armada católica; con solemnes procesiones; devotas cofradías por las calles de Roma imploraban su auxilio con los votos más ardientes; á su patrocinio acudió tambien, especialmente, el Pontífice Pío V; y María fué solícita en oir las súplicas del pueblo cristiano. La poderosa flota de los infieles fué desbaratada en el espacio de cuatro horas; allí donde retumbaba el cielo de bélicas imprecaciones, reinó profundo silencio y espanto; los turcos vencidos y los cristianos vencedores reconocieron en aquel hecho la mano de una extraordinaria proteccion; y el respetable Senado de Venecia, reconocido y agradecido por el obtenido beneficio, hizo escribir en sus registros, que vencieron, no por los capitanes, no por la fuerza, no por las armas, sinó por la proteccion de María: *Non duces, non vires, non arma: sed María fecit nos victores.*

Si pudiese yo referiros aquí cuánto narran los Anales eclesiásticos de los consuelos debidos á la mano de María, y derramados sobre los que no tienen un afecto desordenado á las cosas terrenas, me vería obligado á componer no un discurso, sinó una historia. El emperador Justiniano, con el auxilio de María, haciendo capitanear sus huestes por el valiente Narsete, derrotó á los godos enfurecidos contra los cristianos; el emperador Heraclio, con el auxilio de María, venció á los persas, que salidos ferozmente al campo contra los creyentes, amenazaban los más horribles acontecimientos; el emperador Leon II, con el patrocinio de María, libró su ciudad del yugo de los

Sarracenos, que la oprimían por todas partes. Cuando bajo los muros de Viena fueron derrotados doscientos treinta mil turcos, el vencedor atribuyó á María aquel triunfo; cuando Carlos V alcanzó una señalada victoria contra los ejércitos enemigos, dijo haber vencido por la proteccion de María; cuando Corfú vió correr léjos de sus muros á aquellos infieles que la tenian sitiada, entonó himnos de gracias á María, reconociendo en Ella á su Bienhechora. Así sucedió en Polonia, cuando Segismundo contó hasta cuarenta mil moscovitas tendidos en el campo, donde habían combatido gloriosamente; lo propio aconteció en Ungría, cuando Roberto de Engesbergs, con cuatro mil entre infantes y caballos, derrotó nada ménos que á veinte y cinco mil otomanos; y lo mismo acaeció en Servia cuando el valeroso Príncipe de Saboya, bajo los muros de Belgrado, derrotó un ejército de turcos muy superior á sus reducidas milicias. Si los campos de Pitervaradino y de Temendar aclamaron inmortales los nombres de los Eugenios y de los Carlos, repitieron con más fuerza el nombre poderosísimo de María, puesto que aquellos capitanes vencieron precisamente en los dias consagrados á su festividad. Y si el Tibipo y el Savo con sus encrespadas olas elevaron alegre la voz por los alcanzados trofeos, la elevaron igualmente para celebrar las glorias de María, que en aquellas ocasiones se había mostrado prodigiosamente favorable al pueblo cristiano.

¡Oh tiempos! ¡oh triunfos! quedareis siempre grabados en el corazon agradecido de todos los fieles devotos; por todos los ámbitos del mundo católico se hablará de ellos; desde las orillas del Austro hasta los últimos límites del Septentrion, toda alma piadosa palpitará de santo júbilo con motivo de estos faustos recuerdos, y hasta las edades más remotas los ancianos derramando lágrimas de ternura contarán á sus hijos, recordando vuestra historia, cuanto de grande, de bello y de admirable hizo María á favor de la familia cristiana.

Pero no consiste todo en lo referido. La Providencia quería que al título con que saludamos hoy á la Vírgen: Auxilio de los cristianos, le fuese dedicada una fiesta especial; y dedicada le fué. En la larga y dolorosa tribulacion con que fué afligido acerbamente el corazon de Pio VII, éste no cesó de invocar á María. Asaltado con violencias, injurias y villanías; perseguido, desterrado, preso y llevado á través de los Apeninos y de los Alpes, en medio de tanta ignominia y peligro de la persona, el bondadoso Pontífice no se desanimó. Jamás pensó que le faltasen los necesarios auxilios; y más bien nunca fué tan fuerte como cuando en la propia debilidad, desamparado de socorros humanos, arrojándose en brazos de la augusta Auxiliadora, sentía como la confianza le dilataba el corazon en medio de las universales torturas. Y no fué vana su confianza: cayeron las aguerridas huestes, que por doquier ostentaban las vencedoras águilas; cayó el poderoso capitan, que llevaba sus temidas armas desde las arenas de la Libia á las orillas del Báltico; cayó aquel coloso, ante el cual se postraban las naciones aterrorizadas, y desapareció cuanto había soñado, deseado y hecho.

El venerable Pastor volvió á dirigir su rebaño por en medio de públicos vítores, la tierra se conmovió maravillada ante aquel improviso cambio, se conmovieron los corazones más empedernidos, los enemigos de la Iglesia se trocaron en panegiristas suyos, los hijos del error se cambiaron en apóstoles de la verdad, y las personas piadosas se consolaron con motivo de aquel acontecimiento superior á las esperanzas humanas. Por consiguiente, si el ángel de las tinieblas salió del negro abismo á mover guerra á los Santos, y á pasar á saco la heredad del Señor; se vió tambien que hay Dios en Israel. Pues bien, hermanos míos, entónces se consideró aquella gracia obtenida por el patrocinio de María; y el Pontífice, que en la cautividad del destierro había acudido á Ella é implorado continuamente su auxilio, como en prenda de corazon agradecido y tierno testimonio de filial gratitud, quiso que todos los años se celebrase una fiesta especial, saludando á María con el nombre de auxilio de los cristianos.—*Auxilium Christianorum.*

Almas fieles, para comun consuelo de entre los innumerables hechos que podría referir, he escogido unos pocos, á fin de que vuestras almas cobren valor en el tiempo de las tribulaciones, con la esperanza de una indefectible maternal proteccion. María no cierra los oidos á los gemidos de los miserables; Ella no se cansa de socorrer á los atribulados, de consolar á los afligidos, de proteger á los infelices y de defender á los que se ven tentados. Confiando, hermanos míos, en Ella, que es nuestra amiga y nuestra Madre, hallaremos un poderoso socorro, un socorro constante, un socorro universal. Auxilio contra todas las angustias, que, cargando sobre vosotros, podrían debilitar en las obras buenas la vida del espíritu; auxílio contra todas las tempestades del Infierno, que se esfuerzan en disminuir el número de los fieles y llevar los extraviados á la perdicion. Invoquemos todos los dias con nuevo fervor á la Vírgen, y todos los dias tendremos nuevos motivos para decir, que Ella es, verdaderamente, el Auxilio de los cristianos: *Auxilium Christianorum.*

NUESTRA SEÑORA DE LA AYUDA.

Adjutor et susceptor es tu.
Tú eres mi auxilio y amparo.
(SALM. CXVIII, 114.)

La experiencia de todos los siglos confirma plenamente la sentencia de Job, cuando dice, que la vida del hombre es una lucha sobre la tierra. En verdad, el hombre debe luchar siempre, unas veces contra los envidiosos y los adversarios, otras contra la fortuna y las enfermedades, un dia contra la inclemencia de las estaciones, y otro contra la perversidad de aquellos con quienes vivimos en este valle de lágrimas.

Si la sentencia del paciente de la Idumea es verdadera para todo hombre considerado como hombre, lo es aún más para el hombre considerado como cristiano. ¿Y quién ignora, que se nos manda llevar siempre acorazado el pecho y la espada en la mano? ¿Quién ignora, que solo con contínuas luchas se puede conservar el precioso tesoro de la gracia? ¿Quién ignora, que muchos cristianos, eminentes en santidad, se han perdido, precisamente, porque cansados de luchar rindieron cobardemente las armas?

Sin embargo, Dios quiso proveer con su paternal afecto á tantas necesidades y miserias del hombre; y nos dió tantos auxilios, nos enriqueció con tantos dones, y nos ofreció tantos defensores, que por su gracia la lucha no es peligrosa, y tenemos segura la victoria y el galardon. Entre estos defensores sobresale, especialmente, nuestra bondadosa Madre María, que llena de amor y bondad nos mira con ojos de especial cuidado, nos asiste en nuestras enfermedades, y nos regocija con sus beneficios. Este fué el motivo porque nuestros antepasados invocaron á la Vírgen con el nombre de Nuestra Señora de la Ayuda; y este es tambien el motivo por el cual ya, desde el principio, me complazco en presentaros con toda alegria la belleza del asunto. Por consiguiente, hermanos míos, diré solamente que

debemos poner toda confianza en María, estando esta generosa Madre siempre pronta para ayudarnos, y siempre propicia para hacernos experimentar su misericordia. ¡Ojalá tuviera yo tiempo suficiente para desarrollar extensamente este asunto, pues, se me ofrece materia larga para demostrároslo! Mas los límites á que debo ceñirme, me obligan á desarrollarlo tan solo lo suficiente para alimentar vuestra tierna devocion. Pidamos ántes la gracia: A. M.

En primer lugar, María puede ayudarnos. En efecto, Ella es Madre de Dios. Siendo cierto que las dos generaciones, la eterna y la temporal, pertenecen igualmente al Verbo, ó el Verbo engendrado eternamente no es el Hijo de Dios, ó el Verbo encarnado en el tiempo es el Hijo de María; y María tiene el derecho de decirle, lo mismo que su Padre celestial: Tú eres mi Hijo. ¿Qué cosa, pues, podría negar Dios á la incomparable Vírgen, á la cual quiso hacerla madre suya? Hecha madre de Dios, María es tambien la hija primogénita del Padre y la esposa predilecta del Espíritu Santo. Sublimada á tanta grandeza y unida con tales vínculos á la augustísima Trinidad, ¿qué podría faltarle para hacernos obtener las gracias necesarias? No puede faltarle el poder para rodearnos con su piadosísima ayuda, por ser Hija del Eterno Padre, á quien se atribuye el poder; no le puede faltar el conocimiento de los medios convenientes para reparar nuestras necesidades, porque es Madre del Eterno Hijo, al cual es atribuída la sabiduría; ni le puede faltar la caridad de acudir solícita para remediar nuestras desventuras, porque es la Esposa del Espíritu Santo, á quien se atribuye el amor.

Hecha Madre de Dios, María es tambien la Reina del Paraíso. Sentada en aquel trono, que sobrepuja inmensamente á cuanto podemos conocer ó imaginar de más bello, rico, noble y resplandeciente, Ella reina sobre los ángeles, los santos, los hombres, los demonios, el Cielo y la tierra. Dios, de una manera más cumplida de la que Faraon dijo á José: *Tú tendrás el gobierno de mi casa, y al imperio de tu voz obedecerá el pueblo todo* (1), le ha dado pleno, absoluto y universal poder sobre todas las criaturas del Universo. ¿Cómo podría, pues, dudarse de su poder? ¿Quién podría sospechar de que no pueda consolarnos con los auxilios de que tenemos tanta necesidad en este valle de lágrimas y de desventuras?

María, no solo puede, sinó que quiere ayudarnos. Es verdad que

(1) GEN. XLI, 40.

casi siempre las preeminencias, los honores y las dignidades suelen ensoberbecer el entendimiento y el corazon de los que tales cosas poseen. Colocados muchos, en algun modo, por eminencia de grados sobre los demás hombres, no se cuidan ya de mirar con ojo compasivo las miserias agenas; muchos imitan demasiado al copero de Faraon, que, salido de la cárcel, al hallarse en el alcázar real se olvidó enteramente de José. No es de este temple el corazon tiernísimo de María: cuanto más sublime es su grado, tanto más magnánimo es el cuidado con que nos asiste; cuanto más grande es su dignidad, tanto más ardiente es el maternal afecto con que nos abraza; y, precisamente, porque quiere ayudarnos, usa de su poder para demostrarse con los hechos Nuestra Señora de la Ayuda.

Y esto se manifiesta con evidencia por el mismo misterio de su grandeza. Así como el Verbo se encarnó en María para salvar á los hombres, así María debía amarle como Salvador de los hombres; y el mismo amor maternal que alimentaba por Él, debía difundirse y derramarse sobre aquellos que el Hijo había venido á salvar con su sangre. En verdad, miéntras que el augusto misterio de la Encarnacion nos muestra, por una parte, al Hijo de Dios que se humilla hasta hacerse Hijo de María, nos muestra por otra á María elevada á ser la Madre del Hijo de Dios; y por lo tanto, del mismo modo que nos hace ver que el Hijo de Dios, humillándose á ser Hijo de María, acepta ser primogénito entre muchos hermanos (1), nos muestra tambien que María, elevada á ser Madre del Hijo de Dios, acepta la maternidad de muchos hijos. Hé ahí porque decía San Agustin, que María se hizo nuestra Madre por efecto de caridad: *Charitate mater effecta est.* Y si toda madre está siempre pronta á ayudar los hijos, debemos decir, que María estará siempre dispuesta para ayudarnos.

¿Y qué duda podría cabernos acerca de la solicitud con que ha de ayudarnos, si con su mismo sacrificio nos dió á conocer cuan benévolo fuese su corazon? Porque quería ayudarnos, dió su consentimiento á la obra de la Encarnacion, por más que supiese que la sangre del Hijo, que era tambien su sangre, debía correr á los repetidos golpes de desapiadados azotes. Porque quería darnos ayuda, no titubeó en pronunciar aquel *fiat*, por el cual se cambió el órden de las cosas, aunque sabía que aquella palabra debía afligirla sobremanera. Porque quería ofrecernos ayuda corrió hácia el Calvario, y

(1) Rom. XXIX.

permaneció firme al pié de la Cruz, donde pendía ensangrentado el Hijo, aunque sabía que en la muerte de aquel Hijo debía experimentar en su tiernísimo corazon el martirio de mil muertes. Así, pues, si María con su mismo sacrificio nos mostró cuán solícita fuese en darnos ayuda, es indudable que ahora querrá tambien ayudarnos.

Continuemos, hermanos míos, y demos mayor fuerza á nuestro argumento. María no solo quiere, sinó que no puede ménos de querer nuestro bien. Si es verdad que el Verbo de Dios no se hizo hombre más que por la salvacion de los hombres, lo es tambien que María, hecha Madre de este Verbo humanado, fué elevada á tan sublime dignidad por nuestra salvacion. Por lo mismo que nosotros estábamos perdidos, Ella fué elevada á tal grandeza; porque éramos vasos de cólera, Ella fué colmada de tantas bendiciones; porque teníamos necesidad de un reparador, y este reparador quería una madre, fué elevada á los honores de la maternidad divina. ¿Sería posible que no quisiese ahora ayudarnos, si, por decirlo así, es tan grande por causa nuestra? ¿Cómo puede suceder, oh María, que no nos ayudeis á nosotros, miserables pecadores, si por nosotros habeis sido elevada á tanta grandeza de gloria?

Impulsados por estos motivos, los sagrados escritores, cuando empezaron á hablar de los auxilios que la piadosa María está pronta á concedernos en todo tiempo, en todo lugar, en toda necesidad, en toda ocasion, emplearon palabras las más claras y las más bellas, y solemnizaron devotamente con la mayor eficacia del espíritu su santa caridad. Basta leer, hermanos míos, aquellas páginas, basta fijarse un poco en lo que escribieron, para sentirse embargado de sentimientos de fé y de los dulces consuelos de la esperanza.

San Bernardino habla de la ayuda de María, cuando dice: *Ninguna criatura obtuvo alguna gracia, sinó por mano de la Madre de Dios* (1); y quiere decir, que de María nos vienen aquellas gracias con las cuales adquirimos fuerzas para huir de los halagos del vicio; aquellos socorros con que vencemos los seductores atractivos de las tentaciones; aquellas inspiraciones que nos infunden en la mente buenos pensamientos; y aquellos secretos impulsos que mueven nuestros corazones á piadosos afectos.

De los auxilios que recibimos continuamente de María habla San Bernardo, cuando dice: *Si hay en nosotros alguna gracia, confesemos que nos viene de Ella* (2). Quiere decir, que de María nos viene aquel

(1) Serm. 61.
(2) Serm. de Nativ. B. M.

patrocinio, por el cual ó tenemos pura la conciencia de la pestilente mancha de la culpa; ó nos sentimos movidos á romper aquellas férreas cadenas que nos mantienen ligados á los frívolos placeres del mundo; ó nos hallamos libres de los peligros que otras veces sujetaban más nuestra debilidad á los asaltos de los enemigos espirituales; ó de día en día, entre las relaciones, los vínculos y los oficios que nos sujetan á la tierra, no dejamos de crecer en la virtud.

De los auxilios que recibimos de María habla San Pedro Damian cuando dice: *En sus manos están todos los tesoros de la misericordia divina, y á solo Ella se ha concedido esta gracia* (1). Quiere decir, si se nos concederá salir de la noche, que nos tiene de tal suerte envueltos en las tinieblas de la ignorancia, que no sabemos conocer cuánta sea la belleza de la virtud, cuánto el horror del vicio; si dejaremos las corrompidas sendas de la perdida Babilonia para dirigir nuestros pasos sobre los floridos caminos de Jerusalén; si un día abandonáremos lo que nos hace esclavos de la culpa y del demonio para abrazar lo que ha de unirnos á Dios; todo nos vendrá de María, todo será dón de su maternal proteccion y de aquella caridad con la cual nos mira como á hijos predilectos.

Si pudiese invocar ahora, hermanos míos, vuestro mismo testimonio, y con la grata memoria de la ayuda que muchos de vosotros experimentasteis por el patrocinio de María, enriquecer la demostracion del propuesto argumento, no cabe duda que mis palabras hallarían eco en vuestros corazones, y este discurso, con los hechos que vosotros mismos referiríais, resultaría más elocuente. Este diría, que es deudor á María del valor que en la hora de las adversidades tuvo para conformarse con santa paciencia á la voluntad divina; aquel añadiría, que por María se vió libre de los lazos en que le tenía sujeto el dolor, y de las angustias en que le había sumido una larga y enojosa enfermedad: quien afirmaría, que le consoló María, cuando en la escasez de los medios necesarios á la subsistencia de su familia, vió que se le abría la entrada al trabajo; quien confesaría que fué socorrido por María, cuando calumniado en sus acciones no sabía á quien recurrir para que fuese reconocida la inocencia de sus intenciones. Unos me hablarían de incendios extinguidos; otros de peligros vencidos; estos de pleitos ganados; aquellos de lluvias obtenidas; y todos, ó de viajes prósperos, ó de impedidas bancarotas, de pestes desaparecidas, de tempestades alejadas y de rayos deteni-

(1) Serm. de Nativ.

dos; presentando, en el reconocimiento de sus corazones, y en la gratitud de sus ánimos, un número tal de gracias, que aún los más protervos deberían confesar, que María es verdaderamente Nuestra Señora de la Ayuda.

Sin embargo, amados hermanos, todo cuanto pudierais decir no sería suficiente para que comprendiésemos la inmensa copia de socorros que nos vienen de María en todo tiempo, á cada hora y á cada instante. Y por cierto, que son muchas las gracias que recibimos de Ella ignorándolo nosotros; son abundantes las mercedes con que nos proteje sin que lo advirtamos; é innumerables son los auxilios que nos impetra de Dios, sin que paremos mientes en ello. Hoy, que vivimos envueltos en la noche del tiempo, entre las tinieblas de la ignorancia y los atractivos del mundo, solo sabemos las gracias alcanzadas, por decirlo así, de un modo visible. No obstante, llegará el día en que entrando en el Cielo lo reconoceremos todo en Dios; sonará la hora en que admitidos al gozo de aquellos inefables contentos, todo se nos descubrirá. Entónces veremos cuanto María ha hecho por nosotros; entónces exclamaremos: *Me guiaba esta sabiduría, é ignoraba que fuese madre de tantos bienes* (1). Veremos que debemos á Ella si nuestra niñez creció léjos de toda fascinacion lisonjera, rodeada de ejemplos de sola piedad y guiada por reglas de disciplina, de suerte, que nos fuese dado probar el maná oculto prometido á las almas victoriosas de sí mismas. Veremos que á Ella somos deudores de haber obrado algun bien, de haber mostrado valor y fuerza para no ser vencidos del vicio, y de no haber muchas veces caido en la tentacion, por más que se desbordasen por todos lados intemperantes pasiones. Veremos que fué Ella, la que impidió que, á pesar de los pestilentes consejos de los impíos, no alistásemos bajo las banderas del Infierno; que á su gracia debemos el que no se corrompiese enteramente nuestro corazon en medio de las malignas asechanzas de la seduccion; que debemos á su proteccion el que la misericordia divina nos conceda más tiempo, á fin de que no llegue la hora del castigo ántes de un cumplido arrepentimiento. Veremos, en fin, que esta Madre amantísima nos ha precedido en todos los caminos y en todos los encuentros con la más inefable caridad y la más abundante beneficencia.

Y examinando más profundamente todas las mercedes recibidas bajo su verdadero aspecto, podremos conocer sin dificultad, que Ma-

(1) Sab. VII, 12.

ría nos ayuda á todos, y, especialísimamente, á los pecadores. Les ayuda para que no les falte luz y gracia para conocer los pecados cometidos, fuerza y valor para llorarlos con un espíritu de verdadera contricion. Les ayuda allanándoles el camino de las virtudes cristianas y haciendo que no les parezca á primera vista demasiado áspera la mortificacion y demasiado amarga la penitencia. Les ayuda alcanzándoles saludables consejos en sus dudas, evangélica fortaleza en su pusilanimidad, piadosos consuelos en sus angustias, firmes propósitos en sostener las vacilaciones de su inconstancia, y haciendo que lleguen á humillar su espíritu, á someter su voluntad, á negar su amor propio, y á vencer las perversas inclinaciones que se ocultan en sus corazones.

Y María se muestra así con todos. ¿La constante experiencia de los hechos, no es una prueba evidente de esta verdad consoladora? ¿Acaso hay alguna parte del mundo donde no se haya experimentado la ayuda de María? ¿Y qué otra cosa afirman tantos votos colgados de las paredes de sus altares, tantas imágenes de la misma elevadas por las plazas, y tanta gente que movida tan solo por los sentimientos de afectuosa gratitud y de reconocida religion acude á sus santuarios?

¡Oh impíos! que os empeñais en borrar de la mente de los pueblos esta idea de consuelo y de esperanza, dejadnos nuestra fé. Sepa el pobrecito, contra quien se revuelven los hombres y las cosas, que hay todavía un corazon en que depositar sus despreciadas lágrimas; sepa el miserable que come el pan bañado en llanto y sudor, sepa el infeliz que no sabe á quien acudir para ser socorrido en las angustias que le oprimen, el enfermo que gime en el lecho del dolor, el pueblo sobre quien se acumulan estos males, sepan todos, que tienen una protectora, una abogada y una Madre á quien pueden referir sus angustias, elevar sus gemidos, descubrir sus llagas y exponer sus calamidades.

Y vosotros, amados hermanos, tened siempre plena confianza en María venerada como Nuestra Señora de la Ayuda. Si os concedió muchos auxilios para que sea próspero vuestro porvenir; si os dispensó ya muchas gracias, otras muchas os concederá para que no caigais en los peligros en que podríais hallaros. Ella misma, la piadosa María, nos dice: Si quereis un sábio consejo en vuestros planes y designios; sinó quereis errar en vuestros juicios y obrar con rectitud; si quereis conduciros con honor y lealtad en el cumplimiento de vuestros deberes; si quereis socorro en la indigencia, prosperidad en la vida y estima en la opinion, acudid á mí, porque

á mí me pertenecen el dón de consejo y la equidad; mías son las riquezas, los honores y la gloria (1). Más todavía: á Ella debemos invocar si queremos huir del pecado, porque es la Madre del temor de Dios; á Ella debemos elevar las súplicas, si queremos alimentar una santa confianza, porque es la Madre de la esperanza; á Ella debemos dirigirnos si queremos amar á Dios sobre todas las cosas, porque es la *Madre del bello amor, del temor y de santa esperanza* (2).

Finalmente, si deseamos ser ayudados en el día de la agonía y en la hora de la muerte, debemos confiar en el patrocinio de María, porque está escrito en los sagrados libros: Acércate á Ella de todo corazon y tendrás esperanza en los últimos días, y esperanza que no será frustrada (3).

(1) Prov. VIII, 14.
(2) Eccl. XXIV, 24.
(3) Prov. XXIV, 14.

NUESTRA SEÑORA DE BELEN.

Transeamus usque Bethlehem, et videamus hoc verbum quod factum est, quod Dominus ostendit nobis.

Vamos hasta Bethlén, y veamos este suceso prodigioso que acaba de acontecer, y que el Señor nos ha manifestado.

(Luc. II, 15.)

Al contemplar el tierno espectáculo que nos presenta el establo de Belén, las más dulces y encontradas emociones conmueven mi corazon. Un Dios niño, una Madre vírgen, un Esposo castísimo, sencillos pastores que adoran humildes al divino Infante, ángeles que cantan: «Gloria á Dios en las alturas y paz á los hombres en la tierra.»

Sin duda ninguna el Dios niño es el sol que brilla en este feliz horizonte; pero á su lado está la pura y hermosa María, que siendo madre de un hombre Dios, la más excelsa de todas las criaturas, la Reina de Cielos y tierra, roba tambien nuestro corazon. Loores sin fin sean dados al divino Infante; á Él pertenecen nuestras almas y corazones; suyas son de derecho las primicias de nuestras adoraciones; pero complácese el Niño Dios en que, despues de haberle tributado los soberanos cultos que le son debidos, nos empleemos en obsequio de su santísima y purísima Madre. Así lo haremos, católicos, en este dia, y ved el objeto de mi discurso: María, la más prudente de las mujeres, considerada en el misterio del nacimiento del Hijo de Dios. La materia no puede ser más abundante, pero ni el lenguaje humano se presta á expresiones inefables, ni la cortedad del tiempo que me es dado hablaros, me permite extenderme cuanto mi corazon quisiera. Para el acierto imploremos la asistencia del Espíritu Santo. A. M.

Considero aquí la prudencia, católicos, como la tutora, como la

guardadora de las demás virtudes, de tal modo, que las suponga todas, pues que á los ojos de Dios y al través del prisma evangélico las virtudes, para que sean perfectas, van hermanadas necesariamente. Son como un ramillete de olorosas flores escogidas en el vergel divino; han de ir conjuntas, han de estar enlazadas, para que del reflejo celestial con que unas se hermosean á otras, resulte esa divina armonía que hace se complazca el Señor en el corazon de un justo como en un Paraíso, como en un Cielo. Si algun corazon había que fuese un verdadero Paraíso, en cuya morada se complaciese el Altísimo, era seguramente el corazon de María purísima aún en el instante mismo de su concepcion; jamás admitió en el suyo ni aún la sombra del pecado: era María la verdadera mística ciudad de Dios, fundada por manos del mismo Dios: era un alcázar real de soberanas virtudes, asegurado y defendido por el Dios de los ejércitos, que amaba á María más que á todas las criaturas juntas. No podía, de consiguiente, abrigarse en su interior ninguna cosa que pudiera mancillar el lustre de sus virtudes.

Pero hay en la conducta angelical de María una circunstancia muy digna de notarse, y de la que me he propuesto hablaros. Apénas tuvo uso de razon, y hay revelaciones respetables que aseguran lo tuvo muy tempranamente, conoció los extraordinarios favores de que era objeto de parte de la Divinidad. Sin embargo, pasa su primera infancia en el Templo en compañía de otras doncellas, sin que jamás se notase en ella nada que la hiciera aparecer singular. Era esta ya una consumada prudencia en una edad infantil.

Crece en edad, y las virtudes y las gracias y los favores van en aumento. La misma celestial prudencia, la misma humildad, la misma reserva. Los sacerdotes del Templo encargados de su educacion y de su suerte futura, por muerte de sus santos padres Joaquin y Ana, piensan en darla estado: la ley les mandaba desposarla con uno de su misma familia; sin embargo, María, por inspiracion particular del Cielo, había ya hecho, la primera entre las mujeres, el voto de virginidad. Terrible contraste para María, que solo sabe obedecer. Pero prudente ante todo y confiada en Dios, calla, obedece y espera. Verifícanse los desposorios; pero Dios, que tenía reservada á María para Madre de su Hijo, dispone que la eleccion de esposo recaiga en un jóven, de familia real, aunque ya pobre, muy justo, y que por inspiracion del Cielo deseaba tambien conservar hasta su muerte la virtud angélica de la virginidad.

Verificados los desposorios, el Señor infunde en el corazon de

José un respeto casi divino á María: sabe sus virtudes, conoce por revelacion su santo propósito, y regocíjase en el Señor de que le haya unido segun sus deseos á un ángel, no á una mujer; ¡qué digo ángel! á un serafin el más elevado en santidad.

María, que ha esperado en Dios, es prudentísima en todas sus acciones; no desplega sus lábios, conoce al justo á quien el Altísimo la ha confiado, y espera. María y José, ocupados ambos en suministrarse lo necesario para la vida, se retiran cada uno á su aposento á hacer oracion, y el taller del artesano de Nazareth es un verdadero templo.

Llegó el venturoso dia de la Encarnacion, de ese acontecimiento el más grande en los fastos del mundo; dia que fué el principio de nuestra restauracion. María estaba ocupada en su oracion acostumbrada; y hé aquí que al aposento de María llega la mayor embajada que los Cielos enviaron á la tierra. El arcángel Gabriel viene de parte del mismo Dios á anunciar á María, que en el mismo instante el Espíritu Santo descendería á su seno, y obraría en él el misterio inefable de la Encarnacion. María responde al ángel con una humildad, laconismo y prudencia, que prueban cuán digna era de tan alto honor. En el momento mismo el arcángel desaparece, y queda obrado el altísimo misterio de la Encarnacion del Verbo.

Reflexionemos, católicos, una circunstancia en que rara vez pensamos, y que juzgo yo muy digna de notar y muy propia para nuestra edificacion. Miéntras suceso tan extraordinario pasaba en el aposento de María, que hoy veneramos en la Santa Casa de Loreto, José debía estar en otro aposento de la misma casa ó en su taller. María y José debieron verse muy poco tiempo despues, ó á lo más tardar al siguiente dia, puesto que no siendo ricos, y no teniendo María criada, la santísima Vírgen prepararía con sus santísimas manos el sustento de José, como lo tenía de costumbre. A pesar del recato de ambos, era muy natural se hablasen y conferenciasen sobre cosas que de continuo acaecen en las hacenderas de la casa.

Sin embargo, María no desplega sus labios para indicar á José el inmenso acontecimiento de que acababa de ser objeto, y de que tanta gloria y dicha habia de resultar á José. ¡Oh incomprensible humildad! ¡Oh celestial reserva! ¡Oh prudencia incomparable! María continúa en los quehaceres de la casa, cual si nada hubiera pasado. Os confieso, católicos, que esta circunstancia de la vida de María es una de las que más me han sorprendido. Sucédense los dias, y el Verbo encarnado, que en todo quería sujetarse á la ley, y al órden

natural del nacimiento humano, permite que se dén á conocer en su divina Vírgen madre las señales de su embarazo. María lo advierte: calla, espera, es prudente. Pero José, á quien Dios quiere probar, se turba al ver en María señales de un embarazo. ¡Qué pensar! ¡qué hacer!

¡Cómo! decía el Santo, ¿dudar de María? No puede ser. Pero ¿lo que ven mis ojos? Será un misterio. Sin embargo, la ley te prohibe permanecer un instante con una mujer con apariencias de haber faltado... ¡Terrible asalto para José! ¡Qué pensar! ¡Qué hacer! La ley está terminante; tienes que entregar á tu esposa para ser apedreada, y el precepto de la ley es urgente... No admite dilaciones ni pretexto. Pero ¡María infiel! No puede ser... esto es un misterio; salvo mi conciencia dejándola, y Dios proveerá... Y atormentado por tantas congojas, lleno de tédio y tristeza, se queda dormido. ¡Qué leccion, católicos! La Madre del Verbo encarnado, la inmaculada María, la purísima Vírgen de Judá, la más santa entre todas las criaturas, ¡objeto de unas sospechas tan crueles! ¡Ah, qué prueba, hermanos míos! Jesucristo es calumniado, herido, muerto, ¡y era Dios! Los apóstoles fueron perseguidos, calumniados y martirizados, ¡y eran los escogidos de Dios! Los mártires fueron atormentados y condenados á muerte, ¡y eran los santos de Dios! Ya lo veis; Dios no quiere que los suyos sean de mejor condicion que Él: *Si me persecuti sunt, et vos persequentur*. No ha de ser más el discípulo que el Maestro. José tenía que ser probado, y por más resplandeciente que fuera la virtud de María, Dios permitió que se levantasen nieblas de sospecha en la imaginacion de José. ¡Entre tanto María oraba, y esperaba! Pero el ángel apareció en sueños á José, y le explicó el misterio. No fué María, sinó el ángel quien explicó el misterio, y ésta es á mi ver, católicos, una de las ocasiones en que más resplandece la prudencia de María.

María, deseando ser útil á su prima santa Isabel, parte desde Nazareth á las montañas de Judá. Sábese madre del Salvador del mundo, conócese templo vivo que lo encierra en su seno: mayor gloria no era dable ni en la tierra ni aún en los Cielos; sin embargo, humilde y prudente, hace su viaje como cualquiera otra mujer ordinaria. Llega á casa de Isabel, y la saluda primero, cual si le fuera inferior; espera que Isabel hable, y esa mujer tan reservada pronuncia el grandioso, sublime y sentimental cántico del *Magnificat*, que regocija el corazon de los cristianos desde hace cerca de veinte siglos. Silencio y reserva cuando así lo exigen los intereses divinos y el ejercicio

de su humildad; habla, pero poco, pero muy á tiempo, pero con sentido sublime cuando así lo pide la honra del Dios que estrecha en su seno, y la caridad para con una parienta ilustre que lleva en el suyo al Precursor. ¡Prodigio de prudencia!

Acércanse los días tan suspirados por los profetas y justos de la ley antigua: está muy cerca el venturoso instante en que el Mesías va á salir al mundo; cuenta el tiempo, los momentos son preciosos; pero una órden llega del príncipe, y es preciso vaya José á empadronarse con María á la ciudad cabeza de su familia. María no replica, sigue humilde á José, y espera en la providencia de aquel que lleva en su seno. Hace el viaje en una estacion incómoda, en el corazon del invierno: sus escasos haberes no le permiten lo haga con comodidad; el celosísimo José hace cuanto puede por minorar las fatigas á la que sabe que es Madre de Dios. Pero Dios que enviaba á su Hijo para padecer, dispone que al llegar á Belén se cumpla el momento del nacimiento divino. José, sin duda, procuró de todos modos preparar un alojamiento cómodo á su Esposa, llamó de puerta en puerta; las halló todas cerradas. Habíase dado á conocer de sus parientes; ninguno le acogió: el tiempo urgía, sin embargo, y los instantes eran preciosísimos. Vá al meson, todo lo halla ocupado; y el Dios que crió Cielos y tierra, al nacer en esta, tiene que albergarse en un establo ó portal descubierto que se hallaba en el arrabal de Belén.

Allí, allí María puesta en oracion, y dando gracias al Señor porque era llegada la hora de la venida de Dios al mundo, cuando los astros del firmamento estaban en el medio de su carrera, cuando la noche estaba á la mitad de su camino, María dió á luz al Salvador del mundo. Esta prudentísima virgen Madre olvida todas las tristes escenas que pasaron con José en busca de un albergue: sabe que el niño Dios ennoblece con su presencia todos los lugares, y que el pesebre que lo abriga es el sitio más honrado que conozca la tierra y aún el empíreo. Cuando María se ve anegada en tanta gloria, ¿qué pueden hacerle pequeñeces de mortales? Contemplad á esta vírgen Madre en momento tan glorioso. ¡Qué serenidad! ¡Qué grandeza! ¡Qué magnanimidad! Ninguna reina del mundo pudo verse jamás tan honrada y tan feliz. ¿Ni cómo podía echar de ménos envolturas finísimas de hechura humana, ni cuna delicada con profusion de telas de oro y pedrería, la que tenía en su regazo el que todo lo viste y adorna? Sin embargo, María abrigó el divino cuerpecito con pobres pero aseados pañales.

En esto llegan los pastores que estaban de majada en los oteros del rededor, y en humildes pero sinceros modales adoran al divino Niño, al paso que multitud de ángeles, oídos solo de los pastores fieles, cantaban: «Gloria á Dios en las alturas, y paz á los hombres en la tierra.» María presenciaba todas estas cosas con la misma serenidad, magnanimidad y reserva que en todas sus comunicaciones con Dios.

Pero lo que pone un sello á cuanto acabamos de decir relativamente al altísimo dón de prudencia con que dotó el Señor de las virtudes á María, es el testimonio mismo del Evangelista. Despues de contar con esa admirable claridad y sencillez que caracteriza á los sagrados relatos todo cuanto pasó en el sagrado preñado y en el nacimiento del Hijo de Dios, con otros episodios de la historia divina en que María entraba como parte muy principal, concluye esta narracion con las palabras siguientes: «María retenía todas estas cosas en su memoria repasándolas en su corazon.» No dice el Evangelista que las iba contando, aún bajo el justo título de ceder en honra y gloria de Dios; sinó que las meditaba, las repasaba en lo íntimo de su corazon. Ved, católicos, el modelo que debemos seguir en nuestra conducta, en medio de los favores del Cielo. Silencio, prudente reserva. Esta es la escuela de María, y de ella debemos ser discípulos. María nos enseña callando; María nos enseña obrando. Callar y obrar; ved, amados míos en el Señor, lo que nos enseña María, y esta es la leccion, y este es el fruto que debemos sacar de la meditacion de este misterio de Belén en la festividad que nos reune en este santo lugar.

Permitidme, católicos, el que ántes de separarme de vosotros, presente á vuestra meditacion ciertas consideraciones prácticas sobre el conjunto de circunstancias felices que se agrupan. En el firmamento, una milicia celestial que acude del Empíreo para anunciar á los hombres el fausto acontecimiento del nacimiento de su Salvador. Al rededor del pesebre, sencillos y humildes pastores, que oyen el llamamiento y acuden dóciles al anuncio del Cielo. En la ciudad, habitantes entregados al sueño y sordos á los avisos del Cielo. En la Judea, una ceguera general que no permite ver tanta luz. En el mundo entero, olvido completo de las voluntades y disposiciones del Altísimo. Un Niño Dios, cuya majestad glorifica á los Cielos, y en la tierra solo se ve acompañado al nacer de su Vírgen madre, del santísimo Esposo de su Madre, y de algunos pastores. Tal es el cuadro que nos presenta Belén. ¡Ah, católicos! ¡Cuán pocos encuentra dis-

puestos á recibirle en su entrada en este mundo el Hijo de Dios! ¡Cuán pocos que estén de vela! ¡Cuán pocos que lo vean llegar! ¡Cuán pocos que oigan el ejército de ángeles que lo obsequia! ¡Es una realidad muy amarga y un cargo terrible para la humanidad! Al anuncio del nacimiento de un príncipe heredero de un reino, ¡cuánto movimiento, cuánto afán, cuánto servicio apresurado, cuánta felicitacion! Todo un vasto imperio se conmueve con tan fausto acontecimiento; y en efecto, nada más natural, nada más justo. Pero ¿qué misterio se encierra en la venida del mismo Dios hombre en persona, para que se truequen los frenos de la política humana, para que solo en ella padezcan excepcion todas las leyes, aún hasta las de la más sencilla urbanidad? ¿Dónde estais, vosotros los doctores de la ley, que contais por dias la llegada del Mesías? El Mesías es llegado, ¿pues qué haceis? ¿Dónde estais vosotros, sacerdotes descendientes de Leví y de Aaron? estais viendo que vuestro ministerio caduca, que el sacerdocio se traspasa, segun las profecías; que es llegada ya la hora de que venga en persona á su templo el Mesías: ¿qué haceis?

María va á presentar al Templo á su Hijo, al Dios Infante, al Mesías, segun lo habia profetizado Malaquías. En el Templo hay un anciano Simeon que le reconoce por su Dios, que le adora, y que desea ya morir en paz porque sus ojos han visto al Redentor de Israel. En el Templo se halla una viuda santa, consagrada al servicio del Señor, reconoce en el Dios niño al Mesías, y vosotros, sacerdotes, ¿qué haceis? Tres reyes extranjeros que vienen del Oriente se acercan á la ciudad santa, preguntan por el paradero del Rey de los Judíos que ha nacido poco há, y cuya estrella se les ha aparecido en el Oriente: Herodes confuso no sabe qué decir, porque ninguno de sus hijos ha nacido por entónces; pregunta á los sacerdotes y doctores, hace consultas por todas las sinagogas: todos le responden que el Mesías debe nacer en Belén segun las profecías. Los reyes magos se dirigen en virtud de respuesta tan unánime y explícita á la ciudad de Belén: la estrella se les aparece de nuevo al salir de Jerusalén, y los guía hasta el pesebre, en donde adoran al divino Infante. Y vosotros, doctores y sacerdotes, ¿qué haceis? ¿Lo que haceis?... Herodes manda degollar á todos los niños de Belén y sus alrededores para no errar el golpe; vosotros lo adulais, y más tarde se verá vuestro designio: en el entretanto, ese Dios niño que ha venido á visitaros, y á quien ni siquiera os habeis dignado ir á ver, os abandonará en vuestra ceguedad, y preferirá el Egipto, aunque idólatra, á su propia pátria ingrata, ciega, desconocida.

¡Ah Niño divino! Y ¡cuán temprano comenzais á padecer! No es necesario que venga la Cruz del Calvario; la ingratitud y la perfidia de los hombres es una espada mucho más cruel que los clavos del santo madero. No se contentó vuestra pátria con desconoceros, sinó que os persiguió á muerte cuando apénas vinísteis á la vida. No permitais, Niño divino, que imitemos nosotros desaciertos tan sacrílegos; imitemos á vuestra Madre, que sufre, magnánima, sí, pero muy sentida, los agravios de que sois objeto apénas nacido: imitemos á vuestra santísima Madre, que redobla el amor y la solicitud cuando más perseguido os ve. Imitemos al santo José, vuestro custodio, que amigo fiel é inseparable, os acompaña á Egipto, y os proporciona un alimento sencillo con el trabajo de sus manos, redoblando la ternura cuanto más os ve desconocido. Imitemos á esos fieles pastores, que dóciles al aviso del Cielo, lo dejan todo por ir á adoraros. Imitemos á los reyes Magos, que atravesando regiones y venciendo obstáculos sin fin, vienen desde muy léjos á adoraros para ofreceros el oro de su amor, el incienso de su adoracion, y la mirra de la mortificacion. Sea nuestro corazon el pesebre de Belén. Desaliñado, Vos lo podeis adornar; pobre, lo podeis enriquecer; desabrigado, lo podeis abrasar con vuestro amor; duro, lo podeis ablandar. Os ofrecemos, divino Infante este corazon que nos habeis dado para amaros: venid á él, venid; venid con vuestra Vírgen madre, nuestra Reina y Señora; venid con el santo José; venid con los sencillos pastores; venid con los santos reyes; venid, en fin, con el ejército de ángeles que os asistió en vuestro nacimiento. Aunque es muy estrecho, Vos lo podeis hacer un Cielo; descended pues ¡oh Jesús! Venid ¡oh María! quedad en nuestros corazones para siempre, durante nuestra vida, y por eternidades en la gloria. Amen.

NUESTRA SEÑORA DE LA CARIDAD.

Majorem hac dilectionem nemo habet, ut animam suam ponat quis pro amicis suis.

Nadie tiene amor más grande, que el que da su vida por sus amigos.

(JOAN, XV, 13.)

La caridad, cuyo objeto primario es el amor hácia Dios, nos reclama igualmente el amor para con el prójimo; y estos dos preceptos, claramente declarados en la ley, van tan íntimamente ligados entre sí, unidos y estrechados con tan indisoluble vínculo, que no pueden romperse de ninguna manera. En efecto; el amor á Dios es el que despierta en nosotros el amor al prójimo, en quien el mismo Dios se dignó imprimir su imágen, y del cual quiso formar el grato argumento de sus más tiernas complacencias; y el amor al prójimo es el que despierta en nosotros el amor á Dios, puesto que precisamente en Dios, con Dios y por Dios se ve en el prójimo una multitud de hermanos, hijos de un mismo Padre, herederos de un mismo reino, y para la misma vocacion.

Y esta caridad encendió vivas llamas en María. Alma tiernamente enamorada de Dios, María, aunque constituida reina de los Ángeles, es siempre nuestra hermana, nuestra amiga, nuestra abogada y nuestra madre. Ella se vale de su imperio en provecho de sus hermanos pobres engendrados en la morada del dolor, y solo se sirve de su autoridad para protejerlos y consolarlos. Encerrando en su corazon una inmensa caridad para con todos los mortales, tiene de contínuo fijos los ojos sobre ellos; y no hay momento en que les olvide, ni gracia que no sea solícita en concederles. Y no creais que muestre tanta solicitud solamente desde que está sentada sobre el más alto trono de los Cielos; aún miéntras vivía en la peregrinacion de este destierro, y ántes de ser coronada Emperatriz del Paraíso, María mos-

tró cuán afectuoso sentimiento la impelía en bien de la mísera humanidad. En verdad, sabemos que el día en que se le anunció la divina maternidad, si bien no ignoraba el mar de dolores á que debía conducirla su consentimiento, no obstante, valerosa y magnánima, condescendió por su parte á aquella obra, por la cual debía ser acerbamente aflijida, á fin de concurrir con todas sus fuerzas á la salvacion del mundo.

Por este motivo nuestros antepasados, como prenda de agradecimiento á un tal amor de María, dieron en llamarla: Nuestra Señora de la Caridad; y es por la misma razon que nosotros la saludamos hoy bajo esta advocacion. Ni yo sabría como hablaros mejor de ella, que mostrándoos cuan bella fué esta virtud en María. Pidamos ántes los auxilios de la gracia: A. M.

Puesto que la caridad no es un más que un solo fuego, que, por una parte, nos impele hácia Dios, y por otra hácia el prójimo, si deseamos formarnos una idea del grado á que alcanzó la ardiente caridad de María para con sus hermanos, procuremos ántes penetrarnos de cuan viva fué su caridad para con Dios; y como que esto es imposible, debemos concluir, que cualesquiera que fuesen los argumentos y los conceptos que empleáremos, jamás podríamos llegar á comprender hasta qué punto haya sido ardiente y activo, pronto y eficáz este fuego de caridad en María.

Dos hechos sacados del Evangelio, hermanos míos, y de los cuales hacen especial mencion los Evangelistas, nos servirán, en algun modo, para penetrar en medio de las sagradas llamas de este incendio; el primero es la visitacion de María á Elisabeth; y el segundo la conducta de María en las bodas de Caná de Galilea. Yo me limitaré á explicároslos tales como se refieren, y quiero creer que bastarán para convenceros, sin ninguna clase de duda, acerca de la verdad objeto de nuestra consideracion.

Por lo que mira á Elisabeth, el Evangelio empieza la relacion diciendo, que María partió: *exurgens María* (1). ¿Y por qué motivo se puso en camino esta beatísima Vírgen? Observad el tiempo en que, abandonando el plácido silencio de su morada, salió de casa, y tendreis la primera prueba de una extraordinaria caridad. En efecto, despues que el Ángel del Señor hubo anunciado á María el misterio de su maternidad divina y descendido el eterno Verbo de Dios, una

(1) LUC., I.

vez pronunciado por Ella el suspirado *fiat*, se levantó: *Exurgens*. Abandonó la amada contemplacion de las muchas gracias con que el Omnipotente la había adornado, de los privilegios que la distinguian inmensamente entre todos los mortales, y de la suprema gloria á que había sido elevada. Sin duda María había rogado mucho para la venida del prometido Emanuel; mucho había suspirado por la venida del libertador; y miéntras que este Emanuel se ha hecho hijo suyo, y este libertador está encerrado en sus entrañas, Ella siente de tal manera la caridad, que la induce en provecho de las demás á desprenderse de esos pensamientos de grandeza, de gloria y de alegría: *Exurgens María*.

Vedla, pues, puesta en camino; mas no por curiosidad y orgullo: por complacencia de dejarse ver, ni por deseo de conversar: una idea más santa la impulsa á abandonar el sosiego de su casa, un pensamiento más generoso la guía. Quiere compartir con su familia todo el bien posible, desea asistir á su prima y derramar beneficios á sus deudos. Bondadosa y tierna por naturaleza, suspira por comunicar á sus parientes aquella santificacion y aquellas gracias celestiales, que, como manantiales perennes de agua viva, rebosan de su alma, por encerrar en sus inmaculadas entrañas al Criador del Universo. Así, pues, nada es capáz de detenerla; ni el ser una vírgen de quince mayos, ni el encerrar el Infante divino en su seno; ni el camino desierto y escabroso que debe atravesar para llegar á la humilde morada de Zacarías. No la intimida la consideracion de que es preciso atravesar una gran parte de la Judea y de la enemiga Samaria; no se acobarda á la idea de que aquellos paises son ásperos é interrumpidos por montes, torrentes y desiertos; no se detiene delante de aquellas sendas, y quebradas rocas que exponen á los viandantes á fatales caidas. Ella corre, anda solícita y presurosa. Fué, pues, la caridad, la virtud que la movió á este viaje tan rudo y largo; así como fué la caridad, la virtud que la sacó de la amada soledad y de la sagrada meditacion que constituían sus delicias y su gozo. *Exurgens María abiit in montana cum festinatione*. Y reflexionad, hermanos míos, que en toda su vida es esta la primera y única vez, en que se ve tanta prontitud en María. Ella se opone directamente á la quietud, á la calma y á la tranquilidad de su carácter virginal. ¿Por qué María en ninguna otra ocasion corrió sinó en esta? Porque en otras ocasiones se trataba de sí misma, de sus gracias, de sus glorias y de su grandeza; pero en ésta se trata de asistir, de aliviar y de hacer bien al prójimo; y la caridad, que segun dice San Ambrosio, no admite

dilaciones ni tardanzas, la obliga á abandonar el silencio del hogar palpitante y presurosa: *Abiit in montana cum festinatione*.

Más aún: otra prueba para conocer en este hecho la grandeza de la caridad de María, es la casa misma donde se dirige. ¿Es, acaso, el alcázar de Jerusalén que la aguarda, ó es el palacio real de Judá para dar asilo á la Vírgen de Sion? ¿Es tal vez hácia un trono donde se dirige la Reina de los Ángeles, ó es una compañía de reinas, en medio de las cuales debe sentarse la Madre del Hombre-Dios? ¡Ah! no; la casa hácia donde corre María es el humilde albergue de dos ancianos; y Ella, tan grande, tan elevada y divina, solo será recibida por Elisabeth y Zacarías. Pero, ¿qué digo recibida? ¿No es María que por primera vez vá á esta casa? ¿No es María la que visita primero á Elisabeth? Notadlo bien; es la Reina que dá los primeros pasos hácia la esclava; es la Madre del Hijo de Dios, que se humilla hasta servir á la madre del hijo de Zacarías; es la Soberana de los serafines, que desciende hasta colocarse en el rango de una criada; es la Dominadora del mundo, que, como si estuviese constituida en el último lugar, se pone á asistir una mujer, que poco ántes era llamada con una expresion de ignominia, puesto que Elisabeth era llamada la *estéril*.

Siendo así, ¿qué más quisierais para decir, que verdaderamente fué grande, magnánima, extraordinaria y heróica la caridad de María?

Y lo mismo puede observarse igualmente en las bodas de Caná de Galilea. Efectivamente; celebrábase la fiesta de este esponsalicio, al cual había sido invitada María con Jesús y sus discípulos; mas hé aquí que falta vino. ¿Qué hace María? ¿Era posible que la Madre de Jesús dejase en este caso de mostrarse compasiva? ¿Qué podía salir del manantial de las misericordias sinó misericordia? Ella, en semejantes casos imprevistos de la vida doméstica, saca del compromiso á los esposos, y remedia una falta que podian tomar á mal los convidados. Así, pues, compadecida de esta situacion, acude al poder y á la bondad de su divino Hijo, á quien dijo: *¡No tienen vino!*

Notad como en este hecho resplandece una piadosa y magnífica caridad. En medio de tanta gente nadie había notado la falta del vino; los mismos esposos nada preveían de lo que dentro poco hubiera malogrado su fiesta. María, empero, preve lo que va á suceder; y miéntras que los circunstantes solo piensan en divertise, Ella ocúpase en impedir que ninguna nube enturbie aquella alegría inocente. No es que se rinda al deseo de los esposos, sinó que lo previene; no aguarda que se la advierta de la necesidad, sinó que es la primera

en acordarse de ella; no es necesario que la rueguen, sinó que procura por sí sola impedir aquella desagradable inconveniencia.

Las mismas palabras de María demuestran en Ella una profunda y sensible caridad. *No tienen vino,* dijo á su Hijo. Ahora bien; estas palabras no son dictadas por la soberbia, la presuncion ó la vanidad, que desee, haciendo que se verifique el milagro, manifestar su grandeza y recibir las congratulaciones y los homenajes de los invitados á aquellas bodas. Las palabras: *no tienen vino*, no son un mandato, no son una súplica, no son siquiera la expresion de la propia voluntad, sinó la mera exposicion de una necesidad. Ella habla solamente con el Hijo y los criados; al Hijo le informa de lo que hace falta, y á los criados les dice tan solo que obedezcan á su Hijo; y cuando, verificado el prodigio, quedan maravillados los criados, se regocijan los convidados, y es glorificado Jesús, María guarda silencio.

Despues de este acto, ¿qué más quisierais, hermanos míos? ¿No os dán estos dos hechos del Evangelio la más sublime idea de la grandeza y de la caridad de María? Examinad todo cuanto el Apóstol nos dejó escrito sobre la caridad, y vereis, lo mismo en la visita hecha á Elisabeth como en las bodas de Caná, que se nos manifiesta por María. La caridad es paciente, y María lo fué sometiéndose con alegría á los peligros, á los trabajos y á las incomodidades de la peregrinacion emprendida, para trasladarse á través de los montes de la Judea hasta Hebron, donde se hallaba la casa de Zacarías; y no dejó de ser paciente cuando en las bodas de Caná Jesús contestó á sus palabras: *Mujer, qué hay de comun entre tí y mí!*

La caridad no es soberbia; ¿y en qué alma se admiró más que en María la virtud contraria á la soberbia? Habeis oido, hermanos míos, que olvidada de su grandeza, de su dignidad, de su gloria y de todo cuanto la sublimaba sobre los hombres y los ángeles, fué solícita en ir, no solo á visitar, lo cual era ya mucho, sinó tambien en servir á Elisabeth; y no podemos ménos de admirarnos de la humildad con que se dirigió á su Hijo, cuando en el expresado convite quería ver los efectos de su omnipotencia.

La caridad no es ambiciosa. ¿Y acaso mostróse ambiciosa María, cuando al alabarla Elisabeth, prorumpió en aquel sublime cántico, en que llena de reconocimiento daba gracias á Dios por los beneficios recibidos, y llena de obsequio, refería todas las alabanzas á la gloria del Señor? ¿Por ventura dejóse ver ambiciosa en Caná cuando, humilde y modesta, sin dar á conocer quién era y cuanto podía, rogó al Hijo que obrase un milagro?

La caridad es benigna; y María, en los dos hechos referidos, mostró una benignidad sublime y singular; la caridad no busca las cosas propias, y María olvida sus comodidades, sus ventajas y su estado, para atender presurosa al bien de sus hermanos; la caridad cree, y María no solo cree, sinó que hace que crean tambien los demás; la caridad espera, y la llama de la esperanza de María es tan viva, que la comunica á los otros corazones; la caridad no es perniciosa, y María hace bien á todos; la caridad... ¡Oh caridad, caridad! bella hija de Dios, regocíjate ahora de este tu milagro, porque en verdad, á excepcion de Jesucristo, ningun otro corazon fué tan abrasado de tus ardores y férvidamente enamorado de tus atractivos.

No obstante, ni aún con lo dicho hasta aquí, queda dicho todo. En efecto, la caridad puede ser mayor ó menor segun que sea más ó ménos intensa, más ó ménos eficáz, más ó ménos permanente. Tambien estas otras tres prerogativas podemos considerar en la caridad de María, que fué muy intensa, eficáz y permanente.

En primer lugar, fué intensísima. Cuando el Señor promulgó el precepto de la caridad para con el prójimo, no fijó ningun límite al amor que quería despertar en nosotros en bien de los demás; ó si fijó algun límite, solo fué, si puedo expresarme así, un límite infinito. Mi precepto, dijo, es este: que os ameis los unos á los otros como yo os he amado. «*Hoc est præceptum meum, ut diligatis invicem, sicut dilexi vos* (1).» Con cuyas inesperadas, nunca oídas y maravillosas palabras quiere que amemos á nuestro prójimo, sinó con una caridad igual á la que Él mostró para con nosotros, lo que es imposible siendo su caridad infinita, á lo ménos con una caridad que se asemeje todo lo posible á la suya. No cabe duda, pues, de que María cumplió de un modo perfectísimo el precepto de la caridad para con el prójimo. Vosotros, por consiguiente, debeis amarle con aquella misma proporcion, con la cual era Ella amada de Dios. Ella era amada de Dios más que todas las criaturas juntamente unidas, y, por lo mismo, su caridad para con el prójimo, debiendo corresponder á la caridad con que era amada, debió de ser casi inmensa, puesto que con inmensa caridad la amaba Dios. Por lo tanto, María, cumplió en todas sus partes el precepto: *ut diligatis invicem, sicut dilexi vos;* y por eso su caridad fué intensísima.

En segundo lugar, fué muy eficáz. No hablaré aquí de cómo se portó María con Elisabeth, ó de lo que practicó en las bodas de Caná;

(1) Joann. XV, 22.

tampoco referiré los otros muchos actos de caridad que practicó durante su vida mortal. Me place más bien ocuparme de la eficacia de su caridad por lo que esta virtud tiene de más sublime segun el Salvador.

Dice Jesucristo en el Evangelio, que no hay amor que supere al de aquel que muere víctima del amor; que no hay caridad mayor que aquella que ofrece la propia vida en bien del prójimo (1). ¿Acaso no llegó á este grado la caridad de María? Por nosotros consintió en la pasion de su Hijo, que era su misma vida; por nuestro amor vióle escarnecido y clavado en la cruz; por nosotros quiso sufrir en el corazon los más terribles dolores, los más cruentos suplicios; y concurrió con su consentimiento á convertir su vida en una continua muerte por nuestro amor. Ciertamente que no deseaba María la muerte de su amantísimo Hijo; pero más que la vida del Hijo quería la salvacion del género humano. Por consiguiente, así como el Apóstol decía de Dios Padre, que por nuestra Redencion no perdonó la vida al propio Hijo, sinó que lo entregó á la pasion y á la muerte; lo mismo puede decirse de María: *Propio Filio non pepersit, sed pro nobis omnibus tradidit illum* (2). Ahora bien, amados hermanos; si la prueba más bella, más grande, más sublime y verdadera de la caridad es sacrificarlo todo por la persona amada, y si María hizo precisamente este sacrificio, ¿quién podrá hallar reparo en decir, que la caridad de María fué eficacísima para con nosotros?

Finalmente, fué muy permanente. La inconstancia es propia del amor de los hombres. En este mundo todo pasa y todo fenece; pasan los afectos, concluyen las amistades. No puede decirse lo mismo de María. Su caridad para con el prójimo era hermana de su caridad para con Dios, y así como fué de una constancia heróica su caridad para con Dios, tambien fué de una constancia heróica su caridad para con el prójimo. El Evangelio, que entre todas las demás virtudes de la Vírgen ama mostrar su modestia, su silencio, su soledad, no nos cuenta los innumerables actos de caridad que continuamente practicó; pero, no por esto nos es lícito ponerlos en duda. ¿Por ventura podía dejar de estar llena de caridad para con el prójimo, la que tenía continuamente delante á aquel misericordioso Dios, que quiso nacer de Ella vestido de carne humana para la salvacion del mundo? ¿Podía menos de sentir continuos afectos de caridad á favor

(1) Joann. XV, 13.
(2) Rom. VIII, 32.

de sus hermanos, viendo tantas pruebas contínuas de caridad por parte de Aquel, que precisamente por caridad había querido constituirse primogénito entre muchos hermanos? ¿Podía dejar de obrar de continuo por el bien del prójimo, habiendo adoptado por hijos suyos á todos los hombres?

Es verdad que María no hallaba siempre en el prójimo cualidades á propósito para excitar su amor, que no recibía siempre la debida correspondencia, y que, por el contrario, muchas veces era correspondida con ingratitud; pero todo esto no debía ser obstáculo á su amor. Las tumultuosas olas de la perfidia y malicia humanas no llegaron á extinguir en su corazon el incendio que en él había encendido la caridad. Y dió de ello la más elocuente prueba, cuando, á pesar de prever cuan malamente corresponderían los hombres á la sangre derramada y á las penas que sufría por ellos; sin embargo, permaneció inmoble y valerosa, resignada y magnánima al pié de la Cruz. Por cierto que no hubiera podido hacer más, aunque hubiese encontrado en sus hijos adoptivos la gratitud y el reconocimiento más perfecto; y por lo mismo que hizo más de lo que debía para hombres ingratos, debemos concluir, que fué verdaderamente muy firme y constante su afectuosa caridad.

¡Ojalá, amados hermanos, tuviese yo tanta fuerza y tanta gracia que acertase á presentaros ó describiros al natural su corazon! ¿Qué no hallaríamos en él de tierno y amoroso? La vierais siempre pronta á favorecernos, vigilar nuestros pasos, oír nuestras súplicas, custodiar nuestra vida, y procurar por todos los medios nuestra salvacion. La vierais siempre fijar sus misericordiosos ojos en los que vivimos en la morada de la prueba, y que, pobres viandantes, nos extraviaríamos en el desierto de la vida si su amor dejase de vigilarnos. La vierais con un corazon más tierno que el de todas las madres, ocuparse incesantemente de la obra que debe conducir nuestras almas al término del viaje, é introducirle en los eternos tabernáculos del Señor. Entónces no os cabría duda alguna acerca de la intensidad, eficacia y estabilidad del amor caritativo de María, y podríais decir que éste es verdaderamente el fuego á propósito para arder sobre el altar de la caridad.

Si tanta es para con todos los hombres la caridad de María, ¿cuál será para con aquellos que desprendidos del mundo no se engolfan en las culpas, y están persuadidos de que solo podrán gozar el reposo, la salud y la paz en union con el Criador? ¿Y qué podría yo deciros, amados hermanos, de la solicitud de María para con aque-

llas almas, que arden en amor del Padre celestial, para con aquellos corazones adornados con la cándida estola de la ignocencia, ó lavada por el arrepentimiento? ¡Ah! solo aquellos que la experimentan, podrían hablarnos, cuál conviene, de tan ardiente caridad: solo aquellos que tocan sus efectos, podrían ser sus panegiristas.

Siendo así, acudamos hermanos míos, á esta Señora, que puede con su patrocinio remediar nuestras miserias en esta peregrinacion terrena, mantenernos firmes para no perecer entre los numerosos escollos con que tropezamos en nuestro camino; recurramos á esta Bienhechora, que nos vigoriza con sus balsámicas gracias, nos asiste, nos fortifica y nos ofrece nuevos alientos para no desistir de la empresa hácia la cual dimos los primeros pasos; confiemos en esta Madre, que á cuantos peregrinamos por la tierra puede elevarnos hácia la region de la fé, de la esperanza y del amor, y despues de nuestra muerte hacernos subir al Paraíso.

NUESTRA SEÑORA DEL CÁRMEN.

DISCURSO I.

Caput tuum sicut Carmelus.
Es tu cabeza como el Carmelo.
(CANT. VII, 5.)

Cuantas veces el sagrado amante de los místicos epitalamios trata de describir la belleza de la carísima Sulamite, otras tantas emplea semejanzas y comparaciones. Sus ojos son como de palomas, sus mejillas como cacho ó roja corteza de granada, sus lábios como cinta de escarlata, su cuello como la torre de David, sus dos pechos como dos gamitos mellizos, que están paciendo entre blancas azucenas; sus dientes como hatos de ovejas trasquiladas, acabadas de lavar; las articulaciones de sus rodillas como collar de perlas fabricado por hábiles manos. Del mismo modo, hablando de la cabeza, la parangona al Carmelo, queriendo significar, que así como el Carmelo se eleva sobre los montes que le rodean, así su amada se eleva sobre las demás mujeres: *Caput tuum sicut Carmelus.*

Si la mayor parte de aquel inspirado cántico, segun han dicho los Padres de la Iglesia, debe entenderse de María, y si la fiesta que hoy celebramos, mira precisamente á María con el título del Cármen, creo no equivocarme si afirmo, que así como el Carmelo indicaba la preeminencia de la sagrada enamorada sobre todas las mujeres, tambien la fiesta del Cármen, á excepcion de las propias de los gloriosos misterios de la candorosa Vírgen de Nazareth, es la más bella de todas las demás fiestas. En verdad, descubro en ella tal antigüedad de orígen, tal nobleza de cuna, tal copia de privilegios y tan grande afluencia de pueblo, que podemos afirmar muy bien, que no existe ninguna otra que la supere ni la iguale.

Por cuyas razones, llamado hoy, hermanos míos, á hablaros de

llas almas, que arden en amor del Padre celestial, para con aquellos corazones adornados con la cándida estola de la ignocencia, ó lavada por el arrepentimiento? ¡Ah! solo aquellos que la experimentan, podrían hablarnos, cuál conviene, de tan ardiente caridad: solo aquellos que tocan sus efectos, podrían ser sus panegiristas.

Siendo así, acudamos hermanos míos, á esta Señora, que puede con su patrocinio remediar nuestras miserias en esta peregrinacion terrena, mantenernos firmes para no perecer entre los numerosos escollos con que tropezamos en nuestro camino; recurramos á esta Bienhechora, que nos vigoriza con sus balsámicas gracias, nos asiste, nos fortifica y nos ofrece nuevos alientos para no desistir de la empresa hácia la cual dimos los primeros pasos; confiemos en esta Madre, que á cuantos peregrinamos por la tierra puede elevarnos hácia la region de la fé, de la esperanza y del amor, y despues de nuestra muerte hacernos subir al Paraíso.

NUESTRA SEÑORA DEL CÁRMEN.

DISCURSO I.

Caput tuum sicut Carmelus.
Es tu cabeza como el Carmelo.
(CANT. VII, 5.)

Cuantas veces el sagrado amante de los místicos epitalamios trata de describir la belleza de la carísima Sulamite, otras tantas emplea semejanzas y comparaciones. Sus ojos son como de palomas, sus mejillas como cacho ó roja corteza de granada, sus lábios como cinta de escarlata, su cuello como la torre de David, sus dos pechos como dos gamitos mellizos, que están paciendo entre blancas azucenas; sus dientes como hatos de ovejas trasquiladas, acabadas de lavar; las articulaciones de sus rodillas como collar de perlas fabricado por hábiles manos. Del mismo modo, hablando de la cabeza, la parangona al Carmelo, queriendo significar, que así como el Carmelo se eleva sobre los montes que le rodean, así su amada se eleva sobre las demás mujeres: *Caput tuum sicut Carmelus.*

Si la mayor parte de aquel inspirado cántico, segun han dicho los Padres de la Iglesia, debe entenderse de María, y si la fiesta que hoy celebramos, mira precisamente á María con el título del Cármen, creo no equivocarme si afirmo, que así como el Carmelo indicaba la preeminencia de la sagrada enamorada sobre todas las mujeres, tambien la fiesta del Cármen, á excepcion de las propias de los gloriosos misterios de la candorosa Vírgen de Nazareth, es la más bella de todas las demás fiestas. En verdad, descubro en ella tal antigüedad de orígen, tal nobleza de cuna, tal copia de privilegios y tan grande afluencia de pueblo, que podemos afirmar muy bien, que no existe ninguna otra que la supere ni la iguale.

Por cuyas razones, llamado hoy, hermanos míos, á hablaros de

esta fiesta, procuraré demostraros cuán bella y grata debeis tenerla en vuestro corazon. Y esto por una razon fácil y clarísima, esto es, porque el título del Cármen es un título querido de María, terrible para el Infierno y muy útil para el pueblo cristiano. Concededme el tiempo indispensable para desarrollar extensamente este punto, y abrigo la seguridad de que, al fin, haciendo coro con mis palabras, repetireis verdaderamente, que á excepcion de las fiestas propias de los misterios de María, la fiesta de Nuestra Señora del Cármen es la más bella de todas: *Caput tuum sicut Carmelus.* A. M.

El título del Cármen toma su nombre de un monte, y esto basta para mostrar que debe ser grato á María. En verdad, leemos en los sagrados libros, que Dios, ó porque no quisiese aparecer con mucha familiaridad en medio de los hombres, ó porque desease alejarlos de las bajas ideas terrenas, ó por otro designio de su adorable providencia, ha escogido con frecuencia los montes. Si al fin del diluvio universal quiere que el Arca repose, y que los justos recogidos dentro de la misma se consuelen con la esperanza de la divina misericordia, dispone que este reposo tenga lugar en los montes de la Armenia. Si para recompensar la fé de Abrahán, cuando le pidió el sacrificio del propio hijo, quiere prometerle ámplias bendiciones y una generacion bienaventurada, se lo otorga en la cumbre del monte Moria. Cuando quiere dictar la ley á Moisés, jefe de su pueblo, y revelar á Elías, fugitivo por la persecucion de sus enemigos, el exterminio de la casa de Acab, la dicta á aquél en el monte Sinaí, y á éste se lo revela en el monte Oreb. Y en los días de la promesa, cuando el suspirado Salvador con sus penas, con su martirio y con su muerte vino á salvar al pobre género humano, ¿qué dileccion particular no mostró por los montes? Fué entónces que se alegró el Tabor, viendo una sombra aunque débil de su divina belleza; fué entónces que el Gólgota quedó santificado por su dolorosísima agonía; fué entónces que el Olivete tuvo impresas las últimas huellas de Él, que subía al Cielo vencedor poderosísimo del pecado, de la muerte y del Infierno. ¿No os parece, pues, que deba ser tambien caro á María un título, que toma su nombre de un monte? ¿A María, que ondeó como el Arca sobre las aguas del diluvio; y en el sacrificio de Abrahán vió una sombra del suyo; en la ley dada á Moisés conoció al nuevo legislador venido á los pueblos de su seno; en las visiones de Elías vislumbró los símbolos de la paz; en el Tabor, en el Gólgota y en el Olivete contempló aquella redencion, que le causara

tanto dolor y gozo? Sí, puede decirse muy bien de esta preclarísima Vírgen, que tuvo los fundamentos sobre las más elevadas cimas de los montes santos (1), y la cual, superando á todos los ángeles y justos en méritos y virtudes, fué como un monte de santidad.

Aún más: el título del Cármen es caro á María, no solo porque toma su nombre de un monte, sinó tambien porque este monte es el Carmelo. En verdad, si es caro á María todo lo que muestra en los hombres afecto á Dios, debemos decir que le es caro el Carmelo, monte célebre por haber morado en él Elías y Eliseo, siervos muy celosos de la gloria del Señor. Si es caro á María lo que indica en los hombres celo de verdad, espíritu de religion, debemos decir que le es caro el Carmelo, porque Elías para confundir allí á los sacerdotes de Baal invocó fuego del Cielo sobre el holocausto, y habiendo bajado del Cielo el fuego y consumido el holocausto, el pueblo reconoció al verdadero Dios en el Dios de Abrahán y de Isaac (2). Si es caro á María, lo que en la antigua alianza era señal de esperanza por la venida del Mesías, debemos decir que le es caro el Carmelo, porque en la cumbre de este monte vió el gran Profeta la nubecilla, que, pequeña en un principio como la huella del hombre, se deshizo en copiosísima lluvia (3), y en la cual los expositores sagrados de los libros santos reconocieron una figura de la redencion y de las gracias, que por la redencion se derramarían con muchísima abundancia sobre las naciones.

No obstante, aunque háyamos dicho mucho hasta aquí y suficiente para demostrar cuan grato sea á María el título del Cármen, todavía se ofrece otro motivo para confirmar el mismo asunto y rodear de nueva luz la misma consecuencia. ¡Dichosa celda de Simon Stock! de tí hablo ahora, y tu inspiracion invoco, oh casa bendita de María. Estaba allí aquel varon, más lleno de méritos que de años, absorto en la contemplacion de la Sion celestial, y constante en la oracion, que desde largo tiempo dirigía á la Vírgen para recibir una señal cualquiera de particular proteccion; y hé aquí, que miéntras una luz esplendorosísima ilumina aquellas toscas paredes, y una melodía angélica rompe el silencio de aquellos muros, ve adelantarse la celestial Señora sobre una blanca nube que le sirve de escabel, y rodeada de milicias angélicas que le tejen coronas, oye las palabras de sus lábios, mira el dón de un vestido, que le ofrece con amor maternal.

(1) LXXXVI. 1.
(2) III. Reg. XVIII, 39.
(3) III. Reg. XVIII, 44.

No puedo decir si caería desmayado al suelo como Ezequiel en el Gobar, ó si quedaría extático á tal escena como Juan en Patmos. En efecto; ¿quién podría decir lo que en aquel instante sentiría el santo cenobita que veía, finalmente, satisfechos sus votos mucho más allá de sus esperanzas? ¡Cómo debía palpitarle de gozo el corazon contemplando aquella segura prenda de patrocinio para todos los suyos! Me parece verle perplejo entre la piedad y la admiracion, el júbilo y la gratitud, embriagado de un torrente de amor santo, derramar sus ojos lágrimas de ternura, salir de su corazon entrecortados suspiros de amor, agolpársele en los lábios palabras de reconocimiento, y estremecerse todos sus miembros de un dulce temblor. Es el júbilo de un hijo, que extiende los brazos hácia á su madre; es la alegría de un protegido, que dá gracias á su benéfica protectora; es... ¡Ah! corramos un velo sobre esta escena, hermanos míos, y confesemos, que hay cosas que nuestra mente puede apénas comprender, nuestro corazon sentir, y que nuestra lengua, por elocuente que fuese, no sabría expresar jamás.

Se ha de confesar, que este hecho es una prueba bellísima para la demostracion del asunto de que vengo hablando desde el principio. ¿Cómo dudar de que plazca á María el ser venerada con el título del Cármen, cuantas veces Ella misma lo ha querido, de suerte, que miéntras que los demás títulos dimanan de la devocion de los fieles, el del Cármen fué escogido por Ella misma? ¿Cómo no sentir la fuerza de esta consecuencia, cuantas veces la Vírgen nos la ofrece, de manera, que miéntras que con las demás devociones son los fieles los que le presentan ofrendas y votos, en ésta, Ella misma nos hace participantes de un dón suyo en prueba de afecto? Consideremos, hermanos míos, la aparicion de la Vírgen al angélico cenobita, aparicion no negada por los más severos investigadores de la sagrada antigüedad, y relatada solemnemente en los Anales eclesiásticos; consideremos la prueba manifiesta y sensible de singular predileccion, que la celestial Bienhechora, mostrándosele en medio de una grande multitud de bienaventurados espíritus, despues de tantos años de lágrimas y súplicas dió á su amado; consideremos el dón, que para hacerlo seguro de su benevolencia quiso ofrecérselo con las propias manos; y deberemos concluir, necesariamente, ya que todo esto se refiere al título del Cármen, que este título es carísimo á María.

Añadid lo que debe deducirse del mismo dón de María á los Carmelitas. El dón de los vestidos ha sido siempre como signo de amistad y de amor. Porque Jacob amaba más á José que á todos los demás hijos, manifestó este amor dándole una túnica muy rica y preciosa (1). Porque Ana amaba á Samuel, su hijo, que vestido de un pequeño Eford de lino servía al Señor, el propio amor le manifestó llevándole todos los años, cuando trasladábase á Silo en las fiestas solemnes, una nueva y elegante túnica (2). Porque Jonatás se había unido en íntima amistad con David, le dió éste, además de su espada, su arco y su cinturon, su túnica y los demás vestidos, queriendo que los guardase como prenda de amor (3). Porque amaba al hijo, que lloraba perdido á pesar de ser díscolo y perverso, el Padre de familias al recobrarle de nuevo, para asegurarle de su afecto, ordenó á los criados que se apresurasen á cubrirle con el paño más rico (4). Así, pues, ¿qué diremos del vestido que María dió á los Carmelitas? Diremos, ciertamente, que éstos le son caros, y que los ama, en cierto modo, como ama al fruto bendito de sus purísimas entrañas, porque nacido Jesús, la piadosa Madre le envolvió en pañales (5), y de sagrados pañales ha querido tambien vestir á la familia del Carmelo.

Y puesto que el curso de este panegírico me ha llevado á nombrar esta familia, permitidme, amados hermanos, que me detenga un poco en considerarla como á una familia que nos suministra un nuevo argumento para ver cuán del agrado de María sea la presente devocion. Vió Elías elevarse del mar la nubecilla, de que ya hemos hablado; pero era tan pequeña, que elevándose suavemente por las regiones aréeas apénas podía llegar á vislumbrarse. Al cabo de poco no parece la misma; crece, se extiende, se dilata, y la brisa que levanta las olas, el viento que murmura en los prados y el Cielo encapotado anuncian la proximidad de la lluvia. ¿Reconoceis á la ténue nubecilla? Se ha ensanchado, se ha abierto, se ha rasgado; y la lluvia que ha caido ha fecundizado el terreno y vestido de fiesta los campos. Ahora bien; aquella nubecilla fué vista del Carmelo, y apareció novecientos años ántes del nacimiento de la Vírgen de Nazareth, manifestando con eso, que del mismo modo que creció ella se propagaría tambien la familia carmelitana. Si de las ennegrecidas tumbas, sobre las cuales han pasado tantos siglos, pudiesen levantarse ahora los descendientes de Elías, con una elocuencia muy superior á mis elogios, dirían, que así como los montes del Líbano se alegraron de ver

(1) Gen. XXXVII, 3.
(2) Reg. II, 19.
(3) Reg. XVIII, 4.
(4) Luc. XV, 22.
(5) Luc. II, 7.

á la dichosa enamorada que se paseaba apoyada en su amado, tambien el Carmelo se alegró viendo la íntima correspondencia entre ellos y María.

Por consiguiente, cuando la generosa Madre hizo en persona de Simon Stok el dón de su vestido, entónces, como llamadas á nueva vida, se conmovieron á nueva vida todas las órdenes, y celebraron esta devocion como gratísima á María con toda suerte de significaciones privadas y públicas. La celebraron los Pontífices con Breves, Bulas y Encíclicas; y Juan XXII, Gregorio XIV, Alejandro V, Paulo III, Inocencio X, Clemente VIII, Benedicto XI, Urbano VIII, Leon X, Pio V y otros, rivalizaron en acrecentar su gloria y su esplendor. La celebraron príncipes ilustres por su sabiduría y virtud, ya teniendo á gloria el ser contados entre los cofrades que visten el santo escapulario, ya sea constituyéndole respetable divisa de nobilísima órden caballeresca un Ludovico en Francia, un Eduardo en Inglaterra, un Segismundo en Polonia, un Fernando en Austria, un Felipe en España, un Sebastian en Portugal, y los Gonzagas, los Cosimos, los Carlos en Parma, Mantua y Saboya. La celebraron los Doctores en las bibliotecas componiendo sus panegíricos, la celebraron los oradores sagrados festejando sus glorias, la celebraron en los templos los fervorosos cristianos cantando sus gracias; y del Oriente al Ocaso y del Austro al último Septentrion, los pueblos han celebrado esta devocion de varias maneras públicas y privadas. De tal suerte una multitud innumerable consideró como vestido de gracia y de virtud, de alegría y de gloria el escapulario bendito de María. Y este escapulario pusieron los obispos debajo sus pectorales, debajo su coraza los capitanes, debajo sus togas los magistrados; se preciaron de él los caballeros, se adornaron las damas, lo vistieron los peregrinos y se armaron con el mismo los soldados. Decidme, amados hermanos, ¿no debe ser del agrado de la Reina del Cielo un título que tanto la honra en la tierra? Y en verdad, aunque María sea Madre de todos los hombres, y á todos los acogió como hijos en la ensangrentada cumbre del Calvario, sin embargo, mira con ojos más benignos á aquellos que la veneran y la invocan; ni puede caber duda en afirmar, que una grandísima parte del pueblo cristiano la invoca y la venera verdaderamente con el título del Carmelo.

Por otra parte, la misma bienaventurada Vírgen mostró contínuamente cuanto le agradase este culto, puesto que lo ha defendido siempre de las asechanzas y de la guerra abierta, con que en todo tiempo lo han combatido los espíritus infernales. Tal es la historia

esplendorísima que se desarrolla en el Carmelo; ni es posible considerarla atentamente sin advertir el poder de una mano superior, que en la falda de aquel monte aplasta á todos sus más encarnizados y formidables enemigos. Apénas puedo indicaros algo sobre el particular, hermanos míos; pero creo que será otro argumento para concluir con mayor abundancia de pruebas sobre el asunto objeto de nuestra consideracion.

Las formas de que se sirve el príncipe de las tinieblas para arrastrar los hombres á la perdicion se reducen á dos, la del leon y la de la serpiente. Es un leon, decía San Pedro, que contrae su visage, sacude la cola, enseña los dientes, abre las fauces y busca á quien devorar (1); es una serpiente, decía San Pablo, y así como con su maña sedujo á Eva, tambien con astucias y halagos procura hacernos degenerar de la sencillez que hay en Jesucristo (2). Ahora bien: el Carmelo es un poderoso vencedor contra sus más afiladas armas. En verdad, si nos referimos á la furia del leon, fué vencido en aquel monte, cuando quedó derrotado alrededor del monte el ejército de Senaquerib, muertos por mano angélica ciento ochenta y cinco mil soldados, y cuando un fuego del cielo devoró los soldados mandados por Ocozías contra el Profeta del Señor. Si se trata de las asechanzas de la serpiente fué aplastada en aquel monte, cuando muertos repentinamente los muchachos que al paso que se burlaban de la calvicie de Eliseo, tendían á desacreditar su religion; y fueron confundidos los sacerdotes de Baal, que simulando piedad verdadera promovían el culto de los idólatras. Por consiguiente, el Infierno vió desde un principio, que había nacido una devocion sobre el monte muy contraria á sus designios, la cual estrechaba con vínculos más íntimos los hijos á la madre. Hé ahí porque lo puso todo en movimiento para ver destruído, ó cuando ménos, disminuído el culto á la Vírgen del Carmelo. Movidos por él aquellos hombres, cuya única ocupacion consiste en tragar á grandes sorbos las aguas de la inmunda Babilonia, le arrojan toda suerte de chanzas y sarcasmos; audaces herejes, que manejan la pluma en todos sentidos para desacreditar cuanto es verdadero y santo, lo maldicen y lo blasfeman; cristianos seducidos y llevados por el torbellino de tantas voces, lo consideran como un progreso de prácticas supersticiosas y pueriles. Armadas legiones, domada la Palestina, reducen á dura esclavitud á los dis-

(1) I. Petr. V. 8.
(2) II. Cor. XI, 3.

cípulos de los Profetas; infieles sacrílegos sorprenden las esposas carmelitanas en los recintos mismos de sus solitarias celdas; príncipes orgullosos ponen asechanzas de toda suerte al pueblo escogido y se preparan para su total ruína. El mismo monasterio de los religiosos del Carmelo, el mismo santuario de María, expuesto en varios tiempos á la profanacion, unas veces sirve de refugio á los árabes errantes, otras de establo á las bestias. A fines del pasado siglo, sitiado San Juan de Acre por el ejército francés, los beneméritos cenobitas viéronse expulsados del Convento, que fué convertido en hospital militar. Devastado despues por los turcos quedó desierto por largo tiempo; y últimamente, fué destruido hasta los cimientos por medio de barrenos. Cayeron, sí, cayeron aquellos muros, y aquel lugar honrado por María retumbó al estruendo de golpes, que produjeron ecos de dolor en todo el Oriente. ¿Acaso ha vencido el Infierno? ¿Ha llegado por ventura al término de sus designios? ¿Ha tenido éxito en su tenebrosa empresa?... ¡Ah! No se crea que pueda vanagloriarse de la victoria, porque María protegió, protege y protegerá siempre á su amantísimo Carmelo, mostrándonos continuamente cuan caros le sean este título y esta devocion.

En efecto; cuanto más el Infierno procuraba destruír al pueblo del Carmelo, tanto más el pueblo carmelitano, protegido por María, crecía coronado de nuevos hijos, de nuevos laureles y de nuevos triunfos. Me refiero á aquella doble falange de apóstoles y de doctores, que, ó por medio de los sagrados libros, ó tronando con voz terrible, pusieron en fuga al vicio y al error. Me refiero á aquella grande multitud de contemplativos, que con los ojos al cielo no cedieron ante las amenazas, ni cayeron en las tentaciones. Me refiero á aquel prodigioso número de vírgenes, que vestidas con el hábito de la Reina de las vírgenes, hicieron morder cien veces los lábios á la blasfemia y á la seduccion. Me refiero al mismo monasterio del Carmelo, que, demolido por manos sacrílegas, se elevó más bello y magestuoso, cuando pasados siete años de su destruccion, se puso de nuevo su primera piedra fundamental. ¿Por qué, pues, tal defensa á favor del Carmelo, si no hubiese sido grato á María? ¿Por qué tanto patrocinio en librarlo de los enemigos, si no hubiese sido esta devocion de las predilectas de María? Nadie ignora que todo pasa en este mundo, y que bajo la destructora mano del tiempo desaparecen, de vez en cuando, las mismas devotas prácticas, quedando solo de ellas algun recuerdo en las leyendas y en las crónicas. Si no ha sucedido lo mismo con el culto de Nuestra Señora del Cármen en los

muchos siglos transcurridos desde su institucion, á pesar de la guerra constante con que se le ha combatido, y de los fieros enemigos que habían jurado su destruccion, es porque es caro á María de un modo especial y que por eso María lo defiende y lo protege.

Si el amor se manifiesta defendiendo lo que se ama de los asaltos de los enemigos, y colmándolo de gracias y beneficios, tambien, bajo este concepto, tendríamos motivos de extraordinario patrocinio por parte de Nuestra Señora del Cármen. La misma Vírgen había dicho, que su Escapulario dado á los hijos del Carmelo sería para ellos prenda de salvacion en los peligros, prenda de paz y de eterna alianza, prenda de seguridad para evitar las llamas del incendio infernal. Despues de tal promesa hecha por boca de María á los que se alistasen y se obligasen á llevar su escapulario, á ninguno podrá caber duda acerca de la proteccion que por el escapulario debían experimentar. Y en efecto, desde el instante que la misma Vírgen habló con tanta claridad, y dió tan solemnemente su palabra á cuantos, vistiesen su santo escapulario, se tienen pruebas segurísimas de conseguir de este modo su poderosa proteccion.

Esta proteccion consiguieron muchos que recurrieron con confianza á Nuestra Señora del Cármen, llevando su escapulario ó invocando su nombre. Se lee de algunos, que salieron ilesos de en medio de las horrorosas llamas de voraces incendios; leemos de otros haber sido librados con manifiestos prodigios de inminente muerte; impedidos estos milagrosamente de caer en horribles precipicios, y sustraídos aquellos repentinamente de los horrores de próximo naufragio; y tantos otros, defendidos por medios difíciles, ó curados de enfermedades incurables, ó hechos insensibles al fuego y al hierro, ó respetados por los rayos, por los torbellinos y por la varia copia de males que se presentan en daño nuestro. Los hechos han demostrado evidentemente de mil modos y con pruebas clarísimas, la singular proteccion concedida á los devotos de Nuestra Señora del Cármen.

Acabo de hablaros de incendios, de naufragios y de enfermedades; no creais, empero, que se limite á solas estas cosas el patrocinio de María para con los Carmelitas. Más grande patrocinio es sin duda la conversion de los pecadores encanecidos en el vicio, que por obra del santo escapulario lograron la gracia de la conversion, y una asistencia especial en los momentos de la agonía. ¿Cuántos se vieron socorridos con celestiales auxilios por obra del santo escapulario, en el momento de entrar en el grande camino de la eternidad? Mayor

patrocinio es tambien la liberacion de la cárcel del Purgatorio. ¿Cuántos, por obra del santo escapulario, no han pasado de aquella tormentísima cárcel al reino de la eterna luz y de una imperturbable paz? Hable por mí en este lugar San Andrés Corsini, quien habiendo entrado en un templo consagrado á Nuestra Señora del Cármen, se sintió trocado de perverso que era en vaso de preciosa eleccion. Hable por mí Santa Magdalena de Pazzis, que besando el escapulario, recobró la serenidad de espíritu tan variamente combatida por los espíritus infernales. Hable San Juan de la Cruz, que con solo mirar el hábito de la Vírgen adquiría valor y paciencia para triunfar del príncipe de las tinieblas, que empleaba tantas armas para distraerle de sus buenos propósitos. Testigo Santa Teresa de Jesús, que con solo tocar el dichoso hábito de Nuestra Señora del Cármen aplacaba la fatal desconfianza que suscitaban de vez en cuando en el corazon y en el entendimiento sus espirituales enemigos.

Repita, pues, el sagrado Esposo de los Cantares, al soltar los lábios para alabar á su amada, que su cabeza es como el Carmelo, porque si el Carmelo indicaba la eminencia de la Mujer superior á todas las demás mujeres, hemos visto que siendo el título del Cármen caro á María, y, por lo mismo, terrible para el Infierno y utilísimo para el pueblo cristiano, ocupa el primer lugar entre los demás títulos. *Caput tuum sicut Carmelus.* Y ahora quisiera exhortar con una voz cuyo eco llegase hasta los últimos confines del mundo, exhortar á eclesiásticos y ciudadanos; á nobles y plebeyos; á togados y militares; á ricos y pobres; á doctos é ignorantes; á justos y pecadores, á aprovecharse de esta devocion. Quisiera decir cuanto importa no manchar con la culpa el vestido, que como prenda de gracia y de salvacion nos otorgó María. Quisiera añadir... pero, aquí en este lugar, en vuestra presencia, delante de tanta concurrencia, debo más bien congratularme con vosotros, hermanos míos, del culto que tributais á la Santísima Vírgen y de vuestro afecto al santo Escapulario. Alegraos pues, por ello, ya que cobijados bajo el manto de María no podreis ménos de gozar de los eficaces efectos de su proteccion. La tierna Madre os asistirá en las necesidades, os defenderá en los peligros, os consolará en las angustias, os será propicia en todas las ocasiones, para que experimenteis cuán saludable sea la devocion á Nuestra Señora del Cármen.

NUESTRA SEÑORA DEL CÁRMEN.

DISCURSO II.

Induit me vestimentis salutis, et indumento justitiæ circumdedit me.
Me ha revestido del ropaje de la salud, y me ha cubierto con el manto de la justicia.
(ISAI, LXXI, 10.)

Al nombrar á la Vírgen Madre de Dios con el título de Carmelo, la primera idea que se ocurre es la del santo Escapulario. Devotos de María bajo esta advocacion, seguramente que ninguno ignorará la historia de este habitillo con que quiso Ella agraciar á los fieles. Todos lo sabreis, que de tener su morada en el monte Carmelo algunos discípulos del profeta Elías, que allí se dedicaban á la contemplacion y á la penitencia, fueron llamados carmelitas; que reunidos despues en comunidad por el patriarca de Antioquía, Americo, se trasfirieron muchos de ellos á Europa para propagar su instituto; y que habiendo abrazado éste en Inglaterra Simon Stok, quien por treinta y tres años había llevado una vida de austeridades y de oracion perenne en la concavidad del tronco de un árbol, se le apareció un día la Reina de los Cielos, circuida de innumerable multitud de ángeles, y alargándole una especie de hábito, le dijo: «Recibe, amado »hijo, este escapulario para tí y para tu órden, en prenda de mi espe»cial benevolencia y proteccion, que sirva de privilegio á todos los »carmelitas. Por esta librea se han de conocer mis hijos y mis sier»vos. En él te entrego una señal de predestinacion y una como es»critura de paz y de alianza eterna, con tal que la inocencia de la »vida corresponda á la santidad del hábito. El que tuviere la dicha »de morir con esta especial divisa de mi amor, no padecerá el fuego »eterno, y por singular misericordia de mi querido Hijo gozará de la »bienaventuranza.»

patrocinio es tambien la liberacion de la cárcel del Purgatorio. ¿Cuántos, por obra del santo escapulario, no han pasado de aquella tormentísima cárcel al reino de la eterna luz y de una imperturbable paz? Hable por mí en este lugar San Andrés Corsini, quien habiendo entrado en un templo consagrado á Nuestra Señora del Cármen, se sintió trocado de perverso que era en vaso de preciosa eleccion. Hable por mí Santa Magdalena de Pazzis, que besando el escapulario, recobró la serenidad de espíritu tan variamente combatida por los espíritus infernales. Hable San Juan de la Cruz, que con solo mirar el hábito de la Vírgen adquiría valor y paciencia para triunfar del príncipe de las tinieblas, que empleaba tantas armas para distraerle de sus buenos propósitos. Testigo Santa Teresa de Jesús, que con solo tocar el dichoso hábito de Nuestra Señora del Cármen aplacaba la fatal desconfianza que suscitaban de vez en cuando en el corazon y en el entendimiento sus espirituales enemigos.

Repita, pues, el sagrado Esposo de los Cantares, al soltar los lábios para alabar á su amada, que su cabeza es como el Carmelo, porque si el Carmelo indicaba la eminencia de la Mujer superior á todas las demás mujeres, hemos visto que siendo el título del Cármen caro á María, y, por lo mismo, terrible para el Infierno y utilísimo para el pueblo cristiano, ocupa el primer lugar entre los demás títulos. *Caput tuum sicut Carmelus.* Y ahora quisiera exhortar con una voz cuyo eco llegase hasta los últimos confines del mundo, exhortar á eclesiásticos y ciudadanos; á nobles y plebeyos; á togados y militares; á ricos y pobres; á doctos é ignorantes; á justos y pecadores, á aprovecharse de esta devocion. Quisiera decir cuanto importa no manchar con la culpa el vestido, que como prenda de gracia y de salvacion nos otorgó María. Quisiera añadir... pero, aquí en este lugar, en vuestra presencia, delante de tanta concurrencia, debo más bien congratularme con vosotros, hermanos míos, del culto que tributais á la Santísima Vírgen y de vuestro afecto al santo Escapulario. Alegraos pues, por ello, ya que cobijados bajo el manto de María no podreis ménos de gozar de los eficaces efectos de su proteccion. La tierna Madre os asistirá en las necesidades, os defenderá en los peligros, os consolará en las angustias, os será propicia en todas las ocasiones, para que experimenteis cuán saludable sea la devocion á Nuestra Señora del Cármen.

NUESTRA SEÑORA DEL CÁRMEN.

DISCURSO II.

Induit me vestimentis salutis, et indumento justitiæ circumdedit me.
Me ha revestido del ropaje de la salud, y me ha cubierto con el manto de la justicia.
(ISAI, LXXI, 10.)

Al nombrar á la Vírgen Madre de Dios con el título de Carmelo, la primera idea que se ocurre es la del santo Escapulario. Devotos de María bajo esta advocacion, seguramente que ninguno ignorará la historia de este habitillo con que quiso Ella agraciar á los fieles. Todos lo sabreis, que de tener su morada en el monte Carmelo algunos discípulos del profeta Elías, que allí se dedicaban á la contemplacion y á la penitencia, fueron llamados carmelitas; que reunidos despues en comunidad por el patriarca de Antioquía, Americo, se trasfirieron muchos de ellos á Europa para propagar su instituto; y que habiendo abrazado éste en Inglaterra Simon Stok, quien por treinta y tres años había llevado una vida de austeridades y de oracion perenne en la concavidad del tronco de un árbol, se le apareció un día la Reina de los Cielos, circuida de innumerable multitud de ángeles, y alargándole una especie de hábito, le dijo: «Recibe, amado »hijo, este escapulario para tí y para tu órden, en prenda de mi espe»cial benevolencia y proteccion, que sirva de privilegio á todos los »carmelitas. Por esta librea se han de conocer mis hijos y mis sier»vos. En él te entrego una señal de predestinacion y una como es»critura de paz y de alianza eterna, con tal que la inocencia de la »vida corresponda á la santidad del hábito. El que tuviere la dicha »de morir con esta especial divisa de mi amor, no padecerá el fuego »eterno, y por singular misericordia de mi querido Hijo gozará de la »bienaventuranza.»

Hé aquí, oyentes, la entrega del escapulario carmelitano, prototipo de los demás escapularios, con que la inmensa bondad de María ha querido manifestarse á los hombres. Prenda de su especial benevolencia y proteccion, testimonio de privilegio, distintivo de filiacion y servitud, señal de predestinacion, escritura de paz y alianza eterna, particular divisa de su amor y garante de la bienaventuranza le llama la misma piadosísima Señora. Es que en el carmelitano escapulario la Madre de ilimitada misericordia ha querido vincularnos la seguridad de su amparo y de su cariño maternal. Es que María, bajo el título del Cármen, y con la entrega de su habitillo, nos dió el vestido de primogénito para atraer sobre nosotros las bendiciones celestiales; el traje de hermosura como hijos de su predileccion; el ropaje de dignidad en prueba de lo que nos distingue; su propia librea en testimonio de afecto y para salvo-conducto en los peligros; su vestidura á la que están anejas la virtud, las gracias, los portentos. En estas ideas, oyentes, se halla envuelto el plan de mi discurso: la esplanacion de las mismas obrará el desarrollo de éste.

Reina soberana del mundo, yo os saludo con las palabras que en boca del enviado de Dios os proclamaron llena de gracia: A. M.

¿Y no sabe á fanatismo eso de vincular en el escapulario tantas gracias y tantas prerogativas? Jamás he podido comprender, oyentes, el porqué reputar fanatismo por los que se precian de hombres pensadores é ilustrados la devocion al santo escapulario, y el piadoso uso de llevarlo encima los fieles. Cuando es cosa tan conforme á la razon un hecho, que tiene mil ejemplos de analogía en la vida social y en la política la práctica del escapulario, cual la admite la Iglesia, ¿á qué venir á censurarla y aún á ponerla en ridículo en nombre de la razon y del sentido comun? ¿No son, por el contrario, el sentido comun y la razon, los hechos y las pruebas quienes apoyan la creencia de que María háyase dignado favorecernos, distinguirnos, honrarnos, manifestarnos su ternura y su afecto, entregándonos un escapulario, ó vestido, ó habitillo, ó pedazo de ropa, si así se le quiere llamar? Yo abro la primera historia del mundo, la primera y la más veraz: estudio las costumbres patriarcales de los siglos primitivos, de aquellos tiempos en que al parecer el espíritu de Dios, espíritu de santidad y de vida, se hallaba aún todo entero, si me permitís la expresion, en el hombre: entónces que Dios y la naturaleza eran los guías de éste en su conducta, eran su oráculo, eran su norma, y no esa civilizacion de que nos gloriamos, y que no sabemos en qué consiste, si atenernos debemos á la antítesis flagrante entre su definicion y lo que se dicen sus conquistas; y no esa ilustracion que brilla con la luz del fuego fátuo ó con el fulgor del relámpago; ese progreso intelectual y material, cada uno de cuyos pasos es el retroceso de mil en la senda de la moralidad; ese perfeccionamiento de la humanidad que es el refinamiento de la corrupcion. Yo me traslado, pues, á los días de aquellos hombres verdaderamente grandes, que merecieron de Aquel, que por su infinidad carece de nombre que le individualice, se complaciera en unir su nombre al suyo. El Dios de Abrahán, el Dios de Isaac, el Dios de Jacob, este es mi nombre para siempre; y este es mi memorial por generacion y generacion, decia á Moisés el Ser Supremo. Yo me introduzco en la familia de Isaac. De avanzada edad se halla el buen patriarca, ciego y postrado en el lecho que cree ser ya el de su muerte. Llama á su primogénito para que vaya á buscarle algo de caza y se lo presente despues de condimentado, á fin de que le bendiga. Óyelo la madre, y miéntras el hijo mayor ha marchado á cumplir el encargo paterno, hace vestir al menor con los vestidos más preciosos de aquél, le arregla un guisado para su padre, y le empeña á llevárselo para ser él quien reciba la bendicion de la primogenitura. Sorprendido el anciano al percibir la fragancia de los vestidos del que juzga su primogénito, toma de aquí pié para bendecirle con la abundancia y la prosperidad, con el señorío sobre sus hermanos y el dominio sobre las gentes. Por medio de un vestido atrae Rebeca la gran bendicion, prometida por Dios á la descendencia de Abrahán y que Isaac guardaba para su primogénito Esaú, sobre el hijo menor, Jacob.

Tambien al pueblo judío pertenecía, oyentes, la primogenitura en las naciones escogidas de Dios: en medio de él tiene su orígen la órden carmelitana: no obstante, al cristiano pueblo, al hijo menor entrega María el precioso vestido que ha de atraerle copiosas las bendiciones celestiales. A nosotros nos dió aquel su sacro escapulario en favor del cual, bien podemos decir con toda la extension de la palabra, se ha abierto de par en par el tesoro de la Iglesia: aquel escapulario, lo sabeis, oyentes, manantial de indulgencias por parte de los Sumos Pontífices, fuente de misericordia y de gracia con respecto á Dios, venero inagotable de los favores de María; y lo que es más, regalo de su predileccion. Efectivamente, regalo, dón del cariño maternal de María, de un amor de predileccion es su santo escapulario. Jacob, que hijo menor, había recibido de su padre por medio de las vestiduras de su hermano la bendicion de la primogenitura, despues,

entre sus muchos hijos, ama privilegiadamente al menor, y un vestido tambien es el símbolo, digámoslo así, de las caricias con que entre los demás le distingue. «Y amaba Israel á José, leemos en las Escrituras santas, sobre todos sus hijos, por haberle engendrado en la vejez, y le hizo una túnica de diferentes colores.»

Y nada más natural, oyentes, y nada más comun entre nosotros. Las alhajas, lo precioso de una familia suele ser herencia del primogénito: á Esaú pertenecía el rico y perfumado vestido. Pero los regalos del padre, un traje hermoso y de distincion son para el hijo predilecto. La linda túnica de varios colores fué para José. ¿Qué de extraño, pues, qué de impropio, en que la más cariñosa de las madres á unos hijos engendrados no en su vejez, sinó al pié de una cruz entre angustias atroces, entre dolores acerbos, diese un vestido, muestra del amor de predileccion con que entrañablemente los quiere? ¡Oh! ¡cuán tiernos son esos dones, esos regalos de cariño paternal! encierran mil consuelos y mil venturas en nuestras familias. Un padre, una madre, que regala un vestido ó una prenda de ropa cualquiera al más amable de sus hijos, al que por su docilidad, por su aplicacion, por su apacible carácter se atrae todas las simpatías y se hace digno de un especial cariño; ¿reprobareis en las familias esta práctica, efecto y orígen á la vez de dulces sentimientos? Y ¿al corazon maternal de María para con los hombres habíamos de negar ese desahogo de ternura...?

Mas si en la sociedad doméstica es un vestido á veces una señal de predileccion, en la sociedad política lo es de honor y dignidad. Ante la púrpura del Pontífice se inclinan reverentes las cabezas: la toga, las insignias militares, los distintivos gloriosos imponen atencion y respetuosidad. ¿Y quién es el que á la presencia del sacerdote, revestido con los ornamentos sagrados, y á la consideracion de lo que representa, no siente que se le doblan las rodillas? Ana, madre de Samuel, despues que le hubo dejado en el templo, empleado en el servicio del Señor, le hizo una túnica pequeña que le llevaba en ciertos dias solemnes para que se la pusiese. Era un vestido de honor, de dignidad; era un vestido sagrado. Honorífico por demás, sacro es el escapulario que nos ha dado María. Él nos hace cofrades de la Vírgen carmelitana, siervos de la Reina de los Cielos, hijos de la Madre de Dios. Él nos consagra á su culto, y nos señala con el distintivo de los que son suyos. En el escapulario serán reconocidos mis hijos y mis siervos, dijo la misma bondadosa Señora al entregárnoslo, segun referíamos arriba. Es porque ese sacro vestido es la librea de su casa;

es su propio vestido, y, por consiguiente, como una especie de salvoconducto que de Dios nos merece consideraciones, y del enemigo de nuestras almas respeto y temor.

Poseído Saul del espíritu maligno, odiaba tan encarnizadamente á David, que no buscaba sinó ocasiones para quitarle la vida. Por el contrario, su hijo Jonatás le amaba hasta tal extremo, que en expresion de las sagradas páginas, las almas de uno y otro estaban como conglutinadas; los dos hacían una sola alma en dos cuerpos. A impulsos de ese acendrado y ardiente afecto se despojó un dia Jonatás de su túnica y de sus demás vestidos, hasta de su espada, su arco y su tahalí, y lo dió todo á David. Como si aún en el vestido quisiese hacer de su amigo otro él, y evitarle de este modo alguna asechanza, tendida por su padre. ¿No veis, oyentes, aquí una figura de lo que hace María con nosotros, dándonos su santo escapulario? Nos cubre con sus propios vestidos, para que al vernos con ellos la justicia de Dios provocada por nuestras culpas, no descargue con todo su rigor sobre nosotros; para que el demonio no se atreva á acercársenos y á herirnos. ¡Oh vosotros aristarcos del sacro escapulario! si teneis corazon que sienta las dulzuras de la amistad no querais arrancar de los nuestros esta emocion de ternura. Que una persona que ama se despoje de sus vestidos para cubrir con ellos á la persona amada, ¡oh! es la prueba de un cariño tiernísimo, ardoroso... Que de este modo la salve de la muerte que tal vez le amaga, es lo aquilatado de la amistad.

Gracias por vuestro escapulario, Vírgen carmelitana: vuestro inflamado afecto á los hombres os hizo entregarnos vuestro vestido, y ¡de cuántos peligros nos hemos visto por él libertados! ¡cuántas veces nos ha arrancado quizá del mismo borde del Infierno, donde iba á precipitarnos un Dios vengador de los ultrajes que le habíamos hecho! ¡qué de auxilios, qué de amparo, qué de proteccion no le debemos en toda clase de riesgos y necesidades! Sí, oyentes, inmensos son los beneficios que debemos al carmelitano escapulario: á él están anejas la virtud, las gracias, los portentos. Torbellino de fuego arrebata á Elías del lado de Eliseo y le eleva por los aires. El profeta deja á su discípulo su manto en prenda y señal de que queda en él su espíritu, su espíritu de fervor, su espíritu de profecía, su espíritu de prodigios, que es lo que habíale él pedido. Hiere Eliseo con el manto las aguas del Jordán, y, cual poco ántes sucediera con Elías, se dividen á un lado y á otro, dejándole paso en seco. ¿Y qué es, oyentes, el manto de Elías respecto del escapulario carmelitano?

Es la imágen que figura la realidad. En la nubecilla que levántase del fondo de las aguas, precursora de la deseada vivificadora lluvia, contempla el profeta de Tesbas, está simbolizada María, la aurora de la regeneracion del mundo; en su manto, que le abre camino por entre las aguas, y que á su compañero y discípulo comunica su espíritu, el carmelitano escapulario que infunde á sus devotos el espíritu de la virtud y de la piedad, y por cuya atencion obra maravillas la derecha del Omnipotente. Por cierto que observando los cofrades del carmelitano escapulario las reglas de buena conducta y las oraciones que les son prescritas, no pueden menos de avanzar de día en día en la perfeccion cristiana: y cuando su devocion es verdadera, el Todopoderoso se complace en obrar cosas estupendas en su favor.

Que no nos responda con el sonrís del sarcasmo á los milagros, que atribuímos á la devocion del escapulario carmelitano, la incredulidad. No todo lo que refiere el vulgo, sanciona la Iglesia. Una sana razon y la buena fé no cuestionan de números y de hechos aislados: la posibilidad, aquí está el asunto. ¡Y qué! el manto de Elías divide las aguas del Jordán, ¿y al escapulario de María no podremos atribuirle virtud alguna, concedídale por Dios? Dos ó tres galones de oro, un cintajo, una banda se merece entre nosotros consideraciones de los mismos príncipes; ¿y ninguna ha de merecer delante de Dios un escapulario que, en señal de benevolencia, en prenda de proteccion y en garante de asistencia, ha dado su divina Madre á los hombres...? Si se invoca la razon y el sentido comun, séase lógico sobre todo. Fíjese la cuestion, y arguméntese con la dialéctica en la mano. La Iglesia no enseña ni nosotros decimos, que el escapulario carmelitano, en su ser material ó formal, ó sea en su cualidad de cierto género de ropa ó bajo tal determinada forma, encierre un poder taumatúrgico.—No se nos suponga tan faltos de raciocinio ni aún de sindérisis religiosa.—Lo que nosotros sostenemos, conformes en un todo con la doctrina de la que levantada ha sido por Dios columna de la verdad, es, que por consideracion al escapulario, esto es, á una prenda de su proteccion que la Reina de los cielos ha dado á los mortales, puede el Omnipotente obrar maravillas. ¿Qué hay aquí de contrario á la razon y al sentido comun? ¿Se opone acaso al sentido comun y á la razon el que en una prenda de vestuario, y aún solamente en un mero adorno, estén vinculados entre nosotros el honor, la distincion, la gloria, y que por su respeto, los que tales símbolos usan, sean acreedores á nuestros respetos y hasta á las consideraciones y larguezas por parte de los mismos soberanos? De objetos de

traje se cuestiona, y cabalmente el traje es el gran principio de distincion en la sociedad. Por el traje se distingue el sacerdote del laico, el militar del paisano, el hombre en posicion del hombre del vulgo; y hasta el individuo se distingue de sí mismo, esto es, de cuando ejerce su ministerio público á cuando se confunde con el pueblo. Pues entónces ¿por qué tanto contradecir que una prenda de vestido pueda ser un distintivo de piedad, una señal particular de servidor y devoto de María? Háyase en cuenta, que cuanto pertenece al vestuario, si no sirve de necesidad para el abrigo, ó como un objeto de lujo ó elegancia, no es más que un emblema ó significacion de la clase, condicion ó categoría que entre los demás se ocupa. Como emblema, pues, tenemos igualmente nosotros el escapulario: un emblema de adhesion, homenaje, culto especial á la Reina de los Cielos, bajo una advocacion caracterizada.

Y no se nos impute que del uso de ese emblema hagamos depender la predestinacion de los fieles. La Iglesia no enseña, repetiré con mis palabras de ahora no hace mucho, ni nosotros decimos, que baste el llevar encima el escapulario para salvarse.—No se nos suponga, séame permitido repetirlo, tan faltos de raciocinio y aún de sindérisis religiosa.—Acerca de la relacion que entre la predestinacion y el uso del escapulario existe, nosotros nada más avanzamos que lo que se dignó aseverar la misma Reina de los Cielos. En él, recuérdese que estas fueron sus palabras al dar el escapulario al virtuoso Stock, te entrego una señal de predestinacion y una como escritura de paz y alianza eterna, miéntras que la inocencia de la vida corresponda á la santidad del hábito. Las expresiones son harto perspicuas, *y al alcance de todos para que necesiten comentarios*. Ahí está pues, oh vosotros que afectais duda ó acudís al epígrama, cuando del escapulario se trata: ahí está lo que, si os cuadra el nombre, podeis llamar su teoría. ¿Qué de repugnante á la razon y al sentido comun puede tildar en ello la crítica más severa y exigente? Nada por cierto, oyentes, una crítica justa y racional: la incredulidad tan solo, un fanatismo irreligioso, este es el que aguza su lengua satírica contra la devocion al santo escapulario. Se invoca por una inexplicable antífrasis la razon y el sentido comun, y la iniquidad, como suele, se miente tambien aquí á sí misma, segun la expresion del Salmista: el sentido comun y la razon confunden á los detractores.

Que vuestro entusiasmo por el santo escapulario crezca, pues, cada dia más, amados míos. Que ni de dia ni de noche deje de ser como un antemural de vuestro corazon contra toda especie de peli-

gros, así de cuerpo como de alma. Si la impiedad os pregunta con maliciosa curiosidad qué significa el escapulario, respondedle que es una prenda del cariño y de la proteccion de María. Si se chancea del aprecio en que le teneis, y de la gloria que poneis en llevarlo encima, replicadle que el militar se honra en sus galones y entorchados, y el magnate en sus cruces y toisones. Si insiste en inquirir de qué sirve y cuál es su utilidad, decidle que por respecto de él el Omnipotente obra maravillas grandes, y la Soberana del Empíreo dispensa beneficios en abundancia á los que le usan.

¡Gloria á vuestro escapulario, Vírgen carmelitana: eterno reconocimiento á vuestra inmensa bondad que con él ha querido favorecernos! Seamos por vuestro escapulario reconocidos ante Dios por vuestros siervos é hijos. Tengámosle como á un distintivo de honor á la faz de todo el mundo. Abroquélenos contra los tiros de nuestros enemigos visibles é invisibles, vístanos de virtudes, adórnenos de la inocencia, cúbranos con vuestra proteccion, y cúmplase en nosotros que es señal de predestinacion y garante de la bienaventuranza. Amen.

NUESTRA SEÑORA DEL CÁRMEN.

DISCURSO III.

Statuam pactum meum inter me, et te, et inter semen tuum post te fœdere sempiterno.
Estableceré entre los dos mi pacto, y haré con vuestros hijos una alianza, que permanecerá para siempre.
(Gen. XVII, v. 7.)

Si haciendo el elogio de la Santísima Vírgen, y hablando de los hijos del monte Carmelo, me sirvo sin detenerme de las palabras consoladoras con que Dios habló en otro tiempo al padre de los creyentes, sin duda es porque sin creer á todo espíritu como aconseja el Apóstol, miro con desprecio aquella crítica orgullosa que llama al injusto tribunal de su capricho la célebre aparicion, en que los hijos de los profetas, los ángeles del Carmelo recibieron de mano de María ese hábito de salud, esa librea de justicia, para vestirse ellos mismos y comunicarlo al resto de los fieles, como expresion de su benevolencia, defensa en los peligros, señal de salvacion y prenda segura de una alianza, de una paz, de una union indisoluble y eterna.

¡Pues qué! ¿no insultaría yo á María en el trono de sus glorias, no mancharía el brillante honor del respetable Orden del Cármen, no haría notorio agravio á vuestra piedad, y, por decirlo de una vez, no sería acreedora mi presuncion á la justa reconvencion que hacía Job á sus amigos: *Muchas veces he oido esas mismas cosas... ¿Cuándo tendrán fin esas palabras?* (1), si por un solo momento dudase de esta verdad? Ella ha sido confirmada desde su cuna con sucesos milagrosos, cuya memoria ha conservado á la posteridad una nube de testigos fidedignos: ella está marcada con el cuño de la Esposa del Cor-

(1) Job. XVI, 2 y 3.

gros, así de cuerpo como de alma. Si la impiedad os pregunta con maliciosa curiosidad qué significa el escapulario, respondedle que es una prenda del cariño y de la proteccion de María. Si se chancea del aprecio en que le teneis, y de la gloria que poneis en llevarlo encima, replicadle que el militar se honra en sus galones y entorchados, y el magnate en sus cruces y toisones. Si insiste en inquirir de qué sirve y cuál es su utilidad, decidle que por respecto de él el Omnipotente obra maravillas grandes, y la Soberana del Empíreo dispensa beneficios en abundancia á los que le usan.

¡Gloria á vuestro escapulario, Vírgen carmelitana: eterno reconocimiento á vuestra inmensa bondad que con él ha querido favorecernos! Seamos por vuestro escapulario reconocidos ante Dios por vuestros siervos é hijos. Tengámosle como á un distintivo de honor á la faz de todo el mundo. Abroquélenos contra los tiros de nuestros enemigos visibles é invisibles, vístanos de virtudes, adórnenos de la inocencia, cúbranos con vuestra proteccion, y cúmplase en nosotros que es señal de predestinacion y garante de la bienaventuranza. Amen.

NUESTRA SEÑORA DEL CÁRMEN.

DISCURSO III.

Statuam pactum meum inter me, et te, et inter semen tuum post te fœdere sempiterno.
Estableceré entre los dos mi pacto, y haré con vuestros hijos una alianza, que permanecerá para siempre.
(Gen. XVII, v. 7.)

Si haciendo el elogio de la Santísima Vírgen, y hablando de los hijos del monte Carmelo, me sirvo sin detenerme de las palabras consoladoras con que Dios habló en otro tiempo al padre de los creyentes, sin duda es porque sin creer á todo espíritu como aconseja el Apóstol, miro con desprecio aquella crítica orgullosa que llama al injusto tribunal de su capricho la célebre aparicion, en que los hijos de los profetas, los ángeles del Carmelo recibieron de mano de María ese hábito de salud, esa librea de justicia, para vestirse ellos mismos y comunicarlo al resto de los fieles, como expresion de su benevolencia, defensa en los peligros, señal de salvacion y prenda segura de una alianza, de una paz, de una union indisoluble y eterna.

¡Pues qué! ¿no insultaría yo á María en el trono de sus glorias, no mancharía el brillante honor del respetable Orden del Cármen, no haría notorio agravio á vuestra piedad, y, por decirlo de una vez, no sería acreedora mi presuncion á la justa reconvencion que hacía Job á sus amigos: *Muchas veces he oido esas mismas cosas... ¿Cuándo tendrán fin esas palabras?* (1), si por un solo momento dudase de esta verdad? Ella ha sido confirmada desde su cuna con sucesos milagrosos, cuya memoria ha conservado á la posteridad una nube de testigos fidedignos: ella está marcada con el cuño de la Esposa del Cor-

(1) Job. XVI, 2 y 3.

dero, la que en el modo más solemne la bendice, la alaba con los términos más expresivos; y la recomienda á sus hijos, los convida, los insta á adornarse con esta santa divisa; y para atraerlos más eficazmente, derrama sobre ellos todos los tesoros de la divina misericordia: ella está recibida unánimemente en el órbe cristiano por gentes de todas clases, de todos estados, de todas edades, que en el espacio de más de seiscientos años han solicitado alistarse bajo las banderas de María, y vestir su precioso hábito.

Digo pues que vosotros sois, afortunados carmelitas, la generacion escogida, el pueblo santo, la herencia de eleccion, con quien ha celebrado María la más magnífica y solemne alianza. Si yo pretendo hablaros de este pacto de misericordia, no es por mostraros los distintivos de la verdad que le ponen á cubierto de la ilusion y del engaño: penetro á buena luz vuestra deferencia al culto religioso que nos ha congregado. Solo quiero instruiros en el fondo de esta alianza, en las ventajas de esta alianza, y en las condiciones de esta alianza. Quiero daros á conocer los caractéres que la distinguen, los bienes que trae consigo, y el modo de haceros dignos de ellos. ¿Por ventura podría yo elegir asunto más á propósito para estimular vuestra piedad? Ello es que en toda alianza debemos advertir el sugeto que la celebra, la utilidad de los efectos que produce, y las condiciones que prescribe; y á estos tres respectos mirará mi atencion: mostrando para vuestro consuelo, que en esta alianza, con respecto á su autor, resplandece la magnificencia; que con respecto á sus efectos, es infinitamente ventajosa; y con respecto á las condiciones que prescribe, nada tienen que no sea interesante. Magnífica en sí misma, útil en sus efectos, interesante en sus condiciones. La Madre de Dios es quien ha celebrado con el Carmelo esta alianza: en esto consiste su magnificencia, y es la primera proposicion. Todas las bendiciones del Cielo os vienen con esta alianza: esta es la utilidad que os resulta, y la segunda proposicion. Las condiciones que prescribe esta alianza son muy á propósito para obrar nuestra santificacion: este es nuestro interés, y la tercera proposicion. Solo resta saludar á la Santísima Vírgen: A. M.

La idea más lisonjera con que pensó Moisés atraer así la expectacion del pueblo de su cargo, fué recordarle que el Señor le había escogido para que fuese su pueblo y su herencia peculiar. ¿Y no es esto lo mismo que ha hecho María con los carmelitas, cuando los ha escogido para que sean sus domésticos y aliados? Aplicaos, pues, á

descubrir el sello de magnificencia con que está marcada esta obra. Examinad la grandeza de quien la hace, penetrad la esplendidez con que la hace, y descubrireis en esta alianza, por parte de su Autor, una magnificencia de grandeza y liberalidad que forma el fondo de vuestra gloria, y os eleva sobre el resto del pueblo cristiano. Magnificencia de grandeza: ¿el que hace esta alianza, no es el personaje más digno de nuestros respetos despues de Dios? Magnificencia de liberalidad: ¿el amor y la benevolencia han omitido alguna cosa para exaltaros por medio de esta alianza? Se trata de vuestra gloria, y esto basta para merecer de vosotros una atencion toda nueva. La Santísima Vírgen es quien ha celebrado con vosotros esta alianza. ¿Y quién es esta Señora? Apelo á vuestro testimonio, queridos cofrades. Cuando entrasteis en la sociedad del santo monte Carmelo, y escribisteis vuestro nombre en el libro de sus aliados, ¿no la mirabais ya como la obra principal del Criador, la más grande, la más excelente, y la más digna de nuestros homenajes? Esta es la idea que nos inspira la Iglesia, y querer formarse otra es una temeridad insolente. Los padres griegos y latinos nos la representan como una efusion brillante del esplendor del Eterno, cuya belleza no puede oscurecer ninguna mancha: como una criatura á quien el Hombre Dios dió un capital de gracia y de gloria, que no han recibido los ángeles y los justos.

Pues bien: la incomparable María fué la que dió el santo escapulario al general del Carmelo, S. Simon Stock, quien preocupado en sus propias desgracias lloraba las de su Órden, el cual, aunque muy célebre y antiguo en el Oriente, era el objeto de las zumbas en el Occidente. ¡Ah! ¡Dias de trabajo y de amargura, vosotros os mudasteis repentinamente en dias de paz y de alegría! No se destina un ángel del Señor para consolar á Stock, María misma se presta á sus votos y gemidos, y le asegura la permanencia de su Órden, y que Ella misma cultivará las sociedades desiertas, hasta verlas cercadas por la multitud de los que irán á buscar asilo en ella; y sin esperar á que Simon le pida una señal sensible de que Ella es quien le habla, alarga su mano bienhechora, le entrega el santo Escapulario, diciéndole: Recibe, hijo mío muy amado, este hábito de que hago donacion á tí y á toda tu Órden; por él sereis conocidos por mis confederados y hermanos. Es señal de predestinacion, de paz y de un contrato eterno. El que tuviese la dicha de morir con esta señal de mi amistad no será víctima del fuego eterno. ¡Qué gloria, qué honor, ser aliados de una Reina, cuya grandeza tiene tantos caracte-

res que la distinguen! Se glorían en el siglo de la amistad con los grandes; las alianzas que se contraen con ellos, lisonjean sumamente la ambicion; y llega el hombre á persuadirse que el barro de que se forman los cuerpos, y que es estiércol en casa de los plebeyos, viene á ser oro en la casa de los grandes. Dejemos desde luego á los amadores del siglo esa frívola vanidad que nos engaña con su fraudulenta brillantez. Nuestra gloria estable y verdadera consiste en ser aliados, domésticos y amigos de María, y esto es lo que nos eleva y engrandece sobre el resto de los fieles. Esta es la idea que se han formado personajes de todas clases, que han hecho y hacen gloria de alistarse en esta santa milicia.

No se contentó María con asegurar á los hijos del Carmelo que estaría con ellos y velaría por sus intereses, sinó que ha querido distinguirlos entre sus domésticos, y hacerlos como capitanes generales de los varios escuadrones que se someten á su dominacion; pudiendo así gloriarse los carmelitas, de que no ha hecho María con otros lo que con ellos. ¿Con qué otro se ha explicado con mano más abierta? ¿Qué ha dejado de hacer á favor de los carmelitas? En fuerza de esta alianza les ha dado el sér más glorioso, los engendró espiritualmente, y ha venido á ser su Madre en un modo muy particular. Y aunque esta adopcion es comun al resto de los fieles, se aplica con un extraordinario privilegio á los hijos del Carmelo, devotos distinguidos entre todos los devotos, Benjamines amados con preferencia entre los hijos de Jacob. Y sinó decidme; ¿en qué consiste que esta Mujer, verdaderamente fuerte, haya tomado tanto empeño en dar á conocer á los carmelitas que se haya encargado hasta de su vestido? Vosotros vendreis á convenir conmigo, en que quiso darles la prueba más auténtica de su cariño y de su especial maternidad. Si Dios vistió al primer hombre despues de su caída, fué para mostrarle que le amaba con la ternura de padre. Y esta fué la señal con que mostraron todo el fondo de su amor y la predileccion con que miraba Jacob á José, Ana á Samuel, y el Padre de familias al Pródigo del Evangelio. Y si proveer de vestido los padres á los hijos es expresion de su amor, ¿es necesario añadir otra cosa para manifestar, que, los carmelitas son los hijos primogénitos de María, hijos por un doble título, hijos que gozan de una filiacion que, á su modo, tiene los privilegios de natural, ó, á lo ménos, los sumos Pontífices se han explicado en términos tan expresivos, que parece no pueden convenir sinó á los hijos por naturaleza? ¿Y hay algo que añadir? Si por cierto. Oid como discurro: si el vestido es la expresion de la ternura

y benevolencia de las madres, cuanto más precioso es el vestido, tanto más liberales son las entrañas amorosas que le han dado. Y este es sin duda el brillante carácter del hábito del Cármen. Vestido de hermosura que tejió la Mujer de los Proverbios: vestido con que se adorna la embelesadora Sion en los días de su triunfo: vestido de gloria, que anuncia el mérito del que le lleva: vestido tan magnífico, que solo pudieron labrarle las manos de María. Así se explican los Teófilos, los Granadas, los Cartagenas, los Brobios, los Marcancios. El catálogo de mil sábios que han prevenido mi pensamiento, me robaría el tiempo en que debo hablar de otro rasgo de la magnificencia generosa de María. ¿Y cuál es? haber honrado á los carmelitas con su propio nombre. Lo dicen en monumentos auténticos Adriano V y Leon X. ¿Y á qué fin sinó para manifestar, que ha explicado con magnificencia á favor de esta familia su poder, su gloria y su ternura? Ha querido que sean conocidos por su nombre, y que como el legislador de Israel, por él sean respetados de todas las tribus y naciones. Es necesario convencerse que han sido honrados hasta el exceso los amigos de María. Vosotros, afortunados hijos de Elías, aplicaos á penetrar el fondo de vuestra elevacion. Examinad el orígen de vuestro pacto, y la mano que lo firmó, y engrandeced á María que os ha elegido por su pueblo en fuerza de una alianza magnífica por parte de su autor, é infinitamente ventajosa con respecto á sus efectos.

¿Os pretendo engañar prometiéndoos más del amor de María? ¡Ah! Que su amor, semejante á un vaso que no puede contener el precioso licor, se derrama por todas partes, ha traspasado los límites ordinarios para con esta dichosa generacion: á las glorias con que la ha elevado ha añadido una mediacion salvadora y muy particular. Mediacion que ofrece á los carmelitas los socorros necesarios para evitar los peligros que impiden una suerte dichosa: mediacion que les asegura una suerte feliz. Escuchad vosotros á quienes vuestra flaqueza ha acobardado, y quizá inducido alguna vez á desesperacion, oid y consolaos. Y no espereis que en el día de vuestra alegría os pinte nuestra flaqueza con sus propios colores: el corazon demasiado elocuente dá un testimonio irresistible de que necesitamos un protector de poder y de bondad, que tome á su cuenta nuestros intereses, y que éste para los carmelitas es la Santísima Vírgen en un modo muy particular. Ella ha empeñado su palabra por una solemne promesa, de ser para los que visten esta santa librea su estrella, su guía, su defensa en los peligros de su eterna salvacion. ¿Y qué le falta para

cumplir su palabra? ¡Ah! nada le es imposible en el Cielo y en la tierra. Añadid á su valimiento su amor y voluntad de socorrernos; Ella nos ama con un amor generoso, valiente, invencible, magnífico, pródigo, si me es lícito decirlo así. Solo espera que imploremos su favor. ¿Qué digo, espera? Se adelanta á nuestros deseos y previene nuestra voluntad. ¿Y podremos dudar de que nos ama?

Pues bien: si se interesa tanto por los hombres por haberlos tomado bajo una proteccion general, ¿se mostrará indiferente con aquellos á quienes ha obligado su palabra? María, fiel á sí misma y á sus aliados, emplea á favor suyo toda la extension de su poder, todos los artificios de su amor, á fin de encaminarlos por los senderos de la verdad, y romper las redes que impiden la consecucion de un fin dichoso. ¿Cuántas veces, como la prudente Sara, ha expelido de la casa de estos hijos de su amor las Agares y los Ismaeles, que eran piedra del escándalo? ¿Cuántas veces, como aquella otra sábia mujer que salvó á Nabul de la furia de David, los ha libertado de una mano asesina, que hubiera impedido un fin dichoso? ¿Cuántas veces, como la hija de Faraon, ha sacado á estos Moiseses de los furiosos torrentes de la tentacion? ¿Cuántas veces los ha libertado del frio de la tibieza, del fuego de la lascivia, del rayo de la ira, del relámpago de la vanidad, de las asechanzas del demonio, acobardado á vista de ese vestido doble que ha dado á sus domésticos? María, la grande María es para los carmelitas el tabernáculo donde se esconden de la furia de sus enemigos, la trinchera donde se reparten los despojos de Samaria y Damasco, que Ella les ha ganado. Y para que no dudasen de los desvelos de su amor y de la firmeza de su palabra consoladora, hé aquí, le dice á su siervo Simon, este hábito que te entrego, como señal que asegura mi proteccion. Así lo hizo Samuel con Saul. Había derramado sobre su cabeza la sagrada uncion, y le había asegurado que el Señor le había escogido para rey de su pueblo: esto lo conocerás, le dice, por esta señal: *Hoc tibi signum* (1). Así lo hizo Isaías por órden de Dios con un rey de Judá. No temas, Ezequías, le dice, no entrará en tu ciudad Senaquerib; el Señor te ha tomado bajo su proteccion, y hé aquí la señal de que es verdad lo que te digo: *Tibi hoc erit signum*. Algo más grande es lo que asegura María á los carmelitas; aquellos rocíos del Cielo que humedecen la sequedad del corazon, aquellas bendiciones de dulzura que compungen el espíritu, aquellas luces que destierran las nubes de la ignorancia, aquellas

(1) I Reg., 10.

lluvias de gracia que inundan, que fecundan, que ablandan, que consuelan; y el hábito que llevais es la señal de esta verdad. No temais las espinas que punzan al desgraciado hijo de Adán: no os asusten vuestros enemigos: los dardos de Senaquerib no entrarán en vuestro corazon, y este escapulario es señal de lo que os digo. Y en la hora de la muerte aliviará vuestros dolores, suavizará los trabajos, templará las convulsiones de la agonía: como iris de paz disipará vuestros temores: como Judith llenará de confusion al demonio: como la mujer de Tecue moverá con palabras de sabiduría el corazon del Eterno: como Rebeca os procurará la eterna bendicion; y como Betsabé os conducirá hasta sentaros en el trono de Aquel, que es más grande en su gloria que Salomon. Ella os ha elegido en fuerza de una alianza magnífica por parte de su Autor, infinitamente ventajosa en sus efectos, é interesante en las condiciones que prescribe. Veamos cual es la proporcion que éstas nos ofrecen para obrar nuestra santificacion.

Venid, queridos hermanos, subamos al monte del Señor, á ese monte de donde, como de Sion, ha salido la ley que asegura las promesas de María. Y ¿qué ley es ésta? ¿Qué condiciones prescribe? Voy á decirlas: que lleveis el santo hábito de María: que observeis los ayunos de la Iglesia, y la abstinencia los miércoles del año: que guardeis la castidad propia de vuestro estado, y rezeis cada día siete Padre nuestros con siete Ave Marías. En el cumplimiento de estas condiciones consiste que llenemos las esperanzas de María, y seamos admitidos á su alianza. Y en ellas ¿qué hay que no sea interesante? Por una parte, nos ofrecen poderosos motivos para desempeñar las obligaciones esenciales que hemos contraido con Dios; y por otra, la copiosa abundancia de bienes espirituales que sostienen nuestra flaqueza. Veámoslo. La obligacion principal del cristiano es, ofrecer á Dios sacrificios de adoracion, de alabanza, de sumision, y cumplir exactamente la ley, y á esto nos excitan puntualmente las condiciones de esta alianza. Si nos dirigimos á Dios por la oracion dominical y la angélica, le ofrecemos el sacrificio de nuestro espíritu; por el ayuno, abstinencia y castidad le ofrecemos el sacrificio de nuestro cuerpo; y si llevamos el santo escapulario dignamente, llenamos la plenitud de la ley.

Ello es claro que cuando unimos al corazon nuestros lábios para invocar á Dios con el *Padre nuestro*, se excita nuestra fé, se fortalece la esperanza, se acalora la caridad, y todo el hombre espiritual se mueve y eleva al Cielo por aquellas maravillosas ruedas y resortes donde el espíritu hace sus operaciones. Entónces ofrecemos un sa-

crificio de adoracion á Dios criador, fuente y principio de todo dón perfecto: á Dios redentor, á quien atribuimos el honor, el poder, la bendicion y la gloria; á Dios glorificador, que premia nuestros méritos, coronando sus propios dones. Le ofrecemos un sacrificio de alabanza, confesando que la grandeza y elevacion de María es obra de su diestra, que así quiso engrandecerla para que fuese su digna habitacion. Le ofrecemos un sacrificio de sumision arrojándonos á los brazos de su amorosa providencia. Por el ayuno, castidad y abstinencia ofrecemos el sacrificio de nuestra carne, y es lo que ordena María para instruirnos en el arte de vencer en las luchas del espíritu, y para que venzamos con fruto y sin trabajo esa ley de pecado que nos tiraniza, ese ángel de Satanás que nos mata. Obligacion desde luego interesante, y no lo es ménos la de llevar esa señal de honor con que somos conocidos por aliados de María. Ella nos estimula al cumplimiento de la ley. El ephod, ó espaldar, que se mandaba llevar al sumo Sacerdote en la antigua ley, era un recuerdo de lo que Dios mandaba; y segun la intencion de María, este mismo es el fin del santo escapulario. Llevarle sobre el pecho solo es el cuerpo de esta condicion: su espíritu es vestirse de Jesucristo y de María, dirigirse á Dios por las virtudes de esta soberana Vírgen. Traerle sobre un cuerpo delincuente es simular que sois aliados de María, é intentar engañarla. Llevarle sobre un corazon dominado de los vicios, es aparentar la piel de una oveja dócil, y ser en el fondo del alma lobos carniceros. Estos son desertores de la milicia de María, la escoria y el oprobio del Carmelo. No, queridos hermanos, nó: esa señal os estimula á la pureza de costumbres, y á imitar á María, segun lo permite la condicion y el estado; por eso os exhorto en Jesucristo á que la grabeis en vuestro corazon; á que sea precursora de vuestros pasos; vuestra centinela cuando durmiereis, hablando con la Santísima Vírgen cuando veleis.

Y no os acobardeis al oir estas condiciones. María franquea una abundante copia de bienes espirituales que robustecen nuestra flaqueza. No pienso acalorar la idea que ya habeis concebido del derecho en que entrais á la especialísima proteccion de María. Voy á hablar de las indulgencias concedidas á vosotros con tanta profusion, y de los méritos del célebre Órden del Cármen, donde María os permite entrar la mano. No es fácil señalar el número de indulgencias con que los Vicarios de Jesucristo han enriquecido á los cofrades del Cármen: hablar de algunos en particular sería rebajar el mérito de mi asunto. La historia, fiel depositaria de los sucesos, apénas habla

de algun sucesor de Pedro que no haya hecho á los carmelitas aquel dulce convite de Dios por Isaías: los que teneis sed, venid á las aguas; los que no teneis dinero, venid á comprar de balde el vino y la leche. Con estos socorros María os dá ojos para ver, manos para obrar, piés para buscar vuestro bien. ¡Qué estímulos, qué alicientes para empeñarnos en el cumplimiento de esta ley de clemencia que ha impuesto María á sus aliados! Nuestro interés nos obliga; pues en su desempeño se afianza la promesa de María, que el que muriere con esta santa divisa, no será víctima de las eternas llamas. Realicemos el título que tenemos de hijos de María, y entremos con generosidad en la alianza que Ella ha celebrado con nosotros; magnífica por parte de su Autor, infinitamente ventajosa en sus efectos, é interesante en las condiciones que prescribe.

Vos la establecisteis, Vírgen santa, por un efecto de vuestras misericordias: prosperad vuestra obra: derramad la gracia de fortaleza sobre los corazones débiles, de ternura sobre los corazones duros, de terror sobre los corazones insensibles, de consuelo sobre los corazones tímidos, de resolucion sobre los corazones cobardes, de resurreccion sobre los corazones muertos, para que seamos fieles á vuestro amor, á vuestra ley y á vuestro pacto, y dignos de la eterna bienaventuranza. Amen.

NUESTRA SEÑORA DE LA CINTA.

Vocabo servum meum; cingulo tuo confortabo eum, et potestatem tuam dabo in manu ejus, et erit quasi pater habitantibus Jerusalem, et domui Juda.

Yo llamaré á mi siervo, y le adornaré con tu cinturon, y en sus manos pondré tu autoridad, y él será como padre para los moradores de Jerusalén, y para la casa de Judá.

(Isai. XXII, 15 et seq.)

Todo es misterioso en la Sagrada Escritura. Palabra de Dios dirigida al hombre le recuerda la historia de su dignidad primera, le descubre el abismo á que se precipitára en su ruina, y le señala los medios de elevarse de nuevo á la altura en que Dios lo quiere; á ser una verdadera imágen y semejanza de Dios, un hijo suyo, participante de su misma naturaleza, y heredero de su gloria. Por ello todas las palabras, todos los símbolos y figuras del libro santo convergen á un solo punto: á Jesucristo, que es el fin de la ley, el primogénito de los hermanos, el tipo y el modelo de la humanidad, el regenerador del mundo, el nuevo Adán, en cabeza de quien han de ser bendecidas todas las generaciones. Su santidad y su grandeza divina, su sacerdocio, su mision y el resultado de ella: hé ahí, señores, el compendio del sagrado libro. Pero observad, que al lado de Jesucristo en todos esos símbolos y figuras aparece siempre la Vírgen. Asociada eternamente por Dios á la mision de su Hijo, es inseparable de Él: y como lo había de ser en la carrera de los hechos, en el sacrificio y en la gloria, lo es tambien en los anuncios. La primera promesa del Criador, que viene á endulzar la amargura de los pecadores del paraiso en su desgracia, les presenta ya en el horizonte de la esperanza á una mujer, á María: y si desde allí en adelante formamos dos líneas

paralelas de sucesion en los personajes del antiguo Testamento, veremos á Jesucristo descender de Adán por los Patriarcas, los Reyes y los Profetas, que en su frente llevan un rayo de la luz de Aquel á quien figuran; á María descender de Eva en la línea de las mujeres más célebres y de las heroinas, que ostentan tambien en su frente un rayo de luz de la Vírgen reparadora. Donde se espera un Salvador, y lo espera todo el mundo, donde se descubren sus caracteres, y se les descubre do quiera, allí se espera á María, allí se descubren su grandeza y su mision.

Ahora bien: entre las palabras más bellas y más expresivas sobre Jesucristo, llaman la atencion las de Dios por boca de Isaías, que he citado al principio. El sacerdocio de los judíos, rechazado en la persona de Sobna, y el sacerdocio de Jesucristo, anunciado en la de Eliacim, es lo que ven en ellas los sagrados intérpretes. Su santidad representada en la túnica y cíngulo sacerdotal, su mision y sacerdocio en la autoridad de pontífice, su influencia y su reino en su carácter paternal. Siguiendo pues la idea de que María está siempre al lado de Jesucristo, la encontramos tambien en estas palabras, que, en un sentido acomodaticio, me atrevo á poner en boca del Eterno Padre como dirigidas á su Hijo, al darle desde la eternidad por compañera en su mision á la Santísima Vírgen. Yo llamaré á esta criatura privilegiada, y la vestiré con la túnica de tu santidad, y la fortaleceré con el cíngulo de tu gracia: yo pondré en sus manos tu potestad para que sea tu cooperadora en la redencion del mundo: yo haré que sea madre de los habitadores de Jerusalén y de la casa de Judá, sentándola á tu lado en el Reino. El cumplimiento de estas palabras en María es lo que vamos á examinar. Venid los que sois sus amantes, venid y ved los prodigios que Dios ha obrado en María, con María y por medio de María; porque en Ella, con Ella y por Ella ha querido Dios realizar sus grandes obras. Venid en especial vosotros los hijos de Tortosa, que tanto debeis á la Santísima Vírgen desde el día en que, acompañada de ángeles y de los príncipes de los apóstoles, bajó del Cielo y entró en vuestro templo, y os dió en testimonio de amor el precioso dón de su santa Cinta. Yo me complazco, y mi alma siente un entusiasmo santo al veros agrupados en torno del altar de María. ¡Oh, que es bello espectáculo el de una generacion, que atravesando por entre las falanges de la impiedad que mentidas teorías y revoluciones azarosas nos legaron, dá al mundo, y á los ángeles y á los hombres un testimonio auténtico de su fé y su religion! No es posible dudarlo: la devocion á la santísima Vírgen

forma el carácter de nuestro siglo, y se presentará siempre á la admiracion del mundo como el medio escogido por el Eterno, para salvar á la sociedad del abismo á que quisieron lanzar los filósofos y los indiferentistas. ¡Ojalá que con mis palabras logre yo arraigar más y más en vuestros corazones esta devocion! Pidamos esta gracia por intercesion de la misma Vírgen: A. M.

Le vestiré de tu túnica: hé ahí la primera palabra de Dios por Isaías: ella nos conduce desde luego al exámen de los prodigios que el Señor obró en María. Hay, señores, para el hombre, un momento rodeado de oscuridad misteriosa que se esconde á las investigaciones de la ciencia: el momento en que al formarse el cuerpo en el seno de la madre, Dios le infunde el alma. Momento comparable solo al en que Dios dijo: sea hecha la luz, y la luz fué hecha, ó al en que infundiendo en Adán espíritu de vida, fué hecho en ánima viviente (1): momento que abre al hombre las puertas de la vida, y dá á su alma el principio de una existencia que no acabará jamás. Pero ese momento tan bello, de esperanzas tan halagüeñas, es, á la vez, el principio y la fuente de todas sus miserias. Nace el hombre á la vida natural, y nace á la muerte espiritual; nace á gozar de los encantos de la naturaleza, y nace privado de los atavíos de la gracia. El hombre es concebido en pecado, lleva la corrupcion en su seno. La miseria, la lucha de las pasiones con la razon, la concupiscencia, el pecado son los frutos de esa raíz de muerte; y habiendo sido criado para formar las delicias de Dios, que en él viera su imágen, se presenta de tal modo, que el Señor se ve como precisado á apartar de él sus ojos hasta que su gracia le restituya en el bautismo toda su belleza. Hé ahí como nacemos todos: hé ahí lo que es todo hombre.

Pero he dicho mal, oyentes. Hay una criatura privilegiada, que fué libre de esta corrupcion general, que fué exenta de esa ley, y á quien dijo el Señor en el primer instante de su vida: no temas, hija mía, que esta ley no fué dada para tí (2). Esta criatura es María. María, que en su primer instante aparece tan hermosa á los ojos de Dios que le hace exclamar: Eres toda hermosa, amiga mia, y mancha no hay en tí (3). Tal es el primer prodigio obrado por Dios en María: su concepcion en gracia. Y no podía ménos de ser así. Asociada

(1) Gen. II, 7.
(2) Ester XV, 13.
(3) Cant. IV, 7.

por Dios á Jesucristo, destinada á reparar con Él las ruínas que causó el pecado, debía estar libre de todo pecado, para ser como el principio de la regeneracion de la humanidad y el tipo de la humanidad regenerada. Yo, dice el Señor á su Hijo, la llamaré de la nada, y la vestiré de la túnica de tu santidad, y aplicándole los méritos previstos del que debía nacer de Ella, que eran ya reales delante de Dios, la santificaré como á su tabernáculo en el amanecer de su existencia (1).

¡Cuán hermosa es María en este instante! Yo no encuentro para expresarlo otras palabras que las del ángel: Dios te salve, llena de gracia (2). En Jesucristo está la plenitud de la gracia y de la santidad (3); y de esta plenitud es vestida María ántes que otra criatura y sobre todas ellas. Dios, porque la ama, la predestina y la hace inmaculada, y la embellece con su gracia. Pero esto no es más que el principio, la base de los prodigios de Dios en María: el complemento de ellos es la Maternidad.

Yo la ceñiré con tu cinturon, y con ello la robusteceré, dice el Señor, para que á su vez pueda ceñirte encerrándote en su seno. María es madre de Dios. Para que así sea, el Señor coloca en ella todos los atavíos de su gracia, simbolizados en la cinta de oro matizada de plata, que en el sagrado cántico se promete á la esposa (4): para que así sea, el Espíritu Santo desciende sobre Ella y la virtud del Altísimo la cubre con su sombra (5); y el Señor la sostiene con su izquierda, miéntras la rodea con su derecha (6). Para que así sea, suspende las leyes de la naturaleza, y en las entrañas de una Vírgen, sin dejar de serlo, toma carne y se hace hombre el mismo Dios. ¡Qué prodigio, señores! Al vislumbrarlo Jeremías, exclama lleno de admiracion: El Señor ha criado una cosa nueva sobre la tierra: *La Mujer*, la mujer por excelencia, rodeará, ceñirá en su seno *al Varon* (7). ¡Qué dignidad, señores, la de María! ¡Madre de Dios! ¿Quién podrá medir la longitud y latitud, la altura y profundidad de esta palabra? ¿Quién sondeará el abismo de grandeza que en ella se encierra? Nadie, señores. Es una grandeza única, es exclusiva de María. Así como no hay más que un Dios, así tampoco hay ni puede haber más

(1) Psalm. XLV, 5.
(2) Luc. I, 28.
(3) Joann. I, 14.
(4) Cant. I, 10.
(5) Luc. I, 35.
(6) Cant. II, 6.
(7) Jerem. XXXI, 22.

que una Madre de Dios. El Padre eterno ama tanto á María, que quiere, por así decirlo, elevarla hasta Él, haciendo que la llame Madre su mismo Verbo á quien engendra Él de toda la eternidad entre el esplendor de los santos. ¿Quién á vista de tamaña grandeza no se humilla y encoge, como los ángeles encogen sus alas ante Dios? «¡Ah! exclama S. Pedro Damiano, que toda criatura se imponga si»lencio, que toda criatura baje los ojos, y que apénas se atreva á »mirar la inmensidad de esta incomparable dignidad (1).» La misma Santísima Vírgen se admira y exclama: *hizo en mí cosas grandes el que es poderoso* (2). ¡Cuán hermosa es María! dijimos al hablar del primer prodigio. ¡Cuán grande es María! debemos añadir al hablar de éste. Más grande que Ella solo es Jesucristo, solo es Dios.

Pero esta grandeza no es tampoco el fin, como no lo fué aquella hermosura. Una y otra se dirigen á poner á María en estado de cooperar á los grandes prodigios que quiere Dios obrar sobre la tierra con Ella y por medio de Ella. Veamos los primeros. Una sola palabra basta para expresarlos todos. Redencion. ¡Oh! ¡Cuán sublime es esta palabra! Ella encierra la esperanza de cuarenta siglos, y los votos de todas las generaciones; ella explica los deseos del mundo, y los anuncios de los Profetas; ella es la grande obra de Dios, porque se dirige á restaurar en cabeza de Jesucristo todas las cosas, en el Cielo y en la tierra (3). María concurre con Él á esta grande obra.—El hombre había sido criado para Dios, y quiso vivir para sí, y no tener más Dios que á sí mismo. Dios por ello le abandonó á sus propias fuerzas y á sus deseos; y cayendo de un abismo en otro abismo, llegó al extremo de la corrupcion más degradante. Aspiró al cetro del universo, y cuando más, empuñó un cetro de caña quebradiza; buscó la corona, y la encontró tan solo de espinas; quiso la púrpura, que simboliza el poder y la majestad, y no tuvo pompa sinó para cubrir sus llagas, y esconderse á sí mismo su fealdad. Esta idea nos hace concebir la palabra de Pilatos, presentando á Jesucristo al pueblo: *Ecce homo* (4). Hé aquí al hombre. Sin embargo, Dios, que pudiera reprobarlo eternamente, se compadece de él, y le promete una redencion; pero espera á dársela cuando el hombre, en su loco deseo de grandeza y haciendo esfuerzos mil para levantarse como quería, sin el concurso de Dios, agotó sus fuerzas, conoció su miseria, y por boca de sus ma-

(1) Serm. I de Nativ. Virg.
(2) Luc. I, 49.
(3) Ad Ephes. I, 10.
(4) Joann. XIX, 5.

yores filósofos confesó que solo de Dios podía venir el remedio. Lo dijo Sócrates, lo dijo Platon, lo dijo Ciceron.

¿Y qué es la redencion? Es la satisfaccion á la justicia de Dios de las ofensas que del hombre ha recibido: es la reanudacion perfecta de las relaciones entre el Criador y la criatura, es la rehabilitacion del hombre en sus antiguos títulos, para que desde este punto camine la humanidad al logro de su fin, á la union, á la posesion del sumo Bien. Para ello es preciso que la humanidad, que quiso exaltarse en alas del orgullo, y se separó de Dios por la desobediencia y por el grito de una libertad absurda, buscando su grandeza en los goces del sentido, vuelva sobre sus pasos, baje de la torre que su soberbia ha fabricado, y puesta en el lugar que le es propio, siga el camino único que la conduce á Dios. Ese sacrificio del orgullo y de la sensualidad, la humanidad estaba demasiado corrompida para hacerlo por sí: ese camino no había hombre que pudiera señalarlo á los demás. Eran precisos unos hombres nuevos, unos nuevos padres, un nuevo Adán, una segunda Eva. Dios los envía. Son Jesucristo y María. Jesucristo, que ocupando el lugar del primer Adán, obró en razon inversa de éste; siendo grande por ser Dios, no se ensoberbeció, ántes bien se humilló y anonadó á sí mismo (1): siéndole propuesto el goce, no se abalanzó á él sinó que buscó la Cruz (2) y el sacrificio; y siendo libre no quiso hacer su voluntad, ni buscar su gloria, sinó la voluntad y gloria del Padre (3); y con su sacrificio expió la prevaricacion primera, clavando en la Cruz el decreto de nuestra condenacion borrado con su sangre (4); y con su ley y sus ejemplos enseñó el nuevo camino; y con sus méritos nos alcanza la dignidad de hijos de Dios (5). Fijémonos ahora en María. Dios, al elegirla Madre de su Hijo, la viste de su túnica, y la ciñe con el cíngulo de su santidad, y Ella se humilla y se llama su esclava (6): Dios la hermosea, y Ella, obrando en direccion opuesta á Eva, renuncia á todo placer, y ofrece á Dios el sacrificio de sí misma; y pasando adelante, no tiene más ley ni más voluntad que la ley y la voluntad de Dios. Eva desobedeció, amó el placer, buscó la grandeza: María se humilla, renuncia á todo goce y se somete á la voluntad de Dios. Por ello, en cuanto es posi-

(1) Ad Philipp. II, 6, 7, 8.
(2) Ad Heb. 12, 9.
(3) Joann. VI, 38; VIII, 50.
(4) Ad Coloss. II, 14.
(5) Ad Gal. IV, 5.
(6) Luc. I, 38, 48.

ble que lo sea una pura criatura, es la única digna de ser Madre de Dios, es la única digna de la eleccion que Dios hace de su persona para obrar en union con Ella la redencion del mundo. Sigámosla en su carrera, y sigamos á Dios, que en todo pide su cooperacion.

Cuando llega la plenitud de los tiempos, el mundo espera á su libertador. Del limbo se levanta una voz suplicante, y se une á la voz de toda la tierra, que clama se abran los Cielos, y lluevan las nubes el rocío tantos siglos deseado. Los ángeles se preparan á adorar al Dios hombre, segun la órden del Eterno. ¿Por qué no se realiza aún el gran misterio? ¿Por qué se detiene el Omnipotente? Es que falta una condicion; falta el consentimiento de María. Todos miran á Dios, y al ver que Dios fija su mirada en María, á Ella se vuelven los ojos de todos. Gabriel la saluda, y en nombre de Dios le pide su consentimiento. María se turba, se humilla, pero no resiste; tan solo presenta un obstáculo, tan solo parece poner una condicion: la de no perder su virginidad. Dios la aprueba, el ángel en su nombre lo asegura, y la Vírgen exclama: Hágase, Señor, segun vuestra palabra (1). Al eco de ese *fiat* poderoso, el Cielo se abre, el Espíritu Santo desciende sobre Ella, el Hijo de Dios toma carne y se hace hombre en sus entrañas virginales, y el universo entero preludia el cántico de su libertad. Así es como María por medio de su consentimiento ha cooperado verdaderamente á la salvacion del mundo.

Pero asociada desde el principio debe estarlo hasta el fin. El Hijo que de Ella nace es una víctima. Su Madre debe acompañarle al sacrificio, y lo lleva al Templo á ofrecerse á la muerte, y le sigue en su carrera, y le acompaña á su consumacion. Subid al Calvario, donde se decide la suprema de las cuestiones. Tambien allí es María la cooperadora con Dios. Jesús pende de la cruz luchando con las agonías de la muerte: su cabeza cae sobre el pecho, sus ojos se cierran, su boca se entreabre con dolor por la sed ardiente que le devora, el pecho se levanta y enronquece con el afán de la respiracion, su alma se halla anegada en un mar de amargura, y se queja de que su Padre le ha desamparado (2). Entretanto el cielo se oscurece, el sol se eclipsa por no alumbrar en tan tétrico momento, la luna se tiñe de color de sangre, la tierra se estremece, las piedras chocan y se rompen; y en su estremecimiento hacen bambolear la cruz, el aire se agita y brama en huracan, todo es confusion, y el monte del sacrificio, que ántes se

(1) Luc. I, 38.
(2) Matth XXVII, 46.

viera inundado de gente que blasfemaba en su furor, principia á verse desierto y silencioso, porque todos huyen hiriendo su pecho al conocer su crímen (1). Solo entre las sombras aparece junto á la cruz en pié y firme como roca la Madre del Crucificado, que no quiere separarse del nuevo árbol de la vida. Ella oye que su Hijo se queja desamparado de su Padre, y levanta al Cielo sus ojos para descubrir la voluntad de Dios, que aún detiene el último golpe. ¿Sabeis la causa, señores? Una mujer, junto al primer árbol en el paraiso, causó la ruina del mundo con el primer hombre; otra mujer, junto al segundo árbol en el Calvario, le ha de devolver su grandeza con el segundo Adán. Dios, que esperó su consentimiento para que el Verbo tomase carne, quiere que consienta en su sacrificio, y pronuncie un segundo *fiat*. ¿Lo hará esa Madre? Sí, señores, Dios lo quiere; y como para María, que ama á Dios con el amor más perfecto, no hay otra voluntad que la de este Dios para salvar al mundo, dice S. Juan, no duda en sacrificar á Jesús. La santísima Vírgen no duda tampoco en sacrificarle por amor al mundo. ¡Oh, cuán grande es María en este instante! ¡Cuánto le debe el mundo! Su reconciliacion con Dios, su libertad, su grandeza, su redencion, todo le viene por Jesús y por María.

Perdonad, señores, si me he alargado en estos puntos. Creereis defraudadas vuestras esperanzas; me creereis tal vez muy léjos del asunto que hoy llama vuestra atencion, á saber: de la proteccion y amor que os manifiesta María, de los bienes que os trae el precioso dón de la Santa Cinta, y del culto con que la honrais; pero no lo estoy. Todos los bienes que al mundo en general y en particular á vosotros os vienen por María, son el fruto de su santidad y el resultado de su mision sobre la tierra: su culto tiene por fundamento los títulos que hemos examinado. Escuchadme todavía un poco y lo vereis, considerando la continuacion de los designios de Dios sobre María, y los prodigios que por medio de Ella obra en el mundo, y los que obra en favor vuestro, en cumplimiento de la palabra de Isaías: Tendrá potestad paternal sobre los habitantes de Jerusalén y de la casa de Judá. La redencion, señores, no es una cosa pasajera: es la obra del amor divino, y en sus efectos es eterna como Dios. La redencion tiene por objeto volver al hombre su libertad perdida, engrandecerle, santificarle, sancionar la alianza eterna entre el Criador y la criatura; hacer que el árbol de la Cruz que se plantó en el Calvario regado con sangre divina, produzca frutos de santidad, de civi-

(1) Luc. XXXII, 44, 45, 48.

lizacion, de gloria eterna; hacer, en una palabra, que el Cielo sea la tierra del hombre, y la tierra el Cielo de Dios. En la realizacion de este prodigio quiere Dios tambien por compañera á la mujer, á María. La que siendo un prodigio en sí misma, fué la primera obra y el tipo de la regeneracion de la criatura; la que en union con Dios obró la redencion del mundo, es el medio por el cual se aplican á todos los siglos y á todos los pueblos los frutos de esa redencion. Para ello Dios la eleva á la última grandeza que le faltaba: la hace Madre del hombre. De Jesucristo, dice Dios por Isaías, que será como Padre de los habitantes de Jerusalén y de la casa de Judá. Lo mismo dice de María. Jesucristo con su muerte nos hizo hijos de Dios Padre que dispuso la redencion, y nos hizo tambien hijos de la Santísima Vírgen que cooperó á ella. Jesús declara á María Madre de los hombres, y al hacerla tal, le infunde los caractéres de una madre. ¡Oh! esto nos eleva sobre los ángeles y los serafines que rodean su trono. Ellos, cuando más, la llamarán su Reina: su Madre, jamás. Esto es propio tan solo de Jesucristo y del hombre redimido con su sangre.

¿Sabeis cuáles son los caractéres de una madre? Yo los reduzco á tres: el patrocinio, el magisterio y el amor. María los cumple; y el mundo entero se ve protegido por ella, enseñado por ella, y por ella amado; y la Iglesia canta deberle sus victorias y su libertad, los pueblos su grandeza y su civilizacion, los pecadores el perdon, los desgraciados el consuelo. Dó quiera encontramos á María, dó quiera la vemos Madre que protege, Madre que enseña, Madre que amando salva. La historia lo dice, y el culto que el mundo entero la rinde, es el cántico de la gratitud, el himno de la alabanza, la confesion del amor y la esperanza. Yo quisiera, siguiendo paso á paso esa historia y esas tradiciones, haceros ver allá donde se ama á María el reinado de la piedad y de la fé católica, la pureza de las costumbres, y los progresos de la civilizacion que acompañan á su culto, reproducir los sublimes conceptos de los antiguos Padres, y entrar en las catedrales góticas levantadas como monumento de las glorias de María, y registrar en todas partes los trofeos que las ciencias y las artes han rendido á sus piés; pero no puedo ni debo hacerlo. Yo quisiera al ménos recorrer en los anales de la España la historia de sus triunfos y sus glorias, unida á la historia de la devocion de los españoles á la santísima Vírgen, y verla en Zaragoza, y en Covadonga, y en las Navas de Tolosa, y en la conquista del nuevo mundo, y en las obras de los Ildefonsos é Isidoros, y en los cantos de nuestros trovadores, y en las bellezas de Velazquez, de Juanes y Murillo; pero esto si bien

nos toca más de cerca, no es mi objeto primario. Lo sois vosotros, hijos de esta ciudad amada de María, y con relacion á vosotros voy á ocuparme de los prodigios que Dios obra por medio de Ella. Dios ha dicho: le daré tu potestad, y tendrá el carácter y la autoridad paternal sobre los hijos de Jerusalén y la casa de Judá. María lo tiene sobre la Iglesia, lo tiene en especial sobre vosotros.

Así como Dios quiso vestir á la santísima Vírgen con la túnica de la santidad de Jesucristo, y ceñirla con el cíngulo de su gracia y su poder; así tambien quiso ceñir á vuestra ciudad con el cíngulo de la gracia y proteccion de María. Dios lo quiso, María lo quiso tambien, y Ella misma bajó del cielo á obrar este prodigio. Vuestra ciudad se había hecho digna del amor de la santísima Vírgen. Visitada por Santiago y S. Pablo en su viaje á España, como sostienen vuestros historiadores, ilustrada con las virtudes de santos obispos, y con la sangre de sus mártires, había sido siempre amante de María. Vuestros padres, que vieron eclipsadas sus pasadas glorias y gemían bajo el yugo de los mahometanos, lograron al fin arrojarlos de sus muros ayudados por el conde de Barcelona, D. Ramon Berenguer: reconociendo á la santísima Vírgen por Madre suya, se consagran á su servicio como hijos; y á los diez años, en 1158, emprenden levantarle magnífico templo, donde con culto religioso le prueben su amor y le pidan su proteccion. Concluido en 1178, queda en noviembre de dicho año consagrado á Dios, en honor de la santísima Vírgen. Esta Señora quiere premiar su celo: y bien pronto, en marzo de 1179, baja del cielo acompañada de ángeles y de los santos apóstoles Pedro y Pablo, y entra en el templo miéntras los ángeles cantan el más sublime de los cánticos de la Iglesia, el *Te Deum*. A este tiempo un sacerdote santo, cuyo nombre reservó Dios para sí, en vision maravillosa ve, al dirigirse al templo, sus puertas abiertas y oye el canto sagrado. Confuso porque cree haber llegado tarde á los maitines, y más aún por oir el *Te Deum* cuando debía rezarse el oficio ferial, se acerca, y descubre multitud de ángeles en el recinto de la iglesia, que le llaman y le acompañan al altar mayor con cirios encendidos. Allí una matrona augusta se le presenta en trono de majestad: es María, la Madre de Dios y de los hombres; es María, que le alienta y le dice: «Porque vosotros, habitantes de Tortosa, habeis construido »este templo á gloria de mi Hijo y mía, y me venerais con solicitud, »os amo, é intercedo con mi Hijo por vosotros: y por tanto, este cín»gulo con que me ciño, fabricado por mí, os lo entrego para que lo »tengais como memoria y prenda de mi amor. Manifiéstalo al obispo,

»al clero y al pueblo de la ciudad.—¿Cómo me creerán, Señora, si »estoy solo?—El monje mayor, responde María, está en el coro y »presencia todo esto; él dará fé contigo.» Dice, y desciñéndose su hermoso cíngulo, que es esta misma santa Cinta que ahí venerais, baja de su trono, y la deja sobre el altar. Así consta en vuestro archivo y en vuestros historiadores. Lo demás vosotros lo sabeis mejor que yo.

La santa Cinta es un símbolo del amor de María, y una prenda de su proteccion: es á la vez un premio del culto con que se la honra. María os ama y os protege. El regalo de la santa Cinta os lo prueba. «Os amo é intercedo con mi Hijo por vosotros, y en prenda de ello »os dejo este cíngulo.» La Santísima Vírgen os reconoce por hijos, porque en el Calvario os tomó por tales, y os ama con predileccion sobre otros pueblos; por ello os dá lo que no dá á todos. María os ama. ¿Puede desearse mayor felicidad que la de ser amados de la Reina del Cielo y de la tierra, de la que tiene la mision sublime de hacer llegar á nosotros los admirables frutos de la redencion? La Santísima Vírgen es la tesorera de esos grandes bienes; y los tiene para derramarlos sobre los que la aman, para enriquecerlos y llenar sus tesoros. El amor de María es para el hombre la fuente de todos los bienes, porque ese amor es el principio de su intercesion poderosa; y ésta, á la cual Dios nunca se resiste, tiende á hacer efectivos para nosotros los grandes beneficios del sacrificio del hombre-Dios. La reconciliacion con Dios, el imperio de la fé, la caridad, la paz, el perdon, la salud, la ilustracion y la civilizacion verdadera, son los bienes que trajo al mundo la redencion, los bienes que María, ejerciendo por disposicion de Dios una potestad maternal con nosotros, viene á traernos. El Cielo, la tierra y el infierno lo reconocen confesando su poder. En el Cielo los ángeles, que la llaman su Reina; en la tierra los hombres, que la apellidan su Madre; en el infierno los demonios, que la reconocen por su mortal enemiga, que victoriosa siempre destruye su imperio. Vosotros tambien lo confesais, porque desde que os dió su santa Cinta os ha colmado de bienes. Tortosa no ha visto extinguida su fé, la piedad no ha faltado en ella, y á su sombra han crecido siempre vuestros medios de felicidad. Habeis tenido en todo tiempo hombres santos, varones sabios, y héroes, que con las armas en las manos han imortalizado el nombre de vuestra pátria. Desde entónces vosotros lo sabeis, y en vuestros archivos está escrito: cuantos han acudido á María, recordándole su dón y su promesa, han recibido la salud y la felicidad. Sus prodigios

son innumerables. Las aguas del rio *Celada*, que en furiosa avenida amenazaban, en 1642, con muerte segura, á Pedro Centellas y su familia, aplacadas por la invocacion de María y la presencia de la medida de su santa Cinta; el peso de un coche alijerado al eco del nombre de María, para no aplastar bajo sus ruedas á un paje del canónigo que traía la santa Cinta desde Madrid: enfermedades graves, partos difíciles, tempestades horrorosas apaciguadas á presencia de esa reliquia lo prueban bien. Y en época más reciente, como aseguran testigos presenciales en la sumaria recibida al efecto, cuando en el sitio puesto por los franceses en 1810, la iglesia estaba llena de gente, y un proyectil enemigo cayendo en la bóveda de la capilla de la santa Cinta, parecía llevar la muerte en su seno, no llevó sinó una nueva prueba del amor de María, desapareciendo al agujerear la bóveda sin daño de nadie, y sin que nadie lo viera. En fin, en 1855, la epidemia del cólera, que huyó de vuestra ciudad desde que se invocó la protección de la Santísima Vírgen por medio de esta reliquia, viene á confirmar lo que he dicho: María os ama y os protege, y en su santa Cinta os dá la prenda de su amor y protección.

Pero notad, señores, la otra circunstancia de este dón: es un premio. «Porque habeis construido este templo, y me venerais, os amo y os doy este cíngulo en prenda de amor.» La práctica de la Religion, el culto de Jesucristo y de María, es la razon que alega la Señora como impulsiva de su dádiva. La Religion, pues, y con ella el culto de María, ha sido y ha de ser siempre la condicion que presida al cumplimiento de su promesa. El dón que en sí mismo es un premio á la religiosidad, á la fé y al culto de la santísima Vírgen, no será fuente de otros dones, si faltan esas condiciones. La razon lo apoya, y la historia lo confirma. ¿Cuándo se vieron en mayor número esos prodigios de la proteccion de María? Prodigios los obró siempre; pero más y más visibles desde que se dá un culto especial á la santa Cinta por medio del rezo propio y fiesta pública; más visibles aún desde que en enero de 1617 se crea la Cofradía: mayores desde que para satisfacer la piedad se lleva á las casas donde la necesidad lo pide, el trozo que la devocion de un obispo le movió á cortar, y se puso en un relicario aparte en 1620; multiplicados desde que se extiende su culto á otros pueblos, y es llevada á Madrid á peticion de nuestres reyes; y continuos desde que la piedad de vuestros mayores le dedica esa magnífica capilla, y los monarcas españoles le ofrecen la riquísima caja donde se contiene el relicario. Es decir, que crecieron los prodigios á medida que se avivaba la fé, y se extendía el culto

de María, que dió causa á su precioso regalo. Y es, que con el culto de María se reanima la fé, y se engendra la virtud, y se ama y practica la religion de su Hijo.

Ahora bien: así como fué, y ha sido hasta ahora, así será. ¡Ay de vosotros si dejaseis ese culto, y aún más, lo que ese culto significa y encierra, si disminuyese vuestra fé, y se debilitase el sentimiento católico en vuestro pueblo! ¿Qué sería entónces de la proteccion de María? Esta Cinta, ahora prenda de amor, se convertiría en fiscal de vuestra prevaricacion, y en señal de reprobacion y de castigo. Pero léjos de nosotros esta idea, porque esto no sucederá. Tortosa, que al través de tantos siglos y vicisitudes, ha conservado su fé y su amor á María; Tortosa, que en medio de la indiferencia y la impiedad que corroe los pueblos, se mantiene católica, y léjos de disminuir hace crecer el culto de María, como un mentís solemne á la filosofía y á la impiedad del siglo, no olvidará jamás á la Santísima Vírgen; y Ella os repetirá todos los dias: Porque me amais y honrais á mi Hijo y á mí, os entrego este cíngulo como una memoria y una prenda de mi amor. Tortosa con ello será feliz, será grande: pátria siempre de héroes verá disiparse sus enemigos como el humo, y en su seno no anidará el horrible áspid del vicio, ni en sus muros ondeará el pendon de la herejía; y aún cuando alguna vez la revolucion pasee desgraciadamente por sus campos su negro estandarte, aún cuando el huracán que le acompaña haga estremecer tal vez los cimientos de su fé y de su felicidad, no deberá temer. El huracán no es eterno. Dura una hora y pasa, y la aurora aparece de nuevo, el sol brilla, la calma se restablece, y el pueblo protegido por María recobra todas sus grandezas. Sí: sereis grandes, señores, porque sois hijos de María: este pueblo es su herencia, este templo es su palacio, ese altar es su trono, y desde él os dice siempre, como Dios á Salomon en otro tiempo: «He escogido y santificado este lugar para que en él permanezca mi nombre eternamente, y mis ojos y mi corazon estén abiertos sobre él todos los dias hasta la consumacion de los siglos (1).» Dios, dice la Santísima Vírgen, me ha hecho grande haciéndome aparecer como un prodigio en mi concepcion y maternidad; me ha hecho grande eligiéndome para obrar con Él el gran prodigio de la redencion del mundo; me ha hecho grande dándome autoridad maternal sobre Jerusalén y la casa de Judá, sobre toda la Iglesia, sobre la España y sobre Tortosa, para hacer llegar á todos los prodigiosos frutos de la redencion: hé aquí que vengo á dároslos á vosotros, que sois mis hijos, y á quienes he dado en mi cíngulo una memoria de mi promesa, un testimonio de mi proteccion, y un símbolo ó prenda de mi amor.

(1) 2. Paralip. VII, 16.

Cofrades de la santa Cinta, habitantes de Tortosa, españoles todos, sed siempre católicos, sed hijos de María, y sereis felices. Lo sereis en el órden del individuo, de la familia y de la sociedad; lo sereis en el cuerpo y en el espíritu; lo sereis en la tierra, y despues eternamente en el Cielo.

NUESTRA SEÑORA DEL BUEN CONSEJO.

Adamavit super omnes.
Y el Rey quedó prendado de ella sobre todas las demás mujeres.
(ESTHER, II, 17.)

¿Qué voces son estas, que, salidas de inspirados lábios, anuncian á la tierra gracias y bendiciones? Alegraos los que gemís en medio de las miserias de la vida: Yo soy la Madre del Amor hermoso y de todo grato consuelo; soy guía para conocer el camino de la verdad y la esperanza de vida y de virtud. Venid á mí todos los afligidos y saciaos de mis frutos; venid á mí cuantos esteis desconsolados y abrid vuestros ánimos al júbilo, porque dulce es mi espíritu más que la miel, y mi heredad más dulce que el panal de la miel.

Estas palabras se refieren á María, puesto que María es la augusta Mujer á la cual miraban los Patriarcas y los Profetas; y mostrándose, segun el místico cantar de la Iglesia, como el cedro del Líbano y la rosa de Jericó, debía enjugar las lágrimas y derramar en los pechos el bálsamo del consuelo.

Y Ella lo ha derramado, pues es la nube prodigiosa que guiaba al pueblo Hebreo por los inhospitalarios arenales del vasto desierto, y la puerta oriental que Ezequiel vió en éxtasis profético, de donde nos vino aquel Oriente, que desvanecidas las tinieblas de la noche, nos condujo á la luz clarísima de verdadera vida. En efecto, fué por María que nuestra naturaleza, arrojada en el abismo de toda vileza, recibió una excelencia enteramente nueva y celestial; fué por María que la divina misericordia nos bendijo con todas las bendiciones hasta acogernos por hijos.

No se crea, empero, que, una vez reconciliada la tierra con el Cielo, no se interese ya por nosotros. Subida en el celestial alcázar no nos olvida; sentada en medio de los tálamos de la felicidad eterna, se acuerda siempre de nosotros, que vivimos luchando con las tempestuosas olas de este mundo. Tambien hoy continúa protegiéndonos

contra las furiosas aguas de la borrasca; tambien prosigue ahora siendo próvida estrella para los desterrados que gimen en el valle del llanto. Una de las pruebas que demuestran y confirman esta consoladora verdad, fué la aparicion á los fieles de Genazzaro, de la imágen venerada bajo la advocacion del Buen Consejo, y cuya memoria celebramos hoy con religiosa pompa. Solo la bondad de que está llena podía inducir á María á alegrar el suelo itálico con este dón preciosísimo: la sola bondad la impulsó á darnos este sublime testimonio de su generosa solicitud y de su piadoso afecto. Por consiguiente, debiendo ocuparme de esta aparicion, amados hermanos, quiero considerarla como una espléndida manifestacion de la bondad de María; y ya que esta espléndida manifestacion de bondad ha tenido lugar en país italiano, creo deber añadir, que María con la aparicion de su imágen ha demostrado amarlo, y lo ha demostrado de un modo particular y con preferencia á otros paises: *Adamavit super omnes.* De cuya bondad de María plenamente manifestada con esta aparicion, que ninguna inteligencia creada podría describir, hablaré á mi modo y segun mis cortos alcances, para que podais repetir con ánimo alegre: *Adamavit super omnes.* Pidamos ántes la gracia: A. M.

Nadie me negará, que la bondad que previene es superior á la bondad que corresponde; y aunque ésta es sin duda indicio de buen corazon y de óptimos sentimientos, sin embargo, comparada con la otra, pierde mucho de su valor. La bondad de correspondencia, como quiera que se la considere, en cierto modo, es siempre interesada, porque se inclina propicia á aquellos que la ruegan, y dirige los afectos á quienes se le recomiendan; miéntras que la bondad preveniente no se mueve por interés alguno, y se muestra pródiga de patrocinio, aún para con aquellos que ni se le encomiendan ni la ruegan. Siendo así, se sigue de legítima consecuencia, que, con preferencia á toda otra, la bondad preveniente es bondad pura, bondad verdadera, bondad suma. Hé ahí la bondad manifestada por María con su prodigiosa imágen. Consideremos el hecho desde el principio.

La imágen del Buen Consejo, venerábase antiguamente en Scútari, ciudad respetable de la Albania en las costas orientales del Adriático. En la cumbre de un monte había un templo, y en él una bella imágen de la Virgen, pintada en la pared, á la cual la devocion pública invocaba con el título de Nuestra Señora del *Buen oficio.* Aquel país, que de antiguo profesaba la religion cristiana, hecho

reo de prevaricaciones, de hurtos y de escándalos, había provocado la ira del Altísimo.

Por consiguiente, pesando sobre aquellos países la mano de la divina justicia, padecían inminentes terribles castigos. Los turcos, siguiendo las órdenes de Amurat II, apoderándose de la Albania, hicieron sentir repetidas veces como herían sus cimitarras; y, muerto el esforzado Castriota, que valiente y animoso había defendido por largo tiempo el desolado país de las invasiones enemigas, todo indicaba próximo el día, en que Scutari debía ser abandonada á la ferocidad de los otomanos y á las torpezas del Corán. Entónces la Vírgen quiso quitar su imágen de un lugar contaminado ya por tantos vicios, y próximo á sumergirse en fétidas abominaciones; fué entónces cuando, propicia y benévola, complaciéndose en hacer un dón de ella á otro país, dirigiendo su mirada por el Universo, los fijó por último sobre Genazzaro.

Por parte de María fué esta bondad preveniente, pues, aunque Genazzaro, desde los primeros siglos del Cristianismo, dada la paz á la Iglesia por Constantino, hubiese aprendido, por medio de las santas solicitudes del pontífice San Marcos, á venerar á la Vírgen Madre, y establecido de varios modos esta tierna devocion entre sus habitantes, bajo el pontificado de Sixto III; sin embargo, no era entónces lo que había sido en los primeros siglos de viva fé y sincera religion. Se invocaba todavía el nombre de María, se acudía á su patrocinio, y se esperaba aún en su generosa misericordia; pero aquellas oraciones hubieran podido llamarse lánguidas é imperfecto aquel mismo culto. Cierto es, que el mismo templo erigido á gloria de la celestial Reina, venerada bajo la advocacion del Buen Consejo, donde antiguamente acudía tanto pueblo y rogaba con tanta confianza, entónces veíase ruinoso y casi abandonado por completo. Además, ninguna plegaria se dirigió acerca del particular á la celestial Bienhechora; ninguna súplica salió de aquellas gentes para ser honradas con el prodigioso simulacro; y tanto más la bondad de María aparece preveniente en el dón que quería conceder á Genazzaro, cuanto que Genazzaro ni lo esperaba, ni lo pedía.

Es decir poco que Genazzaro no esperaba ni pedía el beneficio que la Vírgen quería dispensarle; es preciso añadir que á ello oponía obstáculos. Eran otros tantos obstáculos las multiplicadas mofas á la piadosa Petra, terciaria agustiniana, que movida por inspiracion divina, habiendo vendido todos sus bienes, emprendió la difícil obra de restaurar y ensanchar la antigua iglesia. Eran obstáculos las chanzas con que se ponía en ridículo á esta piadosa y sencilla mujer, cuando decía de la augusta Señora, que iría á morar en aquella casa, y colocaría su trono en aquel templo. Eran obstáculos las mismas advertencias, las exhortaciones mismas, con que, aún las personas que la querían, procuraban disuadirla de una obra muy superior á sus fuerzas, y por lo cual se encontraría privada de todo recurso en las extremas necesidades de su ancianidad. Y estos obstáculos no eran pocas las personas que los oponían, sinó todas: sí, todas hacían burla de la inspirada, todas se mofaban de la crédula visionaria.

Pues bien; miéntras que los de Genazzaro no pensaban en María, María fijaba en ellos sus piadosos ojos, extendía sus poderosas manos, y les preparaba nuevos beneficios y nuevas gracias. Como abogada quería salir á su defensa, como bienhechora quería acogerlos bajo su manto, como reina quería colmarles de beneficios, y como... ¡Oh María! ¿Qué lábios podrían expresar cuanta sea tu clemencia? ¿Qué elocuencia podría exponer todos los abismos de tu misericordia? En verdad, amados hermanos, si María mira con tanto amor aún á aquellas personas que no la invocan, que no la ruegan, que no se encomiendan á Ella y que ponen obstáculos á sus beneficios, debemos sin duda reconocer en esta bondad preveniente, una bondad sin límites, toda compasiva, toda amorosa, y enteramente dispuesta á favorecernos con sus más lisonjeros auxilios, con sus más preciosas misericordias.

Esta bondad no debe reconocerse solo como preveniente, es tambien benéfica. En efecto; María es siempre la madre, que llena de compasion para con el fruto de sus entrañas, le ayuda y le consuela; es siempre la Reina que, llena de misericordia, colma de sus gracias, aún á los desesperados. Pruébase esta verdad con innumerables razones, y podría decirse que no hay país, pueblo, ni familia, que no la haya experimentado de uno ú otro modo con hechos incontestables.

Determinada, pues, María de quitar su imágen de Scutari y hacer de ella un dón á Genazzaro, impuso á Petra la restauracion del antiguo templo; y Petra, superior al ludibrio universal, firme delante de contínuos obstáculos, movida por inspiracion divina, consiguió, al fin, que fuese restaurado el antiguo templo. No la desanimaba la grandeza de la obra, ni la asustaba la falta de medios: firme en la fé, decía que le vendrían del Cielo prodigiosos socorros; firme en la esperanza, afirmaba que la misma Vírgen la ayudaría piadosamente á superar las muchísimas dificultades de la árdua empresa. Y era tan firme en ella esta fé y esta esperanza, que, aún cuando por ór-

denes á que no pudo oponerse, debió suspender la empezada fábrica, sin desanimarse, tenía por cierto que su interrumpida obra sería llevada á cabo por manos celestiales, y que la buena Señora, á cuyo culto se levantaba aquella fábrica, la perfeccionaría con alguno de sus prodigios.

Era el 25 de abril de 1467, día solemne para Genazzaro, donde se celebraba una secular y brillantísima fiesta en honor del Evangelista San Marcos; y el pueblo, que gozaba extraordinariamente de la solemnidad, al anochecer se paseaba por la plaza alrededor de la antigua iglesia, cuya restauracion emprendió la humilde terciaria agustiniana en medio de tantos vilipendios. Y hé aquí que una nube volando por los aires, se detiene sobre las rústicas paredes de aquel templo. Todo el mundo corre, todos los habitantes se apresuran á observar el fenómeno, todos miran: la nube, al fin, se rasga, y se ve brillantes los ojos, agraciada de rostro y sonrientes los lábios, una imágen de María. De repente cesa todo pensamiento de negocios, se suspende en un instante todo regocijo de profana alegría; por dó quiera reina el silencio, el estupor y la admiracion. Una santa conmocion se apodera de todos los ánimos; no hay nadie que no se descubra la cabeza; todos se postran de hinojos, y lloran de inefable gozo; y sin que nadie las toque, resuenan espontáneas las campanas, no solo de aquel templo, sinó de todo el país; sin que hable ningun orador, lo hace con fecundísima elocuencia el mismo prodigioso suceso. Nadie duda de que allí hay una Imágen milagrosamente transportada, una Imágen que representa la Madre y el Hijo divino en una actitud celestial, una Imágen que por sí misma es una bendicion, una misericordia, una gracia.

Si me propusiese describir punto por punto cuanto aconteció entónces, la alegre noticia que pronto se divulgó hasta fuera de Genazzaro, las muchísimas personas que de cerca y de léjos acudieron para venerar á la aparecida magnánima Señora; las cosas que se dijeron, las oraciones que se rezaron, y los cánticos que millares de lenguas entonaron fervorosamente poseidos de un santo júbilo á la celestial Vírgen, nunca daría fin á mi discurso. Paso, pues, en silencio la muchedumbre, cada vez más numerosa, que á todas horas acudía delante de la milagrosa Efigie; callo de los sacerdotes y de los ancianos del país que con minuciosas investigaciones, examinado el hecho, lo declararon incontestable; paso por alto la contínua y solemne admiracion con que se correspondió al portentoso suceso. Unos referían la extraordinaria muchedumbre de la gente reunida, de la cual no se

recordaba otra semejante, aún en las mayores fiestas y en las solemnidades más populares; otros se limitaban á narrar las tiernas procesiones de pueblos enteros, que afluían al lugar en devota peregrinacion, lugar tan manifiestamente bendito con la admirable aparicion de su Imágen; pero todos se vieron precisados á confesar imperfectas aquellas mismas historias y muy inferiores á los hechos aquellas mismas descripciones.

Dejando á parte esas y otras cosas, no callaré lo que aparece evidentemente para concluir, amados hermanos, sobre el tema que he propuesto al principio. No cabe duda de que María podía escoger para su Imágen otros países más vastos por la extension de su territorio, más conocidos por la industria de sus habitantes, más feraces por la fertilidad de los campos, más célebres por la fama de sus obras, y más ricos por la abundancia de bienes. Ella, á quien Dios quiso coronada del Cielo y de la tierra, y en cuyas manos fué puesta la suerte de todos los reinos y de todos los imperios, podía escoger para la Imágen que la representaba con el Hijo en los brazos, un lugar más noble, más famoso, más conocido, un lugar en el cual se manifestasen con mayor esplendor sus triunfos y sus glorias. Si, pues, con preferencia á todo otro lugar escogió á Genazzaro, de Italia, dió á conocer claramente que amaba este lugar, y que amándolo con singular amor, quería favorecerle con su imágen de gracia singular.

Empero, nadie crea, que esta aparicion fuese tan solo en beneficio de aquella gente ó de aquel país. Madre de todos los pueblos, la augusta Mujer, no obstante de haberse mostrado en su Imágen á Genazzaro, es tambien la Bienhechora de todos los pueblos; y aún cuando vuelva propicios los ojos á alguna generacion afortunada, no deja de dirigirlos propicios para con las demás generaciones. Por lo tanto, en la aparicion de la Imágen del Buen Consejo, además de deber admirar en María una bondad preveniente y una bondad benéfica, se debe admirar tambien una bondad, que se extiende á todos los lugares, que mira á todos los tiempos, que derrama gracias con abundancia sobre todos los hombres, es decir, una bondad generosísima.

Los primeros que experimentaron los efectos de esta bondad fueron dos fieles devotos de María, quienes siendo naturales de Scutari y sintiéndose inspirados para alejarse de allí con motivo de la próxima invasion de los turcos, postrados ante el altar de la Vírgen, se despedían de Ella con gemidos y lágrimas. Estaban á punto de levantarse, salir de la iglesia y ponerse en camino, cuando dejaron de ver

la sagrada Imágen, y en vez de ella vieron una nube, que, salida del lugar que ocupaba ántes la misma Imágen, se elevaba lentamente hácia el Occidente. Impelidos á seguirla por una fuerza interior, la siguieron hasta á orillas del mar, y caminando á pié enjuto sobre las aguas, llegaron á la orilla opuesta de Italia y á las puertas de Roma, donde desapareció la nube, que les servía de guía en tan largo viaje. Los pobres peregrinos, ansiosos de encontrar la milagrosa Efigie, que se había ocultado á sus miradas en medio de aquella nube, recorren todos los caminos, entran en todos los templos, y visitan todas las capillas; pero sus investigaciones resultan infructuosas y vanas. De repente, se esparce la voz de la prodigiosa aparicion en Genazzaro de una nueva Imágen de la Santísima Vírgen; apresuran pues los pasos, devoran el camino, llegan, y reconocen en la aparecida Imágen aquella misma que deseaban con tanta ánsia de religiosos afectos.

Por consiguiente, la fama en alas de los vientos, anunciando los prodigios acontecidos, atrajo de léjos á mucha gente á visitar el nuevo santuario, y suplicando á la Vírgen en el lugar mismo donde colocó como el trono de sus gracias, y deponiendo delante de su Imágen las lágrimas del dolor, se sintieron tan piadosamente oidos, que volvieron consoladísimos á sus casas desvanecidas las angustias y vencidos los obstáculos. Estos beneficios no fueron privados, ni quedaron ocultos, pues, fueron acompañados de regocijos públicos. Fueron á vista del pueblo, y tales, que nada pudo oponer la malignidad, y nada cuantos hasta entónces se mostraban enemigos de lo sobrenatural y de los milagros. Con aquellos hechos parecía como que se despertase en los ánimos una fuerza súbita de fé, y que una voz misteriosa gritase: ¡Es necesario creer! De cuyos prodigios dieron manifiesto y solemne testimonio las ofrendas votivas, y los monumentos erigidos; y más que los monumentos erigidos, los epígrafes grabados, los ex-votos y las ofrendas votivas, las gratas voces de cuantas personas fueron favorecidas. Ahora bien, amados hermanos, decidme: ¿qué indicaban estas públicas acciones de gracias, sinó una bondad que por parte de María se extiende á todos los hombres, una bondad generosísima?

Miéntras que experimentaban esta bondad el gentío que de toda la Italia acudía á Genazzaro, la experimentaban tambien los que de léjos dirigían súplicas y oraciones á la Vírgen aparecida con su Imágen en Genazzaro. Así, pues, en todas las partes del mundo se erigieron templos y altares, capillas y cofradías consagradas á Nuestra Señora

del Buen Consejo. Fueron erigidos en Praga y en la Moravia; se admiraron en la Bohemia y en la Baviera; se encontraron en Sajonia y en Cataluña, y se descubrieron en Méjico y en las Islas Filipinas. En aquellos templos se postraban los fieles, que no podían emprender largos viajes para trasladarse al afortunado suelo honrado por la Imágen de María; delante de los nuevos templos, de aquellas capillas y en medio de aquellas congregaciones se postraban de hinojos los devotos, á quienes no les era posible doblar las rodillas en el lugar donde era venerada la prodigiosa Imágen. Y tambien fueron oidos éstos, tambien éstos atestiguaron públicamente los beneficios recibidos. Dijeron de ciegos que recobraron la vista, de cojos que andaron perfectamente, de leprosos curados, y librados á otros poseidos del demonio. Hablaron de mudos que recobraron el uso de la palabra, de sordos el oido, de llagas fistulosas, de gangrenas putrefactas y de furiosas hidrofobias que fueron curadas. Dijeron de unos, que, caidos de enormes alturas, salieron ilesos; de otros, que no recibieron ningun daño en medio de las ruinas de edificios venidos á bajo; de otros, que se vieron libres de las llamas de incendios voraces, ó fueron sacados de las cadenas de bárbara esclavitud, ó próximos á morir fueron restituidos á nueva vida.

Amados hermanos, mostrémonos agradecidos á este dón, manifestemos nuestra gratitud á la Vírgen por sus beneficios con santos pensamientos y obras buenas. De la narracion de las maravillas de que hemos hablado, resulta evidente, cuán celosa se muestre la Vírgen del honor debido á sus imágenes, y cuanto desdeña dejarlas en manos impuras. Esto mismo, por la razon de los contrarios, indica, que es de su agrado el culto que se presta á sus imágenes, cuando lo prestan corazones puros. Así, pues, si queremos mostrarnos devotos suyos, si deseamos amarla con un afecto filial y venerarla como carísima Madre, reverenciémosla con devocion especial en sus imágenes, y mayormente en esta del Buen Consejo. Cuidemos de resarcirla, con sinceros obsequios y devotos homenajes, no ya de los turcos, sinó de los apóstatas, de los incrédulos, y aún de muchísimos católicos, que del Catolicismo conservan el solo nombre; cuyos insultos se repiten en la mismas naciones que María enriqueció con tantas prodigiosas imágenes suyas, y á las cuales manifestó un amor tan singular. Empleémonos, pues, en compensar con nuestro afecto á María de tantas ofensas, visitémosla en sus imágenes, y demos á conocer públicamente nuestra devocion delante de la celebérrima del Buen Consejo. Esta imágen, que en otro tiempo la devocion pública

llamó del Buen Oficio, nos hará experimentar los maternales oficios de María, laudables oficios, que servirán para asistirnos, para defendernos y ayudarnos en medio de las miserias de la peregrinacion presente. Esta Imágen, que veneramos hoy bajo la advocacion del Buen Consejo, nos alcanzará las gracias de Aquella, que término de los divinos consejos, esplendor del mundo por los santos consejos contrarios al pecado, Mujer de celestiales consejos preclarísimos en virtud, en santidad y en perfeccion, no puede ménos de querer nuestro bien y nuestra verdadera felicidad. ¡Ah! si, oh Madre del Buen Consejo, acoje benigna el homenaje de nuestra devocion, y dígnate protejernos en los peligros, asistirnos en las necesidades y colmarnos de tus favores. Impétranos sobre todo la gracia de imitarte en tus virtudes, en el desprecio del mundo, en la pureza del corazon y en la humildad cuando la fortuna nos sea próspera, y en el sufrimiento en medio de las tribulaciones, en la fé, en la esperanza y en la caridad. Tu consejo nos ilumine, nos ayude, nos guíe, nos consuele; sea nuestro escudo contra el demonio, sea nuestro freno contra los asaltos de la concupiscencia, sea nuestra estrella en medio de las tempestades del mundo, y nos salve en la tierra para que seamos eternamente salvos en la celestial Jerusalén.

NUESTRA SEÑORA DEL SAGRADO CORAZON. (1)

Erat subditus illis.
Jesús estaba sujeto á María y José.
(Luc. II, 51.)

A los innumerables y gloriosos títulos con los cuales el pueblo cristiano suele honrar á María, se ha añadido en nuestros días todavía otro. Los Misioneros del Sagrado Corazon en Issoudun, diócesis de Bourges en Francia, fueron los primeros en tributar á la Santísima Vírgen este nuevo obsequio. Erigiendo ellos en su templo un altar consagrado á la Reina de los Cielos, buscaron un título, que hablase más eficazmente que los ya conocidos á sus piadosos devotos, y que mejor les diese á conocer los gloriosos privilegios de la incomparable Madre. Ahora bien; en un santuario consagrado al Corazon de Jesús, y levantado para que fuese centro de devociones cuyo fin especial consistía en reanimar y propagar la devocion á este Corazon santísimo; ¿qué otro título podía ser más á propósito, que otra advocacion podía ser más expresiva, que un título y una advocacion que se refiriesen al mismo Sagrado Corazon? Por consiguiente, para indicar el poder de María para con el Corazon de su adorable Hijo, y los celestiales tesoros, de que Ella por este motivo es augusta dispensadora, la invocaron Señora del Sagrado Corazon.

¡Oh! Si alguno de aquellos piadosos sacerdotes, que tanto adelantaron en el amor á los Corazones misericordiosísimos de Jesús y de María, subiese hoy en este púlpito, haría resonar elocuentísimas palabras, hermanos míos, acerca de la festividad que hoy celebramos, y no me cabe duda de que fijaríais los ojos en su rostro y prestaríais

(1) Véase el título: CORAZON DE MARÍA, discursos I y II, del tomo VI de este TESORO MARIANO, pág. 295 y 305.

llamó del Buen Oficio, nos hará experimentar los maternales oficios de María, laudables oficios, que servirán para asistirnos, para defendernos y ayudarnos en medio de las miserias de la peregrinacion presente. Esta Imágen, que veneramos hoy bajo la advocacion del Buen Consejo, nos alcanzará las gracias de Aquella, que término de los divinos consejos, esplendor del mundo por los santos consejos contrarios al pecado, Mujer de celestiales consejos preclarísimos en virtud, en santidad y en perfeccion, no puede ménos de querer nuestro bien y nuestra verdadera felicidad. ¡Ah! si, oh Madre del Buen Consejo, acoje benigna el homenaje de nuestra devocion, y dígnate protejernos en los peligros, asistirnos en las necesidades y colmarnos de tus favores. Impétranos sobre todo la gracia de imitarte en tus virtudes, en el desprecio del mundo, en la pureza del corazon y en la humildad cuando la fortuna nos sea próspera, y en el sufrimiento en medio de las tribulaciones, en la fé, en la esperanza y en la caridad. Tu consejo nos ilumine, nos ayude, nos guíe, nos consuele; sea nuestro escudo contra el demonio, sea nuestro freno contra los asaltos de la concupiscencia, sea nuestra estrella en medio de las tempestades del mundo, y nos salve en la tierra para que seamos eternamente salvos en la celestial Jerusalén.

NUESTRA SEÑORA DEL SAGRADO CORAZON. (1)

Erat subditus illis.
Jesús estaba sujeto á María y José.
(Luc. II, 51.)

A los innumerables y gloriosos títulos con los cuales el pueblo cristiano suele honrar á María, se ha añadido en nuestros días todavía otro. Los Misioneros del Sagrado Corazon en Issoudun, diócesis de Bourges en Francia, fueron los primeros en tributar á la Santísima Vírgen este nuevo obsequio. Erigiendo ellos en su templo un altar consagrado á la Reina de los Cielos, buscaron un título, que hablase más eficazmente que los ya conocidos á sus piadosos devotos, y que mejor les diese á conocer los gloriosos privilegios de la incomparable Madre. Ahora bien; en un santuario consagrado al Corazon de Jesús, y levantado para que fuese centro de devociones cuyo fin especial consistía en reanimar y propagar la devocion á este Corazon santísimo; ¿qué otro título podía ser más á propósito, que otra advocacion podía ser más expresiva, que un título y una advocacion que se refiriesen al mismo Sagrado Corazon? Por consiguiente, para indicar el poder de María para con el Corazon de su adorable Hijo, y los celestiales tesoros, de que Ella por este motivo es augusta dispensadora, la invocaron Señora del Sagrado Corazon.

¡Oh! Si alguno de aquellos piadosos sacerdotes, que tanto adelantaron en el amor á los Corazones misericordiosísimos de Jesús y de María, subiese hoy en este púlpito, haría resonar elocuentísimas palabras, hermanos míos, acerca de la festividad que hoy celebramos, y no me cabe duda de que fijaríais los ojos en su rostro y prestaríais

(1) Véase el título: CORAZON DE MARÍA, discursos I y II, del tomo VI de este TESORO MARIANO, pág. 295 y 305.

oidos para escuchar su voz. Mas, ya que en vez de aquellos celosos Misioneros debo hablar yo, tan frio en este amor, os ruego, desde ahora, que os contenteis con lo poco que sabré recordar á vuestra devocion. La alabanza tributada á María, llamándola: Señora del Sagrado Corazon, si es nueva por lo que mira al nombre, es tan antigua como la Iglesia por la verdad que atestigua; y mi objeto no es otro que recordaros lo que ya sabeis acerca de su poderosísimo patrocinio. Y como que entre este extraordinario concurso pueden hallarse personas que no aprueben del todo esta devocion, y otras que no la crean necesaria, para abarcar todo el argumento, dirigiéndome á unas y á otras, probaré su solidez y su utilidad. Hé ahí el grato asunto acerca del cual ocuparé vuestra atencion en las presentes pompas religiosas; asunto que, oido con la debida atencion, no podrá ménos de despertar en vuestras almas una tierna conmocion de gratitud hácia Aquella, que tantos caminos nos abre para nuestro bien, y tanto nos ampara bajo las alas de su misericordia maternal: A. M.

La devocion á la Señora del Sagrado Corazon consiste en venerar á María, porque tiene un sorprendente poder sobre el Corazon de Jesús; y este poder de María sobre el Corazon de Jesús está contenido en las creencias de la Iglesia. ¿No es la Iglesia, acaso, la que honra á María Santísima con el título de Vírgen poderosa? ¿No es la Iglesia la que la invoca como á nuestra abogada, como á Reina de misericordia? ¿No es la Iglesia la que la ruega nos muestre despues de este destierro á Jesús, fruto bendito de sus inmaculadas entrañas? Considerad estas invocaciones, hermanos mios, y vereis que está en las creencias de la Iglesia el poder de María sobre el Corazon de Jesús.

María es poderosa, y su poder es tal, que llegó con una sola mirada y con uno solo de sus cabellos á ligar al Omnipotente (1). Ella aplacó á aquel Dios, que, irritado por las culpas de los hombres, quería abandonarles al oprobio y á la muerte; arrancó los dardos de manos del eterno Juez, que levantaba la diestra para castigar á los transgresores de su ley, é hizo descender del Cielo á la tierra al Verbo increado, que allí reina en medio de los esplendores de los Santos en un torrente de luz. Es este otro poder muy superior al de Samuel, que hizo retumbar el trueno por el firmamento; ó al de Elías, que hizo descender fuego de las altas esferas sobre las víctimas; ó al de

(1) Cant. IV, 8.

Moisés, que pareció un Dios á los ojos de Faraon. Así, pues, si algunos trajeron sobre la tierra el fuego, los rayos ó las aguas, María trajo á la tierra al mismo Hijo de Dios del seno del Padre. Segura la Iglesia de esta verdad, cuando dice que María es poderosa, quiere darnos á entender, que nada podrá servir de obstáculo á sus gracias, nada impedir el torrente de sus beneficios; y que teniendo tanto poder sobre el mismo corazon de Dios, nada podrá ser estorbo á sus misericordias.

María es abogada; pero harto diferente de los intercesores que, aún siendo poderosos y elocuentes, ruegan muchas veces sin ser oidos en sus oraciones. Esto podrá acontecer á las almas justas que Dios acogió en el Cielo; pero no acontecerá, ni es posible que acontezca á la que es coronada soberana del Paraíso. Sola entre todos los Ángeles, sola entre todos los Santos, y sola entre todos los bienaventurados ciudadanos de la inmortal Jerusalén, María tiene una autoridad maternal sobre aquel Dios que quiso hacerse hijo suyo, y su oracion adquiere, en alguna manera, razon de mando y derecho de imperio. Si, pues, las súplicas de María son como mandatos al corazon de Dios, nada es tan imposible que no se alcance por su eficacia; si las súplicas de María tienen como fuerza de imperio sobre el corazon del divino Hijo, nada podrá impedir el valor de su intercesion; y ningun poder se opondrá á la mediacion de María, teniendo Ella tanto poder sobre el corazon de Aquel que es la misma omnipotencia. Hé ahí porque la Iglesia, cuando dice que María es abogada nuestra, quiere darnos á entender, que en todas nuestras necesidades, en todos nuestros peligros y en todas nuestras miserias, tentados, afligidos, angustiados, vacilantes y oprimidos, podemos con toda confianza considerarla como nuestro refugio, nuestra ayuda, nuestro consuelo y esperanza nuestra, puesto que obtiene de Dios cuanto quiere.

María es Reina; y no solamente por efecto de su noble genealogía, de su estirpe régia y propiamente de la real sangre de David, que le corre por las venas, nó; Ella es Reina por más alto principio y por títulos más sublimes. En verdad no cabe duda, que considerada en los eternos decretos, vino solamente al mundo para ser la Madre del Verbo de Dios, quien quiso encarnarse en sus inmaculadas entrañas. Ahora bien; el ser verdadera madre exige para una mujer que sea y se tenga como una sola cosa con el Hijo, de donde se sigue, que deben pertenecer á María, como Madre del Verbo humanado, todas aquellas grandezas de su Hijo que convienen á su sér de hombre. Entre las grandezas del Hijo de María existe, precisamente, la de ser Rey

y monarca del Universo, no solo por razon de la naturaleza divina, mediante la cual tiene el mismo dominio del Padre sobre todas las cosas, sinó tambien por razon de la naturaleza humana, por la cual, es Señor de todas las cosas, habiendo el Padre sometido á Él todas las criaturas. Por consiguiente, tambien á la Madre de este Hijo, tambien á María debe corresponder el nombre de Reina. Así pues, cuando la Iglesia dice, que María es Reina, quiere significarnos que este título no le conviene solamente en su denominacion, sinó en la realidad, no por un cierto respeto al Hijo, sinó por un derecho adquirido sobre su Reino.

María es aquella que despues del presente destierro, debe mostrarnos al fruto bendito de sus entrañas, Jesús, lo cual nos ofrece una nueva prueba de su poder sin medida y sin límites. Y en verdad, si el más grato de nuestros votos, si el más bello de nuestros deseos, si el más grande de nuestros bienes debe consistir, en ver á Jesús despues de las amarguras de esta dura peregrinacion, hallarse con Él, y gozarle eternamente; ¿cómo dejaría de ser poderosa Aquella, que puede satisfacer el más grato de nuestros votos, cumplir el más bello de nuestros deseos, y consolarnos con el más grande de nuestros bienes? Y puesto que nunca podríamos embriagarnos de tanto gozo, si el mismo Jesús no nos mirase con ojos benignos, no nos socorriese con amorosa mano, ni nos ayudase con piadosa misericordia; ¿cómo no será poderosísima Aquella que nos lo vuelve clementísimo y paternal? Por lo tanto, cuando la Iglesia ruega á María para que nos muestre despues del presente destierro al fruto bendito de su vientre, quiere darnos á entender, que debemos esperar de Ella la presente felicidad y la futura, porque toda súplica que dirija á Dios irá siempre acompañada de un favorable consentimiento.

Por lo que queda brevemente indicado hasta aquí, no tengo, amados hermanos, necesidad de muchas palabras para persuadiros, de que está comprendido entre las creencias de la Iglesia el gran poder de María sobre el Corazon de Jesús; y en esto consiste la devocion á Nuestra Señora del Sagrado Corazon. En efecto; al celebrar á María, como á Señora del Sagrado Corazon, celebramos en Ella á la preclarísima Madre que Jesús puso sobre su trono, en cuyas manos depositó los tesoros infinitos de su pasion y muerte, y á la cual concedió un grande poder sobre su mismo Corazon. Está claro, pues, que la devocion á la Señora del Sagrado Corazon se cuenta entre las creencias de la Iglesia. Ahora bien; si la devocion á la Señora del Sagrado Corazon se encuentra entre las creencias de la Iglesia, ¿quién negará

que sea una devocion sólida? Sin duda toca á la Iglesia, con el auxilio de las Escrituras, de que es la intérprete, y de la tradicion, de que es custodia, determinar lo que Dios quiere que creamos y practiquemos. En verdad es una maestra que no se parece á los demás maestros de la tierra, una maestra contra la cual las fuerzas del Infierno, y, por consiguiente, las de la falsedad, del error y de la heregía, no podrán jamás prevalecer; una maestra que, segun la promesa del Señor, será siempre pura é inmaculada en medio de todos los artificios de la mentira y de todo contagio del cisma; una maestra por la cual habla el mismo Jesucristo, de manera, que es su luz la que nos ilumina, es su sabiduría la que nos instruye, es su verdad la que se nos manifiesta, es su palabra la que resuena á nuestros oidos y se nos hace manifiesta al corazon. Por lo tanto, basta saber que una devocion está contenida en las creencias de la Iglesia para afirmar que es sólida; y como que entre las creencias de la Iglesia hay la devocion á Nuestra Señora del Sagrado Corazon, no puede cabernos la menor duda acerca de su solidez.

Si, segun San Pablo, en nuestra religion santísima, todo obsequio, empezando por el de la fé, quiere ser probado y razonable (1), estad ciertos de que la devocion á Nuestra Señora del Sagrado Corazon ha recibido el consentimiento de la razon y de la voluntad. Aduciré ahora las autoridades de los Padres y de los más antiguos y acreditados autores eclesiásticos acerca de la Vírgen Madre, y vereis, hermanos mios, que esta doctrina es confirmada por las enseñanzas de aquellos grandes panegiristas de la excelsa soberana del Universo, confirmada con las pruebas más incontestables de la lógica y de la credibilidad. No pudiendo referirlas todas, puesto que sería cosa de nunca acabar, y para lo cual no bastarían muchos volúmenes, me limitaré á indicar algunas, persuadido de que estas autoridades, mostrando admirablemente con limpieza y con fuerza los nobles sentimientos de aquellos piadosos varones, os harán sacar saludables consecuencias por la solidez de la devocion á Nuestra Señora del Sagrado Corazon.

En primer lugar, dada en María la matermidad divina, toda razon exige que se la considere investida con la más ámplia potestad; porque todo cuanto Dios conceda hoy á esta criatura sublimísima, siempre será poco, ó más bien nada, comparado con lo que ya le concedió, habiéndose entregado á Ella de la manera más íntima y más amorosa posible despues de la union personal. Por consiguiente, habiéndola

(1) Ad Rom. XII, 1.

concedido lo más, no puede suponerse que no quiera concederle lo ménos; y habiéndose dado enteramente á Ella, no puede suponerse que no quiera concederle lo que á su presencia es como nada. Con razon decía el gran Obispo de Nicomedia San Jorge, haber sido conveniente que Dios, entregándose Él mismo á María, la enriqueciese de privilegios sumos, indecibles, inmensos (1); y por eso, añadía San Buenaventura, que el justo y el más propio de estos privilegios fué el haberla hecho cerca de sí eficacísima y poderosísima para alcanzar cuanto pueda pedirse á favor nuestro. Ahora bien; ¿qué otra cosa significa esta eficacia y este poder de María cerca de Dios, sinó que Ella es la Señora del Sagrado Corazon?

Dada la maternidad divina, María adquiere un cierto derecho sobre su divino Hijo. Y esto no solamente por aquel vínculo, que une íntimamente todo hijo á la madre, sinó tambien de un modo, que, haciéndola singular entre todas las demás madres, le dá sobre el hijo un derecho singularísimo. En efecto; si las otras madres no suministran toda la sustancia, sinó solamente una parte al hijo que nace de ellas, María, habiendo concebido, no por obra del hombre, y quedado inmaculada su virginidad en la misma concepcion, suministró al Hijo por obra del Espíritu Santo, no solo una parte, sinó toda su sustancia y toda su naturaleza humana. Dice San Metodio, que si María es infinitamente deudora á Dios por haberlo elevado á ser su Madre, Dios es tambien deudor á María, habiéndole dado como verdadero hijo la humanidad (2). Y Guerrico Abad añadió, que habiendo María dado á Dios el sér de hombre que no tenía, Dios, en cierto modo, le dará su sér, comunicándole por participacion aquel poder, que está en Él, de disponer de todos sus tesoros y de su misma voluntad (3). Todo lo cual equivale á decir, que teniendo María como madre una cierta autoridad y un cierto dominio sobre el Hijo, debemos reconocer y confesar en Ella el mismo poder que se reconoce y se confiesa en el Hijo, de conceder gracias y cualesquiera gracias; y que puede disponer de Él, tanto por lo que mira á los bienes del Paraíso, como á todos sus bienes, satisfaciendo inmediatamente el Hijo cualquiera deseo de la Madre. ¿Qué significa este dominio y esta autoridad de María sobre su Hijo, sinó que Ella es la Señora del Sagrado Corazon?

Dada la maternidad divina, el Hijo de María no puede eximirse de

(1) In Specim. 8.
(2) Orat. in Hypas. Dom.
(3) Serm. 2 de Assumpt., V.

aquellos deberes propios de los hijos para con sus madres. Entre estos deberes se cuentan, sin duda, los de honrar á la madre y de emplear todos los medios para que los demás la honren. Cuanto exije la ley de la naturaleza, otro tanto lo ha confirmado Dios en sus mandamientos. Está claro, pues, que habiendo venido Jesucristo, no á destruir, sinó á observar la ley, debiendo cumplir estos dos deberes para con María, que es su Madre, debe honrarla y hacer que todo el mundo la honre. A esto se debió el que rogado por María á que obrase un milagro en las bodas de Caná de Galilea, lo hizo, á pesar de no haber llegado el día de descubrir al mundo su divinidad. Entónces quiso significar, que no habría obrado el milagro á ruegos de cualquiera otra persona, y que solo lo obró á instancias de María; entónces quiso darnos á entender, que anticipaba el tiempo establecido para obrar milagros, solo porque no podía dejar de oir la súplica de su Madre.

Nadie crea, pues, que Jesús, habiendo honrado de esta suerte y hecho honrar á María acá en la tierra, no quiera honrarla y hacer que la honren del mismo modo ahora, que reina á la diestra del Padre en medio de los esplendores del Cielo, puesto que no dejando de ser hombre en el Cielo, tampoco deja de ser allí hijo de María. Por consiguiente, debe cumplir hácia Ella con los deberes de hijo, así en la tierra como en el Cielo, honrarla y hacer que sea honrada. Ahora bien; ¿cómo la honraría, de qué modo la haría honrar, sinó oyendo todas sus súplicas, satisfaciendo todas sus peticiones, y contentándola en todos sus votos? Satisfaciéndola en todas sus peticiones indica claramente, que la honra; contentándola en todas sus votos, indica evidentemente que la quiere honrada; y con oir todas sus súplicas presta toda la veneracion debida á su Madre.

Me parece que puedo concluir ahora respecto del tema propuesto, que es sólida la devocion á Nuestra Señora del Sagrado Corazon. Cuando es confirmada por la sabiduría de los Santos Padres, y la autoridad de los Doctores, no ménos que por el consentimiento de las almas piadosas y por las religiosas prácticas de los místicos; cuando es sostenida por la misma razon, que, dada la divina maternidad en María, saca por legítima consecuencia su poder sobre el Corazon de Dios; cuando la aprueba la Iglesia, que procura promoverla en los ánimos de sus fieles hijos, para que con toda confianza acudan en todas sus necesidades al omnipotente patrocinio de María, ¿qué puede esperarse de más claro, verdadero y solemne para decir, que la devocion á Nuestra Señora del Sagrado Corazon es una devocion

sólida? Se puede estar seguro, pues, de ir al Corazon de Jesús por el Corazon de María; y es un dulce consuelo para los pobrecitos de acá abajo invocar como á su tierna madre á Aquella, que puede decir como el Padre celestial á nuestro gran Mediador: «¡Tú eres mi Hijo!»

Queriendo ocuparme de este consuelo, paso, casi sin advertirlo, de la solidez á la utilidad de la devocion á Nuestra Señora del Sagrado Corazon, la cual voy á demostrar con la ayuda de Dios. Oid, amados hermanos, porque estoy seguro de que, considerado atentamente cuanto voy á exponer, sentireis descender sobre vuestras almas como un suave rocío, por la seguridad con que podreis dirigir vuestras oraciones y ver despachadas favorablemente vuestras súplicas por Aquella, á quien saludamos, llenos de afecto y de confianza, como Señora del Sagrado Corazon.

Aunque sean todas bellas y útiles las devociones instituidas y recibidas por la piedad del pueblo cristiano hácia la Vírgen Madre de Dios, sin embargo, más bellas y útiles deben considerarse aquellas que se remontan al orígen de las piadosas misericordias de la misma, y á las innumerables maravillas que Dios obró por sus manos. Bajo este punto de vista, ciertamente no sabría figurarme que otra devocion, por antigua y renombrada que sea en el mundo, pueda parangonarse con esta. Venerando á María como á Señora del Sagrado Corazon, glorificamos á la Reina, sobre cuyas sienes el mismo Jesús puso la corona de la gloria, en cuyas manos confió las misteriosas llaves de sus tesoros, á cuyos piés quiso que Patriarcas y Profetas, Apóstoles y Mártires, Ángeles y Arcángeles, doblasen sus majestuosas frentes, declarándola soberana omnipotente del Cielo y de la tierra.

Estas son cosas á las cuales se eleva nuestra inteligencia, cuando reconocemos en María á la Señora del Sagrado Corazon, y me parece que serán suficientes para induciros á concluir acerca de la utilidad de esta devocion. Dejemos á la crítica todo cuanto podría contender y disputar, bastándonos lo que se nos presenta como indudable; y lo es, que con la devocion á la Señora del Sagrado Corazon nos elevamos al orígen de las piadosas misericordias de María, y á las innumerables maravillas que ha obrado Dios por sus manos; y como es precisamente esto lo que hace que una devocion sea más útil y más bella que las otras, está fuera de duda que la devocion á Nuestra Señora del Sagrado Corazon es utilísima y bellísima.

La devocion es tanto más bella y más útil, cuanto es más oportuna y á propósito para las necesidades de nuestros tiempos. ¿Y quién

ignora, que hoy el Infierno extiende ámpliamente los brazos para coger almas y hacerlas esclavas? Tal vez en ningun otro tiempo Jesucristo y su Evangelio, la Iglesia y el Sumo Pontífice, la Religion y sus ministros, la justicia y la honradez fueron más universalmente ultrajados; tal vez en ninguna otra época ha triunfado tanto la impiedad, se han abierto tanto los abismos, y cundió tanto la perdicion de las almas. La divina justicia podría no tolerar por más tiempo tan grandes iniquidades, podría sacar los dardos de su carcax...; y parece como si se oscureciese el cielo y se oyese de lejos el fragor de la tempestad; sin embargo, no hay que desanimarse y desesperar de la salvacion. Entre las nubes preñadas de rayos, en medio de las nieblas que se adelantan para ocultar toda luz, en medio de la tempestad que amenaza con el próximo exterminio, brilla un nuevo Iris, y este Iris es María. María brilla con la corona en la frente, con los señales de su poder, con la fuente de sus inmensos tesoros, ó sea, con el corazon de su adorable Hijo, llevando escrito en caractéres dorados sobre la frente el título gloriosísimo de Señora del Sagrado Corazon. Hasta aquí se nos había presentado como Señora de las Gracias, del Socorro, de la Esperanza, de la Ayuda, de la Salud y de la Providencia; mas hoy se nos ofrece con un título que los comprende todos, puesto que todos los demás le corresponden solo por ser Ella en verdad la Señora del Sagrado Corazon de Jesús, de aquel Corazon del cual descienden para nuestro bien todas las misericordias. Si el Corazon de Jesús es nuestra esperanza única, nuestra única salvacion, y el remedio único para curar todos nuestros males; si en medio de las tinieblas que nos rodean y de las sociales desventuras que nos espantan, es el solo astro radiante que puede iluminarnos; si es la sola Medianera que dispensa gracias piadosísimas y eficaces para arrancar á los hombres de los abismos de la perdicion, debemos decir, que fué altísimo consejo de la Providencia benéfica el habernos señalado de un modo más manifiesto en nuestros tiempos á Aquella, que posee sus tesoros, invitándonos á saludarla como á Señora del Sagrado Corazon.

La misma Santísima Vírgen, derramando con grande abundancia sus gracias, ha mostrado cuan provechoso sea el venerarla bajo esta advocacion. Por Ella recibieron pronto ayuda algunas personas, que se sentían oprimidas bajo el peso de espirituales angustias; otras, que instigadas por el furor de las tentaciones, estaban próximas á perderse; y por último, no pocos, que llenos de culpas veían abiertos bajo sus piés los abismos infernales. Por Ella fueron curadas obsti-

nadas fiebres y enfermedades contagiosas, fueron detenidos á medio curso terribilísimos rayos y devoradoras llamas, serenado el cielo, calmado el mar, alejada la desventura, rechazada la muerte, y arrebatadas á la misma tumba las próximas presas. Por Ella no faltaron para lograr la feliz eternidad, luces, avisos, socorros, buenos pensamientos, santos propósitos y celestiales deseos; ni por los intereses del tiempo pruebas evidentísimas de singular proteccion. Los Anales de la Archicofradía canónicamente erigida en Francia á gloria de la Santísima Vírgen saludada con este título, casi todos los dias refieren prodigios, que demuestran que María, invocada de esta suerte, extiende visiblemente su proteccion á todas las necesidades de nuestra flaca naturaleza.

Veis muy bien, amados hermanos, cuan ancho campo se me abriría delante, si me propusiese referiros todas las gracias otorgadas por Nuestra Señora del Sagrado Corazon á los devotos que la invocan con este título. Mas no espereis una larga relacion, porque sería empresa asaz árdua y atrevida sólo el enumerarlas muy á la lijera.

¡Ah! qué consuelo no debe ser para nosotros ver que María Señora del Sagrado Corazon, se nos muestra tan propicia? ¿Qué confianza no debe animarnos, sabiendo que conoce nuestras necesidades y oye todas nuestras súplicas? Ella es, sin duda, dueña absoluta de las gracias celestiales, es la dispensadora de todos los tesoros de la divina piedad, de los cuales, rogando, dispone á su arbitrio; sin duda que Ella, sujeta como criatura á la voluntad del Señor, como Madre tiene, en cierto modo, sometida á sí la voluntad divina. Podemos, pues, acudir en las angustias temporales y espirituales con plena confianza en el patrocinio poderosísimo de María, y venerándola de un modo particular como Señora del Sagrado Corazon, esperar con seguridad los beneficios de que tenemos necesidad.

Mas, para lograr que la Santísima Vírgen tenga especial cuidado de nosotros es preciso no disgustar á su divino Hijo, evitando á toda costa toda suerte de culpas, y que más bien le seamos aceptos con el ejercicio de las virtudes cristianas. Me parece que la afectuosa Madre se dirije á Jesús y á vosotros diciendo: *Fili, præbe mihi cor.* Dame tu Corazon, dice á Jesús; yo lo quiero para tener á mi disposicion innumerables gracias y distribuirlas á favor de mis hijos. Tu Corazon me pertenece; yo lo formé con mi sangre, y ahora lo quiero para consolar á los afligidos, para salvar á los perdidos, y convertir á los pecadores. Dame tu corazon, dice Ella tambien á cada uno de vosotros, yo lo quiero para purificarlo, para santificarlo, para hacerle

amar el Sagrado Corazon, y unirlo á este inagotable manantial de todos los bienes. Mírame: tengo en una mano el Corazon de Jesús, y en la otra los corazones de todos aquellos que son fieles á mi voz. Mi misión consiste en unirlos íntimamente, y por este motivo soy la Señora del Sagrado Corazon. Despues de todo esto, ¿quién no querrá corresponder á los llamamientos de María? Felices entónces, dichosísimos de nosotros, que podremos saltar de gozo, viendo á la piadosa Madre con su Hijo en los brazos tan noble, tan grande y tan rica de tesoros espirituales. Podremos gozar de las más caras esperanzas sabiendo que Ella está pronta para hacernos participantes de tan inestimables riquezas. Podemos cobijarnos con confianza bajo el manto de su patrocinio, no ignorando que tienen segura la victoria los que combaten en su compañía. ¡Ah! ven, pues, oh María, oh Señora del Sagrado Corazon, ven, y no te desdeñes de volver tus miradas sobre tus hijos. Confirma en los caminos del bien á los justos, y aleja de las sendas del mal á los que son desgraciadamente pecadores. Llena de las bendiciones divinas, dispensadora de las celestiales bendiciones, invocándote, sentimos un bálsamo en el alma, una dulzura en la lengua, y un alivio en medio de las miserias de la vida. Muéstranos tu poder, muéstranos, oh María, tu bondad, y nosotros, prometiéndote servir con fidelidad, aunque esto nos cueste los más duros sacrificios, no nos cansaremos jamás de saludarte como á Señora del Sagrado Corazon.

NUESTRA SEÑORA DE LA CORREA,

Ó DE LA CONSOLACION.

Cingulo tuo confortabo eum.
Le adornaré con tu cinturon.
(Isai. XXII, 21.)

Siempre ha sido la inconsecuencia la gran lógica de todas las escuelas del error. Y por cierto que el filosofismo de nuestro siglo, á pesar de su progreso continuo y de su ilustracion tan cacareados, nada ha adelantado en este particular. Pero ¿cómo había de adelantar, si falto de fijeza y solidez en sus principios al igual que las demás sectas falsas, es imposible que no bambolee á todo viento de doctrina? Jactancioso en reputarse él solo el regenerador de la sociedad, el civilizador del humano linaje, la gran ciencia del hombre, que le enseña sus derechos y sus deberes, que le ilustra y le ampara, que se amolda, digámoslo así, á todas las exigencias de su naturaleza, en sus producciones no hace alarde sinó de su humanismo y de la conformidad de sus preceptos con las inclinaciones de aquél. Las nuevas bases sobre que ha fundado la instruccion de los pueblos, el diverso giro que ha dado á las artes, hasta los más ridículos caprichos de la moda, todo en sentir de él ha sido para simpatizar con una naturaleza, que si bien dotada de un espíritu racional, éste no recibe las impresiones sinó por órganos corpóreos, materiales, á los que únicamente afecta lo positivo y palpable. Así es, que cuanto atañe á los sentidos, y en estos tiene su término, le merece aprobacion y aplauso: un monumento alzado á lo que él llama heroismo, una prenda que recuerde afecto ó proteccion, un distintivo cualquiera, aún cuando sea un despreciable cintajo, que signifique recompensa ó concordia, todo es para el mismo muy conforme á lo que requiere el sér humano. Pero

habladle á este nuestro humanitario filosofismo de esas propias demostraciones materiales, de análogos objetos sensibles, pero que dicen relacion con las creencias religiosas, entónces todo es fanatismo, todo es preocupacion, todo son resabios de los tiempos de la ignorancia: y los rosarios, y las correas ó cíngulos, y los escapularios, y las medallas, y las bendiciones de las candelas, de los vestidos, de los alimentos, todo son vanas supersticiones impropias de una sociedad ilustrada.....

¿Dónde está tu dialéctica, solo por antífrasis llamada filosofía? Con todo el peso de su infalibilidad gravita tambien sobre tí la sentencia del oráculo divino: «la iniquidad se ha mentido á sí misma.» Contra toda razon te arrogas tú lo que es propiedad exclusiva del catolicismo, y que en él pretendes ridiculizar. Solo esta religion de la humanidad es la que, conociendo á fondo á los individuos de ella, se adapta á sus instintos, á sus propensiones, miéntras permanecen en la línea del deber. Sabedora de que el hombre, además de un alma espiritual consta de un cuerpo orgánico, por medio del cual son trasmitidas á aquélla todas las especies ó ideas, se vale de lo material y sensible para poner en accion las facultades de la misma. Y ora le presenta un pedazo de estameña, como sarcásticamente lo nombran tus adeptos, para recordarle la fineza de una madre bondadosa; ora una correa ó un cordon como símbolo de confianza, como garante del auxilio que del Cielo puede prometerse. Con efecto, oyentes, y para concretarnos al signo bendito que motiva la presente fiesta, prueba es de las piedades de María para con sus hijos adoptivos la correa, dicha de San Agustin; una prenda es, que asegura á los que la ciñen del patrocinio y favor de la más amante y poderosa de las madres. Bajo el título de la Consolacion ha querido Dios que sea conocida María en la simbolizacion de la correa para denotar, que por medio de ésta hallaría el pueblo fiel consuelo, ayuda, confortacion. Ved aquí la idea de mi discurso.

Soberana Consoladora en la afliccion, ¿á quién mejor que á vuestra clemencia puedo recurrir en el empeño en que me hallo? Acogedme bajo vuestro manto maternal, dad fervor á mis palabras, uncion á mis acentos, á todas mis expresiones la eficacia y el poder de la gracia: A. M.

Desde la cuna del mundo, en que rebelde el primer hombre á la voluntad de un Dios, osára desentenderse de sus inviolables mandatos, precipitándose de aquí en una sima de males, ha brillado para el

frágil mortal un signo de consuelo y esperanza, que le ha sostenido en medio de su infortunada suerte. El que es rico en misericordias, y cuya justicia se halla equiparada en inmensidad con su clemencia, ha dispuesto en todos tiempos, que un recuerdo viviente de su piedad hácia el hombre detuviese el brazo de su infinito rigor contra las ingratitudes del mismo. La promesa de un Reparador, que aplastaría la cabeza de la diabólica serpiente, hecha á Adán; el arco de la alianza, que debía aparecer en las nubes como símbolo de la jurada entre el Criador y su criatura, asegurado á Noé; la palabra dada al padre de los creyentes, de que de su descendencia había de nacer el Mesías; la columna de fuego que guía á los hijos de Israel; la serpiente de bronce, á cuyo aspecto recobran la salud los emponzoñados por las víboras del desierto; el Arca del testamento con los emblemas que encierra, y mil otras figuras, son entre el pueblo de Dios un argumento de la benignidad de éste para con sus escogidos, y un motivo de confianza para los mismos en lo inagotable de aquélla.

Y si en la época de las sombras y de los enigmas tan radiantes se manifestaban las pruebas de las bondades divinas á favor de la mísera tierra; ¿despues que el velo del templo se rasgára para descubrir los secretos, despues que á la pintura sucediéra el original, á las tinieblas la luz, habían de ser ménos relucientes los testimonios, los rasgos ménos admirables? No por cierto. Y aquí están que lo dicen esta sacrosanta efigie, que nos recuerda un Dios muerto en un madero por nuestro amor; esa augusta víctima, que en memoria de un sacrificio cruento va á ser incruentamente inmolada sobre el altar en prenda de bondad y fineza. Y si esto no basta, aquí está María, que es la razon más convincente para el que todavía dude; que es el más seguro garante para el tímido y desconfiado. Efectivamente; el Unigénito del Eterno, si bien hermano nuestro por haber tomado nuestra naturaléza; si bien nuestro padre, que nos engendrára á costa de su vida, y que nos alimenta con su propia carne y sangre, con todo, es el supremo Juez de vivos y muertos, y al igual de Aquel de quien es hijo, es un Dios celoso, vengador de su honra, cuyas palabras de ira son encendidos carbones en frase del Salmista, y á cuyo grito de furor se estremecen los polos del universo y se derriten como cera las montañas. Por eso se nos ha dado una Madre, toda condescendencia y ternura, toda misericordia y compasion; por eso tenemos á María, bajo cuyo manto podamos acogernos en nuestros apuros. Ella, léjos de hacérsenos esquiva, nos busca, nos sale al encuentro, y como á pesar nuestro se afana para socorrernos y ampararnos. A

fin de que cobremos ánimo y nos acerquemos con franqueza á sus brazos, que nos los abre para protegernos, nos reitera con nuevas dádivas las pruebas de su amor maternal; multiplica los testimonios de su piedad hácia nuestra miseria. Ora quiere que su escapulario puesto como una señal sobre el corazon, sirva de prenda de cariño al mismo tiempo que de garante de seguridad; ora que su rosario sea nuestro escudo en los combates del Infierno, á la par que la amorosa memoria de su terneza entrañable. Y como si desease tenernos siempre atados á Ella para que nadie nos robe á su amor, ó bien nosotros, ingratos, no le huyamos, nos ciñe con su correa, vinculando en la misma todo el tesoro de su fineza y liberalidad.

En oracion se hallaba la esclarecida madre de S. Agustin, pidiendo fervorosa á la Soberana Señora de Cielos y tierra que se dignase darle á conocer el traje que vestía despues de la muerte de su Hijo, á fin de que ella en su viudez pudiese usar de igual. Aparécele benigna la que es toda misericordia, con negra saya y una correa ceñida en la cintura, revelando á su querida sierva, ser aquella la forma con que debía vestir si imitarla quería en su orfandad y desconsuelo. Ciñe Mónica la misteriosa correa y siguen su ejemplo sus tres hijas. Su hijo no se cuida de ella por entónces, que aún se halla engolfado en el turbulento océano de sus errores y vicios; pero apénas sobre la blanca túnica de catecúmeno viste el hábito negro de penitencia, circunda su cintura la correa, la correa que es despues el distintivo de su numerosa prole, el comun cuartel heráldico, digámoslo así, que estampan en sus blasones, en reconocimiento de su prosapia ó descendencia, los varios institutos religiosos que siguen la Regla del ilustre doctor de la Iglesia.

Ved aquí pues, hoy el orígen del venerable cinturon que se pone á los cofrades de Nuestra Señora del Consuelo. A María se debe el invento; su asenso á que Mónica y sus hijos vistiesen como Ella produjo la causa. ¿Y si de María es la correa que ceñimos, podremos dudar de que por su respeto se nos concederán todo género de beneficios? Cuenta la tradicion, que al dirigirse la Madre de Jesús con su Hijo y esposo por las soledades del desierto hácia Egipto, huyendo de la persecucion de Herodes, se encontró con una banda de foragidos, uno de los cuales, movido de lástima de aquella prófuga familia, inclinó los corazones de los demás á favor de su desgracia. Añaden Clemente alejandrino y S. Cirilo jerosomilitano, que María, en agradecimiento á aquel rasgo de humanidad dió al caritativo bandolero su cinturon, en credencial de la salvacion que le prometiéra. ¡Cuántos

teneis la dicha de poseer y ceñiros con la correa de María! Aquí teneis un ejemplo de lo que debeis esperar por virtud de este precioso cíngulo. En las manos de un salteador se pone para asegurarle su eterna salud; y ¿en vuestra cintura nada significaría? ¿ningun recuerdo simbolizará de benevolencia y proteccion? Para adorno y gallardía, para ejercicios de valor y destreza suele comunmente hacerse uso del cinturon. Apriétanlo la vanidad y el lujo, cuando quieren hacer pompa de sus encantos: ciñelo el guerrero, colgando de él sus armas: se lo estrecha el adalid, que á brazo partido ha de combatir en la arena: el otro, que en dilatada carrera debe ostentar su agilidad; aquel, que en sus violentas contorsiones de cuerpo desea reportar la corona; para todas las fuerzas físicas, en fin, acostúmbrase á comprimir la cintura. Adorno es de nuestra alma la pureza: ella es la joya más rica que nos atrae los embelesos de Dios y de los hombres; ella nos da las gracias de una forma angelical. Grandes, contínuos son los esfuerzos á que nos vemos precisados miéntras permanecemos en este campo de lucha y de triunfos. Armados están y aguerridos son los enemigos espirituales con quienes hemos de pelear, ora con el auxilio de una visible proteccion divina, ora como cuerpo á cuerpo, sintiéndonos abandonados al parecer del Cielo y dejados á nuestra propia debilidad. Lejana está la meta á la que debemos arribar, y mucho nos toca correr si ambicionamos la victoria: varias y no pocas son las violencias en que debemos ejercitarnos ántes de que el laurel prometido al vencedor corone nuestra frente. Ahora bien: en señal de pureza ciñen los cofrades de Nuestra Señora de la Consolacion la correa de María. «Recibe, se dice á cada uno de ellos al poner en su cintura el inmaculado cíngulo, recibe la correa sobre tus lomos, á fin de que ellos estén ceñidos en signo de templanza y castidad.» Símbolo es tambien ella de ayuda en las lides y penalidades á que debemos adiestrarnos. Pero he pronunciado símbolo, he dicho poco: la correa de María es más que símbolo, es como una culebra, que encierra, ya no el corruptible oro y la perecedera plata, sinó toda clase de consuelos y de dichas, de alivios y de prosperidades.

¡Oh, si el tiempo me permitiese presentar á vuestra vista, aunque no fuese más que en miniatura, los favores de toda especie que por atencion de su correa ha dispensado María á sus devotos que la han ceñido! Condenado á muerte con sus fechorías se hallaba el famoso Pablo Catinense, temible corsario de los mares de Venecia; cinturado de María invoca á Ella en su angustioso trance, tomando en sus manos la correa y prometiendo mudanza de vida: líbrale milagrosamente

de la muerte y de la infamia la Madre de la Consolacion, y él agradecido y fiel se entrega á la práctica de las virtudes. Era el terror y el estrago de los alrededores de Roma en tiempo de Pascual, papa primero de este nombre, un monstruoso dragon, que el Infierno había vomitado para guarda de los nefandos despojos mortales del más cruel y sanguinario de los hombres. En vano apura el piadoso pontífice remedios de todo género: acude, por fin, á la correa de María por inspiracion de la misma Consoladora de los afligidos, dirígese procesionalmente al lugar del sepulcro de Neron, el que la estancia de multitud de demonios había convertido en otro averno; huyen precipitados, atronando los aires con aullidos espantosos los espíritus malignos á vista del cinturon sagrado, con el que es atada la bestia voraz y conducida á la ciudad, á la manera que un manso cordero. Al contacto de la correa prodigiosa en los lomos de Zoa, esposa del emperador Leon, dejan igualmente los ángeles de las tinieblas á esta princesa, de cuyo cuerpo posesionados la atormentaban crudamente. La correa de María es la única atadura que queda sin romperse sosteniendo el áncora, cuando la furia de los vientos y la violencia de las desencadenadas olas troncha en mil partes las maromas más fuertes, en la horrorosa tempestad que sufriera un buque en el Adriático golfo. Al ceñidor invencible debe Gisberto, conde de Inspruch, la derrota de las huestes bárbaras que tenían ya sitiada la capital de sus estados. Mas ¿qué es lo que hago? ¿Pretendo tal vez referir uno por uno todos los beneficios con que María ha auxiliado á los que en sus necesidades han acudido al valimiento de su poderosa correa? Es empeño punto ménos que imposible. La correa de María ha sido siempre una panacea universal, un alivio comun en todo linaje de dolencias y de calamidades. En manos de la beata Melania libra de la muerte á una mujer en el parto; en las de S. Juan Facundo resucita un muerto en España; en el costado de un sacerdote le preserva en Forli de un arcabuzazo que contra él dispara su enemigo: ella hace renacer la paz, la armonía, el amor entre los matrimonios: ella aplaca la ira de Dios, conteniendo el ímpetu del embravecido mar, que en venganza de las divinas ofensas amenazaba engullir la delincuente ciudad de Pola en los dominios de la veneciana república. Digámoslo en pocas palabras cuanto decirse puede de ella. La correa de María es una mina inagotable de concesiones y gracias; es la llave que nos franquea la entrada á la eterna beatitud.

Sí, oyentes, y en ello está su gran excelencia, preciosidad incomparable. ¿Qué le aprovechará al hombre hacerse dueño de todo el

mundo si perdiese su alma, claman los oráculos divinos? ¿De qué nos servirían á nosotros todas las mercedes de la milagrosa correa, si en lo que más nos interesa no hallásemos una garantía de seguridad, ó á lo ménos de sólida confianza? Pero no, el cíngulo de María no es solo la vara de Moisés que brota prodigios en el Egipto de este mundo, y en el desierto de la vida deleznable que atravesamos; á su aspecto, cual en la toma de Jericó el del Arca de la alianza, y á su voz, al igual del eco de las trompas de los levitas y de los gritos de los hijos de Israel, se abre libre y anchurosa puerta á la tierra de promision. La Iglesia, árbitra suprema de atar y desatar en el tiempo lo que atado ó desatado debe quedar en la eternidad, ha depositado en ella todo el tesoro de sus riquezas. No hay mes en el año, en que quien la lleva ceñida no pueda ganar un sin número de indulgencias; ni un solo dia existe en el mes durante el que se halle cerrada para el cinturado esta abundante fuente de gracias.

Esos son pues, oyentes, los inmensos beneficios que, como en un manantial sin fondo, siempre rebosante, accesible siempre á todo el mundo, ha puesto el Todopoderoso en la correa de S. Agustin. Recuerdo de la que ciñera María, esta bondadosa Madre le ha alcanzado aquella virtud prodigiosa que del contacto de su sacratísimo cuerpo recibieron todos sus vestidos. Prenda de la ternura y misericordia hácia el nombre de la Consoladora de los infelices, ella ha impetrado de Dios que su correa fuese la salud de los enfermos, la vida de los que la perdieran, la salvacion de los pecadores, un lugar de asilo, un puerto de refugio, una señal de amparo y patrocinio para tribulaciones, pesares, infortunios y conflictos de toda especie y de toda magnitud. María ha alcanzado, por fin, de Aquel, que no quiere la muerte del culpable, sinó que se convierta y viva, que en el ceñimiento de su correa hallen sus devotos el perdon de las penas que deberían purgar en el otro mundo, á fin de que nada les impida despues de su muerte la pronta y expedita entrada á la mansion de la gloria perdurable. Venga ahora un siglo presumido de sábio, á zumbarse de estas señales de devocion y piedad que usan los fieles; jáctese impiamente de haber ilustrado sobre este particular á la gente ignorante, que ya no se cuida de escapularios, ni de correas, ni de rosarios, ni de medallas, que, segun parece, han perdido la virtud de hacer milagros. Yo concederé que en nuestros días de incredulidad y corrupcion no son tan frecuentes los beneficios que, por respecto á tamaños signos de religiosidad, dispensa Dios á los pueblos y á los particulares... Pero ¿qué digo? no, yo no concederé eso jamás. ¿Quién te ha asegurado, oh tú, que así

aguzas tu maldeciente lengua contra esos objetos benditos, quién te ha asegurado de que esas que tú llamas felices casualidades no sean efectos de la divina misericordia en atencion de los mismos? Es indudable que por Dios nada hay casual, y que ni el más insignificante evento sucede sin su permision; ¿qué sabemos, pues, nosotros, si, en su infinita bondad, se ha dignado atender á aquella devocion que el tal individuo ó la tal ciudad profesa al escapulario ó á la correa, para salvarle de la catástrofe que le amagaba? Por cierto que es una anomalía bien incalificable, y una bien vergonzosa inconsecuencia, echar pullas y sarcasmos contra las cofradías ó asociaciones religiosas, y los distintivos benditos que usan sus miembros, cuando una placa, una banda, un toison dán al individuo que con ellos se halla condecorado honores y privilegios sobre los demás. ¿Es decir, que en lo profano serán muy racionales y dignos de respeto ciertas órdenes y aquellos signos que simbolizan valor, mérito, privanza de un soberano, y en lo religioso será fanatismo inscribirse á sociedades de piedad, y usar aquellas señales que nos recuerdan la misericordia y proteccion del Cielo á favor de nuestra mezquindad...?

Dejad á esos extravagantes filosofastros, oyentes, que ni siquiera en sus insulsas diatribas contra la devocion saben tener la habilidad de formar un sofisma que merezca tal nombre. No abandoneis por los insubsistentes dicterios de cuatro descreidos, la piadosa costumbre de llevar sobre vosotros, y hacer llevar á los que dependan de vuestra autoridad, un objeto bendito. Si el militar ostenta con noble orgullo los galones y entorchados, testimonio de su intrepidez en los combates y de la munificencia del monarca, ¿por qué habremos nosotros de avergonzarnos en hacer gala de lo que es una prueba de nuestra religiosidad, y del acendrado afecto que nos profesa la Emperatriz de todos los soberanos? No cejeis, no, en vuestro fervor, cofrades de la Vírgen de la Consolacion, no os desprendais de la prodigiosa correa de María; considerad que María tiene un cabo de ella, y que si el otro está en vuestras manos, sereis guiados con seguridad por el intrincado laberinto de esta vida complicada de sucesos, é introducidos salvos á la region donde no se conoce ni la desdicha ni la zozobra.

¡Oh consuelo y alegría nuestra! estrechad con Vos por medio de vuestra correa á los cofrades que, en obsequio de vuestras finezas, la ciñen fervorosos y amantes; amparadnos á todos Madre de bondad inefable. Sois el consuelo de los atribulados; llenos de pesadumbre y de amargura nos hallamos en este mundo de penas; sed nuestro

placer, sed nuestro júbilo, sed nuestro gozo y contento, sed el regocijo de nuestras almas. ¡Ah! suspiramos gimiendo y llorando en este valle de lágrimas. Ea, pues, abogada nuestra, estos vuestros ojos misericordiosos volved hácia nosotros. Y presentadnos despues de este destierro á Jesús, fruto bendito de vuestro vientre. ¡Oh clementísima, oh piadosísima, oh dulcísima Vírgen María!

NUESTRA SEÑORA CON EL TÍTULO DE LA CÓRTE DE MARÍA.

Beati servi tui, qui stant coram te semper.
Dichosos tus criados, los cuales gozan siempre de tu presencia.
(III Reg. X, 8.)

Cortesanos, á quienes la opulencia y el fausto, la gloria y el poder detienen en rededor del rey, ó del magnate; hijos del mundo, que tan deliciosas reputais las horas que se pasan al lado de vuestras gracias y hermosuras; vosotros infelices, que á fin de alcanzar un amparo en las necesidades que os apremian, repetís las obsequiosas visitas á quien puede dispensaros proteccion; ¿por qué tan desalados correis trás sombras que se desvanecen? Venid, aquí está la verdadera magnificencia y la grandeza en su apogeo; una belleza divina, que ni la desgracia ni el tiempo marchitan, y sin lunar de ningún género que la afee; una bondad grande cuanto poderosa; acendrada en sus cualidades, infaliblemente eficáz en los efectos. Aquí está María, ante cuyo trono, rodeado de la triple auréola de majestad, santidad y beneficencia, se prosternan sus amantes y servidores para cortejarla con los rendimientos de la veneracion, las protestas del amor y los férvidos acentos de la súplica.

Sí, señores; cortesanos son de la Reina de los Cielos los que la obsequian hoy con tanta pompa y afecto, como para poner el sello á la cordialidad con que la veneran durante el año: cortesanos son de María, ésto es, entusiastas devotos suyos, que unidos en religiosa asociacion y divididos en coros, á la manera que las celestiales jerarquías, hacen la córte á la Señora del mundo, como la llama el seráfico Buenaventura; visitando cada dia uno de los asociados, en representacion del coro á que pertenece, y en nombre de toda la asociacion, la imágen de su Soberana que le cabe en suerte.

Ocúpense santamente otras piadosas asociaciones en obras de ca-

placer, sed nuestro júbilo, sed nuestro gozo y contento, sed el regocijo de nuestras almas. ¡Ah! suspiramos gimiendo y llorando en este valle de lágrimas. Ea, pues, abogada nuestra, estos vuestros ojos misericordiosos volved hácia nosotros. Y presentadnos despues de este destierro á Jesús, fruto bendito de vuestro vientre. ¡Oh clementísima, oh piadosísima, oh dulcísima Vírgen María!

NUESTRA SEÑORA CON EL TÍTULO DE LA CÓRTE DE MARÍA.

Beati servi tui, qui stant coram te semper.
Dichosos tus criados, los cuales gozan siempre de tu presencia.
(III Reg. X, 8.)

Cortesanos, á quienes la opulencia y el fausto, la gloria y el poder detienen en rededor del rey, ó del magnate; hijos del mundo, que tan deliciosas reputais las horas que se pasan al lado de vuestras gracias y hermosuras; vosotros infelices, que á fin de alcanzar un amparo en las necesidades que os apremian, repetís las obsequiosas visitas á quien puede dispensaros proteccion; ¿por qué tan desalados correis trás sombras que se desvanecen? Venid, aquí está la verdadera magnificencia y la grandeza en su apogeo; una belleza divina, que ni la desgracia ni el tiempo marchitan, y sin lunar de ningún género que la afee; una bondad grande cuanto poderosa; acendrada en sus cualidades, infaliblemente eficáz en los efectos. Aquí está María, ante cuyo trono, rodeado de la triple auréola de majestad, santidad y beneficencia, se prosternan sus amantes y servidores para cortejarla con los rendimientos de la veneracion, las protestas del amor y los férvidos acentos de la súplica.

Sí, señores; cortesanos son de la Reina de los Cielos los que la obsequian hoy con tanta pompa y afecto, como para poner el sello á la cordialidad con que la veneran durante el año: cortesanos son de María, ésto es, entusiastas devotos suyos, que unidos en religiosa asociacion y divididos en coros, á la manera que las celestiales jerarquías, hacen la córte á la Señora del mundo, como la llama el seráfico Buenaventura; visitando cada dia uno de los asociados, en representacion del coro á que pertenece, y en nombre de toda la asociacion, la imágen de su Soberana que le cabe en suerte.

Ocúpense santamente otras piadosas asociaciones en obras de ca-

ridad, confiando en que los misericordiosos alcanzarán misericordia. La asociacion de la Córte de María repetirá sus visitas á la que reverencia como Reina de todos los santos y Madre del amor hermoso, con la esperanza de que, en cambio de las que la hayan hecho, merecerán sus asociados en la hora de su muerte una de la bondadosa Señora.

¡Felices tus gentes, y felices tus criados, que están siempre á tu presencia! decía la reina Sabá á Salomon; y ¡felices, puedo yo exclamar con tanta más razon cuanto enorme es la distancia que media entre la Madre de Dios y el hijo de David; dichosos aquellos que á todas horas te cortejan, asiento de la sabiduría y templo de la Trinidad! Sí, afortunados vosotros, individuos de la Córte de María; venturosos vosotros, y con doble dicha, temporal y eterna. ¿Hay quién lo dude? pues voy á demostrarlo.

La asociacion de la Córte de María es un manantial de felicidad presente, y un garante de la futura en la otra vida para los miembros que la componen; y por natural consecuencia, es un motivo de confianza de que el Cielo mira con ojos benignos la España, donde ella ha nacido, y donde crece y se desarrolla de un modo providencial. Reina de todos los santos y Madre del Amor hermoso, dispensadme vuestra proteccion miéntras os saludamos con el ángel. A. M.

¿En qué consiste la felicidad? ¿Puede el hombre llegar á ser feliz? Hé ahí dos preguntas, cuya respuesta es para algunos todavía problemática. Dejemos abandonados á su réprobo sentido, segun la frase del Apóstol, á aquellos que, víctimas de los sentidos y sin fé en una vida futura, colocan su felicidad en los placeres materiales: bien dijo de tales el real Profeta, que su degradacion llega hasta el punto de hacerse ellos mismos iguales á los jumentos. Cuando el hombre con plena libertad abraza lo que lisonjea su afecto ó inclinacion, se abandona, digámoslo así, al placer que de ello le resulta; y cuando este placer, por motivo de la dignidad con que se ostenta, muy léjos de poner recelosa á la razon, la atrae suavemente; cuando por su intencion absorbe y consume cuanto puede contrariarlo; cuando está exento de toda desagradable idea en su porvenir y en su fin, entónces el hombre que de él goza, es feliz. Ya veis, pues, señores, en qué consiste, á mi ver, la felicidad. En disfrutar de un objeto sin temor de perderlo, en disfrutarlo con tanta extension, mejor diré, y permítaseme la frase, en que él tenga como enajenadas todas las potencias del espíritu, que deje como muerta toda otra sensacion que no sea la del placer que del mismo resulta, y en que, racional en sí, pueda contar siempre

con el asentimiento de una razon á la que no ciegan las pasiones, sinó que guía la luz de la ley eterna.

¿Y puede la asociacion de la Córte de María proporcionar al espíritu del hombre un placer y una satisfaccion tales, que lleguen á hacerle feliz? ¿Y el objeto, que es la causa de este placer y de esta satisfaccion, reune todas las cualidades para que en su disfrute no se halle más que una dicha ilusoria? Visitar á María, representada en sus imágenes, y visitarla, no como quiera, sinó á la manera que los áulicos visitan á sus soberanos, esto es, para tributarle los homenajes de respeto y adhesion, para gozar de su honrosa compañía, para merecer sus favores y su estima; hé aquí todo el objeto de la asociacion de la Córte Mariana. ¿Y qué hay en él que perturbar pueda la paz de una razon ordenada...? Pero ¿qué hablo de desórden? ¿Es posible, por ventura, hallar cosa más santa que pasar las horas obsequiando á María? Si despues de la humanidad del Hijo de Dios es la Virgen santísima, en cuyo purísimo seno se encarnó, la criatura más santa y perfecta, ¿puede la humana razon descubrir algo que le repugne en la contemplacion de tal conjunto de gracias, y en el placer que de la misma proviene al corazon? No, señores, nó; muy al contrario: la propia razon conoce que se vá perfeccionando al ocuparse de María; ella experimenta como vá inundándose de la perfeccion de que la misma rebosa; ella siente toda la pureza y santidad del deleite que se sigue á tanto goce. Mas tal vez dicha tanta vendrá á ser agriada por el temor, de que cuando ménos se piense sonará para ella la hora de su fin. ¡Qué le importa al hombre gozar de felicidad acá en la tierra, si viene un suceso imprevisto á burlarse de sus dulces ensueños, arrebatándosela en un momento; si ella es tan inconstante, que, apénas ha dejado sentirse, ya desaparece como sútil nubecilla, sin dejar siquiera señales de que ha pasado...! Mas ¡oh fortuna! no es así, nó, la dicha que se disfruta obsequiando á María: en su posesion no hay temor de pérdida; un rayo de esperanza, que alumbra un porvenir aún más venturoso, le dá nuevo realce. La felicidad crece al considerarse que la que se goza en esta vida, y que se halla más alto que todos los contratiempos y todo poder humano, no es más que el preludio y la sombra de la que se espera en la otra; al pensar que la córte que se hace á María por medio de sus imágenes, y por consiguiente en enigma y como en un espejo, para valerme de expresiones sagradas, no ha de cesar sinó para hacérsela cara á cara y á ella misma en persona.

No hay duda en ello, se me dirá; pero el placer, ó la dicha, si se

quiere, que se experimenta en honrar á María jamás será una felicidad completa para quien tiene un cuerpo orgánico, que no puede gozarse sinó en lo visible y palpable: podrá ser que el alma se halle embriagada con tal placer, pero como es espiritual en su causa, no podrá hacer llegar sus afectos hasta el cuerpo.—Hombre material, quién quiera que seas el que así te expreses: ¿á qué tanto cuidado de un cuerpo, que no es más que la cárcel donde se halla detenida el alma, segun la frase del Apóstol? ¿Qué por ventura no es siempre el espíritu el que siente el placer, sea cual fuere? Que de la sobreabundancia de un deleite redunde al cuerpo alivio de sus dolencias, nadie lo duda; pero la fuente de toda sensacion no es la materia insensible, es el alma.—No obstante, la dicha que se supone en cortejar á María no refluye á la parte física del hombre, por su demasiada abstraccion é inmaterialidad.—Es verdad que es en sí abstracta é inmaterial, mas no lo es ménos que se puede materializar, y que, de hecho, la materializamos á fin de identificarla más con las exigencias de nuestra naturaleza decaida.—¿Qué se quiere para saciar unos sentidos ávidos de placer? ¿Se pide una belleza deslumbradora, unos encantos que arrebaten, un conjunto de gracias acabado, un perfecto modelo de hermosura, de hechizos, un ángel en cuerpo humano, la beldad personificada?... María lo es todo: y los finos cabellos, y los dulces ojos de paloma, y los melifluos lábios de carmin, y las purpureadas mejillas, y la blancura de la nieve, y aquella celeste tez, y aquella figura divina, son necedades, puesto que nada expresan cuando se habla de la pulcritud de María: en dos comparaciones la descifró el Espíritu Santo: hermosa como la luna; única y elegida como el sol. A tanto cúmulo de preciosidades y perfeciones los sentidos quedan embelesados, y un dulce enajenamiento se apodera del hombre.

Mas, no es solamente la hermosura lo que le cautiva y le entusiasma: á veces, la majestad, la esplendidez, la gloria le afectan más que aquélla. Si es así, oh tú, que prefieres el placer de los sentidos á un gozo interno, no te canses en correr trás sombras, que á la hora más impensada te dejarán burlado: en María hallarás verdaderas gloria y grandeza, constantes nobleza y esplendor. ¿Buscas lustre régio, magnificencia augusta? María es la Emperatriz de Cielos y tierra, cuyos súbditos son todas las criaturas que en ellos existen. ¿Buscas poder absoluto? á una señal de María toda la naturaleza obedece; y el mismo averno se inclina en testimonio de sumision. ¿La fama, el honor, las hazañas, las distinciones y prerogativas es lo que te llama más la atencion y te excita mayor admiracion y encanto? El

nombre de María resuena del uno al otro polo acompañado de las bendiciones de los pueblos. María, tartamudea el tierno niño, que comienza á desatar su lengua; María, repite balbuciente el nonagenario, que va á cerrar sus párpados para siempre. A María canta afectuoso el fiero hijo de las selvas, y á María venera agradecido el mismo creyente de Mahoma. A la Vírgen Madre levanta sus más bellos y suntuosos edificios el culto europeo, y á la Vírgen Madre edifica dentro de su pobre cabaña un lindo altarcito el indio errante. El perfume del incienso y la aromática fragancia de las flores sube á María despues de adorado el supremo Hacedor, y María es ante quien doblan su rodilla dos hemisferios. ¿Y qué mucho? si María es la única á quien ha sido dado aplastar la cabeza de todas las herejías, dice la Iglesia; si, segun el Sábio, María es la que entre las bellas jóvenes que han amontonado prendas y riquezas ha sobrepujado á todas; si los privilegios con que exclusivamente la ha honrado el Omnipotente datan desde ántes de su sér natural, y pasan más allá de sus días mortales; si su concepcion fué inmaculada, su nacimiento santísimo, su niñez un dechado de perfeccion, su virginidad la primera y más completa cópia del candor, su parto puro como el rayo solar, su vida angélica, su muerte un dulce sueño en los brazos de su Criador.

¡Oh gran Señora! ¿qué es la grandeza del mundo, qué son su nobleza y dignidad comparadas con las que brillan en torno vuestro? ¿qué son sus blasones y sus honras cotejadas con las que os tejen la corona que ciñe vuestra frente...? Mas todo lo dicho es nada, señores: tantas gracias, tanto esclarecimiento, tanta majestad, no son más que estrellas, que si bien radiantes á nuestros ojos quedan eclipsadas cuando se presenta el gran astro al que deben su resplandor. Sí; cuando de María se dice que es Madre de Dios, todos sus demás títulos y excelencias desaparecen á vista de este océano de gloria. ¡Madre de Dios!!! á estas palabras el entendimiento del hombre se embota: el mismo Evangelio calla y guarda un sublime y misterioso silencio. Despues de habernos dicho que Jesús nació de María, ya no nos habla más de Ella, como si quisiese significarnos que de objeto tan sagrado no es dable tratar sinó muy reservadamente. El más subido elogio que la Escritura santa hace de los grandes conquistadores es, afirmar que la tierra enmudeció á su presencia: de María podemos decir, que el mismo Dios calló ante su dignidad. El Espíritu del Señor, que dirigió la mano de los sagrados escritores, quiso que ellos quedasen como asombrados á la vista de la obra maestra de su gracia. De Ella nació Jesús; luego su gloria es, en cierto modo, igual

á la de su divino Hijo. Y si desde toda eternidad el Padre habia destinado á su Unigénito para rescatar al mundo, desde toda eternidad tambien había designado á María para que diese á luz al Verbo encarnado en sus entrañas. María, pues, aún no existía, y ya se hallaba en los secretos divinos como el primer resorte de la grande obra de la redencion: Ella debía dar al hombre cautivo su libertador; Ella debía hacer trizas sus cadenas; por medio de Ella debían cumplirse los oráculos eternos. María no existía aún, y ya era, junto con su Hijo, el móvil de los más extraordinarios sucesos; el principio y el fin de todo. Para anunciarla había Dios enviado los profetas; sólo para representarla eran tantas figuras y símbolos. María no existía aún, y era la causa de que triunfase David, de que reinase Salomon, de que el cetro real se perpetuase en la tribu de Judá, de que profetizase Isaías; y las virtudes de los patriarcas, la sabiduría de los reyes, las conquistas de los héroes, las gracias y sorprendentes rasgos de las Rebecas, Raquels, Abigails, Judiths, Esthers, Déboras, no eran otra cosa que la aurora de la hija de Sion, de la cual debia nacer el Sol de justicia. Efectivamente, de Ella nació Jesús; luego, despues de Él, es María lo que el Cielo posee de más grande, lo que la tierra tiene de más augusto: luego, solamente Ella es la que puede compararse con el Hijo del Eterno humanado. Si Jesús con su muerte ha obrado nuestra salud, María con su mediacion nos la ha procurado; si el Hijo ha dado por los hombres su vida y su sangre, la Madre ha entregado por ellos el precioso fruto de su vientre; si el uno ha destruido los ídolos, la otra ha aplastado la cabeza de la serpiente; si el Verbo se ha hecho carne sin dejar de ser Dios, María ha sido madre sin perder la virginidad. Jesús, triunfador del infierno, está sentado á la derecha del Padre, empuñando el cetro de Rey de Cielos y tierra; María, vencedora del pecado, ocupa el trono más cercano á la Santísima Trinidad, coronada con la diadema de Reina de los ángeles y de los hombres. Al Hijo constituyó el Padre árbitro de su justicia para juzgar al mundo; á la Madre hizo dispensadora de su misericordia para perdonarlo.

¡Para perdonarlo! ¡oh! sí, para perdonarlo; y hé aquí, señores, el último quilate de la felicidad que proporciona la asociacion de la Córte de María. Menester es confesar, que en todos nuestros actos y proyectos siempre es el amor propio el agente principal. Nuestro bien; ved aquí lo que directa ó indirectamente buscamos en todas circunstancias. Nos embelesa la hermosura, nos encantan la ostentacion y el poder; pero si de ellos en lugar de favores solo hemos de

sacar indiferencia, se apaga el entusiasmo, al que tal vez viene á reemplazar el desprecio. ¿Cuál es el hombre que no prefiere un semblante benigno, afable, que respira amor y dulzura, á un rostro ceñudo por bello que sea? ¿una mano bondadosa y pródiga á un brazo impotente y desamparado? Pues María á sus encantos y á sus blasones reune una compasion ilimitada, una ternura que raya á lo inmenso. Ella es Madre clementísima, Ella es toda piedad y beneficencia: no hay calamidad, no hay miseria, no hay angustia que valga á resistir al poder de su bondad. Lo que puede Dios con su omnipotencia, puede María por medio de la súplica, dice un santo padre de la Iglesia. Una sola cosa no la es dada que es usar de justicia y rigor: Ella solo es todopoderosa en el ejercicio de la misericordia. Tú, que buscas lo tangible y real, aquí, aquí hallarás un verdadero positivismo: no son abstracciones, nó; lo que se te presenta es visible, es palpable, no es ménos que un consuelo en tus aflicciones, un alivio en tus infortunios, un amparo en tus contratiempos. ¿Qué quieren más tus sentidos para ser felices? En María la belleza ha derramado con profusion todos sus primores; la gloria y dignidad han puesto su asiento, el amor y la munificencia la fuente de sus beneficios. ¿Podemos desear objeto más cabal para gozar de felicidad en este mundo?

Los obsequios que se tributan á María son tambien un garante de la dicha eterna. Por demás sería entretenerme en probároslo. Las palabras de Ricardo de S. Lorenzo, á saber, que honrar á María, es atesorar la vida perdurable, han hecho en todos tiempos la esperanza de los fieles; y la devocion á la Vírgen, que el niño chupa junto con la leche de su buena madre, es la prueba más clara de que todo el mundo cristiano está con el sentir de los santos padres, de que tiene asegurada su salvacion quien es verdadero y constante devoto de María. Hé aquí, pues, vuestra gran dicha, individuos de la Córte Mariana. Vosotros, en un arranque de afecto á María, no os habeis contentado en ser solamente devotos suyos, habeis querido ser sus cortesanos; os habeis unido para hacerle la córte cada dia; os habeis asociado para que ya que en nuestros días se multiplican las sociedades, no solo para intereses materiales, sí que hasta para las diversiones y pasatiempos, y tal vez para pecar, hubiese una que se ocupase en obsequiar á María; una que, entre tantas cuyo objeto son la vanidad, la especulacion y los placeres de la carne, no pensase sinó en cortejar á María, en servir á María, en amar á María. Que no cejeis, hermanos míos, en el fervor con que habeis comenzado; que vuestra conducta corresponda á la nobleza de un cortesano de la Soberana del

mundo; que no sea en vano que la Iglesia haya abierto liberal sus tesoros en favor vuestro; que la santa Sede y el episcopado español hayan derramado á manos llenas las indulgencias y gracias sobre la asociacion de la Córte de María. Continuando en visitar á la Madre del amor hermoso en sus imágenes con un corazon ferviente, entónces vuestra felicidad será completa; entónces podreis reprochar á los mundanos amadores de la dicha de los sentidos y desdeñosos para la espiritual, el que solamente á vosotros es dado gozar de ambas, y que ellos ni siquiera pueden alcanzar ni alcanzarán aquella para la cual se afanan. Con efecto; puesto que el objeto de su placer es un semillero de remordimientos, al contrario del vuestro, que es un gérmen de perfeccion para el espíritu; material y raquítico, el suyo no puede llenar sus deseos, cuando el vuestro los satisface sobreabundantemente: su pretendida felicidad, endeble é inscontante, desaparece al primer soplo de un contratiempo; y la vuestra es permanente, segura, eterna como el objeto al que debe su orígen.

Pero aún no está aquí todo el honor de que podeis gloriaros, cortesanos de María: otra ventura os cabe, y es, que vuestra asociacion entraña una esperanza de bienestar y prosperidad para el porvenir de nuestra pátria. Que otros se jacten de trabajar por su engrandecimiento material, por sus adelantos, por su civilizacion: al fin todo se halla fundado sobre arena, y estriba en humo y vapor. La asociacion de la Córte de María es el más sólido cimiento sobre el que se han de levantar la bienandanza y la gloria de España. ¡Ah! cuando al través de llama destructora se veían desplomarse los templos consagrados á María; cuando sus imágenes eran objeto de burla y escarnio y aún de los más horrendos sacrilegios; cuando su nombre dulcísimo era blasfemado del modo más indecoroso; cuando sus fiestas habían cesado, sus sociedades se hallaban disueltas, sus hijos dispersos, el verdadero español exclamaba con el acento del dolor: ¡qué, tal vez mi querida cuanto infeliz pátria ya no es el pueblo de María!!! Pero al ver que en España es donde nace la asociacion de su Córte; al ver que en los pocos años que lleva de existencia cuenta tantos miles de individuos; que ya en casi todas las provincias de nuestro reino se hace la córte á la Reina de todos los santos; al ver, pues, que los españoles vuelven á enfervorizarse por la que siempre ha sido su madre y su patrona; que María se ha dignado hacer la gracia á nuestra nacion de que ella llevase el estandarte en la devocion de hacerle la córte, ya que durante nuestro ingrato olvido de su amor otros reinos nos han aventajado en obsequiarla; al contemplar, digo,

esas pruebas de ternura de María para con nosotros, y de recuerdo por nuestra parte de María, el corazon revive y se ensancha; un porvenir risueño se presenta en lontananza á nuestra vista: nó, clamamos en el entusiasmo de una esperanza que no tememos se nos frustre, nó: la España no está perdida; María la cobija aún bajo su manto maternal; nó, no será presa de la impiedad y de la herejía: lucirá el día dichoso en que se reanimen y tomen creces su catolicismo, su devocion á María, su poder y grandeza.

Sí, lucirá ese día, Madre del pueblo español; lucirá; pero en vuestra bondad fundamos nuestra confianza. Que amanezca bien pronto, misericordiosísima Madre, que amanezca cuanto ántes: que cesen de una vez para esta nacion tan trabajada, que cesen los sinsabores y las angustias; que cesen la desmoralizacion y la incredulidad; que esta vuestra asociacion lo renueve todo; que haga de cada español un digno hijo vuestro, y de todos juntos el pueblo de vuestra predileccion. Y á cuantos, magnánima Reina, son cortesanos vuestros, concededles lo que os piden en las visitas con que os obsequian: venid á visitarlos en la hora de su muerte: agraciadlos con vuestra presencia: manifestadles en aquellos momentos de amargura vuestro divino rostro, á fin de que sean salvos. *Ostende nobis faciem tuam, et salvi erimus. Amen.*

NUESTRA SEÑORA DE COVADONGA.

Et nomen Virginis, Maria.
El nombre de la Vírgen era María.
(Luc., I, 27).

Resuelto, señores, á no hablaros nada fuera de las glorias de María, y á ponderaros solamente sus misericordias y excelencias, he determinado huir de aquellos elogios impropios del santo lugar que ocupo, y con que á veces ha pretendido algun orador en iguales circunstancias ensalzar la gloria de su nacion. ¿Qué os parece que adelantaría para vuestra edificacion, único fin que debe proponerse todo orador cristiano? ¿Qué fruto os parece sacaríais vosotros de haberme oido? ¿Conseguiría yo más que entreteneros, desvaneciéndose todos mis discursos como el humo? ¿Lograría otra suerte que la de aquellas nubes que, por venir sumamente altas, las disipa el viento ántes que puedan dar á la tierra el agua que necesita? ¿Sembraría, por último, en vuestros corazones más que un poco de vanidad, cuando no debo pensar en otra cosa que en inflamar más y más vuestra devocion y vuestro agradecimiento?

Pues no, oyentes, no debeis exigir de mí estilo, cosa contraria al motivo que os junta á pagar el tributo de vuestra gratitud á María: debeis, sí, apetecer, que solo os hable de sus glorias y grandeza; debeis solamente desear, que regale vuestros oidos con la suavidad de su dulcísimo Nombre. A la verdad, es este sagrado Nombre tan portentoso y grande, que afirma S. Pedro Crisólogo (1), no ser necesario más que proferirle para dar á conocer la dignidad y mérito de la Vírgen. Porque María, en la lengua latina, añade este sábio padre,

(1) S. Petri Chrysol., serm. 142.

es lo mismo que señora y soberana; lo cual siendo así, como lo es en realidad, juzgo yo que el evangelista S. Lúcas, refiriéndonos en el evangelio que habeis oido, la célebre embajada que le envió Dios por el ángel, solo se contentó con decir, que el nombre de la Vírgen á quien se enviaba era María, para darnos á entender de este modo, que toda otra explicacion era por demás; diciendo el nombre solo es cuanto hay que decir en línea de poder y excelencia, porque no es este divino nombre como aquellos nombres pomposos é hinchados con que los hombres piensan eternizar su memoria en el mundo: no es como aquellos nombres que perecen con sus dueños; aquellos títulos de vanidad y fastuosos, que no teniendo más realidad que en la fantasía de los que se adornan con ellos, se encierran con sus dueños en el sepulcro, y dejan tal vez una memoria abominable. Nó: este divino nombre en nada se parece á aquéllos, sinó que es desemejante cuanto vá de memoria á memoria, esto es, de la memoria que merecen y dejan los terrenos, á la que merece y dejó el suavísimo de María.

Oid, sinó, para admirar más su grandeza y conocer más bien la distancia de él á ellos, á los santos padres, que ellos os harán ver en pocas palabras la futilidad de aquellos nombres y la solidez del que hoy veneramos. *¿Qué nombre*, dice el beato Alano (1), *se elogia más en el mundo que el de María? ¿Qué nombre es más frecuentemente alabado en la boca de los fieles que el de esta santísima Madre? Vuestro nombre, señora* (2), añade S. Juan Damasceno, *pronunciado contínuamente por los fieles, los sostiene y confirma en la fé que han recibido y abrazado; de tal suerte* (3), continua S. German de Constantinopla, *que así como nuestros cuerpos dan señal de vida por la respiracion, vuestro nombre, oh santísima Vírgen, contínuamente exhalado por nuestra boca, no solo dá señal de la vida y alegría espiritual que tenemos, sinó que nos la procura y la concilia:* no solo manifiesta que vivimos en Vos y en Jesucristo, sinó que Vos misma nos haceis vivir en una y otro, sosteniéndonos para que no caigamos en la ruina espiritual que causa el pecado.

¿Qué os parece ahora, hermanos, con tan recomendables testimonios de la grandeza de este divino nombre respecto de los nombres terrenos? ¿Qué juzgais de la hinchazon y vanidad de éstos relativamente á la virtud y poder del santísimo nombre? Decid, habeis

(1) B. Alan., in cap. I Cantic.
(2) S. Joan. Damascen. Ode 6, de V. M.
(3) S. Germ. Constantinopol., de Laud. V.

oido por ventura otro que, como éste, segun S. Antonio de Padua (1), *alegre el corazon, dulcifique la boca y divierta suavemente el oido al escucharle y proferirle*? ¿Habeis notado que ninguno deje una memoria tan agradable, y que, como se explica S. Buenaventura (2), *cause ó produzca con la memoria una imponderable paz de espíritu*? Pues si no le habeis oido, si, por el contrario, habeis notado siempre, que apénas hay ni ha habido otro cuya memoria sea por punto general agradable, siendo la de los más para unos aborrecible, para otros indiferente, á proporcion de lo que sirvieron en el mundo los que los llevaron; prestadme vuestra atencion, que solo os he de hablar en este rato de este dulcísimo nombre. Esto es, ponderaré en el mismo nombre las glorias de María, procurando encender más y más vuestra devocion con la memoria de sus misericordias. Dividiré este discurso en dos partes, dándoos en cada una bastante materia para que formeis muchas elevadas ideas de este dulcísimo nombre. La primera os pondrá delante *las excelencias del nombre de María:* la segunda *su poder*. En aquélla vereis como católicos cuán acreedora es la Vírgen santísima á la veneracion universal de todo el cristianismo: en ésta vereis puramente como españoles que debeis ser los primeros en tributarle vuestros respetos.

Dadme, Señor, vuestra gracia, extendiendo la liberalidad á todo este auditorio por la intercesion de vuestra santísima Madre: A. M.

Aunque parece que no hay cosa más arbitraria que los nombres, por ser los hombres quienes los imponen, sin otra razon que su voluntad y capricho; con todo eso se conviene generalmente, en que deben de tener cierta relacion y proporcion con la naturaleza y perfeccion de las cosas nombradas, que sea como la definicion y el elogio de ellas. Deben convenir los nombres con las cualidades de los que los llevan, porque si no sucede así, descubre al instante la impropiedad y se nota la desproporcion. La excelencia, la magnificencia y la grandeza del nombre es constante que pide de justicia un héroe á quien le venga naturalmente. El nombre debe ser el compendio de las virtudes que debe tener el sugeto á quien se le impone; pero si faltan éstas, si no hay méritos que le hagan brillar, si no hay otras cualidades que resplandezcan con él, nada supone el nombre, no puede ser compendio de nada, ni tener propiedad ninguna.

(1) S. Ant. Pad., serm. de B. V.
(2) S. Bonav. in Specul. Virg., c. 8.

En una palabra, el nombre debe ser tal, que con solo pronunciarlo diga cuanto hay que decir del sugeto que lo lleva: debe inspirar en los que lo oyen aquel respeto y veneracion á que es acreedor el que con él se adorna: debe, en fin, poner de golpe en la idea toda la elevacion, todo el mérito del que con él se distingue. Tal debe ser el nombre para que tenga propiedad, y tal es el que hoy veneramos en la Reina de las vírgenes. Nombre, que así como el de Jesús no puede decir más para hacernos formar idea del Hijo de Dios y de todas sus obras, así tambien el dulcísimo nombre de María no puede decir más para hacérnosla formar de su santísima Madre y de todas sus gracias. Nombre, que inspira veneracion á los ángeles y á los hombres.

En efecto, habiendo sido escogida la Vírgen para poner por obra el mayor designio de Dios, cual era la encarnacion de su santísimo Hijo; es indubitable que preparó tambien á aquélla, desde la eternidad, un nombre propio para denotar su superioridad sobre todas las criaturas. Por esta razon juzgo que dijo Isaías (1): *que la nombró ó llamó el Señor con su misma boca;* para darnos á entender, que no fué la casualidad ó el capricho quienes arbitraron sobre la imposicion de este suavísimo nombre, sinó el Espíritu Santo, que, segun el comun sentir de los padres y teólogos, se reservó á sí el poder, la eleccion y el cuidado de nombrar á su esposa en el tiempo que tenía determinado producirla. La nombró pues, hermanos; pero ¿cómo? Con un nombre en todo respetable, santo y augusto como el de Jesucristo. La nombró María, que, segun su comun interpretacion infinitas veces oida por vosotros, quiere decir *mar*, complexo y cúmulo de todas las gracias; pues, del mismo modo que en la admirable obra de la creacion, *juntas todas las aguas en un cuerpo las llamó mar*, así tambien juzgaron los padres y teólogos, que juntando todas las gracias, cualidades, privilegios y preeminencias en esta divina Señora, las llamó María. María, vuelvo á decir, mar inmenso de perfecciones, definicion propísima de esa amabilísima Madre, pues basta proferir su dulce nombre para dar noticia de todas, hasta de sus mayores cualidades y excelencias. Considerémoslo sinó con reflexion y atentamente. En primer lugar, supongo que todos los padres y teólogos convienen, en que este divino nombre denota ó señala la grandeza y dignidad de Madre de Dios con que la adornó el Altísimo. Supongo

(1) Isai., cap. XL, 26.

tambien, que á esta incomparable dignidad conceden todos inseparablemente unidas aquellas imponderables propiedades de señora y soberana, aquella dominacion sobre todas las criaturas, aquel mando sobre los espíritus angélicos, aquel imperio sobre los demonios, y aquel señorío sobre todos los elementos con que nosotros la concebimos. Oid al más elocuente entre los padres, S. Juan Crisóstomo: *Gran tesoro*, dice, ponderando los nombres que Dios impuso á los antiguos patriarcas, *gran tesoro hay en estos nombres, porque todos ellos contienen hechos memorables é historias de grandes y sublimes acciones; gran tesoro encierran estos nombres*, pero no dificultoso de encontrar, porque con solo proferirlos se descubre toda la riqueza en que abundan; *gran tesoro contienen estos nombres*, sí, porque ¿quién pronunciará el de Abrahán que no perciba su fé y obediencia? ¿Quién el de Isaac, que no vea su religion y conformidad? ¿Quién el de Jacob, que no conozca su fertilidad y promesas? ¿Quién el de José, que no se instruya de su castidad y sabiduría? ¿Quién el de todos los demás patriarcas, que, respectivamente, no halle en cada uno una historia de todas sus cualidades y acciones, un gran número de hechos memorables con que se distinguieron sus vidas? Pues si esto sucede con los nombres de los antiguos patriarcas, siendo el de la Vírgen infinitamente más misterioso, ¡cuánto mayor tesoro no contendrá en sí que los de ellos! ¡Con cuánta más propiedad definirá á la Señora que los de Abrahán y los demás patriarcas á los que con ellos se adornaron! ¡Cuán más exacta historia compendiará de sus cualidades, gracias, dignidad y preeminencias! Consideradlo allá vosotros, que yo bien sé que no tendreis mucho que fatigaros en averiguar esta verdad, formando el cotejo de nombre á nombre: por lo que á mí toca, me basta saber, que no hay ni puede haber nombre en el Cielo ni en la tierra, que, despues del de Jesucristo, sea más significativo, más propio, más expresivo, más abundante de misterios que el de esta divina Madre. Por manera, que al leer yo lo que dice el apóstol S. Pablo, escribiendo á los Hebreos (1), de la elevacion de Jesús sobre las más altas inteligencias del Cielo, no dudé aplicar su sentencia al dulcísimo nombre de María respecto del de los antiguos patriarcas; y afirmar, que es tanto más abundante y rico, que contiene *tantos más tesoros é historias de cosas admirables, cuanto los excedió infinitamente en dignidad, gracias y privilegios.*

Vosotros mismos habeis de notar la infinita distancia y la imponderable elevacion de este gran nombre sobre todos los demás nombres que pueda recordar vuestra memoria. Reflexionad sinó sobre vosotros mismos, y decidme: ¿qué concepto formais de esta gran Reina, qué ideas, qué sentimientos cuando pronunciais este suavísimo nombre de María? ¡Qué dignidad no os presenta en la imaginacion al proferirle! ¡Qué abundancia de gracias, qué señorío, qué majestad, qué dominio y qué altura al respirarle! ¿Por ventura hay alguno entre vosotros, que luego que articula este suavísimo nombre no forme el concepto de que Ella es la Madre de un Dios, la Señora de todo lo criado, la Reina del Cielo y de la tierra, y la que tiene no solo un natural dominio sobre todas los cosas, sinó sobre el Señor de todas ellas? ¿Por ventura hay alguno, que al pronunciar este dulcísimo nombre no le venga á la idea, que ella fué escogida desde la eternidad entre todas las criaturas posibles, santificada en el vientre de su madre sobre todos los ángeles y santos, y adornada de todas las gracias que puede dar la liberalidad del Criador? ¿Por ventura hay alguno, que no sienta y experimente en sí al oir proferir este suavísimo nombre una alegría y consuelo interior, que le está como diciendo, que ella es su refugio, su amparo, su protectora, su abogada, su medianera y su madre? ¿Por ventura, en fin, hay alguno que, con solo decir *María*, no perciba todo lo sublime, todo lo grande, todo lo excelente que hay en esta amabilísima Reina? Yo bien sé, que no le hay ni le puede haber entre vosotros, pues aunque no ignoro que no es igual la luz en todos, aunque conozco que la fecundidad del espíritu depende principalmente de la lectura, y que de este cultivo serán acaso más entre vosotros los que carecen que los que le han probado; con todo eso, bien sé, que no necesitais vosotros más lectura que el oir este divino nombre para conocer todo lo que es quien le lleva. Bien sé, que heredasteis de vuestros padres una fé tan sólida, que ella misma suple en vosotros, por punto general, la instruccion que pudierais adquirir en los libros. No me atrevo, no obstante, á decir, que nace con vosotros el suavísimo nombre de María con todas sus nociones y predicados; pero diré sin temor, que la piadosa ambicion de vuestros padres, en todo diferente de la de aquellos *que grababan sus nombres en los tiernos arbolillos para que creciesen cuando creciesen sus troncos*, como cantó el poeta, con mejor acuerdo grabó en vuestros tiernos corazones desde la niñez el dulcísimo de María. Sí, oyentes, sí, con mejor acuerdo vuelvo á decir; y de ahí proviene que creciendo con vosotros ese dulcísimo nombre conoceis solo con pronunciarle todos los tesoros que encierra.

(1) Epist. ad Hebr., II.

Ahora ya no dudo que cuando digo, que el nombre de María es la definicion más propia, el elogio más grande, la historia más verídica de las cualidades y privilegios de esta amabilísima Madre, vosotros no hallareis reparo en creerme; porque á la verdad, ¿qué reparo podreis encontrar á vista de lo que experimentais en vosotros mismos? Sería ofender vuestra religiosa devocion el pensarlo solamente, y más viendo resplandecer en estos sagrados cultos el fuego en que arden vuestros corazones; quiero decir, aquel amor con que los teneis inflamados hácia esa divina Madre. No es posible, nó, yo lo confieso: es mucha vuestra fé, muy grande vuestra religion, grandísima vuestra piedad para contradecir las excelencias que vosotros mismos encontrais y descubrís solo con pronunciar su divino nombre. Los que las contradecirán serán los hijos perversos, de que por nuestros pecados está infestada la tierra. Pero ¿os parece que porque ellos se opongan podrán disminuir un solo ápice del concepto que tienen del nombre de María los verdaderos cristianos? Los verdaderos hijos, los sólidos cristianos conocerán siempre al nombrarla, ú oirla nombrar, que Ella es Madre de Jesucristo, que es su corredentora, que es su consuelo, que es su esperanza, que es su refugio, y que por Ella han de conseguir la felicidad eterna. Habeis visto las excelencias del nombre de María; ahora vereis el poder de ese divino nombre.

Alberto Magno, elogiando el poder del nombre de María: *Si las adversidades*, dice, *infelicidades y tribulaciones os oprimen, no os aflijais; acudid á María, recurrid á su misericordia é invocad su santísimo nombre.* No os acobardeis, continúa S. Bernardo, ni caigais en desconfianza de vencer las tribulaciones y conflictos: léjos de eso, *en todos vuestros peligros, en todas vuestras angustias, en todas vuestras perplejidades, pensad en María é invocad á María sin apartarla de vuestro corazon y vuestra boca.* No os aflijais, no os acobardeis, *porque siendo Ella aquella hermosa estrella nacida de Jacob, cuyo esplendor brilla en los cielos, penetra en los abismos é ilumina á todo el mundo, hallareis en Ella vuestro remedio solo con invocarla.* Las dificultades más imposibles, las empresas más árduas y más difíciles, todo cesa al poder del nombre de María. *Hasta la gracia y la misericordia*, dice San Anselmo, *se suele conseguir más bien invocando el nombre de María que el de Jesucristo;* no porque no sea más respetable sin comparacion el santísimo nombre de Jesús, sinó porque se deja captar tanto el Señor, digámoslo así, del amor de su santísima Madre, que no le queda arbitrio para dejar de conceder lo que se pide por su dulcísimo nombre. En fin, no hay poder que pueda contradecir el

dominio de esta gran Señora: no hay poder que pueda resistir á los que la invocan de veras. Ved ahí, oyentes, lo que nos dicen del poder del nombre de María los santos padres. Pues ahora dignaos de acompañarme con vuestra consideracion, y os convencereis, que debeis ser los primeros en tributar á esa santísima Madre vuestros respetos. Venid pues conmigo; pero ántes resolveos á dar una vuelta, porque he de poneros en las cercanías de Jerez de la Frontera, y sobre las riberas del Guadalete, donde, en 714, castigó Dios los pecados de Witiza y de D. Rodrigo, punto final de la gloriosa sucesion é imperio de los godos, que por más de trescientos años hizo temible y respetable la fama en todo el universo. No pienso fatigaros en este penoso viaje, refiriéndoos el orígen de la infeliz catástrofe que voy á enseñaros. Venid conmigo, vuelvo á repetir, que quiero que veais puestos los ejércitos en batalla á las orillas del Guadalete, trabarse á la primera órden y pelear furiosos, unos por la gloria de vencer, otros por defender su libertad. Quiero que veais resplandecer las espadas, vibrar las lanzas, moverse intrépidos los escuadrones, dudar de la victoria, perderla los nuestros, huir y desaparecer para siempre el monarca y quedar el campo por los agarenos. Quiero que veais á éstos llevar desde allí el duro y pesado yugo de la esclavitud é imponerle en todas partes, extender las cadenas de la servidumbre por todo el reino, ejercer su tiranía impunemente en todos los lugares, profanar los templos en todas las provincias, corromper las vírgenes, violar las doncellas, forzar las casadas y llenar de abominacion toda la tierra. Quiero que veais..... Pero ¿para qué os he de cubrir el corazon de luto en el día de mayor júbilo de España? ¿Para qué os he de llenar de horror cuando os convido á ver y admirar las misericordias de nuestra divina protectora? Cuando os llevo á que veais el poder de su dulce nombre para que rebose vuestra alegría, ¿por qué os la he de acibarar con la presencia de tantos males? Pero conviene así, para mayor gloria de María y para mayor complacencia vuestra. Dejad ya las riberas del Guadalete y venid á Covadonga, teatro de las maravillas de la Reina del Cielo, á Covadonga, trono de esa divina Madre, desde donde esparce á manos llenas sus misericordias; á Covadonga, sólio escogido por Ella para oir á vuestros padres, y para proveer de allí á su remedio y al de esta católica monarquía: entrad en aquel estrecho recinto; pero ántes preparad vuestra admiracion, porque hay allí mucho en que emplearla. Allí vereis, por una parte, apénas mil hombres de débil fuerza, para tan grande empresa como la de sacudir el yugo de la servidum-

bre, alistarse bajo del nombre de esa divina Madre: allí vereis, por otra, un soberbio ejército de agarenos amenazar con la muerte á pocos españoles, contándolos víctimas de sus cimitarras, sin otro trabajo que el de sacarlos fuera de la cueva que les servía de asilo: allí vereis, por otra, rodeados éstos de tribulaciones y conflictos, postrarse é invocar á una voz como los niños en el horno de Babilonia el poderoso nombre de María: allí vereis despertar, digámoslo así, el poder de esa amabilísima Madre, que parecía haberse dormido desde el principio de la fatalidad, á la voz y clamor de sus fieles servidores: allí vereis que vuelve á manifestarles el risueño y alegre semblante, que parecía tenía apartado de ellos, acordándose de sus misericordias pasadas, de nuestras miserias presentes y de nuestras tribulaciones: allí, en fin, vereis, recobrados los ánimos de aquellos religiosísimos españoles con la dulzura del divino nombre que los protegía, salir invocándole desde la cueva, y salir con ellos el horror, el espanto, el miedo y la muerte para los mahometanos.

Todo esto vereis en el estrechísimo recinto de Covadonga; y al ver todo esto, al reparar todo esto, al considerar todo esto, al mirar al eco del nombre de María volverse contra los agarenos sus propias saetas y dardos, desplomarse los montes sobre sus escuadras, sepultar bajo de su mole millares de hombres; al mirar al mismo suavísimo eco apoderarse el terror pánico de los que ántes blasonaban sobre Dios y tomar vergonzosamente la huida; al mirar, finalmente, postrados en el campo de batalla los robustos de Moab, aumentados los ríos con la sangre de sus cuerpos, victoriosos, alentados y libres á nuestros mayores: ¿cuál direis que debe ser nuestro reconocimiento á vista de esta vivísima pintura del dulcísimo nombre de María? Vivid, pues, reconocidos á esa divina Madre sin apartarla de vuestro corazon y vuestra boca, como encarga S. Bernardo. Invocadla en las tribulaciones, en las angustias y en los peligros, para hallarla propicia como nuestros padres: fuera de ellas, para manifestarle vuestro agradecimiento. Invocadla, y os consolará el nombre con la significacion y os asistirá con su poder. Invocadla, que con solo nombrarla, hallareis consuelo y amparo. Heredasteis la fé de vuestros padres; manifestadlo en ser tan religiosos como ellos; y si hasta aquí por ventura fuisteis tibios y descuidados, aún no es tarde, proponed la enmienda, y comenzad desde ahora á ser lo que hasta aquí debíais haber sido.

Sí, dulcísima María, por la gloria de vuestro nombre os suplico, que manifesteis su poder sobre la frialdad de nuestro espíritu, para que no padezcamos más descuido en corresponderos como debemos.

Haced sensible, Señora, este poder sobre los enemigos de nuestra nacion para que se perpetúe la paz en este reino católico, ya que á Vos os debe su restablecimiento. Así sea, gran Dios, como el que Vos, por la intercesion de vuestra santísima Madre, nos concedais á todos la felicidad eterna de la gloria.

NUESTRA SEÑORA DE LOS DESAMPARADOS.

Sub umbra illius quem desideraveram sedi, et fructus ejus dulcis gutturi meo.

Sentéme á la sombra del que había yo deseado, y su fruto es dulce al paladar mio.

(CANT. II, 3).

Cuando la voluntad apetece un objeto con ánsia, ¡cuán activa y perseverante vá á la consecucion y goce de él! Cuanto puede retraerla de lo que ama ó impedírselo, todo lo huye, todo lo aborrece, porque su propension es hácia el bien que abrazó como deleitable. No es un delito amar; el hombre sin amor no sería racional: Dios mismo no está exento de él, y lo posee en un grado tan sublime, que iguala con la infinidad de todos sus atributos. El amor es como el alma y la vida de todo lo criado; y si su influjo empezó á manifestarse desde el primer efecto que produjo la palabra primera que habló Dios, así continuará, sucesivamente, hasta dar impulso á la última operacion que ejerza el último de los hombres. Todo esto, que es una verdad en el órden de la naturaleza, no lo es ménos en el de la gracia. El amor hizo bajar del Cielo á la tierra al Hijo de Dios: el amor le revistió de nuestra carne y le sujetó á nuestras miserias: el amor le condujo al patíbulo, le arrancó del número de los vivientes, abrió las puertas del Paraíso; y el amor, en fin, lleva á unos á la eterna felicidad y á otros á una perdurable desventura. ¡Qué reflexiones, qué ideas tan sublimes nos ofrece el amor en el órden sobrenatural y en la esfera de la gracia! ¡Un Dios que nos redime á todos! ¡Unos que se pierden, otros que se salvan! ¡Qué diversidad! Pues todo es efecto del amor hácia diversos objetos. Si la voluntad se resuelve por la honestidad y por la virtud, la felicidad del hombre es indefectible; mas es irreparable su perdicion si un bien aparente y falaz termina sus deseos. El hombre ha de amar por preci-

sion: en su mano está decidirse por la virtud ó por el vicio... ¡Almas dichosas, que os resolvisteis por la virtud! decidnos vuestro placer, hacednos participantes de lo que sentís en aquella deliciosa calma en que os gozais con Dios, aquellos dulces deliquios, aquellos coloquios suaves con que los entreteneis en el lecho de Salomon, aquel fruto de amor que tan bien os sabe y que comeis recostadas á la sombra de vuestro amado. Cristianos, no son las palabras, la experiencia sola puede convencernos de esta inefable suavidad: acojámonos á la sombra de María santísima de los Desamparados: consagrémosle nuestra voluntad, y nuestro amor será dulce y hermoso; y el fruto que cojamos bajo su proteccion nos será grato, nuestro paladar se endulzará, se henchirán nuestras almas, y mereceremos toda la felicidad que nos promete el grandioso título de los Desamparados, que es la dulce invocacion con que se nos dió esa soberana Reina, y bajo la que le tributais estos solemnes y magníficos cultos. Esta es la idea que voy á explanar en este rato. Acudamos á implorar la divina gracia, y pongamos por intercesion á esa misma Señora, á quien saludamos reverentes: A. M.

No me he propuesto demostrar la existencia del amor en todo lo criado. Si las cosas invisibles, en sentir del Apóstol, se han de conocer por las visibles, el conocimiento del amor profano debe elevarnos á conocer el amor divino; y el deleite que en nuestros sentidos resulta de la posesion de lo amado, debe excitarnos á la adquisicion de aquel dulce objeto, que con su posesion es el placer y las delicias del espíritu. El cuerpo y el alma tienen entre sí una diversidad inmensa; por consiguiente, el espíritu no puede gozarse sinó en un bien que, como inmaterial, sea sobre la esfera de los sentidos. El que abrumado de las pasiones no ha gustado aún la celestial dulzura, no conoce esta verdad: los sentidos, el cuerpo, su vientre es todo su Dios, y las tinieblas, y los precipicios y las cadenas todos sus placeres. Pero el justo, el que elevado sobre su carne buscó en su corazon los impulsos del alma, en el momento renunció los placeres terrenos, porque descubrió una senda que conducía al palacio de las dichas, y que enderezaba los pasos á la casa de aquel Dios, que embriaga á los suyos en la copa de sus delicias. Cristianos, dejemos para el hombre animal el inmundo cieno: gocémonos siquiera estos cortos instantes en el lecho de Salomon, y preguntemos despues á nuestras almas lo que vieron y lo que gozaron en la casa del Señor. Incorporémonos para esto con la esposa feliz de los Cantares, y des-

pues de haber pedido con ella al Esposo celestial lo que pertenece á la salud y á la perfeccion, despues de haber admirado las dotes y las gracias del Salomon divino, viéndole con toda la frondosidad del manzano entre los árboles de las selvas, digámosle con la mayor efusion... Mas no, cristianos, no tan pronto nos engolfemos en el piélago de aquellas inefables delicias, de las cuales no pudo dar razon San Pablo, testigo ocular de las mismas. La consideracion del Esposo, cual lo describe el Sábio, no es aún para nuestras almas: el amor terreno no se alejó aún tanto de nosotros, que sin el peso de la carne podamos libremente elevarnos á Dios... y por esto, por esto hemos de carecer de los placeres que se gozan en la casa del Señor. No será así: vamos en busca de la amante Esposa, y despues de considerarla como la flor del campo, como el lirio entre las espinas y como la amiga entre los hijos, llenémonos de la mayor satisfaccion, porque encontramos ya á la Reina del Esposo, á la que mereció su amor, y á la que, como otra Esther, puede merecernos la gracia y la amistad en sus divinos ojos. Dulce Madre; ¿y mereceremos vuestra intercesion? ¿Y podremos cantar vuestras misericordias en la casa del Señor? Y los que perdimos el derecho para presentarnos directamente á vuestro Hijo, ¿podremos hacerlo por Vos? ¿Y podrán nuestras almas henchirse por vuestro conducto de la dulzura celestial? Y la certeza de nuestra fé ¿hallará en Vos alguna seguridad que la afiance? Sí, cristianos; el título de Desamparados es el fiador de nuestra felicidad: no se frustará ninguno de nuestros recursos á María, y nos gozaremos en la casa de Dios, y su fruto será dulce á nuestro paladar, porque le cogeremos, porque nos saciaremos de él á la sombra de esa divina Madre. Entónces, hirviendo estará nuestro pecho en sublimes pensamientos, y colocados bajo el manto de esa Reina de los Desamparados, diremos con el mayor placer: Bajo la sombra de quien amaba me senté, y su fruto es dulce á mi garganta. No hay placer, hermanos míos, no hay consuelo que iguale al de una alma que pudo pronunciar estas palabras con toda verdad; y si alguno de vosotros ha sido tan feliz, ya lo sabe por experiencia, y nadie mejor pudiera demostrarlo al resto de mis oyentes. Pero al fin, es menester que tratemos todos de conocerlo así, y el amor á María santísima de los Desamparados nos conducirá á tan sublime conocimiento y al goce de innumerables delicias.

Léese en el sagrado libro de los Jueces, bajo la parábola que propuso Joatham á los varones de Siquem, que tratando los árboles de elegirse un rey, despues que el olivo, la higuera y la vid se excusaron de mandarlos, accedió la zarza á la súplica, y ántes de coronarse sobre ellos les dijo: Si en verdad me quereis rey vuestro, venid y descansad bajo mi sombra; mas si no quereis, caiga fuego de mí y abrase los cedros del Líbano. No es menester fatigarnos en buscar razones para la aplicacion de esta parábola: las diversas calamidades que ántes de poseer algunas ciudades á su Madre de Desamparados las afligieron, exigía una mano poderosa, una mano benéfica que restituyese la serenidad, y que embotase la espada vengadora de la divina justicia. ¡Reliquias de nuestros padres, venerables cenizas, que en medio de la frialdad del sepulcro humeais todavía á impulsos de aquella ardiente fé que os animó entónces! dadnos un testimonio de vuestra felicidad, haced que amanezca á nuestros ojos aquella aurora dichosa que amaneció á los vuestros, cuando postrados, llenos de lágrimas en la presencia del Señor, le suplicabais que calmase vuestros males, disipase las nubes y os dejase ver la claridad del sol. Mas no turbemos el silencio del sepulcro: la irrefragable tradicion basta á convencernos, pues con el recuerdo de esa dulcísima Madre nos lo demuestra. Nuestros padres creyeron, y lo creyeron con razon, que fuera del amparo de María no podían enjugarse sus lágrimas; y aunque diferentes reinos y provincias habían experimentado su favor, venerándola bajo casi infinitas y cristianas advocaciones, el título de Desamparados era más análogo á su situacion infeliz, y lo juzgaron más característico de aquella Señora, á quien en el Calvario encomendó su Hijo el cuidado de Juan. A un mismo tiempo la aclamaron por su Reina y protectora: á su sombra se acogieron como á la sombra de la que amaban; y el fruto de esta zarza celestial y el precioso fruto de su amor fué grato al paladar de nuestros padres, y sus almas rebosaron en mayor felicidad que la que prometió el rey de los árboles á los que le habían elegido. ¿Se perpetuará en nosotros el reinado de la Vírgen de los Desamparados? Sí, cristianos, nuestra será la felicidad, si como los árboles nos ponemos á la sombra de esta zarza misteriosa. La Vírgen de los Desamparados tomó á su cargo nuestra defensa y seguridad; pero los frutos de su proteccion no endulzarán nuestras fauces si éstas no se disponen para percibir la dulzura celestial con el desprendimiento de lo terreno.

Porque siendo el amor á manera de una vida, que une ó que desea unir al amante y al amado, el que ha de amar á María de los Desamparados es menester que se una á esta soberana Reina por medio de una misma vida, y no de otra suerte participará de su benéfica sombra maternal. El tomar en boca el nombre de Desamparados, el decir

que tenemos fé en su amparo maternal, se hace muy fácilmente; mas no está vinculado á eso el amor y la gratitud que exige de nosotros la Reina de los Angeles. El que no conforma su voluntad con la del príncipe, el que no se somete á su ley por razon de un particular interés, el que no ordena todos sus actos al bien de la justicia, éste, en vez de adquirir un derecho á las bondades de su soberano, es un díscolo que desmerece sus gracias y se hace acreedor á los castigos; ¿y se persuadirá alguno, que á la sombra de la Vírgen de los Desamparados hallarán proteccion los delitos y los desórdenes? Bien nos ha convencido de lo contrario una lastimosa experiencia: los males que nos han afligido los ha presenciado todos esa amantísima Madre, nos ha visto llorar, y en medio de su bondad permitía nuestra afliccion para que viniésemos en conocimiento de nuestras miserias, para que no presumiésemos de su misericordia, y para que poniendo freno á nuestros vicios ofreciéramos en sus aras un corazon contrito y humillado. Cada uno de nosotros es un abonado testigo del progreso que la maldad ha hecho en nuestros dias, y cada uno sabe tambien las desgracias que ha llorado; luego debemos todos convenir, en que la falta de correspondencia al amor de María de los Desamparados eslabonó esta cadena de males, que nos redujo al deplorable estado de nuestra infelicidad. Y ¿qué sería de nosotros, qué hubiera sido de nuestra existencia y nuestros intereses, si nuestra dulce Madre nos hubiera entregado á las tinieblas de nuestra obstinacion? Así lo merecíamos; pero su bondad, su corazon amante no pudo consentir nuestra ruina: presenta á los ojos de su Hijo, en defecto de los nuestros, sus méritos sublimes, pide al Cielo piedad, insta en sus súplicas, interpone sus lágrimas... Cristianos, nosotros hemos visto la mudanza de nuestra situacion: cotejemos el estado en que gemíamos con el que ahora disfrutamos; consideremos al propio tiempo que no hemos mudado de vida, ni hemos reformado las costumbres, y habremos de convenir, en que el haber mejorado de estado es un beneficio particular de la generosidad de la Vírgen. ¡Oh dulce Madre María! ¿y quién sinó Vos podía cambiar el aspecto que á vuestros misericordiosos ojos prestaba una nacion, que fué una de las primicias de la fé de Jesucristo, y que elegisteis por vuestra desde los dias de Santiago? Cristianos, heredad el celo de Matatías, y clamemos al Señor que se levante y disipe á sus enemigos. Confundid, Señor... pero más bien alumbrad á los que, sentados en las tinieblas y sombras de la muerte, no tienen otro que Vos que dirija sus pasos por los caminos de la paz: disipad las nubes que se amontonaron

para oscurecer los entendimientos católicos: admiren vuestro poder, sorpréndalos vuestra bondad, y canten vuestras misericordias, aunque ciegos un día blasfemaron contra Vos. Si yo pensase hablar al que preocupado con las nuevas doctrinas busca maestros conforme á los deseos de su carne, me esforzaria á demostrar la falsedad y la mala fé del espíritu anticristiano; pero hablo á católicos, hablo á españoles que tienen su creencia en Dios, y que publican á voz en grito, que la Reina de los Desamparados los ha sacado del borde de su ruina. Con vosotros hablo, y os digo, y os repetiré sin cesar, que no se frustrará vuestra fé, que se desvanecerán todas las borrascas, que se completará vuestra felicidad; pero, si amais como debeis á esa soberana Reina. Los beneficios que hasta ahora nos ha dispensado, no deben fomentar nuestra inaccion: temamos, sí, que deje de favorecernos si no nos acojemos á su sombra con la imitacion de sus virtudes y con el cumplimiento de las respectivas obligaciones. Los frutos que á su sombra nos ha dado á gustar esta Reina inmaculada, ya veis cuán dulces son, cuán gratos á nuestro paladar; pues amémosla, obsequiémosla, rindámosle sin fin acciones de gracias; que su bondad no se olvidará de nosotros, nos mirará como á sus hijos, como á unos hijos de quienes quiso ser madre desde que se dió á nuestros padres bajo la prodigiosa invocacion de los Desamparados.

Sea así, Madre amorosa, acogednos en vuestro manto maternal, derramad sobre nosotros un torrente de gracias, proteged á nuestra nacion; y desde ese trono de gloria en donde os gozais con vuestro Hijo, admitid estos obsequios que os tributan vuestros devotos; y pues se esmeran en celebrar vuestras virtudes y daros particular culto, reciban más singularmente los efectos de vuestra misericordia. En fin, protegednos y amparadnos á todos en esta vida perecedera, asistidnos en el terrible trance de la muerte, y elevadnos despues á gozar en la gloria de Vos y de vuestro único Hijo, que con el Padre y el Espíritu Santo reina por los siglos de los siglos.

NUESTRA SEÑORA DE LA ESPERANZA.

Ego mater... sanctæ spei.
Yo soy la madre... de la santa esperanza.
(Eccl. XXIV, 24.)

La Religion nos consuela con los prodigiosos auxilios que nos vienen del Cielo, de las muchas miserias que nos rodean por todos lados para acibarar y angustiar nuestra existencia; nos ofrece alivio á nuestros males y fuerza en nuestras enfermedades. En efecto, ella no solo nos muestra en Dios un padre amoroso, que mira con ojos de piedad nuestras necesidades, y derrama sobre nosotros los suaves rocíos de su benévola y reparadora gracia, sinó que nos ofrece, además, innumerables ángeles que atienden á nuestra custodia, y misericordiosos Santos, que enriqueciéndonos con sus méritos elevan al Señor nuestras oraciones con incensarios de oro.

En medio de estos rayos de grato consuelo nadie ignora, ciertamente, como brilla y resplandece de radiante luz María, la Reina de los Ángeles y de los Santos. A su nombre se postra todo espíritu y todo corazon se conmueve, porque nadie ignora que cuantos la invocan son consolados. Los prodigios de su poder, las mercedes de su bondad, las gracias de su patrocinio están grabadas en cien páginas de la historia; y más que en la historia, quedan escritas con caractéres indelebles en los corazones que acudieron á su bondad y fueron consolados con su proteccion.

Hé ahí porqué el pueblo cristiano añadió á tantos títulos de la Vírgen la advocacion de Nuestra Señora de la Esperanza. En verdad; ¿cómo no esperar en Aquella que nos mira como hijos suyos? ¡Ah! hermanos mios, las lisonjeras consideraciones que se me agolpan á la mente me llenan de alegría, y debiendo hablaros de María en la fausta ocasion presente, quisiera tener mil lenguas para consagrarlas todas á relatar sus beneficios. Puesto que esto no me es posible, pro-

curaré deciros lo suficiente para que conozcais cuanta confianza podemos poner en María, y cuanto merece ser saludada con el título de Nuestra Señora de la Esperanza: *A. M.*

Hay personas que para disminuir nuestra devocion á la magnánima Vírgen de las gracias, procuran destruir los fundamentos de la santa confianza, que se despierta en los ánimos por la misericordia de que está lleno el corazon de esta tiernísima Madre, y mostrándose solícitas del honor de Dios, fundadas en la autoridad de Jeremías, que llamó maldito al hombre que confía en el hombre, dicen, que toda esperanza se ha de poner exclusivamente en Dios. Esta doctrina es errónea; pues la sagrada Escritura no reprueba la esperanza que se pone en los hombres, sinó aquella esperanza, que, fiando en los hombres, ninguna cuenta tiene de Dios, y que se aleja tanto más del Criador cuanto más se acerca á las criaturas. ¿Cómo podría el profeta reprobar la esperanza que nos impulsa á dirigir ardientes oraciones al patrocinio de María, si María, más bien que alejarnos de Dios, nos liga con nuevos vínculos y nos acerca á Él con nuevos afectos? Verdad es, que nosotros tenemos puesta la esperanza en María; pero, la colocamos en Ella, precisamente, por habérnosla dado Dios por Madre, por haberla constituido tesorera de sus gracias, declarado dispensadora de sus beneficios y hecha ministro de sus misericordias. Por consiguiente, cuanto más esperamos en la proteccion de María, tanto más nos acercamos á aquel Dios, que la quiso tan grande; en proporcion que colocamos en Ella toda confianza, honramos más á aquel Dios, que nos la dió tan benéfica.

Es por este motivo que todos los católicos, con un sentimiento comun, con una persuasion práctica, con un afecto constante, perpétuo y universal, sin menoscabo del honor de Dios, han amado, venerado é invocado á María como Madre de la Esperanza. En efecto, este título resulta del testimonio de todos los lugares, de todos los pueblos y de todos los tiempos. Los trastornos de los reinos, las vicisitudes de la fortuna, los cambios de las leyes, jamás han logrado desarraigar de los corazones de los hombres esta devocion. Hoy en día, los Griegos católicos conservan para con María los mismos sentimientos que alimentaron por Ella los santos Atanasio, Cirilo y Juan Crisóstomo; hoy los Latinos conservan las mismas ideas que por Ella manifestaron San Ambrosio, San Jerónimo y San Agustin. No existe ciudad, donde no se vea erigido algun templo magnífico en honor de María; no hay pais, donde la gente no se postre en alguna capilla delante de alguna

imágen de María. María es venerada en las catedrales de Italia, de España y de Francia; se ruega á María en los santuarios de Alemania, de los Paises Bajos, y de Irlanda; á María se recurre en los templos de Polonia, de Dinamarca y de Suecia. Hasta en las poblaciones más oscuras y en las aldeas más humildes, los niños, los jóvenes y los ancianos presentan súplicas á María, acuden á Ella en sus angustias, la invocan en los peligros, y esperan piadosamente que serán socorridos y asistidos en las horas de la adversidad. ¿Qué significa todo esto sinó la certidumbre universalmente arraigada en los ánimos, de poder confiar en toda ocasion en el maternal y poderosísimo patrocinio de María? Tan innata es esta idea en nosotros, que en los accidentes imprevistos, agenos á toda reflexion, acudimos á María con un movimiento súbito é indeliberado, de la misma manera que los hijos recurren á su madre á las primeras señales de una calamidad cualquiera. En la hora del peligro, no hay alma cristiana que no se dirija á la Beatísima Vírgen; y aún ántes de conocer toda la gravedad del caso, aún ántes de acogerse á cualesquiera otro auxilio que se le ofrece delante, de hacer algun voto, ó de pensar en algun refugio, el nombre que le acude en los lábios es el nombre de María; la imágen que buscan sus ojos es la imágen de María; y el patrocinio en que cree poder esperar es el patrocinio de María.

Si la devocion universal del pueblo cristiano reconoce en la Vírgen á Nuestra Señora de la Esperanza, la misma Santísima Vírgen, con las innumerables gracias concedidas y que ha derramado sobre sus devotos, muestra, claramente, cuanto sea de su agrado el ser honrada bajo esta advocacion. Y ahora, ¿por qué no puedo yo presentaros aquel innumerable ejército de pecadores que por Ella se salvaron, ó aquella innumerable multitud de infelices que fueron consolados por su bondad? ¡Ah! hablad vosotros, pobres moribundos, á quienes os libró Ella de una segura muerte; y vosotros, tristes navegantes, que visteis calmarse las impetuosas olas del mar por una oracion dirigida á esta propicia Estrella; y vosotros, afligidos labradores, cuyas mejillas convirtieron las lágrimas en suave sonrisa por las abundantes cosechas con que se cubrieron los campos merced á su patrocinio. Hablad vosotros, hijos pródigos, que gracias á sus maternales consejos volvisteis á la senda, por la cual os fué concedido abrazar á aquel buen Padre que habíais abandonado bajo el ímpetu de furiosas pasiones; y vosotras, perdidas Magdalenas, que por sus afectuosas solicitudes tuvisteis el saludable valor de romper las relaciones estrechadas ya con el vicio, y la santa fortaleza de entregaros, embe-

llecidas por el arrepentimiento y el perdon, á los tiernos abrazos de la virtud. Cierto, que si pudiesen comparecer aquí todas estas almas renacidas á la gracia, y todos estos infelices consolados en solemne testimonio de esta verdad, nos dirían, que por María vieron brillar la luz de nuevos días, cuando su corazon gemía en medio de las tinieblas de oscurísima noche; y que por Ella pudieron elevar los ojos al Cielo, cuando la opresora mano del infortunio les había arrojado al lodo de la tierra. Nos dirían, que por María fueron nuevamente iluminados por los resplandores de la religion, cuando la culpa había oscurecido toda la luz de su entendimiento; y que por Ella principiaron á sentirse inundados de un júbilo celestial, cuando el vicio había endurecido todas las fibras de sus corazones. Nos dirían, por fin, que desfallecidos y sin fuerzas, hallaron una Madre en María; y con la elocuencia de los hechos, que es la más enérgica, darían á conocer, aún á los más recalcitrantes, cuán poderosa sea esta nuestra magnánima Protectora, y que puede y debe llamarse naturalmente: Nuestra Señora de la Esperanza.

Si no me es posible invocar el testimonio de tantos pecadores, que por María rompieron las cadenas de sus antiguas cadenas, ni poner á vuestra vista la extraordinaria multitud de los desgraciados, cuyas oraciones fueron piadosamente oidas por María, os ofreceré, á lo ménos, algunas pruebas que os confirmarán indudablemente en la verdad, que para vuestro consuelo voy demostrando desde un principio.

Cuanto más perfectos son en la caridad los Santos del Cielo, son tanto más piadosos para interceder por aquellos que van peregrinando en la tierra; y tampoco cabe duda que la caridad de María es superior á la de todos los Ángeles y Santos del Cielo. Luego, Ella intercede por nosotros con mayor ardor de lo que intercederían todos los Ángeles y Santos si quisiesen interceder á Dios por nosotros. ¿Cuán sublime é inmensa es esta fuente de esperanza?

La Beatísima Vírgen fué constituida tesorera y dispensadora de la sangre del Salvador. Ahora bien; si la sangre del Salvador es un mar abundantísimo de gracias, y si este mar es movido directamente por manos de María, para poder desconfiar, en algun modo, debemos decir, ó que la sangre de Jesús no es un mar de gracias, ó que la mano de María es avara para hacernos experimentar sus beneficios; y puesto que ninguna de ambas suposiciones puede ser verdadera, preciso es concluir, que en ningun otro patrocinio podríamos con más fundado motivo colocar nuestra esperanza que en el patrocinio de María.

Dios ha establecido, que nadie se salve sin el consentimiento, el auxilio y la direccion de la Santísima Vírgen; por consiguiente, es de Ella que debemos aguardar el auxilio en las desgracias, el consuelo en las aflicciones, el socorro en los peligros, y aquellos saludables consejos que podrán guiarnos por entre las amarguras de la peregrinacion presente.

Y para que no se crean indignos de la misericordia de María los pecadores, que, prefiriendo los intereses temporales á los eternos, cometieron toda clase de iniquidades, digamos con San Anselmo, que los pecadores deben reconocer con mayor confianza en María á la Madre de la Esperanza, puesto que Ella fué hecha Madre de Dios más en provecho de los pecadores que de los justos. De ningun modo os parezca exagerada, hermanos míos, esta proposicion, puesto que si el Salvador dijo, que no necesitan de médico los que están sanos sinó los enfermos, tenía razon el santo Doctor al decir, que para defender la causa de los pecadores nos fué concedida una abogada en María; que para sanar las llagas de los pecadores se nos ofreció el remedio en María; y que para librar de la muerte espiritual á los pecadores, nos fué concedida una madre en María, como dón preciosísimo de la misericordia divina.

Si por una parte merece María el título de Nuestra Señora de la Esperanza, por las gracias espirituales, que, contínuamente, derrama en las almas con sus maternales beneficios, lo merece tambien por el patrocinio con que asiste, piadosamente, á sus devotos en medio de las miserias de la vida. ¿Y qué poder podría resistir al suyo? La tierra, á donde dirige sus miradas, florece y se cubre de verdor; el mar, sobre el cual se fija una de sus miradas, calma sus enojos. Se disipan á su vista las negras nubes, se rasgan á su presencia las más espesas nieblas, y se deshacen los granizos y los rayos, los torbellinos y las tempestades. Por Ella el acongojado navegante ve la estrella que le guía á puerto, el pobre labrador ve florecer los campos de abundante cosecha, y el desventurado enfermo recobra la ansiada salud.

¿A cuántos cuidados, á cuántos oficios, aunque bajos y serviles, no se ha humillado esta augusta emperatriz por sus devotos? Se hizo nodriza, ofreciendo sus pechos á Bernardo; se hizo maestra, enseñando los elementos á Herman; se hizo cirujana, y curó las llagas que molestaban á Catalina de los Uberti. Cuando la beata Coloma de Milán quedó huérfana de padres, María se hizo limosnera suministrándola el pan; se hizo pastora guardando los rebaños del beato

Gisleno, cuando le ordenó que fuese á visitar una iglesia consagrada á Ella misma. Y respondan en este lugar por mi cuenta aquellas almas escojidas, que la han visto, ora bajo un aspecto, ora bajo otro, siempre tierna y afectuosa, ocuparse de sus intereses, de suerte, que nada mejor hubieran podido esperar de un gran poder y de una diligente solicitud. Descendió á las cárceles para consolar á los presos; y éstos, libres de los peligros que les amenazaban, llegaron al término de su viaje. Fué guerrera con los guerreros; y cuando la muerte señoreaba por todas partes y caían abatidas las legiones bajo el ímpetu de las falanges enemigas, salvó á sus protegidos con piadoso patrocinio. Se hizo solitaria con los ermitaños; y cuando la serpiente infernal hallaba medios de asaltar á aquellos piadosos varones, aún en medio de las tinieblas de sus cuevas, acudió á socorrerles en la lucha y salvarles de las tentaciones.

La innegable prueba de los hechos es, por lo mismo, la que nos señala en María á la Madre de la Esperanza. Tal la reconocieron los enfermos, cuando invocado su nombre dulcísimo sintieron calmarse sus dolores y reanimarse sus fuerzas, y pudieron despues de los ayes y los gritos desgarradores del dolor y de las angustias elevar el cántico del reconocimiento. Tal la reconocieron los afligidos, cuando en medio de los dardos del infortunio hallaron en su patrocinio una inagotable fuente de inefables consuelos, y pudieron endulzar en aquel corazon que está lleno de inmensa compasion la amargura en que se anegaban sus corazones. En fin, tal la reconocieron los cristianos, cuando en las adversidades corporales y espirituales hallaron en Ella un socorro poderoso y universal, y pudieron, firmes en la fé y en la virtud, servir á Dios en la alegría del espíritu, y hacerse superiores á las seductoras asechanzas que les arrastraban á la perdicion.

¿Y cómo no llamar á María nuestra Esperanza, si la llamamos nuestra Madre? El ser Madre equivale á ser amante. La naturaleza no hace madre á mujer alguna sin suministrársele leche é infundirle amor, leche para que alimente á su prole, y amor para que la ame. Por consiguiente, si María es nuestra madre, es tambien nuestra amante; y amante con un amor tan vivo y ardiente, que sobrepuja á todo otro amor, del mismo modo que todo amor es sobrepujado por el amor de madre. Ahora bien; confesar que María es nuestra amante, y no confesar que es nuestra Esperanza, equivaldría á raciocinar contra todos los principios, y sacar una consecuencia directamente opuesta á las premisas. Esto podrán decirlo los impíos que viven léjos de la luz de la fé y de las reglas de la razon; pero las almas

cristianas dirán siempre, que si María es nuestra Madre, no puede ménos de ser nuestra amante; y que si María es amante nuestra, no puede ménos de ser nuestra Esperanza.

Y ahora permitid, hermanos mios, que al final de mi discurso, reflexionando acerca de todo lo expuesto, me consuele con la grata idea, de que mis palabras, tal vez, conseguirán enfervorizar más y más cada dia vuestra devocion á María Santísima, de manera, que perseverando en ella no ceseis nunca de invocar y repetir su santísimo nombre, nombre de socorro, nombre de bendicion y de salud. Hijos desventurados como somos por la culpa del primer padre, infelices desterrados en este valle de lágrimas y de miserias, afligidos navegantes por el Océano tan lleno de escollos y tan fecundo en naufragios, cobremos ánimo en la esperanza de la proteccion de María. ¡Ah! cuando se cree que Ella nos fué concedida por piadosa bienhechora, que por Ella los bienaventurados consiguieron su salvacion, que aún hoy, por su intercesion, las almas justas y los corazones devotos ven producirse admirables prodigios, no puede hallarse más que una feliz dicha en invocarla. Invocando su patrocinio se tiene un sentimiento profundo de alegría y de consuelo, se obtiene una luz suave, que sirve de guía segura en medio de las sombras peligrosas de esta vida, se adquiere un firme valor para no dejarse abatir por más obstáculos que se interpongan para la conquista del Cielo.

¡Oh María! Tus manos benditas son los canales dichosos, por los cuales se difunden las gracias sobre toda la tierra, vivifican lo que es árido, y hacen florecer de nuevo el desierto cual otro nuevo Edén. A Tí, pues, queremos acudir en todas nuestras necesidades; en Tí, despues de Jesús, queremos colocar nuestra confianza; por Tí queremos esperar de Dios el perdon de nuestras innumerables culpas, el auxilio necesario para afirmar nuestra debilidad, y la perseverancia final; y queremos saludarte con la magnífica invocacion con la cual te saludaron y te saludan los pueblos cristianos, ó sea con el título de Madre de la Esperanza.

NUESTRA SEÑORA DE LA EXPECTACION,

Ó DE LA O.

Quod nascetur ex te Sanctum, vocabitur filius Dei.
El santo que de tí nacerá, será llamado Hijo de Dios.
(Luc. I, 35)

¿Qué significar nos quiere, oyentes, nuesta madre la Iglesia, con la novedad de los cánticos, que en majestuoso y alborozante són hace resonar en nuestros oidos durante los presentes días? En sus alabanzas de anoche comenzára, y hasta en la de la vigilia de la noche feliz en que nos recuerda la Navidad de un Dios hombre, ella entona palabras de júbilo, ella se entusiasma con las más consoladoras invocaciones: su acento es de esperanza; sus súplicas son de salud y redencion. Vén ¡oh Sabiduría, emanada de la boca del Altísimo, clama ella, vén á enseñarnos el camino de la prudencia! Vén ¡oh Adonai, á redimirnos con la fuerza de tu brazo misericordioso! ¡Oh raiz de Jesé! vén á libertarnos, no quieras tardar! ¡Llave de David, que abres y nadie cierra, que cierras y nadie abre; Oriente y Sol de justicia, Rey de las gentes, tan deseado por ellas, ¡vén, y saca de la tenebrosa cárcel á los que se hallan presos y maniatados; vén, é ilumina á los que sentados están en la oscuridad y en las sombras de la muerte; vén á salvar al hombre que formaste del polvo de la tierra! Vén ¡oh Emanuel, nuestro rey y legislador, expectacion y salvador de las gentes! vén á salvarnos, Señor y Dios nuestro.

¿Qué significacion tienen, repito, oyentes, esos fervorosos anhelos de la Iglesia? ¿Qué es lo que con ellos pretende indicarnos? ¿qué recuerdo hacernos presente? ¿A cuál y con qué consideracion levantar nuestro espíritu é inflamar nuestro corazon? ¡Ah! esas ardientes ánsias de la mística esposa del Cordero sin mancha, en la proximidad

cristianas dirán siempre, que si María es nuestra Madre, no puede ménos de ser nuestra amante; y que si María es amante nuestra, no puede ménos de ser nuestra Esperanza.

Y ahora permitid, hermanos mios, que al final de mi discurso, reflexionando acerca de todo lo expuesto, me consuele con la grata idea, de que mis palabras, tal vez, conseguirán enfervorizar más y más cada dia vuestra devocion á María Santísima, de manera, que perseverando en ella no ceseis nunca de invocar y repetir su santísimo nombre, nombre de socorro, nombre de bendicion y de salud. Hijos desventurados como somos por la culpa del primer padre, infelices desterrados en este valle de lágrimas y de miserias, afligidos navegantes por el Océano tan lleno de escollos y tan fecundo en naufragios, cobremos ánimo en la esperanza de la proteccion de María. ¡Ah! cuando se cree que Ella nos fué concedida por piadosa bienhechora, que por Ella los bienaventurados consiguieron su salvacion, que aún hoy, por su intercesion, las almas justas y los corazones devotos ven producirse admirables prodigios, no puede hallarse más que una feliz dicha en invocarla. Invocando su patrocinio se tiene un sentimiento profundo de alegría y de consuelo, se obtiene una luz suave, que sirve de guía segura en medio de las sombras peligrosas de esta vida, se adquiere un firme valor para no dejarse abatir por más obstáculos que se interpongan para la conquista del Cielo.

¡Oh María! Tus manos benditas son los canales dichosos, por los cuales se difunden las gracias sobre toda la tierra, vivifican lo que es árido, y hacen florecer de nuevo el desierto cual otro nuevo Edén. A Tí, pues, queremos acudir en todas nuestras necesidades; en Tí, despues de Jesús, queremos colocar nuestra confianza; por Tí queremos esperar de Dios el perdon de nuestras innumerables culpas, el auxilio necesario para afirmar nuestra debilidad, y la perseverancia final; y queremos saludarte con la magnífica invocacion con la cual te saludaron y te saludan los pueblos cristianos, ó sea con el título de Madre de la Esperanza.

NUESTRA SEÑORA DE LA EXPECTACION,

Ó DE LA O.

Quod nascetur ex te Sanctum, vocabitur filius Dei.
El santo que de tí nacerá, será llamado Hijo de Dios.
(Luc. I, 35)

¿Qué significar nos quiere, oyentes, nuesta madre la Iglesia, con la novedad de los cánticos, que en majestuoso y alborozante són hace resonar en nuestros oidos durante los presentes días? En sus alabanzas de anoche comenzára, y hasta en la de la vigilia de la noche feliz en que nos recuerda la Navidad de un Dios hombre, ella entona palabras de júbilo, ella se entusiasma con las más consoladoras invocaciones: su acento es de esperanza; sus súplicas son de salud y redencion. Vén ¡oh Sabiduría, emanada de la boca del Altísimo, clama ella, vén á enseñarnos el camino de la prudencia! Vén ¡oh Adonai, á redimirnos con la fuerza de tu brazo misericordioso! ¡Oh raiz de Jesé! vén á libertarnos, no quieras tardar! ¡Llave de David, que abres y nadie cierra, que cierras y nadie abre; Oriente y Sol de justicia, Rey de las gentes, tan deseado por ellas, ¡vén, y saca de la tenebrosa cárcel á los que se hallan presos y maniatados; vén, é ilumina á los que sentados están en la oscuridad y en las sombras de la muerte; vén á salvar al hombre que formaste del polvo de la tierra! Vén ¡oh Emanuel, nuestro rey y legislador, expectacion y salvador de las gentes! vén á salvarnos, Señor y Dios nuestro.

¿Qué significacion tienen, repito, oyentes, esos fervorosos anhelos de la Iglesia? ¿Qué es lo que con ellos pretende indicarnos? ¿qué recuerdo hacernos presente? ¿A cuál y con qué consideracion levantar nuestro espíritu é inflamar nuestro corazon? ¡Ah! esas ardientes ánsias de la mística esposa del Cordero sin mancha, en la proximidad

del dia en que celebra la memoria de su nacimiento, son el eco de aquellas en que se abrasaba la Vírgen venturosa, que lo tenía en su seno inmaculado, y que veía cercana la hora de darle á luz; son una pálida imágen de las que sentía María en vigilias de su parto asombroso; pálida, sí, pues que es imposible, no diré representarlas con alguna perfeccion, pero ni siquiera formarse de su ardor una idea. «El Santo que nacerá de Tí será llamado Hijo de Dios;» retumbaba todavía en los castos oidos de la privilegiada Doncella, con aquel acento puro, con aquella misteriosa expresion con que nueve meses atrás pronunciára un Angel tales palabras: y á su voz divina y consoladora, ¿podía ménos que enardecerse el alma sacrosanta de María? ¿podían dejar de ser inflamados, todo fuego y vehemencia, sus afectos en las cercanías de su alumbramiento? ¡Vírgen y Madre, y Madre de un Hijo el Santo por excelencia, Hijo y Dios...! ¡Dicha tanta dentro días pocos...! ¡Oh! esas reflexiones habían necesariamente de tener hecho un volcán el corazon de la escojida Mujer, la más santa de las criaturas todas; habían de derretirle en las más férvidas ánsias. Pasemos, pues, á explanar aquéllas y á ensayar, si por las mismas nos será dable, traslucir los fervientes deseos de María en la Expectacion de su parto.

Señora, más que nunca necesito hoy fuego en mis ideas, conflagracion en mi corazon, llamas en mis lábios. Debo tratar de vuestros abrasados afectos; y ¿cómo lo hago si no es todo combustion en mí? Arrojadme una centella de vuestra alma que me encienda; aún más, que me encandezca. Así mis pensamientos y mis expresiones corresponderán, de algun modo, á lo ardoroso del asunto, que comienzo con vuesta vénia y gracia. *A. M.*

Una de las causas, dicen los expositores sagrados, porque las jóvenes judías miraban con desvío el celibato era, porque él las apartaba más que el estado matrimonial del parentesco con el Mesías. Verdad es, que bien terminante se leía en sus profetas, que una vírgen era la que había de parir al gran Hijo; pero sea que á la multitud no fuese conocida la genuina significacion de aquellos oráculos; sea, lo que parece más probable, que, considerándose la inmensurable dignidad que debía de enoblecer á la admirable doncella, merecedora de tan estupendo privilegio, se contentára la generalidad con pertenecer, más ó ménos inmediatamente, á la ascendencia de la familia santa; lo cierto es, que las mujeres hebreas preferían el matrimonio á la soltería, aún despues que el precepto del Señor de que

su pueblo creciese y se multiplicase, admitía dispensa en razon de que el mundo habíase ya poblado bastante. No me detendré en justificar la conducta de las hijas de Israel tocante á su noble ambicion: ninguna necesidad hay, es harto connatural en nosotros, el deseo de engrandecernos para que lo reprobemos en ellas: demasiado honroso era el motivo, para que léjos de censura, no mereciesen aprobacion y alabanza. La venida del gran Profeta era para los descendientes de Abrahán el primer dogma de sus religiosas creencias; la esperanza de su glorioso porvenir temporal. El Mesías era esperado por ellos, no solo como un nuevo Aaron, que con sus sacrificios y oraciones había de propiciarles á Dios, si que como otro Josué, que debía hacerles dueños de tierras que manasen leche y miel, y abrirles las puertas de ciudades mucho más famosas que la de Jericó. ¿Qué hay de admirar, pues, que el verdadero israelita reputára como la mayor de las grandezas, el hallarse emparentado con el que con su santidad, poder y gloria debía eclipsar las del mismo Moisés?

No obstante, había una jóven, que, al parecer, no se cuidaba de lo que era el blanco de los anhelos de todos. Huérfana de padres, la hija de Joaquin y Ana, á pesar de pertenecer á la tribu de David, tribu escogida por Dios para dar al mundo su enviado, había hecho voto de virginidad. ¿Sería porque, instruida á fondo en la inteligencia de los libros santos, esperaba poder ser ella la Vírgen Madre? Nó: la humildad de María no consentía tales pensamientos. Ella se daba por dichosa, dice el seráfico Buenaventura, de alcanzar aquel tiempo afortunado, en que pudiese prestar algun servicio y besar la orla de la saya de aquella mujer, que en su purísimo seno había de llevar al que aguardaban los siglos. Y esa mujer, la envidia de su sexo y la honra del género humano era ella misma. Anúnciaselo un Angel de órden del Señor. ¡Qué revolucion, oyentes, causa en los afectos de María tan sorprendente cuanto portentosa nueva! Los meses trascurren, y Ella ve cumplidas las palabras del que le dijéra, que para Dios nada hay imposible: se halla en el último mes de su preñez. Yo me represento una joven casada que se mira vecina á dar á luz á un hijo, único, el primero, ansiado por mucho tiempo; á un hijo, el pimpollo de una prosapia ilustre, el sostén de un linaje preclaro, la esperanza de muchas familias, el heredero de un nombre insigne; y un hijo, en quien su madre debe encontrar el consuelo de la viudez que acaba de herirla, y la grandeza á que fuera elevada y de la que iba á descender... Decidme: ¿cuáles serían los deseos de esa mujer expectante? cuáles las ansias de que se apresurase el venturoso mo-

mento de su parto? ¡Oh! los instantes fuéranle meses, las horas años, los días siglos. Y ¡cómo inculparía la lentitud del tiempo!

El fruto de bendicion es el colmo de la dicha de un enlace sobre el que el Cielo ha derramado su gracia: á la verdad, la procreacion humana es el fin legítimo del sacramento del matrimonio. La concepcion, pues, y por consiguiente la esperanza de un hijo, divide la complacencia entre el varon y la mujer. En María tal satisfaccion le pertenecía toda: había sido fecundada sin recurso natural, por obra de un Dios que la escogiéra para prodigio tan singular. Esta distincion exclusiva de Ella había de avivar sus afectos hácia el hijo que llevaba en su vientre; había de encender más y más sus ánsias de verle nacido. ¿Cómo la consideracion de que Ella era su madre, su todo, de que Él era su carne, su sangre, su sustancia, no había de obrar en la venturosa jóven un afán de contemplarlo entre sus brazos, que nos es indefinible? ¿Dónde estás, clamaría Ella en el fondo de su alma, dónde estás, hijo á quien tanto debo? Tú me libras del oprobio de la esterilidad; mas, al propio tiempo, tú me dejas fragante la virginal azucena. Tú me proporcionas la dicha, el consuelo y la gloria de ser madre; pero tú no me quitas por ello el honor de permanecer vírgen. ¿Dónde estás? ¿Qué no pueda yo todavía darte las gracias por tan maravillosos beneficios estrechándote contra mi pecho amoroso? ¿Por qué no sales á luz á fin de que pueda yo extasiarme con el aspecto de tu hermosura, del candor que brilla en tu inmaculado cuerpecito, como á fruto que eres de un lirio incorrupto, como á Hijo de una Madre vírgen?

¡Y qué Hijo, oyentes! El Santo ha de nacer de tí, dice á María Gabriel: no un Santo, sinó el Santo por esencia, el Santo de los santos. Los deseos crecen á proporcion de la excelencia del objeto deseado. ¿Por qué nosotros amamos más que todo la vida? porque entre todo no hay para nosotros cosa como ella; así es, que el afán para su conservacion sobrepuja á todo otro afán. Por qué, no obstante, el que gime en la profundidad de una lóbrega mazmorra antepone á la vida la libertad, puesto que cambiaría con la muerte aquel estado de angustia? Es porque en la violenta situacion en que se halla, juzga más preciosa la libertad de que carece que la vida que posee; por eso, todas sus ánsias, todos sus suspiros no tienen otro blanco que el que se abran las puertas de aquella mansion, cuya estancia le es tan cruel: nada le importan las riquezas, nada los honores, nada la salud, nada la vida; todo lo daría, si posible fuera, á trueque de alcanzar la libertad: la libertad es lo de que mayor valía le parece, y su anhelo de recobrarla corre parejas con la estima que de ella hace.

Ahora bien: infinitamente más que la libertad y la vida es la santidad. Cierto que no todos lo conocen así; pero tambien lo es, que María lo sabía de una manera evidentísima. La santidad era para Ella aquel dón incomparable que no puede venir sinó de Dios, ya que es una participacion de la divinidad misma; y esa santidad personificada en su Hijo era la que esperaba ver en sus brazos; y esa santidad era la que llevaba en su seno; y esa santidad era la que había santificado á Ella, hermoseando su alma con todas las virtudes. Con todo, si bien la poseía, no podía llamarla suya; la tenía, mas no la gozaba; experimentaba sus efectos, pero no le era dable recrearse con su vista. ¡Qué motivos de suave congoja para María, oyentes! La belleza y las gracias de una encantadora hija, cuya venida está aguardando madre tierna; la índole dulce, las prendas halagadoras, el cariño de un hijo único, de cuya presencia carece, la tienen en mortales ánsias: no hay sosiego, no hay reposo para su espíritu ni para su corazon: su delicioso hijo llena todos sus pensamientos; su hijo tan amable todos sus afectos absorbe. De día, su hijo se le presenta más atractivo que nunca en todos los objetos; de noche, ella lo ve risueño y complaciente en la misma oscuridad. Si vela, la sombra gallarda del hijo venusto le está acariciando; si duerme, su voz más deleitable que lo es á reo en capilla la noticia del perdon, suena hechicera en sus oidos. No le hableis sinó de su hijo, si quereis que ría su frente, que sus ojos brillen de placeres, que sus facciones se animen, que su corazon palpite al impulso de la satisfaccion más pura. Decidle que no tardará en mecerse con sus encantos, si quereis que se entusiasme hasta lo sumo... Pues, señores, María estaba aguardando la hora de abrazar á su Hijo; á su Hijo, que, por razon de la santidad que esencialmente le convenía, era el conjunto de todas las gracias, el tipo de la pulcritud, el epílogo de todas las perfecciones y grandezas; á su Hijo, que era Dios...

¡Era Dios!!! Oyentes, á este nombre la lengua humana se pega al paladar, y una majestad inmensa oprime el entendimiento finito. ¡María, que suspira por el nacimiento de su Dios encarnado en sus virginales entrañas...! ¡Oh! yo me abismo en un océano sin fondo: mi voz no puede expresarlo. Decídnoslo Vos misma, santísima Doncella, ponderadnos la vehemencia de vuestras ánsias de ver nacido á vuestro divino Unigénito. Vos, cuyo amor á Dios excedía de mucho al de los más abrasados serafines, dadnos una idea, si de tanto es ca-

paz nuestra limitada comprension, del ardor con que deseabais alumbrar al mismo que os habia criado. Vos, que con más claridad que todos los profetas juntos habíais leido en los secretos del Omnipotente sus designios sobre el humano linaje, y la mision del que llevabais en vuestro seno, hacednos vislumbrar el encendido anhelo con que esperabais vuestro parto. Enviad vuestro rocío, encumbrados Cielos, clamaba Isaías con todo el fervor de su arrebatado espíritu; nubes, lloved al justo: ábrete tierra y germina al Salvador. Venid, corred, Señor, gritaba el Profeta, no os detengais; venid á medicar la llaga de nuestro pueblo. Y todos los varones piadosos, desde Adán penitente hasta Zacarías, padre del santo Precursor, levantaban sus brazos al Cielo llamando al que había de salvar al mundo. Sin embargo, ¿qué era ni su amor de Dios y del hombre, ni su conocimiento de las misericordias de Aquel, y del fatal estado de éste en comparacion de los de María? Llena del Espíritu Santo, sublimada al más alto grado de perfeccion, Ella era el espejo en que la divinidad se retrataba. Encendida en el mismo volcán amoroso del que llevaba en su seno, su inmenso amor de Dios descendía en lluvia de fuego á la mísera humanidad; y ¡ay! Ella la veía perdida, envuelta en su culpa y en su desgracia, esclava de su corrupcion y del Infierno... ¿Qué, no ha llegado todavía la hora de la salvacion? Sí, está cercana: de vuestro parto, Vírgen divina, de vuestro parto todo depende...

Madres, que por un favor del Cielo habeis tenido algun hijo, que, con sus virtudes, con su saber, con su valor, ha proporcionado mil géneros de bienes á sus semejantes, ha sido el amparo de la miseria, el protector de las desdichas; decidnos, hasta qué punto hubieran llegado vuestas ánsias de darle á luz, si llevándolo en vuestro seno, sabido hubieseis cuanto en pró de la infelicidad había de hacer; si se os hubiese revelado, que ya su nacimiento era señalado para principio de paz, de consuelo, de bienandanza. Hermanos míos, María está en cinta de Dios: esta palabra lo dice todo; virtud, saber, valor, llevados á un grado incomprensible; y de un Dios, que viene para regenerar el mundo; para reintegrar al hombre en sus derechos hereditarios de una bienaventuranza eterna; y de un Dios, quien cuarenta siglos hace están esperando afanosas igual número de generaciones, y María se halla próxima á su parto. Cuando se está en vigilias de poseer un bien, entónces es cuando crecen las ánsias. Nunca el cautivo siente más su esclavitud y suspira por su libertad, que cuando ya está ajustado su rescate. Jamás al menesteroso es tan gravosa su miseria que cuando la cercana adquisicion de un tesoro

reanima sus esperanzas. ¡Qué vivo anhelo no había, pues, de inflamar á María, que cada día de hoy esperaba el siguiente para dar un Dios al mundo, un Redentor al humano linaje! Cómo con más entusiasmo que el profeta de la régia estirpe de Amazias conjurára á la tierra vírgen de su vientre que germinase al Salvador. Cómo con el cariño con que la esposa de los Cantares al esposo, y el esposo á la esposa, levántate, dijéra al que había de ser su hijo: apresúrate, amado mío, paloma mía, hermoso mío, vén; es ya tiempo de que me dejes ver tu rostro, y suene en mis oidos tu voz infantil, tu voz dulce, y tu cara peregrina. Vén del bosque del Líbano, esto es, de la oscuridad de mi candoroso seno, vén: yo te coronaré con la diadema de mi ternura entrañable. ¡Oh! ¡y que aún no pueda verte! ¡que aún no pueda estampar en tu frente un beso más afectuoso! Y afectos tales, oyentes, ¡cuán ardientes ánsias revelan en María de contemplar nacido á Jesús!

Efectivamente, ardientes las hacían, como habeis visto, la esperanza de tener un hijo, y de tenerlo sin menoscabo de su virginidad, que era lo que formaba todas sus delicias. ¿Y qué hijo? El Santo por excelencia, el modelo de todas las bellezas, el principio de todas las gracias, en una palabra, un Dios; y un Dios que había bajado de la gloria para redimir al hombre, para unir al Cielo con la tierra, para firmar las paces entre el Criador y la criatura. Los ángeles deseaban el alumbramiento de María, el mundo lo suspiraba; y Ella, que veía los anhelos de todos, conocía la proximidad de la hora feliz. Todo conspiraba á enardecer sus ánsias: ¿y en nuestros corazones, hoy, ninguna dispertarán las de María? Apénas hay cristiano que no desee con afán las fiestas de Navidad: el porqué no en todos desgraciadamente es loable y digno. Pues que á lo ménos para nosotros no sean estériles, por no decir perjudiciales, unos días en que se nos recuerda el orígen de todo nuestro bien. Ya que no tenga lugar el deshacernos en vivas ánsias de que el Señor nazca temporalmente, procuremos anhelar de todas veras que nazca espiritualmente en nuestras almas, y que nazca para no morir jamás. Así las Pascuas de la memoria de su nacimiento temporal nos serán felices, no con la falsa felicidad de vanos placeres y espléndidos banquetes, sinó con la verdadera felicidad de una conciencia pura y tranquila.

Tal es la que os pido, Madre de nuestro Dios; esta felicidad demando para los fieles cuya devocion hácia Vos, en la consideracion de vuestras inflamadas ánsias para ver nacido á Jesús, os festeja en este dia con tan pomposos cultos: esta felicidad invoco para todo mi

auditorio. A todos deseo unas fiestas abundantes de toda suerte de bendiciones: no permitais que mis votos salgan fallidos. Así como vuestras ánsias quedaron cumplidas con vuestro venturoso parto, haced que mis deseos sean satisfechos con los copiosos raudales de gracias que lluevan sobre nosotros. *Amen.*

NUESTRA SEÑORA DE LA FÉ.

Beata quæ credidisti!
¡Oh bienaventurada tú que has creido!
(Luc. I, 45).

Muchas son las interpretaciones que los Doctores y Padres de la Iglesia dieron al nombre de María, y las más notables son las de los Santos Isidoro, Bernardo y Buenaventura, quienes haciéndolo derivar del vocablo hebreo *maor*, que significa *luminar*, dijeron que este nombre equivalía á *iluminada*. Y esta interpretacion conviene, no sin razon, á la Doncella de Nazareth por el conocimiento de las cosas celestiales que le fué infundido en el alma, y que ilustró prodigiosamente su mente, á pesar de las profundas tinieblas que rodeaban aún á los entendimientos más preclaros.

¿Y cómo no debía de ser iluminada María, si encerraba en sí el cumplimiento de todas las profecías, y debía ser celebrada como Reina de los Profetas? ¿Cómo no debía ser iluminada, si llevó en sus entrañas á Aquel, que comprende en sí los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de Dios, y que, luz indefectible en sí mismo, vino para disipar la espesa niebla esparcida por la culpa original sobre toda la humanidad?

Aunque bien puede y debe llamarse iluminada á María, por estar llena de la luz de la sabiduría y de la luz de la profecía, sin embargo, se le puede más propiamente atribuirle esta alabanza por estar llena de la luz de la fé. Así pensó San Ignacio, y la llamó: *Maestra de la religion cristiana;* así San Agustin, que la apellidó: *Madre de los creyentes;* lo mismo pensaba San Atanasio, proclamándola: *Destructora de las heregías;* y, finalmente, San Cirilo la encomió como *Cetro de la fé.*

De donde deriva, amados hermanos, la piadosa costumbre de tejer

auditorio. A todos deseo unas fiestas abundantes de toda suerte de bendiciones: no permitais que mis votos salgan fallidos. Así como vuestras ánsias quedaron cumplidas con vuestro venturoso parto, haced que mis deseos sean satisfechos con los copiosos raudales de gracias que lluevan sobre nosotros. *Amen.*

NUESTRA SEÑORA DE LA FÉ.

Beata quæ credidisti!
¡Oh bienaventurada tú que has creido!
(Luc. I, 45).

Muchas son las interpretaciones que los Doctores y Padres de la Iglesia dieron al nombre de María, y las más notables son las de los Santos Isidoro, Bernardo y Buenaventura, quienes haciéndolo derivar del vocablo hebreo *maor*, que significa *luminar*, dijeron que este nombre equivalía á *iluminada*. Y esta interpretacion conviene, no sin razon, á la Doncella de Nazareth por el conocimiento de las cosas celestiales que le fué infundido en el alma, y que ilustró prodigiosamente su mente, á pesar de las profundas tinieblas que rodeaban aún á los entendimientos más preclaros.

¿Y cómo no debía de ser iluminada María, si encerraba en sí el cumplimiento de todas las profecías, y debía ser celebrada como Reina de los Profetas? ¿Cómo no debía ser iluminada, si llevó en sus entrañas á Aquel, que comprende en sí los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de Dios, y que, luz indefectible en sí mismo, vino para disipar la espesa niebla esparcida por la culpa original sobre toda la humanidad?

Aunque bien puede y debe llamarse iluminada á María, por estar llena de la luz de la sabiduría y de la luz de la profecía, sin embargo, se le puede más propiamente atribuirle esta alabanza por estar llena de la luz de la fé. Así pensó San Ignacio, y la llamó: *Maestra de la religion cristiana;* así San Agustin, que la apellidó: *Madre de los creyentes;* lo mismo pensaba San Atanasio, proclamándola: *Destructora de las heregías;* y, finalmente, San Cirilo la encomió como *Cetro de la fé.*

De donde deriva, amados hermanos, la piadosa costumbre de tejer

guirnaldas de alabanza á la fé preclarísima de la beatísima Vírgen, y, por consiguiente, el título con que la honramos hoy, llamándola NUESTRA SEÑORA DE LA FÉ, cuyo título comprendiendo el elogio de una virtud, que es el fundamento de todas las demás, y que sobresalió coronado de espléndidos rayos durante la vida mortal de María, debe ahora, que vamos á considerarlo, llamar toda nuestra atencion. Al dar principio á este exámen, no debo temer que deje de acompañarme vuestra piedad y reflexion, ya porque hablo á cristianos de una virtud que les es necesaria, ya porque hablo de María á los hijos que son tan devotos de esta Madre.

Entremos, pues, en materia, ocupemos nuestro entendimiento en la consideracion de tan importante argumento, y procuremos descubrir las riquezas que se encierran en él con abundancia. Y como que vivimos en un siglo, cuya incredulidad é indiferencia religiosa arrastran á muchísimos á sus doctrinas, la fé de María sirva de estímulo para creer á aquellos cuya fé vacila, y de norma para creer bien á aquellos que quieren creer con la sencillez y la exactitud propia de las almas cristianas. Saludémosla ántes con el ángel: A. M.

La fé es, según San Pablo á los Filipenses, y la Iglesia la definió en varios Concilios contra los errores de los pelagianos, un puro dón de Dios á los hombres, para que éstos sometan su razon á las verdades reveladas. Ahora bien; Dios enriqueció á María con todos los dones, la adornó con todas las gracias, y la elevó entre los mismos hombres más eminentes en santidad por mil singularísimas prerogativas; María encerró en sus entrañas cuanto la elevára sobre los mismos tabernáculos de Jacob, sobre los más yermos muros de la amada Sion, y sobre las más altas cumbres de los montes sagrados; María, no solo fué escogida, sinó que fué la primera en la gracia de la eleccion; no solo fué pura, sinó la sola preservada de toda mancha; no solo fué santa, sinó eminente en santidad. Por consiguiente, debía estar llena de tanta fé, que pudiese ésta corresponder á la grandeza de los demás dones, é introducirla en los más recónditos misterios de la divinidad, y que sobrepujase en fidelidad á las almas más fidelísimas. En efecto; María es la carísima esposa del Espíritu Santo. Pero la principal dote de un matrimonio y lo que forma su mayor prez es, que los esposos posean plenamente el corazon el uno del otro. El Espíritu Santo, pues, poseía todo el corazon de María, y María por entero el del Espíritu Santo; y cuando los esposos se poseen recíprocamente su corazon, entónces toda suerte de bienes son

comunes entre los dos; y, por lo mismo, si el Espíritu Santo era el esposo de María y si María era la esposa del Espíritu Santo, el Espíritu Santo, poseyendo el corazon de María, tuvo que recibir necesariamente sus más tiernos afectos; y María, poseyendo el corazon del Espíritu Santo, tuvo que recibir sus más especiales dones. Pero entre estos dones el principal es el de la fé, dón que el Espíritu Santo infundió primero en los hijos de adopcion. Así, pues, entre los demás dones el Espíritu Santo dió á María el de la fé, y la primera entre las demás virtudes dió María al Espíritu Santo los afectos mismos de esta fé. En efecto; fué por este dón, que apénas abiertos los ojos á la luz, mostró María en su virginal rostro los afectos santísimos de su corazon, y los rayos esplendorosísimos de aquel Dios que la llenó de gracias tan sublimes. Fué por este dón, que, niña aún, quiso retirarse al Templo, y con el homenaje del espíritu y del cuerpo mostrar á Dios su gratitud. Fué por este dón, que leyendo los sagrados libros se conmovía enteramente de santa alegría; y encontrando en ellos las profecías que anunciaban á la tierra su Salvador, aguardaba ardientemente la venida del anunciado Emanuel.

Y aunque María en todos los instantes de su vida hubiese mostrado una fé profundísima y singular, preciso es confesar, que en el día de su Anunciacion la manifestó de un modo más solemne. En verdad, se le anuncia un hecho para cuya realizacion el Criador del Universo no se desdeña de tratar con Ella; se le propone un misterio, que anunciado por Dios desde el principio del mundo, no puede verificarse sin el consentimiento de Ella; se le habla de la redencion del linaje humano, de tal manera, que aquel Señor omnipotente, el cual al crear la tierra no quiso por compañeros ni siquiera á los ángeles, para redimirla quiere que Ella sea su compañera. ¿Es Ella, pues, la árbitra del destino de todos los hombres? ¿Depende de Ella el que sea borrado el decreto de la condenacion? ¿Será Ella madre de un Dios, que es su Padre? ¿Dará el sér á un Dios, que es eterno? ¿Encerrará en su seno un Dios, que con una mano empuña los Cielos? ¿Y será madre sin dejar de ser vírgen, será fecunda no por obra de varon, concebirá un hijo, que, engendrado y alumbrado por Ella, acrecentará su virginidad? ¡Oh misterio profundo, ante el cual es preciso que se aturda todo entendimiento! ¡Oh virtud de la fé de María, que se humilla y cree á un tal anuncio!

Verdad es que se turbó, que se puso pensativa, que estuvo dudosa; todo esto, empero, no fué por falta de fé, ni prueba de vacilacion en creer el misterio que se le anunciaba. Su turbacion, sus reflexiones,

sus palabras dimanaban de otras virtudes que adornaban á aquella alma bienaventurada de un modo el más perfecto.

Se turbó, porque vió en el rincon más apartado de su humilde aposento presentársele delante un jovencito de graciosos modales, de fisonomía brillante, de hermoso porte; y es propio de las vírgenes, dice San Ambrosio, turbarse á la sola presencia de un hombre.

Se puso pensativa, inspirada de su humildad, pues, Ella, que se consideró siempre por la última de las criaturas, al oir que un arcángel la llamaba de repente llena de gracia, bendita entre las mujeres y favorecida de Dios, no acertaba á comprender en qué pudiese consistir aquella grande celebridad que se le anunciaba.

En fin, estuvo dudosa, no porque vacilase en creer el misterio y someter á la fé sus luces, sinó solo para informarse del modo con que debía concurrir á los designios de Dios, y conciliar la virginidad que había jurado á Dios con la maternidad de la cual el arcángel le hablaba.

La misma súplica de María prueba hasta que punto extraordinario fué viva y sublime su fé. Cierto, que Ella cree en todo cuanto ha dicho el arcángel; cree en la grandeza de Aquel que se llamará Jesús; cree que Dios le dará el trono de David; cree que reinará sobre la casa de Jacob y que su imperio no tendrá fin. Turbada en los primeros instantes por las alabanzas que le tributa un arcángel, lo cual era una prueba de su modestia, no se turba por la manifestacion de un designio y de una obra, que á lo ménos hubieran debido causarle sorpresa y admiracion, lo cual es otra prueba de su fé inquebrantable. María cree en todo; y si abre los lábios para pedir una explicacion, no es que ponga en duda la posibilidad del hecho, sinó únicamente porque desea conocer el cómo deberá tomar parte, siendo vírgen, en la obra del Señor; y por lo mismo, no dice cómo *podrá* suceder esto, sinó de qué *modo* esto se verificará. En fin, no pregunta para investigar los secretos del Señor, sinó para saber su voluntad; es una adhesion al voto jurado, es un deseo de conocer sus nuevos deberes, es un solícito cuidado de conciliar estado con estado, deber con deber, la dignidad de madre que le ha sido ofrecida con el candor de los lirios que ha jurado.

Mas volvamos otra vez á considerar el resultado de este diálogo entre María y Gabriel, y veremos brillar nuestro argumento de inmensa luz.

Es propio de la fé comunicar una especie de omnipotencia á las almas que la aceptan. En todo tiempo se vieron estos efectos prodi-

giosos, y el mismo Salvador dijo: que sus discípulos, firmes en la fé, obrarían maravillas aún superiores á las suyas. Por consiguiente, podemos concluir, sin duda alguna, que María tuvo una fé superior á la de todas las demás almas santas, siempre que nos sea concedido verla, en virtud de esta fé, obrar prodigios más estupendos que los prodigios de otros santos, é infinitamente superiores á los de todos ellos. Esto es precisamente lo que se nos muestra en el consentimiento dado por María á la Anunciacion de Gabriel, ya que se ve en María una omnipotencia, que, en cierto modo, se asemeja á la misma omnipotencia de Dios; porque si Dios con un *fiat* crió el mundo, con un *fiat* María engendró, en cuanto á la carne, al mismo Criador del mundo, é hizo que fuese su hijo Aquel, que, engendrado entre los esplendores de los santos, desde los siglos eternales, es el Hijo de Dios.

Esta omnipotencia fué comunicada á María por la grandeza de su fé. ¡Oh bienaventurada, le dijo Elisabeth, cuando divinamente inspirada reconoció la divina Maternidad de la hija de Ana, tú, que has creido! Y San Agustin añade, haber sido tan excelente la fé de María en creer cuanto de prodigioso le anunciára el arcángel, tan firme en la certidumbre con que lo creyó, tan fuerte en superar las dificultades que debía vencer para creerlo, que por este motivo llegó á cumplir el mayor de los milagros, y se vió elevada á la mayor de las grandezas.

Andaba el pueblo de Israel, libre de la esclavitud de Faraon, falto de agua, y perseguido por el impío á marchas dobladas; veíase reducido á los últimos apuros; cuando Moisés, firme en la fé, ora hacía que brotase cristalina agua de una dura peña, ora que se separáran las aguas del mar Rojo; ora que el ejército enemigo hallase la muerte y el sepulcro en el abismo de las olas. Pues bien; ¿qué hay de comun entre la fé del caudillo hebreo, que golpea las peñas, agita las olas, y la fé de María, que conmueve el firmamento y mueve al Criador?

Retrocedía á la desbandada Gabaon bajo el ímpetu de los Israelitas, y únicamente en la inmediata noche esperaba salvacion y defensa, cuando Josué, firme en la fé, viendo escapársele por entre las sombras de la noche el fruto de la victoria, levanta los ojos al Cielo, ordena al día que se detenga, y el sol párase obediente á aquel mandato. ¿Y qué comparacion puede establecerse entre la fé de este invicto caudillo, que detiene en su carrera un globo de fuego, y la de María, que hace descender del Cielo al Sol eterno de justicia, al increado Hacedor del Universo?

Dormía plácidamente Abrahán, é interrumpiendo de improviso la voz del Señor su sueño, le manda sacrificar á su unigénito, á aquel mismo de quien esperaba que se multiplicaría su posteridad como las arenas del mar; y Abrahán, creyendo que Dios omnipotente y fiel en sus promesas hallaría el modo de unir su esperanza y su fé, miéntras que intrépido levanta la cuchilla sobre el cuello de Isaac, halla premiado en la conservada y fecunda vida de Isaac el heroismo de su esperanza y de su fé. Ahora bien; ¿qué parangon puede caber entre la fé del patriarca de Mambré, que le hace padre de muchos hijos cuando se preparaba para inmolar á su único hijo, y la fé de María, que la hace madre sin dejar de ser vírgen, uniendo la fecundidad con lo que forma su principal obstáculo?

Este, por la fé, calmó la furia de los vientos; María calma el enojo de Dios, y quitándole de la mano el rayo de la justicia, le hace descender en sus entrañas vestido de nuestra frágil naturaleza. Aquel, por la fé, sosegó las aterradoras olas del mar; María, haciendo que se realize la inspirada Redencion, detiene el desbordado torrente de las victorias del Infierno. Otro, por la fé, trasladó montes de un lugar á otro; María mueve el Cielo y la tierra, y resucita á la luz y á la vida á las innumerables personas sumergidas en los horrores de las tinieblas y de la muerte. Por consiguiente, la fé de María es superior á la fé de todas las almas más fieles, puesto que su fé hace obrar prodigios suspirados desde muchos siglos. ¡Oh bienaventurada, repitamos aquí con la inspirada Elisabeth, ya que ahora podemos repetir sus palabras con pleno conocimiento de causa; bienaventurada tú, que has creido, porque se cumplirán las promesas que se te han dicho de parte del Señor.

Y si fué tal la fé de María ántes de que el Verbo se encarnase en sus virginales entrañas, ¿sabríais decirme hasta qué punto fué elevada despues de cumplido este sublime misterio? Es preciso considerar, hermanos míos, que á medida que el sol se acerca á nuestro hemisferio, se retiran las tinieblas de la noche y se extiende la luz sobre la tierra; de la misma manera, cuanto más se acercaba el tiempo en que debía brillar para nosotros el Sol de justicia, más se disipaban las tinieblas en que estaba envuelta la tierra, y más se esclarecían las verdades de la fé. Así, pues, los que estuvieron más próximos á la venida del Mesías, como los patriarcas y los profetas que lo estaban con el espíritu, quedaron iluminados con mayor luz. Ahora bien; nadie estuvo más próximo al Mesías que María, que le llevó en sus entrañas, que le estrechó entre sus brazos, que le alimentó en sus pechos, y que le siguió desde la cuna hasta á la muerte; de tal manera, que fué casi una misma cosa con El. Por lo tanto, nadie pudo tener toda aquella plenitud de luz que Ella tuvo.

Y es ciertamente en este concepto, que la fé de María, elevada á toda su grandeza, no puede, de ningun modo, hallar comparacion entre los hombres; porque si los justos vivían por la fé, esta fé era el conocimiento de Dios, no el mismo Dios como en María; y si la fé de los justos se apoyaba en la palabra de Dios, esta palabra era manifestada por los profetas y los apóstoles, pero no manifestada por el mismo Dios, como en María. Hecha Madre del Señor, en Ella hace, en cierto modo, las veces de fé el mismo Verbo del divino Padre; la misma verdad sustancial realmente encarnada en su seno es el mismo sugeto de la fé que encierra en sus entrañas. Así, pues, en María se levanta el grande edificio de la fé de todos los siglos; en María empieza la admirable cadena de los portentos que difundirán la fé por todo el mundo; en María se dá vida al Autor mismo de la fé; y, por consiguiente, la fé de María sobrepuja inmensamente la de todos los demás hombres.

Y de tanta fé tenía necesidad María, pues, aunque iluminada de vivísima luz acerca de los misterios de la Divinidad, tuvo que creer firmísimamente misterios del todo incomprensibles. Y ahora no me refiero á la Encarnacion, en que se le presentaba un inmenso Dios empequeñecido para hacerse hombre; sinó á la Pasion, en la cual se le presentaba este mismo Dios hecho hombre condenado al suplicio de los infames. Entónces vió que toda Jerusalén cobraba un ódio inplacable contra su Jesús; oyó las voces de las turbas que le llamaban malhechor; conoció las astucias de la Sinagoga, que quería quitarle la vida; y supo la sentencia que le condenaba al patíbulo. Entónces halló que los hombres más feroces le aparejaban con los verdugos, los más nuevos suplicios con las espinas, el lugar más vituperable en el Calvario, y la muerte más cruel en la cruz. Entónces vió, que le escupían en el rostro, que le arrastraban por tierra, que le empujaban á golpes, que le arrancaban los cabellos, que le daban á beber hiel, y que insultaban sus dolores con audacia insolente. Y sin embargo, oponiéndose con la plenitud de su fé casi al mundo entero, que se hizo infiel á su Dios, adoraba á un Dios en el hombre que pendía de la cruz como un asesino. Tuvo fé en la sabiduría de Aquel, que escarnecido é insultado de mil maneras, no contestaba á las injurias que de todas partes se le echaban en cara, y con las cuales le mortificaba tambien la hez del pueblo. Tuvo fé en la omnipotencia

de Aquel, que preso por los Judíos, atado con cuerdas, llagado por los azotes, clavado en el patíbulo, no dió señal alguna de su poder, ni bajó de la cruz como le aconsejaban sus perseguidores en són de mofa. Tuvo fé en la santidad de Aquel, á quien todos acusaban reo de mil delitos, llamándole endemoniado y cismático los fariseos, la plebe, los príncipes, los soldados, los sacerdotes y los jueces. Ella sola fué la gran Mujer, cuya fé se mantuvo viva y firme en medio de las tinieblas mismas, que arrastraban á todos los demás hombres á las tinieblas de la infidelidad.

María, pues, fué el más admirable prodigio de la fé católica, que pudo ofrecerse al mundo, prodigio tanto más bello cuanto más singular; fué la columna firmísima, que sacudida por poderosas maquinaciones del Infierno y por formidables culpas de la iniquidad, tan funesta para la mayor parte de los creyentes, no pudo ser derribada; fué la antorcha luminosísima que, aunque batida por vientos contrarios, no se extinguió, ni amenguó su luz la más mínima sombra.

Ahora bien, hermanos míos: esta fé tan viva, tan grande, tan ilimitada, ¿qué ejemplos no nos ofrece? ¿qué lecciones no nos explica? ¿de cuánta confusion no nos llena, siendo nosotros tan tibios y tan débiles? ¿Y cómo podremos presentarnos ante las imágenes de María, si no la imitamos en esta virtud que tan necesaria es á los cristianos? ¿Cómo podremos acercarnos á sus altares no cumpliendo con los deberes que nos propone la fé, y mostrándonos por esta parte peores que los mismos infieles? En fin, ¿cómo podremos invocarla con el nombre especialísimo de Nuestra Señora de la Fé, si por las tentaciones en que caemos y las malas acciones que cometemos, nos excluimos del número de los verdaderos fieles?

La fé de María nos enseña á descansar en la palabra de Dios, que registrada en la Biblia con caractéres indelebles no engaña jamás, y que pronunciada por los infalibles lábios de la Iglesia católica, nos sirve de norma segura y verdadera guía en el destierro de esta peregrinacion. La fé de María nos enseña á no ceder en la duda y en la incertidumbre por las contradicciones que nos parece ván contra Jesucristo y su verdad, y las cuales Dios permite para que nuestra fé adquiera más mérito y más valor en medio de las pruebas. Que nada pues, nos impida venerar en María á Nuestra Señora de la Fé, siguiéndola por este camino. La fé de Jesucristo colma de paz á todo corazon afligido, y llena de consuelo á toda alma atribulada. Esta fé enjuga las lágrimas de los que lloran, mostrándoles un porvenir de

gozo y de gloria; esta fé refrena la risa inmoderada de los mundanos, mostrándoles un porvenir de dolores y de tormentos. Por consiguiente, lo mismo si somos dichosos que desdichados, amemos siempre la fé de Jesucristo, y postrados ante este altar consagrado á Nuestra Señora de la Fé, prometamos conservarla inmaculada en nuestros corazones y trasmitirla pura á la posteridad.

NUESTRA SEÑORA DE LA GLORIA.

Plena est omnis terra gloria ejus.
Llena está toda la tierra de su gloria.
(Isai. VI, 3).

Ya que á la virtud sigue la gloria, está muy puesto en razon, que cuantos se han hecho célebres por virtud hayan sido colmados de mucha gloria. Con frecuencia la historia consigna en sus páginas algunos nombres, á los cuales se les tributaron á porfía aplausos y honores; y la misma sagrada Escritura celebra, de vez en cuando, la memoria de aquellos que aparecieron llenos de méritos ante Dios y los hombres.

¿Qué maravilla, pues, que María, en la cual se reunieron todas las virtudes, y cuyas obras fueron tan excelentes, haya sido glorificada de tal manera, que pueda invocarse bajo el título de Nuestra Señora de la Gloria? ¿Qué maravilla, que bajo este título sea venerada Aquella, que vivió teniendo bajo sus piés encadenado y vencido el Infierno, y que sentada en el trono más resplandeciente de los eternos tabernáculos del Señor, sea alabada y bendita por todas las gerarquías angélicas por los siglos de los siglos?

No obstante, amados hermanos, debiendo hablaros en la presente festividad de María bajo la advocacion de Nuestra Señora de la Gloria, no me fatigaré inútilmente en atravesar las nubes, y descubriendo el Cielo ante vuestros ojos, mostraros la divina gloria de que goza allá arriba la Reina de los Ángeles y de los Santos. Por más que yo acertase á idealizar y expresar, nada hallaría tan espléndido que de algun modo os diese á conocer lo que ojo alguno vió, ni humano entendimiento pudo imaginar.

Dejando, pues, aquellas innarrables magnificencias, fijo la mirada en la tierra, y pasando revista de las generaciones anteriores á María, las que la acompañaron y las que la siguieron, del pasado, del

presente y del porvenir, procuraré sacar argumentos que os muestren en Ella á Nuestra Señora de la Gloria. Efectivamente; María fué glorificada aún ántes de que hubiese venido á hacer feliz la tierra con su presencia; y, por tanto, bien puede llamarse Nuestra Señora de la Gloria si atendemos á las glorificaciones que le tributaron las generaciones que la precedieron. María fué glorificada durante los días de su peregrinacion por la tierra, y por lo mismo puede llamarse Nuestra Señora de la Gloria por las glorificaciones con que la honraron las generaciones de su tiempo. María fué glorificada aún despues de su gloriosa Asuncion á los Cielos, así, pues, puede llamarse igualmente Nuestra Señora de la Gloria por las glorificaciones con que la enaltecieron las generaciones venideras. Saludémosla ántes con el ángel: A. M.

La primera palabra de gloria para María la pronunciaron los lábios del mismo Dios en el Edén. Nuestros primeros padres, culpables y temblorosos, escuchaban la condenacion, que, en castigo de su loca desobediencia, les sometía al destierro y á la muerte, cuando vino á consolarles una prediccion misteriosa. En efecto; el Señor, haciendo traslucir su bondad en medio de la cólera, dijo á la serpiente infernal: Pondré enemistades entre tí y la Mujer; Ella aplastará la soberbia de tu cerviz. Y esta profetizada Mujer es María. Así, pues, si la promesa de la salvacion es tan antigua como nuestra condenacion, y si el día testigo de nuestra caida lo fué igualmente del restablecimiento de nuestra esperanza, se sigue de legítima consecuencia, que Adán, viendo desde entónces en María á la reparadora de su pecado y la bendicion de su posteridad, tuvo que alabar á esta Mujer extraordinaria, benéfica y singular.

Desde aquel momento los pueblos no han cesado jamás de pensar en las grandezas de la Vírgen. Su recuerdo ha permanecido siempre vivo en las tradiciones de las gentes, y se ha conservado inalterable aún en medio de las mismas monstruosidades del paganismo. Sin embargo, no diré que habláran de Ella todas las Sibilas, ni que los Egipcios la esculpiesen con un niño en sus brazos, ni que los Argonautas, por consejo de su oráculo, le dedicasen un culto, ni que los Druidas, sacerdotes de las Galias, le consagráran un simulacro con este epígrafe: *Virgini pariturae*. En el templo santo de Dios nada debe decirse que no sea santo; en el día consagrado á la Purísima entre las vírgenes nada debe exponerse que sea ménos puro.

Fijemos la atencion en la nacion hebrea, en la que vivía, robuste-

cida por continuos vaticinios y fresca la idea de los futuros tiempos; y se nos descubrirá el gran cuadro, que muestra á María celebrada continuamente por espacio de cuarenta siglos. Los justos de la ley natural, dirigiendo una fatídica mirada á la cuna de esta Vírgen bienaventurada, pronunciaron los más bellos augurios; los escogidos de la ley escrita, sonriendo á su alrededor, esparcían fragantes flores sobre el camino de su vida; los Profetas de Judá se alegraban pensando en la Madre del Mesías, la cual fué glorificada por cien lábios y de mil modos en todo el antiguo Testamento.

Empezemos por los Profetas. David vaticinó de María, cuando pedía al Señor, que saliese juntamente con el Arca de su santificacion; Isaías, cuando anunciaba á la Vírgen que debía darnos á Emanuel; Jeremías, cuando hablaba de la concepcion del Hombre en el seno castísimo de la Mujer; en fin, todos los Profetas, al vaticinar al mundo el Redentor, vaticinaban igualmente á Aquella que debía ser su Madre.

A los Profetas se unen los Patriarcas, que tambien vislumbraron á esta Vírgen de consuelo y de alegría. La vió Noé, en el Arca que bogaba segura sobre las aguas del diluvio universal; la vió Jacob, en la escala misteriosa que subía de la tierra al Cielo; la vió Moisés, en la zarza ardiente del Oreb circuida de fuego, pero sin consumirse. Quien la vió en el tabernáculo donde descansaba el Arca de la alianza; este, en el blanco vellon, que primero y único recibe el suspirado rocío; aquel, en la Puerta del Santuario que mira á Oriente, jamás abierta, y por la cual no puede pasar hombre alguno.

A este coro de glorificaciones concurren con los Patriarcas las ilustres heroinas del pueblo hebreo, puesto que María presentaba unidos y conservados en su persona los varios rasgos de gracia, de fortaleza, de sabiduría, de sencillez, de pudor, de valor, de fé y de santidad en que sobresalió sobre todas ellas. La prudencia de Abigail, la modestia de Ruth, y la belleza de Raquel, fueron como sombras de la prudencia, de la modestia y de la belleza de María. María es Sara, que concibiendo á Isaac pasa á ser por este único hijo la madre de una numerosa posteridad; es Judith, que sin menoscabo de su castidad vence al enemigo de Israel; es Esther, que extraordinariamente bella y de graciosa presencia salva con su crédito á todos sus hermanos de la muerte, y derriba de una manera ignominiosa á su terrible adversario. Cuando Ana, al salir del Templo, engendraba á Samuel, anunciaba á María, que concebiría el Salvador; cuando Rebeca, ántes de ser concedida por esposa á Isaac, era interrogada sobre este

enlace, era figura de María, á la cual se pedía su consentimiento para la obra de la Encarnacion; cuando Débora vencía á las huestes enemigas, era figura de María, la cual había de aplastar á los enemigos espirituales.

Con los Profetas, con los Patriarcas y con las renombradas heroinas concuerda todo el antiguo Testamento. Simbolizada en los cedros del Líbano, en las cipreses de Sion, en los palmas de Cades, en los vetustos olivos que florecen en los campos, en los plátanos más altos que crecen en medio de la cristalina corriente de las aguas, en el huerto cerrado, en la fuente sellada, María, en las páginas de los libros santos, aparecía al mundo como aurora, en cuyo seno florecen lirios y rosas; como luna, ante la cual se miran los astros menores; y como sol, que con sus rayos ahuyenta las tinieblas de la noche.

¡Ah! permitidme, hermanos mios, que pase en silencio los muchos símbolos y figuras que hablaban de la Vírgen: sería lo mismo que introducirme en un asunto, del cual no fuese posible hallar el fin. Si quereis saber algo de estas glorificaciones, oid más bien las palabras de la Sabiduría que la Iglesia apropia á María: El Señor me ha poseido desde el principio de sus caminos, y ántes de que existiese el mundo yo existía ya. Todavía no existían los abismos, aún no manaban aguas de las fuentes, ni levantaban sus cumbres las colinas y los montes, cuando yo ya había sido concebida. Cuando Dios extendía los cielos y arqueaba el firmamento á manera de pabellon, cuando con ley fija encerraba los mares dentro de su ámbito, cuando asentaba los cimientos de la tierra y templaba el natural rigor de los elementos, cuando daba vida á las plantas, ya estaba yo en la mente de Dios, en el pensamiento de Dios, en la idea de Dios como primogénita entre todas las criaturas.

Así, pues, hermanos mios, en vista de lo poco que he podido indicar, y de otras muchísimas consideraciones que podría añadir y que dejo á vuestra devota imaginacion, podemos concluir sin temor de exagerar, que María debe ser invocada bajo el título de Nuestra Señora de la Gloria, considerándola con relacion á las alabanzas que le tributaron las generaciones que la precedieron.

Llegó el día en que esta prometida y glorificada Mujer debía venir al mundo, y entónces á las alabanzas de las generaciones que la precedieron, se unieron las alabanzas de las generaciones de su tiempo.

En primer lugar, el Evangelio dice, que María es Madre de Jesús. ¿Y cabe imaginar siquiera una alabanza mayor que ésta? Esta alabanza

encierra, efectivamente, un inmenso significado; ella sola contiene el más bello de los poemas y el más sublime de los panegíricos. La prerogativa de que habla es tan alta, que sobrepuja á toda inteligencia; y la sublimidad que expresa es tan magnífica, que sobrepuja al Universo. Ni todas las lenguas de los hombres, ni todos los coros de los ángeles podrían decir jamás cuanta sea la grandeza de Dios, y, por consiguiente, ni todas las lenguas de los hombres, ni todos los coros de los ángeles pueden expresar cuanta sea la grandeza de la que es Madre de este Dios.

El Evangelio no habla ni una sola vez de la gloria de María. Tambien aquí me es preciso limitar á pocas palabras lo mucho que podría decir, y que, ciertamente, embellecería mi discurso. Reduzco, pues, á tres las alabanzas que se dieron á María durante su vida, la del arcángel Gabriel, cuando le anunció la Maternidad divina; la de Elisabeth en casa de Zacarías; y la de la mujer evangélica en los campos de la Palestina.

Por lo que mira á la primera diré, que llegado el tiempo señalado en los eternos Consejos, en que el eterno Verbo de Dios debía descender á la tierra, y la bella hija de Sion debía verse libre de las cadenas, Gabriel, mensajero de la voluntad divina, intérprete de los celestiales deseos, habiendo atravesado á vuelo las nubes, fué á parar en una casa de Nazareth, y presentándose delante de María, la saludó con estas palabras: *Dios te salve ¡oh llena de gracia! el Señor es contigo: bendita tú eres entre todas las mujeres.* Ahora bien; cada una de estas palabras encierra tales glorificaciones, que sería imposible medir todo su vasto significado. María es *llena de gracia*, y su gracia es llamada gracia por excelencia, ya porque tuvo en sí todo aquel río de gracia que Dios derrama sobre los ángeles, sobre los santos, y sobre todos los demás séres criados, ya porque esta gracia, no resultando en Ella nunca vana ni estéril, acrecentándose, multiplicándose y redoblándose, la hizo llegar casi á lo infinito. María está *en posesion del Señor,* lo cual significa, que aquel Dios, que irritado por los pecados de los hombres se había alejado de la tierra, hizo de Ella sus delicias, que se halla en Ella por una especial benevolencia, por una poderosa proteccion, por un afecto tiernísimo, por una amorosa complacencia y por una singular predileccion: y significa tambien, que Ella es la casa de Dios, el reposo de Dios, el gozo de Dios y el mismo amor de Dios. Finalmente, María es *la bendita entre las mujeres*, puesto que nadie ha recibido jamás tal cúmulo de bendiciones como descendieron sobre Ella; nadie fué colmado de dones tan particulares, tan

preciosos y tan múltiples; y nadie podía dispensar á los demás hombres beneficios tan estimables como por Ella vinieron á consolar abundantemente á la pobre humanidad. Todo lo cual es de suyo evidentísimo, y sin necesidad de argumentos nos dá á comprender, la grandeza de las glorificaciones que el Arcángel tributó á María. Y en verdad, que si en la Escritura vemos á algunos personajes privilegiados que recibieron la visita de los celestiales espíritus, no hallamos ninguna que fuera acompañada de elogios tan magníficos; y si hubo alguno saludado por algun Angel, ninguno de ellos oyó jamás esta salutacion maravillosa, de la cual no podría hallarse otro ejemplar alguno.

Apénas María hubo contestado al Arcángel y dado su consentimiento á la obra de la Redencion, corre presurosa á casa de su prima Elisabeth; y Elisabeth, al ver á la Madre de su Dios, queda anonadada de un estupor tal, y de una maravilla tan grande, que no halla palabras para expresar lo que siente. Sobre su arrugado rostro brilla un iris de paz, la palidez de sus mejillas se trueca en celestial sonrisa, y á las tinieblas de su mente se suceden visiones sublimes. Al fulgor de la mística luz que convierte su casa en un paraiso, á la exuberancia del contento que traspasa los estrechos límites de su corazon, á los inusitados saltos con que siente moverse su hijo en sus entrañas, es la primera entre todas las criaturas de la tierra, que, alumbrada por una admirable revelacion, reconoce y adora en María la Maternidad divina. Se rejuvenece en su decrepitud, su debilidad adquiere una energía superior á sus años; y cuando se trata de encomiar á la bendita entre las mujeres, quisiera que su voz, semejante al sonido de mil trompetas, resonase por todos los ámbitos de la tierra. Y exclama: ¿Qué mérito hay en mí para que venga á visitarme la Madre de mi Señor? Siento que mi hijo salta en mis entrañas, siento que el gozo llena mi corazon, siento que mi mente se eleva á las delicias del Paraiso, y lo siento por tí, oh bendita entre las mujeres. ¡Qué palabras! ¡qué alabanza!

Un Arcángel habia ya dicho, que María era la bendita entre las mujeres; pero como si esto no bastase, Elisabeth repite el mismo sublime homenaje. Y no solo lo repite, sinó que lo amplía, puesto que las palabras *benedictus fructus ventris tui* muestran, que se ha cumplido el grande acontecimiento de la Encarnacion. ¡Oh! ¿quién podía imaginar entónces, que la alabanza tributada á María en la humilde casa de Nazareth y en las escabrosas vertientes del Hebrón, resonaría en dulce eco por todo el mundo, y que el pueblo cristiano,

despues de dos mil años, empleando los mismos términos de Gabriel, los acentos mismos de Elisabeth, rezaría continuamente: *Dios te salve, María, llena eres de gracia, el Señor es contigo, bendita tú eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre*?

¡Ella es la Madre del Señor! pero precisamente por esto jamás será tan glorificada como se merece. Elisabeth era venerable por sus años, por sus virtudes, por sus gracias, por sus honores, por su gloria; todo esto, empero, no es nada ante el privilegio de la Maternidad divina. Mujer de muchos años, esposa de Zacarías sacerdote del Señor, alma justa y querida del Cielo por sus virtuosos ejercicios, con las citadas palabras se reconoce indigna de la visita que recibe, é inclina la triple grandeza de la ancianidad, del sacerdocio y de la santidad ante la esposa de un carpintero, porque la esposa de aquel carpintero es la Madre de Dios!

Los saltos que dió el Bautista en las entrañas de su madre muestran que en aquel instante fué lavado de la culpa original y santificado desde el seno maternal. Así pues, Elisabeth, animada de espíritu profético, manifestando el sucedido prodigio, halla un nuevo motivo para alabar á María; y despues de haberla glorificado como la bendita entre las mujeres y como la Madre del Altísimo, la glorifica como aquella cuyo poder es grande para consuelo de los justos y beneficio de los pecadores.

Trasladémonos ahora á los campos de Palestina. Era el día en que Jesús, despues de haber arrojado el demonio de un poseido, devuelto la vista y soltado la lengua á una infeliz ciego y mudo, pronunció un sublime discurso acerca de la accion del maligno espíritu sobre las almas. Entónces, en medio de la admiracion despertada entre los circunstantes por aquella estupenda doctrina y aquella sorprendente curacion, una mujer, no pudiendo contener por más tiempo en sí el entusiasmo, interrumpe el comun silencio, y levantando la voz con inusitada energía religiosa, exclamó: Bienaventurado el vientre que te llevó; bendito el seno que te alimentó. Esta es otra alabanza que se tributa á María. ¿Por qué bienaventurado el vientre que llevó á Jesús? Porque en este vientre el inmenso se hizo pequeño, el infinito finito, el inmortal mortal, el Verbo niño y Dios hombre; se unieron en el Hijo de María las cosas celestiales con las terrenas, se dieron el beso de paz la misericordia y la justicia, la humanidad se unió en amigable lazo con la Divinidad; y en este lazo se encerraron todas las gracias, del cual partieron todos los bienes, y se prepararon todas las divinas misericordias.

Bienaventurados los pechos que te alimentaron. A la primera se añade otra alabanza. Y ciertamente deben llamarse bienaventurados los piés de María, habiendo seguido constantemente los pasos del Salvador; bienaventuradas las manos, que tocaron tantas veces aquel preciosísimo cuerpo, y los brazos que le estrecharon, y los lábios que le besaron, y el cuello al cual Jesús estuvo graciosamente abrazado con frecuencia; pero más bienaventurados deben llamarse los pechos que le alimentaron, y dieron la leche á Aquel, que debía dar á las gentes la leche de la gracia y de la vida. Así pues, ya que esa mujer pronunciaba estas palabras en los campos de Palestina cuando exclamaba: *Bienaventurado el vientre que te llevó, y los pechos que te alimentaron*, viendo en sus palabras una magnífica glorificacion, debemos concluir, que así como María fué glorificada por las generaciones que la precedieron, lo fué igualmente por las generaciones de su tiempo.

Tampoco faltaron á este perpétuo y universal himno de alabanzas las posteriores generaciones. El culto de María adornó las más brillantes páginas de la historia, embelleció los más patéticos anales de la sociedad, y consoló las más íntimas escenas de la familia. En efecto, apénas hubo abandonado la tierra se celebraron inmediatamente festividades en honor suyo; y desde los Apóstoles hasta nosotros, se le han consagrado siempre devotas solemnidades.

En todo tiempo se ha tributado piadosa veneracion á sus imágenes; y por más inpracticable que haya sido el camino y cruda la estacion, han corrido las muchedumbres á sus santuarios. Ahora bien; estas gentes que acuden á sus templos, estos pueblos que se postran al pié de sus altares, estas almas que todo lo esperan de su patrocinio, son sin duda otras tantas pruebas dadas á la beatísima Vírgen, de que debía ser bendita por todas las generaciones.

En todo tiempo se han celebrado festividades en honor de María, y en todos los puntos de Europa, y en toda nacion del mundo católico se han tributado aplausos á su nombre. Pues bien; estas pompas extraordinarias con que son adornadas, así las más vastas basílicas, como las más humildes capillas, los tríduos, las iluminaciones en las plazas, las procesiones, á las cuales concurren todas las órdenes de los ciudadanos, son indudablemente otros tantos testimonios de glorificacion dados á la Santísima Vírgen, de que debía ser bendita por todas las generaciones.

En todo tiempo se han instituido nuevas prácticas devotas en alabanza de María. Y ahora recuerdo el *Angelus*, con la cual acostum-

bran saludarla los corazones agradecidos del pueblo cristiano por la mañana, á medio dia y al anochecer; recuerdo el Rosario, con que acostumbran saludarla todos los dias las familias piadosas; recuerdo el escapulario, con que se adornan todos los buenos para que les sirva de arma contra los enemigos espirituales; recuerdo el sábado, que los fieles tienen como dia consagrado especialmente á Ella, y la Letanía lauretana, que se le repiten á todas las horas del dia. Esta guirnalda de cánticos, de salmos, de himnos y de preces que se le ofrecen, desde la mañana hasta al anochecer, y desde el anochecer á la mañana, es sin duda otra prueba de glorificacion á la Vírgen, que debían bendecir todas las generaciones.

Salieron desgraciadamente algunos impíos, que, siguiendo las huellas de Nestorio, de los Jovinianos, y de los Elvidios, impugnadores, ó de los privilegios, ó de la dignidad, ó del culto de María; ¿pero, acaso permaneció mudo el pueblo cristiano á aquellas injurias, ó inclinó la frente á aquellas blasfemias? No, hermanos míos: los Atanasios, los Cirilos y los Jerónimos tuvieron mil imitadores en defender las glorias de la Vírgen; y las Iglesias de Oriente levantaron innumerables voces para sostenerlas. Las torturas del paganismo dieron mártires á la Religion, las doctrinas de los herejes la enriquecieron de doctores, y las nefandas palabras de los detractores sirvieron para suscitar nuevas glorificaciones á María, á la cual debian llamar bienaventurada todas las generaciones.

Y á esto tienden tambien aquellas enérgicas expresiones con las cuales los Padres y los Doctores de la Iglesia alabaron siempre á María. El celebérrimo mártir Metodio la llamó: «Principio de la gloria humana, preciosa margarita del reino celestial, Madre de Aquel que alimenta todas las cosas, el límite de Aquel que es infinito.» El Abad Roperto llamóla: «Esposa de Dios, maestra de los maestros, milagro de virtudes, prodigio de santidad.» El Crisóstomo apellidóla: «Paloma en medio de las serpientes, oveja en medio de los lobos, estrella en medio de las nubes, lirio entre espinas.» San Bernardo la nombró: «Magnífico templo de la divina gracia, Reina de los Cielos, Madre de la vida, y Señora del mundo.» San Cirilo de Alejandría la aclamó: «Decoro del Universo, lámpara luminosísima, corona de la virginidad, cetro y norma de la verdadera fé.» San Agustin la celebró como á «Madre de la vida, vivo Tabernáculo de toda la Trinidad, y reparadora del género humano.» San Anselmo la encomió como «Emperatriz de Cielos y tierra, única dominadora de todas las cosas, y elevada sobre el trono de todos los Ángeles.» A Ella glorificaron

Gregorio el Grande, llamándola: «Monte colocado sobre la cumbre de los montes;» San Crisólogo, llamándola: «Madre de los vivos por la gracia;» San Ireneo, «Causa de la salvacion;» San Pedro Damian: «La que aleja las tinieblas;» y San Ildefonso: «Querida, amada, alabada y bendita.»

Ánimo, pues, amados hermanos, tributemos á la Santísima Vírgen todo género de alabanzas, porque puede llamarse, verdaderamente, Nuestra Señora de la Gloria. Ella se nos presenta precedida de los Patriarcas y de los Profetas de la antigua Ley, y seguida de todas las generaciones que debían proclamarla bienaventurada. Ella ha vencido y encadenado al enemigo del género humano; Ella canta su triunfo en su magnífico himno; ciñe sus sienes la corona que le estaba predestinada desde la eternidad. Alabémosla, pues, repito, y digamos en honor suyo con San Basilio de Seleucia, que no puede temerse jamás ofender la verdad con cualquier elogio que se haga de la Reina del Cielo, porque las palabras de los hombres jamás podrán igualar su grandeza. Suplamos nuestra pobreza é impotencia con un celo afectuoso para su culto, aprovechemos toda ocasion para hablar de Ella con el más tierno obsequio, procuremos todos los medios para inspirar en los demás hombres una confianza filial en su proteccion, honrémosla, principalmente, imitando sus virtudes; en fin, procedamos de manera, que al vernos y al oirnos se tenga motivo de glorificar á la divina Madre en sus hijos. Ya que somos incapaces de que nuestras alabanzas correspondan á su mérito, por lo mismo que Ella es superior á toda alabanza angélica y humana, procuremos compensarlo con nuestro celo por su culto, con nuestro afecto por su gloria, con la confianza en su patrocinio, y con nuestra fidelidad en seguir sus sagradas huellas.

NUESTRA SEÑORA DE GUADALUPE.

Et unde hoc mihi, ut veniat Mater Domini mei ad me?
Y de donde á mí tanto bien que venga la madre de mi Señor á visitarme?
(Luc. I, 43).

Los augustos oficios de Salvador y Maestro de los hombres de que se dignó encargar el Hijo de Dios, para desempeñarlos gloriosamente con su muerte y con su doctrina, los quiso comenzar estando aún encerrado en el materno seno, ilustrando la casa de Isabel, y santificando al Bautista. Porque, á la manera que el sol, desde los primeros pasos de su oriente dora las cumbres de los montes, é ilumina los humildes y escondidos valles, así Jesucristo, á pocos días de concebido, camina en el virgíneo vientre de María hasta las retiradas y escabrosas montañas de Judea, á hacer partícipe á la dichosa casa de Isabel de las primicias de su venida. Quería dar de este modo un anticipado testimonio, de que su abundante redencion y su soberana doctrina, extendiéndose á los hombres todos, propagándose hasta los más ocultos rincones de la tierra, serían el más irretragrable documento de un Dios Salvador muerto por todos, y de un Maestro divino, que haría resplandecer la luz de su religion hasta en las más remotas regiones. ¿Y quién no ve entre tantos prodigios, como encierra esta primera predicacion de Jesucristo, multiplicadas en un misterio las maravillas? El Bautista, ántes santo que nacido; Isabel, llena del espíritu del Señor, su casa resonando en alabanza de Dios; María, que sin detenerla ni su virginal pudor y retiro, ni la dificultad de un penoso viaje, ni las escarpadas rocas de la montaña, camina presurosa para venir á ser el glorioso instrumento de tan inefables misterios.

Mas, cuando sorprendida de la alta dignacion de María se me representaba ya la santa madre Isabel, prorumpiendo en expresiones de

un absorto agradecimiento, arrebatada violentamente mi imaginacion con la semejanza de los misterios de Hebrón y Méjico, de las montañas de Judea y las incultas rocas de Tepeyac, me parece oigo á la América en el felicísimo día 12 de diciembre del año 1531, que, absorta y fuera de sí, al ver bajar del Cielo á la tierra á María en su hermosísima y graciosísima copia de Guadalupe, exclama con las mismas palabras de Elisabeth: ¿De dónde á mí, centro de la idolatría más ciega, asiento de la impiedad más bárbara, tanta felicidad? ¿Qué méritos tengo yo para tan gran dicha, como venir la misma Madre de Dios á ser el instrumento de mi conversion, despues de quince siglos que comenzó á rayar la luz del Evangelio? Así, sin duda, á imitacion de la feliz madre del Bautista exclamaría la América, á vista del prodigio que ya todos sabeis, y cuya memoria celebramos hoy en la milagrosa imágen de Guadalupe. Contengamos, señores, por un breve rato, los torrentes de júbilo que á tan dulce recuerdo anegan nuestros corazones, rebosando hácia afuera derramados en nuestros semblantes, miéntras que discurrimos agradecidos sobre la incomparable felicidad, de haber la Madre de Dios tomado á su cargo la conversion de este vasto imperio, beneficio sin duda el mayor entre los grandes é innumerables que Méjico debe á María santísima de Guadalupe. Yo he llegado á pensar, que si la poblacion del nuevo mundo es hasta ahora un problema, cuya dificultad ha burlado los curiosos afanes de los eruditos, la propagacion del Evangelio en él, el establecimiento de la religion, la conservacion de la fé más pura sería, á lo ménos un problema escondido y misterioso á no tenerle claramente desatado en la aparicion guadalupana. Veis, pues, aquí lo que en este dia pretendo sea materia de mi oracion. Los medios porque el Evangelio se ha propagado en América son tan raros, tan sin ejemplar los instrumentos de que se valió la Providencia para establecer allí la religion de Jesucristo, que nos obligan á reconocer en ellos el problema sagrado de la conversion de la América declarado y manifiesto en la aparicion de María santísima de Guadalupe. Pidamos los auxilios de la gracia: A. M.

Todo es raro y singular en la América... Parece que la naturaleza y la fortuna, diré mejor la Providencia, conspiran de acuerdo para sacar á luz en el gran teatro del mundo una region tan diferente de las demás en todas sus partes, que se creía, ó un monstruoso parto compuesto de portentos, ó un país exquisito de maravillas. Reflexionemos á la luz de la verdad y de la experiencia, en la muchedumbre de in-

numerables naciones conocidas aún por sus diferentes idiomas, que concurrieron á su primera fundacion y despues á su aumento; en la benignidad del clima, á pesar de los rayos del sol que la hieren los más cercanos y directos; en esa eterna primavera de una region, que colocada casi bajo la línea, se creyó mucho tiempo inhabitable; en sus frutos exquisitos y en sus ríos caudalosísimos. Añadid á esto los rumbos tan extraños, los medios en lo humano más desproporcionados de que quiso servirse la Providencia para sujetar este nuevo mundo á las gloriosas católicas armas españolas. Llegado ya el tiempo en que Dios, en su eterno consejo, destinaba añadir una nueva corona á la siempre augusta y brillante de nuestros soberanos, levantando el invicto espíritu del heróico extremeño don Fernando Cortés á empresa más alta, conduce, á pesar de los mayores inconvenientes, su pequeña armada hasta las costas mejicanas. No debo detenerme en referiros prodigios que saben aún los niños y rudos: persecuciones contra los mismos jefes que habían sido los primeros autores de tan gloriosa idea, emulaciones y discordias en el corazon de aquella pequeña tropa, ignorancia del idioma y costumbres de los indios, de los derroteros de las marchas; nada fué estorbo para que las reliquias de un pequeño ejército, poco ántes honrosamente fugitivo, triunfára victorioso de millares sin número de enemigos, destruyendo en una batalla casi decisiva todo el poder de los mejicanos, para avasallar despues reforzado á Méjico, y en Méjico todo aquel vasto imperio. De este modo, á costa de una série de los que no dudo llamar milagros, allanaba el Omnipotente el camino á la conversion de los indios, como si ensayára la Providencia en la conquista natural la espiritual y sagrada, que había de obrarse por los medios más singulares. Diez años solos habían pasado del feliz vasallaje de la nacion mejicana, cuando ardiendo aún la guerra en las provincias y pueblos vecinos, entre el ruidoso estruendo de las armas, quiso la Madre amante de la paz, apareciéndose á un indio humilde y despreciado, fijar su habitacion enfrente de la capital misma de Méjico.

Comencemos ya, señores, despues de admirar las dulces palabras con que María explica á Juan Diego el fin de su venida, el solícito desvelo con que tres veces le busca cuando el indio se escondía; comencemos ya á tropezar en dificultades misteriosas, que forman el sagrado problema del establecimiento del Evangelio en la América, solo explicables en la aparicion de María. Escoger la Señora para su aparicion un tiempo, en que, dominante aún la idolatría, débil en sus primeras cunas la fé de Jesucristo, miraban aquellos naturales como

horrorosa novedad, ó como arte ilusoria de los españoles cualquier prodigio; tomar para instrumento que publicára su voluntad y su venida á un indio neófito y desconocido, cuya deposicion era aún para los nuestros justamente sospechosa de vana credulidad, y para sus compatriotas de fingido portento inventado para engañarlos: aparecerse rodeada de señales y símbolos en los cuales la pasion dominante de los indios por esta clase de jeroglíficos, en que colocaban sus ridículas deidades, podía buscar fomento á la idolatría: por último, estampar su imágen, no en una materia preciosa, sinó en un tosco *ayate;* no con aquellas majestuosas apariencias cuyo esplendor fuera un golpe que confundiera la incredulidad, sinó con el humilde semblante, encogimiento y color de una virgencita india; ¿no era todo esto al parecer un medio, ya que no opuesto, al ménos desproporcionado para una obra tan difícil como la conversion de los indios? Así parecería á la engañosa crítica de la humana prudencia; pero no así al poder de Dios, que en la aparicion de María, destinada para Apóstol del nuevo mundo, quería hacernos ver, no sé qué semejanza con la primera venida del Redentor, cabeza y fundamento de su Iglesia. Y ¿á quiénes se descubre primero por anuncio de un ángel el nacimiento del Hjo de Dios, sinó á pobres abatidos pastores? ¿Quiénes fueron los instrumentos que despues le publican al mundo sinó hombres, segun la carne, groseros y rudos? ¿Con qué brillo, con qué magnífica ostentacion aparece? Su carácter es el desprecio y abatimiento; su trono unas pajas; su vestido unos toscos pañales; y al fin, no escoge para la gloriosa empresa de convertir al mundo alguna de las superiores naturalezas, sinó que se viste de la misma carne de aquellos á quienes viene á redimir con su muerte. Yo no me atreviéra á proponeros esta semejanza, expuesta á parecer uno de aquellos discursos sin fondo á que arrebata muchas veces el empeño de elogiar, á no saber, que la perfecta conformidad entre Jesucristo y María ha dado fundamento á que los Padres de la Iglesia la aplaudan, ya con el título de Corredentora de los hombres, ya de Compañera de Jesús en la redencion; y lo que hace más á mi intento, á que la Iglesia universal la canonice con el renombre de Reina de los apóstoles. ¿Y cuándo dió las más claras demostraciones de este glorioso título que en su admirable aparicion de Guadalupe, por cuyo medio quiso Dios obrar en la América la conversion más rara que habían visto los siglos?

Porque ¿qué otra cosa podemos discurrir, cuando reflejando en la publicacion del Evangelio en aquellos reinos echamos ménos las comunes reglas, las reglas ordinarias que estableció el Hijo de Dios

para extender su religion en lo restante del universo? Remontad hasta aquella felicísima época en que el Salvador, disponiendo propagar su fé por todo el mundo, formando una escogida tropa de sus apóstoles y discípulos, les encomienda esta soberana empresa: «Id, les dice, y predicad por la redondez de la tierra mi Evangelio» (1). Divididos despues, escogiendo cada uno, segun convenía, terreno para sus conquistas, caminan veloces por el universo como diestros y prudentes conquistadores, que no pudiendo de un solo golpe sujetar las provincias, dirigen las fuerzas de sus armas hácia las capitales para dominar en la cabeza los miembros todos: así, revestidos del Espíritu Santo, los apóstoles convierten en las principales ciudades las tres partes entónces conocidas: Asia, Africa y Europa. Pero, como algunos particulares, reinos y provincias, ó no sujetaron entónces su cerviz orgullosa á la fé, ó rebeldes, despues de sujetarse, sacudieron el dichoso yugo que las ataba, ya desde aquel tiempo los mismos apóstoles, ya en los siglos siguientes la Cabeza visible de la Iglesia, deputaban continuamente sucesores esforzados y santos para nuevas conquistas. Corrieron la España los Indalecios, Segundos, y Eufrasios: convirtieron los Dionisios la Francia; la Irlanda los Patricios; los Agustinos la Inglaterra; santificaron los Frumencios la Abisinia; Moscovia los Fulbertos, los Egibertos la Alemania, sin esconderse á los afanes y desvelos de un Javier las vastas tierras del Oriente. Solo la América, señores, es el pais infeliz y desgraciado; solo ella es el lugar de las tinieblas adonde no llegan estas luces, Por más que se esfuerce la piadosa tradicion de la venida de Sto. Tomás á estas regiones, el alto silencio de todos los escritores eclesiásticos anteriores al descubrimiento del Nuevo Mundo, el rumbo que eligió este apóstol santo, empleado en la conversion de la Bractania y Media, tan distantes de nuestra América, son argumentos de sumo peso para rechazar este rasgo de historia tan incierta. Y qué, vuelvo á decir, ¿la Providencia, universalmente benéfica, solo á la América niega estos oportunos medios para la fé, comunes á lo restante del universo?

Dejemos, señores, de acusar injustamente los amorosos designios de Dios hácia nosotros, que si entónces quiso quedára cerrada á sus apóstoles la puerta de este nuevo mundo, era porque destinaba á su misma Madre para instrumento más glorioso de su conversion: *Et erit*, decía Isaías, *in novissimis diebus præparatus mons domus Dei in vertice montium*. Sí, vendrán últimamente, despues de publicado el Evangelio en todo el mundo, los tiempos en que se prepara María, monte excelso de santidad en que Dios fabricó su más hermosa casa, para que á ella concurran las gentes á aprender la ley santa. Casi no hay cláusula en todo este pasaje de Isaías, literal profecía de la conversion de los gentiles, en que no se halle delineada la América: aquí se ve una nacion belicosa, convirtiendo los instrumentos de guerra en arados y en hoces para el cultivo de los campos, puntual trabajo de los indios ántes fieramemte guerreros, ya depuesta la furia, empleados solo en el afan de la labor: *Conflabunt gladios suos in vomeres, et lances in falces:* una tierra sin límites, de oro y plata, cubierta por todas partes de ídolos: *Repleta est terra idolis, repleta est argento et auro et non est finis theasaurorum:* unos hombres pusilánimes, huyendo á sepultarse en las cavernas de los montes: *Et ingredietur scissuras petrarum, et cavernas saxorum*. Anticipado testimonio de que escogería la Madre de Dios esta region para preparar en la cumbre de sus montes la casa del Señor, de donde, como de Jerusalén dichosa, se comunicára á estos pueblos la ley del Evangelio. Así fué puntualmente, porque apareciéndose la Madre de Dios desde aquel pequeño templo, primera casa suya, derramaba sobre la nacion indiana tanta copia de luces, tan poderosas inspiraciones, que casi sin resistencia abrazaban la religion. Hablaban los celosos ministros á los oidos, y predicando mudamente María á los corazones, cada paso era una conquista, cada trabajo un triunfo, viéndose extendida en poco más de un siglo la luz del Evangelio desde Nicaragua y Yucatan hasta la California, Sonora y Cinaloa. ¡Dios inmortal! ¿De dónde tanta velocidad, de dónde esta gloriosa rapidez con que en pocos años la religion, como una impetuosa corriente, lleva sus aguas hasta los más remotos países, taladrando y destruyendo los más sublimes montes de la idolatría? Doce apóstoles, revestidos del Espíritu Santo, sus discípulos y sucesores armados del omnipotente brazo del Señor, corren el mundo antiguo para plantar su fé; pero como si trabajáran en peñascos durísimos, cada conversion cuesta infinitos sudores, riego de que vió S. Juan al capítulo XVIII, embriagada la tierra de la sangre de los mártires cuando bajára la celestial Jerusalén. Yo no necesito persuadiros que la señal que S. Juan vió en el Cielo, ya como una Mujer prodigiosa, vestida del sol y calzada de la luna, ya como ciudad nueva y santa, sea un símbolo de María en nuestra bellísima copia, despues que la misma Iglesia, en el oficio con que la celebra, parece que la ha acomodado esta sagrada profecía. Si esto es así, ¿qué mucho, que en la América derramára tan poca sangre la idolatría despues de aparecida

(1) MATTH. XXVIII, 20.

la Vírgen de Guadalupe, si bajaba la Jerusalén santa á desterrar estas sangrientas muertes: *Et mors ultra non erit?* En lo restante del universo eran los hombres los apóstoles; aquí la Madre de Dios: allá se observaba uniformemente el sábio órden establecido por Dios para la conquista de las almas; aquí, destinando á su Madre para instrumento de su conversion, le dispensó, en algun modo, haciendo resplandecer una maravillosa providencia.

Tan suave á la verdad, tan inefable, que si á las otras naciones quiso traer á su imperio á fuerza de milagros, y á costa de repetidas maravillas, en la América, casi sin otro prodigio visible en aquellos tiempos que el de la aparicion de María, quiso ostentar cuan fuerte y poderoso es el dulce dominio que su Madre goza sobre los corazones. No sé, señores, si alguna vez, al leer los milagros tan frecuentes con que la diestra del Todopoderoso abrió camino á su religion, habreis reflexionado como la incrédula obstinacion del espíritu humano se había ya familiarizado con los prodigios. Veían á cada paso ciegos, sordos, enfermos de todo género, recuperar la vista, el oido y la salud; miraban con asombro levantarse de los lechos, de los féretros y aún de los mismos sepulcros, los muertos fríos y pálidos, vivos y róbustos; á su presencia dejaban los demonios forzados los cuerpos que poseían; mudaban los ríos su curso; y todos los elementos, olvidados de su naturaleza, obedecían la imperiosa voz de los ministros de Jesucristo. Humildes caminaban éstos al martirio, pero no tanto á perder la vida, cuanto á atestiguar con milagros la verdad. Pero oponiendo los hombres á tantas maravillas la de su obstinacion, en los países más cultos, en donde las naturales luces del ingenio los debían hacer más dóciles á la religion, allí mismo, los obreros evangélicos, á pesar de portentos sin número, veían muchas veces burlados sus afanes.

Volved ahora, señores, á la América: recorred uno por uno los lugares en que se ha publicado el Evangelio, el rápido curso de sus conquistas, la docilidad con que le han abrazado sus naturales, y decidme: ¿si se debe atribuir esto á la eficaz persuasiva de los milagros? ¿Y no os parece escasa la Providencia en aquellos países de maravillas, si en el mundo antiguo se contaban por millones, y allá se cuentan por unidades? ¿Dónde están para plantar el Evangelio las frecuentes resurrecciones de los muertos? ¿Dónde aquel trastorno tan comun de las leyes de la naturaleza? ¿Dónde aquella voz penetrante de los milagros con que hablaban á las otras naciones los apostólicos ministros? Gentes innumerables por su multitud, diversísimas en sus

cultos y ritos, entre quienes se hallaban naciones enteras obstinadamente idólatras, groseramente supersticiosas, dominadas de la crueldad, necesitaban más que otra alguna de esta dulce violencia. Pero no hay que cansarnos: apareciose María santísima de Guadalupe, trajo desde el Cielo en su copia hermosísima un portento, pero conjunto de muchas maravillas; un milagro, pero perenne, permanente, contínuo; fijó su habitacion junto á Méjico, y desde aquí, predicando interiormente á los corazones, sin necesitar de milagros tan repetidos, redujo en breve tiempo estas numerosas provincias. Mejicanos, toltecas, totonacos, othomies, tarascos, guastecos, matlazincas, y qué sé yo que otras gentes, cuyos nombres se resisten aún á la pronunciacion, se vieron en pocos años levantar sobre las ruinas de sus impuros ídolos la cruz del Salvador. No hay que admirarnos: era María la invicta conductora en todas estas conquistas; María era el escudo de los misioneros; era su primer cuidado inspirar á los récien conquistados el amor á María; al paso que el imperio de Jesucristo se extendía, la devocion á su Madre, la piedad hácia María de Guadalupe era la que abría la puerta á la fé de Jesús.

Aquí, señores, si la estrechez del tiempo y vuestra respetuosa atencion no me obligaran á la brevedad, sería la ocasion más oportuna, para que pasando, ya de la propagacion del Evangelio en la América por medios tan extraños, á la conservacion de la fé más pura, reconocierais de nuevo en ésta el benéfico apostolado de María. Sería necesario poneros á los ojos, como en un breve mapa delineadas, en todo el universo, las furias sangrientas de herejías, cismas, errores, que han hecho cruda guerra y combatido la religion. Pero si alguna vez habeis fatigado vuestros ojos con la vista de un mapa tan melancólico, que yo no tengo lugar de delinearos, descansadlos, recreadlos, volviéndolos á la América. Mirad la herencia destinada á María. ¿Qué herejía ¡ah! no digo ha nacido en ella, pero ni aún contagiádola? ¿Qué error la ha manchado? ¿Qué cisma ha dividido sus iglesias? ¿Ni cómo había de fomentar estas pestes la herencia destinada á la que en todo el mundo ha triunfado gloriosamente de ellas? Desaparezcan ya de nuestros ojos aquellas horrorosas pinturas, con que suele representársenos la nacion de los Indios sujeta aún á la idolatría, á pesar de las exteriores apariencias de religion. Despues que sábias plumas han desagraviado, no tanto á ellos, cuanto á María de Guadalupe de esta calumnia, ¿qué podría yo deciros sinó, que sus supersticiones son muchas veces excesos en que se desliza una piedad poco ilustrada, comunes aún á las naciones más cultas y ménos sospechosas en su fé,

que si lloramos aún en ellos algunos errores, son, más que de impiedad, efectos de ignorancia, y que todo lo desmiente su humilde devocion á María de Guadalupe? Mas, ¿cómo podré disimular el vivo dolor de que nos penetran aquellas naciones aún infieles entre los Indios, que cada día horrorizan nuestros oidos con las noticias de su irreligion y crueldad? Pero si no ha llegado, señores, el tiempo que destina Dios en sus inexcrutables consejos para su reduccion, quizá el Señor ha querido dejar este infelice resto de la impiedad, para que en solicitud de su conversion se ejercite el glorioso trabajo de los ministros, y para que á vista de las dificultades que se presentan en reducirlas, conozcamos cuán difícil, cuán árdua, cuán llena de tropiezos fué en aquellos paises la propagacion del Evangelio, que, por medios hasta entónces nunca vistos, ejecutó María como nuevo apóstol en su imágen de Guadalupe. Y ¡oh! quiera el Cielo, que veamos llevar hasta los últimos términos de la América el nombre de Jesús. Estos deben ser en el día los objetos de nuestras súplicas y votos. Herejías, errores, cismas, demonios, pestes, inundaciones, todo huye á la invocacion de María de Guadalupe.

¡Madre amantísima! dilatad hasta aquellos infelices pueblos vuestro benéfico apostolado para añadir esta grey al rebaño de la Iglesia. Tus hermosos ojos llenos de majestad, tu dulce risa templada con el mayor decoro, tu ademán airoso al par que humilde y magnífico, tu semblante derramando gracias es para todos dichoso anuncio de felicidades. Pusiste allí tu Corazon en eterno depósito, están allí tus bellísimos ojos abiertos para difundir en cada mirada un beneficio. Pónlos benignos en estos fieles que, postrados á tus piés, te ofrecen sus corazones, pues si Tú nos miras afable, formarás nuestra dicha, y serás para todos nosotros la más segura prenda de la gloria, que os deseo.

NUESTRA SEÑORA DE LAS LÁGRIMAS.

Mihi autem absit gloriari nisi in cruce Domini nostri Jesuchristi.
Mas no permita Dios que yo me glorie sinó en la cruz de nuestro señor Jesucristo.
(GAL. VI, 14).

Si alguna cosa hay fácil de persuadir á los mortales es, el interés de su propia gloria: formados á imágen de Dios y para gozar de Dios, aspiramos todos naturalmente á ella. Hasta aquí estamos de acuerdo; mas en órden á la verdadera gloria y los medios de conseguirla no piensan todos igualmente. Acostumbrados unos, á respetar las máximas del siglo, y á respirar su aire, miran como una especie de gloria incomparable todo este vano resplandor del mundo; el poder, digo, las riquezas, las magistraturas, la nobleza, los empleos honoríficos; por ellos se desvelan, por ellos suspiran, y en ellos colocan todas sus delicias. Otros, conducidos por el Espíritu de Dios, creen con el Apóstol, que un verdadero cristiano no puede hallar gloria sólida sinó en la cruz de Jesucristo; y juzgan con arreglo á la moral del Evangelio, que los medios de obtener tanto bien son las lágrimas penitentes con que se expían las culpas.

El verdadero discípulo de Jesucristo busca, como san Pablo, su gloria en las tribulaciones, pues solo por medio de ellas puede tener conformidad con la adorable imágen de su Redentor; condicion indispensable para ser salvos, segun el mismo Apóstol. Sí, señores, el Unigénito de Dios hecho hombre, humillado, abatido, despreciado, inalterable entre los insultos y oprobios, y obediente á su Padre celestial hasta el momento de su muerte, es el perfecto modelo que nos debemos proponer para ser participantes de su gloria; modelo que no debemos copiar sinó con el pincel de las lágrimas, porque si ellas no se nos comunicáran por Dios, serían muy pocos los que se salvasen.

que si lloramos aún en ellos algunos errores, son, más que de impiedad, efectos de ignorancia, y que todo lo desmiente su humilde devocion á María de Guadalupe? Mas, ¿cómo podré disimular el vivo dolor de que nos penetran aquellas naciones aún infieles entre los Indios, que cada día horrorizan nuestros oidos con las noticias de su irreligion y crueldad? Pero si no ha llegado, señores, el tiempo que destina Dios en sus inexcrutables consejos para su reduccion, quizá el Señor ha querido dejar este infelice resto de la impiedad, para que en solicitud de su conversion se ejercite el glorioso trabajo de los ministros, y para que á vista de las dificultades que se presentan en reducirlas, conozcamos cuán difícil, cuán árdua, cuán llena de tropiezos fué en aquellos paises la propagacion del Evangelio, que, por medios hasta entónces nunca vistos, ejecutó María como nuevo apóstol en su imágen de Guadalupe. Y ¡oh! quiera el Cielo, que veamos llevar hasta los últimos términos de la América el nombre de Jesús. Estos deben ser en el día los objetos de nuestras súplicas y votos. Herejías, errores, cismas, demonios, pestes, inundaciones, todo huye á la invocacion de María de Guadalupe.

¡Madre amantísima! dilatad hasta aquellos infelices pueblos vuestro benéfico apostolado para añadir esta grey al rebaño de la Iglesia. Tus hermosos ojos llenos de majestad, tu dulce risa templada con el mayor decoro, tu ademán airoso al par que humilde y magnífico, tu semblante derramando gracias es para todos dichoso anuncio de felicidades. Pusiste allí tu Corazon en eterno depósito, están allí tus bellísimos ojos abiertos para difundir en cada mirada un beneficio. Pónlos benignos en estos fieles que, postrados á tus piés, te ofrecen sus corazones, pues si Tú nos miras afable, formarás nuestra dicha, y serás para todos nosotros la más segura prenda de la gloria, que os deseo.

NUESTRA SEÑORA DE LAS LÁGRIMAS.

Mihi autem absit gloriari nisi in cruce Domini nostri Jesuchristi.
Mas no permita Dios que yo me glorie sinó en la cruz de nuestro señor Jesucristo.
(GAL. VI, 14).

Si alguna cosa hay fácil de persuadir á los mortales es, el interés de su propia gloria: formados á imágen de Dios y para gozar de Dios, aspiramos todos naturalmente á ella. Hasta aquí estamos de acuerdo; mas en órden á la verdadera gloria y los medios de conseguirla no piensan todos igualmente. Acostumbrados unos, á respetar las máximas del siglo, y á respirar su aire, miran como una especie de gloria incomparable todo este vano resplandor del mundo; el poder, digo, las riquezas, las magistraturas, la nobleza, los empleos honoríficos; por ellos se desvelan, por ellos suspiran, y en ellos colocan todas sus delicias. Otros, conducidos por el Espíritu de Dios, creen con el Apóstol, que un verdadero cristiano no puede hallar gloria sólida sinó en la cruz de Jesucristo; y juzgan con arreglo á la moral del Evangelio, que los medios de obtener tanto bien son las lágrimas penitentes con que se expían las culpas.

El verdadero discípulo de Jesucristo busca, como san Pablo, su gloria en las tribulaciones, pues solo por medio de ellas puede tener conformidad con la adorable imágen de su Redentor; condicion indispensable para ser salvos, segun el mismo Apóstol. Sí, señores, el Unigénito de Dios hecho hombre, humillado, abatido, despreciado, inalterable entre los insultos y oprobios, y obediente á su Padre celestial hasta el momento de su muerte, es el perfecto modelo que nos debemos proponer para ser participantes de su gloria; modelo que no debemos copiar sinó con el pincel de las lágrimas, porque si ellas no se nos comunicáran por Dios, serían muy pocos los que se salvasen.

Hasta el mismo Jesucristo, cabeza y ejemplar de los predestinados, debió, segun su oráculo, sujetarse á los sufrimientos y á la ignominia de la Pasion, ántes de entrar en su gloria; y como, en cuanto Dios, no podía llorar, tomó nuestra naturaleza, que le proveyó suficiente caudal de lágrimas, probando así ántes la hiel que los panales. María santísima, asimismo, aunque libre de toda culpa y mancha, no lo estuvo de un torrente de lágrimas que inundaron su alma sobre el monte Calvario, á presencia de la pasion y muerte de su Hijo. Y hé aquí el fundamento de donde yo infiero su mayor gloria, porque juzgo, en efecto, que estas lágrimas fueron gloriosas en su orígen y por su objeto. Tal es la materia que me propongo ilustrar en un breve discurso digno de vuestras atenciones y de mis endebles conatos. Pidamos las luces del Espíritu Santo por la poderosa intercesion de María santísima, saludándola con el ángel: A. M.

Cuando afirmo, que las lágrimas de María al pié de la cruz fueron gloriosas en su orígen y por su objeto, no debeis mirar esta mi proposicion como una paradoja inaudita. Es, por el contrario, una verdad irrefragable, que conocerá fácilmente todo el que considere, que la fuente y orígen de estas lágrimas es el Espíritu Santo, y el objeto de ellas la adorable pasion de Jesucristo, Redentor del género humano; dos reflexiones que servirán de materia para vuestra instruccion, y os descubrirán el carácter glorioso de las lágrimas de María en el monte Calvario.

En efecto, señores; aunque algunos de aquellos que en el idioma de los mundanos pasan por espíritus fuertes, por una especie de afectacion estóica nos pretendan insensibles para hacernos constantes, degradándonos de la humanidad, para darnos el título de magnánimos; y aunque á este respecto afirmen, que las lágrimas ceden en descrédito de un ánimo generoso y en deshonor de la constancia, sin embargo, segun la justa economía de Dios en el plan de su providencia, y atendido el lenguaje del Evangelio, son las lágrimas un signo sensible, y como un augusto sello de eleccion para la gloria verdadera. Jesucristo, sábio é infalible apreciador del mérito, llama bienaventurados á los que lloran, prometiéndoles en recompensa digná de sus lágrimas las consolaciones del Espíritu Santo.

Mas, para que no aprehendais por luz las que son tinieblas, ni por gloria lo que es oprobio é ignominia, consagro esta primera reflexion á ilustrar esta máxima de nuestro Salvador, explicando cuál sea esta bienaventuranza, efecto del dón de lágrimas, y haciendo patente

cuáles deban reputarse oscuras, cuáles gloriosas, cuáles dimanadas del espíritu del mundo, cuáles originadas del Espíritu Santo. Separemos, pues, ante todas cosas, la ignominia de las unas del honor de las otras, distinguiendo con el Apóstol, las que vienen del Espíritu de Dios, de las que proceden de nuestras pasiones. Segreguemos, para decirlo de una vez, las que se originan de la que San Pablo llama tribulacion de la carne (1), de las que resultan de tribulaciones de espíritu, segun el Sábio, para conocer mejor el mérito y el carácter de las de María.

Sería, en efecto, un error grosero, persuadirse de que todas las lágrimas son gloriosas, ó que provienen todas del Espíritu Santo. Una imaginacion, por ejemplo, tímida, extravagante, inquieta, embarazada, es, por lo comun, orígen de muchas lágrimas; un humor triste y melancólico, una emulacion desconfiada, aún sin tener rival; males que en lo físico no podemos prever ni evitar; bienes que no podemos obtener ni recobrar, son orígen, por lo comun, de vuestro llanto, fuente de vuestras lágrimas. Cada vicio, cada pasion nos turba: una desesperacion ambiciosa, que no alcanza lo que solicita; una insaciable codicia, que os marchita, os devora y os consume; el descubrimiento de un artificio criminal, que os empobrece y os deshonra; los bienes enteramente disipados por el juego ó por el lujo excesivo del vestido ó de la mesa; un favor adquirido por inícuas complacencias, que se disminuye ó que se acaba; el descubrimiento, en fin, de vuestras vergonzosas costumbres, amadores del siglo; ¿no son, os ruego, otros tantos artífices de vuestras lágrimas voluntarias? ¿No es el placer ¡oh insensatos y ciegos partidarios del mundo! el oro, una belleza frágil, una vil criatura, ú otro miserable objeto de esta naturaleza, lo que, perdido ó no conseguido por vosotros, fomenta las más veces vuestros gemidos y anima vuestros suspiros? ¿Llamaré yo en esta hipótesis gloriosas vuestras lágrimas? ¿Podré ponerlas á cubierto de su propia ignominia? ¿Serán indicio de una eleccion que Dios hace de vosotros para su gloria futura? ¿O merecereis en recompensa de ellas las dulces consolaciones que promete Jesucristo á los que lloran? Nada ménos. Inficionadas estas vuestras lágrimas desde su mismo orígen, serán cubiertas de oprobio delante de Dios.

Consultando, pues, al Evangelio y tradicion constante de la Iglesia, solo llamo gloriosas en su orígen aquellas lágrimas, que se emplean en llorar nuestras culpas y las de nuestros hermanos; glo-

(1) I. Cor. c. VII, v. 28.

riosas llamo aquellas con que se llora la peregrinacion de esta vida y la ausencia de la patria celestial, como los israelitas cautivos en Babilonia, cuando sentados á las márgenes de sus ríos suspiraban oprimidos con la memoria de Sion: gloriosas, finalmente, llamo aquellas que tienen por motivo sobrenatural á un Dios ofendido; y estas mismas son las que nacen de superior impulso del Espíritu Santo, cuyo amor y caridad las produce en nuestros corazones.

De estas lágrimas habla el Nazianceno, cuando exclama: ¡Oh feliz diluvio, oh lágrimas dichosas! que elevais á un alma penitente, aún estando próxima á caer en el abismo; de éstas habla el Crisóstomo, cuando dice: Nada es más gozoso que estas lágrimas; ellas son más alegres que la mayor risa, y los que las vierten, conocen su admirable suavidad; de éstas habló San Agustin, cuando dijo: Que son más dulces las lágrimas de los que oran, que el goce de los teatros; de ellas habla el Crisólogo, cuando exclama: ¡Oh felices lágrimas de los pecadores! que regando el Cielo, humedecen la tierra y apagan el Infierno; de ellas habla San Basilio, llamándolas: Seminario del gozo y aumento de la gloria; de ellas dice el Justiniano: ¡Oh humildes lágrimas! vuestra es la potencia, vuestro el reino; vosotras no temeis el tribunal del Juez, no hay quien os impida acercaros á Dios; entrais solas, mas no volveis vacías. ¿Qué más? venceis al Invencible, ligais al Omnipotente, inclinais al Hijo de la Vírgen, abrís las puertas del Cielo y ahuyentais al demonio; de éstas habla la Doctrina cristiana, cuando copiando el oráculo de Jesucristo, llama bienaventurados á los que lloran.

Estos son, finalmente, aquellos gemidos inenarrables con que, segun el Apóstol, interpela por nosotros el Espíritu Santo, haciéndonos gemir y llorar.

Tal es, señores, la verdadera idea que debemos concebir de las que llamo lágrimas gloriosas y bienaventuradas; tal es su orígen excelente, y el carácter singular que las distingue. Segun estos principios, ¿será temeridad afirmar, que las lágrimas de María dimanaron del Espíritu santo? ¿Negaremos á nuestra augusta Madre un dón concedido á tantos justos? El dón precioso de lágrimas, este privilegio singular, unido íntimamente con las consolaciones del Espíritu Santo; esta voz de la naturaleza muda y sin más articulacion que la que le comunica la gracia, pero que siempre es oida de Dios, ¿tendrá en María inferior lugar á Aquel, de donde en todo tiempo han dimanado las lágrimas de los demás santos? ¿Qué, osaremos negar á la Madre del Omnipotente lo que es forzoso conceder á Job en la

pérdida de su familia y bienes; á Tobías, en medio de su afliccion; á Jacob, al ver ensangrentada la túnica de su hijo; á Judith, en las calamidades públicas de su pueblo; á Raquel, en la muerte de sus hijos; á la piadosa Ana, en el oprobio de su esterilidad; á Jeremías, finalmente, en la infelicidad de Israel?

Si todas estas lágrimas dimanaron de Dios, ¿carecerían las de María de tan alto orígen? Atendida la justa economía del Señor, que en la distribucion de sus gracias sabe mezclar las lágrimas con los gozos y las aflicciones con las glorias, y que se dignó preferir á María á todos los demás justos, atendido su augusto carácter de Madre y heredera del Crucificado, no pudo negarle aquel torrente de lágrimas que pedía con instancia el Profeta, para llorar las calamidades públicas de su pueblo. Con esta gloriosa fuente de lágrimas debía regar el Espíritu Santo aquel Huerto cerrado, obra de sus mismas manos, como había prometido por boca del Eclesiástico (1). De este mismo orígen y manantial, en fin, debían salir los gemidos de aquella viuda, cuyas lágrimas, segun la Escritura, regando sus mejillas, se elevaron hasta el Cielo. Gloriosas, pues, debieron ser estas lágrimas dimanadas de tan alto orígen, siendo uno mismo el espíritu que las causaba y exaltaba, que las humillaba y elevaba, que las animaba y aceptaba.

Ni deben reputarse ménos gloriosas por su objeto que por su orígen, pues si es éste el Espíritu de Dios, aquél es la adorable pasion de Jesucristo, que respecto de María no fué ménos gloriosa que dolorosa. Es verdad, que Dios en la tragedia augusta del Calvario puso presentes á María sin intermision sus lágrimas, como David se explica; es innegable, que todos los profetas nos la presentan, ya como una ciudad desamparada y viuda en la muerte de sus hijos, ya como desolada y oprimida todo el día de tristeza, ya como una mujer verdaderamente fuerte, que corre apresurada al desierto, no tanto al olor de los ungüentos, como al de las penas de su Hijo; ya, en fin, como una madre afligida, á cuyos ojos ha desfallecido su luz, que busca y no halla con quien dividir sus aflicciones, ni quien la consuele sobre la tierra, porque su consolador se ha retirado mucho en cumplimiento de sus divinos oráculos. Es verdad, que los Padres y Doctores de la Iglesia nos la proponen triste, afligida y compasiva á presencia de un Dios-Hombre desfalleciente, sin especie ni hermosura, conculcado y despreciado, reputado entre inícuos, cubierto de

(1) Eccl. c. XXIV, v. 42.

ignominias, herido y humillado por Dios, hecho una vasta llaga y semejante al pelícano del desierto; es verdad, que al ver esta dura situacion de su Dueño y hacedor, la alimentaba aquel pan de lágrimas que en otro tiempo á David, regando con ellas sus vestidos y la tierra: es verdad, segun la tradicion constante de los Padres, que estas sus preciosas lágrimas recibían aumento, cuando consideraba sobre este horrible mónstruo del pecado, que debiendo su orígen al príncipe del Infierno, deberá su consumacion al jefe de los réprobos; este misterio de iniquidad, que obrándose de día en día, se extiende á manera de torrente impetuoso por todas las generaciones. Pero es igualmente cierto, que la verdadera gloria de un alma justa sobre la tierra son las dulces consolaciones del Espíritu santo, que no podemos negar á María en estas circunstancias, porque atendida la voluntad de nuestro soberano Legislador, anunciada á los mortales por san Pablo, María, no ménos que nosotros, debió gloriarse en la cruz de Jesucristo. Es asimismo indubitable, que María, Madre y heredera del Crucificado y de su Espíritu, debió tolerar gozosa su cruz; esto es, sus aflicciones, como de Jesucristo afirma el Apóstol. Ni es ménos cierto, que los apóstoles, segun consta de sus mismas Actas, iban llenos de gozo por haber sido hallados dignos de sufrir oprobios en nombre de Jesucristo, y de que san Pablo se gloriaba en todas sus enfermedades y tribulaciones (1).

Mas ¿para qué nos detenemos? ¿Es imposible observar el precepto de gloriarse en la cruz del Salvador, como de otros preceptos pretenden los impíos? ¿O por ventura no comprendió á María, que no podía ignorar la voluntad de su Hijo en esta parte, y que debió ser la primera en acreditar con su ejemplo la observancia de las leyes? ¿Le faltaría acaso un ánimo generoso y pronto, ó los auxilios necesarios para conformarse con la adorable imágen de su Hijo, condicion sin la cual no seremos predestinados, segun el Apóstol? Léjos de aquí, calumnias groseras; no pretendais oscurecer las glorias de María sobre el Calvario.

Pero mostremos ya con alguna individualidad los motivos poderosos de gloriarse, que se presentaban al espíritu de María en el conflicto de sus lágrimas. ¿No veía elevado sobre el Calvario aquel estandarte glorioso, bajo el cual debían algun día alistarse todos los reyes y pueblos de la tierra? ¿No veía cumplidas las promesas del Cielo, desaparecidas las sombras, pasado el tiempo de las figuras,

(1) Rom. c. V, v. 3. II. Cor. c. XII, v. 9.

verificadas las profecías, el deseo de los patriarcas satisfecho, venida la plenitud del tiempo? ¿No veía la ley antigua abrogada, abolidas sus ceremonias y sacrificios, deshecha la Sinagoga, y el Templo antiguo abandonado? ¿No veía la ley de gracia establecida, el nuevo Testamento ya sellado, quitado el velo á las Escrituras, subrogado el Evangelio á la Ley de Moisés, un nuevo órden de cosas, un órden más sublime, más recomendable, más santo, una oblacion más pura y más preciosa; un pueblo más fiel, sacramentos más eficaces, templos más augustos, ceremonias más loables, leyes más perfectas, gracias más abundantes? ¿No veía que Jesucristo había conquistado enteramente su reino, que había recibido un golpe mortal la idolatría, que estaba confundida la sabiduría de los filósofos, destruídos los oráculos, vencidos los demonios, reconciliado el Cielo con la tierra, satisfecha la justicia del Padre, vengada su gloria, concluída la mision de su Hijo, y conquistada por esto la gloria del Redentor? ¿No veía los gloriosos triunfos de la Fé por el ministerio de los apóstoles, la constancia y trofeos de los mártires, la piedad y amor de los confesores, la pureza, finalmente, de las vírgenes? Motivos todos de tanto gozo, objetos de tanta gloria, que no pudieron ser suprimidos en el corazon de María durante la tragedia del Calvario que los producía. Es pues constante, señores, que las lágrimas de María no fueron ménos gloriosas por su adorable objeto que por su orígen.

Aprended vosotros á llorar y á gloriaros en la cruz de Jesucristo, si queréis recibir algun día las dulces consolaciones del Espíritu santo. Rociad vuestro pan y vuestro lecho con lágrimas, esta dichosa agua, este bautismo de penitencia, como un Padre se explica. La Pasion de Jesucristo, las ofensas de un Dios sumamente bueno, la pérdida de su gracia, la ruína de vuestra alma ó la de vuestros hermanos, son solamente objetos dignos de vuestros suspiros, y los que únicamente pueden hacer gloriosas vuestras lágrimas. Llorad pues ahora, os diré con el Crisólogo, cuando se regocijan los impíos, á fin de alegraros cuando empiecen ellos un eterno llanto. Llorad ahora, repito con san Macario, ántes que entrando en la eternidad, despedacen á vuestros cuerpos vuestras mismas lágrimas.

Vos, augusta y soberana Madre, que en medio de vuestra mayor afliccion mirabais como gloria vuestra, y con una tierna complacencia y gozo espiritual, la reparacion de nuestras almas y las humildes lágrimas de los penitentes, no mireis ahora con desdén nuestros turbados corazones. Por vuestra intercesion pedimos á Dios, humillados y contritos, un precioso dón de lágrimas para expiacion de nuestras

culpas. Indignos somos de tanto beneficio; pero sois Madre nuestra, Madre de misericordia, Madre de clemencia, nuestro asilo y refugio, dulce esperanza nuestra: á Vos clamamos, á Vos suspiramos en este valle de lágrimas: mostrádnos despues de este destierro á Jesús vuestro Hijo, que vive y reina con el Padre y el Espíritu santo por todos los siglos de los siglos. Amen.

NUESTRA SEÑORA DE LOURDES. (*)

Ascendamus ad montem Domini...
et ambulabimus in semitis ejus.
Subamos al monte del Señor... y por sus sendas andaremos.
(Isai. XI, 3.)

Diferentes nombres se han dado á nuestro siglo: unos lo han llamado siglo de las luces y del progreso; otros, siglo de los caminos de hierro y de vapor; estos, siglo de las ciencias químicas y matemáticas; y los de más allá, siglo de la discusion y de la libertad. Semejantes calificaciones gustan darle no pocos de los que tienen muerto ó ahogado el sentimiento de la vida sobrenatural.

No me detendré en demostrar si estos nombres convienen ó no á nuestro siglo; pero, sí puedo desde luego afirmar, que el verdadero nombre con que será designado á la posteridad el siglo XIX será con el del siglo de María Santísima; y en verdad, que el culto de la Madre de Dios, por lo ménos entre los que se precian de católicos practicantes, nunca se vió tan extendido y fervoroso como en nuestros días. Desde que fué proclamado el dogma de la Inmaculada Concepcion, que, en realidad, fué una explosion general de júbilo, hasta las fiestas particulares de afecto, en ningun otro siglo las glorias de María se habían celebrado con pompa tan esplendida y con entusiasmo tan universal. Las imágenes, llevadas en triunfo y expuestas en todas partes en honor de la Beatísima Vírgen; las iluminaciones magníficas y espontáneas en sus festividades; las muchedumbres agolpadas al pié de los altares; las medallas con su efigie, que ostentan millares de devotos suyos; los muchos libros y opúsculos, que tratando de Ella enriquecen con nuevas y preciosas joyas la literatura religiosa; la coronacion de sus imágenes en varios pueblos; las congre-

(*) Lurdes.

culpas. Indignos somos de tanto beneficio; pero sois Madre nuestra, Madre de misericordia, Madre de clemencia, nuestro asilo y refugio, dulce esperanza nuestra: á Vos clamamos, á Vos suspiramos en este valle de lágrimas: mostrádnos despues de este destierro á Jesús vuestro Hijo, que vive y reina con el Padre y el Espíritu santo por todos los siglos de los siglos. Amen.

NUESTRA SEÑORA DE LOURDES. (*)

Ascendamus ad montem Domini...
et ambulabimus in semitis ejus.
Subamos al monte del Señor... y por sus sendas andaremos.
(Isai. XI, 3.)

Diferentes nombres se han dado á nuestro siglo: unos lo han llamado siglo de las luces y del progreso; otros, siglo de los caminos de hierro y de vapor; estos, siglo de las ciencias químicas y matemáticas; y los de más allá, siglo de la discusion y de la libertad. Semejantes calificaciones gustan darle no pocos de los que tienen muerto ó ahogado el sentimiento de la vida sobrenatural.

No me detendré en demostrar si estos nombres convienen ó no á nuestro siglo; pero, sí puedo desde luego afirmar, que el verdadero nombre con que será designado á la posteridad el siglo XIX será con el del siglo de María Santísima; y en verdad, que el culto de la Madre de Dios, por lo ménos entre los que se precian de católicos practicantes, nunca se vió tan extendido y fervoroso como en nuestros días. Desde que fué proclamado el dogma de la Inmaculada Concepcion, que, en realidad, fué una explosion general de júbilo, hasta las fiestas particulares de afecto, en ningun otro siglo las glorias de María se habían celebrado con pompa tan esplendida y con entusiasmo tan universal. Las imágenes, llevadas en triunfo y expuestas en todas partes en honor de la Beatísima Vírgen; las iluminaciones magníficas y espontáneas en sus festividades; las muchedumbres agolpadas al pié de los altares; las medallas con su efigie, que ostentan millares de devotos suyos; los muchos libros y opúsculos, que tratando de Ella enriquecen con nuevas y preciosas joyas la literatura religiosa; la coronacion de sus imágenes en varios pueblos; las congre-

(*) Lurdes.

gaciones piadosas reunidas bajo sus auspicios; las numerosas peregrinaciones á sus santuarios; y el mes de Mayo consagrado á la misma soberana Señora y grato á toda alma cristiana; prueban de una manera evidentísima, que á nuestro siglo le corresponde, verdaderamente, el nombre bellísimo de siglo de María.

Bajo otro concepto, corresponde tambien este nombre á nuestro siglo, porque tal vez en ningun otro María se había mostrado tan llena de misericordia y de bondad. ¿Y qué otra cosa publican sus muchas apariciones en nuestros días? ¿Qué otra cosa dicen los innumerables prodigios que han seguido á estas apariciones? Larga sería mi tarea si me propusiese tan solo indicar la historia de estas apariciones, y relatar todos los prodigios que las han confirmado, y que han sido para el mundo fuente abundante de bendiciones. Limitándome, pues, al asunto de la festividad de hoy, solo hablaré de la célebre aparicion de María Santísima en Lourdes y de sus faustísimas consecuencias. Vasto es el campo que voy á recorrer; pero Tú ¡oh María! Tú ¡oh amabilísima Vírgen! ayúdame, comunica aliento á mi voz y fervor á mi espíritu, para que pueda decir cosas dignas de Tí, é inflamar los corazones de estos tus hijos, reunidos en este templo para escuchar las alabanzas de tu aparicion en Lourdes. Saludámoste ántes con el Angel: A. M.

Era el 11 de Febrero de 1858. Una niña de catorce años de edad, próximamente, llamada Bernardina Soubirous, estaba recogiendo leña seca á orillas del Gave, en un lugar inmediato á Lourdes, con una de sus hermanas de edad de once años y una de sus compañeras de edad de trece. Hija de un pobre molinero, era sencilla en sus costumbres é inocente de corazon. Llegadas que fueron las tres niñas cerca de la gruta llamada Massavielle, tenían que atravesar el canal de un molino: el molino estaba en reparacion y el canal casi sin agua. Las dos compañeras de Bernardina, que iban descalzas, cruzaron el canal sin dificultad, y llegaron á la gruta ántes que ella, porque de salud muy débil llevaba medias y tuvo que detenerse para descalzarse. Miéntras se quitaba la primera media embargó su atencion un ruido semejante á vendabal, que agitaba, al parecer, los árboles inmediatos. Mira los álamos que ocupan las orillas del Gave, y observa que no se agitan. Quítase la segunda media: un ruido igual al primero retumba otra vez; y entónces fijando la vista al lado opuesto hácia la gruta, ve moverse un arbusto colocado en la abertura de un nicho de forma ovalada, y en este nicho, cree distinguir á una magestuosa y bellísima Señora circuida de una luz brillante, y que lleva un vestido blanco, ceñido el cuerpo con un cinturon azul, un velo blanco en la cabeza, una rosa amarilla en cada pié, y entre las dos manos juntas un rosario de cuentas blancas con una cadena de color de oro. La aparicion le hace señas para que se acerque, mas ella no se atreve: teme ser víctima de una ilusion. La aparicion se hace más visible, y Bernardina ya no duda que está delante de un sér misterioso. Entónces coge instintivamente su rosario, y en el acto de empezar el rezo, cuando lleva el crucifijo á la frente para hacer la señal de la cruz, cáese su mano como paralizada: prueba de nuevo, pero en vano, hasta que la aparicion, como para animarla, coge el crucifijo del rosario que ella misma tenía entre sus propias manos y hace la señal de la cruz. Bernardina se reanima al punto y dice su rosario. Acabado el rezo, la aparicion se desvanece.

Entónces la niña se descalza por completo, cruza el canal, y llega á la gruta, donde encuentra á su hermana y compañera que estaban jugando. ¿No habeis visto algo? les preguntó Bernardina. No, nada hemos visto, respondieron ellas. Bernardina quedó de pronto como turbada; sin embargo, cediendo á las reiteradas preguntas de sus compañeras, les hace algunas confesiones. De regreso á su casa Bernardina lo refiere todo á su madre, la cual creyendo que ha sido víctima de alguna ilusion le prohibe volver á la gruta de Massavielle. Entretanto las otras dos niñas, preocupadas con la confianza que les había hecho Bernardina, la instan para que les acompañe á la gruta; mas ella les manifiesta que no quiere desobedecer á su madre. Las niñas, á fuerza de instancias, consiguen al fin que la madre levante la órden. Pónense en camino; sin embargo, Bernardina no deja de abrigar algun temor, pues recuerda haber oido hablar de apariciones de espíritus malignos; mas tambien sabía, que á éstas se las puede ahuyentar con agua bendita. Coje una botellita y convida á sus compañeras que la acompañen á la iglesia. Ora allí un rato, llena la botellita de agua bendita, y salen las tres en direccion á la gruta.

Apénas habían llegado, cuando Bernardina se ve favorecida por la aparicion. Aunque visiblemente conmovida, la niña no se turba: arroja agua bendita sobre aquel sér misterioso, y le manda, que en el caso de no venir de parte de Dios, se retire. A esta intimacion responde la aparicion con la sonrisa más amable, inclinando su cabeza. Entónces Bernardina coge su rosario y se pone á recitarlo. La aparicion tambien tiene su rosario en la mano, y pasa las cuentas con sus dedos, pero sin que Bernardina la oiga articular una sola palabra.

Tan pronto como la niña acabó de decir su rosario, la aparicion se desvaneció. Las compañeras de Bernardina vieron perfectamente los movimientos de ésta en el acto de arrojar el agua bendita, y notaron la trasformacion de su rostro miéntras oraba, pero nada percibieron del objeto misterioso que absorbía todos los sentidos de la bienaventurada niña.

El jueves 18 de febrero, Bernardina volvió á la gruta, acompañada no solo de otras niñas, sinó de algunas personas mayores de Lourdes, entre cuyos vecinos se empezaba á hablar de aquellas apariciones tan singulares. No bien acababan de llegar cuando Bernardina percibió ya la aparicion. En el acto, y en cumplimiento del encargo que le habían hecho, ella le suplicó, que le dijese quien era y lo que quería. La aparicion se sonrió, limitándose tan solo á dirigirle algunas breves palabras, pero llenas de dulzura y de bondad, convidándola á volver durante quince días á la gruta. Diez y ocho veces en diferentes días se repitió la aparicion; y no solo Bernardina la vió, sinó que oyó tambien las palabras de la agraciada Señora. En una de las apariciones, mostrándose ésta sumamente afligida, le encargó encarecidamente, que orase por la conversion de los pecadores. En otra, insistiendo sobre el mismo asunto, indicó de que manera se debía orar en pró de los pecadores, repitiendo tres veces la palabra *penitencia*. En otra le encarga á Bernardina, que vaya á decir á los sacerdotes, que Ella quiere que la levanten una capilla en el sitio mismo donde aparecía. En otra la ordena, que beba agua de la fuente, que se lave en ella, y coma una yerba que allí encontrará. La niña, que no había visto agua en ninguna parte dentro de la gruta, empieza á andar en direccion al Gave; mas hé aquí que la Señora vuelve á llamarla, y le señala con el dedo el fondo de la gruta. Bernardina obedece; pero ¿cómo beber y lavarse allí donde no ve sinó una tierra humedecida? Excava con sus manos, forma un pequeño hoyo, donde manaba un poco de agua, tan cenagosa, que habiéndola acercado á sus lábios, tuvo que arrojarla por tres veces; sin embargo, es tan formal la órden que acaba por triunfar de su repugnancia: bebe, se lava, y come de una yerbecita, una especie de berro, que encuentra en el sitio indicado. Finalmente, aunque Bernardina había pedido repetidas veces á la aparicion que le dijese quien era, no obtuvo por respuesta sinó una amable sonrisa; mas, insistiendo siempre en la misma pregunta, la Señora levantó las manos, y juntándolas á la altura del pecho, alzó los ojos al cielo, y formuló clara y distintamente esta respuesta: *Yo soy la Inmaculada Concepcion.*

La fama del prodigio, no solo hizo mucho ruido en Lourdes y sus alrededores, sinó tambien en la ciudad diocesana de Tarbes y comarcas colindantes. Muy en breve, millares de personas, todas las mañanas acompañaban ó aguardaban cerca de la Gruta á la dichosa doncella, no obstante el cansancio, el frío y las incomodidades de un largo viaje. Mucho ántes de la hora del alba, empezaba á oirse por las calles de Lourdes un sordo y contínuo rumor, que anunciaba la marcha del pueblo á Massavielle. Todos los caminos que conducían al lugar de la aparicion eran atestados de carruajes y curiosos; todas las posadas y todas las casas del país no bastaban para contener tantos forasteros. El gentío, que en los primeros días constaba únicamente de algunos centenares de personas, en los siguientes aumentó hasta veinte mil; y muchas, á pesar de la estacion más rigurosa del invierno, pasaban la noche á cielo descubierto para coger el mejor puesto, y así poder contemplar de cerca una maravilla, acogida, en general, con entusiasmo, y con incredulidad por otras. Y no es que álguien viese la celestial aparicion; únicamente Bernardina la veía, tan solo ella la contemplaba y oía sus palabras; empero todos los circunstantes veían la trasformacion del rostro de la feliz doncella, como si revistiese algo de sobrenatural y divino.

Un acontecimiento tan extraordinario, un prodigio tan señalado, un milagro tan estupendo, puso, naturalmente, en agitacion á todas las furias del abismo. Al ver avivarse la fé por los sucesos de Lourdes, reanimarse la esperanza, inflamarse la caridad, y producirse nuevas pruebas á favor de lo sobrenatural, no podían ménos que salir á contradecirlas, apelando al efecto á las artes más maquivélicas, á las astucias más descaradas y á las más maliciosas asechanzas. Sin embargo, la Santísima Vírgen, del mismo modo que se apareció á Bernardina, tambien con la misma aparicion confundió todos los conatos del Infierno. Los confundió, no con uno solo, sinó con innumerables prodigios; y con milagros tan repetidos y tan varios, observados atentamente por numerosísimos espectadores, tan por encima de todas las leyes de la medicina, de la fisiología y de la química, que los incrédulos tuvieron que bajar la cabeza y enmudecer vergonzosamente.

Se empezó por propalar, que cuanto se relataba de la aparicion era una ficcion, una pura fábula. Por consiguiente, la autoridad civil, los libre-pensadores, los filósofos del siglo, con el anhelo de descubrir la comedia, al decir de ellos, interrogaron varias veces á Bernardina, la estrecharon con preguntas capciosas acerca de los

más minuciosos detalles; repitieron de mil maneras las mismas preguntas, con la mira de hallarla en contradiccion; llamáronla embustera, embaucadora, le ofrecieron dinero; y, por fin, trataron de intimidarla amenazándola con la cárcel. Empero la piadosa niña, no confundida, ni intimidada, y sin turbarse jamás, respondió siempre las mismas cosas, relató siempre el mismo suceso; y toda la mala fé y sutileza de los interrogatorios de la impiedad, no pudieron sacar de los lábios de Bernardina la menor contradiccion.

Se apeló, por último, á la idea tan comun en estos tiempos, de atribuir al clero cuanto acontecía relativamente á la aparicion; obra de largo tiempo preparada por el mismo para alimentar el fanatismo. Al principio obtuvo algun favor esa idea entre los ignorantes y los sencillos; bien pronto, empero, quedó manifiesto á todo el mundo, que el clero nada absolutamente tenía que ver con los hechos maravillosos de la Gruta. Entre los millares de personas que acudian á presenciar los sucesos no se veía ni un solo eclesiástico, ni entre las personas que hablaban ó se ocupaban públicamente del prodigio figuraba un solo sacerdote. Los eclesiásticos, en su totalidad, callaron, se encerraron en un prudente silencio; y en la necesidad de tener que contestar á lo que pensaban acerca del particular, se limitaban á decir, que era preciso aguardar los sucesos; y no contestaban de esta suerte porque la autoridad superior eclesiástica permaneciese indiferente, como de ello se quejaban al parecer algunos fieles, pues todos los días ésta se hacía dar cuenta de cuanto acontecía en la Gruta, así como de todas las circunstancias que se relacionaban con una cuestion cuya importancia tomaba cada vez más cuerpo. Despues de dar tiempo al entusiasmo para calmarse, despues de seis meses de prudentes dilaciones, el Rdo. obispo de Tarbes, como diocesano, expidió un decreto nombrando una Comision, á la cual encargaba el exámen escrupuloso de los hechos reputados milagrosos para poner en su punto la verdad.

Se llegó hasta á afirmar, que Bernardina era una visionaria, que padecía de catalepsia, y por ende, dispuesta á alucinarse. Sin embargo, habiéndose repetido los hechos de la Gruta por espacio de quince días, fué fácil á la Comision estudiarlos muy detenidamente, ayudada de los conocimientos que los hombres de la ciencia le podía proporcionar. Ahora bien; el exámen destruyó cuanto podía ser propio de las alucinaciones y guardar alguna relacion con la forjada sospecha de catalepsia. Uno de los médicos de mayor reputacion de Lourdes, presente á la Gruta y próximo á Bernardina, habiéndola

observado escrupulosamente en todos sus movimientos, y tomado el pulso varias veces, se vió obligado á confesar, que se trataba de un hecho extraordinario ignorado enteramente de la ciencia médica. Luego, uno de los funcionarios del Estado, habiendo ido á la Gruta con la idea preconcebida de asistir á la representacion de una farsa ridícula, á la vista de aquel rostro trasfigurado de la niña, se desvanecieron completamente todas sus preocupaciones, todas sus objeciones filosóficas, y todas sus negaciones anteriores. «Adquirí, estas son sus propias palabras, la conviccion profunda, de que allí existía realmente un personaje misterioso. Mis ojos no lo veían, pero mi alma y la de innumerables espectadores lo veían con la íntima luz de la evidencia. Lo afirmo, sí: había allí un personaje celestial. Trasfigurada Bernardina de improviso, no era ya ella, sinó un ángel del Paraíso celestial absorto en éxtasis. No era el rostro de ántes, sinó otro dotado de inteligencia, que vivía otra vida, é iba á decir que otra alma la animaba.»

Derrotada la oposicion incrédula en los hechos ya referidos, y no atreviéndose ya á mofarse públicamente de la aparicion, trataron de combatirla en otro terreno. Para creer, hubo quien pidió que la misteriosa Señora, á imitacion de Josué, en pleno día detuviese el sol en su carrera; otro, que como Moisés, desviase las aguas del Gave; este, que se mostrase á todo el concurso; y aquel, que intimase sus órdenes á la naturaleza. ¡Qué digo! Hasta el mismo virtuoso cura de aquella parroquia, el Rdo. Peyramale, pidió que floreciese el rosal silvestre, cuyas ramas trepaban entre las rocas del monte, no obstante de hallarse á mediados de febrero. Empero, no se detuvo el sol, ni se desviaron las aguas del Gave, ni floreció el rosal; un portento algo mayor bastó para poner término á las exigencias de los incrédulos ó de los indiscretos.

Me refiero aquí, hermanos míos, al agua que brotó bajo las manos de la doncella. Antes de aquel día, la Gruta había estado seca, nadie había visto ó sabido que existiese allí vestigio alguno de fuente. El descubrimiento, pues, de una fuente en las peñas de Massavielle, de improviso, sin antecedente alguno, bien podía considerarse como una demostracion de la aparicion prodigiosa, y así lo pensaron muchas personas piadosas, á la par de otras de aquellas en las cuales restaba algo de buena fé. Con todo, no se dieron aún por vencidos los sábios de nuestro siglo. Alegaron, que el pretendido prodigio de la fuente estaba indicado en la humedad de la Gruta, y producido por algun hilo de agua que habría filtrado por las rocas durante las estaciones

lluviosas. Pero Dios, que con los hechos de Lourdes quería confundir la sabiduría del mundo, hizo, que aquel hilo de agua aumentase el día siguiente de aparecido hasta el grueso de un dedo, á los dos siguientes como un brazo, y, finalmente, que manase constantemente hasta ochenta y cinco litros por minuto de agua fresca y cristalina. Figuraos, hermanos míos, cuanto por esta fuente tuvieron que morderse los lábios los impíos, y cuanta fué la alegría de los fieles, quienes celebraron el portento con himnos de alabanza á Dios y á su santísima Madre.

Empero, la alegría y los cánticos en accion de gracias aumentaron lo indecible cuando se descubrió, que esa agua de la Gruta era saludable físicamente. Desde luego, unos se lavaban con ella cara y manos, otros empapaban de ella los pañuelos, y presto se difundió la voz de curaciones obtenidas instantáneamente. Un niño de dos años, macilento, pálido, con los ojos vidriosos y los miembros rígidos, estaba próximo á morir, y miéntras que se le preparaba la ropa para amortajarlo, su madre le toma en brazos, se dirige á la Gruta, atraviesa la muchedumbre, y no obstante la reprobacion de los circunstantes, sumerje resueltamente á su hijo moribundo en la piscina formada de las aguas de la fuente hasta el cuello, y queda curado al instante.—Una señora, que guardaba cama hacía tres años, á causa de una fiebre lenta unida á una pleuresía, y que por considerarla incurable los médicos ya no la asistían sinó por pura ceremonia, acudiendo á Nuestra Señora de Lourdes vió desaparecer la dolencia con solo beber agua del portentoso manantial.—Blasa Soupenne, de edad de cincuenta años, padeciendo hacía tres años de una bléfarite, complicada con un estropion, enfermedad en los párpados, y habiendo empleado inútilmente todos los remedios de la ciencia médica, se lava una y dos veces con el agua de la Gruta y queda curada por completo.—Enrique Busquet, que atacado de fiebre tifóidea, perdida toda esperanza de curacion se procuró una botella del agua maravillosa, la bebió por la noche, y al día siguiente se encontró perfectamente curado.

Los cuatro hechos extraordinarios que acabo de relatar no son los únicos cuya veracidad estableció la Comision diocesana; muchísimos más podría relatar todavía de otros, que recobraron la salud instantáneamente con el uso del agua de la Gruta de Massavielle. ¡Ah! ¿cuántos casos extraordinarios de curaciones milagrosas no sucedieron allá? ¿Cuantos hechos prodigiosos no se realizaron? Si quisiera yo citar su testimonio, se levantarían millares de voces para proclamar con el

acento de la gratitud la soberana eficacia del agua de la Gruta. No me es posible, dado el tiempo de que puedo disponer, enumerar aquí una mínima parte siquiera de los favores que se han obtenido; pero sí puedo decir, que el agua de la Gruta de Massavielle ha curado enfermos abandonados por la ciencia como incurables; curaciones realizadas empleando un agua, que, segun las declaraciones de químicos hábiles, despues de haberla sometido á un análisis rigurosísimo, la declararon privada de todas las condiciones medicinales; curaciones efectuadas, unas instantáneamente, y otras despues de haber usado esta agua, ya en bebidas, ya en abluciónes. ¡Cuántos paralíticos se levantaron, andaron y se reanimaron! ¡Cuántos enfermos, que padecían del estómago, de vómitos de sangre, ó de temblores catalépticos, recobraron salud perfecta! ¡Cuántos octogenarios, por fin, ya deshauciados de curar de sus achaques, vieron prolongados los días de su existencia!

¡Ah, hermanos míos! no terminaría nunca, si pretendiese enumerar siquiera á grandes rasgos las admirables curaciones obtenidas por el agua de Lourdes, y la intercesion invocada á Nuestra Señora con este título. Añadiré, no obstante, para vuestro consuelo, que se reproducen en nuestros días á la vista de todo el mundo las mismas curaciones, atestiguadas, igualmente, por testimonios los más fidedignos, y que es muy fácil presenciar. Y no creais, que se hayan limitado y se limiten solo á Francia las gracias con las cuales quiso la beatísima Vírgen establecer en Lourdes el manantial. Las apariciones de la celestial Señora en la Gruta de Massavielle y los prodigios obtenidos por el agua que de ella manaba, alcanzaron desde luego una celebridad europea. En todas las naciones se hablaba y se escribía sobre este asunto; y miéntras que los incrédulos é impíos se desahogaban en burlas y sarcasmos, las personas curadas de males rebeldes é incurables anonadaban los argumentos, con que se pretendía destruir la verdad de los prodigios, con argumentos y sofismas que de su mala fé eran de esperar. Mas como al fin la impiedad vió la absoluta imposibilidad de negar ó dudar de tan gran número de hechos referidos, ó casos extraordinarios, que en todas partes se hacían públicos, imaginaron difundir la especie, de que el agua de la gruta muy bien podía tener como otras muchas fuentes, alguna propiedad benéfica, alguna virtud natural, poderosa, lo cual explicaría sencillamente todos esos pretendidos milagros. Diferentes químicos recibieron el encargo de analizar esa agua, entre ellos notabilidades científicas, y unánimamente afirmaron, que el agua de la

gruta de Lourdes no tiene más propiedades minerales que el agua natural.

En vista, pues, de todas las maravillas referidas y de otras muchas que por brevedad omito, y de las cuales tendreis ya noticia por la fama, comprendereis muy bien, hermanos míos, que la devocion á Nuestra Señora recibiera con ellas un nuevo impulso. Como quiera que sea no puedo terminar sin indicaros algo de ese acrecentamiento de devocion. Dos cosas pidió la Vírgen á Bernardina: la primera, que se le erigiese una capilla en las rocas de Massavielle; y la segunda, que visitasen esta capilla los fieles con numerosas peregrinaciones. Ahora bien; basta considerar de que manera se han satisfecho ambos deseos para ver, que la aparicion de Lourdes debía necesariamente impulsar la devocion de los pueblos para con María.

Por lo que mira á la primera, ¿dónde ha querido María que se edificase el santuario? Al pié de las montañas pirenáicas, lugar donde se reune gran número de extranjeros, que de todas partes del mundo van á veranear, ó á buscar la salud en la pureza de los aires que allí reinan. Pues bien: el santuario se ha erigido en la cumbre del monte, sobre las peñas de Massavielle, con una magnificencia y riqueza que demuestran la manera con que los fieles han correspondido al deseo de María.

Por lo que mira á la segunda cosa pedida, esto es, el deseo expresado por María, de que los fieles vayan á honrarla en el nuevo templo, cada dia leemos bellos y conmovedores relatos de peregrinaciones al santuario de Lourdes; de manera, que se puede muy bien decir, que no hay ya ciudad ni pueblo de alguna importancia, que no haya mandado sus contingentes á estas imponentes demostraciones de filial obsequio á la Santísima Vírgen. Y en estas peregrinaciones numerosas continuas y edificantes, se ven personas de toda edad, categoría y condicion, emprender conjuntamente largos y peligrosos viajes, entonando himnos fervorosísimos. Cuando en el día 4 de Abril de 1862 fué celebrada la colocacion de la imágen de María en el santuario, se contaron sesenta mil personas presentes en aquella augusta ceremonia.

De los hechos que he relatado resultan tres legítimas consecuencias. Primera consecuencia: ¿cómo no admirar, hermanos míos, la economía de la Divina Providencia? A fines del año de 1854, el inmortal Pío IX proclamaba el dogma de la Inmaculada Concepcion, y al trasmitir los ecos las palabras del Pontífice hasta los últimos confines de la tierra, los católicos saltaron de alegría, y se celebró en

todas partes el glorioso privilegio de María con fiestas, cuyo recuerdo vivirá siempre en la memoria de los fieles. Y hé aquí, que tres años despues, apareciéndose la Vírgen á una niña, que ántes de la aparicion declaró, que no había oido hablar de la Inmaculada Concepcion, le dice: *Yo soy la Inmaculada Concepcion... Quiero que se levante aquí una capilla en mi honor;* ¿no hay motivos para pensar, que la Vírgen quiso consagrar por medio de un santuario el oráculo infalible del sucesor de San Pedro?

Segunda consecuencia: no solo algunos puntos de nuestra creencia sinó que toda la fé católica es admirablemente confirmada por los milagros que se han conseguido á la aparicion de Lourdes. Porque si el milagro es una obra luminosa superior á toda fuerza finita, y que no puede reconocer más causa que solo Dios; y si Dios, no pudiendo engañarse ni engañarnos, no puede obrar ningun prodigio en favor de una cosa falsa, es innegable que el milagro guarda una esencialísima conexion con la veracidad divina; y por lo tanto, es innegable tambien, que debe llamarse verdadera aquella religion que tiene en su favor el testimonio de un milagro. Ahora bien; en Lourdes, á favor del Catolicismo, del cual María es Madre y maestra, se obran, no uno, sinó muchos milagros de ciegos que recobran la vista, de tísicos que recobran la salud, de cojos y leprosos curados, y de moribundos vueltos á nueva vida: milagros públicos disputados, confirmados y obtenidos instantáneamente. Así, pues, podemos decir con toda seguridad, que las milagrosas curaciones conseguidas al invocar á Nuestra Señora de Lourdes, curaciones que ofrecen las condiciones de universalidad y de duracion, solo pueden ser obra de Dios.

La tercera de las legítimas consecuencias que se deducen de la aparicion de Lourdes es, la esperanza en el patrocinio de María. Vivimos desgraciadamente en tiempos miserables y difíciles: los malvados acrecen, los perversos se multiplican, abundan los secuaces del más estúpido materialismo, de la concupiscencia más desenfrenada; engruesan las filas de los perdidos detrás de todo placer sensual, de toda mala costumbre; Satanás triunfa y esclaviza á muchos insensatos. Para no sucumbir á la fuerza de tantos males, tenemos necesidad de un refugio, de un auxilio; y nuestro auxilio y refugio es María. Ella se muestra en Lourdes, y nos dice que es siempre nuestra Abogada, nuestro Consuelo, nuestra Madre, y que sabrá socorrer nuestra debilidad, alejar y desvanecer toda calamidad. Madre de toda gracia, depositaria de todo bien, dispensadora de toda buena

suerte, está siempre á favor nuestro; y acudiendo á Ella en nuestras necesidades espirituales y temporales no podremos ménos de vernos libres de los males que nos afligen, y obtener los bienes que necesitamos.

Comprendamos, pues, amados hermanos, los numerosos é inmensos beneficios de la aparicion de Lourdes. ¡Ah! si en todos los siglos de la redencion no ha habido persona, ciudad, pueblo ó desierto, á la cual la celestial bienhechora no haya socorrido ó no socorra, hoy, que con la aparicion de Lourdes nos ha dado un nuevo motivo para confiar en sus misericordias, abramos el corazon á la confianza. En medio de las horrorosas tinieblas que sobre nosotros arremolina el impetuoso viento precursor de la tormenta, tengamos un rayo carísimo de esperanza en el patrocinio de María. Por consiguiente, acerquémonos con confianza á este trono de gracia; procuremos reanimar en nosotros la fé, pensando que tenemos una Vírgen tan poderosa como clemente, ante la cual nuestras súplicas jamás serán confundidas; supliquémosla con fervor, con sinceridad, con constancia, y sin duda experimentaremos los efectos de su maternal proteccion.

NUESTRA SEÑORA DE LA LUZ.

Ego feci ut oriretur lumen indeficiens.
Yo hice nacer una luz que jamás faltase.
(Eccl. XXIV, 6.)

Cesen ya tus lágrimas y clamores ¡Iglesia santa! calma las ánsias y tristezas de tu afligido pecho. Patriarcas desconsolados, llenaos de regocijo; Profetas celosos, cambiad vuestras liras y cantares tristes en cítaras de placer; justos y afligidos, universo todo, envuelto en el negro velo de tinieblas, de ignorancia y miserias, levanta tu cabeza hácia los montes de Sion. Amanecido há una luz grande; llegada es ya la plenitud de los tiempos, el cumplimiento de los oráculos, la consumacion de las venganzas de un Dios terrible y enojado; salida es ya la Paloma del Arca, que en breve ha de traer el ramo verde del olivo en su pico, señal de paz y de triunfo; y en suma, llegado es ya el término de esa oscura noche de terror y de muerte.

El Hijo del Eterno Padre se ofrece á pagar nuestra deuda, y en el exceso de sus misericordias inclina los Cielos de su grandeza. Se viste de nuestra naturaleza en las entrañas de una Vírgen, y esta vara fecunda de Jesé produce aquella flor sublime, al Pacificador de los Cielos y la tierra. ¡Recuerdos felices! ¡memorias lisonjeras! vosotros derramais sobre un pueblo redimido un cáliz de placer, y lo inundais en un piélago de delicias.

Congratulémonos, pues, hermanos mios; enjuguemos nuestras lágrimas, cantemos sin cesar las misericordias del Altísimo, y publiquen nuestros lábios en todas las generaciones, que ha sido fiel en sus promesas; porque vimos pasarse aquella noche, y amanecer la cándida luz, la brillante aurora, precursora del divino Sol de justicia; aquella resplandorosa luz, cuyo resplandor disipó las miserias y tinieblas en que estaba sepultado el mundo desde su orígen; aquella Mujer fuerte,

suerte, está siempre á favor nuestro; y acudiendo á Ella en nuestras necesidades espirituales y temporales no podremos ménos de vernos libres de los males que nos afligen, y obtener los bienes que necesitamos.

Comprendamos, pues, amados hermanos, los numerosos é inmensos beneficios de la aparicion de Lourdes. ¡Ah! si en todos los siglos de la redencion no ha habido persona, ciudad, pueblo ó desierto, á la cual la celestial bienhechora no haya socorrido ó no socorra, hoy, que con la aparicion de Lourdes nos ha dado un nuevo motivo para confiar en sus misericordias, abramos el corazon á la confianza. En medio de las horrorosas tinieblas que sobre nosotros arremolina el impetuoso viento precursor de la tormenta, tengamos un rayo carísimo de esperanza en el patrocinio de María. Por consiguiente, acerquémonos con confianza á este trono de gracia; procuremos reanimar en nosotros la fé, pensando que tenemos una Vírgen tan poderosa como clemente, ante la cual nuestras súplicas jamás serán confundidas; supliquémosla con fervor, con sinceridad, con constancia, y sin duda experimentaremos los efectos de su maternal proteccion.

NUESTRA SEÑORA DE LA LUZ.

Ego feci ut oriretur lumen indeficiens.
Yo hice nacer una luz que jamás faltase.
(Eccl. XXIV, 6.)

Cesen ya tus lágrimas y clamores ¡Iglesia santa! calma las ánsias y tristezas de tu afligido pecho. Patriarcas desconsolados, llenaos de regocijo; Profetas celosos, cambiad vuestras liras y cantares tristes en cítaras de placer; justos y afligidos, universo todo, envuelto en el negro velo de tinieblas, de ignorancia y miserias, levanta tu cabeza hácia los montes de Sion. Amanecido há una luz grande; llegada es ya la plenitud de los tiempos, el cumplimiento de los oráculos, la consumacion de las venganzas de un Dios terrible y enojado; salida es ya la Paloma del Arca, que en breve ha de traer el ramo verde del olivo en su pico, señal de paz y de triunfo; y en suma, llegado es ya el término de esa oscura noche de terror y de muerte.

El Hijo del Eterno Padre se ofrece á pagar nuestra deuda, y en el exceso de sus misericordias inclina los Cielos de su grandeza. Se viste de nuestra naturaleza en las entrañas de una Vírgen, y esta vara fecunda de Jesé produce aquella flor sublime, al Pacificador de los Cielos y la tierra. ¡Recuerdos felices! ¡memorias lisonjeras! vosotros derramais sobre un pueblo redimido un cáliz de placer, y lo inundais en un piélago de delicias.

Congratulémonos, pues, hermanos mios; enjuguemos nuestras lágrimas, cantemos sin cesar las misericordias del Altísimo, y publiquen nuestros lábios en todas las generaciones, que ha sido fiel en sus promesas; porque vimos pasarse aquella noche, y amanecer la cándida luz, la brillante aurora, precursora del divino Sol de justicia; aquella resplandorosa luz, cuyo resplandor disipó las miserias y tinieblas en que estaba sepultado el mundo desde su orígen; aquella Mujer fuerte,

cuyo valor quebrantó la serviz á la seductora serpiente; aquella sublime criatura, iris de paz y de reconciliacion del universo con Dios; aquella segunda Eva, pero sin mancha, prometida desde el orígen de los siglos al hombre prevaricador para romper sus cadenas.

¡Desgraciados tiempos y generaciones que no gozaron tal ventura! Nosotros, nacidos en el claro tiempo de la gracia, tocamos el día de la benignidad. Sí; las desgracias, que á manera de torrente se agolparon sobre la raza proscrita de los hijos de Adán, y los hicieron infelices por cuarenta siglos, desaparecieron de este valle de tinieblas al momento que rayó sobre nuestro horizonte la Aurora esplendorosa de María. Celebremos, pues, nuestra dicha, y en particular celebradla vosotros, piadosos devotos, que en este día y en este santo templo ofreceis á esta resplandeciente luz los más puros homenajes de vuestros corazones, dando á esta ciudad y aún al mundo entero, un testimonio de vuestra religion y vuestra gratitud á la Señora. Contempladla todos, amados míos en el Señor, y coronadla con una diadema más preciosa que la del rey Salomon; llenad los aires de cantares alegres, resuene este templo en cánticos de loor; suba por sus altares el humo del incienso y de los aromas de adoracion, y preconicen mis lábios las glorias de esa vuestra ínclita protectora; manifestándoos que María fué para el mundo una Luz inextinguible que disipó las tinieblas de la noche de la culpa. Ved el asunto, católicos; pidamos el acierto: A. M.

Para entender con cuanta verdad se llamó María la Luz inextinguible que disipó las tinieblas de la noche de la culpa, demos una sencilla ojeada por aquellos siglos anteriores á su nacimiento, y los veremos sepultados en una lobreguez espantosa. El universo, en la caida de nuestro primer padre, quedó tal, cual queda todos los dias respecto de la luz material, luego que le falta el sol que le alumbra. A la manera que cuando éste se oculta en el Occidente y espira el día, la naturaleza entera queda como extinguida, y se cubre de negras sombras y tinieblas la tierra, brillando solo con una escasa luz por toda la region celeste estrellas remotísimas; desapareciendo la hermosura del órbe, el esplendor y magnificencia de las ciudades, la amenidad de los campos, el vigor y lozanía de las plantas, la belleza de las flores, la alegría de los seres, observando todo un silencio lúgubre; al paso que los mónstruos y fieras salidas de sus madrigueras atemorizan la tierra con horrorosos silbos, bramidos y aullidos, yaciendo los hombres en sus casas como muertos en brazos del

sueño; tal sucedió en la caida del primer hombre. Su crímen le dió á conocer que habia llegado el ocaso de su felicidad, y habia hecho su fatal entrada la noche de miserias y trabajos. Vistióse su desnudez con unas hojas de higuera: ¡cuán diferente adorno del que hasta entónces habia tenido sobre sí! Desapareció la hermosura de la tierra, la amenidad, vigor y belleza de sus frutos, quedando estéril para éstos y solo abundante para producir abrojos y espinas. Su alma, ya sin la gracia y atavíos preciosos con que la adornára el Altísimo, huyó á esconderse de su presencia. Todas las pasiones del cuerpo y los animales todos, que en el claro día de la inocencia le viviéran sujetos, se rebelaron en la noche del pecado y declararon guerra á todos los mortales. Dios se apartó del hombre, y le abandonó á sus propios caprichos y devaneos, siguiéndose una noche de horror. El hombre á la par que se alejaba de su orígen, perdía la idea de su Dios y se envolvía en mayores tinieblas. Los delirios más extravagantes se abrazaron con horrible entusiasmo, las maldades más enormes y nefandas pasaron por virtudes.

Solo en un rincon de la Judea se adoraba más con los lábios que con el corazon al verdadero Dios. Solo un cortísimo pueblo circunciso, en paralelo con el resto de los mortales, gozaba un religioso comercio con Dios, y le veneraba entre oscuras sombras, y le era depositario de sus oráculos, de sus misterios, de su alianza. Sí, católicos, todavía se hallaba el mundo en su niñez, y ya la tierra regada de sangre clamaba venganza contra un fratricida. A la vez que los días se multiplicaron los delitos; cada siglo añadió mayores delirios; la enfermedad se propagó con espantosa rapidez; toda carne corrompió sus sendas; y la razon enflaquecida y llena de tinieblas se alejaba más y más de la verdad. El Criador de todo fué olvidado, desatendidas y despreciadas sus promesas, y para poner fin á tanto desvario, sumergió en las aguas á esta raza proscrita. Empero, este castigo no sanó la enfermedad del corazon, ni pudo contener la corrupcion del hombre. Por manera, que la tierra, saliendo del seno de las aguas, tornó en breve á verse poblada de delincuentes, que añadieron el fanatismo á la idolatría. Los descendientes de Noé pusieron desde luego los ojos en esos globos luminosos que circulan sobre nuestras cabezas, creyendo que la deidad residía en esas antorchas benéficas; y el hermoso espectáculo del universo que debia traerlos al conocimiento del legítimo Dios, les hizo olvidar y alejarse más y más del Sér Supremo. La edificacion de una torre que llegase hasta el cielo, nos descubre el progreso del orgullo y los fátuos desatinos á que se

precipitó la razon. El trastorno y el desórden adelantaron sus pasos, y llegó el hombre á adorar como divinidades sus mismos excesos y pasiones, colocando sus imágenes en los altares. Incensó al adulterio y al incesto, levantó templos al amor impuro, y las ceremonias más augustas no fueron otra cosa que fiestas licenciosas. Inficionóse todo el órbe, autorizólo el Imperio, y la majestad de las leyes hizo ser respetable esta demencia con la magnificencia de los templos, con el aparato de los sacrificios y con la inmensa riqueza de los simulacros. Las ciudades, los montes, los campos, los desiertos, todos, todos se mancharon, y vieron los soberbios edificios consagrados al orgullo, á la venganza, á la embriaguez, á la obscenidad y á la avaricia.

La Grecia, más viciosa aún que ilustrada, no hizo más que multiplicar y adornar altares del infierno: toda su elocuencia no proponía sinó fábulas y pinturas obscenas. Roma, en fin, la primera de todos los pueblos y esclava de todas las supersticiones, adoptó estos cultos insensatos y sacrílegos; llenó su recinto de extranjeras deidades; vió levantar altares á los ídolos de los pueblos subyugados, que más servían de monumento público de su locura y ceguedad que de sus victorias: fundó la duracion de su imperio en la variedad de sus oráculos, agoreros, arúspices y pitonisas, mirando como pronóstico de los sucesos futuros el vuelo de las aves. Naciones enteras llegaron á hacerse salvajes, sin artes y sin ciencias; otras, á la infame crueldad de sacrificar sus hijos á los demonios; otras, á presentar en platos por vianda la misma carne humana; otras, en fin, á otros excesos que no pueden referirse sin afrenta de la humanidad. La diversidad de cultos, de costumbres, de países, de idiomas y de intereses, parece que había diversificado entre ellos la misma naturaleza; pues apénas se conocían mútuamente por la figura de hombres, que era la única señal de union que les quedaba. Exterminábanse como bestias feroces, ponían su gloria en despoblar la tierra de sus semejantes, y levantar en triunfo las cabezas ensangrentadas. En una palabra, el mundo entero no era más que un teatro lúgubre que ofrecía por do quiera las escenas más insensatas y sangrientas. Tal fué, señores, la noche oscura en que se envolvió el linaje de los hombres, á la manera de aquella que el Egipto castigado por Dios experimentó en el medio día, pues las tinieblas le aislaron de tal suerte, que ver no podía ni aún el suelo que pisaba. Y al modo que entrada la noche van amaneciendo y ocultándose los planetas que indican en qué horas está la noche, así en la marcha de esta noche moral fueron amaneciendo los patriarcas y profetas que señalaron con sus vaticinios al

universo, en que estado estaba aquella, y cuánto restaba para ver la luz, mil y mil veces suspirada.

Amaneció por fin María, y cual astro esplendoroso, disipó aquellas densas nieblas, terminó aquella noche tenebrosa, y los mortales todos empezaron á despertar de su pesado letargo, y á sacudir los errores de la ignorancia y de la esclavitud, que por tantos siglos le causaron lágrimas. ¡Feliz ventura! Sí; el universo todo respira al amanecer María. El pueblo que caminaba en lobreguez, divisa en María una luz grande; vé la estrella de Jacob y el lucero de la mañana. ¡Oh, y cuán hermosa se levanta esta Aurora en el firmamento de la Iglesia! ¡Cuán rica de luces celestiales! ¡Cuán brillante y festiva! Los ángeles, sorprendidos de admiracion al verla, se preguntan con entusiasmo: ¿quién es esta que asoma al mundo como una grande luz que disipa las tinieblas? ¿Quién ha de ser? ¡oh sublimes espíritus! os diré con San Pedro Damiano: una Vírgen, que es el compendio de las maravillas de Dios; la obra más perfecta y excelente de su diestra soberana, que solo el que la formó le excede en perfeccion y hermosura. Una Vírgen, que es un abismo de perfeccion y un océano de virtud. Una criatura, en quien se reunieron todas las gracias, cual se reunen en el mar todas las aguas. Una Vírgen, que con el soplo del divino Espíritu ha de revestirse del Sol divino, Hijo del Altísimo, nacido en la eternidad entre esplendores de gloria, y lo ha de dar á la tierra el sol que llena el mundo de su luz. El Cielo se alegra, la tierra se regocija, las cadenas se rompen, la justicia y la paz se dan un ósculo; el pecado huye, el abismo se asusta y se estremece; la escena triste del universo se cambia en espectáculo delicioso al aparecer la Luz inextinguible que ha de brillar en María. Y á la manera que la aurora es la risa del cielo, el placer de los campos, la respiracion de las flores, y que con su rocío de miel desarrolla sus capullos; es la melodía del prado y de la selva, es la hermosura de todas las avecillas, por manera, que no hay ninguna tan ricamente adornada con sus matizadas plumas como el jilguerillo, ó tan mal vestida como el ruiseñor, que no rompa el silencio de la noche para celebrar la presencia de la aurora con sus acentos, trinos y gorjeos, sus primeros aplausos.

A su presencia se hermosean los montes con sus crestas de azul y plata; el mar con sus olas abrillantadas; los árboles con sus hojas vueltas al cielo para recibir sus benéficos influjos, manifestando su verdor más vivo: las fuentes con sus gargantas más llenas, y su cadencia más sonora; los corderillos á la puerta del aprisco impacien-

tes por salir á pacer la yerba y grama fresca; las fieras retirándose á los bosques y ocultos oteros. Y bien, católicos, estos mismos efectos y circunstancias placenteras advirtió el mundo al ver á María. Los Cielos comenzaron á destilar aquel rocío tan suspirado de los antiguos patriarcas; las puertas del empíreo se abrieron de par en par; y los rayos de la gracia se difundieron por toda la faz de la tierra. El idólatra vió caer sus ídolos y abandonó su fanatismo, bañado con la luz de la verdad. Las flores de las virtudes se desarrollaron, y ostentaron su esplendor en el verjel de la nueva Iglesia. La serpiente y el dragon del abismo, destruido su imperio, se retiró medroso á su lóbrega estancia. El hombre vió hacerse alto á sus desgracias y castigos. Las maldiciones del paraíso perdieron la marca de la divina indignacion. Y la nueva Iglesia llegó á llamar feliz la primera culpa y noche pasada, por haber motivado la llegada de esta Luz, de esta Aurora de la redencion, íntimamente enlazada con el nacimiento del Sol, su divino Hijo, y orígen de resplandor. ¡Oh día feliz! ¡Oh día de alegría! ¡Oh ventura para un pueblo redimido! Pasó la noche, decía San Pablo, y amaneció el día: apareció la luz que había de disipar las tinieblas. Pasó la noche del error, y rayó la luz brillante de la verdad. Pasó la noche de la idolatría, y llegó el día en que, postrados los simulacros del abismo, fué el supremo Dios adorado en espíritu y en verdad en todo lugar. En vista de esto ved como se explica el abad Ruperto hablando á esta Señora, «Cuando naciste, Vírgen beatísima, entónces brilló sobre nosotros una fulgentísima luz, entónces nos amaneció la aurora, nuncio feliz de un día perdurable.» Su nacimiento de la progénie de Abrahán, brillante de la real sangre de David, á quien fué hecha la promesa de bendicion con juramento del Dios de Israel, fué término de los dolores y principio de los consuelos, el fin de la tristeza y el exordio del regocijo. Esta es, dice San Pedro Damiano, la Estrella de la mañana que brilla en medio de la niebla, é ilumina á todo el órbe con su esplendor. Ella es la Aurora á la que siguió el Sol divino Jesucristo, que nació de Ella.

Sí, señores, fallado estaba por el rey Asuero el decreto de muerte contra los judíos, y llenos de tristeza y bañados de lágrimas acudieron á la protección de la famosa Esther. Presentose esta heróica mujer ante el rey, abogando por su despreciado pueblo, y sus súplicas lograron revocar aquel infausto decreto. Y entónces, dice la Escritura, apareció una luz consoladora, y por todas las ciudades, pueblos y provincias resonaron los ecos de la alegría, los saltos de júbilo, y los regocijos de bailes y fiestas. Ved ahí en Esther una imágen

propia de María. Condenados á muerte eterna estaban todos los descendientes de Adán; lloraban sin consuelo, revolvíanse sobre las cadenas de su cautiverio sin haber una mano fuerte que las rompiera. Aparece María, revoca el decreto, quebranta las cadenas, y atrae sobre todos la gracia con el fruto de sus entrañas. Y entónces... ¿qué? Se vió nacer una nueva luz en el mundo todo. Oyose por todas partes la voz del júbilo y del placer; el hombre levantó su cabeza, vió á esta Madre mediadora y llenóse de consuelo.

María, sí, es la insigne Judith, que penetrando intrépida los ejércitos asirios y degollando á Holofernes en su propia tienda, quitó el oprobio á Israel, y mereció los aplausos de su pueblo. María quebrantó la cerviz al príncipe de las tinieblas, puso en confusion sus huestes, destruyó su imperio, y mereció que los hombres libertados de sus garras le cantáran: «Tú eres la alegría del mundo, la gloria del cristianismo, el honor de toda la tierra. Bendito sea tu nombre, pues por Tí hemos participado del fruto de la vida: por Tí, oh Luz fulgentísima, hemos llegado al claro día de la verdad y de las misericordias.»

En efecto, señores, toda una noche anduvo luchando el patriarca Jacob con un ángel, y al rayar el día, deseando poner término á la lid, le dijo el ángel: «Déjame, pues, que ya se levanta la aurora.» Ahora bien; segun la expresion de un intérprete, por este ángel debemos entender aquel Angel divino y del gran Consejo, al mismo Hijo del Altísimo, y por Jacob el género humano. Lidiaron, pues, Dios y el hombre por muchos siglos; lidiaron los profetas, lidiaron los patriarcas, lidiaron todos los justos, desde Abel hasta Simeon, instando é hiriendo los Cielos con sus piadosos ruegos, para que caminando entre tinieblas y sombras de muerte, les amaneciera la luz consoladora. Vió el Hijo del Eterno á María, que cual luz fulgentísima y aurora brillante había amanecido ya al mundo; y entonces, ¿qué me detengo? le dice á su Padre celestial: ¿qué me detengo ya más en los Cielos? ¿A qué lidio por más tiempo con Jacob? Ea, Padre mío, déjame; porque ya ha aparecido en el mundo la luz fulgentísima, la aurora de María. Bajaré porque ví la afliccion de mi pueblo y su triste clamor, bajaré, para libertarle de su esclavitud y de las cadenas que le abruman; pondré un dique á las desgracias que le agobian, disiparé sus tinieblas, y verá él la luz de un claro día. Así se verificó; y con la cándida y suave luz de María cual aurora, y con los brillantes rayos de Jesucristo como sol, queda todo el universo iluminado, alegre y placentero. Y si despues, en el discurso de este día de la ley de gracia, ha abierto el abismo sus bocas, y ha arrojado el negro humo de la

mentira, del error, de la herejía y de la impiedad, que como vió S. Juan en su Apocalipsis, ha llegado á la vez á turbar, y aún casi á oscurecer el sol de la verdad, cual sucede en una tenebrosa borrasca, que interceptados los rayos del sol por las densas nubes, solo queda en la tierra una luz opaca, triste y melancólica, ¿quién ha serenado el firmamento de la Iglesia? ¿Quién ha restituido la calma, la paz, la alegría y la brillante claridad en medio del día de nuestra peregrinación? ¿Quién si no esta estrella María, como á boca llena lo confiesa la Iglesia? Tú sola acabaste con todas las herejías.

Sí, amados míos en el Señor, nuestra ínclita y especial protectora María es la que, no solo disipó las tinieblas en que estuvo sepultado el universo por muchos siglos, sinó que aún despues ha desterrado toda niebla, toda borrasca, toda sombra de error y de desgracia. Invocad pues á esta Luz fulgentísima, en todo apuro con su celestial Rosario; porque entre tantas oraciones como la devocion cristiana presente al Señor y á su bendita Madre, la oracion del Rosario es la más agradable ante el divino acatamiento: la más amada de esta soberana Reina, y la más provechosa para las almas. Invocadla tambien con el himno *Ave maris stella*, que la santa Iglesia os propone en sus festividades; y en esta solemnidad, bajo el título de la Luz, pedid os la dé para conocer vuestras culpas y el estado de vuestras conciencias; pedidle que alumbre á los ciegos por las pasiones, *profer lumen cœcis*; pedidle que sea nuestra luz en medio de las sombras de esta noche.

Nos dirijimos á Vos, dulcísima Madre nuestra, y con el ángel os decimos: Dios te salve María, más profunda en virtudes y dones del Cielo que el mar en sus aguas. Llena eres de gracia, como el vellocino de Gedeon del rocío de la gloria. El Señor es contigo, como el Espíritu de Dios con las aguas del mar. Bendita tú eres entre todas las mujeres, pues Tú sola tuviste bendiciones de madre con pureza de vírgen. Bendito es el fruto de tu vientre Jesús, pues diste en la tierra la cosecha más feliz del Cielo. ¡Oh Santa María! pues eres Madre de Dios, mirad por los que estamos desterrados en este valle de lágrimas; y si nos hemos desviado del camino de los divinos mandamientos, rogad por nosotros pecadores. Miradnos propicia ahora y en la hora de nuestra muerte. *Amen*, así sea, para que agrademos en gracia á Jesús, y despues consigamos la gloria. Que á todos os deseo en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo: Amen.

NUESTRA SEÑORA DE LA MERCED.

DISCURSO I.

Benedictus Dominus... quia hodie nomen tuum ita magnificavit, ut non recedat laus tua de ore hominum... pro quibus non pepercisti animæ tuæ, propter angustias et tribulationem generis tui... Et dixit omnis populus: fiat, fiat.

Bendito sea el Señor..... porque hoy ha hecho célebre tu nombre en todo el universo: no faltará tu alabanza de la boca de los hombres, porque has empleado los sentimientos de tu corazon para alivio de sus aflicciones... y éstos darán eternamente señales de su gratitud.

(JUDITH, 13.)

¿Quién es esta mujer tan singular, distinguida con el sello de las misericordias del Todopoderoso, cuyo nombre se ha hecho célebre en todo el universo; que tiernamente compasiva de las angustias de su pueblo ha empleado su poder, su valor, su sabiduría y todos los sentimientos de su corazon para consolarle, y por lo mismo, se ha adquirido el más bien fundado derecho sobre la estimacion, el amor, la admiracion y los elogios de cuantos en los futuros siglos tengan noticia de sus gloriosos hechos? Es verdad, que las palabras que acabo de proferir, son un cántico de confesion y alabanza con que el pueblo de Betulia tributó sus respetuosos agradecimientos al Dios de Sion, por los privilegiados favores con que rompió sus cadenas, enjugó sus lágrimas, acalló los lastimosos ecos de su llanto, avasalló la mano enemiga que le tiranizaba, y le restituyó á su antigua libertad por medio de la compasiva, la generosa, la grande Judith;

mentira, del error, de la herejía y de la impiedad, que como vió S. Juan en su Apocalipsis, ha llegado á la vez á turbar, y aún casi á oscurecer el sol de la verdad, cual sucede en una tenebrosa borrasca, que interceptados los rayos del sol por las densas nubes, solo queda en la tierra una luz opaca, triste y melancólica, ¿quién ha serenado el firmamento de la Iglesia? ¿Quién ha restituido la calma, la paz, la alegría y la brillante claridad en medio del día de nuestra peregrinación? ¿Quién si no esta estrella María, como á boca llena lo confiesa la Iglesia? Tú sola acabaste con todas las herejías.

Sí, amados míos en el Señor, nuestra ínclita y especial protectora María es la que, no solo disipó las tinieblas en que estuvo sepultado el universo por muchos siglos, sinó que aún despues ha desterrado toda niebla, toda borrasca, toda sombra de error y de desgracia. Invocad pues á esta Luz fulgentísima, en todo apuro con su celestial Rosario; porque entre tantas oraciones como la devocion cristiana presente al Señor y á su bendita Madre, la oracion del Rosario es la más agradable ante el divino acatamiento: la más amada de esta soberana Reina, y la más provechosa para las almas. Invocadla tambien con el himno *Ave maris stella*, que la santa Iglesia os propone en sus festividades; y en esta solemnidad, bajo el título de la Luz, pedid os la dé para conocer vuestras culpas y el estado de vuestras conciencias; pedidle que alumbre á los ciegos por las pasiones, *profer lumen cœcis*; pedidle que sea nuestra luz en medio de las sombras de esta noche.

Nos dirijimos á Vos, dulcísima Madre nuestra, y con el ángel os decimos: Dios te salve María, más profunda en virtudes y dones del Cielo que el mar en sus aguas. Llena eres de gracia, como el vellocino de Gedeon del rocío de la gloria. El Señor es contigo, como el Espíritu de Dios con las aguas del mar. Bendita tú eres entre todas las mujeres, pues Tú sola tuviste bendiciones de madre con pureza de vírgen. Bendito es el fruto de tu vientre Jesús, pues diste en la tierra la cosecha más feliz del Cielo. ¡Oh Santa María! pues eres Madre de Dios, mirad por los que estamos desterrados en este valle de lágrimas; y si nos hemos desviado del camino de los divinos mandamientos, rogad por nosotros pecadores. Miradnos propicia ahora y en la hora de nuestra muerte. *Amen*, así sea, para que agrademos en gracia á Jesús, y despues consigamos la gloria. Que á todos os deseo en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo: Amen.

NUESTRA SEÑORA DE LA MERCED.

DISCURSO I.

Benedictus Dominus... quia hodie nomen tuum ita magnificavit, ut non recedat laus tua de ore hominum... pro quibus non pepercisti animæ tuæ, propter angustias et tribulationem generis tui... Et dixit omnis populus: fiat, fiat.

Bendito sea el Señor..... porque hoy ha hecho célebre tu nombre en todo el universo: no faltará tu alabanza de la boca de los hombres, porque has empleado los sentimientos de tu corazon para alivio de sus aflicciones... y éstos darán eternamente señales de su gratitud.

(JUDITH, 13.)

¿Quién es esta mujer tan singular, distinguida con el sello de las misericordias del Todopoderoso, cuyo nombre se ha hecho célebre en todo el universo; que tiernamente compasiva de las angustias de su pueblo ha empleado su poder, su valor, su sabiduría y todos los sentimientos de su corazon para consolarle, y por lo mismo, se ha adquirido el más bien fundado derecho sobre la estimacion, el amor, la admiracion y los elogios de cuantos en los futuros siglos tengan noticia de sus gloriosos hechos? Es verdad, que las palabras que acabo de proferir, son un cántico de confesion y alabanza con que el pueblo de Betulia tributó sus respetuosos agradecimientos al Dios de Sion, por los privilegiados favores con que rompió sus cadenas, enjugó sus lágrimas, acalló los lastimosos ecos de su llanto, avasalló la mano enemiga que le tiranizaba, y le restituyó á su antigua libertad por medio de la compasiva, la generosa, la grande Judith;

aquella mujer famosa en los fastos de los hebreos, que libertando gloriosamente á su nacion afligida dió las pruebas más sensibles de su heroismo.

Pero olvidémonos de Judith: el objeto que nos ofrece las ideas consoladoras que provocan nuestros júbilos, nuestro agradecimiento y nuestro amor es infinitamente más glorioso, más elevado, más digno de nuestros votos. María, la incomparable Vírgen María, es hija del Altísimo, á quien han mirado los Padres como una criatura que Dios eligió con preferencia á todas las demás. María, la amabilísima María es la heroina privilegiada de quien hablo, la que despues de redimir el mundo con los dolores de su corazon en el Calvario, obra una segunda redencion que inmortaliza su nombre, manifiesta los sentimientos de su corazon, y tiene obligado á todo el mundo á consagrarse á sus cultos.

Por esto se la atribuye el devoto y tiernísimo título de la Merced: y esto es lo que ejecuta la memoria de aquella dichosa noche, en que los Cielos se juntaron con la tierra: noche más luminosa que el tiempo en que preside el astro del dia, y que se equivoca sin disputa con la otra, en que rotos los grillos de la muerte, subió Cristo vencedor de los infiernos al tabernáculo de su eterna mansion. Entónces fué cuando aquella columna de fuego que habia de conducir otro escogido pueblo, se dejó ver del Moisés de la gracia, S. Pedro Nolasco; del Aaron del siglo trece, S. Raimundo de Peñafort; de uno de los más piadosos reyes, D. Jaime de Aragon; y ordenó que se estableciese en la Iglesia «una tropa auxiliar que entrase de nuevo en el cuerpo del ejército, dispuesto en batalla, al cual Jesucristo sirve de caudillo:» el sábio, ilustre, real y militar Órden de nuestra Señora de la Merced, cuyo objeto principal fuese restituir la libertad á los cristianos que gemian en el duro cautiverio del sarraceno. Momento feliz, dichosa noche, en que conoció el mundo la ternura y el amor del corazon dulcísimo de María que adoptó este gran proyecto de libertad concebido en el seno de Dios. La Iglesia vió salir de su recinto una multitud de redentores, que se ofrecieron á los primeros combates: reyes, que derramaron sus tesoros para edificar los primeros conventos de este Órden venerable: pueblos, que cooperaron á los piadosos fines de este nuevo instituto. María es la que revela este proyecto de caridad, le proteje, le acalora y le autoriza: ya las cárceles se abren y las cadenas se rompen.

«Alaba al Señor, Jerusalén, alaba Sion á tu Dios, porque ha hecho célebre el nombre de María, y su elogio, como fundadora de la Merced y redentora de cautivos, no faltará de la boca de los hombres; porque ha enriquecido á María con un corazon tan compasivo, que no ha podido ménos de aplicar todos sus sentimientos á la libertad de estos hijos afligidos; porque ha movido la piedad de los fieles, para que cooperando á un proyecto tan santo, dén eternamente señales de su gratitud y reconocimiento.» ¡Qué ideas tan encantadoras!

Ved aquí pues mi designio. Las ideas de Dios acerca de María revelando por su medio la redencion de los cautivos y fundacion del Orden de la Merced; las ideas de María acerca de los hombres, revelando la redencion de los cautivos y la fundacion del Orden de la Merced; las ideas de los hombres acerca de María por haber revelado la redencion de los cautivos y fundacion del Orden de la Merced. ¿Cuáles son las ideas de Dios acerca de María? Ideas de magnificencia y de gloria: *Benedictus Dominus... quia hodie nomen tuum ita magnificavit, ut non recedat laus tua de ore hominum:* este será el objeto de vuestra admiracion en la primera parte. ¿Cuáles son las ideas de María respecto de los hombres? Ideas de compasion y de ternura: *Pro quibus non pepercisti animæ tuæ, propter angustias et tribulationem generis tui:* esta será la materia de vuestro amor en la segunda parte. ¿Cuáles son las ideas de los hombres acerca de María? Ideas de gratitud y de reconocimiento: *Et dixit populus: fiat, fiat:* este será el motivo de vuestra edificacion en la tercera parte. La grandeza con que Dios ostentó á María en este gran proyecto de rescatar los cautivos; lo que María ha hecho servir á nuestro bien esta grandeza; y lo que la han venerado los hombres, es todo el análisis de este panegírico. La causa interesa á la Santísima Vírgen: basta que la saludemos: *A. M.*

Las ideas de Dios acerca de María, revelando por su medio la redencion de los cautivos y fundacion del Orden de la Merced, pertenecen á aquel órden de cosas invisibles y eternas, que reservó en sí la Omnipotencia, ocultándolas para siempre á nuestra investigacion con el velo de la oscuridad; pero ¿quién duda que son ideas de gloria y de magnificencia? En ellas se muestra en toda su luz la grandeza y heroismo á que ha elevado á María, «el que ha obrado con ella siempre cosas grandes.» Acordaos del orígen, de la revelacion, de la ejecucion de esta obra de los siglos, y direis que es generoso en su orígen. ¿Con qué prontitud no escuchó Dios los ruegos de María, que se interesa en la fundacion de un Orden redentor de cautivos? ¿Con qué aparato de majestad no desciende á la tierra la Reina de los cielos á revelar

el secreto de la fundacion de este Orden redentor de los cautivos? ¿Cuántos milagros del poder de María no se obran para efectuar la fundacion de este Orden redentor de los cautivos? El amor que Dios tiene á María, la gloria con que corona su mérito, el poder que ha depositado en sus manos, se deja percibir sensiblemente en esta obra de magnificencia y de gloria, y por esto mismo se ha hecho célebre el nombre de María, y su alabanza no faltará de la boca de los hombres. ¿Cual fué el orígen, ó por mejor decir, dónde y por qué medio se formó este proyecto de caridad? Un golpe de luz, á que no podrá resistir el más preocupado entusiasta, nos persuade, que esta obra debe su orígen á aquella mansion gloriosa en donde se consuma la caridad y en donde todo es perfecto. El plan se forma al pié del trono del Eterno: la misma Madre de Dios tira las líneas que forman su decoracion y su hermosura, y bajo el auspicio y mediacion de María tiene la aprobacion del Cielo; y hé aquí, oh afligidos y angustiados cautivos, el instante consolador en que se decreta la fundacion de un Orden, cuyo principal objeto sea restituiros á vuestra libertad. ¿Y quién sinó la Vírgen María pudo alcanzar este decreto de misericordia y detener los golpes de aquel azote formidable, que puesto por el Dios de las venganzas en mano de los bárbaros, hizo ver á la España los dias de su cautiverio y de sus lágrimas? Los sarracenos, soberbios con las conquistas de Egipto y de Numidia, entran en España por medio de una perfidia: sus rápidas victorias los hacen como un torrente que rompe todos los diques. ¡Triste España! ¡infeliz de tí! ¿á quién te compararé en tus desgracias? Tus enemigos furiosos te silban, te befan, y preguntan burlándose: ¿es esta la nacion encantadora, embeleso de todo el mundo? Al fin, los sucesos de la guerra son varios: el cuerpo de la nacion respira, por decirlo así; pero sus miembros padecen. Los grillos, los calabozos con que abruman á los cristianos que han sujetado á su dominacion, son la venganza en su ignominia. La crueldad del sarraceno se aumenta á proporcion de nuestro abatimiento: apénas una llave de oro puede abrir las oscuras cárceles, en donde su furor ha sepultado á los cristianos prisioneros con afrenta de la humanidad. La codicia nutre su impiedad: cruzan los mares, atraviesan los poblados, asaltan las ciudades, rompen los muros, acechan á las desprevenidas presas: ¿quién puede contar con su libertad y huir de los insultos de un enemigo codicioso, que pone su vanagloria en los públicos latrocinios? Muchos infelices se ven arrancados de improviso de su suelo pátrio: de repente el padre se halla sin hijos, los hijos preguntan por sus madres, el rico se ve

pordiosero, el noble confundido con la vil plebe, ni se escapa el ministro del altar, porque ofrezca por sus manos el cuerpo y la sangre de la sagrada víctima. Allá van... allá van al África, al África, acostumbrada á empaparse en lágrimas de cautivos.

Este país de tinieblas encierra en horribles mazmorras tantos infelices, cuantos fueron libres de sus cárceles por mano de Moisés. ¡Ay de mí! Los lamentos de estos desdichados traspasan mi espíritu. Pero me consuela y me llena de alegría que Pedro Nolasco ha hecho suya la causa de los cautivos. Habla á los reyes para que guarden sus costas, y peleen á la frente de un escuadron de nobles valerosos las batallas del Señor: sacrifica su patrimonio y sus arbitrios á la libertad de los infelices; saca de entre las cadenas más de tres mil cristianos; se ofrece en Valencia en rescate por muchos cautivos, y cargándose con sus cadenas, los restituye á su amada libertad. Esta es obra de su celo, ésto es lo que le sugiere su prudencia. Interesa sus lágrimas ante el trono de María por unos hombres de misericordia, herederos de su espíritu y padres de los cautivos. Suben los suspiros, y bajan los milagros. No son oidas con tanta prontitud las súplicas de Ezequiel, que pide la curacion de una enfermedad: de David, que pide la victoria contra sus enemigos: de Salomon, que pide la sabiduría: de Moisés, que pide la gracia de ver á Dios; como los ruegos de Nolasco, que pide la redencion de los cautivos. María interpone su intercesion ante el trono de la divinidad. ¿Qué hará en esta ocasion el Hijo más amante por la Madre más digna de ser amada? Ya está resuelto en los Consejos eternos el establecimiento de un Orden religioso que enjugue las lágrimas de la religion y de los cautivos. Consolaos, afligidos prisioneros: ya se acerca vuestra redencion; levantad vuestros ojos moribundos, y mirad á vuestra Redentora, que deja la mansion de la gloria para visitaros. La Santísima Vírgen ha formado el proyecto, y Ella misma desciende del Cielo á revelarle.

¿Osaré yo abrir la boca para hablar de la gloria con que María se presenta en estas dulces circunstancias? Formad vosotros las imágenes que os agraden, acordaos de la alegría y de los cánticos de aquel dia, en que el pueblo de Betulia vió en las manos de la incomparable Judith la cabeza del soberbio Holofernes: de la gloria del triunfo de David despues de la victoria del gigante: del aparato con que fué llevada el Arca del Testamento á la ciudad de Sion: del órden y majestad de la corte de Salomon: del esplendor del templo que le edificó al Señor: del golpe de luces que rodeaba el carro en que fué

arrebatado Elías; y de... pero nada habreis recordado que corresponda á la magnificencia con que desciende del Cielo María para intimar su voluntad sobre la redencion de los cautivos. Los Cielos se abren de par en par: sus bóvedas parece que tienen lengua para publicar la gloria de su Reina. Los astros detienen su carrera, la tierra se cubre de eternos resplandores, la naturaleza suspende el curso de sus operaciones, sorprendida con los vuelos de esta Hija del Rey. No nos admiremos de tanta gloria: Dios quiere mostrarnos la generosidad con que recompensa los méritos de su Madre. Y así se dejó ver María del padre, del tutor, del amigo de los cautivos, S. Pedro Nolasco; así se dejó ver del gran director, del Moisés, del Rafael en la obra de la redencion de los cautivos, S. Raimundo de Peñafort: así se dejó ver del protector, del amparo de la redencion de los cautivos, D. Jaime de Aragon.

En una misma noche la generosa María llena con su presencia el palacio de un rey, el retiro de un eclesiástico, el oratorio de un piadoso seglar: á los tres les manifiesta su gloria, les declara sus voluntades para que dén un testimonio irrefragable de sus designios, así como los tres discípulos que llevó Jesús en su compañía al Tabor, dieron testimonio auténtico de su grandeza. ¿Y qué ordena la Vírgen? ¿Cuál es su voluntad? A Nolasco le dice: ya ves el hábito que me cubre, el mismo han de vestir los hijos de tu espíritu: escoge algunos varones, funda un cuerpo religioso, de quien yo quiero ser Madre y fundadora: su título ha de ser de la Merced, su instituto librar á sus hermanos de la tiranía de los bárbaros: á tí te encomiendo este empeño: vé, vé, no te detengas. A Raimundo de Peñafort le ordena que dirija á Nolasco en todas sus empresas, que sea su Moisés, le enseñe los preceptos, la ley de vida y de disciplina. Llama al rey de Aragon por su propio nombre, como á Ciro: fortalece tu brazo, le dice, ampara á Nolasco en la redencion de los cautivos para que estos infelices vuelvan á morar en la tierra de sus padres: abre tus tesoros y tu corazon, ejecuta mis designios. Esta es la voluntad de la grande María: pero ¿cuántos prodigios de su poder no se admiran en su ejecucion?

Hemos oido decir á los Padres, que el poder de María goza de una especie de omnipotencia, que todo se somete á su imperio, que mueve adonde quiere y como quiere el corazon de los hombres: así lo vemos por experiencia en la ejecucion del gran proyecto de la fundacion del Orden de la Merced. María lo quiere, María se sirve de tres ilustres personajes para llevar á efecto sus designios: permitidme que diga, que con querer la Vírgen ya está ejecutada la obra. Una flecha rápidamente despedida de un arco bien vibrado, no corta con tanta lijereza el aire: un fuego comprimido en el cóncavo de una mina, no rompe con tanta fuerza las entrañas de una roca, como estos hombres de celo y de misericordia se apresuran á abrir los fundamentos de este suntuoso edificio. Nolasco desprecia las ilustres alianzas que la Francia le ofrece, y las que debían añadir un nuevo lustre á su nombre: solo piensa en abrir los calabozos de los cautivos con la misma llave con que pudiera haberse abierto el templo del favor: en cubrirse con aquel vestido de salud, con aquel hábito de justicia que ha recibido de mano de María, para vestirlo él mismo y comunicarlo á los demás como prenda de su benevolencia y de su amor. *El espíritu del Señor descansa en él;* y este mismo espíritu le lleva á la presencia de Raimundo de Peñafort, á quien había franqueado los secretos de su corazon. ¡Con qué generosidad de ánimo le recibe éste entre sus brazos! Ya veis unidos á Moisés y Aaron; éste será el libertador de sus hermanos: aquél servirá de luz en los caminos de su espíritu. Raimundo, lleno de la confianza que inspira el poder de su Protectora, vuela con Nolasco al trono de Jaime primero de Aragon á implorar su proteccion y sus auxilios; Don Jaime entrega su corazon en manos de Nolasco, movido sin duda por Aquella por quien reinan los reyes, segun la expresion de la Sabiduría. Ya está todo hecho: se funda el Orden de la Merced bajo la autoridad del sumo Pontífice: Nolasco viste el escapulario de María, se ve rodeado de hijos dispuestos á morir con su padre; él los liga con el voto irrevocable, no solamente de acudir al socorro de los cautivos, y dedicar á su rescate las limosnas de los fieles, sinó tambien de sacrificarse ellos mismos, y perder su propia libertad por conseguir la de aquellos. Y el rey de Aragon ¿qué parte tiene en esta obra? Honra con el escudo de sus armas la ilustre descendencia del nuevo redentor: hace punto de honor vestir el escapulario de la Merced: ofrece su palacio para el primer convento: sus reales armas allanan el paso á las primeras redenciones. ¿Puede haber brillado más el poder de María en esta obra, ni ha podido Dios hacer más sensible la grandeza de su Madre? Concluyamos diciendo: tales han sido las ideas de Dios acerca de María, revelando por su medio la redencion de los cautivos y la fundacion del Orden de la Merced: ideas de magnificencia y de gloria. Y ¿cuáles son las que animan el corazon de la Vírgen para con los hombres? Ideas de compasion y ternura.

¿Quién, sin injuriar la piedad de María, puede preguntar, si la Vír-

gen sacrificó á nuestro bien los sentimientos de su corazon? Ello es, que Dios la ha dotado de un corazon lleno de ternura y amor hácia los hombres, y que jamás nos ha visto en afliccion que no nos haya consolado. Y aún cuando quisiésemos desentendernos de esta verdad, ¿no la publica á voces la obra de la redencion de los cautivos, y la fundacion del Orden de la Merced? Aquí se patentizan las ideas de ternura y compasion de la Santísima Vírgen. Ternura compasiva en su objeto: ¿á quién se termina sinó á los cristianos cautivos bajo el yugo de los sarracenos? Ternura en los medios que la Vírgen elige: ¿qué eficáz no es para los fieles el medio de que se sirve María para la redencion de los cautivos? Ternura universal en sus efectos: ¿se ha negado la Señora alguna vez á los que la invocan como Redentora de cautivos? ¿Pueden ser más sensibles los sentimientos que ocupan en esta obra el corazon de María? Sí, señores: si María desciende del trono de su gloria á fundar el Orden de la Merced, y dar libertad por su medio á los cautivos es, porque los clamores de estos desdichados llegaron hasta los Cielos, y no pudo su compasivo corazon desentenderse al oir las voces con que pedían la libertad de su insoportable esclavitud. Insoportable esclavitud, dije, y no me arrepiento. La afliccion de estos cautivos oprimidos por un pueblo enemigo del nombre cristiano, no tiene comparacion.

Estos infelices suspiran por su libertad, y el deseo de recobrarla es un nuevo martirio. Aún sería tolerable si se les permitiese consolarse con los tiernos objetos de la religion; pero más afligidos que los judíos en Babilonia, no solo no se les permite que canten los himnos de su amada Sion, sinó que se les obliga con tormentos á blasfemar del santo nombre de Dios. Los Otonieles, los Samueles, los Simones, no son bastante para libertar la nacion santa: esta gloria está reservada á la Santísima Vírgen, por medio de S. Pedro Nolasco y su ilustre descendencia. El corazon de María se deja penetrar de la afliccion de los cautivos, y viene á socorrerlos. Este es el fin de la fundacion del Orden de la Merced. Consolaos, hombres opromidos: un pueblo, cuya existencia aún ignorais, vá corriendo á socorreros. Su caridad, como una lluvia favorable, hará que á vuestros días de tristeza sucedan unos días de consuelo: saldreis alegres de vuestra cautividad, y volvereis al seno de vuestros padres: Nolasco, rodeado de sus fervorosos hijos, penetra por entre la morisma: sus liberalidades quitan á su alma venal la fiereza; consiente el sarraceno en poner límites á su crueldad; los atractivos del oro rompen las cadenas, abren las cárceles. ¡Qué alegría! ¡qué consuelo! ¡qué nueva luz! ¡qué día

tan dichoso para Israel! Un conquistador, al salir de la batalla de que dependía su gloria: una madre afligida, que ve de repente un hijo único arrancado de los brazos de la muerte, y elevado á una alta fortuna, no rebosan tanto en alegría como el corazon de los cautivos. Levantan los cuellos agobiados con las cadenas para mirar á sus ángeles tutelares, que traen en sus alas la redencion: riegan la tierra con sus lágrimas..... ¿Y Nolasco? ¿y los hijos de María? Entran con ellos en aquellas moradas del horror el consuelo y la esperanza: el nuevo redentor es un amigo que habla con sus amigos, que junta sus lágrimas con las de los cautivos, que besa con religioso respeto las cadenas teñidas con su sangre: su piedad le dá derecho para llamarlos con el amoroso nombre de hijos, y recibe al mismo tiempo de su agradecimiento el tierno nombre de padre. El dinero restituye á los míseros cautivos la libertad, la vida y el alma; y á donde no alcanza el oro, hay hijos de Nolasco que queden en rehenes y en el cautiverio. Ya salen como de las tinieblas de Egipto los nuevos hijos de Israel; ya llegan á su pátria: un nuevo espíritu anima sus miembros desfallecidos. La esposa va á arrojarse á los brazos de su esposo: el padre conoce desde léjos el hijo de su corazon, y quiere meterle dentro de su pecho. Se esparce por todas las ciudades la alegría: todos entonan públicas alabanzas á la Madre de Dios, de quien es este pueblo, esta herencia, estos hijos sacados de la tierra de Egipto. Vosotros convendreis conmigo, en que son patentes los sentimientos de ternura y compasion del corazon de María en la redencion de los cautivos, en la fundacion de su Orden militar consagrado á este fin, y bajo el título de las Mercedes. ¿Cuáles, pues, deberán ser las ideas de los hombres para que sean conformes á las de María?

Luego que reflexioné que este gran beneficio de María se ha concedido á hombres racionales por naturaleza, y cristianos por religion, me congratulé á mí mismo, persuadido de que oyendo el eco clamoroso de su religion y de su fé, sus ideas no podían ser sinó de reconocimiento y gratitud, llenando los designios de su bienhechora: y no fueron vanas mis esperanzas, porque asi lo veo verificado. ¡Qué espectáculo tan luminoso es el que nos ofrece la santa familia de la Merced! Los nuevos redentores, instruidos por María en el fondo de la más heróica caridad, se preguntan á sí mismos, ¿en qué nos embarazamos? El eco lastimero de los cautivos nos insta más que al Apóstol la voz del macedonio para ir á su auxilio: ya estamos vendidos á su libertad, este es nuestro instituto, esto lo que nos manda nuestra Madre. Ya están en camino cargados con las limosnas que ha jun-

tado una mendicidad heróica. Ya derraman sus liberaliddes entre los moros: el interés civiliza la barbárie: ceden á la prodigalidad de Nolasco las víctimas destinadas al sacrificio del demonio. Un pueblo numeroso sale del cautiverio; pero ¡oh! que aún quedan más aprisionados, y ya faltan los medios: ¡triste situacion para un corazon devorado de la caridad! Esta virtud aventaja en sus industrias los ardides de la más fina política. Opongamos á la crueldad, dice Nolasco, un espectáculo capáz de enternecerla: paguemos el rescate de los cautivos con nuestro propio cautiverio. Los hijos de Nolasco vuelan á los altares de Dios vivo, á hacer un voto solemne de quedar en rehenes bajo el poder de los sarracenos, si fuese necesario, para la redencion de los cautivos. ¡Qué generosidad! Ellos han cumplido su promesa en todos tiempos. Y aquí es donde los mercedarios han brillado en todo su esplendor.

No espereis que os hable del árbol majestuoso de la Merced, sinó presentándoos sus ramas teñidas en sangre. La gloria de esta generacion santa consiste en tener un sin número de hijos que dieron la vida por la religion y los cautivos: en Granada, Juan de Granada; en Baza, Juan de Zorroza; en Almería, Pedro Beteta; en Lorca, Raimundo Victor; en Túnez, Antonio Valesio; en Argel, Guillermo Sagiano... Siempre serán recomendables por lo particular de su martirio los Ramones Nonnatos, los Pedros Pascuales, los Serapios, los Armengoles... No puedo retener en la memória otros mil quinientos treinta y tres mercedarios que buscaron en Marruecos, en Túnez y en Argel la muerte cruel que les dieron los tiranos..... Tampoco cuento en este número aquellos hijos de María que han salido de entre los bárbaros mutilados, cicatrizados y heridos.

Pero olvidad, si podeis, esta prueba de su reconocimiento, y reconoced otra enteramente decisiva. ¿Y cuál es? La voz de la Iglesia declarada abiertamente á favor de este proyecto de María. Ella bendice de un modo el más solemne el culto religioso con que solemnizamos este día á la Santísima Vírgen. Gregorio IX, Paulo V, Inocencio XI, Alejandro VIII, Inocencio XII, Juan XXII, Urbano VIII, Clemente X, se han declarado apologistas de esta Religion y del instituto de la Redencion. ¡Qué elogios no han pronunciado á favor de ella Calixto III y Urbano VII! Con letras marcadas con el sello de S. Pedro han asegurado, que la Religion de la Merced ha tenido lugar sobresaliente en la estimacion de la Iglesia, y que atendido el cuarto voto de redimir cautivos hasta quedarse por ellos en prisiones, aventaja este Orden al resto de los Ordenes regulares. ¡Qué gracias no le ha dispensado la Iglesia! Esta derrama sobre sus aliados los tesoros de la divina misericordia. Léanse los anales de la Iglesia, y se encontrarán bulas auténticas de más de cuarenta pontífices, que con las expresiones más enérgicas se han explicado á favor del objeto de nuestros cultos, y han honrado con indulgencias y honrosos privilegios á los hijos de la Merced, á sus devotos, á sus templos y á su hábito.

Proyecto tan autorizado no podía ménos de acreditarse, y no es de admirar que haya tenido tantos panegiristas; y ved aquí en lo que consiste su celebridad. Los reyes han declarado todo su favor á esta obra tan recomendable. D. Jaime, si se apoderó de las costas del Mediterráneo, fué para asegurar el paso á los hijos de María. Los reyes de Castilla, si han cubierto el mar con sus armadas y atemorizado á los bárbaros con sus cañones, ha sido para que llegasen los redentores con ménos riesgo hasta la mansion de los cautivos. Los reinos de España se han adquirido la gloria de haber contribuido á las mayores redenciones. Luis el Grande hizo respetar de los bárbaros este Órden milagroso, y la Francia les obligó á doblar la rodilla delante del Escudo del Órden de las Mercedes. Alfonso IV, Juan I y Juan II se declararon patronos y protectores del mismo, considerando como delito de lesa majestad la vulneracion de sus fueros. Mirad las armas de su Escudo, y vereis impresa en ellas la mano de los reyes. ¿Qué pueblo no ha contribuido á esta heróica obra de caridad? Todos han llenado las ideas de Dios para con María; las ideas de María para con los hombres, y las ideas que deben concebir los hombres de María Santísima: las ideas de Dios para con María son ideas de magnificencia y de gloria; las ideas de María para con los hombres son ideas de compasion y de ternura; y las ideas de los hombres para con María son ideas de gratitud y de reconocimiento. Concluyamos alabando al Señor, que así ha engrandecido á María en la obra de la Redencion de los cautivos, y fundacion del Órden de la Merced.

Y Vos, poderosísima Reina, mirad desde el Cielo con ojos de clemencia esta viña, que es obra de vuestras manos. Miradla una y muchas veces con afecto y ternura. Visitadla y regadla con las gracias de vuestro Hijo Jesucristo. Así, Señora, os alabaremos en el tiempo para alabaros despues en la eternidad. Amen.

NUESTRA SEÑORA DE LA MERCED.

DISCURSO II.

Redemptionem misit populo suo.
Envió un Redentor á su pueblo.
(PSALM. CX, 9).

Qué situacion tan fatal la de España en los siglos trece, y cinco anteriores! Esta nacion, que por sus virtudes y esplendor llamaba ántes la emulacion de las demás; esta nacion, que ponía toda su gloria en ver rubricada su fé con la sangre de sus hijos; esta nacion tan favorecida de Dios, y de su santísima Madre... ¿quién había de imaginarlo? Olvida su gloria, se vuelve ingrata á Dios, y á María; abandona la pureza de la Religion, abre sus puertas á la desobediencia, al libertinaje, á la torpeza, y á toda suerte de escándalos; y subiendo su malicia hasta los Cielos, atrae sobre sí las divinas venganzas.

En efecto: Dios, en cumplimiento de lo que había antiguamente pronunciado contra la impiedad, descarga el terrible golpe de su brazo sobre España. Echa mano de los sarracenos en el año setecientos y once. Los constituye vara de su furor contra nosotros, sirviéndose así de ellos, como se sirvió de los Medos y Persas contra su antiguo é ingrato pueblo. Entran en España, y pagándoles el Señor con nuestros despojos sus servicios, en ménos de tres años cae casi toda miserablemente en el bárbaro poder. Ved ahí, oyentes, la princesa de las provincias hecha tributaria; los más de los templos son profanados, ó destruidos, arrebatadas con furor las santas imágenes de los altares. Los sexos, los estados y las edades son objeto de su rigor. Los soberanos, que han entrado á dominarla, son hombres

tercos, inflexibles, impíos, enemigos de la fé y de la pureza, cuya potestad se deleita en reunir para tormento de los cautivos cuanto refieren las historias de la crueldad y fiereza de los tiranos que abortó el abismo contra la Iglesia. España, conforme á la pintura de Ezequiel, es reducida á un campo estéril.

¡Gran Dios! ¿Cuándo calmará vuestra ira? El cautiverio de vuestro pueblo antiguo en Babilonia no pasó de sesenta años; ¡y la mayor parte de vuestra España, despues de cinco siglos, se conserva aún esclava en esta otra Babilonia, que vió San Juan! ¡Iglesia santa! Tú, que tanto tiempo lloraste por ver á tus hijos en poder del tirano, renueva con fervor tus lágrimas, que penetren tus suspiros los Cielos... Nolasco, que abrasado del amor de Dios y de los cautivos deseas cargar por ellos con sus grillos y cadenas... nó, no desistas de tu oracion..! Vírgen santísima! ¿Olvidareis tal vez para siempre, que la adoptasteis por vuestra esta heredad, cuando de Jerusalén os presentasteis al apóstol Santiago en Zaragoza?.. Raquel hermosa, enjuga tus lágrimas... Nolasco, cesen ya tus suspiros. Aquel Señor, que está cerca de los que le invocan, envió ya la redencion á su pueblo. *Redemptionem misit populo suo.*

¿Y cómo la envió? La Madre de Dios deja el trono de su gloria; y por aquel mismo amor que la hizo subir de Jerusalén al Calvario, para ser la corredentora del género humano, baja del Cielo á Barcelona á fundar la redencion de los cristianos cautivos. Se presenta personalmente y con semblante sereno á Nolasco; le manifiesta ser su voluntad y la de su amado Hijo, que fundase un nuevo Orden bajo su nombre de María con el título de la Merced, cuyos hijos cuiden del rescate, libertad y consuelo de tantos infelices. Aparécese inmediatamente á Raimundo de Peñafort, y al rey de Aragon y conde de Barcelona, D. Jaime I el Conquistador. Les instruye separadamente de sus heróicos designios, y del modo que deben á ellos contribuir...

¿Será posible á mis flacas fuerzas penetrar el mar inmenso de gracias y prodigios de un descenso tan glorioso y admirable? Venerando más que discurriendo este portento, os haré ver á la Madre de la Merced exaltada por sus hijos; y á los hijos exaltados por su Madre. Este es todo el asunto, que divido en dos partes. María, en su personal descenso á Barcelona para la fundacion de su Orden Mercedario y Redencion de cautivos, es glorificada y exaltada por sus hijos redentores. Los redentores hijos de María son con la mayor singularidad favorecidos y exaltados por el descenso de su Madre. Ayudadme todos á implorar el acierto á aquella Depositaria del poder Divino,

para que siendo hoy día de sus Mercedes, las dispense á mí y á vosotros, alcanzándonos la divina gracia: A. M.

La redencion de cautivos es la obra más excelente entre las de la vida activa; es el compendio de todas las obras de misericordia; obra tan preciosa, que tiene el principado entre las demás virtudes; la madre y maestra de todas ellas; la más agradable á nuestro divino y siempre adorable Redentor; la más propia de su caridad, segun San Pablo; la caridad más perfecta, segun el mismo Jesucristo Señor nuestro. Penetrados de una verdad tan importante los reyes de Castilla, determinaron por ley, que se hiciese en los testamentos forzosa manda de limosna para la santa Redencion. Y ¿qué no hizo la Iglesia á su favor? Los Papas, los concilios han mandado estrechamente á los señores Obispos, vender para ella, si conviniese, los bienes de la Iglesia, hasta los vasos sagrados. ¿Qué ejemplos no nos dieron en la observancia de este precepto, entre los sumos Pontífices que veneramos en los altares, los Símacos, los Gregorios, entre los santos obispos, los Ambrosios, los Agustinos, los Acacios y los Cesáreos? No satisfecha todavía su caridad, exhorta, persuade, obliga si es menester, á exponer nuestras personas y nuestras vidas por la salud espiritual de nuestros cautivos hermanos.

¡Esposa santa del Señor! bien puedes ya suspender en esta parte tus amorosos cuidados. La misma Madre de tu querido y divino Dueño se dignó bajar del Cielo á Barcelona á fundar una religion, que cargára sobre sí todo el peso de la redencion. En efecto, señores: elegido Pedro Nolasco de María para ser, como Zorobabel en el rescate del antiguo pueblo de Babilonia, la primera piedra del edificio de su Religion redentora; ayudado de Jaime I de Aragon, quien cual otro Ciro proteje con sus auxilios el plan ideado en el Cielo; y favorecido con los desvelos y cuidados de aquel Esdras de la ley de gracia, Raimundo de Peñafort, pone luego en ejecucion el mandato de la Vírgen. Señala para ello el día diez de agosto del mismo año mil doscientos diez y ocho. ¡Qué día tan alegre para Barcelona! Yo me enternezco cuando se me representa aquella solemnísima procesion, en que el magistrado con su conde y rey de Aragon, el obispo con su clero, los nobles con los plebeyos, acompañan á la santa iglesia Catedral la víctima, que va á ofrecerse por la salud y libertad de los cautivos. Yo casi no puedo decir sin lágrimas, las tiernas y copiosas que derrama todo aquel noble auditorio, cuando desde el púlpito Raimundo de Peñafort le manifiesta el descenso de nuestra Señora y su caritativo

proyecto. Se empieza la misa pontifical; se levanta Nolasco en el ofertorio: y hechos sus ojos dos ríos de lágrimas, impelido de los interiores ímpetus de su caridad y de su gratitud, se apresura, se postra...

¡Detente, heróico francés! ¿Qué es lo que piensas ejecutar? El voto que vás á ofrecer y perpetuar en tus hijos, de quedar, si conviene, en rehenes por los cautivos, es cosa grande, sí, pero repugna á la propia naturaleza, de cuyos legítimos derechos no se puede prescindir... ¡Mundanos! Este es vuestro lenguaje, cuando se trata de servir á Dios y al prójimo... ¡Infelices! Sois robustos y fuertes para el vicio; nada temeis en el logro de vuestras nocivas pasiones; os exponeis, os arrojais á los mayores peligros por un solo puñado de cebada, segun la expresion de un profeta... ¡Eh!.. las espesas tinieblas de este Egipto cegaron vuestros ojos. Nolasco, que semejante al jóven Daniel, en medio de esta Babilonia jamás se dejó seducir de sus encantos, revestido cual otro Miqueas de la fuerza del espíritu del Señor, deseoso como Pablo de ser anatema por sus hermanos, no solo viste el hábito de María, sinó que para más glorificar la descension de su Madre, se obliga en beneficio de los fieles cautivos á quedarse, si es menester, bajo la potestad mahometana. A vista de un ejemplar tan bello se inflaman otros; y en el acto solemne de la fundacion del Orden, trece, diez de los cuales son de las más nobles familias de Cataluña, visten tambien el real hábito. Se les cede inmediatamente el hospital de peregrinos situado en la bajada de la Calonja en la misma real casa. Luego D. Jaime I les funda un convento. ¡Religion nobilísima, hija predilecta de María! ve ahí tu orígen y tu cuna preciosa. Creció tan rápidamente el árbol Mariano, que en poco tiempo fecundó con sus ramas los conventos de Zaragoza, Huesca, Puche de Valencia, Vich, Gerona, Lérida, Tárrega y Mallorca, fundados por el conquistador D. Jaime..... ¡Cautivos afligidos!.... alentaos. Vuestro Moisés, vuestro redentor, legislador de un pueblo santo, vá á romper vuestros grillos y cadenas. Su pueblo, este pueblo, esta Religion, que no tiene otro objeto que vuestra redencion, será vuestro consuelo, vuestro alivio, vuestra libertad.

¡Qué no sea yo capáz de pintaros con los debidos colores el ardor de aquel Elías de la nueva ley; de aquel hombre, digo, que, aún siendo seglar, por la sola gloria de Dios rescató con sus limosnas más de mil y doscientos cautivos! ¡Ah! Vosotros veríais entónces á Nolasco con que fervor exhorta y persuade al rey D. Jaime I, á la conquista de Mallorca, Valencia y Murcia. Veríais, que entrando en

estos reinos y en el de Bugía, no pierde instante en anunciar á todos el de nuestro Señor Jesucristo, siendo su voz un terrible trueno, que amedrenta á los sarracenos y les aterra; que su palabra como fuego devorador penetra todos los corazones de los cautivos, abrasándolos en el amor del Crucificado. Veríais, que encendido como David en una llama toda santa, derrama sobre todos torrentes de caridad, de dulzura y de consuelo; que semejante á Pablo padece y sufre por sus hermanos las mayores penas, haciéndose enfermo con los enfermos, pobre con los pobres, y cautivo por su libertad. Veríais á este ángel de paz y de celo, reducir á la debida obediencia á los ricos, que se confederaron contra Jaime I; pacificar la liga de algunos nobles con el infante D. Fernando contra el mismo rey; derribar por su mano las mezquitas; convertir á un sin número de infieles; establecer en todos los parajes el culto de su Madre Redentora; dedicarla templos, entonando en ellos alegres cánticos de reconocimiento y de gracias.

Y ¿qué os diré de sus hijos, de estos varones de misericordia y piedad, de estos intrépidos Macabeos, como los llama Alejandro IV? ¿No salieron, oyentes, de este militar Orden aquellos atletas generosos, que con el escudo de su fé, con el casco de su firmeza, con la coraza de su inocencia, con la espada de la palabra divina, y con la trompeta del Evangelio, se opusieron como muros de Sion al furor de la impiedad sarracena, penetraron con valor en las mazmorras de los afligidos cautivos, cargaron con sus grillos y cadenas, extendieron la fé, la rubricaron con su sangre, é hicieron gloriosos sus triunfos y los de María? Nonato, apaleado en Granada, azotado cruelmente en Argel, y sufriendo en Túnez por ocho meses con indecible paciencia un enorme candado en sus lábios; Serápio, clavado por los moros en una cruz, molido ántes en un torno hasta sacarle los intestinos; Armengol, en Bugía, ahorcado; Pascual, degollado; Soto, martirizado; Pedro de Lérida, Juan de Granada, desnudos y atados en los palos de un bajel, sufriendo con la mayor resignacion por espacio de dos horas una lluvia de penetrantes saetas, que acabaron con sus vidas;... ¿Pero adónde voy? ¿No sería cansar vuestra atencion hacer el catálogo de todos los mercedarios, que matizaron la blancura de sus hábitos con su sangre, y renovaron los fervorosos ejemplos de fortaleza de los siglos de oro de la Iglesia? ¿No salieron de este Orden de caridad para las conquistas de Sevilla y Ubeda aquellos esforzados Josués, que arrojándose entre los más expuestos peligros, enarbolaron el estandarte del divino Salvador y de la santa libertad? ¿No acompañaron á D. Alonso segundo en la conquista de Menorca, en la de Almería á D. Jaime segundo, y en la de Cerdeña al ejército de don Alonso tercero? ¿No corrieron y volaron de este Orden de amor á la Africa, de todas clases y sin distincion de personas una multitud, llevados sobre las alas de la caridad; de aquella caridad, que tiene á la humildad por principio, á la prudencia por regla, al desinterés por base, á los sufrimientos por herencia, á la salud y libertad de los hermanos por objeto, á todo un mundo por límites, á todo un Cielo por recompensa, para consolar á los cautivos, confirmarles en la fé, redimirles con las limosnas conseguidas por medio de sus sudores, y quedarse en rehenes por los flacos y vacilantes, completando así gloriosamente los designios de su Redentora? Un Bernardo de Corbera, un Jaime Castellar, un Francisco Peradaltes, vicarios generales del Orden; un Antonio Caxál, el oráculo de los Padres en el Concilio de Constancia, el que obligó al rey moro de Benamari á restituir al rey D. Fernando primero la ciudad de Gibraltar... Yo me lleno de admiracion, señores, cuando veo á estos hombres en todo verdaderamente grandes, meterse por las grutas y cavernas de nuestros cautivos hermanos. ¡Qué abrazos tan tiernos y amorosos dán á aquellos desgraciados! ¡Con qué amor enjugan sus lágrimas! ¡Cómo rompen á expensas de la propia libertad sus fuertes ataduras! ¡Cómo sorprenden con su compasion la misma inhumanidad! ¡Qué de infieles convertidos! ¡Qué de ídolos y altares profanos derribados por los heróicos esfuerzos de su celo el más puro!... ¡Oh Vírgen santísima de la Merced, y qué gloriosa y admirable sois en vuestros hijos!

No lo dudeis, oyentes; si para cumplir con los infieles son precisas cuantiosas sumas, los hijos de María, atendiendo siempre á los fines que obligaron á su divina Madre á bajar del cielo, las toman á censo; venden, si menester es, sus bienes raíces, sus vestuarios; empeñan sus vasos sagrados. Leed las historias de las naciones: Roma os presentará en tiempo de Benedicto XIII, trescientos sesenta cautivos cristianos redimidos por los religiosos de la Merced: Francia, de una vez, os mostrará doscientos naturales sacados por los excesos de su caridad de la esclavitud de Marruecos: España, desde el siglo segundo de su Órden hasta el presente, os pondrá á la vista sesenta y un mil y más de cuatrocientos, la mayor parte rescatados del pesado yugo sarraceno por los redentores catalanes, y los demás por los de las otras provincias. Por fin, todos los reinos y dominios cristianos os harán ver una multitud asombrosa de personas de ambos sexos, de todos estados y condiciones, celebrando siempre el Mariano

triunfó de su rescate y libertad, y bendiciendo y alabando la bondad de aquella amorosa Madre, que se dignó inspirar á sus hijos tan heróicos sentimientos.

¿Qué mas? Si se trata de hallar un nuevo mundo, se inflama la caridad mercedaria á favor de aquellos idólatras, y de los cristianos que pueden caer en sus manos; y Sevilla y Solorzano acompañan á Cristóbal Colón en sus descubrimientos. Infante toma posesion de la isla Española con la santa hostia en sus manos. Olmedo planta las primeras cruces en la nueva España. Él mismo en Veracruz y en Méjico, en Quito y Trujillo, Bravo en Lima, ofrecen los primeros el incruento sacrificio. En Guatemala, en Panamá, en la isla de Santo Domingo, en Perú, en Chile, en Tucumán, fueron los mercedarios los primeros apóstoles, los primeros mártires, los que edificaron á la gloria del divino Redentor, y en honor de la descension de María, los primeros templos y altares. Tambien fueron de los primeros que pregonaron la Concepcion inmaculada. ¿Por qué? ¿No tuvo en este Orden, ya desde sus principios, culto particular el inmaculado misterio? Cuando aún no contaba medio siglo de su nacimiento, ¿no vió la universidad de París en Pedro Pascual, en aquel sábio y santo catedrático, un defensor insigne de la opinion que exime á María del comun delito? El candor de sus hábitos, el precepto positivo que las constituciones imponen á los lectores en órden á la doctrina de la pureza original; el especial juramento que sobre este punto prescriben las mismas á sus hijos; más de treinta autores clásicos, defensores acérrimos de los privilegios de la Concepcion; las comisiones de Sixto IV y de Julio II confiadas á la Merced en lo relativo á los disturbios suscitados en algunas partes de España, contra los piadosos adoradores de la Concepcion sin mancha... ¿Qué más podian hacer estos hijos en obsequio de su Madre? Ellos, igualmente, procuraron en todos tiempos y en todas partes la exaltacion de su culto y de sus fines en la fundacion de su Religion redentora. Y ¿no quedaron éstos gloriosamente cumplidos con los esmeros, trabajos, penalidades, sudores y fatigas de los Padres redentores? Su heróica caridad en anteponer la vida y libertad de los esclavos á la suya propia, ¿no glorifica y engrandece la de la Vírgen Santísima, que la obligó á bajar del cielo á comunicársela?

No os deis por ofendidos, Órdenes gloriosos, si yo, sin perder los respetos tan debidos al relevante mérito y alto lugar que os ganasteis en la Iglesia y en el Estado, puesto en la cátedra de la verdad me veo obligado á decir, que esta redentora prole de María está caracterizada con señales de la más singular grandeza. Valga la verdad. ¿No fueron los demás Órdenes fundados por hombres, bien que santos, y á inspiraciones divinas? ¿Los otros, que se precian ser hijos de María, fueron educados y adoctrinados en sus principios por esta hermosa Bersabé? ¿Les dió sus pechos, los llevó en sus brazos, les dictó sus votos, conforme lo hizo con este su Mercedario instituto? ¿No vino esta divina Señora del Cielo á Barcelona á instruir á Nolasco, á abrirle el tesoro de sus piadosas entrañas, á alimentarle con la leche de su caridad, á dictarle el cuarto voto de redencion, á constituirle Padre del Orden? Este Orden es el más perfecto, segun expresion de Calixto III. Este sobre todos admirable, afirma Gregorio IX, pues debe su sér á la Madre del Salvador. Hijos tan privilegiados de María, y que tanto se esmeraron en glorificar y exaltar los designios de su prodigioso Descenso, ¿qué favores y honores tan singulares no recibirán de una Madre, y por una Madre que toda es poder, toda amor, toda gratitud? ¡Santos Cielos! ¡Me parece veros en continuo movimiento para obsequiarles! Si Nolasco se halla en Bugía cruelmente azotado y lleno su cuerpo de llagas, se le aparece Jesucristo Señor nuestro, le muestra las suyas, le consuela cariñosamente, los ángeles se las enjugan, y queda confortado y sano. Si Pedro Pascual es colocado en una oscurísima cárcel de Granada, por haber entendido los moros que escribía contra la ley de Mahoma, baja un ángel del Cielo á alumbrarle, y prosigue su obra. Si Nonato se halla á las puertas de la muerte, se desprenden del Paraíso los espíritus celestiales, visten el hábito de María Mercedaria, y puestos en órden de procesion acompañan al que baja con el Santo de los santos, y recibe de sus manos el adorable Sacramento. Si Armengol, cautivo en Túnez, es ahorcado por los mahometanos, la Vírgen santísima viene á sostenerle con sus brazos por espacio de ocho días, tiene con él los más dulces coloquios, y le comunica consuelos tan superiores, que nunca el Santo pudo explicar. Si María de Cervellon, previendo con su espíritu profético las tempestades del mar, manifiesta en fervorosa oracion á su divina Fundadora sus vehementes deseos de socorrer á los redentores y á los redimidos navegantes, recibe luego el dón de agilidad, vuela por los aires, calma el furor de las olas, libra del peligro á unos y á otros, mereciendo así el glorioso título de *María del Socorro*... Sí.

Mas, ¿qué admiracion y alegría no causa tambien, señores, contemplar al patriarca Nolasco en este dichoso coro, todo absorto y arrobado en altísima consideracion, cuando por dos distintas veces la

misma Reina de los Cielos acompañada de sus ángeles vino á cantar con él los santos Maitines?... ¡María, ya la tercera vez con Nolasco!.. ¡Los ángeles, cantando con él en el coro!... ¡Espíritus dichosos! Vosotros podríais decirnos aquellos desmayos, aquellos deliquios de amor, aquellos fervorosos afectos, aquellos vuelos del corazon de nuestro Santo, tan manifiestos en su exterior, de que fuísteis testigos! ¡Qué ardores tan puros! ¡Qué incendios tan santos! ¡Qué impresiones tan fuertes y suaves! ¡Qué tiernos coloquios entre María y Nolasco, puesto en los brazos de esta Señora por espacio de tres horas! ¡Oh prodigio de prodigios! ¿Qué pueblo, qué nacion puede gloriarse de tantos y tan admirables? ¿Y cuán abundantemente pagó la divina Madre á esta Religion su empeño en defenderla del contagio original? La cándida blancura de su hábito en todas sus apariciones á Nolasco; los Maitines, la prodigiosa imágen de Barcelona, imágen que copió Nolasco del mismo original, ¿no son un auténtico testimonio de las muchas mercedes que se le ha dispensado? ¿No habló nuestra Señora á los Lurías y Armengoles? Santa María del Socorro, ¿no quedó por espacio de una noche en estático arrobo en su presencia? Los tan señalados favores y beneficios que María de la Merced ha dispensado á los fieles, ¿no ceden tambien en honor de los Padres Redentores? Y ¿quién es capaz de referirlos?

¡Barcelona! ¡afortunada Barcelona! En todas tus necesidades presentadas á la Vírgen por medio de su imágen, ¿no oyó Ella siempre tus ruegos en el templo de la Merced, como Dios los de Salomon en el suyo? Los aires en tus contagios y pestilencias, purificados; las plagas de langostas que talaban tus campos, extinguidas; tu tierra en tantas sequedades, siempre fertilizada con copiosas lluvias..... Yo, dice la Madre de la Merced, yo soy la que oí aquí tus ruegos; yo la que despaché felizmente tus súplicas. Tus tempestades prontamente calmadas; tus mares serenados en las borrascas; tus inundaciones detenidas; tus guerras desvanecidas... yo, yo soy la que te saqué de tantos peligros y apuros, dignándome atender á los obsequios y súplicas que me hiciste en mi imágen. Yo la que en tus necesidades espirituales y temporales acepto tus lágrimas, y las presento al trono de mi amantísimo Hijo para tu alivio. Persuadidos los barceloneses de esta verdad, en el año mil seiscientos ochenta y siete eligieron á esta Señora de la Merced por Patrona de la ciudad. ¡Feliz eleccion y verdaderamente debida, á la que tanto la distinguió sobre las demás!

Religion nobilísima, religion heróica, tú glorificaste á tu divina

Fundadora llenando sus deseos amorosos. María te exaltó á la cumbre del honor. Tú fuiste fundada á impulsos de su caridad, que la hizo descender del Cielo á Barcelona para consuelo y libertad de los fieles cautivos. Tú la diste á conocer esta caridad pura en las cavernas más horrorosas, en las regiones más remotas, y á la presencia de los mayores enemigos, y aún á pesar de sus bárbaros tormentos. María, á correspondencia, derramó en tí sus bendiciones y beneficios. Tú exaltaste por todo el órbe la Descension de esta Vírgen siempre pura é inmaculada; y Ella te exaltó honrándote como á su más querida hija.

Devotos de nuestra Señora de la Merced, manifestad á esta tierna Madre vuestras necesidades. No desistais de vuestras súplicas. El dilataros Dios alguna vez el beneficio que le pedís por medio de Ella, no es negarlo. Forcejad, aunque sea luchando con el Señor á brazo partido, como Jacob; obligad á María con vuestros repetidos ruegos á que se levante á favor vuestro; que lo mismo será rayar esta divina Aurora, que bendeciros el Señor. Corred, corred al olor de sus perfumes, adelantad sus intereses, extended su devocion, id constantemente por el camino de los mandamientos de Dios, acreditad vuestra devocion con la imitacion de sus virtudes. Esta Madre tan humilde se opone á los soberbios. La Madre de Dios no oye á los hijos de Belial. La Madre del casto y hermoso amor aborrece á las víctimas del amor profano. Imitad pues las virtudes de María: y así, no temais en todos vuestros apuros, que acudiendo á Ella hallareis el refugio.

¡Vírgen santísima de la Merced! No olvideis jamás ser España vuestro pueblo y vuestra heredad escogida, como lo acreditasteis en la servidumbre del Faraon sarraceno, de que les redimisteis. No olvideis ser los Padres redentores vuestros hijos, los Moisés de quienes echasteis mano para la redencion de vuestro pueblo; ni Barcelona ser vuestro favorito monte Horeb, donde cara á cara, y con semblante sereno les instruisteis y comunicasteis vuestro plan caritativo. Derramad desde vuestro trono de misericordia sobre toda la España, sobre todos los fieles, vuestras gracias; sobre todos los cautivos, vuestros consuelos; sobre todos los infieles, las luces de la fé santa; para que adorando todos á vuestro Hijo y á Vos en espíritu y verdad en este mundo, merezcamos por vuestra intercesion poderosa alabaros para siempre en los Cielos. *Amen.*

NUESTRA SEÑORA DE LA MISERICORDIA.

Quis adjiciet enarrare misericordiam ejus?
¿Quién emprenderá el contar sus misericordias?
(Eccl. XVII, 4.)

Fué costumbre entre los antiguos pueblos establecer lugares de asilo y de refugio para los criminales. Entre los romanos, estos lugares eran algunos templos, entre los griegos algunos altares, y entre los hebreos algunas ciudades enteras, donde no podían ser molestados los delincuentes.

Hoy estos asilos ya no existen. La justicia humana ha querido deshacerse de toda traba y librarse de todo impedimento. El fugitivo, una vez llegado á uno de aquellos templos, á uno de aquellos altares, ó dentro de aquellas ciudades que se conocían como lugares de refugio, podía respirar en paz y vivir con seguridad. En nuestros días puede ser cojido y llevado á la cárcel cualquier criminal, aún hallándose dentro de los templos.

Mas, si así lo ha establecido la justicia humana, derogando las antiguas costumbres, no las ha derogado la justicia divina. Esta justicia, aún en sus mismos rigores, nos ofrece siempre una ciudad de asilo, y en medio de sus mismos provocados castigos, nos muestra un lugar de refugio; y una tal ciudad, y un tal refugio, donde puede ampararse el delincuente con toda confianza, aún cuando estuviere manchado con las más enormes iniquidades, se encuentra en la piadosa misericordia de María. ¿Y quién podría decir con cuanta bondad la bendita Madre de las gracias acoge á los infelices pecadores que invocan su patrocinio? ¿Quién podría enumerar las muchísimas personas que encontraron en Ella á la más tierna amiga y á la más generosa bienhechora? Debiendo hablaros de esta magnánima misericordia, amados hermanos, y no pudiendo de ningnna manera abar-

car todo el vastísimo argumento, procuraré al ménos indicaros del mejor modo posible los motivos por los cuales debemos reconocer en María la Reina de la Misericordia, y ampararnos en Ella como verdadera y piadosa ciudad de asilo. Todo cuanto pueda yo decir, hermanos mios, en esta fausta ocasion, será una imágen muy débil de la suma bondad, cuyo elogio me habeis encomendado; sin embargo, me complazco en figurarme, que por poco que sea cuanto diga, será siempre lo bastante para aumentar vuestra devocion para con María Santísima, é infundir mayor confianza en vuestros corazones relativamente á su misericordia. A. M.

Empiezo, hermanos mios, por recordaros la misma palabra de Dios, como la que nos manifiesta claramente la misericordia de la beatísima Virgen. ¿Y qué duda podríamos tener acerca de esta misericordia, ya que nos lo declaró plenamente el Señor? Y fué, precisamente, el Señor quien enseñó, desde el principio, al hombre necesitado de misericordia, que toda ella debíamos esperarla de María. En efecto; el hombre empezó á necesitar mucha misericordia el día que, llevado de un desordenado apetito de gloria, seducido por la serpiente infernal, se rebeló contra los divinos mandatos. Entónces, acercándose al árbol prohibido y gustando de la fruta vedada, luego de haber pecado, tuvo necesidad de una piadosa misericordia que le librase de los rayos de la irritada justicia. Pues bien; entónces fué cuando Dios habló en el Paraiso terrenal; fué entónces cuando indicó á la Mujer en la cual encontramos la más bella y admirable misericordia. Los dos autores del género humano estaban humillados y confusos, la sentencia de la maldicion resonaba en sus oidos; ellos se sentían condenados con toda su posteridad, cuando el Señor hizo brillar la luz en medio de las tinieblas, el consuelo y la esperanza en medio de la consternacion y del desaliento. Los reanimó en el mismo instante de castigarles; en el acto mismo que los castigaba, les mostró donde podian hallar un asilo y un consuelo. Este asilo y este consuelo se refería á María. Hablaba de María, cuando anunció á la serpiente infernal la Mujer que debía aplastarle la cabeza; de María hablaba cuando dió á conocer, que en medio de las miserias derramadas sobre la tierra por obra de la culpa, vendría una Mujer mensajera de paz y de salvacion. Así, en la misma entrada del hombre en el mundo, en frente de todas las revelaciones, por encima de todas las profecías, y al principio de todas las promesas, hallamos, que el primer oráculo proferido por los lábios de Dios, ansioso de miseri-

cordia, se refería á María, y que la esperanza de María enjugó la primera lágrima que derramára el género humano.

La palabra de Dios no se limitó tan solo á lo que prometió en el Edén, sinó que habiendo manifestado de siglo en siglo sus designios por medio de hombres escogidos, confirmó continuamente de siglo en siglo aquel primer oráculo. No cabe duda que María resplandece en los vaticinios de los Profetas, en los símbolos de los Patriarcas, y que en todo el Antiguo Testamento fué suspirada constantemente por espacio de cuatro mil años. Indicaban á María, David, cuando hablaba del Cielo, desde donde el Señor mira benigno á los hijos de los hombres; Daniel, cuando hablaba del monte de donde procede el Santo de los Santos; Isaías, cuando hablaba de la vara, de cuya raiz nace la flor de la sabiduría y del consejo. Indicaban á María, Jeremías, cuando anunciaba que Dios criaría una cosa nueva entre las cosas criadas; Salomon, cuando indicaba que vendría Aquella, que llena de gracia, es la Madre de la esperanza y del amor; Ezequiel, cuando decía ver la Puerta, por donde pasaría el Señor para borrar la iniquidad de Jacob. Y cuando se hablaba de una madre, que no puede olvidar el fruto de su vientre, se indicaba á María, del mismo modo que se indicaba á María cuando se hablaba de Aquella, que enriquece de espirituales dones á sus devotos, los colma de gracias y los consuela con continuos beneficios. En fin, cuanto han dicho los Profetas de Sion, cuanto han significado los varones eminentes de la nacion hebrea, y cuanto aparecía como signo de esperanza en la antigua alianza, todo se refería á María. Por lo tanto, podemos concluir, que la palabra de Dios, ora considerada en sí misma, ora considerada en los vaticinios de los Profetas y en los símbolos de los Patriarcas, empezando por la aurora de los siglos y manifestándose con mayor resplandor de edad en edad, ha mostrado á María como la protectora de los hombres, su refugio y su asilo; y, por lo mismo, como á Aquella que estaría llena de piadosa misericordia para con el género humano.

Llegan por fin los tiempos deseados, las profecías se realizan, y se cumplen las figuras; María viene al mundo. Y hé aquí que á la primera se añade una segunda palabra; y esta palabra, lo mismo que aquélla, abre á la vista de los hombres un nuevo campo de consuelos y de esperanzas. Esta segunda palabra es la palabra del Verbo hecho carne, es la palabra de Jesucristo. Venido á redimir la condenada descendencia de Adán, y á romper las cadenas que la tenían aherrojada al Infierno, Jesucristo, despues de haberse hecho hijo de María;

despues de haber por Ella obrado sus primeros milagros, santificando al Bautista y convirtiendo el agua en vino en las bodas de Caná; despues de haber vivido en su compañía por espacio de treinta y tres años como el hijo más sumiso y cariñoso, próximo á cumplir la obra de la redencion, nos invita, con una de sus más bellas y caras palabras, á acudir en toda ocasion y llenos de confianza á María. Era el día de la pasion, era la hora de la agonía, era el momento de la muerte; y el Hijo del Altísimo, que de mil modos se nos manifestó ya como el padre de todas las misericordias, quiso, para abrir mayormente nuestros corazones á la alegría, mostrarnos el corazon en que podíamos encontrar el más caro consuelo y la más tierna compasion. Este corazon es el Corazon de María. Y para que no quepa la menor duda, de que manera el Corazon de María sea lleno de bondad para con nosotros, la declaró nuestra Madre. De esta suerte el Calvario se une al Edén, la consoladora palabra pronunciada en el Paraiso terrenal es confirmada en el monte donde se cumple nuestra redencion; y ambas palabras, uniéndose en un beso de amor por el espacio de cuarenta siglos, dicen y confirman que María es toda misericordia, y que nosotros debemos considerarla siempre como á la Reina de la misericordia.

Y la Iglesia comprendió bien la palabra, que señala en María la Madre y la Reina de misericordia. En efecto; nos bastará considerar un poco las oraciones que acostumbra dirigirle, para ver que está muy persuadida de esta verdad, y que toda misericordia viene de Aquella, que en el Edén y en el Calvario se nos mostró con soberana plenitud llena de la más cara y tierna misericordia. Yo no haré más que recordaros algunas de esas oraciones, lo cual será más que suficiente para concluir con entera seguridad acerca del particular.

En primer lugar, recuerdo la Salutacion angélica, que es á la vez toda una profesion de fé y una oracion, puesto que miéntras se repiten las sublimes palabras del Arcángel á la beatísima Vírgen, que le anunciaba el grande misterio de su divina maternidad y de Elisabeth, que en ella veneraba profundamente este misterio, se suplica tambien á la augusta Señora, que nos mire con ojos compasivos, é interceda cerca de Dios en obsequio de nosotros, pobres pecadores. Recuerdo la *Salve Regina*, que atribuida á Ermanno Contrato, repetida por el pueblo cristiano, celebrada por los Doctores y adoptada por la Iglesia, puede considerarse como el cántico del alma que, desde el destierro, aspira al Cielo, y en la cual llamándose á María vida nuestra, nuestra dulzura, esperanza nuestra, y suplicándola que, abogada

nuestra, nos mire con los ojos de su clemencia y de su benignidad, se espera y se confía de Ella todo benévolo patrocinio. Recuerdo las Letanías, en las cuales, entre otros títulos tributados á la Vírgen, están tambien los de arca de la alianza, puerta del Cielo, causa de nuestra alegría, consuelo de los afligidos, auxilio de los cristianos, refugio de pecadores; los cuales no podrían convenirle si Ella no fuese toda misericordia, ó su misericordia no fuese piadosísima, y maternal. Y lo mismo puede decirse de la Misa, puesto que las Iglesia nos recuerda constantemente á María en todo el curso del santo Sacrificio, y á Ella dirige continuamente sus preces para conseguir la gracia de la divina misericordia. Lo mismo puede decirse del Oficio, puesto que cada una de sus partes se abre, uniéndose á la oracion dominical la Salutacion angélica, y se concluye siempre con una antífona, en la que con palabras conmovedoras se invoca el misericordioso socorro de la Madre del Salvador. Lo mismo puede decirse de tantas y tantas festividades que celebra la Iglesia, en las que solemniza, ora los misterios propios de la Vírgen, ora su virtud, ora su gloria, ora su proteccion, y en las cuales se recurre á Ella como á un patrocinio saludable y potentísimo.

Lo hasta aquí expuesto, hermanos mios, y lo mucho que por la premura del tiempo no he podido decir, y que fácilmente puede añadirse á lo que he dicho, ¿no demuestra de un modo clarísimo y sin la menor duda, cuáles son respecto á María los sentimientos de la Iglesia? Y en realidad, la Iglesia no daría tan grande parte á la Vírgen en sus homenajes, no le dirigiría tantos votos, no le elevaría tantas plegarias, no la honraría en tan gran manera, si no reconociese poderosísimo su patrocinio, y si no esperase toda clase de bienes de su proteccion. Es preciso, pues, decir, que la Iglesia ha recogido la palabra del Edén y la del Calvario, y que, interpretándolas en su verdadero y genuino significado, reconoce y venera en María á la Reina y á la Madre de la misericordia.

Y si ahora, hermanos mios, quisiese yo repetir algunas de las muchas cosas, que fácilmente podría encontrar en los libros de los santos Padres y de los Doctores, ¿con qué magníficos elogios no veríais ensalzada esta preciosísima prerogativa de María? Oid á S. Buenaventura, que, llamándola Nuestra Señora, Nuestra Abogada, Nuestra Mediadora, la dice misericordiosísima. Oid á S. Pedro Damiano, pues llamándola Vírgen y Madre, fecunda en su virginidad é inmaculada en su maternidad, no sabe encontrar en Ella más que abundantísima misericordia. Oid á Santo Tomás de Villanueva, que hablando de la

misericordia de María, dice, que es inmensa, puesto que abraza como á sus propios parvulillos, que ama como á sus propios hijos, desde los incultos salvajes de la Etiopía hasta los pecadores más empedernidos. Y Ricardo de S. Víctor afirma, que no puede tener la más remota noticia de una desventura cualesquiera, sin correr compasivísima á remediarla. Y San Bernardo asegura, que en María todo es piedad, todo es mansedumbre y clemencia, de un modo tal, que no hay sér alguno que no participe de su benignidad. Y Ricardo de San Lorenzo sostiene, que María fué constituida Madre de la misericordia, precisamente, para salvar á aquellos que deberían ser condenados por la divina justicia. Y San Antonino declara, que así como María supera por sus méritos, por la gracia, por la gloria, á todos los Santos, los supera tambien por lo entrañable de su misericordia.

Mas, porque no creais que solo estos Santos y Padres de la Iglesia reconocen y aseguran en María tanta misericordia, he de recordaros, hermanos mios, algunos otros testimonios de hombres célebres en la historia del mundo, que producirán, aún en aquellos que abrigan alguna injusta prevencion contra los ministros de la Iglesia, mayor impresion. Cristobal Colón, en medio de los dolores y aflicciones que tan frecuentemente trabajaron su vida, acudía siempre á María, seguro de que en esta Madre piadosísima habia de encontrar la compasion más sincera, el socorro más eficáz. Pizarro, persuadido de que en María hallan siempre los afligidos poderosísimo consuelo, edificó en Lima un magnífico templo consagrado á la Asuncion, invitando á todos á acudir allí en la seguridad de ser consolados. Andrés Doria, penetrado por hechos mil de la inmensa misericordia que atesora el patrocinio de María, y deseoso de conquistárselo para sí, recitaba diariamente el Oficio de la Vírgen. Duguesclin, llamado á pelear como general en jefe en los campos de batalla, no acometía empresa alguna de guerra sin invocar ántes el nombre de María, no dudando que de este modo tenía segura la victoria y la salvacion.

Y si hubiese de acudir al testimonio de seglares que vivieron más próximos á nosotros, no me faltarían en este mismo siglo nuestro, tan contrario á las prácticas devotas y á las aspiraciones religiosas, ejemplos elocuentísimos. El valeroso general Pelissier, uno de los héroes de Crimea, se gloriaba de llevar sobre el pecho la medalla de la Vírgen Santísima, confesando clara y francamente, que en los más graves peligros habia experimentado su prodigiosa proteccion. Canrobert, generalísimo de la armada de Oriente, besaba con confianza y veneraba con amor la medalla de la Inmaculada que le habia dado,

al partir á la guerra, la emperatriz de los franceses. Mac Mahon, cuyo valor y pericia militar es de todos conocida, despues de los laureles ganados en las veinte batallas que se vió obligado á reñir, en accion de gracias á las muchas mercedes de María recibidas, efectuó una devota peregrinacion al santuario de Einsielden en Suiza. Y aún podría prolongar esta extensa enumeracion, puesto que en este mismo siglo, en que todo es positivismo y materia, mil y mil corazones, al solo suavísimo nombre de la Vírgen, sienten desarrollarse en el pecho los más nobles y más dulces afectos.

Ante espectáculo tan consolador, que de consuno pregonan la historia y la experiencia, ¿quién no reconocerá en María la Madre de la misericordia? ¡Ah! cuando no supiésemos quien es María, cuan grande el tesoro de bondad que su corazon encierra, cuanta ternura y clemencia guarda en su ánimo, bastarían ciertamente á declarárnoslo el que hombres sapientísimos han celebrado con toda suerte de afectuosos elogios su grandísima misericordia. ¿Quién, pues, no querrá unir su voz á los himnos que por dó quiera resuenan en todo el órbe católico? ¿Quién no querrá unir sus homenajes á los que le vienen tributando todos los siglos cristianos? ¿Quién podrá permanecer mudo é insensible en medio de este coro con que se ensalza y glorifica la misericordia de María?

Y si quereis conocer, hermanos míos, por qué razon podemos y debemos confiar tanto en la ilimitada misericordia de María, sabed, que esta razon es, que Ella fué constituida corredentora del mundo por su destino providencial, así como por su dignidad fué elegida Madre del Redentor de los hombres. Es corredentora del mundo, y desea que todo el mundo se salve; es Madre del Redentor de los hombres, y desea que ningun hombre se pierda. Es corredentora del mundo, y anhela aumentar siempre con nuevas adquisiciones la obra de salvacion por la cual su Hijo tanto ha padecido, y tanta sangre de sus venas fué vertida; es Madre del Redentor de los hombres, y recuerda contínuamente la recomendacion que se le hizo cuando Jesús, desde la Cruz, le encomendaba la salvacion de todos los hombres. Es corredentora del mundo, y no quiere que las asechanzas de Satanás obtengan la victoria; es Madre del Redentor de los hombres, y quiere que todos los redimidos por su Hijo alcancen la salvacion. ¡Ah! sí; del mismo modo que allá, sobre la ensangrentada cumbre del Gólgota, el desmesurado afecto con que el moribundo Jesús amaba á todos los hombres, le obligó á abrir los brazos para acogerlos á todos como á hijos, así tambien el recuerdo de aquella pasion, de aquella agonía,

de aquella muerte, enternece siempre las maternas entrañas de la Santísima Vírgen, y se muestra riquísima de generosa misericordia.

Aún cuando nos sintamos reos de mil culpas, aún cuando por mucho tiempo háyamos permanecido en el fango del vicio, aunque sea grande el número de nuestros pecados, y sea mayor que el de los cabellos de nuestra cabeza, no por eso debemos desesperar de la misericordia de María. Ella es siempre misericordiosa, misericordiosa aún para aquellos que no le son devotos, aún para aquellos que no tienen esperanza, aún para aquellos que no saben donde encontrar socorro, ó á cual patrocinio confiarse. Diríjanle una mirada, díganle una palabra, elévenle arrepentidos una plegaria, y, ya que no pueda ser para ellos el asilo seguro de la inocencia, será el refugio del arrepentimiento. Sabrá hacerles fácil el camino de la salvacion, cubrirá de flores las dulces cadenas del amor santo, y en el fondo del cáliz que debe beberse para observar la divina ley, les hará encontrar la miel. Jamás supo empuñar el azote de la divina justicia, sus manos no han tocado nunca los rayos de la venganza superna; su trono está fundado todo sobre la misericordia, mejor dicho, toda Ella es la misericordia misma.

Y precisamente por esto María, no solo no tiene jamás en sus manos los rayos de la justicia, sinó que, por el contrario, los aparta de aquellos contra quienes estaban prontos á caer, por haber audazmente trasgredido los divinos mandatos. Los Israelitas, con su ingratitud, con su idolatría, habían provocado la ira del Señor, y fueron condenados en su jefe. Ellos, en pena de su culpa, debían caer bajo la guadaña de la muerte, cuando Moisés, siervo fidelísimo de Dios, aterrado con la sentencia fulminada contra su pueblo, se prosterna á los piés del Señor, pídele piedad, y con lágrimas en los ojos, con suspiros en los lábios, exclama: Perdonad, oh gran Dios, á este pueblo, ó borradme del libro de la vida (1). Ante esta súplica, ante este voto, ante este grito de un alma tiernísima, se aplaca la ira del Eterno, desármase la espada de su rigor, y el pueblo de Israel es perdonado. Lo mismo repítese contínuamente por nosotros. Nosotros, más que los Israelitas, con nuestra iniquidad olvidamos los deberes, profanamos el nobilísimo título de cristianos, desconocemos á Dios, y Dios alza su mano sobre nuestra cabeza, toma la actitud de juez, y se prepara á castigarnos. ¡Ah! ¿quién podrá interceder por nosotros? ¿Quién podrá, en obsequio nuestro, interponerse ante el trono de la divina

(1) Exod., XXXII, 32.

justicia? ¿Quién podrá....? María, hermanos míos, hé ahí á nuestra Madre, á la Reina de la misericordia. Ella intercede por nosotros, su voz se abre paso hasta el Corazon de su divino Hijo, su intercesion convierte en salutífero rocío de bendicion la saeta de muerte, y quedamos libres del merecido castigo, más que por mediacion de Moisés lo fué el pueblo israelítico.

Valor, pues, hermanos míos, valor. En medio de las asechanzas del mundo, entre las seducciones del siglo, entre los depravados instintos de la carne, entre las tentaciones del Infierno, aproximémonos al altar de esta Vírgen bendita, cuya misericordia es nuestra esperanza, nuestra salvacion y nuestra vida. Acérquense á él los justos, y encontrarán el más sólido apoyo para perseverar en el bien; acérquense á él los pecadores, y hallarán allí su refugio, su abogada, su poderosa mediadora cerca del trono de Dios. Pongamos toda nuestra confianza en esta Madre clementísima; apresurémonos á tener su dulce Nombre en nuestra boca, en nuestro corazon, invocándola en nuestras miserias, en nuestros peligros; y con el apoyo de su patrocinio podremos sacudir nuestra debilidad, levantarnos de la corrupcion en que está sumergida nuestra naturaleza, elevándonos á la region de la paz y de la gracia. Por difícil que sea nuestro viaje en el tempestuoso mar de este mundo, cuando el alma se vea arremetida por furiosos embates, cuando soplen terribles los vientos de la tribulacion, cuando retumbe fragoroso el trueno de la tentacion, recurramos á la piadosa Vírgen, y seremos libres del naufragio. Estad seguros, hermanos carísimos, que María no se mostrará sorda á nuestro llamamiento, que nos alargará la mano, nos guiará en el camino, y nos hará experimentar los efectos de su maternal misericordia.

NUESTRA SEÑORA DE LA MODESTIA.

Modestia vestra nota sit omnibus hominibus.

Sea vuestra modestia patente á todos los hombres.

(PHILIP. IV, 5.)

Se ha dicho servilmente de Augusto, que él era la obra de los siglos, y que desde los días de la creacion, la naturaleza multiplicaba de año en año sus industrias para producirle. Ahora bien; este encomio, que encierra un exceso de exageraciones, de hipérboles y de absurdos tratándose de aquel César, es ciertísimo con respecto á la Vírgen, que salió de Nazareth para consuelo del género humano. En efecto; María es la flor de las antiguas generaciones, la maravilla de la creacion, y la bellísima entre todas las criaturas. Sus mejillas eran más dulces que la miel y su cuello más blanco que el marfil. Jamás ninguna hija de hombre reunió en sí tantas perfecciones; ninguna descendiente de Adán se vió jamás adornada de tantas gracias.

No era solo la belleza física la que hacía á María extraordinaria y singular obra de la creacion; sus gracias exteriores se manifestaban en Ella como un velo trasparente de las interiores gracias del alma. Sus virtudes eran tan bellas y tan atractivas, que no ha existido ni existirá jamás criatura alguna que pueda igualarlas. A Ella debieron ceder sus laureles todos los preclarísimos ingenios, y fué la más bella entre todas las mujeres porque, indudablemente, era la más santa entre todas las hijas de Eva.

Si el primer ornamento de la santidad es la modestia, sin la cual no se adquieren méritos ante los hombres ni ante Dios, solo con la excelencia de esta virtud se comprende muy bien, que María fué modestísima, y que con razon sea saludada con la advocacion de Nuestra Señora de la Modestia.

justicia? ¿Quién podrá....? María, hermanos míos, hé ahí á nuestra Madre, á la Reina de la misericordia. Ella intercede por nosotros, su voz se abre paso hasta el Corazon de su divino Hijo, su intercesion convierte en salutífero rocío de bendicion la saeta de muerte, y quedamos libres del merecido castigo, más que por mediacion de Moisés lo fué el pueblo israelítico.

Valor, pues, hermanos míos, valor. En medio de las asechanzas del mundo, entre las seducciones del siglo, entre los depravados instintos de la carne, entre las tentaciones del Infierno, aproximémonos al altar de esta Vírgen bendita, cuya misericordia es nuestra esperanza, nuestra salvacion y nuestra vida. Acérquense á él los justos, y encontrarán el más sólido apoyo para perseverar en el bien; acérquense á él los pecadores, y hallarán allí su refugio, su abogada, su poderosa mediadora cerca del trono de Dios. Pongamos toda nuestra confianza en esta Madre clementísima; apresurémonos á tener su dulce Nombre en nuestra boca, en nuestro corazon, invocándola en nuestras miserias, en nuestros peligros; y con el apoyo de su patrocinio podremos sacudir nuestra debilidad, levantarnos de la corrupcion en que está sumergida nuestra naturaleza, elevándonos á la region de la paz y de la gracia. Por difícil que sea nuestro viaje en el tempestuoso mar de este mundo, cuando el alma se vea arremetida por furiosos embates, cuando soplen terribles los vientos de la tribulacion, cuando retumbe fragoroso el trueno de la tentacion, recurramos á la piadosa Vírgen, y seremos libres del naufragio. Estad seguros, hermanos carísimos, que María no se mostrará sorda á nuestro llamamiento, que nos alargará la mano, nos guiará en el camino, y nos hará experimentar los efectos de su maternal misericordia.

NUESTRA SEÑORA DE LA MODESTIA.

Modestia vestra nota sit omnibus hominibus.

Sea vuestra modestia patente á todos los hombres.

(PHILIP. IV, 5.)

Se ha dicho servilmente de Augusto, que él era la obra de los siglos, y que desde los días de la creacion, la naturaleza multiplicaba de año en año sus industrias para producirle. Ahora bien; este encomio, que encierra un exceso de exageraciones, de hipérboles y de absurdos tratándose de aquel César, es ciertísimo con respecto á la Vírgen, que salió de Nazareth para consuelo del género humano. En efecto; María es la flor de las antiguas generaciones, la maravilla de la creacion, y la bellísima entre todas las criaturas. Sus mejillas eran más dulces que la miel y su cuello más blanco que el marfil. Jamás ninguna hija de hombre reunió en sí tantas perfecciones; ninguna descendiente de Adán se vió jamás adornada de tantas gracias.

No era solo la belleza física la que hacía á María extraordinaria y singular obra de la creacion; sus gracias exteriores se manifestaban en Ella como un velo trasparente de las interiores gracias del alma. Sus virtudes eran tan bellas y tan atractivas, que no ha existido ni existirá jamás criatura alguna que pueda igualarlas. A Ella debieron ceder sus laureles todos los preclarísimos ingenios, y fué la más bella entre todas las mujeres porque, indudablemente, era la más santa entre todas las hijas de Eva.

Si el primer ornamento de la santidad es la modestia, sin la cual no se adquieren méritos ante los hombres ni ante Dios, solo con la excelencia de esta virtud se comprende muy bien, que María fué modestísima, y que con razon sea saludada con la advocacion de Nuestra Señora de la Modestia.

Por lo tanto, me limitaré hoy, que se celebra la festividad de un título tan apreciado de María, á hablaros de esta dote, que fué sublime en la más pura de las vírgenes. Ruego á la misma excelsa Señora, que me alcance del Cielo palabras convenientes para el importante asunto que voy á desarrollar. A. M.

La historia de la beatísima Vírgen está llena de lagunas. El Evangelio habla de la embajada del Arcángel y de los homenajes con que la veneró; refiere las palabras, que en la plenitud de la inspiracion del Espíritu Santo, la dijo Elisabeth; recuerda el cántico, que, fruto de su humildad y de su gratitud, le salió del corazon en los montes de Hebrón. Pocas cosas más dice de Ella, y luego se calla. Los mismos Apóstoles, ocupados en la eminentísima persona de Jesús, parece que no piensen en su propia familia terrenal, de manera, que la vida de María se nos ofrece árida de hechos. Se diría, escribió un autor preclaro, que las cosas descritas, si se tiene en cuenta las que se callan, son como las magestuosas ruinas de la antigüedad; aquí columnas gigantescas, allá estupendos claustros, en otras partes templos suntuosos, y despues, de trecho en trecho, estéril arena y duras piedras.

Sin embargo, á pesar de que la vida de la Vírgen se nos ofrezca rodeada de una profunda oscuridad, con todo, tenemos pruebas tan relevantes de su modestia, que aún los más excépticos no podrían ménos de admitirlas. Los Padres, los Doctores y los Teólogos que se dedicaron á enaltecer su modestia, no tuvieron que fatigarse mucho para ponerla en evidencia. Indicaré solamente algunas de sus frases, no siendo posible copiarlas todas atendida la brevedad del tiempo de que puedo disponer; vereis, hermanos mios, con cuanta razon el pueblo cristiano predique modestísima á María.

La modestia es la corona de todas las virtudes. Un hombre podrá ser docto y sábio; pero, si su doctrina y saber no se acompañáran con la modestia, sería considerado muy justamente un vanaglorioso y soberbio. Una mujer podrá ser bella y graciosa; pero, si la modestia no cubriese con su púdico manto su belleza y donaire, se desviarían de ella las miradas que se le dirigiera. ¿Cómo dudar, pues, de que esta virtud no embelleciese todas las demás virtudes de María? Ciertamente no puede negarse; que María fué virtuosísima, que se mostró en la tierra, no como una mujer comun, sinó como espíritu celestial aparecida en forma humana. Ningun pincel puede pintar, ninguna lengua alabar, y ninguna mente comprender, cuanta fué su paciencia, su bondad, su dulzura, su mansedumbre: toda elocuencia humana y angélica se pierde queriendo enumerar los dones que la adornaron. Por consiguiente, si María poseyó en grado eminente todas las virtudes, y si la modestia es la primera de todas ellas, y la que más enaltece, debemos decir, que esta virtud fué en María suma y singular.

No basta: nadie ignora, que la Vírgen santísima reunió todas las virtudes en su alma inocente; pero que la que más amó y de un modo extraordinario, fué la pureza. Ella amó esta virtud, por más que la castidad perpétua fuera cosa absurda entre los discípulos de Moisés, que desde largos años aguardaban la suspirada venida del Mesías. Con un pensamiento, á que no se había elevado ninguna de las doncellas hebreas, con una prevision que se adelantaba á su tiempo y contrastaba las viejas preocupaciones de su nacion, con un voto que abrazaba el celibato, al cual por los Judíos iba unida la idea de oprobio y de maldicion, quiso permanecer vírgen. Y fué tan constante en la guarda de la pureza, que se mostró dispuesta á conservarla en presencia del mismo nuncio de la Maternidad divina. ¿Cómo no reconocer, pues, en Ella, una sublime modestia, si la modestia y la pureza son inseparables la una de la otra? En verdad, que no puede caber ninguna duda acerca del amor que María profesó á la pureza, y por tanto, tampoco puede caber duda alguna para proclamarla modestísima.

He dicho, amados hermanos, que entre todas las virtudes fué muy apreciada de María la pureza, mas ahora debo añadir, que la humildad no le fué ménos agradable. Cierto que la pureza, que es la sumision de la carne al espíritu, depende de la humildad, esto es, de la sumision del espíritu á Dios. Y se ha dicho muy bien, que la humildad es la castidad del espíritu, así como la castidad es la humildad de la carne. No se necesita mucha elocuencia para demostrar, que, entre todas las criaturas, María fué la más humilde. Ella misma dijo, que su grandeza dependía de su humildad; y la gloria de ser Madre de Dios le pertenece porque en su misma dignidad no creyó ser más que la sierva del Eterno. Y siendo incontestable, que María fué eminente en la humildad, ¿cómo dejar de aplaudir su modestia? ¿Puede acaso existir humildad sin modestia? ¿O por ventura, la modestia no es tan necesaria á la humildad, que pueda existir la una sin la otra?

Ya veis, hermanos mios, con las reflexiones hasta aquí expuestas, muchísimas otras que me sería fácil aducir; veis que aquella bendita Vírgen, que fué Madre é Hija á la vez de su Criador, puede con toda

verdad llamarse Nuestra Señora de la Modestia. ¡Ah! si con este título debe saludarse aquella Vírgen, en quien la inocencia, la belleza y las gracias fueron rayos transparentes de un alma enteramente celestial; indudablemente, esta alabanza corresponde á aquella piadosísima Reina, que, entre cuantos tienen más delicado el sentido, apareció en la peregrinacion de este destierro como espíritu escogido del Paraiso.

Los Padres de la Iglesia, con las frases que emplearon para describirnos, por decirlo así, el retrato de María, nos ofrecen nuevos motivos para encomiarla modestísima. María, dice San Epifanio, fué espejo de sabiduría, parca en el hablar, respetuosa con todo el mundo, delicada en sus maneras, suave y humilde en los coloquios, y, bajo todos conceptos, tal, que respiraba en su porte exterior y en los dotes del alma una gracia toda divina. María, dice San Jerónimo, era la más exacta en observar la ley, la más atenta en las ocupaciones de su estado, y la más perfecta en el ejercicio de las virtudes; jamás se dejó llevar de un movimiento indiscreto; y todos sus acentos fueron tan llenos de dulzura, que en Ella se vislumbraba fácilmente el Espíritu del Señor. María, dice San Ambrosio, no tenía altivez en sus ojos, considerada en sus palabras, nada se veía en Ella de exagerado en su gesto, nada de precipitado en la voz, ni de negligente en su porte. Jamás se mancharon sus lábios con la más leve mentira; su mirada era siempre dulce; nunca se la vió encolerizada; no ofendió, ni en ninguna ocasion entristeció á persona alguna. Enemiga del boato, sencilla en sus maneras, no pensaba en dejarse ver bella, ni en adornarse esmeradamente no obstante su juventud. Bajo el humilde vestido de vírgen y el velo de esposa, conservó siempre un alma casta, un corazon inocentísimo. Ahora bien; si un pintor cristiano hubiese recibido la inspiracion del genio, y cuya devocion fuese inspirada por un casto entusiasmo por esta Mujer divina, pintase al óleo todo cuanto han señalado con lijerísimas indicaciones San Epifanio, y San Ambrosio, ¿quién al contemplar aquella imágen, no creería ver personificada en ella la modestia?

Empero, la misma Escritura habla con frecuencia de la modestia de María. Los Profetas, que la vislumbraron en sus éxtasis, hablando de Ella, y anunciándola á los pueblos, tanto como la encomiaban grande y excelsa, bella y graciosa, la proclamaban igualmente humilde y ruborosa, silenciosa y modesta. Dijeron, que toda su gloria estaba encerrada en su interior, en lo más íntimo del alma; añadieron, que vivía retirada en su casa como la paloma que anida en las hendiduras de las peñas. Tantos símbolos, tantas sombras, y tantas figuras con que la representan á los pueblos, forman como una nube de elogios, que proclaman en voz alta su modestia. De su modestia hablaba el Huerto cerrado, al cual no podía penetrar pié alguno de hombre; y la Fuente sellada, cuyas cristalinas aguas jamás fueron manchadas con mundano lodo. De su modestia hablaba el lirio, que, florecido entre espinas, no podía tocarlo ninguna mano que oscureciese su candor bajo concepto alguno; y la rosa, que cándida y ruborosa no podía ser sacudida por ningun soplo ni torbellino. De su modestia hablaba el zarzal de Moisés, que aunque abrasado por el fuego, permanecía siempre incólume; y la torre de David, que no obstante el ser asaltada por huestes enemigas, era siempre inexpugnable. En fin, de su modestia hablaba el vellon de Gedeon, sobre el cual caía el celestial rocío, y el Arca de Noé, á la cual no causaron ningun daño las aguas del diluvio universal.

Así pues, dejemos, amados hermanos, estas y otras expresiones con las cuales los libros santos y los Padres de la Iglesia nos representan la modestia de María, y detengámonos más bien en considerar como la piadosa Vírgen se ha mostrado siempre modestísima en el rostro, en sus palabras y en su porte. De esta suerte, rodeadas de nueva luz las razones aducidas hasta aquí, podremos concluir sobre el particular con mayor conviccion de ánimo.

Modestia en el rostro. A un alma perfectísima le conviene un cuerpo perfectísimo. Por consiguiente, si el alma de la Vírgen era tal, que representaba en sus perfecciones una viva imágen de Dios, debemos convenir, que su cuerpo, debiendo corresponder á un alma tan bella, debía en sus perfecciones representar al vivo la imágen del mismo Dios humanado. Y por cierto, que no se asemejaba á ciertos montes, que tienen en su interior minas de oro, y por de fuera aparecen yermos y desnudos; María, al contrario, enriquecida interior y exteriormente con los tesoros divinos, mostrábase como el Arca del Testamento, que estaba cubierta de oro por dentro y por fuera, enteramente perfecta; lo cual no hubiera podido suceder, si su rostro no hubiera estado adornado de una celestial modestia. Sin la modestia del rostro todas las demás virtudes se hubieran visto señaladas por una mancha indecorosa; y la Vírgen celebrada por los Angeles, hubiera aparecido ante el mundo, sinó culpable, á lo ménos incauta y lijera.

Modestia en las palabras. No cabe duda que María fué amantísima del silencio. En todo el Evangelio son pocas las palabras que

se le atribuyen. Cuando los Pastores y los Magos, llegados prodigiosamente á Belén con motivo del nacimiento del divino Emanuel, ensalzaban al Señor; cuando cumplidos los días de la vida privada, el Salvador, dando principio á su mision por las doctrinas que enseñaba, ó por los milagros que obraba, las turbas le glorificaban; cuando estalló la persecucion, y condenado á la más afrentosa de las muertes su Hijo, fieros dolores le traspasaban el corazon, María callaba. Las pocas palabras que se leen de Ella en lo relatos evangélicos, manifiestan una suma humildad, una extraordinaria modestia. Por su modestia llamóse la Sierva del Señor, cuando el Arcángel, postrado reverentemente ante Ella, le anunció la Maternidad divina. Por su modestia refirió toda alabanza y todo homenaje á gloria del Eterno, cuando Elisabeth, llena de santo respeto, se humillaba en su presencia proclamándola Madre de Dios. Por su modestia en Caná expuso solo con humildes acentos al Hijo la falta de vino; por su modestia pronunció pocas y sencillas palabras cuando dió á entender á su Hijo el dolor que había experimentado con su pérdida.

Modestia en el porte.—Amante de la soledad, María vivía retirada en casa. Desde sus primeros años quiso encerrarse en el Templo, y recogida bajo los claustros del tabernáculo empleó los más solícitos cuidados para que el lejano rumor del mundo no llegase á distraerla. Podía, sin duda, casta é inocente paloma, pasar toda su vida en medio del mundo sin mancharse con la disipacion y el desórden que en él reinan; aún fuera del claustro podía hallarse segura de su pureza, que de ningun modo estaba sujeta á contaminarse. Sin embargo, muy amante de la pureza, apénas pudo sostenerse en pié, corrió al Templo, y pasó los primeros años en la meditacion del espíritu y en el ejercicio de las más bellas virtudes. Fuera de aquellos sagrados muros, ya esposa de José, dividió el tiempo entre la meditacion y el trabajo. Cumplió con religiosa puntualidad las obligaciones de su estado, se conformó resignada á la condicion en que la había colocado la Providencia, y se sometió á las monótonas ocupaciones domésticas de una pobre mujer, que no tiene á sus órdenes ni criados, ni esclavos. Finalmente, cuando pasó á ser madre no dejó de ser modestísima. Seguía á Jesús, pero no estaba presente á las glorificaciones que se le tributaban. Eran tales sus pasos, que el Espíritu Santo los llamó bellos: *Quam pulchri sunt gressus tui!* (1). Eran tales sus miradas, que el celestial esposo quedó enamorado:

(1) Cant. VII, 1.

Vulnerasti cor meum in uno oculorum tuorum (1). Eran tales sus mismos vestidos, que tambien por éstos se hizo gratísima al Señor: *Odor vestimentorum tuorum sicut odor thuris* (2).

Siendo así, amados hermanos, ninguno de vosotros podrá ménos de convenir con la opinion universal acerca de la preclarísima modestia de María; y abrigo la seguridad de que todos hareis coro festivo con los Padres, quienes con frases escogidas, predicaron á la Vírgen adornada de un modo sublime de esa virtud; con los Doctores, que la llamaron modestísima en todas las circunstancias en que se halló; y con nuestros antepasados, que precisamente por esto, en la manifestacion sincera de sus devotos afectos quisieron instituir una fiesta particular, saludándola con el título de Nuestra Señora de la Modestia. Así procuraron honrar á su misericordiosa Madre, glorificándola del mejor modo que podían por la belleza de una virtud que le era tan querida; y nosotros procuraremos tambien honrar á nuestra misericordiosa Madre glorificándola del mejor modo posible por la belleza de un título que tanto le place.

Tened empero entendido, oyentes, que para honrarla bien no basta invocar solamente con los lábios su nombre, ó visitar los templos que le están consagrados, ó inclinarse delante de sus imágenes, ni por uso ni por costumbre dirigirle una oracion. Si, segun hemos demostrado á grandes rasgos, fué carísima á María la modestia, se sigue de legítima consecuencia, que la práctica de esta virtud debe serle muy apreciada. Por tanto, si queremos que nos mire con ojos misericordiosos; si queremos que se digne atender nuestras súplicas; si queremos que extienda propicia la mano sobre nuestra cabeza para asistirnos con su gracia y ayudarnos con su proteccion, hagamos que brille en nosotros un rayo de aquella santa modestia, que brilló tan vivamente en Ella. Si María, por las copiosísimas fuentes de su misericordia protege todos los desventurados hijos de Eva, y se muestra á todos Madre de gracia y de salvacion, sin duda amparará con mayor eficacia á aquellos que la honran con el ejercicio de una virtud, que es la corona de todas las demás, y que Ella practicó en grado eminente durante el entero curso de la vida. Por su modestia suprema agradó á Dios, de manera, que la llenó de gracias; y con nuestra piadosa modestia agradaremos á María, de suerte, que nos colmará siempre con sus maternales beneficios.

(1) Cant. I, 9.
(2) Cant. IV, 11.

NUESTRA SEÑORA DE MONSERRATE.

DISCURSO I.

Erit præparatus mons domus Domini in vertice montium, et fluent ad eum omnes gentes, et dicent: venite, et ascendamus ad montem Domini, et docebit nos vias suas.

El monte en que se erigirá la casa del Señor tendrá sus cimientos sobre la cumbre de los montes, y todas las naciones acudirán á él, y dirán: Ea, subamos al monte del Señor, y nos mostrará sus caminos.

(Isai, II, 2 et 3).

Cuando solemnizais, oyentes, á la Santísima Vírgen en su prodigiosa imágen de Monserrate, yo descubro un rayo luminoso, que, desprendido del seno de la divinidad, presenta todo el esplendor, magnificencia y majestad de un Dios próvido, santo y misericordioso. Deliren los filósofos de estos siglos desgraciados, no reconociendo otro principio en el universo que una naturaleza ciega y caprichosa, y nieguen la existencia de aquella mirada, si así puede decirse, del Dios santísimo que adoramos. Sufoquen el clamor de aquella ley invariable que anuncia la santidad de su orígen, imaginen un Dios insensible á las miserias de los hombres, y sordo á sus ruegos. ¿Y qué importa? Sin descorrer el velo á los Cielos que anuncian la gloria de su Criador: sin escuchar la voz de la verdad, que grita en los santos libros en alabanza de los adorables atributos de este gran Dios, que reveló su gloria á Abrahán, sus leyes á Moisés, sus consejos á Salomon; y que despues de haber hablado de varios modos en sus profetas, habló en su Verbo hecho carne, para ponernos en el camino real de la salud; sin servirme de estos medios tan usuales á los Padres y

Doctores de diez y ocho siglos, yo encuentro un sagrado monumento de aquella Providencia, y que ya nos tenía á la vista cuando establecía los cimientos de la tierra; de aquella misericordia, que, tierna y compasiva, derrama sus beneficios de generacion en generacion sobre los que le temen; de aquella santidad, que nos inclina y aún hechiza, para que no nos desviemos del que es nuestro principio y nuestro fin.

¿Y cuál es este monumento tan respetable, sinó ese monte aserrado? Monserrate, monte que yo contemplo como preparado desde la eternidad, para que fuese en el siglo nono la herencia, la parte y la posesion de la Santísima Vírgen, poniendo allí su imágen, su tabernáculo, sus ojos y su corazon, y echando profundas raices entre los que lo habitan, como entre sus escogidos. Monte destinado para elevarse sobre los montes y collados, sin ceder en nada al monte Sinaí, en donde se dió la Ley al pueblo; á Oreb, en donde fué Moisés constituido Dios de Faraon; á Sion, al Tabor, á Farán, al Líbano, al Carmelo, ni á otros montes dignos de nuestro respeto. Monte, que es centro de reunion de los reyes, de los poderosos, que le han enriquecido con preciosos dones; de los Sumos Pontífices, que han derramado las abundancias de la divina misericordia sobre los que se acogen á su sombra. ¿Lo diré? asilo de todas las gentes y naciones, que se convidan para penetrar sus riscos, trepar sus colinas hasta llegar á aquel santo lugar, que es la casa de Dios, la puerta del Cielo, el palacio donde ha puesto su trono María Santísima. ¿Y á qué fin? A fin de instruirse en la grandeza del verdadero Dios; y desatando sus lenguas, celebrar todos á una voz su providencia, su misericordia y su santidad, empeñada en Monserrate en la celebridad y culto de María.

Ya me habeis entendido, y lo repito para declarar mi pensamiento: que aunque no hubiera en la religion otro argumento de la providencia, misericordia y santidad de Dios, la imágen de María en Monserrate sería una prueba incontestable capáz de cerrar la boca á los incrédulos. Aplicaos, oyentes, á penetrar esta verdad, y advertireis en los medios de que se sirvió Dios para colocar la imágen de María en Monserrate, una providencia solícita que debeis venerar; en la beneficencia con que se ha explicado María en su imágen de Monserrate, una misericordia compasiva, que debeis implorar; y en el fin de la colocacion de la imágen de María en Monserrate, una santidad que debeis imitar. Más breve: la Providencia veló sobre el culto de María en Monserrate, la misericordia ha conservado este culto, y la santidad preside en él. Levantemos los ojos al santo

monte, y nos vendrá el auxilio de la que reside en él llena de gracia: A. M.

¡Providencia de Dios! ¿á dónde iré yo que no te halle? Si subo al Cielo, allí te advierto: si penetro el abismo, si quiero esconderme de tu vista en las tinieblas de su oscuridad, en el abismo, en las tinieblas te presentas á mis ojos: si me traslado al otro extremo del mar, allí siento los efectos de tu diestra: si dejo bajar mi espíritu por la extension de la tierra, veo resplandecer tu luz en todas las obras de tu mano. Así es: no obstante, oyentes, yo descubro en Monserrate los rasgos indelebles de una providencia solícita, preveniente, tierna, luminosa, que ha velado para establecer el culto de María en este monte de Dios. Lo vereis si examinais conmigo los efectos de la Providencia en el orígen del culto de esta santa imágen, en los medios que concurrieron á ocultarla del poder de los bárbaros, en las circunstancias de su descubrimiento, en la eleccion del lugar de su colocacion. ¡Providencia solícita en el orígen del culto de esta imágen! ¿cuál fué la época de su veneracion? ¡Providencia preveniente en los medios que concurrieron á ocultarla del poder de los bárbaros! ¿qué insultos no hubiera sufrido esta imágen de aquellas manos sacrílegas? ¡Providencia tierna en las circunstancias de su descubrimiento! ¿con qué suave violencia hechizó esta imágen los corazones, y los atrajo á su culto? ¡Providencia luminosa en la eleccion del lugar de su colocacion! ¿qué milagros tan ruidosos no la autorizaron? Sigamos estas huellas de la Providencia, descubramos el orígen de esta santa imágen, ó por decirlo mejor, señalemos la época de su veneracion.

Desde luego, Cataluña no tiene que envidiar á otras naciones la preferencia en el culto y veneracion de la Santísima Vírgen. Ella puede decir con verdad, que la veneracion á María está impresa en el corazon de sus nacionales desde la cuna del cristianismo. La Providencia, que todo lo mira, lo advierte, lo dispone y provee de socorros necesarios, enriquece á Cataluña con la imágen de Nuestra Señora de Monserrate para sostenerla; le dá la mística torre de David, en donde hallará armas victoriosas para destruir la infidelidad. Cataluña no contrae la infame nota que se atrajeron para su ignominia Jeroboan elevado, Amasías triunfante, y Acab favorecido. En la misma lámina en que escribió el Cielo infalible anuncio de sus felicidades con la posesion de esta imágen, reconoció su país la obligacion más estrecha de cumplir con las solemnidades de pacto tan

sagrado. Levanta á su gloria aquel templo, por su magnificencia tan famoso, y tan venerable por la majestad de sus ceremonias, que hace una de las partes principales de nuestras historias nacionales.

Los pecados mismos, decía San Pablo á los Corintios (1), los permite la Providencia, y son efectos terribles, pero justos, de su permision. Y añade (2), que todas las cosas dirigidas por Dios hácia sus fines cooperan al cumplimiento de sus designios. Los delitos de Witiza y de D. Rodrigo llenaron la medida de los desórdenes de los demás reyes de España predecesores suyos. El Señor miró desde lo alto de su eterna morada las abominaciones cometidas en esta Jerusalén tan amada, y en castigo de su pecado la entregó al bárbaro poder de los agarenos. ¡Ay de tí, España! Si no hubieras merecido del Cielo por tus lágrimas un príncipe cortado á medida del corazon de Dios, que aboliese las leyes inícuas de sus antecesores, que reuniese los obispos fugitivos, y que ofreciese en el recinto de su pequeño ejército víctimas al Dios de Israel, ¿fuera acaso tan considerable el volúmen de tus glorias? Don Pelayo fué el Gedeon de la España; pero ántes que venciese á los enemigos de la fé, ¿qué opresion no habian sufrido la religion y el estado? Pocas veces se vió desolacion tan terrible. La princesa de las provincias se ve vasalla y tributaria: no encuentra, ni aún entre sus amigos, quien quiera consolarla. Las vírgenes perseguidas y deshonradas; España, la bella España, cuyos desperdicios hicieron felices á sus vecinos y rivales, está cercada por todas partes de llanto y de dolor. ¡Ah triste nacion! ¿á quien te compararé en tus desgracias, Jerusalén amada? La bendita Sion llora amargamente su desolacion: sus templos y sus altares destruidos, sus puertas profanadas, sus sacerdotes centinelas vigilantes de la fé, tristes, sollozando y gimiendo: las sagradas imágenes vilipendiadas y ultrajadas. No parecía sinó que el Señor había dado al olvido sus sacrificios y solemnidades: que Él mismo concurría con mano vengativa á demoler sus tabernáculos, y destruir su culto venerable.

Cataluña se estremece, tiembla: busca la tabla de su asilo, la Santísima Vírgen María, y no encuentra sinó torrentes de la ira de Dios, que todo lo inundan, lo arrebatan y lo entregan al destrozo, al incendio, al saqueo, al robo. ¿Permitireis, gran Dios, que un hombre sin fé, sin ley ni religion, haga testigo de su liviandad á la que es Reina y Guía de las vírgenes? Rindamos al Señor debidas gracias

(1) I AD CORINTH., c. II, v. 13.
(2) IBID. AD ROM., c. 8, v. 18.

por haber prevenido los insultos á que estuvo expuesta esta imágen de María, haciendo brillar su providencia. ¿Y cual fué? La misma que observó en otro tiempo, para libertar el Arca del Testamento de las profanaciones y ultrajes de los asirios. La cumbre del monte Nebo en los campos de Moab ocultó la Arca de la alianza; y Monserrate, monte dichoso de Cataluña, dió abrigo en sus entrañas á esta imágen de María.

Al fin, el sol se dejó ver de lleno en nuestro hemisferio, cesó la calamidad, y se apagó el fuego de la persecucion. Cataluña trae á la memoria sus pasadas glorias; pero no puede consolarse porque no descubre la mina que encierra el tesoro de su felicidad. Bendito sea Dios Padre de misericordia y Dios de toda consolacion, que se sirvió para su descubrimiento de la más tierna y amorosa providencia. Una radiante estrella gira sobre Monserrate, y señala con sus brillos la cueva donde está escondida la Arca misteriosa. Ya los pastores la advierten, y se convidan á descubrir esta vision misteriosa. Vuelan en alas de su devocion á comunicar su dicha, y congratularse de su feliz hallazgo. ¡Ah! como el efluvio del imán atrae á sí cuanto encuentra sensible á sus impresiones, así sola la noticia de esta dichosa invencion ata los corazones al santo monte. Penetran las cortadas sierras, ven, tocan. ¡Qué asombro! ¡qué aclamaciones! No fué más alegre aquel famoso día en que los hebreos cargados de despojos, salieron de un cautiverio de cuatrocientos años; ni el otro en que vieron á los egipcios sumergidos repentinamente en las olas del mar Rojo. El dia de la invencion de esta imágen fué para Cataluña el día del Señor, el día destinado á recompensar sus lágrimas. Y hé aquí á lo que se convidan mútuamente. Un mensajero festivo convoca á los mayores de Israel con los príncipes de las tribus, á fin de trasladar esta Arca de santificacion á la ciudad capital. Los príncipes, los ancianos del pueblo ofrecen con magnificencia, se desnudan de su majestad, para solemnizar la traslacion. El obispo de Manresa bendice á la casa de Israel: los sacerdotes y levitas se aprontan para tomar en hombros la imágen de María. Levanta el grito el numeroso pueblo, suena el clarin para ejecutar este pensamiento... ¡Oh! ¡qué vanos son los pensamientos de los hombres, aún cuando los autoriza la piedad! La imágen se hace inmoble, y á una providencia tierna sucede una providencia luminosa, que con un público milagro autoriza que Monserrate es el lugar elegido para la habitacion y casa de María.

Sí, señores; así como Dios eligió el Cielo para recibir en él homenajes y adoraciones de los ángeles; eligió el Infierno para ser temido

del demonio y de los condenados; eligió el universo para recibir alabanza de todas las criaturas; eligió el templo de Salomon para recibir los sacrificios de la carne y sangre de los animales; así tambien con sábia providencia dispuso, que Monserrate fuese el monte de la eleccion, donde la Santísima Virgen recibiese homenajes de los ángeles, alabanzas de los hombres, sacrificios de los arrepentidos, y donde se hiciese terrible al Infierno, como un ejército en disposicion de pelear. María ha elegido este lugar, y le santificó con su presencia. Allí se ha edificado un templo suntuoso, donde es venerada con el glorioso título de Monserrate. Venerad con sumision la Providencia, que se manifiesta en los medios de que se sirvió Dios para colocar la imágen de María en Monserrate, sin perder de vista la beneficencia con que se ha explicado María en esta imágen, para formar cabal idea de la misericordia compasiva de Dios que debeis implorar.

Que las entrañas de María son de misericordia es la fé de todos los siglos. La Iglesia la ha dado á conocer por nuestra abogada, consoladora, refugio, medianera, Madre de gracia y de misericordia; hasta decir los sábios Padres de Éfeso, que por María alcanzamos todos los dones que descienden del Padre de las luces. Pero esta misericordia de María no es sinó un rasgo de la misericordia de Dios, que se comunica á los hombres; Dios ha puesto su misericordia en manos de María, misericordia poderosa, universal, pronta. Misericordia poderosa: ¿quién ha puesto límites al poder que Dios ha depositado en María para beneficiarnos? Misericordia universal: ¿quién ha recurrido á ella en Monserrate sin conseguir remedio? Misericordia pronta: ¿ha dilatado acaso alguna vez socorrer á los que la invocan? La voz de los pueblos aclama las piedades de María en Monserrate, y yo voy á recoger el fruto de su reconocimiento.

María en Monserrate es poderosa para beneficiarnos. Leed un número prodigioso de volúmenes, fieles depositarios de los milagros de su bondad; entrad en espíritu en su santuario, mirad una multitud infinita de dádivas colgadas en sus aras: son monumentos de los bienes exteriores y corporales que ha repartido su mano poderosa. A estos millones de dádivas juntad otras por lo que toca á los bienes interiores y sobrenaturales, cuyas gracias solamente se la tributan en secreto. ¿Qué no pudiera yo añadir? Mas ¿qué necesidad hay de palabras? La experiencia de muchos siglos, más elocuente que todos los oradores, predica, que nada ha resistido al poder de María en Monserrate, y que ninguno ha dejado de experimentar un poder sin límites en la Santísima Virgen, cuando ha sido invocada con este au-

gusto título. Pero ¿qué es lo que ha podido resistir á un poder tan grande como su imperio? ¿Habrá sido acaso la tribulacion? Pero yo leo, que una multitud de navegantes, en el punto de naufragar, se sostienen sobre las aguas y se libran del naufragio invocando á María en Monserrate, que como nave que trae de léjos el pan de la salud, les suministra una tabla, la cual vence la impetuosidad del mar enfurecido. ¿Será acaso la angustia? Pero yo leo, que puesta Barcelona en el mayor conflicto, y envenenado el aire con peste universal, que derrama su ponzoña en todos los estados, que se burla de la industria de los médicos, y que entra igualmente en los palacios de los grandes, que en las cabañas de los pastores para ejecutar las órdenes de Dios, invocada María en Monserrate, extendió los brazos de su proteccion sobre los justos y sobre los pecadores; y dejándose ver en esta ciudad afligida sobre su monte, purifica los elementos, trae en sus alas la salud, y en su presencia el regocijo y la alegría. ¿Será acaso la persecucion? Pero yo leo, que María en Monserrate ha abierto las mazmorras y los grillos de aquellas miserables víctimas de la humanidad, que sometidas al bárbaro poder de la morisma, se ven en la triste precision, ó de negar la fé de Jesucristo, ó de bañarse en su sangre. ¿Será acaso la muerte? Pero yo leo, que Nápoles es testigo, de que D. Juan el II se vió libre de la muerte desde el momento en que invocó á esta poderosa protectora, en cuyas manos ha depositado Dios las llaves de la muerte y del abismo; y que este gran príncipe hizo resonar las bóvedas del templo de María en reconocimiento de un beneficio tan particular. ¿Será acaso la fuerza pujante de los enemigos? Pero yo leo, que esta famosa Débora, ha puesto las más solemnes victorias en manos de los que la han invocado en Monserrate. D. Pedro el IV de Aragon entra triunfante en el reino de Mallorca; pero él ha visitado ántes á María en Monserrate, ha puesto en sus manos la conquista, y para más seguridad, no ha entrado en la batalla sin llevar consigo un anillo de esta santa imágen, que es como la esperanza segura de su felicidad. Fernando II arroja de Granada la peste de nuestra España, se humilla en su presencia la bárbara altivez de los moros, y gana para la nacion española aquella plaza que se había hecho inconquistable; pero él ha visitado á María en Monserrate con toda su real familia, la ha ofrecido sus votos y sus promesas, con dos lámparas de grande valor y hermosura, y la ha constituido patrona de sus conquistas. Sí; la misericordia de María en Monserrate es la misericordia misma de Dios, participada á esta gran Reina para ejercitarla con los hombres.

¿Y con qué hombres? Con los hombres de todos los tiempos, de todos los lugares, de todas las condiciones y estados, porque su bondad y su beneficencia no es ménos universal que poderosa. María en Monserrate será piadosa en todas las edades. Si Dios se agradó en elegir y santificar el santo monte fué, para que esta Madre de misericordia pusiese allí sus ojos para examinar nuestras necesidades, y su corazon para socorrerlas, miéntras tanto que hubiese hombres afligidos, ó hasta el fin de los tiempos. Y así se ve, que si este sagrado monte destiló miel y dulzura en los primeros días de la colocacion de María, ahora en estos últimos tiempos, es una piscina donde consigue la salud, no solo el primero que se arroja á sus aguas, sinó, cuantos las tocan; no solo una vez al año, sinó todos los días, en todos los tiempos.

María nos abrirá su corazon en todos los lugares donde sea invocada con el título de Monserrate. No parece sinó que Monserrate está en todas partes, porque en todas aplica María sus oidos á los suspiros de los que la invocan como dominadora en el monte santo de Cataluña. De ahí es, que todos los pueblos, todas las naciones han solicitado á porfía colocar en su recinto la imágen de María de Monserrate, y consagrarla sus obsequios y sus votos; y así la vemos venerada (¡oh, y con cuánta alegría de nuestro corazon!) en Viena de Austria, en Lisboa, en París, en Nápoles, Palermo, Roma, Madrid, Cerdaña, Mallorca, Valencia, Barcelona, Lima, Méjico..... Se cansa mi memoria; la beneficencia de María en Monserrate se extiende á todas partes; y como el Sinaí de la Arabia, segun el Apóstol, estaba unido á Jerusalén, no obstante la larga distancia que le separaba, así tambien Monserrate de Cataluña está unido á todos los lugares, porque la beneficencia de María en ese santo lugar se extiende á todo el universo. ¿Está excluida de la bondad de María alguna condicion, algun estado? Ella es invocada con el título de Monserrate, y los infieles se ilustran, los justos se santifican, los pecadores se convierten, los oprimidos se libran de la violencia, las almas afligidas se llenan de consuelo, las desesperadas reciben la confianza, los enfermos se alivian, los muertos resucitan.

¿Y dilata María en Monserrate el comunicar su beneficencia? No; su misericordia es pronta. ¿Quién no se ha acogido á la proteccion de María en Monserrate? Los mayores santos se han distinguido por un amor especial á esta Señora. Hablen por mí los Franciscos de Borja, Juanes de Mata, Luíses de Gonzaga, Salvadores de Horta. Los reyes han puesto sus personas, sus coronas y sus súbditos bajo

su proteccion; la han visitado en su santuario, y le han enriquecido con sus liberalidades. Así lo ejecutaron Cárlos V, Maximiliano II, D. Alfonso el de Aragon, D. Juan de Austria, Rodulfo II. Los pobres la llaman en sus miserias, los sábios la consagran sus vigilias, el soldado la invoca en el aprieto de sus peligros, el piloto en las tempestades, el justo para justificarse más, y los mismos pecadores para conseguir su conversion. ¿Y á qué fin recurren á María en Monserrate, como á su asilo y refugio? Porque la experiencia ha acreditado el poder, la extension y la prontitud con que nos beneficia en este su monte de piedades. La voz de los pueblos es la voz de Dios; y si éstos se explican con tanta uniformidad de sentimientos á favor de la bondad de María en Monserrate, ¿qué nos resta sinó alabar las misericordias del Todopoderoso, pues las ha depositado en manos de María para nuestro bien? Imploremos al mismo tiempo esta bondad sin límites; recurramos á Dios por medio de María en nuestras necesidades, en los peligros, en las tentaciones, en las dudas, seguros de encontrar remedio; pero procuremos al mismo tiempo imitar las virtudes de María; porque si Dios ha querido mostrar su providencia, en los medios de que se sirvió para colocar la imágen de María en Monserrate; su misericordia, en la beneficencia con que se ha explicado María en su imágen de Monserrate, tambien ha querido mostrar la santidad que debemos imitar; y es el fin de la colocacion de la imágen de María en Monserrate.

Con justicia podemos llamar á Monserrate lugar de santificacion; ya se mire á María, que preside en este monte, ya se adviertan los ejercicios que en él se practican, ya los frutos de virtud que ha producido. Por parte de María, ¡qué perfeccion! Por parte de los ejercicios que se practican en Monserrate, ¡qué medios para santificarse! Por parte de los frutos que ha producido, ¡qué virtudes tan edificantes! Por parte de la imágen de María colocada en este monte, ¡qué aliciente descubro para adoptar las virtudes más heróicas! ¿Quién puede mirar aquel devoto simulacro sin que, sin advertirlo, entregue á Dios su corazon? Cuantos pisan el monte de María no pueden mirar con indiferencia aquel complexo de virtudes que formaron el carácter de esta privilegiada criatura. El altivo abate su soberbia; el rencoroso se siente dominado de pensamientos de paz; el avaro abre su mano con largueza, y parece que se apaga aquel fuego que le devora hasta la perdicion; el hombre se halla otro hombre; muere el pecado, y levanta su estandarte la virtud. ¡Qué nube de testigos autorizan esta verdad! Leed el capítulo VI de la prodigiosa

historia de este santuario, y oireis decir á unos, que con solo mirar aquella imágen se han rendido los herejes más protervos; á otros, que nadie deja de mejorarse en su presencia; á estos, que al poner el pié en el templo se conmueven y se sienten mudados. Pero no quiero privaros de la tierna piedad que mostró el emperador Cárlos V, cuando dijo, que sentía tanta piedad y devocion en la presencia de María en Monserrate, que él mismo no podía explicarla ni aún concebirla.

No son ménos los estímulos que ofrece Monserrate para despojarse del viejo hombre en los ejercicios que se practican en este santo lugar. Allí resuenan contínuamente las bóvedas de aquel santo templo, con voces sacadas del corazon de unos santos religiosos que cuidan del culto del santuario. Allí saca Dios su alabanza de la boca de los niños, que, educados con la leche de María, y destinados á su culto, rodean el trono del Cordero. Pero lo que más sorprende es ver, que se renuevan en esta montaña santa aquellos fervores de austeridad y penitencia, que formaron la gloria de los primeros siglos. El tiempo no permite hacer una enumeracion particular de las públicas demostraciones con que significan el respeto que tienen á María, los que intentan penetrar en la tierra de este Oreb, monte de vision. Este es sin duda el más poderoso estímulo para animar al justo, para avergonzar al pecador, para encender al tibio, y para provocar á todos á emprender el camino de la Cruz. Porque estos ejemplos tan edificantes son como una práctica predicacion, que dice á los demás lo que decía Moisés á los hijos de Gaad y de Ruben (1): *Numquid fratres vestri ibunt ad pugnam, et vos hic sedebitis?* Vuestros hermanos se visten de valor y de fortaleza para imitar á Jesucristo; ¿y vosotros os dejareis dominar de la indolencia? No hagais tal: tomad las armas en la mano; pelead con valor: *Expedite, pergite ad pugnam.*

Es tan fecunda la colocacion de la imágen de María en Monserrate, que ha producido los frutos más pingües de virtud, de honor y honestidad. En efecto; en este santo monte, y al abrigo de María, se formaron aquellos prodigios de santidad que arrebatan la admiracion de los siglos. ¿Dónde formó el grande Ignacio de Loyola el designio de abandonar el mundo, y levantar un espiritual ejército de batalla para presentarle guerra? En Monserrate fué, y allí se ve su espada colgada en su altar para eterna memoria. ¿Dónde S. Pedro Nolasco adquirió aquel espíritu de caridad, que le hizo pensar en la salvacion de sus

(1) Núm. cap. 32.

prójimos, como lo había pensado Jesucristo? Monserrate fué la oficina en donde María labró ese espíritu generoso. ¿Pero en dónde sinó en Monserrate, y á los piés de María, atrajeron á sí el espíritu del Señor un S. Juan de Mata, un S. Francisco de Borja, un S. Luis Gonzaga, un S. José de la Madre de Dios? Monserrate puede gloriarse de que allí más que en otra parte ha producido María frutos de virtud y santidad. Frutos de santidad, que hechizan, que enseñan y convidan á vestirse de la santidad de Dios; á escuchar el eco de un Dios justo, que todavía clama con las piedras de este monte, y nos dice: que si colocó en él á María, fué para facilitarnos el cumplimiento de la ley, y la práctica de las virtudes. ¿Y no oiremos nosotros su voz? Veo á uno, que se consume sobre los libros para llegar á ser sábio: á otro, que se expone á mil muertes para llegar á ser gran soldado. ¿Y no os hallareis vosotros, hermanos mios, con espíritu para vestiros de la santidad de Dios, y perfeccionaros en ella con los medios que os franquea Monserrate? A lo ménos espero de vosotros, una resolucion tan provechosa. Vosotros, que subís al monte de María, enseñais prácticamente esta verdad, y convidais continuamente á penetrar en este monte del Señor, á fin de descubrir en los medios de que se sirvió Dios para colocar la imágen de María en Monserrate, una providencia solícita que se debe venerar: en la beneficencia con que se ha explicado María en su imágen de Monserrate, una misericordia compasiva que se debe implorar; y en el fin de la imágen de María en Monserrate una santidad que se debe imitar.

Verdad palpable; pero, si aún no se rinden á ella los espíritus orgullosos, Vos, Vírgen santísima, Vírgen inmaculada, Vírgen poderosa, alcanzadles de vuestro Hijo santísimo luz para conocer la verdad, resolucion para seguirla, espíritu para abrazarla; y á los que invocan y alaban á Dios en este santo monte protegedlos, amparadlos en este valle de lágrimas, hasta conducirlos al monte santo de la gloria. *Amen*.

NUESTRA SEÑORA DE MONSERRATE.

DISCURSO II.

Fundamenta ejus in montibus sanctis.
Está fundada sobre los montes santos.
(PSALM. LXXXVI, 1).

Bien así, como María Madre de Dios, Reina de los ángeles y protectora de la humanidad, disfruta en el Cielo de una gloria inmediata á la de la Trinidad, su culto en la tierra no debe reconocer otro superior que el que la criatura tribute á su Hacedor supremo, y el mundo á su Reparador divino. Allá, entre los bienaventurados, forma su inefable gozo despues de la deífica vision que los hace felices; acá, en este lugar de infortunio y de angustia, es instrumento de la divina Providencia, nuestro amparo, nuestro consuelo, nuestro sostén. Ved ahí, oyentes, porque todas las naciones, todos los pueblos, todos los sexos, todas las categorías, todas las edades invocan á la Vírgen Madre, y todos los idiomas ensalzan su nombre; y el monarca, desde su trono de oro, y el pobre pastor en su ahumada cabaña, levantan á Ella las manos en el día de la necesidad. Ved ahí porque sus alabanzas resuenan así en las bóvedas de inmensas basílicas, como en el hueco del árbol, donde en medio de tribus errantes le ha erigido una capillita el misionero; y porque las poblaciones y los montes y los rios y los bosques y los caminos y los despeñaderos le dan un título, un dictado que significa siempre bondad, proteccion, amor. Es que en todas partes y para todo género de apuros, María prodiga sus beneficios á favor de los desgraciados. Es que cualquiera que sea la

prójimos, como lo había pensado Jesucristo? Monserrate fué la oficina en donde María labró ese espíritu generoso. ¿Pero en dónde sinó en Monserrate, y á los piés de María, atrajeron á sí el espíritu del Señor un S. Juan de Mata, un S. Francisco de Borja, un S. Luis Gonzaga, un S. José de la Madre de Dios? Monserrate puede gloriarse de que allí más que en otra parte ha producido María frutos de virtud y santidad. Frutos de santidad, que hechizan, que enseñan y convidan á vestirse de la santidad de Dios; á escuchar el eco de un Dios justo, que todavía clama con las piedras de este monte, y nos dice: que si colocó en él á María, fué para facilitarnos el cumplimiento de la ley, y la práctica de las virtudes. ¿Y no oiremos nosotros su voz? Veo á uno, que se consume sobre los libros para llegar á ser sábio: á otro, que se expone á mil muertes para llegar á ser gran soldado. ¿Y no os hallareis vosotros, hermanos mios, con espíritu para vestiros de la santidad de Dios, y perfeccionaros en ella con los medios que os franquea Monserrate? A lo ménos espero de vosotros, una resolucion tan provechosa. Vosotros, que subís al monte de María, enseñais prácticamente esta verdad, y convidais continuamente á penetrar en este monte del Señor, á fin de descubrir en los medios de que se sirvió Dios para colocar la imágen de María en Monserrate, una providencia solícita que se debe venerar: en la beneficencia con que se ha explicado María en su imágen de Monserrate, una misericordia compasiva que se debe implorar; y en el fin de la imágen de María en Monserrate una santidad que se debe imitar.

Verdad palpable; pero, si aún no se rinden á ella los espíritus orgullosos, Vos, Vírgen santísima, Vírgen inmaculada, Vírgen poderosa, alcanzadles de vuestro Hijo santísimo luz para conocer la verdad, resolucion para seguirla, espíritu para abrazarla; y á los que invocan y alaban á Dios en este santo monte protegedlos, amparadlos en este valle de lágrimas, hasta conducirlos al monte santo de la gloria. *Amen*.

NUESTRA SEÑORA DE MONSERRATE.

DISCURSO II.

Fundamenta ejus in montibus sanctis.
Está fundada sobre los montes santos.
(PSALM. LXXXVI, 1).

Bien así, como María Madre de Dios, Reina de los ángeles y protectora de la humanidad, disfruta en el Cielo de una gloria inmediata á la de la Trinidad, su culto en la tierra no debe reconocer otro superior que el que la criatura tribute á su Hacedor supremo, y el mundo á su Reparador divino. Allá, entre los bienaventurados, forma su inefable gozo despues de la deífica vision que los hace felices; acá, en este lugar de infortunio y de angustia, es instrumento de la divina Providencia, nuestro amparo, nuestro consuelo, nuestro sostén. Ved ahí, oyentes, porque todas las naciones, todos los pueblos, todos los sexos, todas las categorías, todas las edades invocan á la Vírgen Madre, y todos los idiomas ensalzan su nombre; y el monarca, desde su trono de oro, y el pobre pastor en su ahumada cabaña, levantan á Ella las manos en el día de la necesidad. Ved ahí porque sus alabanzas resuenan así en las bóvedas de inmensas basílicas, como en el hueco del árbol, donde en medio de tribus errantes le ha erigido una capillita el misionero; y porque las poblaciones y los montes y los rios y los bosques y los caminos y los despeñaderos le dan un título, un dictado que significa siempre bondad, proteccion, amor. Es que en todas partes y para todo género de apuros, María prodiga sus beneficios á favor de los desgraciados. Es que cualquiera que sea la

advocacion con que se la aclama, nunca deja de ser la Reina de clemencia y la Madre de misericordia.

Sin embargo, preciso es convenir en que, entre las casi innumerables invocaciones con que la cristiandad honra á María, hay algunas que, si bien locales en su orígen por decir relacion á un suceso ó sitio determinado, se han hecho despues como universales, y encierran no sé qué de misterioso y sublime, que atrae los corazones abriéndoles á la confianza y á la devocion.

¿No es verdad, oyentes, que el dictado de Monserrate que damos á la Vírgen, es otra de esas privilegiadas advocaciones, que desde una montaña de Cataluña se ha extendido por todo el orbe católico, y hace en todo su ámbito la esperanza de los fieles? Díganlo Roma, Viena, Nápoles, Palermo, Praga, París, Lyon, Ruan, Tolosa de Francia, Lisboa, Méjico, el Perú y otros puntos de las Américas; el antiguo y nuevo mundo, donde existen monasterios, iglesias, altares consagrados á la Vírgen de Monserrate, y se pregonan con entusiasmo sus gracias y sus portentos.

Pero ciertamente, que más que cualquier otra nacion debe proclamarla España, que en su capital y en varias de sus ciudades y pueblos cuenta pueblos y capillas en honor de la celestial Soberana de Cataluña, porque en ella brilla su nacional gloria y el esplendor de su nombre. Con efecto, hermanos mios; la Vírgen de Monserrate envuelve un título de grandeza y renombre, ya no solo para las catalanas comarcas, sinó para toda la nacion española. Tal es la idea que vengo á desarrollar en esta funcion religiosa. Vírgen Santísima, para celebraros á Vos, para narrar excelencias el hombre es muy poca cosa, y yo soy verdaderamente nada. Concededme, pues, los auxilios que necesito, miéntras os decimos con fervor: A. M.

Parece que en sus inapeables designios para con el hombre ha mirado el Señor en todos tiempos como un lugar predilecto las montañas. En la del Moria manda á Abrahán que inmole á su hijo, figura del sacrificio de su humanado Verbo. En la de Oreb se aparece á Moisés, y le encarga la libertad de su pueblo; y despues, desde el Sinaí, otra vez le habla, y allí, en su humeante cumbre, le entrega las tablas de la Ley. Desde el Carmelo contempla Elías la nubecilla, que se levanta del fondo de las aguas y anuncia la suspirada lluvia, símbolo de la purísima Vírgen, que había de derramar sus bendiciones sobre el mundo. El Tabor es el teatro de la transfiguracion del Dios-hombre, que revela á los atónitos discípulos el esplendor de su

majestad y la divinidad de su grandeza. Sobre una montaña dirige Jesús á las turbas aquel discurso, cuya sublimidad basta á acreditarle por el Enviado del Padre, y cuya doctrina comprende toda su religion y lo más perfecto y heróico de las virtudes. Por fin, en el Gólgota, se obra la redencion del humano linaje; y desde la cima del monte de los Olivos se eleva inmortal la humanidad de Cristo, vencedora de la muerte y del pecado, y va á franquear las puertas del Cielo á los descendientes de Adán, reconciliados ya con Dios, bajo cuya justa indignacion gemían por la rebeldía de sus primeros padres.

Nada extraño, pues, que, igualmente, sea una montaña la en que María se complace manifestar su poder de Madre de Dios y su amor de Madre del hombre. Monserrate es el Tabor, donde la Reina de los Cielos se ostenta en su majestad y gloria por medio de grandes maravillas é inauditos portentos. Monserrate es el Gólgota, en donde la Corredentora del hombre adopta á éste por hijo, inspirándole dolor de sus culpas y llamándole á la vida de la virtud y piedad. Ya en la misma configuracion de Monserrate y en su posicion topográfica ha querido Dios, al parecer, dejar impresa una idea de grandeza y religioso fervor Figúrese una reunion de conos ó pirámides cilíndricas inmensas, colocadas sobre una base enorme de rocas aisladas en la campiña, elevándose á mil trescientas veinte y seis varas al nivel de la llanura, y que, segun se la mira de diferente distancia, ora se asemeja á una sierra, de donde el nombre de *Mont-serrat*, ora á una ciudad rodeada de torres y murallas: ya sus agujas y obeliscos se presentan, como dice el P. Garau, cual si fuesen puntales del Cielo, ó forman en perspectiva los rayos de la corona que la declara por reina de las montañas; ya remedan, son ideas del arzobispo Marca, allí castillos almenados, y en todas figuras diversas y caprichosas. Minada la montaña por espaciosas y profundas cavernas, cubierta á trechos de árboles y plantas, que forman unas como manchas de hermoso verdor en sus costados rojizos, y ocultando en el cielo su cima circuida de nubes, diríase que es un templo primitivo elevado á Dios por las manos de la misma naturaleza. Solitaria y sin prestar albergue ni tránsito á los hombres, ni aún á los animales, recuerda los yermos de la Tebaida, donde separados de toda comunicacion con el mundo, pasaban su vida los anacoretas en el recogimiento y en la oracion. Y sin embargo, esa montaña escabrosa, y á primera vista punto ménos que inaccesible, esa desierta montaña encierra una grandiosa basílica, una vasta iglesia, y un monasterio de

los más capaces; monasterio é iglesia que han visitado millones de personas de todos sexos y de todas condiciones. Parece, dice Humbolt, que allí la montaña se haya entreabierto para recibir á los hombres en su seno.

Es que allí en la iglesia está la Vírgen de Monserrate. Y el nombre de la Vírgen de Monserrate es un nombre catalan, verdad; pertenece á España, no hay duda; pero es un nombre que todo el mundo conoce, que toda la cristiandad venera, que todos los fieles invocan: de ahí la afluencia de peregrinos que de todos los países del globo acuden á Monserrate, bendiciendo á la venturosa nacion que posee tan rico tesoro. Cinco mil quinientos cincuenta y dos entre franceses y flamencos tan solo, dice el P. Oliver, haber él mismo confesado en un año. Y el P. Burgos escribía, «ser cosa de mucha maravilla ver allí tantas diversidades de gentes de todos los países á donde se extiende el nombre cristiano; porque, prosigue el mismo padre, no solo de Cataluña, sinó tambien de toda España, Francia, Italia, Alemania, y de otros muchos reinos y provincias, llegan aquí tantos y de tan diversos lenguajes, que ni ellos se entienden, ni los que tienen el encargo de asistirles los pueden entender. Aquí vienen reyes, príncipes, duques y otros grandes señores; ricos y pobres, sábios é ignorantes; y de todos tanta multitud, que muchas veces no caben en la casa, ni aún en la plaza que está delante de la puerta; muchos se quedan en la montaña entre aquellos riscos y cuevas y debajo de los árboles como mejor pueden, de manera, que hay días que se hallan juntas más de cinco mil personas, y muchos días más de seis mil.»

Verdaderamente, oyentes, que quizá no hay santuario en la cristiandad que pueda presentar su catálogo de romeros igual al de Monserrate, á lo ménos por lo que respecta á las personas de alta distincion y suprema jerarquía. Monótono y pesado me hiciera si hubiera de citaros los nombres de los varones célebres y de los que vestían regia púrpura, que en diversas épocas han visitado á la Vírgen de la montaña aserrada. Veríais al emperador Cárlos V, que estuvo nueve veces; á los emperadores Maximiliano II, Rodulfo II, y Cárlos VI, y á las emperatrices Isabel y María, todos de Alemania: á los reyes de Aragon, Pedro el Grande y el otro el Ceremonioso, Jaime II, Fernando I, Juan II, y las reinas Leonor y Violante; á los reyes de España, Fernando é Isabel con sus seis hijos que todos ciñeron imperial ó real corona, de las cuales la de Portugal, la de Francia, la de Dinamarca, la de Bohemia, la de Hungría; á los Felipes II, III, IV y V; á Cárlos IV, con su esposa y real familia, y otra vez á Fernando, ya rey séptimo de su nombre, con su augusta consorte, la virtuosa María Amalia: á los héroes de santidad, Francisco de Borja, Luis Gonzaga, Salvador de Horta y Pedro Claver, y los dos famosos caudillos, uno de ellos el renombrado de Lepanto, llamado Juan de Austria.

¿Y á qué van á Monserrate tanto ilustre personaje y tanta muchedumbre de todos los pueblos del mundo? ¿Qué tiene de misterioso aquella imágen sagrada, que así atraiga á todos, sin distincion ni de nacionalidad ni de clase? ¿Es por ventura lo portentoso de la naturaleza, la rareza de la montaña lo que mueve á los curiosos? ¿Es el primor del arte en la magnificencia de la iglesia lo que invita á los inteligentes? Nó, oyentes, nó; es la Vírgen; es su milagrosa imágen, aquella imágen de quien dicen todos los autores que de ella han escrito, que no son pocos, y lo confiesan cuantos la han visitado, que no puede expresarse lo que acontece cuando se la mira. El corazon late fuertemente, la frente se ruboriza, tiemblan los miembros, el hombre se confunde y anima á la vez; y la tierra y el mundo y las criaturas todo desaparece, para dar lugar á ideas santas y sentimientos piadosos. Naturalísimo encuentro, por consiguiente, lo que nos refieren las historias, de que hayan llegado á Monserrate varios caballeros, y aún príncipes de reinos remotos, habiendo andado larguísimo trecho á pié; de que muchos hayan subido descalzos, como lo hizo la reina Violante, la dilatada y penosa montaña; unos de rodillas, otros con pesadas cruces de madera ó con barras de hierro en sus hombros, ó arrastrando gruesas cadenas, usando otros mil diversos géneros de penitencia.

Pero ¿qué mucho, si la mayor parte de los que han visitado á la Vírgen de Monserrate, ha sido para darle gracias por alguna grande merced recibida un día de desventura? Allí están, testimonios perennes, cadenas, grillos, bretes, mortajas, carretones, muletas, buques, esqueletos de animales fieros, trofeos militares, figuras de hombres y mujeres; ex-votos á millares y de especies sin número. Allí están..... estaban, ¡ay! que mano sacrílega lo arrebató..... el sagrario, el trono de la Vírgen, las gradas del altar, la multitud de lámparas, todo de plata; el viril de oro, los diamantes, las perlas, los ópalos, los zafiros, las esmeraldas, los rubíes, las turquesas; sin cifra casi los brocados, las telas de plata y oro, y tanta y tanta joya y riqueza; testimonio toda esa riqueza de agradecimiento á beneficios recibidos, testimonio de devocion, testimonio de entusiasmo de ocho papas, de doce cardenales, varios prelados, cuatro emperadores, cinco

emperatrices, treinta y cinco, entre reyes y reinas, cuatro condes de Barcelona; y de gran número de príncipes, princesas, archiduques, duques, marqueses, condes y toda clase de personajes, de toda la cristiandad, en fin, á la Vírgen de Monserrate.

¡Y bien! ¿No siente la nacion española, la nacion cuyo más esclarecido timbre es la pureza de su catolicismo, la nacion que debe al entusiasmo de su fé todas sus proezas y pujanza; no siente el más noble de los orgullos, no reputa una de sus preclaras glorias que envuelve á su Monserrate? ¡Oh! Italia se envanece en sus monumentos antiguos, y en las producciones de su genio artístico que van á admirar los extranjeros: Inglaterra, en las maravillas de su industria, que son el asombro del mundo: Francia, en los efectos de sus adelantos en todos los ramos que envía á todas partes: objetos materiales al fin. ¿Y la religiosa y la católica España estimará en ménos esa su montaña aserrada, portento de la naturaleza; esos grandiosos edificios, levantados entre sus enormes agujas, bajo sus rocas y sobre sus rocas por un prodigio del arte; esa Vírgen de Monserrate, milagro de la Providencia, cuyo nombre consolador es invocado del uno al otro polo, á la cual han ido á visitar todas las naciones, y á cuyos piés han doblado sus rodillas todos los títulos y todas las grandezas?

Pero atended, hermanos míos, que hay todavía más. Sea lo que fuere de los progresos del siglo en la carrera de la civilizacion, dejando aparte cual sea el grado de exactitud ó verdad con que se llaman nuestros días de ilustracion, de filantropía, de regeneracion social, de empresas humanitarias; no puede negarse, que algunos de los pasados siglos nos han legado obras acabadas de las que en nuestra arrogancia individual creemos exclusivas de la presente época. La redencion de los esclavos en países bárbaros, devolviendo con ella al hombre su libertad y su patria; las misiones católicas entre los salvajes, humanizando así, permitidme la frase, á los que hombres por naturaleza, vivían sin embargo á la manera de irracionales: la enseñanza gratuita religioso-literaria á la niñez, especialmente de la clase pobre, aumentando con este medio el número de los buenos é ilustrados ciudadanos, son las instituciones civilizadoras y humanitarias de las que no somos nosotros los autores; las debemos á edades que ya pasaron.

Pues bien: esas empresas colosales que aplaudió con entusiasmo y reconocimiento la Europa, son empresas españolas. Españoles son los que las llevaron á feliz remate. Español San Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesús, sociedad de intrépidos misioneros; español San José de Calasanz, fundador de las Escuelas pías, congregacion de enseñanza gratuita á los hijos del pueblo; español, si no por nacimiento, naturalizado ciertamente, San Pedro Nolasco, que en España funda su Orden mercedaria, redentora de cautivos..... ¿Y sabeis, oyentes, cuál es la cuna de estos institutos religioso-sociales? ¿Sabeis dónde sus fundadores concibieron la idea, invocaron las luces de lo alto, recibieron la inspiracion? En Monserrate. Allí Nolasco, como ántes de él San Juan de Mata, patriarca de la Orden trinitaria, tambien redentora de cautivos; allí el de Loyola y el de Calasanz, allí, á los piés de la Vírgen pasaron los días y las noches en la oracion y en la abstinencia; allí dieron ensanche á su espíritu ardiente y á su corazon abrasado; allí su pensamiento traspasó los espacios y los abismos, y el amor á la humanidad volcanizó sus afectos; y si dejaron aquella soledad, que tan grata les era y donde tan inefables dulzuras disfrutaban, fué para llevar por órden de Dios la libertad, la civilizacion y la ilustracion á todos los ángulos del mundo.

Pueblos y gentes que habeis experimentado y experimentais sus efectos, saludad agradecidos á Monserrate, y saludad igualmente á España, que suya es la gloria de sus hijos, suya es la gloria de la Vírgen que habita en su montaña. Y nosotros, españoles, reconozcamos la honra que nos cabe; apreciemos dignamente nuestra grandeza, paguemos con una filial devocion á la Vírgen de Monserrate el renombre que le debemos. Desengañémonos por fin; que no nos seduzcan las ficticias glorias, el pasajero poderío, la prosperidad aparente de las naciones que se llaman grandes; nuestras principales glorias y nuestra sólida grandeza están en el catolicismo, en la unidad y pureza de nuestra fé. ¿Por qué á pesar de tantos trastornos, tantas guerras, tantas calamidades como se han desencadenado contra nuestra pobre pátria, España todavía tiene sávia, tiene vida, y si no es respetada como ántes por las demás naciones, se guardan á lo ménos de despreciarla? ¿Quereis saberlo? Lo diré. Porque á España la sostiene una columna, y esta columna es indestructible: es la columna de Zaragoza: porque á España la defiende una montaña, y esta montaña es inexpugnable: es Monserrate. Encastillémonos, pues, en este lugar seguro: hagámonos fuertes en la devocion á la Vírgen de Monserrate, y contra las rocas de la montaña se estrellarán todas las maquinaciones de los enemigos de la ventura de nuestra pátria.

Cúmplase así, Vírgen Santísima. Sois nuestro orgullo, nuestra es-

peranza: aceptad nuestros obsequios y oid nuestras súplicas. Salvad la nacion que en Vos confía y entusiasmadamente os venera: prosperad y llenad de bendiciones á cuantos os invocamos con fervor, y sean estas bendiciones como prenda de la gloria, que á todos os deseo. Amen.

NUESTRA SEÑORA DE LAS NECESIDADES.

Mariæ, de qua natus est Jesus.
De María, de la que nació Jesús.
(S. Matheo, I, 16).

Hoy celebra la Iglesia universal el nacimiento de María, de la que nació Jesús, y en este templo se dedican las más festivas demostraciones al nacimiento de María, que nos socorre en las necesidades. El título de Madre de Dios nos mueve á solemnizar con alegría este nacimiento, y el título de nuestra Señora de las Necesidades nos estimula de nuevo á solemnizarlo con agradecimiento. Tan poco fia Dios de nuestra rusticidad y torpeza, que sobre los motivos generosos que la razon y la Religion nos ofrecen, acrecienta el de nuestros intereses y propia utilidad.

Hoy, hermanos mios, nace nuestro refugio, nuestro amparo, nuestro consuelo; nace la que nos ha de valer en todas las necesidades. ¡Qué fervorosos cánticos de alabanzas deben resonar en nuestras iglesias, en expresion de nuestros amantes corazones y pechos agradecidos! ¡Qué acorde consonancia debe haber hoy entre el Cielo y la tierra, para celebrar los felicísimos años de la Madre de Dios! Pero si los ángeles tienen motivo de júbilo por ser María Madre de Jesús, nosotros tenemos tambien el motivo de ser María nuestra Madre y nuestro amparo.

El sábio Criador del mundo, siempre justo y amoroso, fué el que sembró toda la tierra de espinas despues que los hombres la sembraron de culpas: esta fué la primera pena del pecado. ¡Quién tal creyera! ¡Aquella paternal y amorosa mano, que todo lo disponía para nuestro bien; que sentía palpitarle en el pecho el corazon con el amor á sus hijos; aquel Padre tierno y afectuoso, que nos consideraba como delicioso objeto de su amistad y cariño, es el que de industria ha llovido sobre los hombres tal inundacion de trabajos, miserias y

peranza: aceptad nuestros obsequios y oid nuestras súplicas. Salvad la nacion que en Vos confía y entusiasmadamente os venera: prosperad y llenad de bendiciones á cuantos os invocamos con fervor, y sean estas bendiciones como prenda de la gloria, que á todos os deseo. Amen.

NUESTRA SEÑORA DE LAS NECESIDADES.

Mariæ, de qua natus est Jesus.
De María, de la que nació Jesús.
(S. Matheo, I, 16).

Hoy celebra la Iglesia universal el nacimiento de María, de la que nació Jesús, y en este templo se dedican las más festivas demostraciones al nacimiento de María, que nos socorre en las necesidades. El título de Madre de Dios nos mueve á solemnizar con alegría este nacimiento, y el título de nuestra Señora de las Necesidades nos estimula de nuevo á solemnizarlo con agradecimiento. Tan poco fia Dios de nuestra rusticidad y torpeza, que sobre los motivos generosos que la razon y la Religion nos ofrecen, acrecienta el de nuestros intereses y propia utilidad.

Hoy, hermanos mios, nace nuestro refugio, nuestro amparo, nuestro consuelo; nace la que nos ha de valer en todas las necesidades. ¡Qué fervorosos cánticos de alabanzas deben resonar en nuestras iglesias, en expresion de nuestros amantes corazones y pechos agradecidos! ¡Qué acorde consonancia debe haber hoy entre el Cielo y la tierra, para celebrar los felicísimos años de la Madre de Dios! Pero si los ángeles tienen motivo de júbilo por ser María Madre de Jesús, nosotros tenemos tambien el motivo de ser María nuestra Madre y nuestro amparo.

El sábio Criador del mundo, siempre justo y amoroso, fué el que sembró toda la tierra de espinas despues que los hombres la sembraron de culpas: esta fué la primera pena del pecado. ¡Quién tal creyera! ¡Aquella paternal y amorosa mano, que todo lo disponía para nuestro bien; que sentía palpitarle en el pecho el corazon con el amor á sus hijos; aquel Padre tierno y afectuoso, que nos consideraba como delicioso objeto de su amistad y cariño, es el que de industria ha llovido sobre los hombres tal inundacion de trabajos, miserias y

aflicciones, que casi nos vemos zozobrar! Todo en este mundo, á excepcion del pecado, es obra de la sabiduría y amor del Todopoderoso, de aquel Bien sumo, que es la única causa del bien; y las aflicciones son para nosotros un bien muy grande. No se escandalice vuestro amor propio, porque espero consolaros, y este será hoy mi empeño.

Dios nos cerca de trabajos y necesidades, para que nazca en nuestros corazones la Vírgen María: primera utilidad. Dios nos cerca de trabajos y necesidades, para que Jesús nazca de María en nuestros corazones: segunda útilidad. En otros términos; nuestras necesidades hacen que seamos devotos de la Vírgen y amigos de Jesucristo. Así es, Vírgen soberana: cuando entrais en nuestro corazon, siempre traeis á Jesús: disponed, pues, que hoy se verifique que Jesús nazca en nosotros de Vos, y que mudando felizmente nuestro estado, quedemos como Vos, Señora, llenos de gracia. A. M.

No sé qué tiene el corazon humano, que puede Dios moverlo é inclinarlo adonde quiera, sin estrechar, y aún sin tocar levemente en los fueros de su libertad. Dios poderoso, para no quitarle la joya que una vez le dió (hablo del libre albedrío), sabe tratarlo de modo, que al mismo tiempo lo tiene encerrado en su mano, y lo deja enteramente libre: lo mueve é inclina adonde quiere, y el corazon por sí mismo vá siempre libre, espontáneo y por su gusto; vá contento y con toda su voluntad. Esto acontece aún en aquellos corazones, que por su soberanía hacen blason de ser señores absolutos de su voluntad. Es misterio; pero tambien es verdad: es un alto secreto de la sabiduría y poder de Dios; mas es una cotidiana experiencia de la vida humana.

De dos medios suele servirse Dios para llevar nuestro corazon adonde quiere sin violentarlo; el uno son los trabajos y necesidades que padecemos; el otro la suavidad y dulzura de los gustos del Cielo, que, de cuando en cuando, nos comunica con anticipacion; y de ambos se sirve comunmente para nacer en nuestros corazones como desea. Unos son motivos que nos hieren, y acudimos á la Madre de Dios para que nos favorezca; otros nos atraen á la felicidad, y de la Madre de Dios pasamos á su Hijo, como verdadero orígen de ella.

Dije, que este mundo estaba todo él sembrado de aflicciones y trabajos: ahora, corrigiendo la expresion, hallo que mejor diría, que estamos nadando en un mar de lágrimas, y cuasi sumergidos en un piélago de amargura. Demos una vista al Oriente, volvamos luego á mirar al Occidente; recorramos de Norte á Sur; volvamos despues los

ojos á nosotros mismos ó á nuestros vecinos; ¿y qué hallaremos sinó aflicciones y miserias? Sean nobles ó plebeyos, poderosos ó desvalidos, estén en el trono ó en la cárcel, en la abundancia ó la penuria, en delicias ó enfermedades, en la honra ó el abatimiento, solos ó en compañía, á ninguno vereis sin afliccion y necesidad; y si alguno, ó fingiendo, ó engañado, os dijere que nada le aflige, compadecedle con dobles lágrimas, porque, además de otras miserias, tiene la de una fatal ceguera, por cuya causa las ignora.

En dos clases se reparten todos los que viven en el mundo; unos, que como Job, haciendo guerra á sus pasiones, aspiran á la virtud; otros, que sueltan la rienda á los apetitos, y, como Salomon, se entregan ciegamente á todo cuanto su corazon desea; pero éstos ¡qué trabajos y aflicciones no padecen por sostener aquel absoluto dominio de una voluntad que diga siempre con firmeza: *yo quiero!* En llegándolo á decir una vez con eficacia, nada detiene al alma; por entre espinas de disgustos y abrojos de dificultades se entra, penetra y atraviesa, y quiere absolutamente pasar, sea como fuere, para salir con su intento. Ya le cuesta sangre y muchas heridas; ya dolores y gemidos; mas siempre diciendo: *yo quise, yo quiero.* Como no ve lo que se esconde en esos abrojos, sigue su tema: la veis que se halla en un precipicio horrible, en que para subir, despues de increíbles dolores, toda rasgada y herida, se vé obligada á subir por entre asperezas y serpientes; y se queda en tal estado, que el gusto á que aspiraba, no vale la menor parte de los trabajos que ha tenido que pasar. ¡Ah, hermanos mios! ¿no vive así gimiendo la mayor parte del mundo? ¿No se lamentan todos, como el mismo Salomon, de que todo es vanidad y afliccion de espíritu, al ver los tristes efectos de sus desenfrenadas pasiones?

La otra parte del mundo que trabaja por superar sus apetitos y sujetarlos á la razon y á la ley, ¿no tiene tambien que atravesar para esto por muchas aflicciones y necesidades? *Cuando el alma se determina á servir á Dios,* dice el Espíritu santo, *es preciso prepararse para la tentacion* (1). Al instante sale á campaña todo el Infierno contra nosotros; á izquierda y á derecha nos cercan enemigos; de día y de noche nos asaltan sin permitirnos reposo; nos despiertan en lo interior mil pasiones, y nos las encienden con un fuego extraño: en lo interior procuran suscitarnos enemigos que nos inquieten y persigan; todas las criaturas les sirven de instrumento para hacernos cuanto

(1) Eccli., II, 1.

daño puedan. Bastan las leyes del mundo, el cual está en posesion de criticarlo todo y de todos modos á su salvo, acriminando el vicio y burlándose de la virtud; condenando en una parte á los malos, y en otra persiguiendo á los buenos. En vano será defenderos con la razon y el derecho, ó con la ley de Dios y de los príncipes: él siempre os ha de condenar: aún cuando fuereis la suma inocencia, nada le importa; él os ha de condenar. Os estará Dios aprobando vuestras obras; pero ¿qué se le dá al mundo de la aprobacion de Dios, si él os ha de condenar? Sin otros testimonios que los que él sabe levantar, sentenciará sin réplica, y aún será preciso callar, porque esto tambien viene en la sentencia del mundo.

No solo os afligirán vuestros enemigos, hasta los criados y parientes os atormentarán, y serán vuestros verdugos. Si entregais vuestro corazon tierno y dócil á los que os tratan, siendo ellos de contraria condicion, y muchos, cada uno lo tirará hácia sí, y os sentireis despedazar. Mas si por evitar este tormento, quereis vivir solos, y no consentís que vuestro corazon se pegue á nadie, á proporcion que os extrañais de los otros y manifestais aspereza, ellos tambien hacen lo mismo; y sucede á los corazones lo que á las piedras duras, que se hieren en el choque recíproco y se ofenden. Aunque tengais el juicio de Salomon, la experiencia de Matusalen y la paciencia de Job, no hay medio para que en el mundo no padezca vuestro corazon. Si absolutamente no queremos padecer aflicciones ni trabajos, es preciso pensar en salir del mundo, pues siendo este un valle de lágrimas, viviendo en él, habeis de tener que llorar sin remedio.

En esta triste situacion se oye una voz del Cielo que dice: *Venid á mí todos los que vivís oprimidos y atribulados, que yo os aliviaré* (1). Esta es la voz de la santísima Vírgen, semejante á la de su Hijo: esta voz es un pregon, que hace venir de todas partes legiones innumerables de afligidos, á postrarse ante su altar, como recurso en sus necesidades. Yo creo que de cien mil corazones que vienen á postrarse ante las aras de la Vírgen Madre, apénas habrá uno solo que no venga herido, ántes de humillarse obsequioso.

Ya veis declarados los secretos de la Providencia en la sábia y amorosa distribucion de los trabajos de la vida: en su amorosa Madre nos dá un asilo, amparo y proteccion tan segura, que todos vienen huyendo de las tribulaciones á arrojarse en sus amorosos brazos. Bien pudiera Dios forzar la puerta del humano corazon, aún del más

(1) MATTH. XI, 28.

rebelde, y entrar en él, pues su brazo es omnipotente; pero no era este medio decente á su providencia, ni conducente á su amor. Por eso lo dispone de modo, que nuestro propio interés y el amor innato que nos tenemos nos obliguen á franquearle la entrada, dejando que entre primero la Madre de Dios; lo que es una grande disposicion para que despues entre su Hijo.

Y á la verdad; ¿quién es el que recurriendo con fé á la Vírgen en sus aflicciones, no halla en Ella unas entrañas de madre? Á cada paso vereis una alma afligida, y derramando ante aquel altar su corazon lleno de hiel, de pena, y desecho en lágrimas de amargura; tal vez á horas excusadas la vereis en aquel pórtico, delante de las puertas que ocultan de noche la vista de su protectora en esa imágen; la vereis con las manos levantadas, los ojos fijos en su esperanza, ó cerrados y en contemplacion de su dolor. La vereis exhalando el corazon en suspiros de fuego, clamando por socorro á la Madre de Dios; mas no bien han salido las voces de los lábios, aún no se han pronunciado en la tierra, cuando ya han subido al Cielo; ya la ermosa Esther, llena de compasiva ternura, está postrada ante el trono del Rey intercediendo por nosotros. Sin saber cómo, siente el alma que empieza su corazon á respirar; que á distancia vá poco á poco apareciendo una luz, y que se disipan las tinieblas de su confusion: vuelve la paz á tomar posesion del alma, y la acompaña una seguridad de que Dios le dará el remedio; y por entre los caminos cerrados al humano socorro se advierte, aunque no se ve, un cierto remedio de todos nuestros males, ó una suavísima seguridad de que aquel trabajo es un grande y verdadero bien: entónces se alegra el alma, y se llena el corazon de fortaleza y de consuelo. Buen testigo es la experiencia de todos aquellos que con fé y amor han recurrido á la Vírgen; estos sus devotos saben bien lo que yo digo.

Mas ¿por qué dudais, espíritus incrédulos, los que, si recurrís á la Señora, siempre llegais sin fé, sin amor ni resignacion, y con un espíritu vil, intereresado y perverso? ¿Á quién daría el Omnipotente corazon más tierno que á su Madre? ¿á quién daría alma más compasiva? ¿A quién entrañas más amorosas? ¿Á quién debía hacer más hermosa, agradable y suave, más caritativa, amable y perfecta; por último, más capáz de encantar el corazon humano, que á su propia Madre? ¿A quién, decidme, á quién? ¡Oh Dios mio, que no habeis de hacer jamás, ni habeis hecho cosa más perfecta que la beatísima Vírgen, despues de la humanidad santísima de vuestro Hijo! La Vírgen es el primor de vuestras obras; y si aún para el que vive ena-

morado del mundo, sería un atractivo capáz de separarle de él con sumo gusto, si bien la conociese, ¿qué será, Dios mio, qué será para aquel que, lleno de aflicciones y trabajos, se halla favorecido de vuestra Madre? Así, oyentes mios, hace Dios en nuestras necesidades, que la beatísima Vírgen nazca en nuestro corazon.

Pero no concluyen aquí los bienes que Dios nos prepara por medio de los trabajos y necesidades de la vida: si la santísima Vírgen nace en nuestros corazones, tambien en ellos, tarde ó temprano, Jesús nacerá de María, y el que sea devoto suyo llegará á ser amigo de Dios.

Discurriendo filosóficamente, se cree con dificultad, que estando nuestro corazon hecho para amar á Dios, pueda vivir sin amarle. Naturalmente se inclina al bien, y cuanto bien se puede apetecer se halla en Dios, y solo en Dios: con que viene á ser un misterio de iniquidad, que hallándose en Dios todo el bien, se incline nuestro corazon á éste, y no á Dios. Como el Señor le dejó la libertad, hace el corazon lo que quiere; y contra todo derecho, contra su naturaleza y contra la conveniencia propia, desprecia á Dios, prefiriendo á Él una vil criatura; y así blasona de ostentar su rebeldía contra el Omnipotente. Es cosa bien singular, que el Todopoderoso no quisiese sujetar nuestro corazon como esclavo, sinó que lo hizo dueño absoluto de su querer y señor de su albedrío, en algun modo, como lo es el mismo Dios; y la correspondencia ha sido emplear contra el mismo Dios la libertad recibida. ¡Pásmense los Cielos y la tierra!

La raiz de este secreto y el secreto de este misterio están, en que los bienes que confesamos en Dios son para lo futuro, y los que el mundo nos ofrece son de presente; y el hombre es tan vil, que, como Esaú, por un plato de lentejas que le dán ahora, vende el mayorazgo á que tenía derecho en lo futuro,

Atendiendo Dios á esta errada disposicion del corazon humano, le anticipa en el suave amor de María las futuras delicias que entrarán en su alma con el amor de Dios; delicias tales, que cuando el mundo mira la cruz de Cristo con horror, la busca el justo con ánsia, la abraza con gusto y se llena de celestial alegría; delicias tales, que cuando ambos miran á la cruz como árbol, al pecador le parece Zarza llena de espinas y de fuego, y al justo el árbol del paraíso cargado de suavísimos frutos, y la mira como árbol de la vida, aunque parece patíbulo de la muerte; delicias tales, que el pecador, aunque ve á Cristo en la cruz, huye de Jesucristo, por verse libre de la cruz mas el justo corre lijero á la cruz, para unirse con Cristo.

¿Y qué es lo que hace esta notable diferencia? La gracia del Omnipotente, que, de ordinario, viene con la devocion de María. Sedme testigos todos los que habeis seguido algun tiempo la senda de la perdicion, y habeis entrado por último en la de la vida eterna; los que gozais del mundo celestial, despues de haber gozado tristes delicias en las cebollas de Egipto: sedme testigos, y decidme, si no fué la devocion á María la que os llevó al amor divino, y si no fué esta devocion el primer paso que disteis en el camino de Dios. En la mayor fuerza de vuestras iniquidades sucedía tal vez, que un solo día no podíais pasar sin ir á saludarla con reverentes obsequios; ó no podíais ver su imágen sin protestar con la rodilla en tierra vuestra devocion y amor. Tal vez el sábado, por dedicado á la Vírgen, era el único día exento de vuestras mayores culpas; ó bien os sucedía, que si os pedían limosna en nombre de la Vírgen, no podíais negarla; y por este medio os convirtió Dios al camino da la virtud y salvacion.

El Hijo de Dios y su felicísima Madre andan tan juntos, que habiendo entrado en vuestro corazon María, no podía tardar mucho en entrar tambien Jesús. Esta devocion suavísima os fué inspirando poco á poco horror á los vicios que más detesta la Vírgen, y fué naciendo en vuestra alma una pía inclinacion á la virtud. La leche virginal con que la Señora sustenta á sus hijos, fué ablandando la dureza del corazon rebelde; el respeto á María ahuyentaba al demonio; las pasiones furiosas ya quedaron más sojuzgadas; y el corazon feroz empezó á sentir movimentos insólitos de ternura y deseos de agradar á su protectora. Y como el pecador no puede juntar en amoroso abrazo á la Vírgen y los vicios, para no dejar con Aquella el encanto sagrado de su corazon, se resolvió á dejar la culpa y hacer divorcio perpétuo con el pecado.

A este tiempo ya las súplicas de la gloriosa Vírgen habían inclinado al Dios de las misericordias; y derramando el Espíritu Santo su gracia en el corazon impío, se halló de repente éste atraído y arrebatado suavemente, sin saber cómo, por una interna fuerza: se halló contrito el pródigo, y en los brazos de su amoroso Padre: Dios se olvidó de todo lo pasado, le abrazó tiernamente, le dió el ósculo de paz, le convidó al banquete de la Eucaristía, y le hizo escritura solemne de la herencia de aquel reino que para sus hijos conquistó en la cruz. ¡Oh mudanza prodigiosa! ¡mudanza suave, libre, gustosa y voluntaria! ¡mudanza, obra de la devocion á María, y de su proteccion en nuestras aflicciones y necesidades!

¡Dichosos los trabajos de la vida, y felices las espinas que produ-

cen rosas tan suaves! Cercad, Dios mío, cercad, como dijisteis por Oséas (1), nuestros caminos de espinas: *Sepiam viam tuam spinis;* para que á cualquiera parte que pretendamos huir, nos lastimen y precisen á entrar en el camino recto que nos lleva á Vos, pues sois el objeto único en que se hallan sólidos consuelos. ¡Amorosos castigos los del Señor, con que nos doma como á un novillo bravo é indómito! Alabemos, hermanos míos, su admirable Providencia, contra la que estuvimos para murmurar al vernos cercados de tantos males: alabemos la misericordia con que nos aflige para nuestro bien.

Ya veis que en medio de las felicidades contínuas vivíais tal vez sin ley, sin razon, sin Dios: vuestro Dios era el vientre, vuestra razon las pasiones, vuestra ley la voluntad desenfrenada, y la regla de vuestras acciones el apetito; pero, sobreviniendo las necesidades, se trocó la abundancia en miseria, la vanidad en abatimiento, los regalos en aflicciones, el regocijo en lágrimas. Entónces recurristeis á María; y esta comunicacion, que al principio fué interés, se cambió en amor; y este amor sagrado todo lo fué mudando con el tiempo. Se enterneció el corazon de Dios con los ruegos de la Vírgen, y con su intercesion se ablandó tambien el vuestro; y á poco tiempo se halló en los brazos de Dios el que era su capital enemigo; y el que ántes, como aquel soldado furioso rompió con la lanza el costado de Jesucristo, ahora entra arrepentido por esa puerta de misericordia á lavarse en su amorosa sangre.

¡Qué alegre es, pues, este día, en que nace la que ha de cambiar nuestra suerte, la que ha de convertir nuestras necesidades en alegría espiritual, y el castigo de nuestros pecados en medios de nuestra eterna felicidad! Lloren enhorabuena los que viviendo afligidos, no recurren á la fuente de su consuelo; que nosotros debemos alegrarnos invocando á la beatísima Vírgen en las necesidades: en esta Señora hallaremos socorro, amparo y santo amor recurriendo á sus altares, y tendremos en nuestro corazon á María y á Jesús. Así sea.

(1) Osee, II, 6.

NUESTRA SEÑORA DE LAS NIEVES.

Descendit, et interfecit leonem tempore nivis.
Descendía y mató á un leon, en ocasion de una nevada.
(I, Par. XI, 22).

En todos los confines de la tierra se encuentran templos erigidos para gloria de María. En Oriente aparecieron ya en los primeros siglos del Cristianismo, en el Occidente fueron anteriores al culto de los Apóstoles y de los Mártires. España venera á la Vírgen como tutelar de sus principales iglesias; Francia le dedicó más de cuarenta catedrales; Alemania, Inglaterra, Polonia, Dinamarca, Suiza, Italia, están llenas de estos públicos monumentos, que la piedad y las riquezas de príncipes y pueblos consagraron á la augusta Madre de Dios. Difícilmente se encuentra ciudad, villa, aldea, en donde, ya en medio de una plaza, ya en las márgenes de un río, ya en la cumbre de una colina, ya en las playas del mar, no se encuentre alguno de estos signos de filial devocion.

Si bien es verdad, que no todos los templos erigidos en honra de María se distinguen por la riqueza de su arquitectura, por la suntuosidad de su construccion, todos son espléndidos por los maravillosos prodigios en ellos conseguidos, por la abundancia de las gracias en ellos concedidas. A éstos acuden con mayor frecuencia los fieles, en éstos se admira mayor copia de ex-votos y se experimenta mayor abundancia de beneficios. De ahí traen su orígen tantos célebres santuarios, tenidos en grandísima veneracion, á los cuales recurrrimos con viva confianza en demanda de proteccion contra las angustias de la presente peregrinacion, y en los que responden á las fervientes plegarias de los afligidos gracias innumerables por parte de María.

Uno de estos santuarios, uno de estos templos, quizás el más célebre de estos santuarios y el más rico de estos templos es aquel, del

cen rosas tan suaves! Cercad, Dios mío, cercad, como dijisteis por Oséas (1), nuestros caminos de espinas: *Sepiam viam tuam spinis;* para que á cualquiera parte que pretendamos huir, nos lastimen y precisen á entrar en el camino recto que nos lleva á Vos, pues sois el objeto único en que se hallan sólidos consuelos. ¡Amorosos castigos los del Señor, con que nos doma como á un novillo bravo é indómito! Alabemos, hermanos míos, su admirable Providencia, contra la que estuvimos para murmurar al vernos cercados de tantos males: alabemos la misericordia con que nos aflige para nuestro bien.

Ya veis que en medio de las felicidades contínuas vivíais tal vez sin ley, sin razon, sin Dios: vuestro Dios era el vientre, vuestra razon las pasiones, vuestra ley la voluntad desenfrenada, y la regla de vuestras acciones el apetito; pero, sobreviniendo las necesidades, se trocó la abundancia en miseria, la vanidad en abatimiento, los regalos en aflicciones, el regocijo en lágrimas. Entónces recurristeis á María; y esta comunicacion, que al principio fué interés, se cambió en amor; y este amor sagrado todo lo fué mudando con el tiempo. Se enterneció el corazon de Dios con los ruegos de la Vírgen, y con su intercesion se ablandó tambien el vuestro; y á poco tiempo se halló en los brazos de Dios el que era su capital enemigo; y el que ántes, como aquel soldado furioso rompió con la lanza el costado de Jesucristo, ahora entra arrepentido por esa puerta de misericordia á lavarse en su amorosa sangre.

¡Qué alegre es, pues, este día, en que nace la que ha de cambiar nuestra suerte, la que ha de convertir nuestras necesidades en alegría espiritual, y el castigo de nuestros pecados en medios de nuestra eterna felicidad! Lloren enhorabuena los que viviendo afligidos, no recurren á la fuente de su consuelo; que nosotros debemos alegrarnos invocando á la beatísima Vírgen en las necesidades: en esta Señora hallaremos socorro, amparo y santo amor recurriendo á sus altares, y tendremos en nuestro corazon á María y á Jesús. Así sea.

(1) Osee, II, 6.

NUESTRA SEÑORA DE LAS NIEVES.

Descendit, et interfecit leonem tempore nivis.
Descendía y mató á un leon, en ocasion de una nevada.
(I, Par. XI, 22).

En todos los confines de la tierra se encuentran templos erigidos para gloria de María. En Oriente aparecieron ya en los primeros siglos del Cristianismo, en el Occidente fueron anteriores al culto de los Apóstoles y de los Mártires. España venera á la Vírgen como tutelar de sus principales iglesias; Francia le dedicó más de cuarenta catedrales; Alemania, Inglaterra, Polonia, Dinamarca, Suiza, Italia, están llenas de estos públicos monumentos, que la piedad y las riquezas de príncipes y pueblos consagraron á la augusta Madre de Dios. Difícilmente se encuentra ciudad, villa, aldea, en donde, ya en medio de una plaza, ya en las márgenes de un río, ya en la cumbre de una colina, ya en las playas del mar, no se encuentre alguno de estos signos de filial devocion.

Si bien es verdad, que no todos los templos erigidos en honra de María se distinguen por la riqueza de su arquitectura, por la suntuosidad de su construccion, todos son espléndidos por los maravillosos prodigios en ellos conseguidos, por la abundancia de las gracias en ellos concedidas. A éstos acuden con mayor frecuencia los fieles, en éstos se admira mayor copia de ex-votos y se experimenta mayor abundancia de beneficios. De ahí traen su orígen tantos célebres santuarios, tenidos en grandísima veneracion, á los cuales recurrrimos con viva confianza en demanda de proteccion contra las angustias de la presente peregrinacion, y en los que responden á las fervientes plegarias de los afligidos gracias innumerables por parte de María.

Uno de estos santuarios, uno de estos templos, quizás el más célebre de estos santuarios y el más rico de estos templos es aquel, del

cual trae su orígen el título con que hoy veneramos á María, llamándola Nuestra Señora de las Nieves. Porque, en efecto, es tan prodigioso el hecho que dió lugar á la construccion de aquel templo; son tantos los recuerdos que hacen célebre aquel santuario; son tan espléndidas las misericordias que han hecho á este título objeto de la veneracion de la Cristiandad, que, sin duda alguna, debe ser preferido entre los demás templos, entre los demás santuarios, entre los demás títulos con que veneramos á la Santísima Madre de Dios. Llamado á hablaros en medio de la santa alegría de la solemnidad que hoy celebramos, y no siéndome posible, hermanos míos, exponer todo lo que en este asunto debería decirse, porque ni el tiempo ni la ocasion lo permiten, me concretaré solamente al objeto de las palabras que sirven de tema á este discurso: *Descendió y mató á un leon en ocasion de una nevada.* Dando por señal la nieve, María descendió del Cielo para indicar la ereccion de un templo, lo cual demuestra una especial predileccion al templo por ella misma mandado edificar. *Descendió en ocasion de una nevada.* Erigido el templo, María, bajo el título de Nuestra Señora de las Nieves, concede innumerables mercedes contra los peligros y asechanzas que por dó quiera nos suscita el leon infernal, demostrando así cuan grato es á sus ojos ser venerada con esta advocacion. *En ocasion de una nevada mató á un leon.* He aquí el doble argumento que me propongo desarrollar; y aunque en este valle de lágrimas tenemos todos la seguridad de ser protegidos por María cuando á Ella acudimos con verdadera fé, voy á demostraros cuanto podemos esperar de María invocándola bajo el título de Nuestra Señora de las Nieves: A. M.

Que el templo y el título conocidos con la denominacion de Nuestra Señora de las Nieves, son especialmente caros á María, nos lo demuestran los hechos. La misma historia del suceso que dió orígen al templo y al título nos suministra un testimonio amplísimo é irrefragrable. Escuchad, hermanos míos, y no solo vosotros, que sois tan devotos y piadosos, sinó tambien aquellos otros que, presa de la supersticion y del fanatismo, aquellos que se muestran descreidos é indiferentes ante la fama de los celestiales prodigios, no podrán dudar de la verdad de cuanto he dicho.

Corría la mitad del siglo IV de la Iglesia, y gobernaba la cátedra de S. Pedro el papa Liberio. Juan, patricio romano, que á la nobleza de su sangre unía riquezas considerables, riquezas que administraba con espíritu cristiano, no habiéndole dado su esposa hijo

alguno en el tiempo que llevaba de matrimonio, deseaba con sus muchas riquezas acometer alguna obra que fuese grata á la augusta Reina de Cielos y tierra. Fijó en esto su pensamiento, oró por largo tiempo, distribuyó cuantiosas limosnas, y con las repetidas súplicas, y con la profusion de limosnas esperaba que la Vírgen, benévola y propicia, le diese á conocer su voluntad. Llegaba entre tanto la noche que precedía al 5 de agosto del año 352; yacía todo en el silencio más profundo, cuando la beatísima Vírgen se le apareció en sueños, indicándole que fabricase en su honor un templo, designándole al efecto el monte Esquilino, y, precisamente, en el lugar que á la mañana siguiente encontraría cubierto de fresca nieve.

No os admire, hermanos míos, que se trate de un sueño: pueden sobrevenirnos vanas visiones durante el sueño, siendo éste un tiempo de quietud y adormecimiento de nuestras potencias intelectuales; pueden tambien, así en la vigilia como en el sueño, presentarse al entendimiento algunas verdades, algunos misterios, algunos acontecimientos por caminos superiores al órden natural de las cosas. ¿De cuántos sueños misteriosos no nos hablan las historias eclesiásticas? ¿De cuántos sueños misteriosos no nos dan cuenta las mismas divinas Escrituras? Fué, miéntras Adán dormía en sueño profundo, cuando Dios tomó una costilla del primer hombre é hizo de ella á la primera mujer. Durante el sueño vió José, como su manojo de trigo se mantenía derecho y se inclinaban ante él los manojos de sus hermanos; y durante el sueño vióse tambien José objeto de la adoracion del sol, de la luna y de once estrellas. Fué en la hora en que Samuel dormía, cuando el Señor le reveló cuanto había de sobrevenir á la casa de Helí. De noche era tambien y en la hora del sueño, cuando Salomon se encontró enriquecido de sabiduría universal. Y por no hacer demasiado larga esta enumeracion, tan solo añadiré, que tambien durante el sueño les fueron reveladas á Abrahán, á Daniel, á Judas Macabeo, á San José, á los Reyes Magos y á San Pablo cosas estupendas. Nada de increible tiene, por tanto, que la beatísima Vírgen hubiese elegido la hora del sueño para presentarse á uno de sus devotos, y, con aquella sonrisa que enamora á los Angeles y á los Santos, le indicase el uso que deseaba hiciese aquel su devoto hijo de sus inmensas riquezas.

Cierto que con frecuencia, la fuerza de la imaginacion nos presenta en sueños mil y mil fantasmas, que perturban nuestra inteligencia con las apariencias de la realidad que revisten; pero tambien es incontestable, que en el hecho de que nos ocupamos no puede alegarse

la menor duda, no puede atribuirse á un fenómeno de vana ilusion su demostrada veracidad. Porque en la misma hora en que Juan estaba soñando, en la misma hora y en la misma noche en que el piadoso patricio era favorecido con la celestial visita, éralo tambien su esposa; presentóse tambien á ésta María, repitiéndole las mismas palabras con que deseaba se le erigiese un templo, dándole como señal del lugar elegido al efecto la misma presencia de la nieve. Y yo creo que á la mañana siguiente, cuando ambos esposos se comunicaron recíprocamente la vision con que se habían visto favorecidos durante la noche precedente, repitiéndose el uno al otro las mismas palabras, las mismas exhortaciones por cada uno separadamente oidas, las mismas minuciosas circunstancias del extraordinario prodigio, no podrían menos de encontrarse maravillados sobremanera. ¿Fué, pues, debieron decirse, fué pues la misma Madre de la misericordia la que se nos ha aparecido? ¿Fué la misma Reina del Universo la que nos ha hablado? ¡Oh Señora! ¡oh Madre! ¡oh Reina! ¡Dios te salve! Y miéntras tanto, apresúranse á cumplir el mandato recibido, á complacer á la Vírgen en el encargo con que les había honrado.

Preséntanse al Pontífice, refiérenle la celestial vision, relátanle... Mas hé aquí otro nuevo prodigio, otro nuevo argumento en confirmacion de la realidad del hecho que refieren. El Papa Liberio había tenido, en la misma noche, en la misma hora que los afortunados cónyuges, la misma é idéntica vision que ellos le relataban. Así se le había aparecido tambien la beatísima Vírgen, á él tambien le había hablado, lo mismo que á Juan, del nuevo templo y del lugar en que quería le fuese edificado. Desde entónces el misterioso acontecimiento hízose superior á toda duda, no dejó lugar á la más remota desconfianza. Supuesto un fantástico alucinamiento en el patricio, supuesto en su esposa el mismo error, no podía, no cabía admitirlo en un tercero tan distante de ellos como el Sumo Pontífice. Era, pues, la misma Vírgen quien se había hecho visible; era la misma aparicion que se mostraba á los atónitos ojos de las tres personas; eran idénticas las palabras que habían oido; era el mismo mandato el que habían recibido. ¿Qué excéptico podrá levantar la cabeza en señal de duda? ¿Qué incrédulo podrá, ante tanta y tan palpable evidencia, responder con la ironía del desprecio ó del sarcasmo?

La aparicion, como habeis oido, ocurrió el 5 de agosto, es decir, en el rigor de la más calorosa estacion del año, y, precisamente, en ese tiempo de tanto calor, cuando los ardientes rayos del sol abrasan

la tierra, la Vírgen dió como señal del lugar en donde quería se le edificase el templo, aquella parte del Esquilino que apareciese cubierta de fresca nieve. Multitud de personas acudieron desde luego á contemplar el hecho extraordinario; acudió el patricio Juan, acudió el pontífice Liberio, acudió multitud grande de clero y pueblo; acudió en procesion muchedumbre de nobles, plebeyos, hombres y mujeres; acudió toda Roma, en donde el prodigio se había divulgado, á contemplar la misericordia de María. Allí se encontró la nieve récien caida, y su disposicion tal, que presentaba la planta de un templo. Así que, dadas las debidas gracias á Dios y á la Vírgen, en medio de los sublimes y alegres cánticos de toda Roma, congregada espontáneamente en el lugar designado, púsose solemnemente la primera piedra del sagrado edificio, que, pedido por la augusta Reina del Cielo, á la augusta Reina del Cielo se dedicaba. Ahora bien; despues de un acontecimiento tan extraordinario, y por tan grande muchedumbre de gente plenamente comprobado; despues que tan selecta concurrencia de hombres probos y religiosos reconoció como indubitable la aparicion referida; despues que todos, los hombres más sábios del pueblo, los individuos más celosos del clero, no dudaron ni un momento de la realidad del celestial prodigio, ¿quién podrá sostener jamás que todo ello fué una mentira, una fábula, una historia romanesca? Sé muy bien, hermanos mios, que los incrédulos y los impíos repiten con gran facilidad esta acusacion contra cuanto atrae á nuestros santuarios; pero sé tambien que, cualesquiera que sean las acusaciones y las diatribas de la iniquidad, jamás podrán oscurecer las obras de la omnipotencia celestial. Cerremos, pues, los oidos á la insana palabrería, y dando entero crédito á todo lo que motivó la edificacion del templo de Santa María la Mayor, confesemos ser verdad, que la Vírgen, en ocasion de una nevada, descendió del Cielo para visitarnos.

Y su visita no pudo ser ó simple, ó infructífera. Si ninguno se postró jamás en vano ante los altares de María; si ninguno le dirigió jamás en vano sus plegarias, es indudable que estas plegarias no podían ser desoídas, que estos votos no podían ser desatendidos en un santuario por María deseado, y por órden expresa suya edificado. Rica de aquella caridad que la hace tan propicia á escuchar nuestras súplicas, llena de aquel poder que le permite socorrer nuestras necesidades, con aquel corazon cuya ternura á la de ningun otro puede compararse, con aquellos oidos que no tienen semejante en atendernos, con aquellas manos siempre prontas á favorecernos, bien de-

mostró la Santísima Vírgen cuantas gracias se proponía derramar, cuantas mercedes se proponía distribuir, bajo aquella advocacion de su predileccion especial. Por tanto, así como se verificaron las primeras palabras que encabezan este discurso, se verificaron tambien las segundas; es decir, que descendió á visitarnos en ocasion de una nevada para ayudarnos en nuestras desventuras, para consolarnos en nuestras miserias, para fortificarnos en nuestras calamidades.

No pudiendo recordar aquí todas las gracias obtenidas por las súplicas dirigidas á María en el nuevo templo y en torno al nuevo altar, me concretaré solamente á referiros unas cuantas. Enumerarlas todas sería imposible, aún cuando prolongase por mucho tiempo este discurso, aún cuando tuviese privilegiada memoria: me limitaré, por tanto, á algunas de las más notables y públicas, que bastarán seguramente á demostrar cuan bien conviene á la Vírgen, venerada bajo el título de las Nieves, el nombre de piadosa Bienhechora.

La Italia asolada por la guerra, afligida por el hambre más terrible, devastada por grandes inundaciones, había caido bajo el azote de una mortífera peste. No se encontraba en ningun lado preservacion contra el castigo, remedio contra el mal, tregua al padecimiento. Dolores agudos en las vísceras, tumores en las carnes, sangre copiosamente derramada por narices y oidos, convulsiones en los miembros, sed inextinguible aprestaban en tres días la muerte. Salían de la ciudad á centenares los carros fúnebres, y en las calles no se veían más que hambrientos mendigos; el terror se apoderó de todos los ánimos, convirtió en cobardes á los más valerosos. Era entónces pontífice San Gregorio Magno, quien, despues de haber exhortado al pueblo á llorar por las culpas cometidas, y á aplacar con penitencias á la airada divina justicia, dispuso que se hicieran rogativas públicas en la iglesia de Santa María la Mayor, ó sea, en el templo llamado de Nuestra Señora de las Nieves. Y sucedió entónces que sobre la Mole Adriana, llamada más tarde Castillo del Santo Angel, apareció un ángel en la actitud de envainar la espada del castigo. Cesó la peste, sucedió al llanto la alegría, al terror el regocijo; grande fué el júbilo en Roma, y notorio á todos que la gracia se obtuvo por las preces dirigidas á María en el templo por voluntad suya edificado.

Reinaba el herético emperador Constante, cuando el papa S. Martin fué objeto de crueles y diarias persecuciones. Acechado continuamente por los puñales de los griegos, rodeado de toda clase de asechanzas, vió muchas veces el Pontífice en peligro su propia vida. Llegado cerca de él Olimpio, chamberlan del príncipe, para conducirle prisionero á Constantinopla, y no pudiendo vencerle con la violencia, despues de haber puesto por obra reiteradas tentativas, recurrió á la traicion. Con súplicas, con promesas, con amenazas, con dádivas, sedujo á uno de los escuderos pontificios, para que en el momento en que el Papa celebraba los divinos oficios en la iglesia de Santa María la Mayor, y en el acto mismo en que administraba á los fieles la Sagrada Eucaristía, le diese de puñaladas. Acomete la empresa el escudero, espera el momento señalado, desenvaina el puñal homicida, corre; mas, al dar el primer paso, siéntese repentinamente atacado de ceguera. El Papa se salvó, y Olimpio fué obligado á confesar en su corazon, que ni las fuerzas de los hombres, ni las del Infierno, podían realizar sus inícuos designios allí donde se alza el templo de Nuestra Señora de las Nieves.

Navegaba en cierta ocasion por el mar de Provenza el cardenal Pedro Colonna, que se dirijía á Aviñon, cuando sobrevino una horrorosa tempestad. Nubes preñadas de relámpagos y de rayos se cernían sobre la nave; olas potentísimas se estrellaban contra los costados del frágil bajel; abismos espantosos abrían sus inmensas fauces para devorar el barco; perdido el timon, tronchados los palos, destrozadas las velas, podía decirse inevitable el naufragio. En aquel terrible momento, en tan tremendo peligro, teniendo sobre la cabeza los encapotados nubarrones, de cuyos senos partían uno tras otro los rayos, y á los piés abierto el abismo como insondable tumba; cuando el arte de la navegacion era completamente inútil y la infeliz embarcacion flotaba á merced del espumoso oleage, Colonna se acordó de Nuestra Señora de las Nieves, dirigióle fervorosa súplica, invócala propicia en tan crítica situacion; el viento cesó como por encanto, calmáronse las embravecidas olas, sosegóse la horrísona tempestad, y la nave arribó felizmente á puerto.

Inútil es decir, que la fama de este y de otros prodigios se divulgó prontamente, no solo por Roma y por toda la region del Lacio, sinó tambien por los paises más lejanos y hasta por el mundo entero, acrecentando la devocion en todos los ánimos á la Vírgen de las Nieves, de cuyo patrocinio se esperaban nuevas misericordias y nuevos beneficios. Inútil es decir, que en accion de gracias por tantas mercedes recibidas, resplandecieron con insólita pompa los altares del suntuoso templo, vistiéronse de gala sus paredes, resonaron bajo sus bóvedas suaves armonías, y la imágen de María en el título de las Nieves fué devotamente celebrada. Y que la augusta Madre, de tal suerte venerada, se mostró en el imperio de Reina de Cielo y tierra, y apareció

riquísima de aquel cetro ante el cual todo respetuosamente se inclina, no yo, sinó las mil voces de los que fueron ya espectadores, ya partícipes de su maternal beneficencia lo comprueban. Hablen pues por mí los que á Ella han recurrido, ora implorando valor para resistir en las tentaciones, ora auxilio en sus gravísimos peligros, ora salud en sus crueles enfermedades, ninguno de los cuales dejó de ser consolado por María con inagotable bondad. Por mi parte bástame repetir lo que en su Breve decía Paulo V, es á saber: que Santa María la Mayor ha sido siempre objeto de grande y esplendoroso culto por la devocion de los fieles y por los muchos prodigios por su intercesion realizados.

Esta es, hermanos míos, la causa principal de la grandísima celebridad que alcanzó el templo de que nos ocupamos. No negaré yo, que varias otras causas concurren á su famosa nombradía. Concurre á su gloria el haber sido colocada allí una imágen de María pintada por San Lucas, que trasportó á Roma santa Elena desde Jerusalén, donde era celebradísima con mucha devocion. Concurre á su gloria el haber sido allí colocados por el pontífice Teodoro, á mediados del siglo VII, los insignes restos del pesebre en donde nació Jesucristo, como reuniendo en su mismo lugar los dos más dulces y santos objetos de nuestro culto, Jesús y María. Concurren á su gloria las obras de los Papas, que, queriendo de año en año aumentar la magnificencia del templo, lo recubrieron de mármoles y de estucos dorados, lo enriquecieron con columnas de granito en los dos órdenes jónico y corintio, y la dotaron con espléndidos ornamentos de plata y oro. Concurre á su gloria el ser por dignidad superior á todas las iglesias erigidas á María en el mundo cristiano, siendo despues de la basílica Lateranense la segunda de las cinco patriarcales, y no existiendo otra en que puedan ganarse mayor número de indulgencias. Estas y otras causas concurrieron á la mayor celebridad de un templo, tan célebre ya por la vision del patricio Juan, por la nieve prodigiosa que lo diseñó, y por la eleccion expresa de la Madre de Dios. Pero más que todo esto concurrió á su gloria el conocerse por los contínuos prodigios allí realizados, que es como un lugar de gracias, un manantial de beneficios, una fuente perenne de contínuas misericordias.

En corroboracion de esto, podría tambien citaros los diversos nombres que en el trascurso de los tiempos y por distintas causas se dieron al templo por mandato de María erigido en el Esquilino. Llamósele de Santa María de las Nieves, por las nieves que, improvisamente

caidas, indicaron el sitio y señalaron la forma del santo templo. Llamósele de Santa María del Pesebre, por venerarse allí, traido de Belén, el que sirvió de cuna al Salvador. Se llamó de Santa María la Mayor, por las glorias que lo distinguen entre todos los templos consagrados á la Vírgen en Europa. Llamósele de Santa María Liberiana, por el papa Liberio, en cuyo pontificado ocurrió el prodigioso acontecimiento que motivó su construccion. Se le intituló de Santa María de Sixto, por el pontífice Sixto, que la enriqueció y amplió en gran manera. Entre todos estos títulos, ¿quién no reconoce como el más bello y más precioso el que le dió la gratitud de los fieles reconocidos á los favores obtenidos de María, llamándola Arca de las gracias y de las misericordias? Nó, no ha sido un sentimiento de ánimos vulgares, no fué una alucinacion de cerebros enfermizos, no fué un exceso de exagerada devocion, como acostumbraban á decir los antiguos hereges, como suelen repetir los modernos incrédulos, la causa que movió á los fieles á tanta confianza; fué, por el contrario, la certeza de encontrar en María, venerada con el título de Nuestra Señora de las Nieves, un refugio, una ayuda, una fortaleza, un poderoso socorro contra los males de la tierra, contra las asechanzas del Infierno; fué la misma experiencia quien ha demostrado, que la Vírgen descendió al mundo en ocasion de una nevada para defender y para consolar á sus devotos.

Y ahora, hermanos míos, es llegado el momento de deducir las conclusiones que espontáneamente se desprenden de cuanto rápidamente dejo expuesto. En el augustísimo título de las Nieves se encuentran, como hemos visto, argumentos incontrastables de la bondad con que María nos guarda y nos socorre. Debemos por tanto concluir, que en las molestias de la vida, en las angustias del alma, en las enfermedades del cuerpo, podemos recurrir confiadamente á su poderosísimo patrocinio, en la seguridad de que seremos piadosamente confortados. Paréceme que desde su imágen la Vírgen nos dice, que sus mayores delicias se cifran en hallarse en medio de nosotros para colmarnos de celestiales favores; que si eligió un lugar especial fué, para que su nombre, bajo el título de Nuestra Señora de las Nieves, fuese perpétuamente bendecido, y para que así invocada, en todos los templos y altares en que es venerada con este título, permanezcan siempre abiertos sus amorosos ojos y su hermosísimo corazon; que en ellos tendrá siempre inclinadas las pupilas y atentos los oidos para ver las humanas miserias, oir nuestras súplicas y consolarnos en nuestras aflicciones; y que por esto mismo, todos aque-

llos que por su ignorancia y por su debilidad pueden considerarse como parvulillos, pueden recurrir á Ella; y que á Ella pueden recurrir tambien todos aquellos que tienen necesidad de ser socorridos, de ser fortalecidos, de ser curados.

Confiemos, pues, hermanos carísimos, en esta generosa Bienhechora. Si nos vemos afligidos, digámosle: ¡Oh María! dános entre las angustias que nos rodean la paz del corazon. Si somos tentados, digámosle: ¡Oh María! en medio de las asechanzas de los enemigos espirituales que tan ásperamente nos combaten, dadnos la victoria. Si nos vemos asaltados por la duda, digámosle: ¡Oh María! entre las incertidumbres que nos rodean, ahuyentad las tinieblas y dadnos la luz. Sea completa nuestra confianza, sea entera, constante, en todos los peligros, en todas las ocasiones, en todos los momentos, y no veremos defraudadas nuestras esperanzas. María nos protegerá con su patrocinio, nos dispensará gracias temporales, cuando no sean nocivas á la salud del alma, nos otorgará poderosos socorros para vivir en la virtud, para crecer en la amistad del Señor, para conseguir la corona del premio en la region de los Bienaventurados; y si los espíritus infernales nos acometen, Ella descenderá del Cielo para correr en nuestra defensa y librarnos de tan terrible enemigo, de manera, que veremos cumplirse en nosotros el prodigio que dió lugar á la ereccion del templo del Esquilino.

Y Vos ¡oh María! consolad esta nuestra confianza. Sed nuestra guía cuando, pobres peregrinos en este valle de lágrimas, nos apartemos del buen sendero; sed nuestro escudo cuando por nuestra debilidad no podamos resistir la acometida de las pasiones; sed nuestra salvacion cuando nos veamos afligidos por el dolor; sed nuestra abogada cuando sea necesario defender nuestra causa delante de Dios. Sí; por aquella gracia de que estais llena, por la misericordia de que sois tan rica, miradnos con ojos compasivos, y derramad sobre nosotros los raudales de nuestra beneficencia. Vea el mundo, vea el Infierno, que Vos sois nuestra Madre, y que no demorais el venir en nuestra ayuda para defendernos si somos oprimidos, para consolarnos si estamos afligidos, para libertarnos de la bestia infernal si de ella somos tentados.

LA DIVINA PASTORA.

Ego pascam oves meas.
Yo apacentaré mis ovejas.
(EZEQUIEL, XXXIV, 15.)

Cuando los que devotamente amaban á la Madre del Salvador se complacían en creer, que tributaban á esta Señora los obsequios y homenajes que caber pueden en la criatura; cuando el afectuoso corazon, al parecer, se había desahogado hasta el extremo en sentimientos de devocion y de ternura hácia tan estimable Reina; cuando la imaginacion descansaba ya en los brillantes y pomposos títulos, que su viveza y fecundidad le habian sugerido para honrar á esta hermosa Sunamítis; cuando los oradores más celebrados creían haber agotado las fuentes de la oratoria en alabanzas de esta Señora; cuando... Pero ¿por qué no lo hemos de decir de una vez? Cuando los Pontífices más celosos, las Religiones más fervorosas y los fieles más devotos, el mundo todo hacía resonar por todas partes los ecos de alabanza á María, creyendo haber agotado los mineros de sus loores; entónces, acordándose la Señora de los limitados alcances de la criatura, y queriendo aumentar los sentimientos de una devocion tierna, inspira á un celoso capuchino de Sevilla, que salga por las plazas y calles de esta ciudad, á proclamar á María por la *Divina Pastora* de los hombres. Entónces la celestial Reina, dando lugar más que nunca á las amorosas efusiones de su corazon, manda á su profeta que diga en su nombre al pueblo: «Pueblo mío, tú eres el objeto de mis desvelos, de mis solicitudes y de mi amor. Desde que tuve la fortuna de ser elegida Madre del Salvador, te miré como á mi rebaño, que debia alimentar, proteger y defender de tus enemigos. Yo te he enseñado los caminos de la virtud; he marcado tus pasos con el sello de la prosperidad, y he ahuyentado al enemigo allende de los abismos. Y si estos no son oficios de una pastora divina, dime, cuáles lo serán?»

llos que por su ignorancia y por su debilidad pueden considerarse como parvulillos, pueden recurrir á Ella; y que á Ella pueden recurrir tambien todos aquellos que tienen necesidad de ser socorridos, de ser fortalecidos, de ser curados.

Confiemos, pues, hermanos carísimos, en esta generosa Bienhechora. Si nos vemos afligidos, digámosle: ¡Oh María! dános entre las angustias que nos rodean la paz del corazon. Si somos tentados, digámosle: ¡Oh María! en medio de las asechanzas de los enemigos espirituales que tan ásperamente nos combaten, dadnos la victoria. Si nos vemos asaltados por la duda, digámosle: ¡Oh María! entre las incertidumbres que nos rodean, ahuyentad las tinieblas y dadnos la luz. Sea completa nuestra confianza, sea entera, constante, en todos los peligros, en todas las ocasiones, en todos los momentos, y no veremos defraudadas nuestras esperanzas. María nos protegerá con su patrocinio, nos dispensará gracias temporales, cuando no sean nocivas á la salud del alma, nos otorgará poderosos socorros para vivir en la virtud, para crecer en la amistad del Señor, para conseguir la corona del premio en la region de los Bienaventurados; y si los espíritus infernales nos acometen, Ella descenderá del Cielo para correr en nuestra defensa y librarnos de tan terrible enemigo, de manera, que veremos cumplirse en nosotros el prodigio que dió lugar á la ereccion del templo del Esquilino.

Y Vos ¡oh María! consolad esta nuestra confianza. Sed nuestra guía cuando, pobres peregrinos en este valle de lágrimas, nos apartemos del buen sendero; sed nuestro escudo cuando por nuestra debilidad no podamos resistir la acometida de las pasiones; sed nuestra salvacion cuando nos veamos afligidos por el dolor; sed nuestra abogada cuando sea necesario defender nuestra causa delante de Dios. Sí; por aquella gracia de que estais llena, por la misericordia de que sois tan rica, miradnos con ojos compasivos, y derramad sobre nosotros los raudales de nuestra beneficencia. Vea el mundo, vea el Infierno, que Vos sois nuestra Madre, y que no demorais el venir en nuestra ayuda para defendernos si somos oprimidos, para consolarnos si estamos afligidos, para libertarnos de la bestia infernal si de ella somos tentados.

LA DIVINA PASTORA.

Ego pascam oves meas.
Yo apacentaré mis ovejas.
(EZEQUIEL, XXXIV, 15.)

Cuando los que devotamente amaban á la Madre del Salvador se complacían en creer, que tributaban á esta Señora los obsequios y homenajes que caber pueden en la criatura; cuando el afectuoso corazon, al parecer, se había desahogado hasta el extremo en sentimientos de devocion y de ternura hácia tan estimable Reina; cuando la imaginacion descansaba ya en los brillantes y pomposos títulos, que su viveza y fecundidad le habian sugerido para honrar á esta hermosa Sunamítis; cuando los oradores más celebrados creían haber agotado las fuentes de la oratoria en alabanzas de esta Señora; cuando... Pero ¿por qué no lo hemos de decir de una vez? Cuando los Pontífices más celosos, las Religiones más fervorosas y los fieles más devotos, el mundo todo hacía resonar por todas partes los ecos de alabanza á María, creyendo haber agotado los mineros de sus loores; entónces, acordándose la Señora de los limitados alcances de la criatura, y queriendo aumentar los sentimientos de una devocion tierna, inspira á un celoso capuchino de Sevilla, que salga por las plazas y calles de esta ciudad, á proclamar á María por la *Divina Pastora* de los hombres. Entónces la celestial Reina, dando lugar más que nunca á las amorosas efusiones de su corazon, manda á su profeta que diga en su nombre al pueblo: «Pueblo mío, tú eres el objeto de mis desvelos, de mis solicitudes y de mi amor. Desde que tuve la fortuna de ser elegida Madre del Salvador, te miré como á mi rebaño, que debia alimentar, proteger y defender de tus enemigos. Yo te he enseñado los caminos de la virtud; he marcado tus pasos con el sello de la prosperidad, y he ahuyentado al enemigo allende de los abismos. Y si estos no son oficios de una pastora divina, dime, cuáles lo serán?»

Y así, regístrese este día en los anales de la historia como un día de paz y alegría para los hombres, y de honor y alabanza para María. Decid desde este día á los que quisieren perturbar vuestro reposo y tranquilidad, y robaros la preciosa joya de la gracia: ¡infelices! hasta aquí ha llegado vuestro poder: contra el báculo de mi Pastora divina se estrellará vuestra arrogancia y altivez, y desaparecerán vuestros lamentables triunfos. Un paso más que adelanteis, será añadir confusion á vuestra perdicion y ruína. Hasta ahora destrozabais con furia el aprisco; pero, desde este momento en que la celestial Señora ha aparecido con el tosco sayal de pastora, y dado lugar á que se recogiesen bajo su manto las tiernas ovejas, darán balidos sin el menor susto, y con saltos de gozo y placer celebrarán vuestra impotencia y su seguridad. Y dirigiéndoos á esta Pastora divina le diréis: á Vos se debe el honor y la gloria, pues con vuestro cayado habeis roto la cabeza á mis enemigos.

Este es el asunto, señores, que quiero manifestaros esta mañana; asunto que interesa á cada uno de nosotros, y que por consiguiente pide vuestra atencion. Sed dóciles en creer esta verdad, penetraos de sus sentimientos, obrad segun las máximas del Evangelio, y estad seguros de la proteccion de María. ¡Feliz yo, si puedo contribuir á arraigar más y más en vuestros corazones verdades tan consoladoras! Pidamos esta gracia por la intercesion de la misma Vírgen: A. M.

Habiendo derramado Jesucristo su sangre, para que todos los hombres participasen de su herencia y fuesen la Iglesia, ésta se ve en la dolorosa precision de llorar la infidelidad de muchos pueblos idólatras, y la voluntaria separacion de su seno de sus pérfidos hijos. ¡Cruel recuerdo! ¡perspectiva amarga! ¡Jesucristo sacrificándose en manos de los más infames verdugos, para hacer de todo el universo un pueblo fiel, una nacion santa y una hostia pura de oblacion al eterno Padre; y una inmensa multitud de estos seres racionales burlarse de sus sacrificios, inutilizar su sangre y rasgar su túnica inconsútil! ¡La voz del Pastor los llama para hacerlos participantes de los deliciosos y saludable pastos de sus ovejas, y ellos cierran los oídos á estos clamores, y se alimentan con el engaño y la mentira! ¿Puede llegar á más la insensatez del hombre? ¿y tanto pudo la culpa?

Compadecida pues la Iglesia, y condolida altamente de la suerte tan desgraciada de esos infelices, levanta las manos al Cielo, y con vestido de luto y penitencia, entre el vestíbulo y el altar, clama al Padre

de las misericordias, se digne dar una benigna ojeada sobre esa multitud de criaturas suyas. Que rompan las cadenas, le dice, que tanto tiempo há los sujeta á la infame esclavitud del infernal enemigo; que os conozcan á Vos, Dios único y verdadero, criador y gobernador del universo; que la luz del Evangelio llegue á sus oídos, disipe las tinieblas que ofuscan su entendimiento, é infunda en él la luz clara de la verdad: finalmente, que la gracia de vuestro Espíritu obre interiormente en sus corazones y les haga abrazar las verdades de vuestra Fé.

Y ¿podrá María, señores, oir con indiferencia los gemidos y llantos de la Esposa del Cordero? ¿No se acordará de que el título de Pastora, de que tanto se precia, exige el cuidado de esos infelices, que, en algun día, pueden formar la parte más brillante de su rebaño? Se acordará, señores; y con aquel amor maternal con que ama á todos los hombres, imitará al divino Salvador, que dejó á las noventa y nueve ovejas para ir á buscar á la que se había descarriado. Entónces enjugará las lágrimas amargas de la Iglesia, haciendo entrar en su seno tropas numerosísimas de indios, de chinos y de americanos; y despues de haber henchido de frutos de todas las naciones los espaciosos graneros del Padre celestial, será aclamada entre himnos y cánticos de alabanza diligente Sara, por el cuidado que tiene de sus hijos; Raquel hermosa, por la parte que toma en sus desgracias; y fuerte y valiente Esther, por haber roto la cabeza del enemigo que los tiranizaba.

Yo me complazco, príncipe de las tinieblas, al ver acercarse el fin de tu tiranía. María, que se ha declarado patrona de los infieles, ha dado el último golpe decisivo á tus victorias y á tu imperio; y la confusion, la rabia y la desesperacion sean la parte de tu herencia por eternidad de siglos. María, como pastora, ha añadido á su rebaño los cachorros que alimentabas con el error y ponzoña. Yo me entro en las oscuras regiones de la infidelidad, no poseído del horror y del susto que ántes causaban las impías ceremonias y bárbaros sacrificios de tu ley, sinó que al poner el pié en ellas, siento apoderarme de los más dulces y suaves sentimientos de placer y tranquilidad, por haber desaparecido los satélites de tu soberbia, mudádose las costumbres bárbaras, y haber fijado en ellas su domicilio por medio de María el Evangelio del Salvador. Yo recorro las vastas y dilatadas tierras de la América, las ricas provincias de la India, las populosas ciudades de la China y las suaves regiones del Japon, y las veo gloriosamente trasformadas en pátria de santos y país de héroes cristianos. Des-

aparecido hán los sacrificios impíos de sangre humana, de que nunca se saciaba el demonio: la esposa ya no se clava el puñal, para acompañar en la muerte á su marido; los hijos ya no acaban con su anciano padre, por serles enojosa su vejez: la doncella está ya segura de que no la asalten los lobos de la castidad: han cesado los espectáculos horrorosos, ya de despeñarse de los montes, ya de ahogarse en los ríos y de sepultarse vivos en la tierra, para honrar de esta manera á las mentidas divinidades del gentilismo. Y ¡eso, oh filósofos brachmanes y doctores de la infidelidad, se hacía á vuestra vista! ¿Estos eran los frutos de vuestra filosofía? así os compadecíais de vuestros semejantes? ¿Y á tanto pudo llegar vuestra malicia? Atribuyamos, pues, la milagrosa trasformacion de estos racionales al cuidado y poderosa proteccion de la divina Pastora de los infieles, que no ha sufrido quedasen por más tiempo sumergidos en las sombras de la infidelidad.

Si el corazon cristiano, señores, recorriendo los anales de la historia eclesiástica, se complace al leer la rápida propagacion del cristianismo, y los medios de que se valió la divina Providencia para dar á conocer á las naciones el dón precioso de la Fé, no se regocija ménos considerando, que en estos progresos y adelantamientos tiene María la mayor parte, que, como pastora solícita de los hombres inspira los designios, favorece las empresas y consigue maravillosamente su fin. En verdad, María conduce entre peligros y escollos á los hijos del gran Francisco á las desconocidas regiones de la América; planta por este medio las semillas de la Fe; enarbola el estandarte de la cruz, y forma de aquellos desgraciados indios un nuevo rebaño que, unido á los antiguos cristianos, demuestra el cuidado de la Pastora que los cuida. María es la que traslada á fuerza de prodigios á un Javier á las Indias Orientales, y llena la China y el Japon de numerosísimas tropas de jesuitas, quienes, olvidándose de sus propias conveniencias, combatiendo todo el día contra el error, y despreciando las intempestivas amenazas de los bonzos y brachmanes, y arrastrando las cadenas de la esclavitud, convierten á la Fé del Crucificado millones de indios, chinos y japoneses, que les recuerdan á los cristianos de Europa por la inocencia de sus costumbres el primitivo fervor de los fieles de los primeros siglos. María inspira á los dominicos, mínimos, agustinos y otros celosos religiosos el vasto proyecto de sujetar á todas las naciones al imperio de Jesucristo. María hace emprender á los capuchinos...; pero aquí es preciso pararnos un instante, porque por más viva que sea la imaginacion, no podrá alcanzar los pasos que la divina Pastora hace dar á sus hijos, para que logren los gentiles su felicidad y bienandanza. Medid el espacio que hay desde Levante á Poniente, y desde el Norte al Mediodía, y tendreis las tierras que pisan los capuchinos, para dar á conocer á los que habitan en los helados países de la nieve, y á los que se acercan á las regiones abrasadas por los ardores del sol, al que trajo la paz y salud al género humano. Pero ahora permitidme que os pregunte, ¿no es esto ser María pastora de los infieles?

Así se complace el devoto de María, leyendo registrados en los anales de la historia los cuidados amorosos de la Pastora divina, que se desvela por el bien y salud de los hombres. Repasa y medita los lances y apuros en que ha sido necesaria toda la vigilancia y proteccion de María, para que no se impidiese la grande obra de la conversion de los gentiles. Aquí amansa las olas, que furiosamente agitadas por el maligno espíritu, querían tragarse en su furia á los obreros del Evangelio; allí disipa una horrible tempestad, que amenazaba destruir repentinamente á los apóstoles de Jesús; en esta parte quita la ferocidad á los leones y tigres, y les hace dar un testimonio auténtico de cuánto veneran al Criador del mundo en sus ministros, lamiendo los piés de éstos, y burlando de esa manera á los que intentaban aniquilar la obra de Dios; en esa otra manda á los elementos que no dañen, ni en un solo cabello, á los portadores del nombre de Jesús. Así en la historia del cristianismo se ve un encadenamiento de sucesos milagrosos, atribuidos por la mayor parte á la vigilancia y proteccion de María.

Con estos prodigios estupendos se ve el cuidado de la Pastora divina en añadir á su rebaño esos cabritos, que una mano enemiga había robado. Despues de haber introducido los operarios del Evangelio á costa de tantos milagros en las tierras de la gentilidad, ¿se habrá cansado ya el brazo de María de repetir esos prodigios á favor de los infieles? Prodigio es, y muy singular prodigio, la docilidad de los gentiles con que abrazaban las máximas del Crucificado, y el deseo que tenían de la palabra de Dios; pero este prodigio María lo obraba. Milagro es, y gran milagro, convertir á los perturbadores de la Religion en otros tantos fieles celosos y panegiristas de sus máximas; pero María es la autora de este milagro. Los repite, cuando aquel viejo cargado de cadenas no sucumbe á su peso; cuando ese muchacho en las hogueras bendice el nombre del Señor, como los de Babilonia; y cuando aquella débil mujer, superior á su naturaleza, resiste á las amenazas, ecúleos y patíbulos del tirano. Y para

que más claramente se vea que eso es la grande obra de María, y que suyos son los adelantamientos y progresos que en ella se hacen, además de que la Señora es la patrona de las misiones, y las primeras iglesias que se edifican están dedicadas á María, y las congregaciones que se establecen son de María, en América aparece á una anciana mujer, y la fortifica en la Fé; en el Japon, á un muchacho, y le gana á Jesucristo; en la China, á unos jóvenes, y los aparta de la idolatría; y en las Indias, á muchos, y los hace ovejas de su rebaño. Venid ahora, oh filósofos del gentilismo, y decidnos, ¿por qué los espíritus inmundos no dejaban los cuerpos que señoreaban, y las casas que infestaban con los nombres de vuestros ídolos é inmundos sacrificios; y lo hacían, ó luego que se pronunciaba el nombre de María, ó cuando se colgaba alguna de sus estampas? La razon es obvia, señores míos; porque María es pastora de los infieles, y á su presencia huyen los lobos que los persiguen.

Pero perdonad, señores, si para manifestaros á María pastora de los infieles, he invertido el órden de las pruebas, valiéndome primero de hechos recientes en lugar de los antiguos. Yo confieso que unas hazañas tan ilustres arrebatan mi espíritu; y así no he podido dejar de referir en primer lugar lo que hemos visto más de cerca, y hiere más nuestra devocion. Pero, si estos últimos tiempos han sido la gloriosa época de la vigilancia y proteccion de María, de los primeros siglos de la Iglesia naciente ¿qué diremos? Siglos de paz, de iluminacion, de fervor, de piedad, de amor, de castidad, de iluminacion y de penitencia. Costumbres mejoradas, leyes suaves, y el Evangelio en muchas naciones predicado. ¿Y esto por medio de quién? Por medio de María, que como pastora solícita cuida se envíe á España á Santiago y á sus siete discípulos, quienes siembran entre los españoles las semillas de la Fé, productoras de innumerables y asombrosos frutos que han admirado todas las naciones del órbe. Y por manifestar más que Ella es la pastora que se cuida de la conversion de los españoles, se aparece al apóstol, y le manda fabrique una iglesia en su honor, la primera del órbe. Por medio de María, Gregorio navega los mares de Inglaterra para iluminar aquella isla; Dionisio marcha á Francia para hacerla cristiana; y otros Santos á los países del Norte para dar á conocer el Evangelio del Salvador: en una palabra, la Europa entera, la mayor parte del África y Asia, se someten por la intercesion de María al imperio de Jesús. Y ¿no es ser esto María pastora de los infieles?

Iglesia santa, extiende tus amorosos brazos para recibir en tu seno

á esa multitud de hijos que la divina Pastora te envía: vicario de Jesucristo y pastor universal de los creyentes, baja de tu sólio para abrazar á los embajadores del Japon, primicias de aquella nueva cristiandad, que en nombre de sus reyes vienen á jurarte fidelidad y obediencia. ¡Oh, y qué gozo para la Iglesia, viendo cumplidas las profecías, de que estarán á su rededor gentes venidas de léjos! Pero á Vos, Pastora divina, se debe el honor de estas conquistas.

Y por ser María, señores, pastora de los infieles, dejará de serlo de los cristianos? María en el pié de la cruz, cuando anegada en el llanto y amargura aceptó la donacion que Jesús le hacía de S. Juan en lugar de sí mismo, consintió libremente en encargarse de la custodia de los nuevos hijos, que, reengendrados en la sangre que en la cruz entónces se derramaba, habían de formar la Iglesia de Jesucristo. Entónces los verdaderos creyentes adquirieron un derecho imprescriptible á los cuidados y solicitudes de tan buena Madre, y ésta empleó ya desde entónces todo el valimiento que con el Padre celestial y su Hijo tenía, para marcar con el sello de su proteccion á las nuevas ovejas, que componían el dichoso rebaño que se había confiado á su vigilancia y cuidado. Alegraos, hijos de la luz, porque vuestro Redentor moribundo, entre las agonías y aflicciones de la muerte, acordándose de la orfandad y viudez que en breve iban á cubrir vuestro corazon, no pensó en dejaros otra manda más lenitiva de vuestro dolor, que María vigilante pastora de vuestras almas. Un pastor tan bueno ¿podía señalaros mejor pastora? Y si por un efecto de su misericordia no hubiera usado del derecho, que por supremo legislador le compete, de elegir la pastora que de vosotros cuidase, sinó que lo hubiera dejado á vuestro arbitrio y voluntad, decidme: ¿no hubierais elegido desde luego á María? Recibid, pues, cristianos míos, ese dón tan precioso: acordaos de que si muchos son los senderos por donde os podeis extraviar, sumo es el cuidado de María en dirigiros, y grande su poder para libraros de los precipicios.

Yo veo con suma complacencia de mi espíritu, que María no ha tenido que sacaros de las tinieblas de la gentilidad; pero si tal ha sido vuestra suerte, que no os hayais embrutecido con los negros colores de la idolatría, ¿por ventura son ménos vuestros enemigos? ¿se habrán cerrado los escollos en donde podais naufragar? El dulce carácter de cristiano ¿os librará de las tentaciones? ¿os hará impenetrables á las innumerables y venenosas flechas que la carne corrompida despide contínuamente? Aún cuando el hombre esté en lo más alto del poder y de la opulencia, no puede juzgarse libre de los re-

veses é infortunios, porque entónces, la debilidad de la naturaleza humana está socavando los fundamentos para derribar al coloso que se habia levantado. Enemigos del alma, que impiden los adelantamientos que hacen en la virtud; enemigos del cuerpo, que á cada paso le arman lazos para precipitarle y destruirle; en fin, por dó quiera que se vuelva encuentra el camino lleno de espinas y malezas. ¡Qué dura sería, hermanos míos, la condicion del cristiano, si en medio de tantas miserias no tuviese una áncora con que poder afianzar su salud! ¡Qué region tan oscura habitaría, si no hubiera una estrella que le iluminase! ¡De qué pastos tan venenosos se alimentaría, si no hubiese una pastora que le apartara de ellos! Pues esta áncora, esta estrella y esta pastora es María, que interponiendo su alto patrocinio, libra al cristiano de las miserias que le afligen y de los esfuerzos del enemigo que le persigue.

Cada vez, señores míos, que se representa al corazon sensible la funesta serie de acontecimientos que experimentan nuestros semejantes, se estremece y desearía ver borrados enteramente estos cuadros de horror y miseria. Llanto inconsolable de aquella viuda, por haberle arrebatado la muerte el compañero de sus fatigas; aullidos interminables de aquel niño, por estar expuesto á las inclemencias de los tiempos; penetrantes gemidos de aquellos enfermos, que yacen en la cama del dolor; tristes ayes del que se sofoca en las ruinas de algun edificio; lamentos repetidos del que se ahoga en el río; gritos lastimeros de los navegantes que se absorbe el mar; quiebras dolorosas del rico mercader; calumnias atroces levantadas contra el inocente; esterilidad espantosa que destruye los campos; infaustos terremotos que se tragan las ciudades; y en fin, asoladoras pestes que convierten la faz de la tierra en páramos y desiertos: hé ahí, señores, la vista amarga y dolorosa para el corazon sensible, que penetrado de los sentimientos de Religion, acude al trono de las misericordias, para atraer sobre los mortales los benignos influjos de la divina piedad y clemencia.

Cuando el cristiano, al parecer, iba á sucumbir bajo el enorme peso de miserias y desgracias que os hemos pintado brevemente, la divina Pastora, alargando el báculo pastoril, deshace repentinamente esa nube preñada de infelicidades humanas. ¡Qué consuelo para aquella viuda, cuando María le proporciona por manos caritativas el necesario alimento para su conservacion! ¡Qué cuidado tan maternal pone María en cubrir la desnudez de los pobres infantes! Ella manda á los dolores que no aflijan más á los pacientes, y obedecen; alarga el manto al que iba á sofocarse, y se salva; se deja ver de los marineros, y les restituye la tranquilidad y bonanza; el mercader abatido ve renacer en su casa, por medio de María, el crédito y la opulencia; el inocente levanta las manos á María, y triunfa: se le suplica, y se llenan los campos de mieses; y cuando el bamboleo de la tierra al parecer iba á tragarse á los vivientes con sus ciudades, entónces María fortifica más sus cimientos. Finalmente, cuando la guadaña furiosa de la muerte, por medio de asoladoras pestilencias, llevaba por los pueblos y naciones el estrago y devastacion, María la hace parar á los principios de su carrera, y restituye á los cristianos la felicidad y alegría de que ántes carecían. Testigos son de esta verdad todos los pueblos y naciones cristianas, que nunca han acudido á la divina Pastora sin que los haya liberalmente protegido. Así se convierte el dolor en alegría, excediendo los favores que María nos dispensa, á las necesidades que contínuamente nos cercan.

Pero, librándonos la divina Pastora de todos esos contratiempos, nos libra únicamente, oyentes míos, de los enemigos del cuerpo: otros hay más temibles, cuyos estragos á veces obligan á llorarlos con lágrimas de sangre, y de los cuales tambien la divina Pastora nos hace alcanzar completa victoria. Oscurecido el pecador con los densos vapores de la culpa, no conoce el miserable estado á que ésta le ha reducido, y se olvida del augusto carácter de que está adornado, violando descaradamente todas las leyes divinas y humanas. El justo, por otra parte, al tiempo que ofrece al Altísimo un corazon puro, se ve asaltado por un vil enemigo, que á fuerza de tentaciones le quiere derribar del alto y majestuoso lugar que ocupa. Y la divina pastora María ¿qué hará en tales casos? Hará lo que el divino Salvador hizo, cuando corrió tras la oveja descarriada, hasta cargársela sobre los hombros y llevarla al rebaño de que se había apartado. El pecador sentirá por parte de María las inspiraciones que le llaman, y las ocasiones que le convidan á la conversion; y no parará hasta que se derrita su corazon como el de María Egipcíaca, y de Margarita de Cortona en lágrimas de compuncion y arrepentimiento. Y extendiendo amorosa su cayado al justo, huirán precipitadamente los enemigos, dejándole lleno de júbilo y confianza. ¡Afortunado pecador! ¡dichoso justo! atribuid á los cuidados de la Pastora divina vuestra conversion y tranquilidad.

Reflexionando, pues, cualquiera la oficiosa conducta de María, no puede dejar de conocer, cuan fielmente desempeña las obligaciones de Pastora divina de los cristianos. Entónces, extendiendo su vista

sobre el feliz y dilatado campo de la Iglesia, lo cubre de numerosísimas Órdenes religiosas, refugio seguro del pecador y fuerte baluarte para el justo.

Y si no obstante de tantos cuidados y solicitudes como tiene por los cristianos, y tantos medios como para su salvacion les proporciona, cunde el torrente de la iniquidad y se dejan deslumbrar por el engaño y la mentira, ¿deja de volverlos al recto sendero de la virtud? ¡Ah! María ama demasiado á los cristianos, para dejarlos perecer miserablemente. Entónces, con los golpes de su glorioso cayado, hace levantar una multitud de predicadores evangélicos, que, como otros tantos diques, hacen parar el rápido movimiento de la iniquidad: sus palabras son trompetas que atemorizan y consternan á los seguidores de la maldad; sus voces son rayos que aniquilan los vicios, y sus exhortaciones trofeos para la virtud.

Que todas las criaturas del universo os bendigan, Vírgen santísima, por el cuidado que teneis de vuestro pueblo. Cuando éste, al parecer, vá á ser presa del lobo infernal, entónces le haceis sentir más de cerca vuestra proteccion; y así ¿qué diré de Vos, oh Pastora divina de los cristianos? Vos sois refugio en sus tribulaciones, mantenimiento en sus necesidades, luz y guía en sus operaciones; por Vos son librados de las tentaciones; y los que son pecadores convertidos, y los justos mantenidos en la virtud; en Vos, finalmente, los caídos se levantan, los enfermos se curan, y todos los que os aman son por vuestro medio llevados al goce de vuestro Hijo. Lo que importa, amados míos, es no desmerecer estos favores con nuestras depravadas costumbres. Ódio perpétuo al vicio y amor eterno á la virtud: este es el camino para granjearnos la proteccion de María. Miéntras nos engolfemos en los vicios, María no nos protejerá: es preciso corregirnos, si queremos que María nos libre de nuestros enemigos. Y cuando lo hayamos hecho, entónces esperaremos con fundamento la salud de nuestra pátria, el remedio de nuestros males, y el goce de la vida eterna, que os deseo á todos.

NUESTRA SEÑORA DEL PILAR.

DISCURSO I.

Quæ est ista, quæ progreditur quasi aurora consurgens, pulchra ut luna, electa ut sol, terribilis ut castrorum acies ordinata?

¿Quién es esa que camina como la aurora al nacer, hermosa como la luna, escogida y brillante como el sol, terrible y majestuosa como un ejército formado en órden de batalla...?

(CANT. VI, 9.)

Llegó un tiempo, en que las generaciones todas habían venido á caer en una noche oscura de tinieblas, de crímenes, y de errores los más groseros. Cuarenta siglos de mentiras se habían extendido por el universo oscureciendo toda verdad. Cuatro mil años hacía, que los hijos de los hombres, cual si fueran pueblos malditos, andaban errantes por los áridos desiertos de la ilusion y de la fábula; y las inteligencias, envueltas en la oscuridad del error, pedían con inquietud y desasosiego la verdad á la duda é indecision, al mismo tiempo que buscaban la virtud en los altares mismos del vicio, del cinismo y de la crápula. La verdad, es cierto, que había hablado al mundo por medio de las maravillas de la creacion, por los ángeles y patriarcas, por Moisés y los profetas; pero no había llegado á conquistar los homenajes del género humano, hasta que vino el día en que, cumpliéndose los decretos del Eterno, la verdad se personifica, el divino Verbo se viste de nuestra humana naturaleza, y desciende á habitar acá en la tierra bajo esta túnica mortal, haciéndose nuestro amigo, nuestro hermano, hombre como nosotros. Mas, para no deslumbrar con sus divinos resplandores á nuestros ojos débiles y enfermos, y para no

sobre el feliz y dilatado campo de la Iglesia, lo cubre de numerosísimas Órdenes religiosas, refugio seguro del pecador y fuerte baluarte para el justo.

Y si no obstante de tantos cuidados y solicitudes como tiene por los cristianos, y tantos medios como para su salvacion les proporciona, cunde el torrente de la iniquidad y se dejan deslumbrar por el engaño y la mentira, ¿deja de volverlos al recto sendero de la virtud? ¡Ah! María ama demasiado á los cristianos, para dejarlos perecer miserablemente. Entónces, con los golpes de su glorioso cayado, hace levantar una multitud de predicadores evangélicos, que, como otros tantos diques, hacen parar el rápido movimiento de la iniquidad: sus palabras son trompetas que atemorizan y consternan á los seguidores de la maldad; sus voces son rayos que aniquilan los vicios, y sus exhortaciones trofeos para la virtud.

Que todas las criaturas del universo os bendigan, Vírgen santísima, por el cuidado que teneis de vuestro pueblo. Cuando éste, al parecer, vá á ser presa del lobo infernal, entónces le haceis sentir más de cerca vuestra proteccion; y así ¿qué diré de Vos, oh Pastora divina de los cristianos? Vos sois refugio en sus tribulaciones, mantenimiento en sus necesidades, luz y guía en sus operaciones; por Vos son librados de las tentaciones; y los que son pecadores convertidos, y los justos mantenidos en la virtud; en Vos, finalmente, los caídos se levantan, los enfermos se curan, y todos los que os aman son por vuestro medio llevados al goce de vuestro Hijo. Lo que importa, amados míos, es no desmerecer estos favores con nuestras depravadas costumbres. Ódio perpétuo al vicio y amor eterno á la virtud: este es el camino para granjearnos la proteccion de María. Miéntras nos engolfemos en los vicios, María no nos protejerá: es preciso corregirnos, si queremos que María nos libre de nuestros enemigos. Y cuando lo hayamos hecho, entónces esperaremos con fundamento la salud de nuestra pátria, el remedio de nuestros males, y el goce de la vida eterna, que os deseo á todos.

NUESTRA SEÑORA DEL PILAR.

DISCURSO I.

Quæ est ista, quæ progreditur quasi aurora consurgens, pulchra ut luna, electa ut sol, terribilis ut castrorum acies ordinata?

¿Quién es esa que camina como la aurora al nacer, hermosa como la luna, escogida y brillante como el sol, terrible y majestuosa como un ejército formado en órden de batalla...?

(CANT. VI, 9.)

Llegó un tiempo, en que las generaciones todas habían venido á caer en una noche oscura de tinieblas, de crímenes, y de errores los más groseros. Cuarenta siglos de mentiras se habían extendido por el universo oscureciendo toda verdad. Cuatro mil años hacía, que los hijos de los hombres, cual si fueran pueblos malditos, andaban errantes por los áridos desiertos de la ilusion y de la fábula; y las inteligencias, envueltas en la oscuridad del error, pedían con inquietud y desasosiego la verdad á la duda é indecision, al mismo tiempo que buscaban la virtud en los altares mismos del vicio, del cinismo y de la crápula. La verdad, es cierto, que había hablado al mundo por medio de las maravillas de la creacion, por los ángeles y patriarcas, por Moisés y los profetas; pero no había llegado á conquistar los homenajes del género humano, hasta que vino el día en que, cumpliéndose los decretos del Eterno, la verdad se personifica, el divino Verbo se viste de nuestra humana naturaleza, y desciende á habitar acá en la tierra bajo esta túnica mortal, haciéndose nuestro amigo, nuestro hermano, hombre como nosotros. Mas, para no deslumbrar con sus divinos resplandores á nuestros ojos débiles y enfermos, y para no

aterrar nuestra flaqueza con su majestad y gloria, se oculta nueve meses en él seno de una pura doncella, por cuyo medio nace á la vida del tiempo á fin de que nosotros nazcamos á la vida de la eternidad. Y en cambio de una fé sencilla, humilde y sumisa que pide á los racionales, se convierte ese divino Mediador en conquista y herencia del hombre regenerado, del hombre humilde y dócil á la voz del Evangelio.

En esta dispensacion maravillosa de la verdad ¿hay acaso, amados oyentes mios, alguna cosa que no sea digna de la adorable sabiduría de un Dios benéfico y lleno de amor y benevolencia para con sus criaturas? Todavía no he descubierto hasta donde llega la bondad y economía de la misericordia divina. Desde que la soberbia, que, en un principio, tentó á nuestros primeros padres, y bajo el disfraz de la serpiente, derramó su mortífera ponzoña hasta el fondo de nuestra naturaleza degenerada, ya no queremos deber la verdad más que á las invenciones de nuestra falsa prudencia; y por eso, sin duda, el primer movimiento de nuestro indómito espíritu es un movimiento de rebelion contra la verdad misma, por más que ésta nos haya venido de lo alto. Pero ¡oh bondad y misericordia de nuestro Dios! este Señor omnipotente, que conoce todas las honduras de la llaga original, como que quiso curarla eficazmente, nos fué conduciendo por el atractivo de su gracia y el irresistible encanto de una confianza filial al pié del trono, donde está sentada la más tierna y cariñosa de las madres, que con la mayor dulzura nos muestra sobre sus brazos el tierno fruto de su vientre virginal; y ese fruto es la misma Verdad eterna cubierta bajo la túnica de la humana carne.

La Verdad pues, amados mios, considerada en su manifestacion más sublime, es decir, en la encarnacion del divino Verbo, como que esto es un misterio, hubiera quedado cubierta para todo entendimiento que ignorase el dogma único que la revela, á saber, la divina Maternidad de María. Observémoslo con detenimiento, hermanos mios. La verdad es el sumo bien; en su conocimiento estriba la vida eterna, como dice el mismo Jesucristo por boca de S. Juan: y por eso, para que esta verdad estuviese más al alcance de los mortales, quiso el Omnipotente que su adquisicion dependiese de un acto profundo de humildad y de fé, y que una mujer fuese la que la concibiera al mundo.

María es la madre de la Verdad viva. Esa celestial Señora vistió de nuestra humana carne á la Verdad eterna, para hacérnosla visible y palpable, Ella dió al universo lo que el universo jamás encontrará

sin Ella, es decir, que la Santísima Vírgen María nos dió la Verdad y la Luz, como que ésta nació de su vientre.

¿Habríamos sospechado jamás, amados oyentes mios, que en los Consejos divinos hubiera sido escogida una mujer para derramar la luz de la verdad sobre la naturaleza degenerada? Pero ¡ah! que cuando se trata de la España, de Aragon, de Zaragoza, esa Vírgen Madre se desvive; y aunque los enviados de su divino Hijo vienen á predicarnos y á revelarnos la verdad, no sosiega esa celestial Señora, ni descansa hasta que por sí misma viene á comunicarnos la luz eterna, la luz de la verdad, Jesucristo señor nuestro. Este fué el objeto de la venida de la Santísima Vírgen María á Zaragoza, y este será el objeto de vuestra piadosa atencion en este instante. Pidamos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

¡Qué misterios tan sublimes encierra la Escritura santa! ¡Qué verdades tan consolatorias para el pueblo cristiano, especialmente para el español! Si los sagrados libros se registran con detenimiento, no puede ménos de hallarse en ellos desenvuelta la gran misericordia que el Eterno usó con nosotros, cuando quiso que su propia Madre fuese nuestra maestra y directora, nuestra abogada y defensora. Abranse los libros sapienciales, y con especialidad registre nuestra imaginacion lo que el Espíritu Santo dice en el Cantar de los cantares: «Una sola es la escogida, dice el celestial Esposo; viéronla las doncellas, y la aclamaron dichosísima: viéronla las reinas, y la colmaron de alabanzas. ¿Quién es esa, dijeron, que camina y se adelanta como la aurora al nacer, hermosa como la luna, escogida y brillante como el sol, terrible y majestuosa como un ejército formado en órden de batalla (1)?» «Esta es, dice el mismo Dios en el libro del Eclesiástico (2), la que como Madre del género humano tuvo el supremo dominio en todos los pueblos y en todas las gentes...» Y en consecuencia de este supremo dominio que María tomó con tan señalado gusto, «como que tiene sus delicias en estar con los hijos de los hombres;» oid, hermanos mios, lo que esta misma Señora nos dice en el lugar ántes citado: «Yo sujeté con mi poder los corazones de todos, grandes y pequeños; y en todos esos pueblos y naciones busqué donde pudiera reposar y hallar mi descanso; y por fin, en la heredad del Señor fijé mi morada: *Tunc præcepit, et dixit mihi creator*

(1) CANT. VI, 8.
(2) CAP. XXIV, 29.

omnium: entónces me mandó y dijo el Criador de todo, el que me dió el sér, el que habitó en mi morada, en mi propio vientre: *In Jacob inhabita, et in Israel hæreditare:* habita en Jacob y sea Israel tu herencia, el lugar de tu descanso: *Et in electis meis mitte radices:* y arráigate en mis escogidos... En su consecuencia, nos dice hoy esta Señora: fijé mi estancia en Sion: fué el lugar de mi reposo la ciudad santa, y en Jerusalén está mi trono.» ¡Ay! mis amados, que yo hallo en este lugar de la Escritura santa casi expresamente señalado el orígen y progresos de la verdadera fé en nuestra pátria. ¿Si seremos nosotros los escogidos de Dios, en quienes por expreso mandato de este Señor omnipotente ha de arraigarse María para favorecernos? ¿Si seremos nosotros la heredad del Señor y de su santa Madre, en la que María Santísima dice que fijó su morada? Pero qué; ¿podemos acaso dudarlo, amados mios, cuando la historia así lo dice, la tradicion así lo refiere, y preciosos monumentos lo confirman del modo más eficáz y poderoso? Sí; España, Aragon, Zaragoza, especialmente, es ese escogido pueblo de la Reina de todo lo criado, y hoy mismo lo confirma la Iglesia santa con la solemnidad de este dia, en que celebra el aniversario de la venida de la misma Madre de Dios en Zaragoza.

Desde la dispersion de las gentes por toda la tierra, ya comenzó con los descendientes de Noé el orígen de nuestra nacion. Aquellos primeros pobladores que hubieron fijado su morada en nuestro suelo, tenian muy bien arraigada la idea de un verdadero Dios criador del universo, y estaban completamente persuadidos de la sumision, culto y reverencia que el hombre debia tributarle: ideas que les proporcionaba la luz de la razon, rectificada por la revelacion que se les habia trasmitido por medio de los patriarcas Adán y Noé: y así, ilustrado el entendimiento de aquellos primeros pobladores de la Hesperia, con su lengua, resultado de la confusion verificada en Babel, dejaron tambien sentada su ley y su doctrina, su religion y sus creencias; de manera, que nuestra nacion, desde que principió á ser habitada, ya adoraba al verdadero Dios con un culto tal vez más perfecto que la pluralidad de las naciones. La historia no nos dice que idolatrasen nuestros primeros pobladores, que eran los hijos de Jafet, como nos lo dice de los descendientes de Cam, que poblaron el Asia; y San Agustin (1) cuenta á la España entre los antiguos pueblos que conservaron la noticia clara de un solo y verdadero

(1) Civit. Dei, lib. 8, cap. 9.

Dios. Y sin duda que esta creencia se hubo conservado, sinó en toda su pureza, por lo ménos en su esencia, hasta que los idólatras fenicios y cartagineses trajeron consigo sus abominables deidades. Algunos años ántes del nacimiento de Jesucristo, los romanos, con su dominacion, introdujeron en nuestro suelo el culto de los dioses del imperio; y entónces fué cuando César Augusto halló á la pequeña Sálduba de oscuro orígen y etimología; y cual si presintiera la futura grandeza de aquesta poblacion, ó quisiera asociarla á su constante fortuna, le comunicó su nombre, la erigió en colonia militar, destinándola para descanso de los veteranos vencedores del órbe; y concediéndole el derecho de inmunidad, la constituyó en cabeza de ciento cincuenta y dos pueblos, situados parte de ellos en lo que es ahora Cataluña, Navarra y Castilla; de suerte, que vino á brotar á las orillas del Ebro una segunda Roma con sus templos, baños y circo, con sus leyes y costumbres. Y Cesaraugusta, la más esclarecida de las ciudades interiores de la España, llegó á confundir la gratitud á su bienhechor con la adoracion de Augusto y de su esposa Livia, á los que consagró altares; de manera, que nuestra nacion quedó sumida en la más vergonzosa idolatría. ¿Seguirá acaso la España por mucho tiempo anegada en tan profano culto? ¡Ah! temible es que así sea, atendido el carácter constante de sus moradores; pero nó, no es ese el designio del Eterno, cuya voluntad conocía ya entónces la santísima Virgen María, que habitaba todavía en Jerusalén; y por eso, cuando el hijo del trueno se despide de Ella para evangelizar la Italia y la España, la Madre de Jesús le hace un especial encargo para que se detenga en Zaragoza, y aún le significa que allí irá á visitarle.

El apóstol Santiago desempeña su mision y predica la verdadera fé á nuestros mayores, los que, como enemigos de toda novedad por naturaleza, ciegamente aferrados en el paganismo, desprecian la buena nueva del Evangelio, llenando de amargura y afliccion al hijo del Zebedeo, quien, léjos de pedir como en otro tiempo contra los samaritanos fuegos del Cielo, ahora pide con fervor la gracia y misericordia del Señor, y con sus convertidos ruega por la España en las márgenes del Ebro; cuando ¡oh prodigio sin igual! el Cielo todo se conmueve. El Eterno quiere que se cumpla su decreto; y acordándose la persona del Padre de su predilecta hija María, el divino Hijo de su Madre, y el Espíritu Santo de su celestial esposa, le previenen y significan, que ya es hora de que Ella visite al nuevo pueblo de Israel, y de que radique sus favores en sus escogidos. El Omnipotente hace entender su voluntad á los espíritus angélicos, á quienes

se manda trasladar á María desde Jerusalén á Zaragoza, y desde el Cielo su imágen y columna... Pero ¿á dónde voy, Dios mío? ¡Ah! mi imaginacion se transportaba por los Cielos cuando debe fijarse acá en la tierra. El conjunto de circunstancias que en la madrugada del 2 de enero del año 45 conspiran á nuestro bien, me sorprende sobremanera; mi espíritu se enajena, mi entendimiento se ofusca en la contemplacion de tan inmerecida gracia; y no puedo ménos de confesar, que mi debilidad é insuficiencia apénas me permiten referir en este instante lo que nos acredita la más autorizada y constante tradicion. Una noche tranquila y placentera, en la que todo era silencio en Zaragoza, el viento apacible que reinaba, y el sordo murmullo que las aguas del Ebro hacían susurrando suavemente, no era motivo suficiente para alterar el sueño de los zaragozanos. Solo Santiago á las orillas del Ebro, con los que poco ántes convirtiéra, se hallaba en oracion velando por la salud espiritual de los mortales. Triste y pensativo, pero confiado al mismo tiempo, el abatido apóstol levanta al Cielo sus ojos como buscando el consuelo que no hallaba acá en la tierra, y al punto se extasía; su rostro se inmuta, los discípulos, que advierten esta mutacion, se llenan de alegría, y al elevar la vista descubren un grande resplandor que á ellos se aproxima. El santo apóstol, enajenado y suspenso al oir un armonioso eco de músicas celestiales, no sabe lo que por él pasa, y engolfado en un mar de dulzuras se figura que habita ya en el Cielo. Para él la noche ya no es lóbrega, porque la ilumina una luz que se adelanta radiante y placentera como la aurora al nacer. Y en medio de aquella luz descubre un trono apoyado sobre refuljentes nubes, y ángeles sin cuento que hacen la corte á una bella criatura de sobrehumana hermosura, de un brillo refuljente que deslumbra y embelesa; mujer dichosa, que, llena de majestad y gloria, viene á ser el foco de tan prodigiosa luz.

Santiago se llena de un pavor santo, y sin separar la vista de tan agradable centro, ve por los aires otro segundo coro de espíritus celestiales, que descienden conduciendo como en triunfo una columna de finísimo jaspe y una preciosa imágen..... Toda aquella prodigiosa y encantadora comitiva avanza con rapidez. Pero ¿á dónde, Dios mío, á dónde? ¿A qué sitio vá á dirigirse tanta gloria? A Zaragoza, á Zaragoza, á la orilla del Ebro, al sitio mismo donde Santiago estaba; aquí, aquí cerca de nosotros, á esa angélica capilla. Miradla con la mente, miradla cómo viene y se adelanta... ¡Ah! Vírgen María, bien venida, Madre mía. Nuestro patron Santiago, que desde luego reconoce en aquella bella criatura á la Madre de Jesús, se inclina, poseído

de la más profunda veneracion y respeto. Vá á saludarla, cuando oye á esa soberana Reina, que con la mayor dulzura le significa, ser aquel el lugar dichoso destinado por su divino Hijo, para labrar en él una capilla dedicada á su propio nombre. Este pilar que ves, le dice, me lo ha enviado de lo alto para que le pongas por altar principal de mi capilla, y sobre él esta imágen mia, para que Pilar é Imágen perseveren aquí para consuelo de los fieles hasta el fin del mundo. Los espíritus celestiales, obedientes á la voz de su soberana Reina, dejan el sagrado pilar, y sobre él colocan la imágen de María que traían desde el Cielo; y despidiéndose de Santiago la Madre de Jesús, colocada sobre el mismo sólio y con la misma majestad que cuando descendiéra, se remonta sobre los aires, y al són de armoniosas músicas celestiales desaparece de la vista del apóstol, el cual persevera extático mirando hácia lo alto; y anegado en un tierno llanto, sin saber lo que se dice, exclama: Nube envidiosa, ¡ah! cuán rica tú te alejas! ¡Cuán tristes y cuán pobres quedamos nosotros aquí!

Ínclito apóstol, modera ya tu llanto en vista del Pilar é Imágen de María. Ante esa prenda de amor y de ternura, ante esa efigie soberana, ante ese sagrado prototipo, copia del mejor modelo, bien puedes desahogar tu fervor y tu cariño cumpliendo con la órden que la misma Madre de Dios te ha dejado. Y con efecto, nuestro patron Santiago así lo entiende; y despues de excitar á sus convertidos para que le ayuden á levantar una capilla á la Emperatriz de todo lo criado, en breve tiempo quedó concluida una pobre y pequeña capilla de ocho pasos, pero preciosa por las manos que la fabricaron, y por la piedad de los que la frecuentaron en los primitivos tiempos; la misma que con el transcurso de los años ha venido á ser magnífico templo cual es al presente; pero afeado por los desórdenes, por la indevocion, por la frialdad é indiferencia de los cristianos de nuestros días. Mas, ¿cómo pudo llevarse á cabo en breve tiempo en la pagana Zaragoza la construccion de una capilla, y el orígen de un culto tan contrario al que los romanos permitiéran? ¿Cómo? ¡Ah! ¿No veis, católicos, que María, la misma Madre de Dios se ha puesto al frente para introducir el imperio de la verdad en la afortunada Hesperia? Vedla, porque cual centinela vigilante ha dejado colocada su sagrada imágen sobre ese Pilar, contra el que, ya desde el principio, han tenido y tendrán siempre que estrellarse todos los ardides del Infierno. Suceso admirable, cuya memoria han hecho indeleble la constante y no interrumpida tradicion de más de diez y ocho siglos, los monumentos de la Iglesia de España y los anales de nuestra nacion; suceso, que no

puede ménos de servir para acreditar, que los españoles hemos sido mirados de lo alto con especial predileccion; época insigne y memorable, desde donde data nuestro catolicismo jamás profanado con el error, siempre incontaminado, siempre incorrupto, siempre triunfante del cisma, de la heregía y de la impiedad.

Este día 2 de enero, esclarecidos zaragozanos, ¡ah! ¡qué memorias tan halagüeñas nos ofrece al considerar el tiempo luminoso, que por nosotros ha transcurrido de firmeza y constancia en la religion cristiana, durante más de mil y ochocientos años! La idolatría, ahogada en la sangre de innumerables zaragozanos, mártires invictos, sacrificados junto á la puerta de Cineja, sí; la idolatría fué vencida conforme nuestros padres iban erigiendo en alto la cruz del Redentor; y desde que esa cruz vilipendiada es derribada por tierra, la inmoralidad cunde, las pasiones se desencadenan, los rabajos se multiplican, la miseria extiende su guadaña, la confusion y el desórden invaden la monarquía, sembrando el llanto y la desolacion por todas las clases del estado. Comparad, hermanos mios, época con época, y despues que hayais reflexionado detenidamente en ello, hallareis cómo la España llegó al apogeo de su gloria cuando, dócil á las inspiraciones del Cielo, y á los desvelos de María, se esmeró en conservar ilesa la fé que el hijo del trueno nos hubo predicado. Que lo diga el paganismo, que desapareció confuso y avergonzado á la vista del terrible esfuerzo y constancia de los hijos y discípulos de María del Pilar. Que lo diga el arrianismo de los suecos, vándalos y godos, que, humillado, tuvo que desaparecer de nuestro suelo, lo mismo que el maniqueismo de Prisciliano y el nestorianismo de Félix y Elipando. Que lo diga tambien el bárbaro y sensual mahometismo, que durante la dominacion arábiga de siete siglos mostró su impotencia para torcer la fé de los hijos de María; ni pudo profanar su templo, ni arrancar su culto. La fé del Crucificado, no hay duda, que se conservó ilesa en nuestra España por los desvelos de María; y María es la que la ha sostenido y sostiene. No importa, pues, que el centro de Europa se contamine con las falaces doctrinas de Lutero y de Calvino, y que la turba desenfrenada de sus discípulos aseste sus tiros contra la pureza de la fé de los españoles; la España, no solo conservó ilesa su fé, sinó que enarbolando el pendon real de sus monarcas comunicó la verdad á la América, al Asia, al Africa y á las islas del grande Occéano.

Posteriormente, cuando el coloso del siglo, con sus aguerridos ejércitos franceses quiso imponernos sus leyes, sus costumbres, su relajada moral y despótica dominacion; ¡ah! decidme, zaragozanos,

ilustres, ¿cuál fué vuestro heroismo? ¿Qué espíritu os hubo animado y sostenido? ¿A qué sinó á la fé y proteccion de María del Pilar debisteis vuestra intrepidez, vuestro teson, vuestra victoria? El universo os miró con asombro, se pasmó, y no pudo ménos de apellidaros con el dictado de invencibles. Sí, Zaragoza invicta: ¿á qué se debió la victoria, el arrojo y bravura con que las numerosas huestes del capitan del siglo fueron rechazadas, sinó á la fé y confianza de los zaragozanos, que supieron unir el fuego y valor guerrero con la más verdadera y sólida piedad? Hablen si no los hechos, hable la historia: hasta las cureñas de los cañones con que fué ahuyentado el enemigo, nos demuestran por la estampa que llevaban pegada, que María del Pilar dirigía los certeros tiros de aquellas bocas de fuego, manejadas á las veces por manos femeniles. Esa estampa de María viene á demostrar la fé de nuestros padres, y la victoria alcanzada de tan poderoso enemigo acredita el premio de esa fé.

Y ahora, hermanos mios, ¿dónde está esa fé? ¡Ah! Si como dice el Evangelio, atiendo á las obras, la fé ha desaparecido de entre nosotros, y con ella desapareció tambien la gloria de nuestra nacion. ¡Qué contraste, católicos! Por un lado oigo á María, que en el aniversario de su venida á Zaragoza nos dice: «Yo hice que apareciese en esta nacion una luz indeficiente y eterna» (1); y por otro lado, este siglo de mal llamadas luces, siglo de corrupcion y fanatismo, se esfuerza á apagarnos esa luz que María nos trajo; y los españoles, dormidos en sus vicios y pecados, se dejan llevar del torrente del siglo. ¡Oh dolor! Alerta, hermanos mios, alerta, que si no despertamos del letargo de la culpa, el imperio de la verdad cesará entre nosotros; se ausentará María de nuestro suelo; nos será quitado el reino de los Cielos, y pasará á otras gentes más agradecidas y avisadas. No hay que alucinarse, católicos; el que piense que con la proteccion de María ha de conseguir la salvacion eterna sin trabajo alguno por su parte, vive engañado. La Madre de Dios no puede excusarnos de la obligacion en que estamos de cumplir con la ley y preceptos del Señor; pues de otro modo, su proteccion serviría de pretexto para cubrir nuestros desórdenes, y esto es imposible. El que hallándose esclavizado por la culpa se lisonjea con la proteccion de María sin abandonar su mala vida, es lo mismo que si dijera lo que el israelita de quien nos refiere Moisés en el Deuteronomio, que, confiado en la santidad de la ley y en la proteccion que Dios había

(1) Eccles. XXIV, 6.

¡urado dispensar al pueblo israelítico, decía: «Yo tendré paz, aunque camine en la pravedad de mi corazon.» ¡Ah! no puede ser; paz, viviendo desordenadamente, es imposible, hermanos mios. Consultemos, españoles todos, consultemos con nuestros verdaderos y eternos intereses, y temamos el castigo si no nos separamos de esa licencia y desenfreno, de esa profanacion de las fiestas y del lugar santo, de esa frialdad é indiferencia religiosa que corroe el alcázar de nuestra fé, de la fé de María del Pilar.

¡Ah, Señora y Madre nuestra! miradnos con benignidad y clemencia; volved hácia nosotros vuestros ojos llenos de bondad y misericordia; sostenednos. Vírgen santísima, sostenednos en la fé. Haced, Madre nuestra, que nuestra fé se aumente, que nuestra esperanza se cumpla, y que nuestra caridad se encienda. Alcanzadnos, Reina soberana, alcanzadnos de vuestro divino Hijo la gracia que necesitamos, para que, abriéndose los ojos de nuestra alma, caminemos por las sendas que conducen á la gloria. *Amen.*

NUESTRA SEÑORA DEL PILAR.

DISCURSO II.

Thronus meus in columna.
El trono mio sobre una columna
(Eccl. XXIV, 7.)

Señores: no extraño los éxtasis y raptos de vuestra admiracion y vuestro júbilo; yo mismo, informado de antemano de la grandeza y elevacion del objeto que nos ha congregado en este santo lugar, he contenido mi corazon para que una alegría consoladora no le hiciese huir de su seno. Por una parte, una Columna maravillosa, mucho más famosa que las que dedicó Roma á los Trajanos y Antoninos; que las que se registraban en las plazas de Egipto y Babilonia; que aquellas de que hablan los Cánticos, Jeremías, los libros de los Reyes y de los Macabeos. Por otra, colocada en esta Columna, no el ídolo de la fortuna, no los dioses de barro de la gentilidad, no las Déboras, Judiths, Esthers, ó Sunamitis, sinó aquella gran Reina que salió de la boca del Altísimo, primogénita ante toda criatura: que con el brazo de su poder y el eco de su voz, sacó del medio de las tinieblas una luz indeficiente, y cubrió la tierra como la niebla con los influjos de su proteccion. ¡Qué objetos tan embelesadores!

Si vosotros quereis informaros de la dicha que tales objetos nos anuncian, hablad con vuestros padres, preguntadlo á los que os han precedido, y os dirán los excesos del amor con que ha sido privilegiada nuestra España; la eleccion misericordiosa que ha hecho de nuestro suelo la grande, la dulce, la amabilísima Vírgen, viniendo en persona en carne mortal á ilustrarle, honrarle, ennoblecerle, poniendo en él su Tabernáculo, y echando profundas raices entre sus escogidos.

Os dirán, que la Madre del amor hermoso, del temor, de la ciencia, y de la santa Esperanza, dejó su pátria, su amada Palestina por

¡urado dispensar al pueblo israelítico, decía: «Yo tendré paz, aunque camine en la pravedad de mi corazon.» ¡Ah! no puede ser; paz, viviendo desordenadamente, es imposible, hermanos mios. Consultemos, españoles todos, consultemos con nuestros verdaderos y eternos intereses, y temamos el castigo si no nos separamos de esa licencia y desenfreno, de esa profanacion de las fiestas y del lugar santo, de esa frialdad é indiferencia religiosa que corroe el alcázar de nuestra fé, de la fé de María del Pilar.

¡Ah, Señora y Madre nuestra! miradnos con benignidad y clemencia; volved hácia nosotros vuestros ojos llenos de bondad y misericordia; sostenednos. Vírgen santísima, sostenednos en la fé. Haced, Madre nuestra, que nuestra fé se aumente, que nuestra esperanza se cumpla, y que nuestra caridad se encienda. Alcanzadnos, Reina soberana, alcanzadnos de vuestro divino Hijo la gracia que necesitamos, para que, abriéndose los ojos de nuestra alma, caminemos por las sendas que conducen á la gloria. *Amen.*

NUESTRA SEÑORA DEL PILAR.

DISCURSO II.

Thronus meus in columna.
El trono mio sobre una columna
(Eccl. XXIV, 7.)

Señores: no extraño los éxtasis y raptos de vuestra admiracion y vuestro júbilo; yo mismo, informado de antemano de la grandeza y elevacion del objeto que nos ha congregado en este santo lugar, he contenido mi corazon para que una alegría consoladora no le hiciese huir de su seno. Por una parte, una Columna maravillosa, mucho más famosa que las que dedicó Roma á los Trajanos y Antoninos; que las que se registraban en las plazas de Egipto y Babilonia; que aquellas de que hablan los Cánticos, Jeremías, los libros de los Reyes y de los Macabeos. Por otra, colocada en esta Columna, no el ídolo de la fortuna, no los dioses de barro de la gentilidad, no las Déboras, Judiths, Esthers, ó Sunamitis, sinó aquella gran Reina que salió de la boca del Altísimo, primogénita ante toda criatura: que con el brazo de su poder y el eco de su voz, sacó del medio de las tinieblas una luz indeficiente, y cubrió la tierra como la niebla con los influjos de su proteccion. ¡Qué objetos tan embelesadores!

Si vosotros quereis informaros de la dicha que tales objetos nos anuncian, hablad con vuestros padres, preguntadlo á los que os han precedido, y os dirán los excesos del amor con que ha sido privilegiada nuestra España; la eleccion misericordiosa que ha hecho de nuestro suelo la grande, la dulce, la amabilísima Vírgen, viniendo en persona en carne mortal á ilustrarle, honrarle, ennoblecerle, poniendo en él su Tabernáculo, y echando profundas raices entre sus escogidos.

Os dirán, que la Madre del amor hermoso, del temor, de la ciencia, y de la santa Esperanza, dejó su pátria, su amada Palestina por

visitarnos, que se separó por algun tiempo de aquellas santas mujeres depositarias de su corazon, y fieles compañeras de sus amarguras y de sus consuelos; de aquellos fieles fervorosos, que animados con la divina sangre de Jesucristo formaban la verdadera Iglesia de los justos, solo por conversar con vosotros en una edad en que incultos, cerriles y feroces, no oíais otra voz que la de los falsos agoreros.

Os dirán, que nuestra protectora María, aún viviendo, se vino á las orillas del Ebro á solicitar su culto de los españoles, haciéndose familiar á nuestra nacion, dejándonos su propia imágen en el Pilar de Zaragoza, y en él el trono de su magnificencia, y la prenda invariable de su cariño: *Thronus meus in Columna*. Os añadirán, que este fué el lenguaje con que se explicó nuestra amable protectora con el apóstol de nuestra nacion: *Santiago, este es el lugar que yo he elegido: aquí quiere el Omnipotente que dediques un templo, en donde debajo de mi nombre sea el suyo engrandecido. Este ha de ser mi templo y casa, mi propia herencia y posesion: en él se manifestará la virtud del Altísimo por mi intercesion, y mis ruegos á favor de los que pidiesen con verdadera fé y piadosa devocion. Mira tambien ese Pilar: él quedará aquí, y colocada sobre él mi propia imágen. En testimonio de esta verdad y promesa, durará en este lugar con la fé hasta el fin del mundo.* ¡Qué generosidad, qué amor el que nos muestra María! ¡Qué gloria, qué elevacion, qué privilegios los que resultan á nuestra nacion! Yo, oyentes, voy á hacer vuestro elogio en el de la misericordiosa María, y á persuadiros cómo debeis creer que María puso su trono en Zaragoza. ¡Qué argumentos tan convincentes nos persuaden su venida! ¡Cuánto debemos esperar de María, despues de haber fijado su trono en nuestra España! ¡Qué utilidades nos ha traido su venida! ¡Qué no deberemos hacer por haber colocado María su trono en nuestra nacion, y cuál debe ser nuestro reconocimiento! Lo que debemos creer es, que María ha visitado á nuestra España, y por esta razon, debe ser el objeto de nuestra piadosa credibilidad. Lo que debemos esperar de María es, su socorro y proteccion, y por esta razon, debe ser el objeto de nuestra más tierna confianza. Lo que debemos hacer por María es, ser fielmente agradecidos á su beneficencia, y por esta razon, debe ser la Vírgen el objeto de nuestro más perfecto reconocimiento. A. M.

Creer indiferentemente lo que se anuncia, y dar asenso á todos los hechos de la antigüedad sin crítica y sin exámen, es una verdadera necedad; pero, negarse con obstinacion á lo que autoriza una nube

de testigos graves, probados y respetados en el órbe literario, esto es, en verdad, un caprichoso modo de pensar. ¡Oh vosotros, los que jamás podreis despojar á nuestra nacion de la gloriosa eleccion que hizo María de su suelo, fijando en él su templo, sus ojos y su corazon! contestadme de buena fé: ¿si entre las historias dignas de una piadosa credibilidad, no ocupa lugar de primer órden la venida de la Vírgen María á nuestra España? ¿No es fundamento que no han podido sacudir los fuertes huracanes que levantan los enemigos de las glorias de nuestra afortunada nacion, la tradicion inmemorial de todos los reinos, ciudades é iglesias de España? Si os pregunto, que ¿de dónde hubisteis la noticia de la venida de María á nuestra España, no me respondereis sin detencion: lo hemos oido por nuestros propios oidos á nuestros mayores; nuestros padres nos lo han enseñado? ¿Y no será este mismo el lenguaje de todas las edades, desde la fundacion de la religion católica en España, hasta el día de hoy? ¿No es esto lo que enseñaron los mayores y más santos varones, los sábios más ilustrados, los hombres más sensatos de que siempre ha abundado la España? Los Torquatos, Segundos, Cecilios, Indalecios del siglo primero: los Eugenios de Toledo, los Trogos y Justinos del segundo: los Lorenzos, Justas y Rufinas del tercero: los Valerios, Ciríacos, Paulas y Leocadias del cuarto: los Orosios, Baquiarios, Idacios del quinto: los Leandros, Martines y Hermenegildos del sexto: los Braulios, Ildefonsos é Isidoros del séptimo: los.... ¿á qué fin empeñarme en esto? El tiempo no es bastante para calcular los que han tenido grabada en su corazon esta preciosa memoria, que es como natural, por decirlo así, á los españoles, y nace con ellos desde el seno de sus madres.

¿Penetrais vosotros por qué hablo así? Así hablo, porque, á pesar del furioso conato de Diocleciano en dar al olvido nuestras historias pátrias, y de la irrupcion de los moros, se conservan reliquias muy preciosas que autorizan la inmortalidad de esta piadosa tradicion. Tal es aquel privilegio concedido en el siglo octavo por Chindasvinto á Avito de Orense, que se conserva en San Claudio de Ribadavia; el manuscrito de Tayon de los Morales de San Gregorio, cuyo venerable documento guarda con estimacion Zaragoza; una multitud de memorias anteriores á la irrupcion de los árabes, que examinó por sí mismo D. Juan de Salazár. Hablo así, porque en la Misa Gótica, tan antigua como respetable, se lee una solemne deprecacion con que los canónigos de Zaragoza alaban cada día, bendicen y exaltan á la Santísima Vírgen en la Capilla que la fabricó Santiago, represen-

tando á Dios la generosa dignacion con que condujo á su Madre entre los coros de los ángeles á las márgenes del Ebro, y pidiendo por su mediacion las gracias que necesitamos, y de que es María el manantial fecundo y el canal copioso de su propagacion. Hablo así, porque una asamblea sagrada de críticos religiosos ha venerado como auténtica la Encíclica de Pedro de Librana, en la que anima á los fieles con las gracias concedidas por el Papa Gelasio II á reparar el templo mayor de Zaragoza, que abraza en su extension el lugar santo y terrible que pisó María con sus plantas, y la pequeña capilla que edificó á su gloria el protomártir entre los apóstoles. Y ya debeis advertir que estos monumentos, puestos á toda prueba, hablan de un hecho, cuya memoria excede la antigüedad de los siglos séptimo y octavo en que florecieron sus autores, y, por consiguiente, que se ha creido en los tiempos más remotos, que María visitó en persona nuestra España, como nos lo han enseñado nuestros padres. Ved la antigüedad de nuestra tradicion. ¿Qué juzgais de ella? ¿No es racional, legítima é invulnerable á la crítica más atrevida? Así es; pero ved aquí otra prueba decisiva de la dulce memoria de que hablamos. ¿Y cuál es? La fé debida á la Iglesia. Esta regla invariable de la verdad, ¿con qué términos tan expresivos no se ha explicado á favor de nuestra tradicion? ¿Qué gracias tan singulares no ha franqueado, qué liberalidades no ha concedido para animar á los fieles á celebrar la misericordiosa aparicion de María, frecuentar su santuario, y promover su gloria? Los Sumos Pontífices Calixto III, Paulo IV, Clemente VII y XII, llenos de beneficencia, publican la familiar conversacion de María con el apóstol Santiago: autorizan la afortunada órden de que se fabricase templo en Zaragoza en aquel mismo lugar donde la Vírgen se había mostrado sobre la piedra, donde se grabaron nuestras dichas, y excitan á los fieles á implorar la proteccion de esta Madre de misericordia con el augusto título de Pilar, ó de la Columna. Otro testimonio consolador os dá esta Esposa del Cordero.

Este es el Oficio del rezo, que concede á esta festividad, aprobado por la Santidad de Clemente XII, y que cantan todas las iglesias de nuestra nacion. En él se llama piadosa y antigua esta tradicion, se describen por menor las circunstancias que refieren nuestras historias, y ministra un argumento de aquella certidumbre de segundo órden, que llaman los teólogos piadosa creencia, la que ninguno puede negar sin incurrir en la nota de temerario. ¿Y en qué circunstancias tan críticas se explicó la Iglesia de este modo? Cuando el Vaticano se reviste de toda la severidad de que es capáz para examinar

el punto; cuando tenemos los españoles que desatar las esforzadas réplicas de un promotor de la fé, que ha hecho época en su siglo, el sábio, el erudito Lambertini, quien, por su propia confesion, apuró los resortes de su entendimiento vivo, sagaz y penetrante para descubrir esta verdad. Entónces fué cuando la Iglesia abrió su boca para cerrar la de los temerarios, y en juicio contradictorio pronuncia un decreto marcado con el sello del Pescador, en que aprueba la tradicion de nuestra nacion, llenando de gozo la Ciudad de Dios con las avenidas copiosas de dulzura que son propias de su amoroso corazon. La España renueva su juventud como el águila para celebrar á la Madre del Verbo de Dios en su Pilar, y une sus votos al testimonio comun que autoriza la venida de María á Zaragoza, como apoyada sobre fundamentos indesquiciables, y á la que nada se puede oponer con razon. Paso ahora á demostrar, que es, igualmente, el objeto de la confianza española, por las utilidades que nos ha traido su venida.

El que advierta que la Vírgen María ordenó á Santiago, que la erigiese un templo á su culto; que Ella misma, acompañada de una multitud de espíritus bienaventurados, se viene desde Jerusalén á Zaragoza, aún viviendo en carne mortal, á visitar á los españoles, y señala el sitio en que quiere ser de ellos venerada, dejando al santo Apóstol el simulacro á cuyo honor se ha de consagrar la piedad española: quien advierta esto, ¿no dirá á nuestras gentes lo que en el libro del Deuteronomio se dijo á los hijos de Israel: vosotros sois el pueblo escogido de María, que le hará el más glorioso de cuantos ha criado el Señor? ¿No se persuadirá á que María, quería derramar á manos llenas sobre los españoles la plenitud de todos los bienes de que la Vírgen es única dispensadora; que quería franquearles aquella seguridad consoladora que la atribuye el Padre S. Anselmo, cuando enseña, que es imposible que se pierda aquel á quien protege María; y que quería darles á entender, que tenían á su favor una Madre llena de bondad, cuyas entrañas de misericordia se conmueven, y como que se violentan, por decirlo así, con la miseria de los hijos del hombre prevaricador, y las abre generosamente para sostener y aliviar su flaqueza? Sin duda que esa sería la primera idea que asaltase á quien ponderára bien los desvelos de María con nuestra nacion. Porque desde luego se deja percibir, que María quiso derramar las generosidades de su corazon con los que invocan su grande nombre en aquella Ara, y fijar en su Pilar hasta el fin de las generaciones el título de nuestra proteccion, de nuestra inmunidad, y de nuestro

asilo en los fatales días de la tempestad. Apénas pisa María nuestro suelo, cuando resonaron en las bóvedas del hemisferio español aquellas palabras que horrorizaron al abismo: *Disperdam nomina idolorum, et non memorabuntur ultra.* El soberbio dragon se estrella, y despedaza contra la sagrada piedra donde puso su planta el Arca de la nueva alianza. Como á la presencia del sol se disipan las tinieblas, y huye la fiera sangrienta, que no deja la cueva sinó al abrigo de la noche; á este modo, colocada María en su Pilar, se deshacen para siempre las densas nubes del gentilismo, sin que se atrevan á acometerla los maestros de la mentira. España pagana, España idólatra, ha venido á ser España religiosa, España católica por excelencia.

Vosotros, que sabeis bien, que la España, en el año 64 de la éra cristiana, se reputaba ya el campo más florido de la Iglesia, y que daba materia abundante para la historia de los triunfos de los mártires, y de los progresos de la fé ortodoja; que de nuestra España, en el segundo siglo, ya hablaban S. Ireneo y Tertuliano como de una de las principales conquistas del Crucificado, cuya religion habían abrazado todos sus naturales: que poco despues de este tiempo, el obispo de Cartago, S. Cipriano, pone en ella la cristiandad tan floreciente, que parecía otra Jerusalén, donde apénas se señalaba un leproso; que nuestra nacion ha celebrado en todos tiempos concilios y asambleas legítimamente herederas de la fé de los apóstoles: vosotros, ya lo dije, que sabeis muy bien todo esto, direis, sin duda, que no en vano levantó María su columna de Zaragoza, en señal del glorioso trofeo de la idolatría que iba á expelerse de nuestra nacion con su favor y proteccion; pues si levantó las suyas Octaviano en el Egipto, por haber rendido á su competidor Marco Antonio, con mayor razon debió consagrarse este augusto triunfo á María santísima, que agregaba por su auxilio al reino de Jesucristo una nacion, en la que se vería la fé siempre vencedora. Sí, señores: se fija en Zaragoza esta columna, y sobre ella la Reina triunfadora, para dar una señal á los siglos futuros, de que la que mostró tanto empeño en hacernos cristianos, perpetuará gloriosamente entre nosotros el depósito precioso de la fé que nos había confiado: esta es la literal significacion de la palabra columna. Para explicar el Apóstol la firmeza de la Iglesia; Job, la inmortalidad de los ángeles; y S. Juan, la corona eterna que se promete á los vencedores, se valieron de esta misma expresion; y la Santísima Vírgen, para instruirnos de la fé en España, se dejó ver á nuestros compatricios sobre su columna.

La fé en España ha sido estable. Plantóse la Religion en los secos

arenales de la Africa, en el Asia; en la Europa entró en España; pero ¡qué suerte tan diversa! En Africa y en Asia, apénas echó raices, cuando un viento, que abrasa como fuego, troncha esa vid hermosa, la seca, la marchita. La iglesia de Constantinopla vió sentados en ella los Nestorios, Sergios y Macedonios: la de Antioquía, á Paulo de Samosata y Pedro Nafeo: la de Jerusalén á Juan Origenista, Salustio y Arsenio. En la Europa no ha sido más feliz la acogida de la fé: ora se ha visto violentamente despojada de su luminosa oscuridad; ora en contínua lid con la herejía: la ira del Señor, excitada contra esas naciones delincuentes, arranca la fé, la arroja por el suelo; y de esos amenos sitios en donde descollaba, es trasplantada á una nacion sedienta siempre de juntar en su seno todo lo grande, todo lo heróico de la Religion. ¿Y qué nacion es esa? Responded, precioso mármol, donde grabó María la fortaleza de la fé española. Esta es la feliz España. ¿Quién ha sido capáz de hacer vacilar su fé? ¿Por ventura las fieras persecuciones de los tiranos? A los primeros amagos del sanguinario Diocleciano, el Espíritu Santo congrega á nuestros pastores, y forman los decretos más arreglados á la fé y al Evangelio en el concilio de Iliberi, tan célebre en el siglo cuarto. ¿Acaso los herejes? El grande Osio, á quien llama S. Atanasio el Padre de los Concilios, pone en perpétuo silencio al hereje Arrio. Paciano, destruida la heregía de Novato, llena de gloria inmortal á su silla de Barcelona. El santo obispo Toribio confunde á los priscilianistas en Palencia. Se me presentan de tropel los Isidoros, Leandros, Fulgencios, Julianos, Ildefonsos, Orosios, Eterios, Albornozes, Vegas, Canos, Torquemadas, Lainez, Sotos... Se me acaba la respiracion, y no nombro la multitud de españoles que cerraron todos los caminos á la heregía. ¿Acaso el poder irritado? Combatir con espadas la fé de los españoles y derramar su sangre, es lo mismo que multiplicar su cristianismo: Lorenzos, Vicentes, Eulalias, Hemeterios y Celedonios, Justos y Pastores, Optatos y Marciales, Urbanos y Quintilianos, Engracias y Julias, ya oís que claman bajo el altar del Cordero inmaculado por la venganza de su sangre derramada en defensa de su fé. Solo Zaragoza ha dado mártires que la Iglesia llama Innumerables, alimentados á los pechos de María.

Y no solo ha sido María nuestra luz, nuestra guía; ha protegido, además, el brazo guerrero de los españoles. Nuestros triunfos y nuestras victorias ¿no se han atribuido siempre á María? ¿y acaso han atacado nuestros jefes á sus enemigos sin que esta Reina triunfadora no haya caminado al frente de nuestras tropas? ¿No ha sido su len-

guaje el de Barac, oprimido por las violencias de Sísara, ó han asaltado á los enemigos sin la presencia de esta valerosa Débora? *Si venis mecum, vadam: si nolueris venire mecum, non pergam* (1). Ello es, que el animoso Pelayo salvó las reliquias moribundas de la España con el broquel de María, en el cual se estrellaban los dardos y saetas enemigas, hiriendo de muerte á los mismos contrarios. Ello es que el rey D. Alfonso XI, triunfa de un ejército de cuatrocientos mil moros, viendo doscientos mil muertos y heridos á sus plantas, ó mejor diré, á las de María, cuya imágen fijada á su estandarte real, era alma de su valor. Ello es, que Alfonso el Casto destrozó más de sesenta mil sarracenos con el auxilio de aquella prodigiosa imágen de María, que llevaba siempre á la frente de sus tropas. Ello es, que si Alfonso I consigue veinte y nueve victorias contra los moros: si Ramiro el II abate el orgullo del artificioso Alvenain: si Alfonso el VII canta triunfo en las Navas de Tolosa: si el Cardenal Cisneros consigue en pocas horas la célebre conquista de Orán: si Alfonso XI tiñe de sangre las aguas del Salado: si... Todo eso es obra de María Santísima, Jael valiente contra los enemigos del Israel español; esforzada Judith, que llena de confusion á los altivos Holofernes; prudente Débora contra los rivales de la nacion privilegiada, que ha efectuado la promesa que hizo al bajar á Zaragoza de estar siempre en nuestra ayuda. ¿Pudo hacer más por España una Madre, que jamás se olvida del hijo de sus entrañas? ¿No puede reconveniros desde ese trono de su gloria con los desvelos cuidadosos de su corazon? ¿No puede decirnos con verdad: que más pude hacer por esta viña, escogida para mi herencia y posesion? La planté, la fecundé, la inmortalizé en su fé, la hize gloriosa en su imperio, y la he asistido en todos tiempos. Así puede reconvenirnos María; pero no temais; María ha sido nuestra Madre, y ha puesto su trono en Zaragoza para nuestra útilidad; y nosotros somos sus fieles hijos, y la hemos mirado, no solo como objeto de nuestra más tierna confianza, sinó tambien del más tierno reconocimiento.

En la misma piedra en donde escribió el Cielo el infalible anuncio de nuestras venturas, se firmó tambien por nosotros la obligacion más estrecha de apreciarlas, y de cumplir las solemnidades de pacto tan sagrado. Descubramos la finura de la gratitud española, atendiendo á los tiempos de paz y de persecucion. ¡Oh fuego, elemento devorador! tú, por nuestra desgracia, redujiste á cenizas

(1) Judic. IV, 8.

aquellos sagrados monumentos que testificarían á los siglos los éxtasis y raptos del amor español al tierno objeto de sus cultos, la Santísima Vírgen en el Pilar de Zaragoza. ¿Pero, qué importa? Una tradicion constante de padres á hijos nos enseña la suma veneracion, la piedad extremada, y los cultos de nuestra gente, entrañados en sus corazones hácia la Santísima Vírgen: la concurrencia del suntuoso templo, fabricado en honor de María, de esa casa de los ángeles, matriz de todas las iglesias del orbe cristiano: las contínuas adoraciones, homenajes, y preciosas dádivas con que concurre la piedad obsequiosa á levantar, adornar y solemnizar el lugar que eligió María para poner en él sus ojos y su corazon, y concurriendo á este sagrado templo como á ciudad de refugio. ¡Ah! Si el tiempo no huyera con tanta precipitacion, ¡con qué satisfaccion no diría yo lo que han hecho estos buenos hijos en honor de su Madre; lo que obraron para su gloria los concilios de Toledo, de Braga, de Sevilla y de Zaragoza, bajo aquellos invencibles campeones los Ildefonsos, los Leandros, los Eugenios y los Braulios! ¡Lo que hicieron en su honor los Fernandos, los Felipes, los Alfonsos, los Cárlos; y cuánto se empeñaron todos los españoles en defender los privilegios de esta Esther privilegiada! ¡Cómo formaría yo el antítesis, de que cuando Inglaterra arde en sectarios que se declaran contra su culto; Suecia y otras naciones del norte enemigas de su invocacion, quieren que no se escuche su nombre dulcísimo; cuando la Germania no duda negarle la maternidad que el Angel la había anunciado, y la que publicó la Iglesia en el Concilio de Éfeso; cuando la Polonia, inundada de iconoclastas, quemaba las imágenes; y cuando la Francia, abortando mónstruos de albigenses, esparcía los más sacrílegos errores contra la más pura criatura! En tan dolorosa situacion, España, sí, sola España se empeña en tapar la boca á estos maldicientes, obligándoles á confesar, que son hermosos los tabernáculos de Jacob, y amados de Dios los pabellones de Israel, siendo uno mismo el consentimiento de los reyes, de los magistrados, de los sábios, y de los sencillos, que celebran á María por la más feliz de todas las criaturas!

Todo es necesario decirlo de prisa. No obstante, á propósito de su aparicion en las orillas del Ebro, no podré dejar de decir cuanto han manifestado su celo y su devocion los españoles. ¡Con qué ardor no se han opuesto á la duda fatal y desgraciada de la verdad de que hablo! Por más que tuvo contra sí los decretos de nuestros reyes, las prohibiciones del tribunal más respetable de la fé, las censuras y desprecios de los sábios; ¿con qué constancia, por el dilatado tiempo de

cuarenta y cinco años, llevaron adelante la solicitud de que aprobase el Vaticano el Oficio propio de esta solemnidad, y lo extendiese á todas las iglesias de la monarquía, para memoria de este beneficio, sin omitir diligencias, hasta conseguir el deseado decreto que llenó de gozo á la ciudad de Dios! Los españoles han mirado siempre á María en Zaragoza como á su protectora y tutelar: los Naamanes han corrido á purificarse de su lepra en este Jordán de salud: las Sunamitis han volado á este Carmelo á representar sus desgracias; y todos los españoles han rodeado siempre su Pilar como el majestuoso trono donde María puso su habitacion para su defensa. Vosotros acabareis de comprender el fondo de la gratitud española á la Santísima Vírgen, por el celo que ha demostrado en las persecuciones más crueles.

¡Ah! ¡y con qué esmero tan solícito, con qué ánsias tan ardientes, conservaron en las más urgentes angustias aquel sagrado asilo de su refugio! ¡Cómo no dudan sacrificar las vidas, las haciendas, lo más estimable, lo más precioso, para que nadie pudiese defraudar á su devocion de este rico tesoro! No será narracion importuna mezclar los días del luto de la España con los días de su júbilo. ¡Ah! nacion encantadora, embeleso y admiracion de todo el mundo; ¡cómo te viste asolada, desierta, perseguida en el tiempo calamitoso de los emperadores arrianos, ó en el de los sarracenos! Nuestros padres oyeron edictos proscribiendo las santas casas de oracion, los lugares santificados donde Dios había puesto su nombre por siglos sempiternos: ellos vieron ejecutar las violencias más atroces para su cumplimiento, y que todo se entregaba al destrozo, al incendio, al saqueo, al robo y á todo género de insultos. En aquel subterráneo se ocultan unas sagradas imágenes, para libertarlas de los atrevimientos sacrílegos: en aquella plaza se ven otras vilipendiadas por aquellos enconados mónstruos: unos templos se ven convertidos en mezquitas sacrílegas: otros arrasados y deshechos. ¿Pero, qué sucede con el augusto simulacro del Pilar? Dilo tú, Valerio, que como un muro de bronce saliste á defenderle: dilo tú, oh arcediano Vicente, que dejaste bien sangrientos testimonios, de que nada puede ser superior á tu celo por el honor de nuestra amante patrona: decidlo vosotros, devotísimos prelados Senior y Cleca, que elegisteis por morada el santuario de María, consagrados á su culto y decoro: decidlo vosotros, fervorosos fieles: ¿no es verdad que á toda costa hicisteis que el Arca del Testamento se conservase respetada entre tantos filisteos enemigos? ¿No es verdad que si alguno, con sacrílego arrojo, quiso cometer algun desacato contra su veneracion, al punto vuestra piedad le hizo experimentar

un castigo espantoso? ¿No es verdad que mantuvisteis siempre aquella Columna levantada, y sobre ella la raiz de Jesé, puesta por señal para consuelo y salud de los españoles? María misma auxilia el celo español; y si un rey arriano acomete á un santo templo, un ejército de ángeles, capitaneados por la Santísima Vírgen, le pone en fuga vergonzosa, quedando tan escarmentados, que habiendo estado Zaragoza muchos siglos dominada de tiranos, jamás se atrevieron á pisar aquel santo lugar. Los zaragozanos, reconocidos, derramarán su sangre, perderán la vida por defender la gloria de su protectora, y sostener una causa que hace su gloria y su corona; y no cesarán de dar gracias al Todopoderoso, que los ha honrado con eleccion tan privilegiada, disponiendo por un rasgo de su misericordia, que María pusiese su trono en el Pilar de Zaragoza, nos adoptase por su pueblo peculiar, y animase nuestra insensibilidad, para que correspondiésemos fielmente á sus designios.

Sí, Vírgen Santísima, Vírgen inmaculada: á Vos debemos toda nuestra gloria: Vos sois la gloria de la Jerusalén española: Vos sois la alegría de este escogido pueblo: Vois sois su honra y su decoro: volved, Señora, á nosotros esos ojos, llenos de misericordia, que tienen por costumbre traer la paz y la serenidad á las almas. Abrid á favor nuestro esta boca, que siempre se explica con oráculos de bondad: alargad esas manos bienhechoras, que jamás dejaron de socorrer. Vos plantasteis esta viña: fecundadla, sostened su fé, su religion y su piedad: proteged á todo el reino español: imprimid en nuestros corazones el amor á Dios, á su santísima ley, la gratitud á sus misericordias, y á los favores que nos ha repartido por vuestra mano bienhechora, para que siéndole fieles en esta vida, seamos felices por toda la eternidad. Amen.

NUESTRA SEÑORA DE LA PROVIDENCIA.

Consideravit semitas domûs suæ.
Vela sobre los procederes de su casa.
(Prov. XXX, 27).

Dos sublimes figuras descuellan sobre todas las cosas en el mundo cristiano, Jesús y María. Así en la populosa ciudad donde la civilizacion ha fabricado sorprendentes palacios, como en el remoto país donde el pobre salvaje no tiene otro albergue que una informe cabaña ó miserable choza; así en las suntuosas catedrales de la Europa católica, como en los rústicos templos, con escasos elementos construidos por los misioneros entre incultas gentes; dónde quiera que el Evangelio haya dejado oir su voz de caridad, y tremolado su bandera de paz, encontrareis cerca de la imágen del Hijo la imágen de la Madre; al lado del altar erigido en honra á Jesús otro altar construido en obsequio á María. Esto nos dá á entender, que si tenemos en Jesús un abogado, cerca de Él tenemos en María otra abogada; que si debemos esperar gracias de Jesús, estas gracias hemos de recibirlas por conducto de María; que si hemos de encontrar misericordia en Jesús, esta misericordia la obtendremos por la benévola intercesion de María.

Hé aquí el motivo porque á tantos títulos con que solemos venerar á la Vírgen, se añade otro no ménos tierno y sublime, el de Madre de la Providencia. Y en efecto; si la Providencia lo regula y gobierna todo, siendo utilísimo y necesario que el buen Jesús la emplee en nuestro favor así espiritual como temporal, es tambien necesario y muy útil acudir á María, toda vez que por su intercesion recibimos las gracias que nos otorga Jesús. Ámpliamente nos demuestra esto la festividad que hoy celebramos. Y en efecto, nuestros progenitores estaban tan altamente persuadidos de esta consoladora verdad, por los muchos favores que como recibidos acusaba una faustísima expe-

riencia, que determinaron celebrar con pompa singular una fiesta en honor de María, saludándola como Madre de la Providencia. Muchas y muchas razones podría yo presentaros, no solo para justificar la laudable determinacion de nuestros antepasados, sinó tambien para exhortaros, hermanos míos, á imitar el piadoso ejemplo que nos han legado. Pero como para esto necesitaría mayor espacio de tiempo que el concedido á los límites de la oratoria sagrada, me concretaré á demostraros, que en María se reunen, superabundantemente, cuantos títulos puedan desearse para saludarla bajo la advocacion con que hoy lo hacemos: esto es, llamándola Madre de la Providencia. Seguro de vuestra piadosa atencion, no ménos que de vuestra cortés benevolencia, confío que la Santísima Vírgen nos otorgará la gracia de hacernos rendidos admiradores de una advocacion, que, si para Ella es en gran manera gloriosa, para nosotros es de indiscutible utilidad: saludémosla, pues, con las palabras del Angel: A. M.

Para que María mereciese ser venerada como Madre de la Providencia, preciso era que tomase á su cargo el cuidado de nosotros; para encargarse de nuestro cuidado, necesario era tambien, que conociera nuestras miserias, que pudiera ayudarnos en nuestros infortunios, y que se inclinára á protegernos en medio de nuestras calamidades. En resúmen, para que María mereciese el título de Madre de la Providencia, era indispensable que fuese poderosísima, clementísima. Pues bien, todas estas condiciones las reune María en grado sumo, puesto que en Ella es suma la sabiduría, inmenso el poder, inconmensurable la bondad.

La sabiduría es suma en María. De dos clases es la sabiduría; creada la una, increada la otra. Es creada la sabiduría cuando constituye la multitud de conocimientos con que podemos enriquecer nuestro entendimiento. La sabiduría increada es Jesucristo, el Verbo de Dios, llamado por esto la Sabiduría del Padre. Ahora bien; hablando de la sabiduría creada, María reune todas las gracias llamadas *gratis datas*, entre las cuales se cuenta la sabiduría increada. María fué la Madre del mismo Verbo, que en sus entrañas tomó carne humana para la redencion de los hombres. Por eso ninguna nube veló jamás su inteligencia, ni ofuscó su corazon la más ténue sombra de tinieblas; mantúvose siempre viva la luz que iluminaba su pensamiento, siempre ardiente la llama de las celestiales visiones que inflamaba su alma; y, por tanto, la Iglesia, no solo la reconoce sapientísima, sinó que la venera como el asiento mismo de la sabiduría. Y

siendo esto así, ¿puede dudarse, hermanos míos, de que María conoce todo aquello que nos atañe, todo aquello que puede sernos de útilidad?

Conoce nuestras miserias y nuestra flaqueza. Sumidos nosotros en la oscuridad de la ignorancia y del error, agobiados por la concupiscencia y la maldad, combatidos, cual flexibles hojas, por el viento de toda clase de doctrina, difícilmente nos aproximamos á la fiel observancia de los mandamientos divinos. Aún cuando nuestra inteligencia fuese rica de sublimes y peregrinos conocimientos, la voluntad no correspondería, por la bajeza de nuestras pasiones, á la abundancia de conocimientos del entendimiento; áun cuando el alma esté en aptitud de contemplar las maravillas de la creacion, muéstrase agobiada y débil para caminar por la senda de la justicia y de la caridad. Sería para esto necesario, que el corazon no estuviese sujeto á las impresiones de los sentidos, que se enfrenáran fuertemente nuestras propias perversas inclinaciones, que renegáramos de nosotros mismos, que levantáramos con nuestros hombros la cruz, y nos consideráramos como peregrinos en la tierra; como ciudadanos del Cielo y hombres del siglo futuro. Mas contra todo esto se subleva nuestra pobre condicion, que se opone á todo aquello que puede serle saludable. Por esto María, Madre como es de la sabiduría, ve esta nuestra debilidad, conoce esta nuestra miseria, sabe cuales gracias necesitamos para combatir mejor esta nuestra deplorable enfermedad.

No conoce solamente nuestra miseria, no ve solo nuestra debilidad, sinó que sabe tambien cuantos y cuan grandes son los peligros á que en el mundo estamos continuamente expuestos. Y en efecto; en este mundo, designado con el nombre de Babilonia en los libros sagrados, respiramos una atmósfera de tal manera impregnada de sensualismo, que gravitando sobre el espíritu, impide al alma elevarse sobre la caliginosa bruma de este valle de desdichas. Distraidos de una parte con los mundanos asuntos, ocupados de la otra con las terrenas delicias, fatigados, abrumados con los cuidados del siglo y con licenciosos pasatiempos, vivimos, más bien como animales irracionales, que como séres dotados de ese efluvio de la divina sabiduría, que nos distingue esencialmente de los brutos, de alma racional. En la contínua lucha con las mundanas disipaciones entabladas, no solo aquellos que viven consagrados enteramente al siglo, pero hasta los corazones religiosos, si han de superar los mil y mil obstáculos que por dó quiera nos presenta la vida terrena, necesitan una ayuda superior, eficacísima que los sostenga en los diarios combates; y entónces María, cuyos ojos velan continuamente con tierna solicitud sobre los

hijos de los hombres, conoce cuan fácilmente podemos estrellarnos contra tantos escollos como nos rodean, y cuan necesario nos es, que nuestros corazones se fortalezcan con la gracia de aquellas virtudes, sin las que no nos sería dado penetrar en la mansion de la vida eterna.

Más aún: María sabe bien, que Satanás, como rugiente leon, gira constantemente en torno nuestro, abiertas las terribles fauces para devorarnos. Seis mil y más años ván trascurridos desde que el divino anatema selló la frente del orgulloso arcángel con el estigma de la maldicion, precipitándolo en las tétricas cavernas del abrasado Infierno; y la rábia del que fué ángel de luz se recrudece y se enciende cada vez que un alma se escapa de sus garras; enfurecido más y más con cada nueva derrota, no busca otra cosa que nuestra ruina, no desea más que nuestra muerte espiritual, y no nos abandona, nó, miéntras le queda la más remota esperanza de conseguir nuestra perdicion. Y María, que conoce las tenebrosas asechanzas del tremendo adversario; María, que lo ha vencido tantas y tantas veces; María, que ha aplastado su cabeza, vuela en auxilio nuestro, y derrota al horrible dragon cuando él se consideraba vencedor. Nada de cuanto nos atañe es indiferente á la maternal solicitud de María; todo lo nuestro es carísimo á sus ojos, todo le toca directamente como Madre amantísima de infelices hijos.

Esto mismo, hermanos mios, es lo que quiere darse á entender cuando se dice, que una de las figuras que más convienen á María es la de la mujer fuerte, tan celebrada en las sagradas Escrituras. Y en efecto, si la mujer fuerte se ha creado un nombre ilustre por su solicitud en averiguar los pesares de su propia familia, y por la prudencia con que gobernaba los asuntos de su casa; María investiga con interés sin igual nuestras miserias, y con prudencia suma cuida de nosotros. Pero, entre la mujer fuerte de los libros santos y María existe una diferencia grandísima; si mucha fué la diligencia de la mujer fuerte en prever cuanto pudiera perjudicar á los suyos, inmensamente mayor es la desplegada por María en la prevision de cuanto á nosotros pueda perjudicarnos. Si grande fué la prudencia de la mujer fuerte en el gobierno de su familia, inmensamente mayor es la prudencia con que María gobierna á toda la humanidad, puesto que hijos suyos somos todos los hombres. En fin, si la sabiduría de la mujer fuerte en procurar que nada faltase al buen gobierno de su casa fué justamente ensalzada, con muchísima mayor razon debe elogiarse la sabiduría de María, siempre solícita porque no nos falte

nada de cuanto pueda sernos saludable. Si, pues, la mujer fuerte tan celebrada como sábia se nos presenta como una figura de María, claro es que ésta ha de exceder á aquélla en tanto como á la sombra excede la realidad, en la misma proporcion en que á la imágen excede el original, en tanto como á la luz artificial excede la luz del astro del día; y sin la menor vacilacion, sin dejar lugar á ningun género de duda, podemos calificar á María de sapientísima. Si, pues, la sabiduría es la primera calidad que debe revestir á María para que podamos saludarla como Señora, Madre, Reina de la Providencia, y dejamos demostrado cuan rica es Ella de sabiduría, demostramos tambien al mismo tiempo, con cuanta razon debe ser reconocida y venerada como Señora, Madre y Reina de la Providencia.

Mas, para ser Señora, Madre y Reina de la Providencia no basta solamente la sabiduría con que María conoce todas nuestras necesidades, sinó que le es tambien necesario el poder para remediarlas. Porque ¿qué nos importaría saber que sus ojos velan siempre sobre nuestros infortunios, sinó supiéramos á la par, que su mano es bastante fuerte para protejernos? ¿Qué consuelo reportaríamos de saber que no son ignoradas nuestras miserias, si no supiéramos tambien que aquella que las conoce puede con mano pródiga socorrerlas? Es menester, pues, que á la sabiduría se una el poder, puesto que sin aquélla ó sin éste á la Providencia le faltaría una de sus calidades constitutivas, y no sería, por tanto, Providencia. Luego, María, á quien hemos visto sapientísima, es tambien poderosísima.

María es la hija de Dios Padre, y un padre tan sumamente bueno nada sabrá negar á hija que tanto ama. Hé ahí porqué la ha ensalzado sobre todas las hijas de Eva, distinguiéndola entre ellas de modo tal, que no existirá jamás otra que pueda comparársele, sean cualesquiera los favores que en la plenitud de su omnipotencia otorgue el Señor á otra criatura. Hé ahí porqué, al predestinarla para la divina maternidad, enriqueciéndola de la más sublime de todas las gracias y elevándola á una excelencia incomparable, la asoció, en cierto modo, á su divina paternidad. Hé ahí porqué le ha concedido el privilegio de ser madre, en cierto modo, como El es padre; por manera, que si Jesucristo, como Dios, tiene un padre sin tener una madre, como hombre tiene una madre sin tener un padre. ¿Podrá, pues, Dios negarle jamás cosa alguna? Si aún en el órden natural vemos que un padre nada niega, tratándose de cosas justas y honestas, á una hija amada, cuya ingenuidad, cuyo candor, cuya obediencia tienen de largo tiempo ganado su corazon, ¿cómo podrá

Dios, que es el mejor de los padres, negar cosa alguna á María, que es la mejor y la más excelente de las hijas?

María es la esposa del Espíritu Santo, y por este mismo título no puede encontrar obstáculos á su poder, impedimentos á su voluntad omnipotente. En efecto, un esposo no niega jamás nada á su esposa amada, ni desatiende nunca sus súplicas; todas las cosas son entre ellos comunes, semejándose en esto á misteriosa cítara, una de cuyas cuerdas no puede ser pulsada sin que todas las demás se agiten impelidas por la misma onda sonora. Si, pues, María es la muy amada esposa del Espíritu Santo; si esta incomparable Vírgen, con su inocencia y con sus gracias, ha enamorado de indecible manera su corazon, claro es que nada podrá negarle, y que acogerá con suprema benevolencia todos sus deseos y todos sus votos.

Mas, aunque el ser hija de Dios Padre, el ser esposa del Espíritu Santo son dignidades excelentísimas, mayores aún las encontramos en María. Todos los fieles son hijos de Dios, todas las almas justas esposas del Espíritu Santo; pero María posee, por sí sola, un título á ninguna otra criatura comunicable, un título que la hace gloriosísima entre los gloriosísimos esplendores y privilegios que la circundan, un título que ninguna criatura podrá jamás compartir con Ella; este título es el de su divina maternidad. María es la madre de Dios, y, por tal concepto, tiene sobre su divino Hijo derechos incontrastables. Léese en la historia profana, que Coriolano, valeroso é ilustre capitan romano, airado contra la ingratitud de su pátria, tornóse en enemigo de ella y aprestóse á exterminarla; ni las súplicas de los sacerdotes, de los senadores, de los más nobles y ancianos conciudadanos suyos podían hacerle desistir de tan sanguinario propósito; solo las palabras de su madre lograron desarmar su furor. En la historia sagrada léese tambien, que Salomon, elevado al trono de Israel, hizo colocar al lado de su propio sólio, otro no ménos rico destinado á su madre, á quien hizo depositaria de todos sus tesoros, y procuraba por todos los medios tenerla contenta. ¿Podrá creerse, en vista de tales ejemplos, que María tiene menor poder sobre un Dios, que es su propio, su único hijo? Del mismo modo que Jesucristo, mostrando al eterno Padre el corazon atravesado por cruel lanzada, las manos y los piés marcados con el estigma de la sangrienta Pasion sufrida, es al momento atendido, así tambien es atendida María cuando, para mover á Jesús en favor nuestro, le presenta aquel mismo purísimo seno en que lo ha nutrido.

María es la verdadera Abigail, porque así como aquella Abigail

de quien nos habla el primer libro de los Reyes, con sus dulces palabras y sus exquisitas gracias ejerció tanto poder sobre el corazon de David, que bastó á aplacar en él la cólera provocada por Nabal, así tambien María, con sus súplicas y con sus méritos aplaca la ira de Dios, continuamente provocada por las culpas de los pecadores. María es la verdadera Esther, porque como aquella Esther, de quien nos hablan los libros sagrados, ejercía influjo tal sobre Asuero, que, áun ostentando su terrible magestad sobre aquel trono refulgente de oro y de piedras preciosas, quería olvidarse de que era rey, para recordar solo su calidad de esposo, y otorgarle todo cuanto le pidiera, por más que fuera la mitad de su propio reino, así también á María todo se lo concede Dios, nada le niega, ni aún las gracias más difíciles. Todo lo criado se humilla á los piés de María, y solo Ella puede obtener el perdon de los pecados, solo Ella puede domar el Infierno, solo Ella puede conmover el Cielo.

Pero ni la sabiduría, ni el poder bastarían para intitular á María Madre de la Providencia, si á una y otra de estas dos calidades no se uniera en íntimo consorcio otra tercera condicion; la bondad. La bondad es aquella condicion, que nos presenta benévolos los ojos de quienes esperamos consuelo en nuestras miserias; la bondad es aquella apreciabilísima calidad, que mueve la mano del poderoso á socorrernos en nuestras calamidades. Pues bien, María ha demostrado ser sumamente bondadosa en el día mismo en que aceptó la maternidad de nuestro Redentor; porque en esta aceptacion iba incluída la de tomar parte, grandísima parte, no solo en los oprobios y sufrimientos reservados al Redentor, sinó tambien en su misma muerte, y muerte de cruz. Y por lo mismo que nos amaba tanto, por lo mismo que con tan estupendo desinterés anhelaba nuestro bien, por lo mismo que tan magnánimamente deseaba concurrir á la obra de nuestra salvacion, consintió en aquella dolorosísima maternidad para impedir que fuésemos miserablemente perdidos. ¿Puede acaso desearse prueba más evidente, más palmaria de la maternal bondad de María?

Nó: María no ha querido parecerse á aquellos soberbios potentados, que pudiendo dar mucho lo rehusan; á aquellos ricos egoistas, que pudiendo socorrer muchas necesidades, no se mueven á compasion. Ella es toda clemencia, toda piedad, toda misericordia.

No solamente por nuestra salvacion condescendió á llevar en su seno la víctima que habia de ser inmolada, no solamente condescendió á nutrirla con el néctar de su pecho, á llevarla en sus brazos, á guardarla en todos sus pasos, sinó que tambien se prestó solícita á ofrecerla, á conducirla Ella misma al altar, á presentarla con sus propias manos para que fuese sacrificada. Esto hizo cuando presentó su Hijo á la ceremonia de la Circuncision; esto hizo cuando, entrando en el Templo y presentando á Jesús en los brazos del viejo Simeon, lo ofreció á Dios sin restriccion alguna. No contenta con esto, porque deseaba ardientemente ver realizada la obra de nuestra salvacion, concibió el magnánimo propósito de asistir á la cruentísima muerte de su Hijo. Y allá sobre el Calvario, sin apartar un momento la vista de tan dolorosa escena, permaneció transida de dolor compenetrándose con la sublime víctima, y dividiendo con el divino paciente el cáliz amarguísimo de aquella pasion terrible. Sí, pues, fué tanto su deseo de socorrernos, tanto su afán de ayudarnos cuando vivia en esta tierra, hoy, en el Paraíso, en la pátria de la bieneventuranza, en el reino de las recompensas, en la mansion de las perfecciones supremas; ¿habrá cambiado aquellos sublimes y generosos sentimientos que la hicieron tan benéfica? Nó: María nos ama siempre, siempre nos ofrece el mismo socorro, y siempre desea procurarnos las mayores gracias.

Y no puede ménos de ser así. María es también madre nuestra. En la cumbre del Gólgota, regado con la sangre de su Hijo, Ella nos prohijó, nos dió la vida, nos regeneró, hízose, en una palabra, nuestra Madre. ¿Y puede acaso una madre dejar de socorrer á su hijo, cuando lo ve en peligro? ¿puede ménos de desear sacarlo de aquella condicion, á cuyo término está su ruína? ¿puede ménos de anhelar que corran dichosos para su hijo los días, propicia la suerte y afortunada la vida? Nó, hermanos, míos; ó habremos de decir que la tal no es madre, ó no podremos admitir que en ella sea posible tal indiferencia; pero, puesto que es madre, debemos reconocer, que desea la prosperidad de aquellos á quienes ha dado el sér y que son parte de ella misma. Sí, pues, María es nuestra madre, por este solo hecho no puede ménos de querer nuestro bien, no puede ménos de desear nuestra salvación, no puede menos de estar siempre pronta á ayudarnos en la vida presente, y á hacernos un día partícipes de la eterna é inmutable dicha en la vida futura.

Esto sentado, comprendereis, hermanos mios, que María reune todos los requisitos para ser invocada con el título preciosísimo de Madre de la Providencia. Y en efecto, si para ser Madre de la Providencia era necesario que velára por nosotros, y si para velar por nosotros era preciso que conociéra nuestras miserias, que pudiese so-

corrernos en nuestras necesidades, que quisiese ayudarnos en nuestros males, ya habeis visto que es suma la sabiduría de María, sumo su poder, suma su bondad. De donde se desprende espontáneamente la revelantísima conclusion, que para gloria de María y para consuelo discurso, entre las mil y mil angustias á que estamos sujetos en nuestra peregrinacion por este valle de lágrimas, sirve de tema á este discurso; y que asi como Dios, por el sapientísimo y universal cuidado con que gobierna todas las cosas criadas, debe ser llamado Padre de la Providencia, así tambien la augusta Reina del Cielo y de la tierra, enriquecida por donacion del mismo Dios de todos los requisitos necesarios para cuidar de la salvacion de los hombres, como Madre de la Providencia debe ser reconocida é invocada.

La historia, con mil y mil hechos, confirma nuestro argumento. Y en efecto; ¿existió jamás hombre alguno que hallándose atribulado, y habiéndose vuelto á María con fé sincera, haya dejado de encontrarla providentísima en socorrerle? Si me hablais de enfermos, Felipe Neri, postrado por obstinada fiebre intermitente y por dolores reumáticos que le quitaban todo vigor, desahuciado de los médicos, hasta el punto de no atribuirle más que pocas horas de vida, fué instantáneamente curado por una aparicion de María. Si me hablais de prisioneros, Jerónimo Emiliano, sumido en hondo y oscuro calabozo del Castillo de Quero, sujeto á un cepo y cargado de cadenas, fué prodigiosamente libertado por María, que se le apareció envuelta en cándida vestidura y refulgente con rayos más brillantes que los del mismo sol. Si me hablais de mutilados, Juan Damasceno, á quien hizo cortar la mano derecha el príncipe Saraceno influido por la calumnia, por gracia de María vió restituida su mano al primitivo estado de salud, quedando solo, para prueba de tal prodigio, una pequeña señal de tan bárbara amputacion. ¿Quereis ver la providencia de María en medio de los peligros? Pues ahí teneis á Juan de Dios, arrojado por la indómita cabalgadura que montaba sobre un monton de duras piedras, donde permaneció por espacio de dos horas sin palabra, sin movimiento, sin sentido, arrojando por narices y boca abundante sangre, y socorrido, curado, fortalecido por María. ¿Quereis ver su providencia en las tentaciones? Pues mirad á Catalina de Sena, á la cual primero su madre, despues su hermano mayor, por último, el demonio, querían disuadir de su propósito de renunciar al siglo, triunfar, con el auxilio de María, de cuantos se oponían á su determinacion de vivir humilde y religiosa. ¿Quereis ver la providencia de María en los casos más desesperados? Pues ahí teneis á

Francisca Romana, llorosa, y afligida por la desventura de su hijo, que confiado á la tutoría del Conde de Troya y puesto á la grupa de velocísimo corcel, corría á una muerte segura, y por la intercesion de María le fué devuelto sano y salvo el jóven amado, pasando así su madre del más terrible dolor á la alegría más sentida. Por la providencia de María ocuparon el sólio pontificio un Leon y un Estéban; fueron dotados de la sabiduría un Alberto y un Suarez; de la elocuencia un Bernardino y un Bernardo; por la providencia de María lograron sucesion una Blanca y un Engardo; próximos á la muerte obtuvieron la vida un Teófilo y un Germano. Por la providencia de María triunfaron en las batallas un Heráclio y un Narsete; vencieron á sus enemigos Alfonso XI y Carlos el Calvo; destrozaron los ejércitos contrarios Simon de Monforte y Juan Sobieski; lograron cumplidísimo triunfo sobre los turcos un Luis y un Juan de Austria en la inmemorable jornada de Lepanto. Por la providencia de María convirtiose un Egidio, que se había hecho esclavo del demonio; salvóse un beato Pedro de Onesto de inminente naufragio; curóse de mortal dolencia un Nicolás de Tolentino; recobra la vista perdida un Pedro Celestino. Por la providencia de María defiéndese del asedio de los Hugonotes la ciudad de Salius; es socorrida Dijon en una peste mortífera; vése libre del saqueo la ciudad de Trevigio; la villa de Warta, en Bohemia, es consolada en los horrores de un terremoto, y despierta á la luz del Evangelio la isla de Valis, en la Oceanía.

¡Oh vosotros, todos los que gemís en la afliccion y en el dolor! ¡todos los que envueltos en las tinieblas de la culpa suspirais por la deseada luz! ¡todos los que viviendo en la vida de la virtud temeis las asechanzas de los enemigos del alma! cobrad valor, alzad la abatida frente, y dirigid vuestros ojos á María, Madre de la Providencia, María aparecerá en medio de vosotros como la aurora, que tendiendo por dó quiera su rosado manto, todo lo alegra, todo lo rejuvenece y vivifica. Sus manos destilan la mirra más selecta; y puesto que no existe género alguno de infortunio á que Ella no pueda llevar inmediato remedio, todos debemos cobijarnos bajo las alas de su benévolo patrocinio. Ella misma dijo un día á santa Brígida: yo soy la Reina del Cielo, la Madre de la misericordia, la alegría de los justos, la puerta por donde pueden llegar hasta Dios los culpables; no hay pecador tan desdichado que no tenga participacion en mis maternales cuidados. Nó; no dudemos, hermanos míos, en acogernos bajo su cariñoso amparo para participar de las gracias que Ella derrama piadosa para confortar y salvar á los desgraciados. Su ternura la inclinará á

enjugar nuestras lágrimas, la bondad de su corazon la obligará á abrirnos los tesoros de su inagotable beneficencia. Si deseamos la fé, María tremoló el estandarte que sirve de enseña á los creyentes; si suspiramos por el santo amor, María es el arca sagrada en que arde constantemente y sin apagarse jamás la llama del divino fuego; si buscamos la luz, María no habitó jamás en las tinieblas, siempre vivió circundada de luz y difundiendo luz; si necesitamos de valor en las tribulaciones de la vida, María es la invicta heroína del Calvario. Ella nos defenderá en los peligros, nos iluminará en nuestras dudas, nos confortará en las amarguras, nos sostendrá en las tentaciones, nos conducirá en sus brazos, nos guiará de la mano hasta su divino Hijo, hará que nos abrazemos con él, como una madre que se esfuerza en estrechar cerca de sí á sus dos hijos en íntimo y fraternal abrazo; en todo tiempo, en todo lugar, en toda ocasion se nos mostrará verdadera Madre de la Providencia. ¡Oh María! si sois tan sábia y tan poderosa para socorrer á los míseros peregrinos de este destierro, ¿qué no podremos esperar de vuestra bondad? En vuestra augusta frente llevais escrito: Providencia; sed, pues, para nosotros una verdadera providencia en todas nuestras aflicciones. Vuestra mano, que toma de los infinitos tesoros de Dios las gracias más selectas, difundidlas con abundancia sobre nuestras almas, sobre nuestras familias, sobre todo el mundo cristiano. Sed nuestro socorro, nuestra guía, nuestra esperanza; y, por decirlo de una vez, sed nuestra Providencia, y nosotros cantaremos hoy y en la vida de los siglos sempiternos las glorias de vuestra amorosísima proteccion. Así sea.

NUESTRA SEÑORA DEL REFUGIO.

Antequam clament, ego exaudiam; adhuc illis loquentibus ego audiam.

Ántes que clamen, yo los oiré; cuando aún estén con la palabra en la boca, otorgaré su peticion.

(Isai, XLV, 24).

Que el hombre reconozca su miseria y desee salir de ella, es una cosa natural que no necesita sinó de que él reflexione sobre sí mismo, aunque sea muy lijeramente, y de que siga los impulsos de su corazon, que jamás podrá avenirse con el mal; de la misma manera es natural al hombre buscar fuera de sí el remedio de lo que padece, no hallando en sí mismo, como no halla, sinó pobrezas y miserias, y el fondo inconcebible de su misma nada.

No hay excepciones en este punto; y nuestras fantasías nunca han llegado al extremo de persuadirnos ni de hacernos creer, que ni nuestra vida ni nuestra salud correrán riesgo alguno, ni que nuestra fortuna ni nuestro bienestar podrán ser turbados. Todo lo contrario: mil temores y sobresaltos nos acompañan con frecuencia; y aún cuando nada haya en nosotros que los pueda motivar, basta tal vez el mismo bien que poseemos para temer su pérdida; siendo lo más triste que pueda imaginarse, que en la compañía misma de nuestros hermanos y semejantes, que es donde podíamos contar con alguna seguridad, allí encontremos el riesgo y peligro.

Al intento me ocurre lo que se refiere en el Génesis del patriarca Abrahán: él y su familia se hallaban en un tiempo acosados del hambre, que se habia extendido sobre la tierra que moraban; y como hubiese determinado ir á Egipto para remediar la necesidad que le oprimía, ya al entrar en aquel reino le ocurrieron temores de perder su vida á causa de Sara su esposa. «Conozco, la dijo entónces, que

enjugar nuestras lágrimas, la bondad de su corazon la obligará á abrirnos los tesoros de su inagotable beneficencia. Si deseamos la fé, María tremoló el estandarte que sirve de enseña á los creyentes; si suspiramos por el santo amor, María es el arca sagrada en que arde constantemente y sin apagarse jamás la llama del divino fuego; si buscamos la luz, María no habitó jamás en las tinieblas, siempre vivió circundada de luz y difundiendo luz; si necesitamos de valor en las tribulaciones de la vida, María es la invicta heroína del Calvario. Ella nos defenderá en los peligros, nos iluminará en nuestras dudas, nos confortará en las amarguras, nos sostendrá en las tentaciones, nos conducirá en sus brazos, nos guiará de la mano hasta su divino Hijo, hará que nos abrazemos con él, como una madre que se esfuerza en estrechar cerca de sí á sus dos hijos en íntimo y fraternal abrazo; en todo tiempo, en todo lugar, en toda ocasion se nos mostrará verdadera Madre de la Providencia. ¡Oh María! si sois tan sábia y tan poderosa para socorrer á los míseros peregrinos de este destierro, ¿qué no podremos esperar de vuestra bondad? En vuestra augusta frente llevais escrito: Providencia; sed, pues, para nosotros una verdadera providencia en todas nuestras aflicciones. Vuestra mano, que toma de los infinitos tesoros de Dios las gracias más selectas, difundidlas con abundancia sobre nuestras almas, sobre nuestras familias, sobre todo el mundo cristiano. Sed nuestro socorro, nuestra guía, nuestra esperanza; y, por decirlo de una vez, sed nuestra Providencia, y nosotros cantaremos hoy y en la vida de los siglos sempiternos las glorias de vuestra amorosísima proteccion. Así sea.

NUESTRA SEÑORA DEL REFUGIO.

Antequam clament, ego exaudiam; adhuc illis loquentibus ego audiam.

Ántes que clamen, yo los oiré; cuando aún estén con la palabra en la boca, otorgaré su peticion.

(Isai, XLV, 24).

Que el hombre reconozca su miseria y desee salir de ella, es una cosa natural que no necesita sinó de que él reflexione sobre sí mismo, aunque sea muy lijeramente, y de que siga los impulsos de su corazon, que jamás podrá avenirse con el mal; de la misma manera es natural al hombre buscar fuera de sí el remedio de lo que padece, no hallando en sí mismo, como no halla, sinó pobrezas y miserias, y el fondo inconcebible de su misma nada.

No hay excepciones en este punto; y nuestras fantasías nunca han llegado al extremo de persuadirnos ni de hacernos creer, que ni nuestra vida ni nuestra salud correrán riesgo alguno, ni que nuestra fortuna ni nuestro bienestar podrán ser turbados. Todo lo contrario: mil temores y sobresaltos nos acompañan con frecuencia; y aún cuando nada haya en nosotros que los pueda motivar, basta tal vez el mismo bien que poseemos para temer su pérdida; siendo lo más triste que pueda imaginarse, que en la compañía misma de nuestros hermanos y semejantes, que es donde podíamos contar con alguna seguridad, allí encontremos el riesgo y peligro.

Al intento me ocurre lo que se refiere en el Génesis del patriarca Abrahán: él y su familia se hallaban en un tiempo acosados del hambre, que se habia extendido sobre la tierra que moraban; y como hubiese determinado ir á Egipto para remediar la necesidad que le oprimía, ya al entrar en aquel reino le ocurrieron temores de perder su vida á causa de Sara su esposa. «Conozco, la dijo entónces, que

eres hermosa, y que luego que te vieren los ejipcios han de decir: su mujer es; y me quitarán á mí la vida y á tí te reservarán. Dí pues, te suplico, que eres mi hermana (1).»

Sara era parienta muy inmediata de Abrahán, y segun el uso comun de hablar, con toda verdad pudo decir, que era hermana suya, y valerse de este medio para conservar su vida, poniendo en la Providencia toda su esperanza con respecto á Sara.

Si de aquel patriarca pasamos á nosotros, y si quitamos los ojos de Sara, y los fijamos en la que con toda verdad podemos llamar hermana nuestra, ¿cuánto más humildes y más rendidas no deberán ser las súplicas que la hagamos?

Porque es indudable, que María es hermana nuestra; lo mismo que nosotros, es hija y descendiente de Adán nuestro padre comun. Pero, ¿qué dice de Ella la Escritura? ¿qué dice de nosotros? De nosotros dice, que por naturaleza, atendida la corrupcion de nuestro orígen, fuimos hijos de ira, hijos de maldicion, hijos de desgracia, esclavos del demonio y merecedores del Infierno; mas de María, todo lo contrario, dice: que fué llena de gracia, amada de Dios, agradable á sus divinos ojos y destinada para Madre del Hijo del Altísimo.

Esta diversa relacion de nosotros y de María para con Dios, y el deseo natural de salir del estado infeliz á que nos redujo la culpa que jamás hubo en María, debe llevar y lleva el corazon á decirla con mayor motivo que Abrahán á Sara: conozco que eres purísima, llena de gracia y virtud, agradable al Cielo y amada de Dios, y que nosotros somos despreciables ante su divino acatamiento; habla pues en favor nuestro, dí que somos tu misma sangre; sin duda que nuestra suerte será diversa de la que debemos temer.

Esto ó cosa semejante direis sin duda á María, y vuestro corazon, allá en el fondo de su misma miseria, sentirá todo consuelo y tendrá cuanta seguridad puede desear; porque no, amados míos, no es María un bien por cuya posesion podamos temer la muerte: todo lo contrario, es una prenda de la vida; y aún cuando nuestra misma miseria nos lleve á tal extremo que nos olvidemos de nosotros mismos, y que no pensemos en nuestra actual situacion, ni en la suerte que nos amenaza, todavía este bien inestimable que nos dió el Cielo, esta santísima Hermana nuestra, siempre nos tendrá tan presentes como si la invocásemos, y nos procurará los bienes en que tal vez no pensamos, y nos dará cuantos auxilios hemos menester.

(1) Gen., 11, 12, 13.

Os he manifestado ya, señores, el asunto de que vengo á hablaros: imploremos para el acierto el auxilio divino. *A. M.*

Así como tratándose de Dios y de sus perfecciones y atributos, cualquiera cosa que diga el hombre, ó aún cuando sea el espíritu más sublime é inteligente en el Cielo, todo será poco ó nada; de una manera semejante, tratándose de la santísima Madre de Jesucristo, María, Señora nuestra, cuanto diga el hombre de Ella, todo será poco, nada; los mayores elogios, por ponderados que parezcan, se quedarán muy abajo y distantes de llenar la verdad. Porque Dios es incomprensible, no puede ninguna criatura decir lo que es; pues por igual motivo, porque la dignidad de María es, en cierto modo, infinita é incomprensible, tampoco podrá el hombre ni alcanzar cuanta sea, ni manifestarla con palabras. Solo Dios puede decir de sí mismo y de la magnificencia de sus obras, lo que El es y lo que ellas son; por sí mismo y de sí solo tiene la grandeza y majestad incomprensibles que le son propias; y El y no otro dió á María tal dignidad, que viene á ser el término de la omnipotencia divina; El solo y no otro comprende cuanta sea la santidad y grandeza de esta criatura, la más perfecta y pura que pueden criar sus manos omnipotentes. Hable, pues, Él solo, y oigamos con respeto y admiracion lo que de Ella nos dice. Poco despues de efectuada la encarnacion del Verbo divino, «levantándose María, dice S. Lucas, fué con prisa á la montaña, á una ciudad de Judá, y entró en la casa de Zacarías y saludó á Isabel; y cuando Isabel oyó la salutacion de María, dió saltos la criatura que tenía en su vientre, y quedó llena Isabel del Espíritu Santo; y exclamando en alta voz, dijo: «Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre. ¿Y de dónde á mí esto, que la Madre de mi Señor venga á mí? Porque hé aquí, que luego que llegó la voz de tu salutacion á mis oidos, la criatura dió saltos de gozo en mi vientre (1).»

Este niño, que dice el Evangelio era el Bautista, y á la voz de María adquiere, aún sin haber nacido, el uso perfecto de su razon; es santificado entónces mismo y lleno del Espíritu Santo; recibe el dón de profecía; adora á Jesucristo, y dá saltos de gozo en su presencia. Y la madre de este niño afortunado, Isabel, tambien enriquecida con abundantes gracias y llena del Espíritu Santo, reconoce en

(1) Luc., I, et seq.

María á la Madre de su Dios, y anuncia y publica la encarnacion del Hijo de Dios y la alta dignidad de su Madre santísima. ¡Cuántos bienes, cuántos ejemplos de las más sublimes y heróicas virtudes no se advierten en este pasaje de la vida de María! Bienes inefables dispensados inmediatamente al Bautista, á Isabel, á toda su casa: ejemplos á todo el mundo. ¡Oh Madre santísima de Jesucristo! ¿Quién no admirará tu humildad, tu caridad y tu celo? Isabel debiera buscarte, rogarte y servirte; y Tú la buscas, la saludas por delante y la colmas de bienes; aún no conoce la dicha, y se la presentas buenamente; aún no la desea, y le dás su posesion y goce. De una manera semejante te portas con nosotros; séanos permitido acompañar á Isabel en el humilde reconocimiento que hace de sí misma, y en la sinceridad con que publica tu dignacion y bondad: *Unde hoc mihi, ut veniat Mater Domini mei ad me?*

«Se celebran unas bodas en Caná de Galilea, dice S. Juan, y estaba allí la Madre de Jesús; y fué tambien convidado Jesús y sus discípulos á las bodas. Y llegando á faltar el vino, la Madre de Jesús le dice: no tienen vino; y Jesús la dijo: ¿qué nos va á mí y á tí? aún no es llegada mi hora. Dijo la Madre de Él á los que servían: haced cuanto Él os diga. Y había allí seis hidrias ó tinajas de piedra, conforme á la purificacion de los judíos, y cabían en cada una dos ó tres cántaros; y Jesús les dijo: llenad las hidrias de agua. Y las llenaron hasta arriba: sacad ahora y llevadlas al maestresala; y las llevaron. Y luego que gustó el maestresala el agua hecha vino, y no sabía de donde era, aunque los que servían lo sabían, porque habían sacado el agua, llamó el maestresala al esposo y le dijo: todo hombre sirve primero el buen vino, y despues que han bebido bien, entónces dá el que no es tan bueno; mas tú has guardado el buen vino hasta ahora. Este fué el primer milagro que hizo Jesús en Caná de Galilea, y manifestó su gloria, y creyeron en Él sus discípulos (1).» No doy ni puedo dar á cosa alguna mayor eficacia que á la presencia de Jesucristo: tampoco doy ni puedo dar á las palabras de las criaturas todas, ni mayor ni aún igual virtud que á la palabra de Dios: lo que digo es, que despues que tuvimos la dicha que el Cielo nos diese á María, parece que quiso hacer dependientes de su voz los dones y gracias que hubiese de concedernos. Antes de que María saludase á Isabel, ya estaba presente Jesucristo; pero á la voz de María y cuando Ella habló, fué santificado el Bautista, y llena del Espíritu Santo Isabel: así tambien en Caná de Galilea había de manifestarse la gloria y poder de Jesucristo, había de asegurarse la fé de los discípulos, y había de cubrirse la necesidad de los menesterosos; mas nada de esto se hizo ántes de que hablase María.

(1) JOANN., II, 1 et seq.

Ninguno de los de aquella casa venturosa sabían quienes eran Jesucristo y su Madre santísima: ambos habían sido convidados como otros muchos, y á nadie ocurrió que en aquel pobre banquete se hallase presente cuanto hay de más grande en el Cielo y en la tierra. ¿Qué nos va á mí y á tí? contestó Jesucristo á su Madre santísima, cuando la manifestó la afliccion y vergüenza en que se hallaban los esposos por falta del vino; palabras no dirigidas á María, con quien, segun su expresion hablaban, sinó principalmente encaminadas á los esposos y á los que servían en la mesa, como para prepararles para que recibiesen el bien que necesitaban. A esto se encaminaron tambien las otras palabras de María á los mismos: «Haced cuanto Él os diga;» porque estaba cierta de que habiendo Ella hablado, su voz traería el socorro y consuelo. Aún no era llegado el tiempo en que Jesucristo manifestase su gloria; aún ménos era llegado el en que los agraciados pensasen siquiera en tan pronto remedio: pero siempre fué tiempo para que el corazon de María se conmoviese á vista del afligido y miserable, y á todos se anticipó su piedad: á Jesucristo, como excitándolo, por explicarme así, para que concediese el socorro; á los menesterosos, para que lo recibiesen: *Antes que clamen yo los oiré, cuando aún estén con la palabra en la boca otorgaré su peticion.*

Nada hace Dios inútilmente, y en cuantos beneficios y dones concede al hombre, tiene siempre por objeto, ó la manifestacion de su gloria, ó el bien particular del mismo hombre, ó la comun utilidad y provecho de los demás; siendo muy digno de advertir, que aún en la manifestacion de su gloria, nosotros más que Él somos los interesados. Dios por sí es bastante á sí mismo; su dicha, su felicidad, su gloria, no dependen en lo absoluto de otro alguno; y tan dichoso y feliz fué ántes de los siglos, como lo fué despues de que crió al mundo: á nosotros, no á Él, es á quien interesa conocerlo; y por esto es cierto, que si desea su gloria, por nosotros la desea, no por Él. En todo, pues, busca al hombre por bien del mismo hombre: en todas las obras de su poder, en cuantas cosas crió, en cuanto hizo y hace, lo tuvo y lo tiene presente; y aún aquellos espíritus perfectísimos que destinó para que sirviesen más de cerca á su grandeza, todos, sin excepcion de uno solo, «todos son espíritus administradores enviados para ministerio

á favor de aquellos que han de recibir la heredad de salud (1).» Al que tuviere esto por demasiado, y le pareciese que llevo las cosas más allá de lo que pueden llevarse, yo le suplico que reflexione, que no hay ni puede haber cosa más grande ni más excelsa que Jesucristo, que siendo Él rico por esencia, se hizo pobre por nosotros, y tomó sobre sí todas nuestras miserias, á fin de que fuésemos ricos por su pobreza, y de que sus méritos nos ganasen los tesoros de la gracia, de la justicia y de la gloria; (2); y que como Él decía de sí mismo á sus discípulos, el Hijo del hombre no vino para ser servido, sinó para servir, y para dar su vida en redencion de todos (3). Siendo, pues, la voluntad de Dios la satisfaccion del hombre, su bien, su utilidad, ninguna cosa podemos hacer más de su agrado ni más conforme á su voluntad, que cooperar con Él al bien del hombre. Basta por sí solo para hacerlo todo; pero ha querido asociarnos á su providencia, á su amor y á sus miras benéficas sobre el hombre; y por esto sus gracias y dones no solo se dirigen á la santificacion particular de cada uno, sinó á la mejor cooperacion por nuestra parte al bien de los demás. Uno y otro vienen de Él mismo, y de Él solo puede venir, porque es bien cierto, que la criatura nada tiene por sí misma con que pueda obrar ni el bien propio ni el ajeno. Las palabras de Jesucristo, «sin mí nada podeis hacer,» lo demuestran bastante.

Apliquemos ahora estas verdades al asunto que nos ocupa, y muy fácilmente hallaremos en María una abundancia incomprensible de gracias, que aunque dimanadas todas de una misma fuente, que es Dios, porque no hay ni puede haber otra de donde dimanen, no todas se dirigen á un solo término, sinó principalmente á dos grandes objetos. Unas se encaminaban á Ella misma, á hacerla santa, perfecta y hermosa, tales como la gracia que la previno para que su concepcion fuese purísima y libre de toda mancha; otras al bien de los demás, para que les fuese útil y de sumo provecho, tales como la ternura de su corazon, su amor, su compasion, sus deseos vivos y ardientes de librar al infeliz de su miseria, y su valimiento ante Dios: aquéllas la prepararon para ser digna Madre de Jesucristo; y éstas para que pudiese serlo nuestra. Mas si me es lícito explicar cuanto concibo en este punto, no tendré inconveniente en decir, que para disponer á María para que fuese Madre de Jesucristo, bastó Dios solo y la operacion oculta y misteriosa de su gracia; mas, para que fuese Madre nuestra, se necesitó de un Dios hecho hombre, y de las demostraciones exteriores de su amor y ternura para con el hombre. Sí, hermanos mios; los ejemplos de Jesucristo fortalecieron y confirmaron el corazon de María en beneficio nuestro. ¿A quién, por infeliz, por miserable que sea, excluirá su amor, despues de haber visto al Unigénito del Padre é Hijo tambien unigénito suyo, que por bien del hombre y por hacerse accesible á todos nace en un establo, y elige por cuna un pesebre? ¿Cómo podrá cansarse de nuestros ruegos la que vió á su Hijo pasar treinta y cuatro años reducido á una vida pobre, trabajosa, mortificada y ocupada siempre en nuestro bien? Aún cuando la fuera penoso atender á nuestra miseria, ¿cómo se negaría, habiendo visto á su Hijo y á su Dios entregado voluntariamente al tormento, al oprobio, á la cruz y á la muerte por labrar nuestro bien? ¿A quién negará su amparo? mejor diré; ¿á quién no lo ofrecerá, despues de haber oido á Jesucristo pedir el perdon para los mismos que lo crucificaban, y aún disculparlos de su maldad?

(1) Hebr. I, 14.
(2) Cor. VIII, 9.
(3) Matth. XX, 28.

El corazon de María, piadoso ya y muy compasivo con tan grandes ejemplos de caridad, no tuvo hasta entónces toda la preparacion que debía tener, y hasta entónces no pudo reunir Ella en su misma persona cosas tan grandes y tan estupendas, que solo Dios pudo concebir y solo Dios pudo hacer. Quien dice Dios, dice lo más excelso que hay: quien dice pecador, dice lo más vil y bajo: quien dice Madre, dice lo más amoroso, lo más tierno, lo más compasivo que puede imaginarse; y quien dice que María es Madre de Dios y del pecador, dice lo que jamás pudo inventar el hombre. Un ángel del cielo anunció á María que sería Madre de Dios; y no soy yo, hermanos mios, el que reune en Ella el otro título y renombre; Jesucristo mismo, cuya voz omnipotente dió sér, existencia y realidad á las cosas, fué quien hizo á María Madre del pecador. Es imposible que Jesucristo se desnudase del amor con que veía á su santísima Madre, ó que intentase que Ella perdiese el suyo hacia Él; pero no es imposible que nada en lo absoluto se reservase de cuanto pudiese cooperar á nuestra utilidad y provecho. «Mujer, hé ahí á tu hijo;» no la llama Madre, para que entendiésemos que lo sería nuestra; ni Él se llama hijo suyo, como para infundirnos toda la confianza y seguridad con que un hijo debe en todo y para todo contar con su madre. Infinita es la distancia que hay entre Jesucristo y nosotros: ¿quién no conoce esto? Mas si hay un punto en que cosas tan distantes y tan diversas puedan reunirse, es el corazon de María: allí están presentes nuestras necesidades, y

está tambien presente el remedio de ellas: lo que falta al hombre miserable, lo que ha menester el hijo pecador de María, lo tiene en abundancia el otro Hijo tambien suyo, santo, grande y omnipotente, y no hay riesgo de que ésta vea á aquél con desden ó indiferencia. Al hacerse hombre Jesucristo, se hizo hermano nuestro, como descendiente de Adán nuestro padre comun; y al hacernos hijos de María, tomó otro título para ser nuestro hermano: Él lo hizo todo, y voluntariamente lo hizo; porque quiso y porque nos amó, se entregó por nosotros al tormento; y ántes de morir quiso dejarnos á la que Él más amó, y á la que despues de Él pudiese más amarnos. No son, pues, vanos, no son arbitrarios los títulos con que diariamente honramos é invocamos á María, sinó los más reales y verdaderos, los más legítimos y más útiles que jamás hubo; pero que ni dicen todavía ni pueden exceder á los que encierra y dice el título de Madre, que lo es nuestra por voluntad de Jesucristo.

Pues bien, yo pregunto ahora: ¿hay por ahí alguna madre que si ve enfermo á algun hijo suyo, espere para asistirlo á que le llore, le clame y pida el remedio? ¿Qué madre hay que no haga suyas las enfermedades de sus hijos, y que no las lleve como pegadas al corazon? No, ciertamente, no hay madre á quien sean indiferentes los males de sus hijos; y no hay ni puede haber mejor ni más amante madre que María. Por esto la llamamos salud de los enfermos. ¿Hay por ahí madre, vuelvo á preguntar, que si tiene algun hijo inícuo y perverso, prescinda por esto de que es hijo suyo? Se afligirá si se ofrece por los extravíos de su hijo, llorará por él; pero jamás lo desconocerá ni le cerrará su corazon; ántes bien redoblará tanto más su amor y piedad, cuanto más haya menester su hijo. Ved, pues, porque llamamos á María Refugio de los pecadores; título de consuelo y alegría y de toda esperanza. No fueron justos ni santos los que Jesucristo le dejó por hijos, sinó pecadores y miserables, los mismos que Él vino á buscar á la tierra. Es consuelo de los afligidos, es auxilio de los cristianos, porque es Madre de todos; y aunque en el estado dichoso de la felicidad eterna que posee, ya no sea posible que haya afliccion ni pesar que comprima su espíritu, esto no impide que lleguen ante Ella nuestras necesidades, nuestras miserias y tantas cosas como nos acongojan con frecuencia: no hay lugar en la gloria á la tristeza, al dolor ni al gemido; pero sí lo hay al amor, á la piedad, á la misericordia, al deseo de nuestro bien y al remedio. Cuanto aquí padecemos lo sabe y lo ve en Dios la que es Madre nuestra, y muy ántes de que movamos los lábios, nuestras mismas necesidades hablan por nosotros ante ella, y su misma piedad es la primera oracion, la primera voz que anuncia el socorro.

Luego bien, amados míos; aún cuando nosotros callásemos tanto bien como nos hizo el Cielo dándonos á María, no sería posible que callasen la montaña de Judá, Caná de Galilea, y el monte santo en que se obró nuestra salud. La montaña dirá siempre, que sintió sobre sí los pasos presurosos de María para obrar la santificacion de las almas; Caná de Galilea dirá, que oyó su voz de piedad impetrando el socorro de la necesidad y pobreza; el Calvario dirá, que allí resonó la voz omnipotente de un Dios que nos la dejó por nuestro amparo; y aún cuando todo callase, y que el mismo peso de nuestra miseria nos oprimiese, de manera, que no nos dejase ni alientos para manifestarla, todavía nuestro corazon percibiría dentro de sí mismo esta voz de María: No temas, yo soy tu auxilio, soy tu refugio, soy tu Madre; te auxiliaré, y si te aprovechas de mi proteccion yo te salvaré. Así sea.

NUESTRA SEÑORA DEL REMEDIO.

Venite ad me omnes qui laboratis... ego reficiam vos.
Venid á mí todos los que andais agobiados... yo os aliviaré.
(MATTH., XI, 28).

Dotado el hombre de sentidos, tiene necesidad de señales sensibles para elevarse á la consideracion de aquellas cosas que, ó por su grandeza, ó por la oscuridad en que están envueltas, superan los límites de nuestra inteligencia. Por eso vemos que en el Antiguo Testamento, cuando el Señor quería manifestar á los hombres alguno de sus atributos, se servía de símbolos y figuras; y unas veces enviaba una nube que llenase el Templo de Salomon, otras mostrábase á Daniel con vestiduras blancas como la nieve. Y por este mismo motivo el Apóstol nos exhorta, á inferir las perfecciones invisibles de Dios de las cosas que vemos; pues por el conocimiento de las criaturas se llega á conocer la inmensa gloria del Criador.

Esto mismo ha hecho la divina sabiduría para manifestar á los hombres la excelencia de María; con símbolos y figuras les ha dado á conocer el tesoro de gracias que reunió la que fué única en la tierra, y es poderosísima emperatriz en el Cielo. En los sagrados Cantares se la compara á los más bellos productos de la naturaleza, y el celestial Esposo dice, que son un panal de miel los lábios de su amada, que jacintos adornan su cuello, y que sus manos son de alabastro. No es, pues, de extrañar, que en todo tiempo los fieles hayan procurado representar con títulos é imágenes los beneficios que de María recibían, para honrar así á la que se les había dado por Madre y Soberana. Queriendo indicar todo lo que de magnánimo, generoso y saludable admiraban en la Santísima Vírgen, pidieron á la pintura los más vivos colores, y á la lengua las palabras más expresivas.

Mas al recordar aquí los símbolos y figuras, los títulos é imágenes de María, no puedo ménos de recordar aquella imágen y aquel título que son el objeto de la presente solemnidad. Nosotros honramos hoy á María con el título de Nuestra Señora del Remedio, y este título nos recuerda todos los beneficios de María, y los demás títulos que á causa de estos beneficios le ha dado la piedad de los fieles. Para contribuir al incremento de vuestra filial piedad, y congratularme con vosotros que honrais á María con el título de Nuestra Señora del Remedio, voy á demostraros que, verdaderamente, es María el remedio de todos nuestros males, y que por lo mismo, este título es para nosotros motivo de gozo y de esperanza. Pidamos ántes la gracia: A. M.

Que María había de ser el Remedio eficacísimo contra los males que aquejan á la mísera humanidad, lo manifestó el Señor cuantas veces para consuelo de los hombres se dignó hablarles con símbolos y figuras. Empecemos por el Edén. Cuando Dios prometió á nuestros primeros padres que ellos y su descendencia serían redimidos, en esta promesa indicábase ya, como poderoso remedio de los males dimanados de la culpa, á la Mujer, que había de aplastar la cabeza del príncipe de los abismos. Regístrense detenidamente las inspiradas páginas de la Biblia, y á cada paso se hallará significada esa deliciosa promesa. Eva, al dar á luz á Abel, muerto por una mano fratricida; Sara, al concebir á Isaac, que había de llevar sobre sus hombros la leña para ser sacrificado; Rebeca, al inculcar á Jacob que se cubriera con los vestidos de Esaú, para alcanzar la bendicion de su padre; esas tres ilustres mujeres eran otras tantas imágenes de María. Raquel, madre del justo José, quien vendido por sus hermanos llegó á merecer el nombre de Salvador de Egipto; Abigail, aplacando con su prudencia la indignacion de David; Débora, marchando al frente de un ejército, y alcanzando la más completa victoria; esas matronas, Raquel, Abigail y Débora, figuraban los beneficios que por María habían de recibir los míseros mortales. A María figuraba Jael, cuando hundía un enorme clavo en las sienes de Sisara; á María figuraba Judith, cuando cortaba la cabeza del más implacable enemigo de su pueblo; á María figuraba Esther, cuando inutilizaba las tramas del perverso Amán y salvaba su nacion de un próximo exterminio; á María, en fin, figuraban de una ú otra manera cuantas ilustres mujeres brillaron entre los hebreos.

Y no fueron solo esas tan celebradas heroinas las que profetizaron las gracias que por María había de recibir el linaje humano; Dios,

queriendo de antemano mostrarnos en María el saludable remedio de los males que aquejaban á la infeliz descendencia de Adán, grababa, por decirlo así, el nombre de la Virgen en los sucesos, que eran como señales de esperanza por los bienes que había de recibir. En efecto; María es el misterioso jardin que produce el árbol de la vida; es el Arca que flota sobre las aguas del diluvio; la paloma, que trae en su pico el ramo de la paz y de la gracia; y la columna que en el desierto sirve de guía al pueblo de Israel. María es el iris, que brilla en medio de las tempestades; la vara de Arón, que se viste de flores; el vellocino de Gedeon, que se adorna con perlas de celestial rocío; la zarza del Sinaí, que arde y no se consume; la nube del Carmelo, que se desata en benéfica lluvia. María es la torre de David, ante la cual se detienen despavoridos los enemigos; el maná, que restaura las fuerzas de los que desmayan por el cansancio de largo camino; la luna, que disipa las tinieblas de la noche; la aurora, que anuncia una hermosa mañana; el sol, que nos trae un día clarísimo; la fuente sellada, á la cual no puede acercarse la grey impura; el huerto cerrado, cuyas azucenas no tocan manos villanas; la Sunamitis, que enamora los corazones; la hermosa Engaddi, cuyo sonrís parece comunicarse á los campos.

Si Dios, por una parte, se dignó ofrecernos en María un poderosísimo remedio contra todos nuestros infortunios, María, por otra, se mostró propicia y deseosa de atender á nuestros males y colmarnos de bienes. Examinad su modo de proceder al revelarla el ángel que está destinada á ser Madre del Salvador. Apénas la aseguró el mensajero celestial, que su maternidad se verificaría sin perjuicio de su virginidad, dos pensamientos llamaron toda su atencion: el de los dolores y pasion del Hijo, y el de los bienes que resultarían de la pasion y de tantos dolores. María conoció perfectamente, que, como corredentora, tendría que apurar el cáliz de amargura, si prestaba su consentimiento á las palabras del ángel. Este conocimiento no debía dejarle un momento de reposo, y cual negra nube oscurecer toda idea de felicidad. ¿Qué consuelo, qué tranquilidad, qué reposo hubieran podido experimentar, Holofernes, si desde niño hubiera tenido siempre á la vista la espada que había de cortarle la cabeza; y Sísara, el clavo que había de atravesar sus sienes; y Baltasar, el dedo que, estando él en un banquete, había de escribir en una pared la sentencia que Daniel interpretó; y Absalon, la encina en cuyas ramas quedarían enredados sus cabellos? Pues bien; ese conocimiento de los males futuros, que la divina Providencia oculta á los hombres, lo tuvo

perfecto María, que vió cuanto había de padecer en el momento mismo que el ángel le hablaba. ¿Y cuál fué su resolucion á la vista de tantos y tan crueles dolores? ¿Niega su consentimiento? Nó: si Ella hubiese consultado la naturaleza, ésta le hubiera dicho: Guárdate bien de pronunciar una palabra, que tantas penas ha de costarte. Ella consulta las llagas del linaje humano, para las cuales su consentimiento será un remedio eficáz, y por eso responde afirmativamente. En su reducida habitacion parécele que se le presenta Adán, cuyos cabellos son blancos como la nieve, y su desgraciada descendencia, y le suplican que pronuncie una palabra que les procure la paz y el perdon. Cree tambien ver en su presencia á los Patriarcas, y recordándole los varios símbolos, con los cuales en los tiempos pasados la figuraron para que las gentes la reconocieran, le suplican dé una respuesta por la cual alcancen gracia y perdon. Los Profetas, asimismo humillados en su presencia, le ruegan que dé su consentimiento para que se verifiquen las promesas que ellos en nombre de Dios hicieron á los hombres. ¿Qué hace María al oir tantas súplicas? Para aplicar el remedio á los males de la humanidad, acepta los inauditos dolores que habrá de sufrir, y que conoce perfectamente; y á imitacion de Jesucristo, que en el huerto de Getsemaní, á la vista de su pasion, acepta los inauditos dolores que le están preparados, y dice á su eterno Padre: *hágase tu voluntad*, pronuncia tambien María la palabra: *hágase*, por más que este consentimento haya de causarle la más tremenda série de padecimientos.

Permítame la Virgen santísima, que yo le pregunte: Vos vais á pronunciar la palabra: *hágase;* vais á dar vuestro consentimiento; pero ¿habeis calculado las consecuencias de esta resolucion? ¿Habeis reflexionado que vuestro Hijo será el hombre de dolores, arrojado por tierra á empellones, abofeteado, coronado de espinas, despedazado por los azotes y clavado en una cruz? Sí, me contesta, sé todo esto, y algo más; pero deseo que á los mortales no les falte el remedio que los libre de los lazos de la culpa y del Infierno: *Fiat, hágase.*—No olvideis, Vírgen santísima, que la Iglesia, fundada con la sangre de Jesús, será horriblemente perseguida por los tiranos, despreciada é insultada por los sábios del mundo, y que Vos misma sereis el objeto de los insultos de los incrédulos, de las contradicciones de los herejes, y de las burlas de los Hebreos?—Sí, lo sé, me responde, y aún mucho más; pero no puedo permitir que al linaje humano le falte el remedio de que tanta necesidad tiene: *Fiat: hágase.* Pero no olvideis, Vírgen santísima, que los mismos cristianos redi-

midos con la sangre de vuestro Hijo, é hijos de vuestras penas, no apreciarán vuestro amor, y por un miserable bien de la tierra, ingratos, correrán á precipitarse en los abismos de la culpa, renovarán la pasion de Jesús, y traspasarán de contínuo con nuevas espádas vuestro sacratísimo corazon.—No importa, replica Ella; sé todo esto, y mucho más; pero deseo que para los hombres quede borrada la sentencia de condenacion contra ellos fulminada; y sean cuales fueren los dolores que me están reservados, estoy resuelta á ofrecerles con mi mano el remedio que ha de librarlos de los males que les abruman: *Fiat: hágase.*

Pronunciadas estas palabras, María quedó constituida con toda verdad nuestra Señora del Remedio, porque proporcionó la salvacion al linaje humano que estaba enfermo. Considerad, en efecto, hermanos mios, las gracias que al linaje humano le eran indispensables para verse libre de la degradacion y de la muerte en que se había precipitado, y os vereis precisados á confesar, que María, dando su consentimiento á la obra de nuestra redencion, nos las proporcionó.

Los hombres tenían necesidad de un remedio que les devolviese las fuerzas, para que libres de sus enemigos, pudieran sin temor cumplir con los deberes que su vocacion les impone; y este remedio lo recibieron de María. En efecto; Zacarías, en un éxtasis de alegría, al soltar su lengua ántes muda para entonar su cántico, bendice al Señor por haberse dignado visitar á su pueblo, y, fiel á sus promesas, llevado á cabo sus amorosos designios. Hacía muchos siglos, que el linaje humano sufría los insultos de los enemigos infernales; ahora no los sufre ya; el Infierno está vencido; y los que gemían como esclavos, pueden con toda tranquilidad atender á sus intereses espirituales. *Ut sine timore de manibus inimicorum nostrorum liberati, serviamus illi.*

Los hombres necesitaban un remedio que diera vista á sus ojos, puesto que la culpa los había cegado y la más profunda noche los oprimía; pero vino María, realizáronse las promesas de la Redencion, brilló una luz esplendidísima, y desaparecieron las tinieblas que por espacio de cuatro mil años habían cubierto la tierra. En efecto; el anciano Simeon, hombre justo y religioso, que con la fé de los antiguos Patriarcas esperaba al que había de consolar á Israel, y á quien el Espíritu Santo había revelado en el fervor de la oracion, que no moriría sin haber visto al Salvador del mundo; al tomar á Jesús en sus manos exclamó: ¡Oh Señor! ya podeis dejarme descansar en paz, pues he visto con mis ojos al que habeis enviado para

salvacion nuestra, y es la luz que ha de iluminar á todas las naciones: *lumen ad revelationem gentium.*

Los hombres tenían necesidad de un remedio, que los curase de los innumerables males que les causaban cuarenta siglos de anatema; María se lo proporcionó. Solo una infinita misericordia podía quitarles aquellos males. Pues bien; esta misericordia, sin la cual la esperanza hubiera abandonado el valle de lágrimas en que vivimos, ha descendido del Cielo, y los enfermos tienen cerca de sí el remedio de todos los males. Escuchad sinó lo que dice la Vírgen santísima en su célebre cántico. Despues de haber en un éxtasis de amor proclamado las magnificencias del Altísimo, exclama: Su misericordia se extiende de generacion en generacion: *A misericordia ejus a progenie in progenies.*

Para que mejor conozcais, hermanos mios, que María es la Señora del Remedio, veamos cuales son los bienes de que le somos deudores, en oposicion á los males que nos vienen de Eva, la primera mujer. Por Eva entró al mundo la culpa original, pues induciendo á Adán á comer del fruto vedado, infestó á todos los que nacemos de un tronco viciado; por el contrario, de María nace el que viene á borrar con su sangre la sentencia de una muerte escrita contra nosotros con negros caracteres en el Cielo, y á darnos la vida. Eva, cogiendo con mano orgullosa el fruto de perdicion, ha hecho circular por las venas del linaje humano un torrente de infortunios; María, atrayendo con su extraordinaria humildad á su seno el fruto de la vida, derrama sobre la tierra regenerada un océano de bendiciones y de salvacion. Por Eva, el hombre que Dios había colocado en un lugar el más delicioso, el paraiso terrenal, se precipitó miserablemente en las tinieblas de la ignorancia; por María, ese mismo hombre pasa de las tinieblas á los resplandores de la luz. Por Eva, innumerables generaciones nacen con la corrupcion en el corazon, y viven en un suelo maldecido; por María, esas mismas generaciones son estrechadas por los brazos de la eterna piedad, y levantando los ojos al Cielo, esperan llegar á la pátria del amor y de la perfecta felicidad. De Eva nació un hijo, que siendo el primer fratricida pobló la tierra de una raza impía; de María nació un hijo, que siendo el benéfico Salvador de sus hermanos, pobló el mundo de justos y el Cielo de comprensores. Por Eva, el hombre, aún ántes de ver la luz, se halla con la sentencia de condenacion escrita en su frente, el pecado en el corazon y suspendido sobre el abismo; por María se borra esa sentencia, se quita ese pecado, se cierra ese abismo. Por lo tanto, si Eva, arrastrando al hom-

bre á la rebelion y dándonos la muerte, perdió todo derecho á ser llamada con el glorioso título de *Madre de los vivientes;* María, dándonos la vida y acercándonos á Dios, adquiere todos los derechos á ser saludada con el título que Eva perdió, y con el nombre que indica su beneficencia, quiero decir, con el título de Nuestra Señora del Remedio.

Otras razones pudiera presentaros, hermanos mios, para demostrar, que á la Vírgen santísima le cuadra el nombre de Nuestra Señora del Remedio. Recordad las palabras con que san Bernardo nos asegura, que Dios quiso recibiéramos todas las gracias por las manos de María: *Omnia nos habere voluit per Mariam.* ¡Oh, si pudiésemos conocer la multitud de gracias que su mano benéfica derrama sobre la humanidad! ¡Plugiese á Dios, que nuestra flaqueza pudiera elevarse tan alto, de poder conocer la innumerable série de beneficios que por Ella descienden á la tierra! Entónces veríamos, que todos los días esta generosa Madre nos mira con ojos de piedad, y nos defiende con su poderoso patrocinio. Veríamos entónces, que no hay momento en el que con la mayor ternura de maternal afecto no procure enjugar nuestras lágrimas y remediar nuestros infortunios. Veríamos entónces, en fin, con cuanta verdad y con cuanta razon dijo san Bernardo: *Que todos los beneficios nos vienen por María.*

Cuando pensamos en los muchos y varios beneficios que el sol dispensa á la tierra, reduciéndolos como á uno solo, decimos que la tierra es deudora al astro del día de todos sus bienes; del mismo modo, cuando consideramos los innumerables beneficios que la santísima Vírgen nos dispensa, no pudiendo enumerarlos, acostumbramos expresarlos con esta sola expresion: María es el remedio universal de todos nuestros males, de todas nuestras enfermedades y de nuestros infortunios.

Por esta razon, nuestros padres dieron á María el título, con el cual la honramos nosotros, de Nuestra Señora del Remedio. Vieron que en María hallaban refugio los pecadores arrepentidos de sus pasados extravíos, y la llamaron: Refugio de los pecadores. Vieron que en Ella hallaban consuelo los afligidos, que despues de haber colocado su esperanza en el mundo, que tantas promesas les hacía, se hallaban en un estado el más desgraciado, y la llamaron: Consoladora de los afligidos. Vieron que hallaban en Ella la salud los enfermos, que cansados de las medicinas, no sabían ya á quien recurrir para su curacion, y la llamaron: Salud de los enfermos. Vieron que dispensaba un poderoso auxilio á los cristianos, cuando las asechanzas

de sus terribles enemigos les ponían en gravísimo peligro de perderse, y la llamaron: Auxilio de los cristianos. Llamáronla Abogada, al ver con los hechos que defendia su causa delante de Dios; llamáronla Maestra, al ver que iluminaba las inteligencias, para que se salvaran de las astucias de que se servían los satélites del infierno para perderlos; que la saludaban con el título de: Causa de nuestra alegría, cuando la vieron siempre dispuesta á consolarlos con sus misericordias; que la llamaban: Estrella del mar, porque los consolaba si atribulados, y los salvaba en los mayores peligros. No dudando, pues, que Ella socorría á cuantos se hallaban en la tribulacion, que alentaba á los pusilánimes, inspiraba valor á los tímidos, y se hallaba siempre dispuesta á desarmar la indignacion del Altísimo; á alcanzarles las gracias y auxilios de que más necesidad tenían, á procurarles, en fin, el remedio de todos los males que afligían al linaje humano; despues de haberla invocado con tan diferentes títulos, cuantos eran los remedios que proporcionaba á los hombres, resolvieron invocarla con un solo título, que comprende todos los otros, llamándola: Nuestra Señora del Remedio.

Y si María, al ser así saludada, proteje á todos, ¿cuánto más protejerá á vosotros, hermanos míos, que la venerais de un modo particular bajo este título de Nuestra Señora del Remedio? Tened, pues, en Ella una santa confianza, y vosotros recibireis con abundancia sus gracias, y experimentareis de un modo especial los efectos de su benignidad. Nuestra Señora del Remedio os conducirá acá en la tierra por la senda de la salvacion, y un día os introducirá en la mansion de la felicidad eterna. Así sea.

NUESTRA SEÑORA DEL SANTO ROSARIO.

DISCURSO I.

Si consistant adversus me castra, non timebit cor meum: si exurgat adversum me prœlium, in hoc ego sperabo.

Aunque se acampen ejércitos contra mí, no temblará mi corazon. Aunque me embistan en batalla, entónces mismo mantendré yo firme mi esperanza.

(PSALM. XXVI, 3.)

Solo el primer hombre, criado en rectitud y justicia, gozó de un imperio venturoso y de una paz envidiable. Ni tenía guerra consigo, ni la tenía con nadie: su voluntad rendida al Criador, la sensualidad sujeta á la razon, y todas las criaturas obedientes á su arbitrio y señorío; hé ahí el dichoso estado de la inocencia, el principado de la felicidad y el reino de la armonía y de la paz. Pero, en el mismo punto en que se rebela contra Dios, se rebelan contra él todos los séres criados. De parte del Criador pierde sus dones, la justicia, la inocencia, la gracia y la inmortalidad; con respecto á las criaturas se ve acometido de todas ellas como de un escuadron de fieras armadas para su destruccion y su muerte. Arrojado del Paraíso, de un clima salutífero y de un suelo deleitoso, entra en una tiera desierta, sin camino y sin agua, un país de pobreza, de desnudez y miseria; y del colmo de las delicias dá en el abismo de las calamidades. Metamórfosis dolorosa, pero justa; y el que quiso aspirar á una dominacion suprema, superior á su esfera, se halló en una dura esclavitud propia de su soberbia. Ya no ha habido remedio á esta fatal caida que envolvió á Adán con todos sus descendientes; pues, si bien el

Hijo de Dios humanado reconcilió al hombre con su eterno Padre, esta reconciliacion no se extendió á todo el resultado de la primera culpa: sanó la mente, mas no la carne; ordenó las fuerzas superiores, mas no ligó la sensualidad; y aún en la voluntad y en la razon quedó el alma herida con la ignoracia y las tinieblas, con la malicia y el pecado. La llaga dejó cicatrices que nos hacen llorar amargamente. De la concupiscencia, como de raiz fecunda, pero infecta y venenosa, brotan ejércitos de pasiones que le combaten, enemigos armados en su perdicion y ruina. Una soberbia oculta, que vanamente le hincha; una maligna envidia, que cruelmente le despedaza; una insaciable avaricia, que ciegamente le arrastra; una ambicion desmedida, que fatalmente le precipita; una horrorosa lujuria, que torpemente le embrutece; una desidia, que le consume; una modorra, que le aletarga; una molicie, que le deshonra; una tenacidad de juicio, que le endurece; y, en fin, una perenne rebeldía y un total trastorno en las fuerzas de su cuerpo y de su alma, que no le permiten un momento de paz ni de sosiego. Además de la guerra intestina que sostiene por la parte de adentro, le asaltan por de fuera un tropel de enemigos violentos de que no puede desprenderse: la sed le aqueja; el hambre le atormenta; el calor le disipa; el frio le entorpece; el trabajo le fatiga; la fiebre le rinde; el dolor le aflige; la peste le devora; las fieras le estremecen; el cielo le amenaza; la tierra le sacude; el acero le hiere; la enfermedad le postra, y la muerte le acaba.

¡Triste situacion la del hombre! ¡Lucha terribilísima! Él solo, los enemigos muchos; él flaco, los enemigos fuertes; la resistencia débil, los ataques violentos. ¿Qué consuelo le podré yo dar al hombre en medio de tantos males y al frente de tan fieros adversarios? En la tierra está cerrada la esperanza; es menester acudir al socorro del Cielo. ¡Vírgen purísima! Vos sola pudisteis discurrir un medio poderoso para triunfar de nuestros enemigos y alentar nuestra esperanza: vuestro santísimo Rosario es la ciudadela inexpugnable para vuestros devotos. Consolaos, oyentes míos, que voy á dilatar vuestro corazon con las noticias más lisonjeras cifradas en la devocion del santo Rosario. Dos géneros de enemigos nos cercan y nos combaten, unos del cuerpo, otros del alma: en el Rosario de María hallareis eficacia y poder para vencerlos á todos. Los vicios y los pecados son males de culpa, se han de rebatir y rechazar con denuedo y valentía, y para esto tiene el Rosario eficáz y poderosa virtud: *Si consistant adversum me castra, non timebit cor meum.* Las penas, trabajos y miserias de esta vida se han de sostener y sufrir con resignacion cristiana; y para

esto presta el Rosario un gran fondo de conformidad y paciencia. *Si exurgat adversum me prœlium in hoc ego sperabo.* Ved ahí en dos palabras trazada toda la idea sobre que versará mi oracion en este rato; pidamos los auxilios de la gracia: *A. M.*

Fundó Nuestro Señor Jesucristo su Iglesia como una ciudad de refugio, en cuyo recinto y dentro de cuyos muros se habían de salvar las reliquias del género humano como en los días de Noé. El demonio, envidioso de esta grande obra, asestó desde luego contra ella los tiros de su poder y malicia, ó para arruinar la fábrica, ó para desmoronarla, suscitando genios turbulentos, pasiones irritadas, furias infernales, con el fin de atacar y abolir el cristianismo, y establecer el trono de la impiedad y el reino del pecado. El Señor, que no dormita ni duerme en la custodia de Israel, opuso grandes reparos á las quiebras de este edificio. Sus apóstoles y primeros discípulos, revestidos de valor y fortaleza, no solo hicieron frente á las huestes enemigas, sí que extendieron las conquistas de la fé y de la religion hasta las extremidades del globo. Movieron despues los emperadores paganos crueles persecuciones, esgrimiendo el hierro y el acero, sin perdonar sexos, clases ni condiciones, para subyugar el mundo á la idolatría universal, destrozar el estandarte de la cruz y borrar hasta el nombre del Nazareno; pero el plan se ahogó en su misma formacion, y la sangre de los mártires con que fué regada la tierra, multiplicó prodigiosamente los fieles en el seno de la cristiandad como los Israelitas en Egipto; y los mismos jefes de la impiedad hubieron de doblar la cabeza y darse por vencidos á una fuerza superior irresistible. Gozó algun tiempo la Iglesia los frutos de la paz bajo los príncipes cristianos; mas luego experimentó nuevos vaivenes y convulsiones de los enemigos de dentro, crueles viboreznos que rasgaron las entrañas de la Madre; y estos hijos díscolos, desnaturalizados y expúreos tocaron la trompeta de la rebelion, y quisieron avocar al tribunal de una razon dementada los artículos y dogmas que nos reveló el Padre celestial. Contra esta gavilla de apóstatas, herejes y cismáticos salieron al campo de batalla ilustres campeones, doctores profundos, talentos sublimes, plumas elevadas y finas, que quitaron la máscara á la impostura, separaron la cizaña del grano escogido, é hicieron patentes las luces y firmeza de la verdad.

Tal fué la providencia amorosa de Dios con su amada y combatida Esposa en todos los tiempos y diferentes épocas de la gracia, oponiendo pastores vigilantes á lobos carniceros y muros de bronce á

terribles baterías, hasta que á fines del siglo XII y principios del XIII, desatando el Infierno todas sus furias, se dejó ver sobre la tierra una maldita casta de herejes, empeñados en arrancar de cuajo y aniquilar, si posible fuera, hasta los fundamentos de la Ciudad santa. ¡Oh Dios! ¡qué mónstruos! ¡qué fieras! No había error que no enseñasen, ni delirio que no sostuviesen, ni dogma que no contrastasen, ni sacramento que no profanasen, ni herejía que no reprodujesen. En el desgraciado Albi anidaron estos basiliscos, y este fué el orígen de los pérfidos Albigenses. Con capa de santidad engañaban al mundo: reproducían las locuras de los maniqueos, de los pelagianos, de los valdenses, de Juan Huss y de Berengario; destruían la jerarquía eclesiástica; privaban á los sacerdotes de la potestad de las llaves; arrastraban las imágenes de los santos; á María santísima le quitaban el honor, la santidad y la pureza, y le juraron un odio mortal y diabólico. Un fuego que prende en una espesa selva impelido de un furioso viento, no propaga su llama con tanta rapidez como este ulcerado cáncer cundió en los miembros católicos y los inficionó del tósigo y del veneno. En poco tiempo se formó un partido formidable, que arrastraba trás sí las almas débiles, los espíritus noveleros, los corazones viciados y corrompidos: no había templos que no arruinasen, altares que no demoliesen, aras que no conculcasen, vírgenes que no violasen, ni cosa buena que no destruyesen. ¡Iglesia santa, qué mal te pagan tus hijos! Tú los criaste y exaltaste; pero ellos te despreciaron. Raquel llorosa, ¿quién enjugará las lágrimas de tus ojos? Nave azotada de furiosas ondas, ¿quién dirigirá tu rumbo?

Pero ¿qué es lo que digo? ¿Qué quejas, qué sentimientos son estos? ¿Acaso el Señor ha abandonado su pueblo ó se ha abreviado el poder de su diestra? Nada ménos. ¿No veis allá, cristianos, en una lóbrega cueva de Tolosa un hombre triste, afligido y penetrado de pena, pálido por sus vigilias, extenuado por sus ayunos, ensangrentado por sus disciplinas, la frente oscurecida, los ojos llorosos, el rostro amortecido, el corazon herido, el espíritu atribulado, postrado en tierra, pegada la boca con el polvo, traspasado de dolor y de amargura, y hecho espectáculo de compasion á los ángeles y á los hombres? Pues ese varon penitente es Domingo de Guzmán. Anonadado en sí mismo, pero lleno de confianza, clama á la Madre de la misericordia para que interponga su mediacion poderosa con su divino Hijo, y vea que medio habrá de reparar tantos males como oprimen á la Iglesia de Jesucristo. Consuélate, santo mio, tus oraciones son oidas; María ha tomado por su cuenta el remedio del mundo. ¡Qué prodigio, oyentes

mios! La Madre del amor hermoso se aparece á Domingo llena de majestad y de gloria, y le entrega el santísimo Rosario. Vé Domingo, le dice, no temas, predícalo; este será el escudo, el baluarte, la espada irresistible: es obra mia, no es invento de los hombres, y él será bastante á conquistar el mundo todo.

Alentado el patriarca de los predicadores con las promesas de la purísima Vírgen, entra de nuevo á pelear las batallas del Señor; pero ¡con qué felicidad! ¡con qué suceso! ¡Qué mutacion en los herejes! ¡qué reforma en los pecadores! El teatro más artificioso no nos presenta transformaciones tan raras, ni tan arrebatadoras. Los sectarios doblan la cabeza, cruzan las manos, se dán á partido, queman sus libros, abjuran sus errores, se visten de saco y de cilicio, lloran sus culpas, y publican el triunfo de la fé y las glorias de Jesucristo y su santísima Madre, de la cual eran mortales enemigos. Los pecadores se ablandan, se compungen, se deshacen en gemidos y lágrimas; y Domingo, con el Rosario en la mano, postra los colosos de la impiedad, y coge de sus discursos aquel fruto centésimo que tanto deseaba su espíritu. Sus palabras encendidas con el fuego del Rosario, son palabras eficaces y vivas, que convierten las almas. ¡Oh lengua, oh pecho, oh espíritu de Domingo! pero ¡oh dignidad, oh excelencia, oh eficacia del santísimo Rosario! ¡á cuántos de carnales y sucios no transformó en espirituales y limpios, de lujuriosos en honestos, de soberbios en humildes, de avaros en limosneros, de mundanos en religiosos, de iracundos en mansos, de escandalosos en ejemplares, de incrédulos en devotos, de esclavos del demonio en siervos de Jesucristo, de tizones del Infierno en moradores de la gloria! Yo tiendo la vista por todas las naciones de la tierra, y todas me ofrecen espectáculos de admiracion y espiritual regocijo desde el momento que les amaneció esta brillante estrella, esta antorcha luminosa del Rosario de María.

¡Qué confusion para vosotros hermanos mios! Ahora tambien se predica la devocion y grandezas del Rosario; pero casi puedo decir que predicamos en balde: echamos el grano de la palabra; pero ó el hombre enemigo entresiembra cizaña, ó cae en la dura piedra y no arraiga por falta de humor y disposicion. Se afea el vicio, se arguye la irreligion, se reprende la incredulidad, se declama contra la depravacion; pero, ó los oidos se cierran al desengaño, ó nuestra voz es tan débil, que no penetra. A las más vivas instancias y reconvenciones se nos responde lo que á Isaías: espera un poco, aguarda otro poco; mañana nos veremos; ahora no es tiempo de luto, ni es razon

acibarar la alegría de los gustos con las hieles de la cruz y penitencia. De tí, pues, te viene tu perdicion, ingrato y desconocido Israel. Por nuestra fortuna son muchos los alistados en las banderas del Rosario; pero por nuestra desgracia son muy cortas las ventajas en la guerra contra el pecado. Se reza el Rosario; pero ¿cómo? en los lábios una confusa algarabía; en el corazon una disipacion monstruosa. Se reza el Rosario; pero de tropel y de corrida, sincopando y comiéndose las sílabas, truncando las palabras, con prisas y abreviaturas; esto, más es dar que reir al demonio, que obligar á la Reina de los Cielos. Se reza el Rosario; pero sin detenerse un momento en contemplar los grandes misterios que se nos proponen, ni recoger la mente á pensar en el amor de Dios para con los hombres, ni en las heróicas virtudes de María santísima, sobre cuyo modelo se ha de formar nuestra conducta. ¿Qué hay que extrañar que no se coja fruto, si no hay sazon en la tierra? Récese el Rosario debidamente, con devocion, con fervor, con deseo de aprovechar; que yo aseguro que sea un firmísimo baluarte contra los enemigos del alma y un áncora de segura esperanza contra las penalidades del cuerpo.

Nuestra vida, de cualquier modo que se considere, es un tejido de tribulaciones, sin que ni el esplendor del nacimiento, ni la preeminencia del puesto, ni el placer de la opulencia, ni la sutileza del amor propio puedan librarnos de ellas. No hay hombre sobre la haz de la tierra cuya prosperidad no se turbe con la inquietud, cuyos placeres no estén mezclados con amarguras, cuyos días más serenos no se oscurezcan con sombras y nubes, y cuyas más hermosas apariencias no se vean muchas veces ofuscadas con las mayores miserias. Las aflicciones, disgustos, azares y sentimientos, tienen un derecho incontrastable sobre el linaje humano, y una especie de dominio absoluto sobre los cetros y sobre los cayados, sobre el sacerdocio y sobre la plebe. No pudiendo el hombre evadirse de este cerrado escuadron de enemigos que le acometen, ni sacudir esta pesada carga que le agobia, no le queda otro recurso sinó sufrirla y sostenerla de un modo fructuoso y meritorio, haciendo virtud de la misma necesidad, y escalones para el Cielo de las duras piedras que abruman sus espaldas. Hé ahí el rico tesoro de la paciencia cristiana, que está encerrado en la preciosa mina de la devocion del santísimo Rosario, dada al mundo por la Madre del Verbo, no solo contra el veneno de la culpa, sí tambien contra las espinas y amarguras de las penas de esta vida.

Id siguiendo mi razonamiento y quedareis convencidos. ¿Con qué

motivo podrá el hombre exaltar su corazon, ni fomentar los humos de su soberbia, juzgándose merecedor de los regalos de Dios, ni de las honras y los aplausos del mundo, cuando considere á una Vírgen la más santa, la más noble y más perfecta, confesarse esclava vilísima del Señor, y reputarse indigna de todo favor del Cielo? Cuando considere á la Reina de los ángeles, no tener en su parto virginal otro lecho que un establo, otro reclinatorio que un pesebre y unas pajas; ¿qué quejas podrá dar contra la Providencia, que no estén preocupadas con el ejemplo inaudito de la criatura más digna y ménos atendida? Cuando considere á esa luna sin mancha, sujetarse á la humillante ceremonia de la Purificacion, sin comprenderla, solo por edificacion y obediencia; ¿cómo alegará pretextos para sacudir el yugo de la ley, para gozar privilegios y excepciones que no le competen, y afectar singularidades entre sus hermanos? Cuando considere á esta divina Madre que pierde al Hijo sin culpa, que le busca con indecibles ánsias atravesada del más agudo dolor; ¿cómo no se ha de confundir en su frialdad y tibieza, cuando es todo nieve en la pérdida de su Señor y de su Dios, de quien pende su vida y su salud, y todo fuego, al mismo tiempo, si acaso perdió la gracia de un hombrecillo dos dedos más elevado que podía favorecerle? Cuando considere á esta Madre incomparable presenciar la tragedia más dolorosa de los siglos, ver hollado el fruto bendito de su vientre, insultado y maldecido, azotado, coronado de espinas, clavado en un patíbulo, sin despegar sus lábios contra los verdugos que se ceban en su carne; ¿cómo ha de ser tan sensible y delicado, que no admita consuelo en la muerte del hijo, del hermano, de la madre, de la esposa ó en cualquier otro golpe adverso de la fortuna?

En todos los misterios de la vida, pasion y muerte del Salvador, hallará excelentes enseñanzas de paciencia y conformidad con la voluntad divina. A un tullido ó paralítico, que no puede moverse sinó por ajenos brazos, que se ve oprimido de mil angustias y dolores, los días tristes, las noches largas, las molestias continuas, las subsistencias cortas, y cerradas las puertas á todo humano consuelo, le diré yo que tome el Rosario en sus manos, en su boca y en su pecho; y al contemplar al Hijo de Dios sudando sangre, bebiendo el cáliz de la pasion más amarga, cercado de angustias y congojas por todas partes, verá alentarse su espíritu y derramarse un río de paz y consolacion sobre su alma. A un infeliz perseguido, á quien sus más íntimos amigos han vuelto las espaldas, el uno le maltrata, el otro le insulta, el uno le aborrece, el otro le maldice, y á todos se les hace molesto

y pesado cualquier oficio de piedad y compasion; le diré yo que coja el Rosario en sus manos, en su boca y en su pecho; y al contemplar al Hijo de Dios vendido por un amigo, desamparado de sus discípulos, aborrecido de su pueblo, insultado y blasfemado, verá tranquilizarse su corazon, y derramarse un río de paz y consolacion sobre su alma. A un caballero deteriorado en su hacienda, que ayer estaba en la cumbre de su dicha, y hoy se halla abatido é infeliz, ayer le vendían mil lisonjas, y hoy le hacen mil desaires; le diré yo que tome el Rosario en sus manos, en su boca y en su pecho; y al contemplar al Hijo de Dios hecho juguete de las pasiones de los hombres, que ahora le llaman doctor y maestro, luego samaritano y poseso; ahora le quieren levantar por rey, luego intentan apedrearle; ahora le reciben en triunfo, y luego fallan su muerte; se desengañará de la farsa del mundo y verá derramarse un río de paz y consolacion sobre su alma. Finalmente, al calumniado sin causa como José, al murmurado sin motivo como Moisés, al perseguido sin culpa como Elías, al condenado en su inocencia como Juan, al enfermo, al pobre, al cautivo, al olvidado en sus servicios y méritos, ¿qué otro consuelo le podré yo dar más eficáz que el santísimo Rosario, en que se halla el fondo de la doctrina y ejemplo de Jesús y de María, el apoyo de nuestra flaqueza, las flores que nacen de las espinas, y los frutos que producen los trabajos?

Yo no pretendo, hermanos míos, que seamos peñascos insensibles á los reveses y adversidades del mundo; solo pretendo, que los males de esta vida no dominen nuestro corazon de suerte, que nos rindamos al peso de su sentimiento, y falten el ánimo, la resignacion, la esperanza y el mérito. Para lograr esta superioridad de espíritu, este valor y heroismo, no hallo medio más seguro y expedito que el santísimo Rosario. El que pide á Dios de corazon la gloria y santificacion de su nombre, la posesion de su reino, el cumplimiento de su voluntad santísima; el que alaba y bendice á la purísima Vírgen, la solicita, la interesa y la empeña en su proteccion y amparo, no es posible quede frustrado en sus deseos, ni fallido en su esperanza; y cuando no consiga verse libre de los trabajos que le prueban y ejercitan, ha de conseguir un esfuerzo superior en tolerarlos, que es otro favor más estimable. He dicho si no consigue total alivio en los trabajos; pues si es verdad infalible, que al que busca el reino de Dios y su justicia, todos los otros bienes se le dán de añadidura; tambien es cierto, que á los devotos del Rosario que nada más desean que las glorias de Jesús y de su Madre, se les han dispensado tantas merce-

des, favores y beneficios, que parece estar vinculado á esta devocion bendita el goce de todas las gracias y la fuente de todas las riquezas. Hablen por mí infinitas doncellas menesterosas, viudas y huérfanos necesitados, socorridos liberalmente por la devocion del Rosario; esclavos gimiendo en duras cadenas, rotos los grillos y puestos en libertad; marineros, luchando con la furia del agua y de los vientos, conducidos á puerto de salvamento; enfermos desahuciados, restituídos á perfecta sanidad; dolores ahuyentados, incendios extinguidos, tempestades disipadas, provincias afligidas de la peste, ciudades conmovidas de espantosos terremotos, países amenazados de la esterilidad y del hambre, ó por la sequía y falta de agua, ó por el destrozo de la piedra, ó por la tala de los insectos nocivos, remediados todos por el santísimo Rosario. Hable el mundo entero, y publique en alta voz las finezas de la Vírgen del Rosario con sus devotos y apasionados, pues que la materia es tan inagotable como gustosa. ¿Y de qué manera pagaremos á esta gran Reina esas mercedes y otros innumerables beneficios? Con mucha facilidad, hermanos míos; solo nos pide la reforma de la vida, el ódio al pecado, la fuga de las ocasiones, el amor á la virtud, y que imitemos á Jesucristo su divino Hijo; un corazon recto, un espíritu limpio, unas manos inocentes, unas obras cristianas, palabras, deseos y pensamientos nuevos y celestiales: este es el sacrificio que acepta, la devocion que estima, y el único medio de merecer sus piedades.

¡Oh amabilísima Madre! de vuestra mano soberana nos ha de venir una gracia victoriosa, que consuma la escoria de nuestras bastardas inclinaciones y triunfe de nuestra dureza y rebeldía. Perdonad la frialdad y tibieza con que hemos rezado hasta ahora vuestro Rosario santísimo, y encendednos en vuestra devocion con aquel fuego de amor que inflama los más tibios corazones, para alabaros dignamente en esta vida, y gozar despues de vuestra vista y compañía por eternidades de gloria. *Amen.*

NUESTRA SEÑORA DEL SANTO ROSARIO.

DISCURSO II.

Tu honorificentia populi nostri, quia feciste viriliter.
Tú eres la honra de nuestra nacion, porque te has portado con varonil esfuerzo.
(JUDITH. XV, 10, 11.)

Ved ahí, amados oyentes, el elogio con que el pueblo de Dios celebró en otro tiempo la gloria de Judith, aquella famosa mujer, que triunfó del orgullo y altanería de Holofernes. ¡Holofernes! ¡qué nombre tan odioso á mis oidos! Azote duro, plaga cruel, furia inhumana desatada para afligir al pueblo del Señor. Ese soberbio capitan de los asirios, con aquella arrogancia y fiereza que le inspiraban sus armas, se empeñó en perder á los de Betulia, rendirlos á discrecion, ó pasarlos á cuchillo. Un sitio obstinado tenía á los pobres hebreos en el último apuro. Faltaban los víveres y comestibles; las aguas cortadas apuraban la paciencia y sufrimiento; la sed y el hambre eran dos enemigos crueles á que no era dado resistirse; y la ciudad consternada presentaba un espectáculo triste, digno de compasion y de lástima. Los niños morían á los pechos de las madres; los viejos, trémulos y desvalidos, caminaban al sepulcro como al remedio de sus miserias; las matronas, vestidas de luto, derramaban copiosas lágrimas; los mancebos esforzados caían de ánimo en vista de un enemigo irresistible; á los sacerdotes y magistrados les faltaba el consejo y la prudencia; los gemidos y los llantos eran el único desahogo de la afliccion; y toda la ciudad temía por instantes las iras y el acero del vencedor. Pero Judith, la incomparable Judith, movida por el espíritu de Dios, halla medio de salvar á su pueblo; se introduce en el

des, favores y beneficios, que parece estar vinculado á esta devocion bendita el goce de todas las gracias y la fuente de todas las riquezas. Hablen por mí infinitas doncellas menesterosas, viudas y huérfanos necesitados, socorridos liberalmente por la devocion del Rosario; esclavos gimiendo en duras cadenas, rotos los grillos y puestos en libertad; marineros, luchando con la furia del agua y de los vientos, conducidos á puerto de salvamento; enfermos desahuciados, restituídos á perfecta sanidad; dolores ahuyentados, incendios extinguidos, tempestades disipadas, provincias afligidas de la peste, ciudades conmovidas de espantosos terremotos, países amenazados de la esterilidad y del hambre, ó por la sequía y falta de agua, ó por el destrozo de la piedra, ó por la tala de los insectos nocivos, remediados todos por el santísimo Rosario. Hable el mundo entero, y publique en alta voz las finezas de la Vírgen del Rosario con sus devotos y apasionados, pues que la materia es tan inagotable como gustosa. ¿Y de qué manera pagaremos á esta gran Reina esas mercedes y otros innumerables beneficios? Con mucha facilidad, hermanos míos; solo nos pide la reforma de la vida, el ódio al pecado, la fuga de las ocasiones, el amor á la virtud, y que imitemos á Jesucristo su divino Hijo; un corazon recto, un espíritu limpio, unas manos inocentes, unas obras cristianas, palabras, deseos y pensamientos nuevos y celestiales: este es el sacrificio que acepta, la devocion que estima, y el único medio de merecer sus piedades.

¡Oh amabilísima Madre! de vuestra mano soberana nos ha de venir una gracia victoriosa, que consuma la escoria de nuestras bastardas inclinaciones y triunfe de nuestra dureza y rebeldía. Perdonad la frialdad y tibieza con que hemos rezado hasta ahora vuestro Rosario santísimo, y encendednos en vuestra devocion con aquel fuego de amor que inflama los más tibios corazones, para alabaros dignamente en esta vida, y gozar despues de vuestra vista y compañía por eternidades de gloria. *Amen.*

NUESTRA SEÑORA DEL SANTO ROSARIO.

DISCURSO II.

Tu honorificentia populi nostri, quia feciste viriliter.
Tú eres la honra de nuestra nacion, porque te has portado con varonil esfuerzo.
(JUDITH. XV, 10, 11.)

Ved ahí, amados oyentes, el elogio con que el pueblo de Dios celebró en otro tiempo la gloria de Judith, aquella famosa mujer, que triunfó del orgullo y altanería de Holofernes. ¡Holofernes! ¡qué nombre tan odioso á mis oidos! Azote duro, plaga cruel, furia inhumana desatada para afligir al pueblo del Señor. Ese soberbio capitan de los asirios, con aquella arrogancia y fiereza que le inspiraban sus armas, se empeñó en perder á los de Betulia, rendirlos á discrecion, ó pasarlos á cuchillo. Un sitio obstinado tenía á los pobres hebreos en el último apuro. Faltaban los víveres y comestibles; las aguas cortadas apuraban la paciencia y sufrimiento; la sed y el hambre eran dos enemigos crueles á que no era dado resistirse; y la ciudad consternada presentaba un espectáculo triste, digno de compasion y de lástima. Los niños morían á los pechos de las madres; los viejos, trémulos y desvalidos, caminaban al sepulcro como al remedio de sus miserias; las matronas, vestidas de luto, derramaban copiosas lágrimas; los mancebos esforzados caían de ánimo en vista de un enemigo irresistible; á los sacerdotes y magistrados les faltaba el consejo y la prudencia; los gemidos y los llantos eran el único desahogo de la afliccion; y toda la ciudad temía por instantes las iras y el acero del vencedor. Pero Judith, la incomparable Judith, movida por el espíritu de Dios, halla medio de salvar á su pueblo; se introduce en el

pabellon asirio, triunfa con su hermosura del corazon de Holofernes, y con su mismo alfanje le corta la cabeza; la confusion y el espanto se apoderan de los enemigos; todos abandonan el campo con una vergonzosu fuga, ó caen en manos de sus contrarios, y experimentan el rigor de la espada. En vista de esta empresa famosísima, felizmente acabada por la valentía de Judith, no pudieron los israelitas contener en su pecho el placer y regocijo, y desatando sus lenguas en voces y clamores de alabanza, le decian sin cesar: «Tú eres la gloria de Jerusalén, la alegría de Israel, la honra de nuestro pueblo; acreditaste tu valor en nuestra defensa, y tu espíritu y corazon se hallan llenos de fortaleza.»

¿Y os parece, amados míos, que podría yo escoger palabras más del caso á nuestro intento, ni que más vivamente expresen el afecto de los devotos de María santísima del Rosario, que hoy día se congregan en este templo á celebrar los triunfos de tan gran Reina? ¿No es el demonio, en sentido misterioso, el Holofernes cruel, altanero y soberbio, lleno de encono, de furor y de saña contra el pueblo fiel y cristiano, que es por antonomasía el pueblo del Señor? ¿Puede darse fiera más inhumana, víbora más irritada, serpiente más venenosa? Todo el mundo ¿no gime bajo el yugo de este déspota? ¿No es el cristianismo el principal objeto de sus iras? Y las almas redimidas con la sangre de Jesucristo ¿no son el blanco de sus venganzas? ¡En qué apuros no se ven cada día los fieles por los ardides y tramas de este adversario! Pero, si por nuestra desgracia tenemos un contrario de por vida que ha jurado perdernos, tambien tenemos por nuestra dicha una Mujer invencible, que ha tomado por su cuenta nuestra defensa. Ella pelea las batallas del Señor, ataca al enemigo, fuerza sus trincheras, corta la cabeza de la serpiente, y en la punta de su lanza nos presenta los despojos y trofeos de sus victorias. Esta es María santísima del Rosario, nuestra Madre, abogada y protectora, vida, dulzura y esperanza nuestra. ¡Con cuánta más razon podemos decirle nosotros lo que los israelitas á Judith: Vos, Señora, sois la gloria de Jerusalén, la alegría de Israel, el honor de nuestro pueblo, porque habeis obrado varonilmente, esforzada y animosa! Soltad vuestras lenguas en sus elogios, no dejeis de las manos el santísimo Rosario: él es el blason que os distingue y ennoblece, el baluarte que os defiende y fortifica. Hé aquí las dos reflexiones sencillas que formarán la dos partes de este discurso. La devocion del Rosario es la divisa honrosa del cristianismo: *Tu honorificentia populi nostri;* primera parte. La devocion del Rosario es la obra de sus triunfos y victorias: *Fecisti viriliter;* segunda parte. Nada más distinguido, nada más poderoso que el Rosario de María; devocion digna de un corazon noble y cristiano, medio el más apto para triunfar de nuestros enemigos: *A. M.*

Es doctrina sentada entre los teólogos, que uno de los efectos del bautismo es imprimir en el alma un carácter indeleble, que nos marca por ovejas de Jesucristo pertenecientes á su rebaño. A la manera que los reyes y príncipes de la tierra, distinguen á algunos ilustres personajes con diversas libreas, empresas, uniformes, armas, cruces, llaves y blasones, en prueba de su particular amor y en testimonio de la fidelidad de los agraciados, por lo cual se ven obligados éstos á trabajar en servicio de su monarca, como que ellos son los que más pertenecen á su cuidado; del mismo modo nuestro Dios se ha portado con los suyos en todas las épocas y edades del mundo. En la ley natural, las oblaciones voluntarias eran la contraseña de los hijos de Dios; en la ley escrita, la Circuncision fué el distintivo visible del pueblo escogido y fiel que le servía y adoraba; y el Bautismo en la de gracia, completó aquellas obras imperfectas y acabó de marcar á los discípulos del Señor.

Ahora añado yo, que si además de este carácter espiritual é invisible, quereis saber la divisa exterior y manifiesta del pueblo cristiano, os diré, hermanos míos, que es el Rosario de María. No es menester más prueba de esta verdad que recurrir á la experiencia. ¿Hallareis por ventura alguna clase de personas, que tengan una sola tintura de religion, que no formen su mayor mérito en ser devotos del santísimo Rosario? Grandes, chicos, niños, mozos, jóvenes, ancianos, hombres, mujeres, eclesiásticos, seglares, pobres, ricos, príncipes y vasallos, ¿quién hay que que no reze el Rosario de María, ó, á lo ménos, no lo lleve consigo como blason honroso de la ley que profesa, y librea que le destina al servicio de esta Señora? ¿Hallareis algunas ciudades, villas, lugares, pueblos, aldeas, casas y familias, donde esta devocion no se conozca, se use y se practique? ¿No está extendida por todo el mundo y propagada por todo lo descubierto del globo? Las fiestas que se hacen por toda la cristiandad; las cofradías, sociedades y juntas erigidas á su culto; los templos, capillas, oratorios y altares con esta advocacion tan augusta, ¿no acreditan el honor y la estima que goza en las gentes el Rosario de la Santísima Virgen? ¿Será menester echar mano de otras razones para convenceros? Vosotros mismos ¿no lo tocais, no lo veis, no lo experimentais? ¿Qué más testimonio que la experiencia? ¿Quereis que os recuerde

el orígen de esta célebre fundacion, á cuya prueba no podais resistiros ni oponeros? Leed las historias, registrad los anales de la Iglesia, donde se hallan depositadas tan felices memorias. ¡Oh abrasado Domingo! vos habríais de hablar ahora en este púlpito que ocupo yo indignamente; vos habríais de hablar con aquellas palabras de fuego, que el espíritu de amor ponía en vuestros puros lábios: ¡qué impresion no harían en mis oyentes vuestras palabras encendidas y enamoradas! Decidnos lo que pasó entre vos y María, nuestra dulce Madre, cuando se os dejó ver llena de esplendor y de gloria, regalándoos con delicias inefables, gusto anticipado de las del Cielo, alentando vuestro espíritu, consolando vuestras penas, serenando vuestras miserias, endulzando vuestras amarguras, y reclinándoos tiernamente en su regazo. Decidnos una palabra, que ella solo será bastante á satisfacer nuestras dudas.

Oid, hermanos, la respuesta amorosa de la Emperatriz de los Cielos á los gemidos, súplicas, ánsias, lloros, suspiros y ruegos de Domingo, que todo se deshacía por los pecados del mundo y por las calamidades que afligían á los mortales. Recibe, hijo mío querido, le dijo esta gran Reina, recibe este Rosario; predícalo, intima esta devocion al mundo, no te detengas; dile que ya llegó el tiempo de su salud; este será el pacto inviolable de la divina alianza y el arco prodigioso de mi clemencia. No temas; yo sé que el mundo cristiano no despreciará mis dones; buscarán asilo y consuelo en sus adversidades y ahogos, y no lo hallarán sinó en mi Rosario santísimo. De ahí resultará una santa emulacion de alistarse en esta bendita cofradía, el deseo de rezarlo, el afecto en promoverlo, el gusto en llevarlo consigo, porque lo mirarán como dádiva de mi piedad, como dispuesto por mi sabiduría, como revelado por mi misma boca. Los Papas autorizarán con diplomas apostólicos una devocion tan augusta. Los escritores eclesiásticos llenarán las bibliotecas de volúmenes del Rosario. Los oradores evangélicos, celosos de mi honra, tendrán por ocupacion la más dulce predicarlo, por empleo el más digno explicar los misterios grandes que contiene, por estudio el más útil llenar sus panegíricos de estas alabanzas, y por fruto de sus tareas el más glorioso su propagacion, su estima y su culto. A imitacion de los supremos oráculos de la Iglesia, á vista de cuantos le exaltarán y engrandecerán, así escritores clarísimos como oradores famosos, no habrá quien no reconozca su excelencia, quien no respete su dignidad, quien no admire su poder, quien no corra presuroso á inscribirse en la nómina de mis escogidos, quien no quiera vestirse de mi

librea, llevar mis armas, adornarse de esta gala, guarecerse con mi escudo, y tener á la mayor honra distinguirse con esta envidiable divisa. Son muy blandos los corazones cristianos para resistirse á los golpes de mi gracia, y léjos de despreciar mis mercedes, no habrá quien no se glorie de unirse al número de mis devotos.

Ved ahí, hermanos míos, en sustancia, las palabras de cariño con que habló la purísima Vírgen á Domingo de Guzman. Perdonad la bajeza de mis palabras, é inferid cuál quedaría el espíritu del santo patriarca con estas finezas y ternuras, cuán regalado, cuán ardiente, cuán extático, fervoroso y derretido. Permitidme, pues, ahora, que hablando yo á aquellas gentes del mundo que ignoran este lenguaje de amor, este punto esencial de la grandeza cristiana, explique mis sentimientos en honor del santísimo Rosario, y les diga de esta forma: Gloriaos, grandes y potentados del siglo, en vuestros títulos y dictados pomposos, que yo me gloriaré en el Rosario de María: él es el que me dá el título de hijo adoptivo y querido de esta amada Madre, el que dá abundancia de gracias y virtudes á mi corazon. Gloriaos, sábios hinchados, filósofos y literatos, en las agudezas de vuestros ingenios y en la superioridad de vuestras luces y de vuestros inventos, que yo me gloriaré en el Rosario de María: él es el que me comunica la ciencia de los santos, el que ilustra las tinieblas de mi ignorancia, me enseña la sabiduría del Cielo, y me dá á conocer las verdades eternas sin mezcla de error ni de falencia. Gloriaos, avaros, ricos y opulentos de la tierra, en vuestros tesoros, en el resplandor del oro y de la plata que encierran vuestros cofres, que yo me gloriaré en el Rosario de María: él será siempre el tesoro de mi corazon, el cumplimiento de mis deseos, el lleno de mi voluntad y de mis afectos. Gloriaos, soberbios y ambiciosos, en vuestra elevada jerarquía, en las prerogativas y distinciones de vuestros empleos, que yo me gloriaré en el Rosario de María: él es el que me levanta del polvo de la tierra á la contemplacion del Cielo, el que me da imperio sobre mis pasiones, me hace dueño de mí mismo, y me coloca en la dignidad inestimable de siervo de esta gran Reina. Gloriaos, jóvenes licenciosos, en vuestro desenfreno, en esas invenciones astutas que fomentais para engañar y seducir el pudor más recatado, esas canciones lascivas, esos billetes amorosos, esas dádivas de cariño para triunfar de la más fina honestidad, que yo me gloriaré en el Rosario de María: éste será el asunto de mis canciones, de mis tratos y de mis coloquios; estas las expresiones de mi lengua; éste será el objeto de las palabras de mi boca; éste la dádiva, el presente, el sacrificio

que ofrecerá mi corazon á la elegida entre millares; á ésta quiero, á ésta amo, á ésta me propongo vencer é inclinar para los fines de mi eterna salud. Gloriaos, mujeres, en vuestros aderezos y galas, en vuestros adornos y modas, en vuestras joyas y dijes; gloriaos en ese ingenioso adorno de manos, cuello, pecho y cintura, que yo me gloriaré en el Rosario de María: yo no quiero más adorno en mis manos, ni más aderezo en mi cuello, ni otra joya en mi pecho, ni en todo mi cuerpo otra gala que el Rosario de María: él es el que conserva mi inocencia, fortalece mi flaqueza, endereza mis pasos, dirige mis intenciones, arregla mis afectos, tiene á raya mis deseos, enfrena la concupiscencia, apaga el ardor de la carne, mantiene ileso el candor de la pureza, y me defiende de todos los riesgos y lazos á que está expuesta la angelical virtud de la castidad. Gloriaos tambien vosotros, devotos cordiales de María, gloriaos juntamente conmigo en el santísimo Rosario; nada más noble, nada más distinguido que el Rosario de la Vírgen: él es la divisa honrosa del cristianismo, ya lo habeis visto; y él es, al mismo tiempo, la obra de sus triunfos y victorias.

Cuando digo, hermanos mios, que el Rosario es para el cristianismo la obra de todos sus triunfos, no penseis que intento referiros una por una las victorias conseguidas por medio de esta devocion bendita. Esto fuera querer contar las arenas al mar, las hojas á los árboles y las estrellas al cielo. Por lo mismo, yo pasaré en silencio la del conde de Monfort contra los Albigenses en el campo de Muret, la de Juan, rey de Polonia, delante de Viena, las dos famosas de Tomisvar y Belgrado en Ungría por el príncipe Eugenio. Solo os recordaré brevemente aquella tan ruidosa y tan completa conseguida contra el poder otomano, que tanto consternó á la ciudad de Constantinopla, y dió motivo á la presente solemnidad del santísimo Rosario en toda la Iglesia católica. Ya el orgulloso Selin habia sojuzgado á Ungría, rendido á Rodas, estrechado á Malta, conquistado á Candía, tiranizado á Chipre y tomado á Famagusta; y engreidos los mahometanos con estos triunfos con que aterraban á la pobre cristiandad, pretendian acabar de una vez con las reliquias del pueblo escogido y fiel. Para esto juntan una poderosa armada, que con la multitud de velas y combatientes cubría las aguas del Mediterráneo, bien seguros de derrotar cuantas fuerzas se opusiesen á su formidable pujanza. En este apuro, la santidad de Pio V, pontífice máximo, lleno de celo y ardimiento por los intereses de la Iglesia, manda hacer públicas procesiones del santísimo Rosario, y empeñar á esta gran Reina por la causa de los suyos; y al mismo tiempo, como excelente

político y estadista, une con una santa liga á España y á Venecia; y nombrando por general de la armada aquel rayo de la guerra, nunca bastantemente alabado, el señor don Juan de Austria, hermano de nuestro rey don Felipe II, se avanzan contra los turcos, que estaban anclados en Lepanto. No es para poco tiempo referir el valor y denuedo con que se peleó por una y otra parte: el ardor encendía el coraje, y la vida se despreciaba por la gloria del vencimiento. Dudosa se manifestaba la victoria en el espacio de tres horas que se hicieron fuego vivo las armadas, cubriéndose de tinieblas el aire por la densidad del humo. Pero, al fin, volviéndose el viento en popa á favor de los nuestros, llenan á los contrarios de terror y de espanto, redoblan las fuerzas, acaloran los ánimos, abordan á la galera de Alí Bajá, general del enemigo, le cortan la cabeza, y pasan á cuchillo toda la tripulacion. Treinta mil turcos quedan muertos y prisioneros, ciento treinta galeras apresadas, noventa se estrellan contra las costas ó se consumen á la voracidad del fuego. Veinte mil cristianos condenados al remo, logran libertad este dia, y el orgulloso otomano queda quebrantado y abatido como el mar quebranta sus encrespadas olas contra los granos de la arena. No es en verdad, ni el número de nuestros guerreros, ni la pericia de nuestros capitanes, ni los consejos ó esfuerzos de los príncipes confederados, quienes trastornan los designios de los bárbaros: es, propiamente, el santísimo Rosario el que humilló á Selin y confundió su soberbia y arrogancia.

Y si de estos triunfos temporales pasamos á las victorias del corazon y del alma, ¿qué prodigios no hallaremos por medio del santísimo Rosario? ¡Oh mundo! ¡y qué corrompido te hallabas! ¡Qué sumergido en tinieblas de ignorancias, de errores y de pecados ántes que te amaneciese esta devocion bendita! ¡Cuántos pecadores endurecidos más que el mármol, hallaban salvo conducto á la sombra de la universal depravacion! ¡Oh siglos deplorables! ¡Oh tiempos calamitosos! ¡Ojalá, que así como pasasteis volando, no hubieseis quedado en nuestra memoria por la fama ruidosa de tantos desaciertos! Pero ¿qué dije? Os llamé infelices por la inundacion de culpas en que os visteis atollados; pero os debía llamar dichosos porque lograsteis ser casi enteramente reparados. En el mismo punto en que Domingo os trajo este ramo de oliva, se vió la serenidad deseada, y cesaron las aguas de aquel diluvio de culpas. ¿De cuántas honras no es deudor el Cristianismo á este gran Santo por la predicacion del santísimo Rosario? ¿Y no podré yo decir, oyentes mios, que el Rosario es la obra de sus triunfos y victorias? Hubierais visto alistarse en la es-

cuela de Domingo una multitud innumerable de pecadores; á la fuerza de su voz no pudo resistirse el vicio más obstinado. Desde que el mundo percibió el suave olor de esta bendita devocion, mudó de semblante. Lo mismo era el emprender el Rosario, rezarle devotamente, y aún solo llevarlo encima, que mudarse las costumbres de los hombres; las conversiones, la mudanza de vida, la reforma de las gentes por medio del Rosario eran universales en la Iglesia. Aquí se veian casas y familias enteras envejecidas largos años en ódios, enemistades y rencores, humillarse, reconocerse y reconciliarse en tranquila union, paz y concordia. Allí se veian avaros, que con sus negociaciones inícuas habian enriquecido su patrimonio á costa del sudor de los pobres, y para quienes la restitucion era cosa más amarga que la misma muerte, y hacer una cesion y abdicacion universal de sus bienes, y buscar ansiosos el remedio de sus llagas encrudecidas en el santísimo Rosario. Unas veces hombres sanguinarios, bandoleros y pervertidos, que, instigados de los torcedores agudos de sus conciencias, buscaban remedio á tantos desafueros en el santísimo Rosario; otras veces pecadores de costumbre, que en el espacio de muchos años no pudieron desatar las cadenas de su esclavitud, se hallaban con el corazon mudado, dispuestos á romper amistades eternas, cuya separacion juzgaban imposible. ¡Oh Dios! ¡cuántas conquistas no ganó el santísimo Rosario! ¡Cuántas victorias y trofeos no cuenta esta augusta devocion! ¡Cuántas almas, que eran presas miserables del demonio, no sacó de su misma garganta!

Acabemos de una vez, hermanos, y digamos á boca llena, que el Rosario ha triunfado en todos tiempos de todas las potestades de la tierra, de los Cielos, de los abismos y de la naturaleza. Ha triunfado de la tierra: cuantas veces los príncipes cristianos han conseguido plausibles victorias de turcos, moros, herejes, y paganos, ha sido siempre por medio del santísimo Rosario. Ha triunfado del Cielo: á los devotos del Rosario mil veces se les han hecho visibles aquellos ciudadanos del empíreo; unos se han visto rodeados de ángeles, otros consolados, fortalecidos y recreados con sonoros cánticos y voces festivas de música celestial. Ha triunfado del Infierno: no hay devocion de que así tiemblen y se estremezcan los demonios. Ha triunfado de la naturaleza: por la virtud del Rosario se ha visto, ya cubrirse el aire de nubes para destilarlas en rocíos saludables, ya disiparse tempestades deshechas, borrascas, huracanes, granizos, piedras, centellas y rayos; la tierra ha vuelto á su natural firmeza despues de conmovida con horribles terremotos, sacudidas, vaivenes y temblores: de su seno y de sus entrañas salieron cosechas abundosas cuando se esperaba una esterilidad mayor que la de Egipto. El mar miró con atencion al santísimo Rosario, ya calmando su furia y sosegando lo encrespado de sus ondas, ya respetando en los naufragios á los cofrades del Rosario. ¡Oh devocion grande! yo te llamaré mil veces santa y bendita. ¡Oh Vírgen pura del santísimo Rosario! Vos sois con especialidad por este título la gloria de Jerusalén, la alegría de Israel, el honor de nuestro pueblo.

No tengo más que deciros, devotos de María. Concluí con mi discurso; suplid vosotros con el fervor de vuestro espíritu la torpeza de mi lengua; no seais devotos superficiales, ni de perspectiva, ni hijos ingratos de esta soberana Reina; vosotros sabeis los favores que habeis recibido de sus manos, los peligros de que os ha sacado, los ahogos en que os ha socorrido, las tribulaciones en que os ha consolado. Mostrad que sois sus verdaderos hijos: proseguid en obsequiarla de veras; vuestras demostraciones exteriores nazcan del ardor de vuestro pecho, del afecto de vuestro corazon. De esta suerte podeis confiar en vuestros Rosarios, y quedarán á su tiempo pagados con exceso todos vuestros servicios; porque teneis una Madre la más piadosa, la más amante, la más generosa y benéfica, que os mirará ahora y eternamente con ojos de misericordia.

Sí, dulcísima Madre mía, en Vos confío, en Vos tengo puesta toda mi esperanza, á Vos clamo en todas mis aflicciones; volved hacia nosotros esos ojos llenos de amor y ternura; dadnos gracia para cantar vuestras alabanzas en esta vida, y continuarlas en las eternas moradas de la gloria. *Amen.*

NUESTRA SEÑORA DE LA SALETA.

Ascendamus ad montem domini, et docebit nos vias suas.
Subamos al monte del Señor, y nos mostrará sus caminos.
(Isaí., II, 3.)

La Vírgen, saludada dichosa por todos los pueblos, manifestó con muchas y prodigiosas apariciones á todos los pueblos su maternal misericordia. Aparecióse desde los primeros tiempos del Cristianismo, ya para consolar á los afligidos, ya para fortalecer á los tibios; cuando para infundir valor en los combatidos, cuando para llevar la confianza al ánimo de los pusilánimes. De hechos de tal índole llena está la historia, llenas las leyendas, llenos los anales de todos los pueblos; y para hacer de ellos una enumeracion sumaria necesitaríase toda la elocuencia, no ya de los hombres, sinó de los mismos ángeles.

Y si no puede dudarse, de que la Vírgen ha favorecido con sus apariciones la pobre mansion de los hombres en todos los siglos, indubitable es tambien, que estas apariciones se repitieron con mayor frecuencia cuando las necesidades, los errores, la corrupcion de los tiempos, demandaban un patrocinio especial de la Madre de las misericordias. Así vemos que María se apareció á San Ambrosio para asegurarle su excelsa proteccion contra los arrianos, que con infernal encono perseguían á los católicos en el Milanesado. Aparecióse en el Piamonte, cuando las sangrientas luchas de Güelfos y Gibelines destruían en la poética Italia la concordia y la paz. Aparecióse en Brescia, cuando la herejía de Lutero rebosaba ya en Alemania, su cuna, y amenazaba extender sus garras sobre toda la Europa. Aparecióse en la Palestina, cuando próximos los musulmanes á caer sobre Corfú, Venecia abrigaba sérios temores por sus vastas posesiones en los mares. Aparecióse en Castel-Leone y en Sanserezino, en Trevigis y en Sistoya, en Savona y en otros puntos, cuando los errores

de Calvino y de Quinglio, despues de invadir la Alemania, la Holanda, la Dinamarca, la Inglaterra, se extendían por la Francia, acercábanse á la Suiza y amenazaban la Italia.

Hé ahí, pues, cómo las apariciones de la Vírgen, no solamente fueron siempre benéficas, sinó que fueron tambien oportunas. Pues bien, ambas condiciones, la beneficencia y oportunidad, descuellan maravillosamente en la aparicion que en nuestros días ocurrió en la montaña de la Saleta. Esta aparicion fué oportuna, porque acaeció en un tiempo, en que las potestades infernales luchaban con encarnizado empeño para perder á los hombres; esta aparicion fué benéfica, porque vino á convertirse en un manantial de gracias en medio de tantos y tantos males como oprimen y afligen al género humano. Debiendo, pues, hermanos míos, ocupar vuestra piadosa atencion en esta solemnidad, en que conmemoramos la aparicion de María Santísima en el monte de la Saleta, me concretaré á presentaros, á propósito de aquella oportunidad y de aquella beneficencia, pruebas irrefragables de la piadosa bondad y de la maternal misericordia de María, cuya gracia me ayudareis á impetrar, saludándola con las palabras del Angel. *A. M.*

Que en nuestros días, quizás con más empeño que nunca, pone en juego el Infierno todas sus artes y toda su industria para perder á la humanidad, demuéstranoslo desgraciadamente la experiencia con su elocuencia incontrastable. Una filosofía panteística, una literatura excéptica, una prensa inverecunda, una impiedad voluntariamente ciega, sistemáticamente sorda ante la luz de la verdad, por medios que deshonrarán ante las edades venideras á la edad presente, pugnan en medio de nosotros por erigir altares al libertinaje y al error, y presentan ante nuestra generacion una cuna en que se mece la incredulidad, y una tumba en que se sepulta la fé. De ahí que veamos, no solo desatendida, pero tambien ridiculizada, la autoridad de la Iglesia; no solo desmentido, pero tambien blasfemado el santo nombre de Dios; no solo olvidada toda fé y toda moral, pero tambien audazmente insultada toda moral y toda fé. En tales circunstancias, María aparecióse en la Saleta; en tales días descendió á esta nuestra tierra: y como quiera que eran días de tanta desolacion para la Iglesia, de tanta ruína para las almas, de tanta perdicion para los pueblos, nadie se atreverá á negar que su aparicion carezca de oportunidad. ¡Ah! Como vírgen, María no podía ser insensible al vicio, que tan despiadadamente corria todos los grados del órden social,

desde el más humilde al más elevado; como Madre, no podía ménos de conmoverse en presencia de tantos hijos que, seducidos, caían en el fango de la corrupcion; como Reina, no podía presenciar indiferente, que el soberbio enemigo extendiese sus rapaces garras sobre todo lo que á Ella es más caro; y para oponerse á la arrolladora corriente del mal, bajó á la tierra. Vino, y el mismo lugar, el tiempo mismo de su descenso, nos declaran el significado de esta aparicion, que de consuno hacían oportunísima las asechanzas del Infierno y los pecados de los hombres. Apareciόse en un monte, y como el monte es un lugar solitario y elevado sobre el nivel de la tierra, por más que no hable sensiblemente, nos demuestra, que debemos elevarnos sobre las bajas miserias de la tierra, huir las ocasiones peligrosas, y engolfarnos en la soledad para atender verdaderamente á los intereses del alma. Apareciόse en la víspera del día en que se celebra la festividad de sus dolores; y puesto que nuestras culpas concurrieron á clavar en su pecho la espada de dolor que atravesó su corazon, ese día, sin hablar sensiblemente, nos demuestra, que debemos llorar amargamente aquellas culpas que tanto la afligieron en el Calvario, y por las cuales quedó convertida en la personificacion del más acerbo dolor. De esta suerte procura María llevar al buen camino á los desgraciados, que, entregados completamente al mundo, no nos cuidamos de nuestra verdadera pátria, el Cielo; de esta manera opone su solicitud maternal, al empeño insidioso del tentador.

Si bien es verdad, que otras varias apariciones de la Virgen presentan circunstancias parecidas á esta, ya sea por lo que respecta al lugar, puesto que María se apareció diferentes veces en los montes, ya sea por lo que respecta al tiempo, porque son varias sus apariciones en los días en que la lloramos dolorida, no es ménos cierto tambien, que la aparicion en la Saleta reune circunstancias excepcionales, que, á mi juicio, demuestran de un modo clarísimo el por qué esta aparicion sucedió en el siglo presente. Abrid, hermanos míos, las historias de los antiguos santuarios; examinad las crónicas de los monumentos sagrados de la antiguedad; registrad los volúmenes de los anales religiosos, y encontrareis, es verdad, que María se ha aparecido en los montes, ó en los días privilegiados de cualquier festividad; pero, no hallareis que se haya aparecido, como sucedió en la Saleta, en condiciones tan especiales, que no pueden ménos de llamar poderosamente nuestra atencion. Hallareis que se apareció circundada de ángeles, en medio de flores, fúlgida y deslumbradora; hallareis que se apareció en hábito de pastora, de guerrera ó de

peregrina; pero no encontrareis que se haya aparecido jamás llevando al pecho una cruz, un crucifijo, unas tenazas y un martillo, como se presentó en el monte de la Saleta á Maximino y á Melania. Estos instrumentos, signos de la pasion cruentísima á que por nuestra salud se sometió el Salvador, debían presentársenos precisamente en un siglo, que renueva diariamente con sus nefandos crímenes los horrores de aquella acerba pasion.

Y esto, no solo porque hoy reina el pecado, causa de aquel martirio, lo cual fué tambien propio de otros siglos; sinó más bien porque la pasion, ya realizada en la persona física de Jesucristo, se renueva actualmente en su persona mística, la Iglesia. ¿Falta, acaso, alguna circunstancia, hermanos míos, para la renovacion íntegra, absoluta, de aquella pasion? No será, ciertamente, que no veamos hoy sobornadas contra la persona mística de Jesús las turbas soeces, ni los discípulos traidores, ni los Caifás, que la acusan de blasfemia; ni los Pilatos, que pretenden excusarse lavándose las manos, ni los Herodes, que la insulten y escarnezcan. Existen los azotes con que laceran sus miembros, repítense las punzantes espinas que taladran su frente, vemos los groseros cordeles que sujetan sus manos, presenciamos como la escupen al rostro. No faltan, nó, los improperios de la plebe, los falsos testimonios de pagados testigos, las blasfemias del ladron impenitente, ni siquiera el nefando juego de la inconsutil vestidura, ante la vista misma de la inocente víctima. En estas condiciones, cuando María ve cernerse tal cúmulo de males sobre la Esposa amada de su Hijo amadísimo, desciende á la Saleta, trayéndose consigo los instrumentos de una pasion con tan heróico esfuerzo sostenida, con tan cruentas torturas soportada, con tanta y tan preciosa sangre regada, y enseña al siglo los excesos en que cae, la ferocidad, la injusticia, la ingratitud, la barbárie de que se hace reo.

No solamente se mostró María en la Saleta, llevando consigo los instrumentos de la pasion, lo cual era oportuno en un siglo en que se renueva aquella pasion misma; sinó que se apareció ostentando impresas en su rostro las señales de la más profunda tristeza; lo cual era oportuno en un siglo, que debía sufrir el castigo consiguiente á la renovada pasion. Así como fué castigada la obcecacion é ingratitud de aquel pueblo que arrastró á Jesucristo al Calvario, así tambien, bajo el trono del Eterno, se percibía terrible castigo contra un siglo, que hace sufrir á la Iglesia la pasion de Jesús. Entónces cerniéronse sobre Jerusalén las águilas latinas, que laceraron con sus férreas garras las vísceras de la ciudad deicida; ahora la discordia, la cares-

tia, el hambre, la peste, la guerra, aparejáronse á caer sobre una tierra manchada de tanta iniquidad. Entónces fué desmantelada la plaza, que careciendo de medios de defensa, presentaba desnudos sus flancos al asalto del vencedor; ahora aparecen obcecados los hombres, y no sabiendo dónde encontrar remedio, ven inevitable caer sobre ellos el merecido castigo. Entónces la muerte reinó como en el dia de su victoria y de su triunfo en una ciudad de vencidos; ahora escenas muy parecidas á aquellas debían presentar estériles los campos, infecundas las semillas, desbordados los torrentes, sumergidas por las tempestades las naves, los aluviones trocando las tierras en cenagosos pantanos, asolando los países los terremotos y epidemias contínuas, dejando huérfanas las familias y desoladas las naciones. Y así como Jesucristo lloró viendo los males que habían de caer sobre Jerusalén, lloró tambien María viendo desbordarse sobre nuestras cabezas aquella urna misteriosa, vista por San Juan en Patmos, y tantas veces llevada por nuestras culpas á la mano de la justicia del Señor.

Y observad, hermanos míos, que existe una gran diferencia entre María que sube al Calvario, y María que desciende á la Saleta. En el Calvario fué inmensa su afliccion, y sus facciones revelaban claramente, que de parte á parte atravesaba su alma la espada de Simeon, y que la Madre del Rey de Judá había llegado á convertirse en la más desolada de las mujeres, en la más dolorida de las madres. Pues bien; en medio de aquella tremenda tempestad que asolaba su corazon, Ella permanecía inmóvil; ni un lamento exhalaron sus lábios; ni una lágrima rodó por sus mejillas. Y María, que no había llorado en el Calvario, lloró en la Saleta: Ella inclinó la cabeza, cubrióse con las manos el rostro, y abundantes lágrimas inundaron sus ojos. Llora, porque si en el Calvario el abatimiento del Infierno era una compensacion á su dolor, en la Saleta ni siquiera esta compensacion le dejaban tantas y tantas almas voluntariamente sometidas al yugo infernal. Llora, porque si en el Calvario hallaba lenitivo á su dolor en la salvacion de los hombres, nuevos hijos suyos, en la Saleta privóla de este consuelo la pérdida de tantos de esos mismos hijos. Llora, porque si en el Calvario veía salir del perforado costado de su Hijo bellísima á la Iglesia, en la Saleta ve cuan rudamente la misma Iglesia es combatida. Llora, porque si en el Calvario veía reconciliarse en estrecho abrazo la justicia y la misericordia, en la Saleta ve que la misericordia, pálida, fría, envuelto el rostro en fúnebre manto, permanece prosternada ante el trono de Dios, y que la justicia, no

pudiendo soportar por más tiempo una generacion de hombres, cuyos crímenes en tal manera han ofendido al Cielo, está pronta á vibrar sobre nuestras cabezas los rayos y saetas. ¡Ah! vosotros, desdichados, los que á los preceptos de Dios, á las máximas del Evangelio, á la doctrina de la Iglesia, anteponeis la doctrina, las máximas y los preceptos del siglo, venid aquí, oid, puesto que para volveros al buen camino, yo no diré que en este siglo reina el error, triunfa el vicio, se extiende la corrupcion, ni me impondré la improba tarea de demostraros, que se reniega de cuanto hay de más sagrado y reverendo, que se conculca cuanto hay de más respetable y venerando; os diré, sí, que en este siglo, á quien aplaudís, y del cual os haceis esclavos, es un siglo que ha hecho llorar á María...

Y hé aquí lo que, con su aparicion en la Saleta, se propuso principalmente María. Hablando con los dos pastorcillos de los Alpes, y encomendándoles que repitiesen sus palabras á todo el pueblo, díjoles cosas completamente opuestas á los más perversos hábitos de este siglo. «Propio es de este siglo, desatarse en blasfemias tales, que ni aún en el Calvario las oí peores;» y la beatísima Vírgen, considerando lo enorme de esta culpa, exhorta á los hombres á no hacerse en lo sucesivo reos de un vicio tan sumamente oprobioso, no solo para los cristianos, sinó para toda criatura racional algo delicada. «Propio es de este siglo, profanar sacrílegamente el día festivo;» y la Vírgen, condenando la torpeza de este olvido de los más sagrados deberes, exhorta á los hombres á no seguir en adelante los inícuos consejos de aquellos, que, aún en los días consagrados al Señor, se alejan de los templos y de los altares. «Es propio de este siglo, no obedecer á la Iglesia, ya en lo que toca á los ayunos, ya en lo concerniente á la abstinencia de carnes en determinados días;» y la Vírgen, señalando la gravedad de tal trasgresion, exhorta á los hombres á la saludable y útil observancia de estos preceptos. «Costumbre de este siglo es, menospreciar la oracion, considerándola como práctica supersticiosa, inútil, buena solamente para las jovencillas y los niños;» y la Vírgen, demostrando lo desatinado de estas máximas, nos exhorta á orar, recitando al ménos la oracion dominical y la salutacion angélica. Sus palabras son preciosos avisos, son piadosas advertencias, son maternales lecciones; y condenando todo aquello en que hoy más comunmente se peca, ofrécenos otro argumento para deducir la oportunidad de su aparicion en estos nuestros días en la montaña de la Saleta.

María, además, Madre, como es, de la gracia y Reina de la mise-

ricordia, al aparecerse entre nosotros, no pudo ménos de derramar en torno suyo las benéficas aguas de la misericordia y de la gracia. ¡Oh clementísima Vírgen! decía por esto mismo el devotísimo Idiota, Vos sois la Madre de la misericordia y de la gracia, porque, siendo sumamente rica y sumamente generosa, sois tambien sumamente benéfica y sumamente misericordiosa. Vuestro corazon es un vaso de misericordia por la abundancia de los afectos; vuestras manos son un vaso de misericordia por lo virtuoso de sus obras; vuestros lábios son un vaso de misericordia por lo benigno de su intercesion; y puesto que Vos habeis engendrado la misericordia, vuestras vísceras no son otra cosa que el tesoro mismo de la misericordia. Así es, que, apareciéndose en casa de su prima Isabel, hizo que aquella casa se llenára de celestiales beneficios; así es, que, apareciéndose en la casa de Caná, en Galilea, hizo que en aquella casa se efectuase el primer milagro de su Hijo; así es, que donde quiera que se aparece, hace experimentar los efectos de su proteccion.

Lo dicho es aplicable á la aparicion de María en la Saleta. En esta aparicion vemos, en efecto, confirmados aquellos preciosos títulos que se tributan á la Vírgen para invocarla rica de amable beneficencia. Ella se declara en la Saleta nuestra abogada, haciéndonos saber, que por Ella fué detenida la mano de la divina justicia, y suspendidos los terribles azotes que ya descendían por los aires á castigarnos. Ella, en la Saleta, se declara para nosotros ciudad de refugio, haciéndonos saber, que, en torno suyo agrupados, los justos obtendrán mayores gracias, y los pecadores aplacarán al Señor, justamente ofendido por sus culpas. Ella, en la Saleta, se declara esperanza nuestra, anunciándonos las bendiciones preparadas para los que se conviertan, y estimulándonos á convertirnos para obtenerlas. Se declara consuelo de los afligidos diciéndonos, que ruega incesantemente al Señor, para que no seamos castigados con nuevos y mayores castigos. Se declara causa de nuestra alegría, señalándonos los muchos bienes que, una vez convertidos, nos esperan, aún en los días de la presente vida, con el aumento de nuestros temporales intereses. Se declara, en una palabra, consagrada por completo á nuestra felicidad, siendo ésta precisamente la causa de su aparicion y de sus consoladoras palabras.

Pues bien; si estos y otros títulos, para mayor gloria de María, se confirman con su aparicion en el monte de la Saleta, hechos irrecusables han demostrado, que sobre todos los títulos mencionados obtuvo especial confirmacion el que ya le daba Pedro Blesense, llamándola piscina Probática. Hallábase en Jerusalén la tal piscina, al rededor de cuyos pórticos agrupábase considerable muchedumbre de enfermos, ciegos, tullidos, paralíticos, esperando el momento en que aquellas aguas fuesen impulsadas por un ángel, para bañarse en ella y recobrar la salud; y á esta piscina comparaba con María el piadoso escritor, porque en las aguas abundantísimas de su gracia se obtienen beneficios innumerables. Y en efecto; esto se ha verificado en la Saleta por la aparicion de María. En el lugar mismo en que la augusta Señora estuvo sentada, surgió un manantial de aguas prodigiosísimas. Si saludables eran las aguas de la Probática, saludables son tambien las aguas de la Saleta; las aguas de la Probática devolvían la salud á los enfermos, y las aguas de la Saleta alejan de los hombres toda clase de enfermedad; las aguas de la Probática curaban solamente las enfermedades corporales, las aguas de la Saleta preservan así de la enfermedad del cuerpo, como de la enfermedad del espíritu. Por consiguiente, de la fuente de la Saleta mana, no tanto una vena de agua, cuanto un raudal de gracias, que restituyen el oido á los sordos, la palabra á los mudos, la vista á los ciegos, el movimiento á los paralíticos, el consuelo á los afligidos, la paz á los atribulados, el arrepentimiento á los pecadores. Por todo lo cual, no solo las sencillas gentes del pueblo, sinó tambien príncipes, prelados y multitud de personas respetables acudieron al afortunado monte, para dar gracias á la Providencia que con esta nueva Probática le ha enriquecido.

Y aunque esto sea ya mucho, no lo es todo. Existe entre las aguas de la Probática y las de la Saleta una diferencia grandísima, y no es necesaria una especial penetracion para convencerse, de que las aguas de ésta, aventajan en mucho á las de aquélla. Para obtener la salud en la Probática era preciso que el enfermo fuese el primero en zambullirse en sus aguas, tan pronto como en ellas se notára el prodigioso movimiento; y para conseguir todo género de beneficios en la Saleta no es preciso atenerse al órden de prioridad; basta llegar con las debidas disposiciones á la montaña y beber de aquella fuente privilegiada. Por las aguas de la Probática veíase libre de la enfermedad que le afligia solamente aquel, que con oportunidad se hallára pronto á sumergirse en ellas; y por las aguas de la Saleta son plenamente consolados cuantos con filial confianza y sincera piedad, invocando el nombre de María, mojan en ellas sus lábios y las consideran como la más segura y eficáz medicina á sus dolencias. En la Probática, el milagro se circunscribía á un tiempo determinado, pa-

sado el cual carecian aquellas aguas de virtud prodigiosa, miéntras que en la Saleta no hay diferencia alguna de tiempo, ni dias más ó ménos determinados para la bondad de sus aguas, puesto que en cualquier tiempo y en cualquier dia puede experimentarse en aquella fuente la inmensa misericordia de María. Y esto fué atestiguado, primero, por las personas piadosas; despues, creciendo el número de los prodigios y la certeza de los hechos mismos, viéronse precisados á confesarlo tambien, y con profundo convencimiento, hasta los más reacios.

Y ved con esto explicado el rápido incremento con que se desarrolló la devocion á Nuestra Señora de la Saleta; ved tambien explicado el inmenso concurso de peregrinos, no solo de los pueblos comarcanos, sinó áun de los más remotos países, que en interminables procesiones acuden al monte en que se apareció María. Acuden los unos, á venerar el lugar santificado por la presencia de María; los otros, á besar la piedra en que Ella se sentó; estos, á implorar de Ella humildemente alguna gracia; aquellos á proveerse del agua milagrosa. Millares y millares de peregrinos, aún en los meses del invierno, aún en la estacion de la nieves, aún en el tiempo de los hielos, se agrupan en la montaña de la Aparicion; millares y millares de lenguas, cantando piadosos himnos, bendicen el nombre de María. No reconoce obstáculos la piedad de aquellos devotos, ni lo largo del viaje, ni la aspereza del lugar, ni lo incómodo del camino. Mutuamente se animan los unos á los otros, mutuamente se confortan. ¡Adelante! gritan ¡adelante! Allá, en aquella cima se apareció la santísima Vírgen; allá, en aquella montaña, les habló á Maximino y á Melania: ¡adelante, adelante! Y caminan, y llegan, y se postran en aquel lugar santo, y oran; y casi siempre al regresar á sus hogares, despues de cumplida la peregrinacion, siéntense consoladísimos por las gracias obtenidas de la Reina y de la Madre, á cuya proteccion fervorosamente recurrieron.

Pero hay más áun. Para obtener los beneficios de la prodigiosa Probática era condicion indispensable estar cerca de ella, esperando el movimiento de sus aguas milagrosas y bañarse en ellas. Los que no podían hallarse en tales condiciones, volvíanse afligidos y enfermos como á ella habían llegado. El mismo Evangelio nos habla de un hombre, que por espacio de treinta años venía sufriendo de parálisis, y que si bien había llegado á la Probática, inmóvil por sus dolencias, y careciendo de persona que lo sumergiéra en aquellas aguas salvadoras, cuando se agitaban movidas por prodigioso impulso, no pudo jamás verse restituido á la salud primitiva. No sucede lo mismo en la Saleta. Nó, no es necesario subir á aquella montaña para obtener beneficios de María; nó, no es necesario postrarse sobre aquella roca para ser generosamente atendido por la magnánima dispensadora de las gracias. Tantos que no podían abandonar la casa propia, tantos que no podían salir de las paredes del hogar doméstico, dirigieron desde léjos sus súplicas á la Vírgen aparecida en la Saleta, y sus voces fueron oidas, y colmados fueron sus fervientes deseos. Empresa árdua, sin duda, empresa temeraria, quizás disparatada é imposible empresa sería, el arriesgarse á enumerar las innumerables gracias recibidas por aquellos que, sin subir á la Saleta, se recomendaron al patrocinio de la Vírgen, invocándola bajo este título. Yo creo que si el más elocuente orador intentára someterse á semejante prueba, sentiría confundírsele el entendimiento y desfallecerle la voz, agobiado por la grandeza, por el esplendor, por el número inmenso de estas gracias.

Testimonio de estas gracias son los innumerables cuadros votivos pendientes de las paredes del Santuario de la Saleta, y colocados allí por los que, regocijados con el beneficio impetrado, quisieron dar á la generosa Vírgen pública muestra de su fidelísima gratitud. Testimonio de estas gracias son los riquísimos regalos en vestidos, aderezos, piedras preciosas, coronas, vasos sagrados, lámparas riquísimas, dones ofrecidos por la piedad de los fieles para el más esplendoroso culto de la Madre celestial, y cuyo número y valor difícilmente pueden apreciarse. Testimonio de estas gracias son los mismos pueblos, en los que la devocion á la Vírgen de la Saleta, léjos de disminuir con el trascurso de los años, léjos de entibiarse y decaer con el tiempo, crece de día en día, aumenta considerablemente, y cada vez es mayor la concurrencia de los fieles á la montaña en que se efectuó la aparicion, y á los templos en que la memoria de tal aparicion se celebra. Acerca de cuyos testimonios si yo hubiese de ocupar vuestra atencion, vería extenderse ante mis plantas inmenso campo á mi discurso, ilimitado por la variedad y sorprendente multitud de pruebas que podría presentaros. Prefiero, por lo tanto, pasarlas en silencio, máxime cuando tales testimonios surgen por todas partes; y vosotros mismos, hermanos míos, con vuestra asistencia á esta solemnidad religiosa, constituís un evidentísimo argumento de aquella piedad y de aquella devocion.

Sin alargar, pues, los límites de este discurso, no concluiré ántes de exhortaros, á que acrecenteis más y más en vuestros corazones el

fervor en la devocion á la Vírgen de la Saleta. No debo omitir tampoco, que para asegurarnos la proteccion de María es necesario, que á las palabras acompañe la reforma del corazon. El fin que se propuso la Vírgen al aparecerse en la Saleta fué el vernos corregidos y enmendados, y nosotros, para serle gratos, debemos enmendarnos y corregirnos. Hagamos que nuestros afectos, en vez de manchados y contagiados por el impuro amor de las cosas terrenas, se dirijan á caminar por los rectos senderos de la eterna salvacion, y María, no nos protejerá con especial benevolencia. Pues, aunque en este caso, nos faltarán tentaciones que procuren desviarnos y llevarnos al camino de la perdicion, hallaremos refugio agrupándonos á los piés de nuestra Madre, escondiéndonos bajo la sombra protectora de su manto, como bajo las alas de su madre se agrupan los tímidos pajarillos al divisar en los aires al rapaz gavilán. Animo pues, hermanos mios, ánimo, resueltos como estamos á alistarnos bajo las banderas de aquella Reina, que por nuestro bien se apareció en la Saleta. Declarémonos hoy todos por siervos suyos, por devotos suyos, por hijos suyos; alcemos nuestra voz, y digámosle desde lo más íntimo de nuestro corazon:

Escuchadnos ¡oh María! que aquí estamos todos, y todos somos hijos vuestros. Indignos por nuestras culpas de vuestro amor, no tendríamos esperanza de conseguirla, si no supiésemos que sois bondadosísima y clementísima hasta con los ingratos. Por este motivo renace la confianza en nuestros corazones, y á Vos nos presentamos, pidiéndoos vuestro piadoso auxilio y vuestra maternal bendicion. Vos, guía y salvacion de tantos desgraciados; Vos, benéfica consoladora de tantos afligidos; Vos, esperanza y vida nuestra; Vos, asistencia nuestra en todos nuestros peligros; defendednos contra todos nuestros enemigos, ayudadnos en la hora de la muerte, libradnos de las llamas del eterno fuego, y no nos abandoneis hasta tanto que no háyamos sido introducidos en la gloria del Paraíso, que á todos os deseo.

NUESTRA SEÑORA DE LA SALUD.

Exestimabat... quod Deus per manum ipsius daret salutem illis.
Estaba persuadido de que, por su medio, les habia de dar Dios salud.
(Act. VII, 25.)

La solemne festividad, con la cual celebramos hoy á María Santísima con tanta pompa religiosa, no puede ménos de ser carísima á todos los corazones devotos suyos. Porque, si bien bellas son todas las fiestas con las cuales, bajo diferentes títulos, todos conmovedores, consolativos y afectuosos, suele el pueblo cristiano venerar á la augusta Madre de Dios, ¿cuál otro podría serle más grato ni mejor disponerla á nuestro favor como el de Nuestra Señora de la Salud, con el que en este día la saludamos? Indudablemente, muchas son las enfermedades que trabajan á los hombres, cualesquier que sea el estado y condicion en que se hallen; la propension á los placeres sensibles, la avidez de goces materiales, ofuscan de tal modo el entendimiento, comprometen de tal manera la salud del alma y del cuerpo, que desfallecida la esperanza de encontrar un remedio eficáz y poderosísimo en los medios humanos, no queda al fin otro recurso, que levantar los ojos al Cielo é invocar el patrocinio de María. He aquí porqué, convencidos de esa verdad y del poder de su Madre, nuestros abuelos instituyeron esta festividad, impulsados por un sentimiento tan piadoso como laudabilísimo. Impulsados por un sentimiento piadoso, porque en la lucha contínua contra tantos y tantos enemigos coligados en perjuicio nuestro, halláronse necesitados de socorro; impulsados por un sentimiento laudabilísimo, porque pidieran la salud á Aquella de quien podian obtenerla.

Este mismo pensamiento, hermanos mios, debe animarnos á imitar el ejemplo de los que nos precedieron en esta vida, y hoy yacen

fervor en la devocion á la Vírgen de la Saleta. No debo omitir tampoco, que para asegurarnos la proteccion de María es necesario, que á las palabras acompañe la reforma del corazon. El fin que se propuso la Vírgen al aparecerse en la Saleta fué el vernos corregidos y enmendados, y nosotros, para serle gratos, debemos enmendarnos y corregirnos. Hagamos que nuestros afectos, en vez de manchados y contagiados por el impuro amor de las cosas terrenas, se dirijan á caminar por los rectos senderos de la eterna salvacion, y María, no nos protejerá con especial benevolencia. Pues, aunque en este caso, nos faltarán tentaciones que procuren desviarnos y llevarnos al camino de la perdicion, hallaremos refugio agrupándonos á los piés de nuestra Madre, escondiéndonos bajo la sombra protectora de su manto, como bajo las alas de su madre se agrupan los tímidos pajarillos al divisar en los aires al rapaz gavilán. Animo pues, hermanos mios, ánimo, resueltos como estamos á alistarnos bajo las banderas de aquella Reina, que por nuestro bien se apareció en la Saleta. Declarémonos hoy todos por siervos suyos, por devotos suyos, por hijos suyos; alcemos nuestra voz, y digámosle desde lo más íntimo de nuestro corazon:

Escuchadnos ¡oh María! que aquí estamos todos, y todos somos hijos vuestros. Indignos por nuestras culpas de vuestro amor, no tendríamos esperanza de conseguirla, si no supiésemos que sois bondadosísima y clementísima hasta con los ingratos. Por este motivo renace la confianza en nuestros corazones, y á Vos nos presentamos, pidiéndoos vuestro piadoso auxilio y vuestra maternal bendicion. Vos, guía y salvacion de tantos desgraciados; Vos, benéfica consoladora de tantos afligidos; Vos, esperanza y vida nuestra; Vos, asistencia nuestra en todos nuestros peligros; defendednos contra todos nuestros enemigos, ayudadnos en la hora de la muerte, libradnos de las llamas del eterno fuego, y no nos abandoneis hasta tanto que no háyamos sido introducidos en la gloria del Paraíso, que á todos os deseo.

NUESTRA SEÑORA DE LA SALUD.

Exestimabat... quod Deus per manum ipsius daret salutem illis.
Estaba persuadido de que, por su medio, les habia de dar Dios salud.
(Act. VII, 25.)

La solemne festividad, con la cual celebramos hoy á María Santísima con tanta pompa religiosa, no puede ménos de ser carísima á todos los corazones devotos suyos. Porque, si bien bellas son todas las fiestas con las cuales, bajo diferentes títulos, todos conmovedores, consolativos y afectuosos, suele el pueblo cristiano venerar á la augusta Madre de Dios, ¿cuál otro podría serle más grato ni mejor disponerla á nuestro favor como el de Nuestra Señora de la Salud, con el que en este día la saludamos? Indudablemente, muchas son las enfermedades que trabajan á los hombres, cualesquier que sea el estado y condicion en que se hallen; la propension á los placeres sensibles, la avidez de goces materiales, ofuscan de tal modo el entendimiento, comprometen de tal manera la salud del alma y del cuerpo, que desfallecida la esperanza de encontrar un remedio eficáz y poderosísimo en los medios humanos, no queda al fin otro recurso, que levantar los ojos al Cielo é invocar el patrocinio de María. He aquí porqué, convencidos de esa verdad y del poder de su Madre, nuestros abuelos instituyeron esta festividad, impulsados por un sentimiento tan piadoso como laudabilísimo. Impulsados por un sentimiento piadoso, porque en la lucha contínua contra tantos y tantos enemigos coligados en perjuicio nuestro, halláronse necesitados de socorro; impulsados por un sentimiento laudabilísimo, porque pidieran la salud á Aquella de quien podian obtenerla.

Este mismo pensamiento, hermanos mios, debe animarnos á imitar el ejemplo de los que nos precedieron en esta vida, y hoy yacen

en los sepulcros; este mismo sentimiento debe movernos á confiar en el patrocinio de María en medio de las calamidades espirituales y corporales, públicas y privadas que por dó quiera nos circundan. Porque si ellos, harto más piadosos que nosotros, invocando con unánime acuerdo á María como Madre de la Salud, nos legaron eficáz enseñanza y gallardo estímulo para venerarla bajo esta advocacion, nosotros, al venerarla con el mismo título, podemos confiadamente esperar las mismas gracias que nuestros antepasados con tanta abundancia experimentaron. Si al reuniros en este sagrado recinto os ha movido el deseo de conocer claramente, cuán bien cuadra á María el título de Madre de la Salud, y cuán razonable y fundada es, por lo mismo, la confianza de los que bajo este título la invocan, yo he subido á esta cátedra de la verdad para satisfacer un tanto vuestro deseo. Hé aquí porque, al proponerme demostraros brevemente las razones más culminantes por las que María debe ser reconocida como Madre de la Salud, me lisonjeo de que, con filial confianza, os proponeis estrecharos más y más en torno de su altar y esperarlo todo de su maternal proteccion. Yo os aseguro, que jamás motivo más dulce ni argumento más caro me han traido á la cátedra del Espíritu Santo. Imploremos, pues, la asistencia de la misma Vírgen santísima, saludándola con el ángel. *A. M.*

Si digo, que María es la Madre de la Salud, no quiero decir que toda salud no nos venga de Jesucristo, sinó que Jesucristo nos ha venido de María. Observad, hermanos mios, cuanta parte tuvo María en todos los misterios, por los cuales el Salvador obró nuestra salud. Jesucristo, el Verbo eterno, se hace carne; pero, esta carne la toma de María; nace niño, pero nace de María; es colocado en el pesebre, pero por las manos de María; es adorado de los pastores y de los Magos, pero sostenido por los brazos de María; es conducido al Templo y ofrecido á Dios, pero por medio de María; se salvará de la persecucion de Herodes, pero huyendo á Egipto conducido por María; obra el primer milagro, pero por la intercesion de María; está pendiente de la cruz, pero al pié de la cruz está María; resucita de la muerte, pero la primera persona á la cual aparece es María. En suma, en donde está Jesucristo, allí está María. Contémplese á Jesucristo, en su nacimiento, en sus instrucciones, en sus padecimientos, en su muerte, en su resurreccion, en todos los actos con que conquista nuestra salud, siempre le vemos acompañado de María.

Y María no es solamente Madre de la Salud, porque siempre estuvo al lado de Jesucristo, de quien nos viene toda salud, sinó tambien porque juntamente con Jesucristo fué corredentora del género humano. Y así debía ser por una consecuencia muy natural, puesto que si el primer hombre y la primera mujer habian pecado, otro hombre y otra mujer debian borrar la culpa; y si Eva unida á Adán concurrieron á nuestra ruina, igualmente á la salud nuestra debian concurrir María unida á Jesús. Este argumento, dimana de la misma razon, pues, un axioma reconocido en la escuela filosófica nos dice, que la causa de la causa lo es tambien de los efectos que ésta produce. Por consiguiente, si Jesucristo es para nosotros el origen de todos los bienes, María puede tambien ser considerada como tal, habiéndonos dado Ella á Jesucristo, origen primitivo de todos los bienes para con nosotros. Piensan y dicen con voz unánime los hombres eminentes, que esto es lo que quiso manifestarnos el mismo Dios cuando mandó un ángel á María. Él no la impuso una órden, sinó le pidió su consentimiento; no le reveló tan solo la parte que debía tomar en la Encarnacion del Verbo, sinó tambien quiso que condescendiese generosamente en tomarla; no quiso darnos la salud como si procediese tan solo de Él, sinó que quiso dárnosla juntamente con Ella.

Empero, esta salud, que habiamos perdido por el pecado de orígen, despues de reconquistada, suele perderse de nuevo con los pecados posteriores. Encenagados en el fango, con tantas pasiones como bullen en nuestro corazon, con tantos peligros como por todas partes nos rodean, con tantos enemigos que por mil y mil medios nos empujan al mal, nos precipitamos miserablemente en el lodazal de la culpa. Entónces, privados de los bienes de la gracia, objeto de desdén en presencia de Dios, merecedores de las interminables penas del Infierno, constreñida nuestra voluntad con trabas para nosotros insuperables, lleno el corazon de lascivos deseos, aprisionada el alma con las pesadas cadenas del pecado, nuestra condicion es asáz horrenda y lamentable. Necesitamos, por tanto, de una mano generosa que nos separe del abismo, nos limpie de la lepra que nos corroe, nos cure las heridas cuyo virus nos mata, y nos restituya nuevamente la perdida salud. Pues esta mano benéfica es, precisamente, la mano de María. María, toda piedad, toda solicitud para remediar nuestra tristísima suerte, emprende con maternal diligencia nuestra curacion, y nos presenta arrepentidos á los piés de su Hijo, rogándole que eleve sobre nuestras cabezas la mano de su perdon. Del mismo modo que en los tiempos antiguos se llamaban de refugio algunos lu-

gares, porque bastaba que un delincuente se acogiese á ellos para que no fuese despues molestado, así tambien María es para los pecadores un verdadero asilo, un verdadero refugio, tanto, que acogiéndonos á Ella, seremos sin duda alguna perdonados.

Corría el año 374 de Jesucristo. Una jóven egipcia, que vivía entregada á todo género de liviandades, marchó á Jerusalén para asistir, con otras muchas jóvenes venidas de todo el Oriente, á la solemnidad con que anualmente se celebra en aquella ciudad la Exaltacion de la Santa Cruz. Tan procáz como desenvuelta, no cesaba de incitar con su belleza y libertinas maneras los apetitos carnales de los hombres; no pasaba día sin que se encenagase más y más en el fango de los obscenos deleites. Llegó en tanto el día de la festividad, y habiendo sonado la señal de la solemne funcion, el pueblo en masa agolpábase en el templo. La libertina quiere penetrar tambien en el sagrado recinto; pero, ya pronta á traspasar los umbrales del mismo, siéntese detenida por invisible mano. Una segunda y una tercera tentativa, en que la desdichada se esfuerza en sobreponerse á la misteriosa fuerza que le cerraba el paso, resultaron tambien infructuosas; y convencida de que le estaba vedado el ingreso en la casa del Señor, retiróse á un ángulo de la plaza, llorando inconsolablemente el castigo impuesto á sus muchos pecados. Mas hé aquí, que en medio de su afliccion divisa sobre el muro, á cuyo arrimo se había retirado, una imágen de María; siente renacer en su alma la confianza, dirije ferviente súplica á la Madre de los pecadores; y entra, primero, en la Iglesia, purifícase despues en el Jordán de la confesion, y retírase á un desierto, donde terminó sus días en austerísima penitencia. Aquella mujer es la misma á quien veneramos en los altares con el nombre de santa María Egipciaca; el patrocinio de María le devolvió la salud del alma, trocándola de pecadora en santa.

Era el siglo decimotercio. Pelegrin Laziosi, educado en el orgullo, en el lujo, en el libertinaje, crecía en años y en maldades.-Forli, su ciudad natal, estaba llena de su nombre, nombre que había llegado á hacerse sinónimo de audacia y de pecado. Tan allá llevó el jóven Laziosi la una y el otro, que un día, miéntras Felipe Benizio predicaba la paz, rebelde y sacrílego, le dió una bofetada en el rostro. Perpetrada la criminal agresion, siente en su alma el puñal del remordimiento; un afán indefinible de pena, de arrepentimiento, agita y conturba su corazon. Corre presuroso al herido hermano, lo abraza, póstrase á sus piés y le pide perdon. Despues penetra en una iglesia, arrodíllase ante una imágen de María, y suplícale de hinojos su generosa misericordia. Y la obtuvo, porque la Vírgen, apareciéndosele en una vision, le manda que se retire á Sena, y que vista su hábito.

Podría, hermanos mios, recordar innumerables hechos semejantes á estos para demostraros, que de María viene la salud á los pecadores. Las historias, las tradiciones, las crónicas, las memorias, regístranlos á centenares, y fácil me sería repetíroslos en gran número. Prefiero, no obstante, pasarlos en silencio, porque con los pocos que referidos quedan, hay suficiente, no solo para nuestro consuelo, sí que tambien para nuestra instruccion en este punto. Ejemplos maravillosos de súplicas atendidas, y de almas convertidas desde la enormidad del pecado á la más completa dicha espiritual, bastan á persuadiros de la verdad con que os he dicho, que de María debemos esperar la más bella y preciada salud.

Y no solamente la salud del alma. Vasto y proceloso es, en verdad, el mar de nuestras tribulaciones, y la tierra y los hombres terrenos, y las terrenas cosas son impotentes para conducirnos al puerto de la felicidad. Los unos, derribadas por el granizo las doradas mieses, ven desvanecerse las esperanzas que cifráran en la próxima cosecha; los otros, ven como se escapa de sus manos la fortuna que creian segura; estos, desde la cumbre de los más ansiados honores, precipítanse en la sima del descrédito; aquellos, por inesperado accidente, ven convertido en suplicio lo que constituía su gozo: inquietudes, y pérdidas, y disgustos, y enfermedades, y todo género de calamidades nos rodean por dó quiera. Pues bien; aún en estos casos en que podemos desesperar de todo humano consuelo, aún en estos casos, debemos esperar de María la salud. Ella es siempre piadosa para con sus hijos, y no desatiende jamás las angustias de los que en su patrocinio confian y á su proteccion se recomiendan. Pero, como los razonamientos no bastan á consolar un alma afligida por el dolor, porque á vuelta de cualquier discurso el dolor siempre queda tal dolor, y no cede ni un punto á la conviccion del entendimiento, os presentaré algunos ejemplos de personas, que, atribuladas por todo género de desdichas, se vieron restituidas á la más alegre salud, y las cuales son testimonio elocuentísimo de la verdad que os predico.

María, Madre de la salud en tiempo de pestilencia. Verona, bella ciudad de Italia, fué horriblemente combatida por la peste el año 1575. El azote, propagándose furioso de una en otra plaza, de una en otra calle, de una en otra casa, diezmaba á hombres y mujeres, á niños y ancianos, sin excepcion de sexo ni edad. Sucedía entónces, que algunas almas piadosas, penetradas de que no debía espe-

rarse remedio alguno de la tierra, sinó del Cielo, recurrieron á María. En efecto; apénas habían elevado sus súplicas á esta piadosa Madre de los desconsolados, cuando la enfermedad desapareció repentinamente.

María, Madre de la salud en ocasion de incendios. Aprestábanse los enemigos al asalto de Savona para entregarla al saqueo, y á fin de sembrar el espanto en el ánimo de los ciudadanos, lanzaban desde léjos bombas incendiarias sobre la ciudad. Los sitiados, no pudiendo resistir por más tiempo, y temerosos de verse sepultados entre las ruinas, ó prisioneros, ser trasportados á otros puntos, huían, abandonando sus propias viviendas. Era de noche, y los fugitivos, que se precipitaban á buscar una salida, acordáronse de María. A María elevaron sus súplicas, á María dirigieron sus votos. Y hé aquí, que, al despuntar el nuevo día, vieron á su ciudad tan bella y florida como lo había sido siempre. Ninguna de aquellas bombas había producido el más pequeño incendio; ninguno de aquellos rayos había causado á las casas el más lijero desperfecto.

María, Madre de la salud en ocasion de terremotos. De un terrible terremoto vióse acometida la ciudad de Forli. La tierra se estremecía en pavorosas contracciones, y caíanse las torres, derrumbábanse los templos, hundíanse con horrísono estrépito casas y edificios. Diríase que la ciudad iba á ser destruida en un instante; diríase que no quedaría en pié cosa ninguna de las que en el día anterior constituían una hermosa ciudad. Pero en Forli era extraordinaria la devocion á María, y María la salvó del abismo en que irremisiblemete iba á ser sepultada.

María, Madre de salud en los naufragios. La emperatriz Matilde, en la guerra que valerosamente sostenía á favor de su hijo Enrique contra Esteban de Blois, se vió obligada á embarcarse en tiempo borrascoso. Bien pronto se desencadenó la tempestad, las crespadas olas rompían contra el buque, el horizonte se cubrió de densas tinieblas, la arboladura y el velámen plegábanse cual frágiles cañas azotadas por furioso viento. Temblaban todos, todos creían segura la muerte entre el torbellino de las bramadoras aguas, cuando la princesa exclamó: Esperemos, amigos míos; la Santísima Vírgen nos salvará. Suba uno de los marineros á hacer la guardia, y tan pronto como se descubra la tierra avíseme, que yo cantaré un himno á la Vírgen Santísima, y hago voto de erigirle una capilla en la playa misma á donde arribemos. Apénas proferido este voto, cálmanse las olas, despéjanse las nubes, y una lijera brisa empuja el buque á las costas de Normandía.

María, Madre de la salud en tiempo de guerra. En el año 1338, un ejército de Brabantinos invadió el ducado de Elzeldría, llevándolo todo á sangre y fuego. El Duque, aunque exhausto de hombres y dinero para contrarestar la invasion, no quiso ceder. Tan diligente como valeroso aprestóse á la lucha; pero ántes corrió á prosternarse ante una imágen de María implorando su proteccion, y votándose á sí propio y á sus caballeros como siervos de la Vírgen. Terminada la súplica, montó á caballo, desnudó la espada, y se lanzó á la cabeza de cuatrocientas lanzas contra un ejército de cuarenta mil soldados. A la vista del enemigo, sus consejeros, aterrorizados por la enorme desigualdad del número, intentaron disuadirlo de presentar la batalla; pero él respondió: Nó, un cierto presentimiento me dice, que será mía la victoria. Desplegad mi bandera, y el que quiera pelear á mi lado, sígame. Yo corro al campo en nombre de Dios y de María, de la cual voy acompañado, y á quien recomiendo todas mis cosas. ¡Adelante! ¡Adelante! Así diciendo, cayó al galope sobre el enemigo y lo destrozó completamente. Él venció por el auxilio de María, y en el templo de Nuestra Señora de Nimega depositó, en prueba de gratitud, las armas que había usado en la batalla, y con las que fué vencedor.

María, Madre de la salud en medio de los mayores peligros. Cárlos IV, durante su estancia en Tolosa, andaba contínuamente de caza con muchos magnates de su córte en el antiguo bosque de Bouconne. Cierto día, hallándose separado de los suyos y persiguiendo á una fiera con excesivo ardor, se extravió. Encontróse en medio de la enmarañada selva, en la más completa soledad, sin camino alguno conocido, en un monte que rebosaba de osos y otras alimañas. Acercábase en tanto la noche, las tinieblas se hacían cada vez más densas, y negros nubarrones ocultaban las estrellas. En tan espantosa situacion, el príncipe, aterrado, no sabiendo á donde dirigirse, ni como salir de aquel intrincado laberinto, encomendóse á Nuestra Señora de la Esperanza. De repente, un viento suave disipó las nubes, un astro brillante esparcía por el bosque fúlgidos resplandores, y un ancho sendero se abrió á los piés del atribulado Cárlos, que se puso inmediatamente en camino, y en breve tiempo se encontró fuera del bosque.

Además de estos, podría, hermanos míos, relataros otros muchos hechos, otros innumerables prodigios, que, claramente, nos presentan á María como Madre de la Salud. Pero renuncio á la empresa de presentarlos á vuestra piadosa consideracion, porque aún limitán-

dome solo á enumerar los más conspícuos, habría de traspasar los límites de este discurso. ¿Cómo relatar las mil y mil veces, que alejó del cuerpo de sus devotos las más pertinaces enfermedades, las mil y mil ocasiones en que despidió del pié de sus altares consolados á los afligidos, gozosos á los atribulados? ¿Cómo enumerar los muchísimos á quienes salvó de la espada, de las borrascas, de los incendios, de los terremotos, y los muchísimos á quienes libró de los peligros y de la muerte en deplorables y tristísimas épocas de guerras, de desastres, de calamidades y de miseria?

Basta echar una ojeada por todo el órbe cristiano para convencerse, de cuán solemnemente la devocion pública ha reconocido á María en todos los tiempos como Madre de la salud; de cuán solemne manera como Madre de la salud la reconoce en la actualidad. ¿Qué otra cosa sinó, atestiguan los santuarios de Nuestra Señora del Pilar y de Monserrat en España, de Nuestra Señora de la Saleta y de Lourdes en Francia, de Santa María del Auxilio en Austria, de Santa María de Steimbak en Baviera, de Santa María de Einsiedeln en Suiza, de Santa María de Cambrou en Bélgica? ¡Oh templos! ¡Oh santuarios! ¡Oh altares! ¡yo os venero desde léjos, desde léjos os saludo! Vosotros sois la prueba más bella, el testimonio más claro, la manifestacion más evidente de las mercedes de María; y quien quiera que os visita, quien quiera que os admire, debe reconocer, sin género de duda, que María es verdaderamente Madre de la Salud.

Pero aún hay más, hermanos míos. María es tambien, en otro concepto, Madre de la Salud, porque abre á sus devotos las puertas del Paraiso. Todos estamos sujetos á la muerte, para todos debe acercarse la última enfermedad, y á esta ley ineludible han de someterse tambien los devotos de la Vírgen, y los que á Ella se encomiendan. Ahora bien; para que desde la tierra podamos subir al Cielo, para pasar de este mundo de tribulaciones al de la eterna felicidad, necesitamos del dón de la perseverancia, porque solo aquellos que han perseverado hasta el fin consiguen la salvacion. Este dón, que es gratuito, y que no podemos merecer por nosotros mismos, puede obtenerse por el patrocinio de María, siendo comun sentir de los teólogos, que cuantas gracias nos otorga el Señor pasan por las manos de María; y Ella misma ha prometido á aquellos que fielmente la aman y la sirven, el dón de la perseverancia, y, por consiguiente, la gloria en la beatitud inmortal.

Puesto que con algunos ejemplos he procurado demostraros, que María se ostenta como Madre de la salud, tanto en beneficio de aquellos que la invocan en sus necesidades espirituales, como en el de aquellos otros que á Ella se encomiendan en sus enfermedades corporales y temporales, permitidme, hermanos míos, que haga otro tanto en esta parte, para probaros claramente el patrocinio de María en obsequio de aquellos, que deben emprender el viaje para la eternidad. De esta suerte quedará perfectamente demostrado por los hechos la tésis de mi discurso; de esta manera no quedará la más leve duda para concluir, que María debe ser reconocida y venerada como Madre de la salud.

Hallábase próximo á espirar el apóstol de Velasco, Francisco de Regis. Una perfecta paz inundaba su alma, tenía amorosamente fija la vista en una imágen de Jesús Crucificado, y devoto de la Vírgen desde su más tierna edad, esperaba confiadamente verse socorrido en sus últimos momentos por la maternal proteccion de María. Llegada la noche, poseyóse de extraordinaria alegría, y vió abrirse los Cielos y aparecérsele Jesús y María, invitándole á subir al Paraiso para recibir la corona de la gloria. La celestial vision lo regocijó de tal modo, que no pudiendo refrenar los trasportes del gozo que embargaba su corazon, dirigióse á uno de los hermanos que estaba á su lado, y como si saliese de deliciosísimo éxtasis, le dijo: ¡Ah, queridísimo hermano mío, qué alegría, qué felicidad! Y un momento despues, plegados los brazos y con la sonrisa en los lábios, fué, por mano de María, trasportado á la eterna mansion de los Bienaventurados.

Moría el ínclito apóstol de las Indias, Francisco Severio. Próximo á exhalar su último aliento, no cesaba de dirigir á la alta esfera aspiraciones vivísimas y afectuosas; y encomendándose á la celestial Reina con confiado amor, con ilimitada confianza, decíale: ¡Mostradme que sois mi Madre! Y María no abandonó á su fiel siervo, Ella misma se puso á su lado para animarle, tendióle la mano para protejerle, y se le hizo visible para consolarle. Así el moribundo, en sus postrimerias, vió huir á los enemigos infernales que le rodeaban, sintió su alma llena de inusitada alegría, comenzó en esta vida á gozar de la dicha que disfrutan los Santos en el Paraiso, y acompañado de María se halló, sin darse cuenta de su propia muerte, ciudadano de la inmortal Jerusalén.

Estos hechos deben, hermanos mios, abrir nuestro ánimo á la confianza. Despues de una série de años cuyo número es harto exiguo, despues de una série de dias preestablecidos por Dios, tambien para nosotros llegará el año y el día que serán los últimos de nuestra existencia. Nada, desde ese día, hay de estable en torno nuestro, nada

consolador. Nuestros bienes, nuestros amigos, nuestros títulos, nuestros honores, nuestra casa, nuestra familia nos abandonarán. La ciencia es impotente para salvarnos, los cuidados son superfluos, ineficaces los remedios, inútiles las lágrimas; la hora de la muerte ha sonado, fuerza es sucumbir. ¿De dónde nos vendrá el socorro? No podremos esperarlo ya de la tierra, será preciso buscarlo en el Cielo. Pues bien; alcemos los ojos al Cielo y encontraremos en María, quien podrá asistirnos, ayudarnos, guiarnos en el viaje que vamos á emprender por un mundo desconocido; encontraremos en Ella nuestro consuelo, la Madre de la salud.

Verdad es, que los ejemplos que acabo de presentaros fortalecerán el ánimo de aquellos que han sido buenos, y viven constantemente fieles á la ley del Señor; pero, no creais que María deje de emplear toda su solicitud aún en obsequio de los pecadores. Ella, que por tanto tiempo los ha llamado; Ella, que de tantos cuidados los rodeó durante el tiempo todo de su vida; Ella, que los ha preservado de tantos peligros y con longanimidad tanta los ha atendido, no podrá ménos de sentir por ellos la más grande compasion, al verlos postrados en el lecho fúnebre de la muerte. Sus entrañas de madre se conmoverán al ver la inminente ruina que los amenaza, y será para ellos madre de piadosa misericordia. ¿Y ¡oh! ¿cuántos, que sin la proteccion de María hubieran muerto en la impenitencia final, le deben á Ella su salvacion?

En vista de todo lo expuesto, ¿vacilaremos aún en ser devotos de esta Madre tan bondadosa como poderosa? ¿Vacilaremos nosotros, que tocamos casi los confines de nuestra vida? nosotros, que nos hallamos siempre al borde de la tumba? nosotros, que de un momento á otro podemos vernos en las puertas de la eternidad? Si S. Pedro Damiano pudo asegurar, que María será nuestra fortaleza, nuestra esperanza, nuestro consuelo, cuando para nosotros doble la lúgubre campana de la agonía; ¿no os parece oportunísimo que, desde este mismo instante, le dirijamos nuestras súplicas, nuestros votos?

Barac, uno de los jueces de Israel, cuando se disponía á marchar contra Sísara, caudillo del ejército enemigo, se acercó á Débora, y le dijo: Si tú vienes conmigo, marcharé á la batalla seguro de conseguir la victoria. Y obtenida respuesta afirmativa, fortificado con la presencia de la ilustre mujer bendecida por Dios, presentó la batalla y venció. ¡Hermanos mios! la última hora del cristiano es tambien formidable, como que es una batalla decisiva contra todos los espíritus del Infierno. Solos no podremos combatir,

abandonados á nuestras propias fuerzas no podemos vencer. Necesitamos, pues, rogar á la verdadera valerosa Débora, á la Mujer verdaderamente bendita de Dios, á la poderosa Vírgen María, que nos dé el triunfo en la terrible lucha; y que así como se nos mostró Madre de la Salud en las enfermedades del alma y en las desgracias que nos afligieron en la tierra, Madre de la Salud se nos muestre tambien en el día de nuestra muerte.

Esto esperamos de Vos, Vírgen poderosísima; esto os suplicamos con los mayores afectos de nuestro corazon. Vos, que os inclinais siempre benigna á los suspiros de los hombres, escuchad la súplica que, llenos de confianza, os dirijimos para obtener de Dios la vida eterna; Vos, que sois el refugio de los pecadores, asegurad para nosotros en el Cielo, donde sois la Reina, misericordia y perdon; Vos, que sois la Madre de Aquel en quien fueron benditas todas las generaciones, no permitais que nos perdamos en los escollos del presente viaje; Vos, que sois la estrella del mar, guiadnos entre las tinieblas y las borrascas de esta noche, conducidnos al puerto en que debemos descansar, acompañadnos al Paraiso. ¡Oh Madre de la Salud! ayudadnos, porque estamos ciertísimos de que con vuestra ayuda seremos salvos.

NUESTRA SEÑORA REINA DE TODOS LOS SANTOS.

Data est mihi omni potestas in cœlo et in terra.
A mí se me ha dado toda potestad en el Cielo y en la tierra.
(MATH. XXVIII, c. 18.)

Arrebatado el profeta rey de Palestina, en aquellas celestiales visiones en que le fué revelado lo futuro, vió á una Señora, que, vestida con cendales de purísimo oro, y adornada con admirable variedad de dibujos, se sentaba sobre resplandeciente trono á la diestra de Dios. Esta Señora era María. Elevada al Cielo en medio de las aclamaciones de júbilo de los habitantes de la bella Sion, María fué colocada sobre esplendorosísimo sólio, y bendecida y venerada como Señora del Paraiso. Recompensa de su sufrimientos, remuneracion de sus méritos, corona de sus triunfos, la gloria á que fué elevada es inmensamente mayor de lo que, no ya humanas lenguas, sinó las lenguas mismas de los ángeles podrian expresar. Ensalzada sobre todos los órdenes de las gerarquias celestiales, colocada en el más eminente puesto de los celestiales reinos, beatificada por aquel mismo Dios que concibiéra en su seno, puesta en posesion de la felicidad inmortal, que por tantos títulos le correspondía, reinó proclamada Reina de todos los Santos.

Esto era precisamente lo que en Ella admiraba su real ascendiente, David, cuando, acompañándolas con los melodiosos acordes de su cítara, dirigía al Señor estas palabras: Siéntase á tu diestra una Reina, vestida con refulgente túnica de oro, admirable por la profusion de los adornos; y esto es lo que nosotros nos proponemos celebrar en la festividad de este dia. Invito, pues, hermanos mios, vuestra atencion sobre este faustísimo argumento, proponiéndome esclarecer el significado del sublime título por el cual veneramos á María como Reina de todos los Santos. Persuadido estoy de que no

podré elevarme á grandeza tanta; sé muy bien, que los mismos Padres, los mismos Doctores de la Iglesia, por más que á tan sublime asunto consagraron los raudales de su espléndida y magestuosa elocuencia, no han podido equipararse con lo sublime del asunto; pero tambien estoy seguro de que á vosotros, perspicaces y devotos como sois, no os será difícil adivinar en el pálido discurso mio, aquello que, para reproducido con adecuados y fieles colores, excede con mucho á las humanas aptitudes. Por tanto, siguiendo las inspiraciones de la Iglesia, que invoca á María con el nombre de Reina de todos los Santos; siguiendo la piadosa devocion de nuestros abuelos, que instituyó esta solemnidad consagrada á María como Reina de todos los Santos; correspondiendo al deseo de vuestra piedad misma, que, como Reina de todos los Santos, aspira á venerar á María, renuncio á prolongar este exordio, y entro desde luego en el desarrollo de la proposicion anunciada, proponiéndome presentaros, en cuanto me sea posible, los principales motivos, por los cuales María debe ser por nosotros solemnemente glorificada bajo el título de Reina de todos los Santos. *A M.*

Por dos motivos se llama María Reina de todos los Santos; el primero es, que Ella excede en santidad á los Santos todos; el segundo es, el haberla constituido el mismo Dios como Señora de la dichosa mansion de los Santos. Examinemos uno y otro de estos motivos, y no tendremos dificultad alguna en reconocer, que María es, verdaderamente, la Reina de todos los Santos.

En cuanto al primero, María sobrepuja en santidad á todos los Santos, por la abundancia de las gracias, por lo singular de sus privilegios, por la dignidad de sus preeminencias. Demostrado esto, y es muy fácil demostrarlo, quedará patente, aún para los más exigentes, como en la santidad excede la Vírgen á los Santos todos. Preparémonos, pues, á considerar cuán grande ha sido en María la abundancia de las gracias, cuánta la singularidad de sus privilegios, cuán sublime la dignidad de sus preeminencias; y habremos descubierto anchísimo campo para deducir, que Ella es, y que no podía ménos de ser, superior á todos los Santos.

Hemos dicho, que María aventaja á los Santos todos por la abundancia de las gracias, porque todas las gracias, que, partitivamente, fueron distribuidas á los Ángeles y á los hombres, se acumularon en Ella. Muchas fueron, en efecto, las gracias otorgadas á los Angeles que, desde el principio, permanecieron fieles á Dios; muchas fueron

las gracias concedidas á los Patriarcas y á los Profetas; muchas las gracias dispensadas á los Mártires y Apóstoles, antorchas de la nueva ley de gracia. Pues bien; María reunió en sí sola todas las gracias dispensadas á los Apóstoles y Mártires, todas las gracias concedidas á los Profetas y Patriarcas, todas las gracias otorgadas á los Angeles. Paso por alto, hermanos mios, los innumerables testimonios de los Padres y Doctores de la Iglesia que aducir podría en confirmacion de esta verdad, porque quiero presentaros un testimonio superior al de los santos Padres y Doctores; el testimonio de un Angel. Cuando hubo sonado la hora feliz de la plenitud de los tiempos, y Dios quiso consumar la obra de sus infinitas misericordias, un Angel resplandeciente se presentó á María. Acércase á Ella con profunda reverencia, inclinando su frente ornada con la diadema de la inmortalidad, y le participa el celestial mensaje: «Yo os saludo, le dice, Señora, llena de gracia, con Vos está el Señor, Vos sois la bendita entre todas las mujeres.» ¿Qué significan estas palabras tan nobles, tan sublimes? El Angel diciendo á María, que el Señor estaba con Ella, quería significarle, que Dios estaba en Ella con su gracia, con su especial proteccion, con su preferente amor. Diciendo que Ella era la bendita entre todas las mujeres, quería expresar que Dios, por predestinacion eterna, la había ensalzado á una dignidad sin igual; y que Ella excedía en gloria á todas las mujeres, como las sobrepujaba tambien en los méritos, y las aventajaba á todas en la virtud. Llamándola llena de gracia, quería significar, que en Ella se reconcentraban tantas gracias, cuantas pudiera reunir humana criatura, de manera, que ninguna era posible añadir ya á sus muchas gracias, á sus inconmensurables dones. Tal abundancia de gracia impulsó á muchos personajes de alta perfeccion, á la empresa dificilísima de enumerarlas, pero no pudieron realizarla; y empezada ya la árdua obra, faltáronles conceptos y palabras con que expresarlas. Tal abundancia de gracias dejó atónitos á los más preclaros ingénios; y acostumbrados á celebrar con pomposas frases los hechos generosos, no acertaron á encontrar palabras con que ensalzar el hecho nuevo é inaudito con que había sido sublimada María. Si, pues, no existe humana inteligencia capáz de comprender la dignidad á que la Vírgen fué exaltada; si no existe ingenio tan sublime, que pueda pasar más allá de la contemplacion del eminente puesto en que la Vírgen fué constituida; si no hay entendimiento, por valeroso que sea, que pueda penetrar en el esplendor inmenso de tanta luz, por esto solo queda demostrado, que por la magnitud, por la inenarrable abundancia de

las gracias de que fué colmada, sobrepuja la santísima Vírgen, con indecible exceso, á todos los Santos.

Pero, no es solo por la plenitud y abundancia de la gracia por lo que María sobrepuja á todos los Santos; excédelos tambien por la abundancia y por la plenitud de los privilegios y de los dones que le han sido concedidos. Y en efecto; si María, por privilegio único, no compartido jamás por hombre alguno en la tierra, ni por Angel alguno en el Cielo, fué sublimada á la dignidad altísima de Madre de Dios, ¿era posible que ese mismo Dios no la adornase con especialísimos dones? Aquella á quien el Hijo de Dios amó con un amor sin límites y sin medida, como á Madre carísima, ¿habría dejado de recibir prerogativas tambien ilimitadas é inconmensurables? Aquella á quien el Espíritu Santo preparó para tabernáculo digno de la Divinidad, ¿habría dejado de obtener de tan pródiga mano todas las preeminencias que la convirtiesen en un vaso de eleccion, cuyos perfumes habían de difundirse por el mundo entero?

Hallamos en los libros sagrados, ejemplos de otras maravillosas vocaciones. Maravillosa fué, en efecto, la vocacion de Esther, que, huérfana desdichada, miéntras vivía en país de esclavitud juntamente con Mardoqueo, para que se cumpliéran los designios de Dios, vióse elevada á compartir con Asuero el trono real. Maravillosa fué tambien la vocacion de David, que, de simple pastor, y miéntras se cuidaba de apacentar los rebaños, para que tuviéran cumplimiento los mandatos de Dios, fué ungido como Rey por el profeta Samuel. Pero ¿qué comparacion podrá jamás establecerse entre estas vocaciones y la vocacion de María? En la vocacion de María no se trata ya de una córte terrena, ó de una terrena grandeza. Trátase de establecer entre Ella y el Hijo de Dios, una union tan íntima, que ambos deben constituir una misma carne y una misma sangre. Trátase de ensalzarla tanto, que Jesucristo habrá de pertenecer á María, en cuanto un hijo pertenece á su madre; Jesucristo será parte de María, en la misma medida en que el hijo es parte de la madre; y así como no puede concebirse que exista hijo sin madre, tampoco sin la idea de María no puede concebirse la idea de Jesucristo. Trátase de hacer partícipe á María de la augusta calidad de Dios, porque si el Eterno Padre engendra con su propia sustancia al Hijo, María lo concibe con su propia sangre; si en su propio seno el Eterno Padre engendra al Hijo, en su propio seno lo concibe tambien María; y si el Eterno Padre engendra al Hijo de una manera inefable, de modo milagroso lo concibe tambien María. Y siendo esto así, ¿podría haber restriccion

alguna en los dones que sobre esta Mujer extraordinaria habian de caer á manos llenas? ¡Ah, sí! Ella, como dice San Juan Crisóstomo, no podía ménos de ser la mujer más bella y más digna de todo el mundo, puesto que había de abrigar y contener en su seno al mismo, á quien el mundo entero no era capáz de contener y abrigar. Si Juan el Bautista, por su condicion de precursor de Jesús, fué colmado de tantos dones; si Pablo, para que se convirtiéra en el apóstol de las gentes, fué constituido vaso de eleccion; si muchos otros, que debian cumplir menores oficios, fueron dotados de grandes privilegios; ¿con qué dones, con cuáles privilegios, con cuán grandes prerogativas no habrá sido enriquecida aquella Vírgen bendita, predestinada para Madre de Dios?

Los tesoros derramados sobre María deben medirse por su divina maternidad, puesto que esta maternidad es el principio, el centro, y el fin de todos los dones y de todos los privilegios que pródigamente le han sido comunicados. De ahí, que para investigar cuáles y cuántos hayan sido estos privilegios y estos dones, sería preciso poder investigar cuál y cuán grande sea la maternidad divina. Pues habeis de saber, hermanos míos, que á tal altura no han sabido elevarse jamás, ni la inteligencia de los más profundos Doctores, ni la elocuencia de los más eruditos Apologistas, y que ni aún la inteligencia de los Serafines podría elevarse á altura tanta. Debeis, por tanto, concluir, que tampoco es posible esforzar el entendimiento humano hasta investigar todos los dones y todos los privilegios recibidos por María con su divina maternidad. No se puede decir lo mismo de los Santos, pues conocemos las virtudes especiales que los elevaron sobre el resto de los hombres; y nosotros, pecadores, podemos abarcar los tesoros de gracia que poseyeron los Apóstoles y Mártires, la riqueza de dones que gozaron los Confesores y las Vírgenes, y las bendiciones que ilustraron á los Patriarcas y Profetas. Ahora bien; si los dones solos, solas las prerogativas, solos los privilegios de María exceden á nuestra inteligencia, sin que nos sea posible abarcar su magnitud, claro está, que María es superior á todos los Santos por la singularidad de sus prerogativas, de sus privilegios y de sus dones.

Y si María supera á todos los Santos por la singularidad de sus dones y privilegios, fácil es comprender, que los supera tambien por la singularidad de su altísima preeminencia. Y en efecto; es incuestionable, que cuanto más ensalzado sea un hombre por su príncipe con honores y privilegios, tanto más participa ese mismo hombre de la dignidad real. Pero, como hemos demostrado ya, María, por

sus gracias y privilegios sobrepuja de tal manera á los Santos, que solo es inferior á Dios. Ahora debemos añadir, que sobrepuja además de tal suerte á los Santos en la preeminencia, que solo es inferior á Dios. Ella es la luna mística, que, irradiando sus destellos al cielo y á la tierra, resalta entre los demás astros celestiales, del mismo modo que la luna material resalta entre todos los astros menores. Ella es el cedro del Líbano, que florece por todas partes, y rodeado de otras plantas menores multiplica de año en año la frondosidad de sus ramas, como los multiplica aquel árbol entre los demás árboles.

Y esto le correspondía de derecho. Durante los días de su vida en esta tierra, encontrándose en la region del destierro, María no tuvo jamás otra corona que la corona de la inocencia y del dolor. El mismo Jesucristo, vióse una vez aclamado por el pueblo en la dignidad real; otra vez vió irradiar sobre su frente un rayo luminoso descendido del Cielo; y, efecto de los milagros que obraba contínuamente, veíase circundado por una auréola de gloria y de esplendor. Esto no sucedía á María; y por más que era la Madre del Hijo de Dios, vivió siempre en el silencio y en el martirio.

De ahí, que en Ella no apareciese ninguna de aquellas preeminencias que la hacen superior á todos los Santos; ninguna de aquellas grandezas por las cuales debía ser sobre todos los Santos glorificada. Pero, una vez arrebatada á la mansion donde los Santos moran, la diferencia es notabilísima. La corona de espinas se deja á un lado, y Ella es coronada con la diadema propia de sus preeminencias; declarada Reina del Cielo y de la tierra, del tiempo y de la eternidad.

Los Santos la reconocen como Soberana. Los Profetas, que tantas veces la anunciaron en sus vaticinios; los Patriarcas, que hicieron de Ella el objeto de todos sus suspiros; los Apóstoles, á quienes Ella prestó ayuda en su árdua mision; los Mártires, que la tuvieron por patrona entre las torturas de sus perseguidores; las Vírgenes, que de Ella aprendieron á seguir al Cordero inmaculado; los Confesores, que por su intercesion obtuvieron la virtud, de la cual fueron premiados por el Remunerador celestial; todos los Santos, en una palabra, se postran humildemente á sus piés y la aclaman su Emperatriz.

No solamente bajo este punto de vista María debe ser reconocida y venerada como Reina de todos los Santos, sinó que tambien como Reina de todos los Santos debemos reconocerla y venerarla, por cuanto Dios la ha constituido Señora, Patrona, Soberana del Empí-

reo, que es la feliz mansion de los Santos. Y esta es, hermanos míos, la segunda parte del argumento que me he propuesto desarrollar, como es tambien el segundo motivo por el cual debemos saludar á María con el título con que hoy la veneramos entre los sagrados himnos de esta solemnidad. Para demostrároslo, os suplico nuevamente vuestra piadosa atencion.

Refiriéndose á Jesucristo, decía el rey Salmista, que el Padre celestial le había coronado por Rey de la Jerusalén eterna. Pues del mismo modo que Jesús fué coronado Rey, María fué coronada Reina; y así como el Salvador pudo decir con toda justicia de sí mismo: Yo he sido por el Padre constituido Rey del Cielo, así tambien María, con pleno derecho, pudo decir de sí propia: El Señor omnipotente, Aquel cuyo nombre es Santo, me ha constituido Reina del Cielo. ¡Tan íntimo es el enlace entre una y otra cosa! En efecto; para negar á María la dignidad de Reina del Cielo, sería preciso probar, primero, que Jesucristo no sea Rey del Cielo; y puesto que sería error grandísimo asegurar, que Jesucristo no es Rey del Cielo, negar á María el título de Reina del Cielo sería tambien crasísimo error.

A esta sublime dignidad, que tanto descuella sobre la dignidad de todos los Santos, fué ensalzada María, desde el felicísimo instante en que Dios la eligió para Madre de su Hijo, pronto á descender hasta la humana carne para la redencion de todos los hombres. Así que, si el hijo es Rey, Reina es tambien con toda razon la madre, y, por consiguiente, desde el instante mismo en que el Hijo fué constituido Rey, con toda razon puede afirmarse, que Reina fué constituida tambien la Madre. Pero el Hijo fué constituido Rey, desde el momento en que decidió tomar humana carne en las entrañas purísimas de María; luego María fué constituida Reina, desde el instante en que, por vocacion especialísima, fué elegida para acogerlo en su seno inmaculado.

Efecto de esta preeminente dignidad, que constituye á María como Reina, es su poder sobre los soberbios espíritus moradores de los abismos. Desde la inaccesible altura de su sólio. Ella manda á las infernales legiones; y aquellas orgullosas huestes, que no quisieron plegarse humildes y reverentes ante el misterio del Hombre-Dios y de la Madre del Hombre-Dios, tiemblan ante María. Un solo mandato suyo lleva el terror á la region de las tinieblas; una sola mirada suya siembra el espanto y la consternacion en los abismos de la muerte. El vencido Lucifér tiembla ante esta Señora, que lo ha humillado; los sojuzgados demonios temen á la Heroina, que valerosamente los encadenó. A la manera que el cedro ahuyenta con su fragancia las serpientes, María, con solo su nombre, pone en fuga á las potestades tartáreas. Así como el retumbar del trueno hace á los tímidos estremecerse de pavor, así tambien el pronunciar el dulcísimo nombre de María, hace que bramen con la fúria de la impotencia los mónstruos infernales. A la manera que la cera se derrite en cuanto se la aproxima al fuego, así tambien las fuerzas diabólicas desaparecen, se pierden, se anulan en presencia de María. ¡Ah! sí: la Santísima Vírgen, reinando en la mansion de la gloria, empuña un cetro ante el cual el indomable orgullo de Lucifér y de cuantos de él dependen, está obligado, bien contra su voluntad, á inclinarse.

Efecto de esta preeminente dignidad, que constituye á María como Reina, es su poder sobre los Ángeles buenos. Admitido el dogma de la divina Maternidad, debe tambien reconocerse en María un derecho de soberanía y de poder sobre todas las obras del Criador, y, por consiguiente, tambien sobre las tribus celestiales que pueblan el Paraíso. Queriendo el Señor dar una Soberana á estos sublimes espíritus, que no fueron, como nosotros, revestidos de la mísera envoltura de la materia, elevó á tan sublime dignidad á la hija de Ana y de Joaquin. Esta, segun opinion de muchos graves teólogos, fué la prueba á que el Eterno sometió al mundo Angélico, para ensalzarlo despues al órden sobrenatural de la gracia. Siendo la Encarnacion del Verbo divino como el punto central de todo el universo y como la clave de toda la gracia, los Ángeles no habrían podido llegar jamás á la sublimidad inaccesible de la vision beatífica, sin humillarse ántes y prosternarse ante los inexcrutables designios del Verbo. Y puesto que en el plan de la Encarnacion del Verbo entraba tambien, por divino decreto, María, los Ángeles, que debían humillarse y postrarse ante los sobrenaturales esplendores del Verbo hecho carne, ante María se postraban igualmente y se humillaban. Así lo hicieron, en efecto; y desde entónces, fieles á la ley de su prueba, reconociendo en María la obra magna de la divina omnipotencia, la Soberana del Universo, la Madre del Hombre-Dios, como á su Reina gloriosísima la veneraron. De ahí, que la Iglesia, celebrando á la Vírgen, dice: La santa Madre de Dios fué ensalzada sobre los coros angélicos en los reinos celestiales.

Efecto de esta preeminente dignidad, que constituye á María como Reina, es su poder sobre el mismo Dios. Para persuadirnos de este poder de María, bástanos recordar, que de Ella nació Jesús. Y en verdad, este título de madre, que tanta fuerza tiene sobre los corazo-

nes humanos, sobre los corazones tiernos, sobre los corazones afectuosos, sobre los corazones bien nacidos, ¿cómo no había de tener fuerza sobre el corazon de Jesús, que es, sin disputa, el corazon más bello, que se nos ofrece como el modelo de todas las virtudes, que ha reconcentrado en sí todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia? Nosotros sabemos, que acá, en la tierra, el buen Jesús vivió como súbdito de María y de José; nosotros sabemos, que por intercesion de Ella obró el primero de sus milagros, convirtiendo el agua en vino en las bodas de Caná; nosotros no ignoramos, que próximo á espirar, lleno de ternura, la recomendó al más amado de sus discípulos, para enseñarnos que, aún en el trance supremo, debemos cuidados especiales á nuestros padres. ¿Cómo pudiéramos, pues, figurarnos, que en el Cielo, en la mansion de su autoridad, de su amor, de su magnificencia, se negase á escuchar su voz, aceptar sus votos, atender á sus súplicas? Nó: así como el Padre nada negará jamás al Hijo, así tambien el Hijo nada negará jamás á la Madre.

Ahora bien, hermanos míos; yo creo que vosotros habreis de convenir conmigo, en que tanto poder no se lee de ninguno de los Santos, ni siquiera de todos los Santos reunidos. Cualquiera que sea su gloria, cualquiera que sea su beatitud, sea cualquiera el altísimo puesto en que por sus méritos se encuentren colocados, el poder de los Santos es siempre limitado. Ni los más ilustres entre los Apóstoles, ni los más invictos entre los Mártires, ni los más célebres entre los Confesores, han tenido jamás dominio tan grande sobre los Ángeles rebeldes, poder tanto sobre los Ángeles buenos, supremacía tal sobre el mismo Dios. Si, pues, todo esto es propio de María, y solamente de María, puedo yo afirmar con toda seguridad, haber demostrado por una y otra parte el argumento que me había propuesto. Y en efecto, como dejo plenamente probado, María aventaja en santidad á todos los Santos; y los soprepuja á todos, porque el mismo Dios la ha constituido Soberana y Emperatriz del dichoso Empíreo. Y siendo precisamente esto cuanto se requiere para ser venerada como Reina de todos los Santos, demostrado queda tambien, que como Reina de todos los Santos debe ser venerada.

Regocijémonos, pues, hermanos míos, con santa alegría; regocijémonos por la sublimidad del trono sobre que se sienta María, y regocijémonos igualmente por nosotros mismos. Porque, si al subir al Cielo nos dejó privados de su presencia, no nos dejó, ciertamente, abandonados de su patrocinio. Allá arriba, cerca del sólio de Dios, siente mejor nuestras miserias, conoce mejor nuestras necesidades,

extiende mejor sobre nosotros el manto de su poderosa proteccion. Ella es siempre nuestra Madre, y nada más puro, nada más dulce, nada más suave que el nombre de una madre. La madre es para su hijo un tesoro, es el mejor de los amigos, el más tierno de los protectores; es un Ángel visible que la Providencia ha puesto á su lado. Una madre está siempre dispuesta á consolar á su hijo en las penas, á sostenerlo en las luchas, á librarlo de los peligros, á socorrerlo en la desgracia; una madre está siempre pronta, á cada momento dispuesta, á sacrificarse por dar á su hijo la vida, la salud y la paz. Y por eso, si María es nuestra madre, aún limitándonos á equiparar su amor con el de una madre terrena, no nos negará jamás su asistencia, no nos dejará nunca huérfanos de su benévolo patrocinio. Pero María no es una madre terrena; es una madre divina; por eso nos ama con un amor no comparable á ningun otro amor. ¿Cuán consolador, pues, no debe ser para nosotros el saber, que nuestra Madre es tan grande, que nuestra Madre es la Reina de todos los Santos, la Soberana del Paraiso?

Pero, á los sentimientos de confianza que en nuestros corazones despierta el título de Reina de todos los Santos, tributado á María, deben unirse tambien otros sentimientos que proceden de la consideracion de los méritos, en cuya virtud María fué en tan gran manera sobre todos los demás Santos ensalzada. María es Reina de todos los Santos, porque á todos los sobrepuja en santidad; y esta consideracion debe servir á toda alma cristiana de poderoso estímulo para amar la virtud, para procurar la perfeccion, para ser santa. María es Reina de los Santos, porque más que todos ellos glorificó al Señor; y esta consideracion debe servirnos de poderoso estímulo para esforzarnos, por cuantos medios estén á nuestro alcance, en propagar y acrecentar entre los hombres la gloria divina. María es Reina de los Santos, porque padeció más que ellos con resignacion y paciencia; y esta consideracion debe servirnos de poderoso estímulo para abrazar pacientes y resignados las mortificaciones y nuestra cruz. ¿Y cuántos cristianos obran hoy de esta manera? ¿cuántos cifran, como María, toda la felicidad de su vida en el servicio y amor de Dios? ¡Ah! muchos consideran estas cosas como muy tristes y enojosas, y las observan con repugnancia. En lugar de adornar nuestra alma con méritos, como lo practicaban los Santos, la manchamos más y más con las culpas; en vez de glorificar al Señor, le ofendemos más y más con nuestro escándalos; en lugar de soportar resignadamente las penalidades de la vida, para expiacion de nuestros pecados, nos rebelamos contra la

mano que nos castiga, precisamente porque quiere salvarnos. ¿Y pretendemos despues de obrar de esa suerte, ser admitidos en el Cielo? ¿Y nos lisonjearemos de que, despues de esta vida, subiremos á sentarnos en torno de la Reina de los Santos, y participaremos de su gloria? ¡Oh! hermanos míos, si deseamos participar algun dia de la eterna dicha, en la mansion feliz en que habita nuestra Madre; si anhelamos contemplar cara á cara la celestial hermosura de Aquella, que es bella como la luna y como el sol electa; si nos place regocijarnos del esplendor de Aquella, que de nueva luz ilumina el Paraiso, apresurémonos á copiar en nosotros mismos sus virtudes, á celar la gloria del Altísimo, á abrazar con alegría la cruz, que, por nuestro bien, la bondad de Dios nos haya enviado. La medida de la recompensa en el Cielo será siempre proporcionada á la medida de nuestras virtudes; y cuanto más háyamos procurado imitar á María en esta vida del destierro, tanto más ensalzados seremos en la vida de la pátria celestial. Hijos de la Reina de todos los Santos, nos dirá entónces el eterno Juez, venid: vosotros, los que habeis observado mi ley; vosotros, los que permanecisteis fieles á mi doctrina, los que habeis sostenido santamente todo género de pruebas, venid; vosotros comereis á mi propia mesa, vosotros os sentareis al rededor de mi trono, vosotros sereis los príncipes de mi Reino.

Lo repito, empero, una vez más: para oir estas deliciosas palabras, para entrar en ese Reino, para poseer esa gloria, es preciso imitar á María. Ciertamente, que no tenemos nosotros como propias las obligaciones que Ella tuvo que cumplir; pero todos, cualquiera que sea nuestra obligacion, tenemos deberes que nos han sido impuestos, y, precisamente, con el estricto cumplimiento de tales deberes, es como nos haremos dignos de participar del triunfo de la Reina de los Santos. Salgamos, pues, de la corrupcion en que se sumerge nuestra naturaleza, sacudamos nuestra debilidad, abandonemos los desórdenes de la presente vida, elevémonos á la region de la luz y de la paz. Sea María nuestra guía, sea María nuestra maestra, sea María el luminar que alumbre la senda que debemos recorrer para lograr un puesto en el Paraíso.

Y Vos, ¡oh María! ¡oh gloriosa Reina de todos los Santos! ¡oh Madre nuestra amorosísima! dignaos escuchar nuestras súplicas. Vos, que sois terrible á las potestades del abismo, alejad con vuestro brazo poderoso de nuestras cabezas las infernales sugestiones que amenazan nuestra salvacion; Vos, que comandais á los espíritus celestiales, mandad á los Ángeles que desembaracen nuestro camino de los escollos que sobre él amontona Satanás; Vos, que tan cara sois á Dios, movedle á compasion, para que podamos experimentar su misericordia. Impetradnos la gracia de cerrar los ojos del cuerpo á cuanto cae bajo el dominio de la carne, y abrir los ojos del espíritu, para apreciar, en cuanto nos sea posible, el dón inefable que Dios nos ha concedido declarándoos Madre nuestra; cubridnos con vuestro manto, abrazadnos entre vuestros brazos, hacednos aspirar el olor del suavísimo perfume que de Vos se exhala; y nosotros nos encaminaremos al Cielo, amando aquellas admirables virtudes que os han constituido Reina de todos los Santos.

NUESTRA SEÑORA DE LA SOLEDAD.

Idcirco ego plorans... quia longe factus est à me consolator: facti sunt filii mei perditi, quoniam invaluit inimicus.

Por eso yo estoy llorando... porque se ha alejado de mí el consolador: mis hijos se han perdido, porque prevaleció el enemigo.

(JEREM. LAMENT, I, 16.)

No tengo necesidad, cristianos, de explicar los motivos que han hecho convertir en un triste luto las preciosas galas de la Iglesia: vosotros sabeis muy bien, que la Madre del Eterno, del Omnipotente, del Unigénito de Dios, la causa de nuestro júbilo, como la llama la Iglesia, el apoyo más firme de nuestro consuelo y de nuestra confianza; María, vestida de luto, oprimida de dolor, desfigurado su rostro, sumergida en un profundo abatimiento, lánguidos sus ojos, é inhumanamente atravesado su corazon al recuerdo de lo que ha perdido en su amado Hijo; María, constituída en la más cruel y terrible angustia, considerando al Salvador del mundo afrentosamente muerto y trasladado al sepulcro, es el objeto que hace cambiar en demostraciones de dolor y de consternacion los festivos cánticos de las solemnidades religiosas.

Y á la verdad; ¡qué situacion tan amarga para la más delicada de las vírgenes, para la más tierna y amante de las madres! Fijemos, cristianos, la consideracion en esta circunstancia, la más crítica de la vida de esta Señora, y tratemos de acompañarla y consolarla, en medio de tantas angustias. Pongámonos á su lado, luego que los piadosos amigos, arrepentidos tal vez de haber colocado en sus brazos el cadáver enteramente desfigurado de aquel Hijo divino, que ántes habia sido todas sus delicias, todo su tesoro, todo su honor, toda su gloria, se lo arrebataron para depositarlo en el sepulcro. No

veremos correr por sus mejillas las lágrimas como corrieron por las del Salvador al acercarse al sepulcro de Lázaro; pero, en la vehemencia de su dolor veremos demostrada la ternura con que le ama, y la justicia con que exije de nosotros una reconocida correspondencia; y oiremos de su misma boca, que si bien la ausencia de su Hijo atraviesa fieramente su alma, la causa principal de su dolor es, porque la muerte inhumana la ha arrebatado á su adorable Jesús, en quien estaba cifrado todo su consuelo; y porque las potestades infernales le arrebatan continuamente los hijos que debieran sufrir la ausencia de aquél. De estas palabras podemos inferir la parte tan considerable que nos cabe y que debemos tomar en las angustias de María.

Pidámosle nos alcance de su Hijo la gracia de conocer el motivo, porque le fué tan amargo este cáliz, para que podamos imitarla en el heroismo de su caridad. *A. M.*

Yo no puedo saber en qué se funda la opinion del padre san Gregorio, respecto á la sensacion que hacen los golpes imprevistos. Es verdad, que cuando de antemano se nos han anunciado, está preparado el ánimo y libre por este medio del golpe de una sorpresa, que suele ser mortal á las veces; pero no lo es ménos, que si el mal que nos amenaza es inevitable, su anticipado conocimiento anticipa tambien el dolor; y que esta misma prevision suele hacernos conocer más individual y circunstanciadamente los bienes de que vamos á ser privados, amarlos más intensamente, y hacer por este medio más sensible el dolor que nos causa su pérdida.

Desde que María Santísima presentó en el Templo de Jerusalén al niño Jesús, supo ya con toda seguridad la triste suerte que á Ella y á su querido Hijo les estaba preparada; y ¿quién sabe, si se le comunicaría este funesto acontecimiento al anunciarle su gloriosa maternidad? Desde aquel momento no dejó de atravesar su amante corazon un cuchillo, tanto más cruel, cuanto más vehemente era el amor que profesaba al Hijo de sus entrañas; porque esta misma dolorosa prevision la precisaba á considerar más detenidamente sus prendas singularísimas, sus gracias extraordinarias, sus relevantes cualidades, que cuanto le hacian más apreciable á sus ojos, tanto más acrecentaban el dolor de haberle de perder un dia; de suerte, que convirtiendo esta funesta nueva en acíbar amarguísimo todos los consuelos y delicias de su vida, ni la libraba del pesar, ni hacia ménos dolorosa la necesidad de apurar hasta las heces este cáliz

amargo. ¡Ah! no por esto había de serle ménos sensible aquel furioso golpe.

Lo tenía previsto, sí; su alma estaba preparada: tal vez jamás se apartó de su memoria la profecía del viejo Simeon. Resignándose con la mayor humildad á los decretos soberanos de la voluntad de Dios, y adorando la justicia de su sábia providencia, habría repetido mil y mil veces las memorables palabras de su adorable Jesús: *hágase tu voluntad, y no la mía;* mas, aún no había recibido el golpe verdaderamente terrible: consideraba muy distante la pérdida de aquél que tenía á su vista.

Yo no sé qué género de esperanza nos anima, cuando se trata de personas que nos interesan: por más seguridades que nos dén los facultativos de la proximidad á la muerte; por más señales que percibamos nosotros mismos, el amor, la pasion, el deseo de su vida nos infunde una especie de esperanza, que á lo ménos sirve de consuelo ó de lenitivo á nuestro dolor. Aún verificada la muerte todavía no llega á su colmo el sentimiento; la vista del cadáver es suficiente á engañar nuestro amor, y nos daríamos por satisfechos con que nos dejáran gozar más tiempo de su presencia. Pero, el canto fúnebre viene á herir nuestros oidos, anunciándonos al mismo tiempo, que vá á ser arrancado de nuestra compañía para no volver á verlo más: entónces el dolor llega al último extremo; las lágrimas, los gemidos interrumpen nuestra silenciosa meditacion; la calma en que yacíamos como adormecidos, es reemplazada por la inquietud, por la zozobra, por la desesperacion.

María, instruída del sacrificio que ha de ofrecerse al eterno Padre de la sangre y de la vida de su adorado Unigénito, cree con firmeza lo que se le anuncia; pero en tanto que no llega el momento de verse sola, aún al tiempo de verificarse la muerte, no desconfía, ántes la consuela la reflexion de que tal vez le suceda lo mismo que al patriarca Abrahán, que levantado ya el brazo y dispuesto á descargar el mortal golpe sobre su inocente Isaac, vió con el mayor placer realizadas sus esperanzas, de que á pesar de todas las apariencias se conservaría su preciosa vida. Llega el terrible momento en que espira su amado Jesús en una cruz afrentosa; mas, como todavía le veía en su presencia, y, principalmente, habiendo depositado en sus brazos los piadosos amigos el sagrado cadáver, se forma mil ilusiones, con que procura hacer ménos terrible su situacion; pero, cuando se lo arrebataron para conducirlo al sepulcro y ocultarlo á su vista, ¡ay! ¿qué lengua podrá declarar, qué imaginacion será

capáz de figurarse las angustias, el desconsuelo, el insoportable martirio que sufrió su amorosísimo corazon?

Glorioso Arcángel, desciende nuevamente, pero no le recuerdes, como en otra ocasion, que es llena de gracia, porque al presente tiene sobre sí todo el peso de la culpa: no le digas que Dios está en su compañía; ¡ay! eso sería una especie de insulto para una madre, que está llorando la pérdida de un hijo, cuya preciosa vida ha terminado en su presencia, y cuyos sagrados despojos se le acaban de arrebatar, para ocultarlos entre la oscuridad del sepulcro. Desciende, pues, á consolarla en su inmensa afliccion, á fortalecerla en su extrema congoja, á evitarle el fiero pesar de buscar inútilmente á su Amado.

No, Madre amorosa, no os molesteis tendiendo la vista á todas partes; el objeto en que pretendeis saciar vuestros ojos, está oculto en las entrañas de la tierra; buscadlo en vuestra imaginacion; pero tened entendido, que en ella descubrireis cuanto conduzca á acrecentar hasta lo sumo vuestro desconsuelo. Las innumerables entradas que abrieron las espinas en aquel sagrado cerebro, pondrán de manifiesto el tesoro infinito de la sabiduría eterna que tenía allí oculto la diestra del Altísimo. Los ojos ya oscurecidos y cerrados á la luz os recordarán, la facilidad con que penetraba los senos más ocultos del corazon, y los misterios escondidos en el profundo abismo de la eternidad. Los lábios cárdenos ya é inmobles, os le representarán como pronunciando aquellas palabras eficacísimas, á cuyo eco desaparecian las enfermedades, restituían sus presas la muerte y el sepulcro, se retiraban vencidos y desesperados los infernales espíritus, y las almas pecadoras recobraban la hermosura de la gracia, el brillo de la virtud y el derecho á la bienaventuranza. La sangre, las salivas y bofetadas que habian desfigurado su rostro divino, retratarán con los más vivos colores aquella hermosura, en que excedía sin comparacion á todos los hijos de los hombres, y cuya amable vista hacía suspirar ansiosos á los mismos ángeles. Las manos os dejarán ver, por entre las heridas de los clavos, la virtud de la omnipotencia que se había depositado en ellas. El cuerpo todo acardenalado, cubierto de sangre, deshecho, marcado con tantos y tan infames sellos de la afrenta, de la ignominia, de la infamia, de la maldicion, del pecado, de la muerte, os recordará con la mayor viveza, ser el anunciado en tantas profecías, el prometido por el Criador para remediar los males de todas las criaturas, el esperado con tan vivas ánsias de todos los patriarcas, de todos los justos, de todos los mortales, como

el único que habia de sacarlos del estado de miseria en que yacian. Digámoslo de una vez: todo os recordará, os demostrará, os hará palpar, la pérdida irreparable que nunca, nunca podrá ser dignamente llorada; la pérdida de vuestro Hijo, que lo era al mismo tiempo del eterno Padre; la pérdida del Unigénito de Dios, del sumo bien, de la misericordia infinita, del infinitamente perfecto.

¿Qué extraño, cristianos, que constituída en tan lamentable situacion, diga con Jeremías: *¿por eso yo estoy llorando, porque se ha alejado de mí el consolador?* ¿Qué extraño, si el dolor que la aqueja, es el más intenso, el más cruel, el más insoportable? Reúnanse todas las criaturas angustiadas y perseguidas de la desgracia; compárense sus males, sus pérdidas, con los males y la pérdida de María; ¡oh! la comparacion sería una especie de blasfemia. ¿Qué es lo que todas ellas pueden perder comparado con lo que ha perdido María? María ha perdido á todo un Dios. El mundo entero, con todos los seres que lo componen, millones de mundos más perfectos que él, todo es ménos que un átomo imperceptible, todo es una verdadera nada en su presencia, nada es capáz de suplir su falta por un solo momento. El tierno corazon de la más amante de las madres experimenta un vacío inmenso, un vacío que nada será capáz de llenar: su alma, embriagada de amor, sufre una afliccion extremada; y en ninguna otra cosa puede hallar consuelo sinó en el mismo bien que ha perdido. ¡Ah! su alma habia sido criada para solo amar á su Dios; y para que nunca se disminuyese su amor, fué siempre santa, aunque unida á una naturaleza pecadora: la Providencia la conservó exenta hasta de la más leve culpa, en medio de tantos peligros á que el mundo y el Infierno exponian continuamente su acendrada virtud. El Señor la elige entre todas las criaturas para el ministerio único, el más honorífico, el más sublime y elevado, para Madre de su eterno Verbo; y por un prodigio, que no tiene ni tendrá semejante, forma de su sangre purísima, por la virtud del Espíritu santo, y sin el más leve detrimento de su virginal pureza, la humanidad santísima de este Hombre-Dios. Y despues de haber visto anunciada su divinidad por los Ángeles, publicada por los Cielos, adorada por los Magos y demostrada por innumerables prodigios, ha disfrutado sin interrupcion de su amabilísima compañía por espacio de treinta y tres años, en los cuales no ha visto sinó rasgos extraordinarios de una virtud la más heróica, sin advertir jamás el menor defecto; una misericordia sin límites, que en ningun tiempo ha violado los derechos de la justicia; un amor, una bondad...

Mas ¿cómo es posible recordar todo eso sin que se la oprima el

corazon de dolor, ó se divida en tantas partes cuantos son los recuerdos? porque el sentimiento no puede ménos de ser proporcionado á la pérdida; y si cuando se le desapareció de niño en Jerusalén, ántes aún de que pudiera dar testimonios prácticos de la grandeza de su alma, de la inmensidad de su amor, del poder omnipotente de su brazo, de la eficacia suma de su palabra, de su identidad con el eterno Padre: si entónces pudo ya esta Madre tierna, manifestarle la vehemencia del dolor que le había causado una separacion de tan breve tiempo; ¿con qué expresiones, con qué afectos lo podrá manifestar ahora, despues de haber conocido su infinito precio por sus palabras, por su doctrina, por sus virtudes, por sus milagros, por su incomparable beneficencia? ¿Ahora, que ya no espera hallarle entre sus parientes, en casa de sus amigos, en el Templo, ni en otra parte alguna, pues sabe que descansa en el frío sepulcro? ¡Ah! en lugar de las amorosísimas quejas que le dirigió en el Templo, inundada de alegría por haberle encontrado, repetirá ahora con una cruel ansiedad las que Él dirigió á su eterno Padre en lo más acerbo de su pasion, manifestándole la horrorosa situacion en que le colocaba su abandono, ¿por qué, Hijo y Señor mío, por qué abandonas así á tu madre? ¡Madre!... ¡Ay! ya dejé de serlo con tu muerte! ¿Por qué, oh Dios mío, has de tratarme con un rigor tan ajeno de tu clemencia, siendo tan generoso con todos? ¡Oh! arrebatarásme ántes la vida, la vida que yo te he dado. ¿Para esto tanta elevacion, tanto engrandecimiento, tantas distinciones, tan singulares beneficios? ¡Ojalá, diría con el paciente Job, que jamás me hubieras extraído de mi humilde condicion! en ella estaría mi alma satisfecha, tranquila, libre de los dolores que ahora la atormentan. ¿Será posible que haya yo sido elevada á la cumbre del honor y de la grandeza, solo para que el golpe de mi caída fuese más terrible, más doloroso, más inhumano? ¡Vida mía, amor mío, único consuelo de mi corazon! ¡ay! mi mal queda sin remedio; mi alma, traspasada con la fiera lanza, no se ejercitará más que en los suspiros, en el llanto, en las quejas, porque habiéndome faltado mi Hijo, no es posible que yo halle consuelo alguno.

Y por cierto; ¿en dónde pudiera buscarlo? El Hijo ya no existe; el Cielo, que ha descargado todo el peso de su indignacion sobre el Criador, no será más compasivo con la criatura; los ángeles...; pero, si se presentaron al Salvador en lo más cruel de su agonía, fué solo para declararle, que era irrevocable el decreto de su muerte; los hombres... ¡Ah! *por eso estoy yo llorando, porque mis hijos se han perdido.* El único lenitivo que pudiera ofrecerse á su dolor, era el

saber, que con la pérdida de su Hijo natural se adquiría una multitud de hijos adoptivos, que libres de la esclavitud, de la miseria y del pecado, adornados con la calidad de hijos de Dios, compañeros de su gloria, herederos de su reino, llenarían, en parte, los deseos de su amor acompañándola en su soledad, ya que no pudieran reparar completamente la pérdida de aquél; mas ¡ay! *mis hijos se han perdido, porque prevaleció el enemigo:* el Infierno, enemigo de todas sus glorias, acrecentado su orgullo, enardecido su furor, aumentada considerablemente su indignacion con la muerte afrentosa del Unigénito de Dios, se ocupa en remachar los hierros de la esclavitud en que gemían oprimidos los miserables hijos de Adán: este mónstruo ha conseguido con sus sugestiones que conviertan los hombres en su propio daño el mayor de todos sus beneficios.

Sí; la muerte del Hombre-Dios, que debía ser el orígen de nuestra vida, la puerta de las misericordias y la fuente de la bienaventuranza, es, por nuestra monstruosa ingratitud, la ocasion de nuestra mayor desdicha; lo que irrita más el furor y la indignacion de Dios contra nosotros; lo que más nos aleja de su gracia; lo que nos hace más incapaces de perdon y de misericordia. Nosotros mismos nos hemos hecho reos del más enorme de los delitos, pidiendo, decretando y poniendo por obra la sentencia de una muerte infame en aquel Hijo de Dios, que nos amaba hasta ofrecer su sangre por merecernos la vida de la gracia. ¿Puede imaginarse un atentado más execrable? La naturaleza toda se ha cubierto de horror; el Cielo se ha robado á nuestra vista, escondiendo sus luces para ocultarnos el camino de la gloria; la tierra enfurecida ha abierto una multitud de bocas, para devorarnos y sumergirnos en los abismos; el hombre, solo justo en esto, ha pronunciado contra sí la sentencia más espantosa, declarándose responsable de la sangre infinitamente preciosa de su Dios. Es verdad, que los miserables que prorumpieron en tan horrorosa imprecacion, pecaron de pura ignorancia, como dice el apóstol san Pablo, y aún creyendo hacer en ello un obsequio muy agradable al Señor; pero en esto mismo se conoce el predominio tan despótico que sobre ellos ejercía el enemigo, pues los cegó hasta el extremo de no dejarles ver la luz más brillante, y de impedirles el conocimiento de la más demostrada é interesante de todas las verdades.

Y ¿se conducen de otro modo los cristianos, á quienes no es permitido ignorar, ni aún abrigar la menor duda acerca de la divinidad de Jesucristo? ¿No le están crucificando de nuevo á todas horas, cuando desprecian su majestad, insultan su paciencia, huellan su ley,

por dar gusto á una carne de corrupcion y de pecado, á una vil y sórdida codicia, á una soberbia ruinosa y degradante, á un mundo de vanidad, de locura, de perdicion? ¿No llega su depravacion hasta el extremo de profanar los lugares, los tiempos, los misterios más sagrados? ¿No arrojan con un imperdonable vilipendio, no pisan con un execrable sacrilegio, no sepultan con el más horrendo ultraje el augusto sacramento del Cuerpo y Sangre del Señor en el lugar más inmundo, más hediondo, cual lo es un alma en pecado? ¡Abominable monstruosidad! ¡qué estragos no causará semejante desventura en el corazon angustiado de María, cuando los nuestros, aunque pecadores, quedan oprimidos, consternados, deshechos en lágrimas, prorumpiendo secretamente en las mismas expresiones: *nos hemos perdido. porque prevaleció el enemigo.* Y ¡ojalá, que la despótica tiranía de Satanás se hubiera contentado con eso! pero pasa más adelante, conduciendo á los hombres á los mayores desórdenes. ¿Quién hubiera creído, que, entre los cristianos, se hallase quien tomase á su cargo el impugnar, ridiculizar, hacer una irrision diabólica de las verdades, de los misterios, de los sacramentos de Jesucristo?

Piadosos cofrades de María, á vosotros pertenece enjugar sus lágrimas, prestar algun consuelo á su dolor, mitigar su pena, dulcificar en algun modo la amargura de su soledad. Compadeceos de su triste situacion vosotros, á lo ménos, que os gloriais de ser sus amigos, sus hijos. ¡Qué inmenso tesoro de gracias no os dispensa la Iglesia, por acudir al templo á acompañarla, recordando sus tormentos y angustias! No querais privaros de tan imponderable beneficio, y á vuestra Madre de tan dulce consuelo por una indolente desidia: prestad atentos oidos á los lamentos con que esta desconsolada Señora se quejaría de vuestra ingratitud. *Enlutados están los caminos de Sion!* exclamaría entónces con el profeta (1): los caminos de este templo están consternados, horrorizados, al verse siempre desiertos, sin que nadie se digne venir por ellos á dar culto, á promover la gloria, á acabar con las penas de María: *gimiendo están sus sacerdotes* (2); oprimidos de dolor é inundados en lágrimas lloran la desercion y abandono del lugar santo, *y Ella oprimida de amargura* (3): y la Reina, soberana de la gloria, se ve en extremo afligida y angustiada con el desprecio y abandono de sus mismos hijos. No, amados hermanos

(1) Thren., I, 4.
(2) Ibid.
(3) Ibid.

míos; no añadais esta nueva afliccion á las aflicciones de esa Señora: emprended y emprendamos todos una vida penitente, virtuosa, caritativa, humilde, propia de unos verdaderos cristianos; y aprovechando la sangre del Cordero, y venciendo á nuestro comun enemigo, la consolaremos, gozando en su compañía del fruto de la pasion y muerte de su Hijo. Amen.

NOTA.

AMOR HERMOSO: véase en el tomo V, de este TESORO MARIANO, su título: VIRTUDES DE MARÍA SANTÍSIMA, páginas 35 y 43, los discursos: AMOR DE DIOS, y AMOR AL PRÓJIMO; y particularmente en este mismo tomo, los de la advocacion de: CORTE DE MARÍA, y NUESTRA SEÑORA REINA DE TODOS LOS SANTOS.

CORAZON DE MARÍA: además del discurso del SAGRADO CORAZON, en este mismo tomo, véanse en el tomo VI de este TESORO MARIANO, su título: PANEGÍRICOS SOBRE LOS MISTERIOS DE MARÍA SANTÍSIMA, los dos discursos sobre el mismo asunto, páginas 295 y 305.

AVE MARÍA: véase en el tomo II de este TESORO DE ORATORIA SAGRADA, 1.ª parte: *Diccionario apostólico*, página 80.

SALVE REGINA: véase en el tomo XI de este TESORO DE ORATORIA, SAGRADA, 1.ª parte: *Diccionario apostólico*, página 74.

NUESTRA SEÑORA DE LA SOLEDAD, para el Viernes Santo; además del discurso de este título, véanse el de las ANGUSTIAS GLORIOSAS en este mismo tomo, y el de DOLORES GLORIOSOS DE MARÍA, en el tomo VI: MISTERIOS DE MARÍA SANTÍSIMA, página 362.

OBSERVACION

SOBRE

EL MES DE MARÍA SANTÍSIMA

Dedicada toda esta *Segunda parte* del TESORO DE ORATORIA SAGRADA, exclusivamente á los PANEGÍRICOS DE MARIA SANTÍSIMA, relativos á todos los MISTERIOS, VIRTUDES y HECHOS de su VIDA, y á los principales títulos ó ADVOCACIONES con que la honran los fieles, y que la santa Iglesia ha consagrado; ordenando los discursos de manera, que todos los tomos que la componen, ya cada uno de por sí, ya conjuntamente, son á propósito para celebrar con fruto el mes de MAYO, mes dedicado en especial á la devocion tan felizmente generalizada en el órbe católico, llamado: MES DE LAS FLORES ó MES DE MARÍA; nos ha parecido oportuno terminar el séptimo y último tomo de este TESORO MARIANO, con discursos adecuados para principiar y concluir de un modo digno dicho mes de MAYO.

INDULGENCIAS

CONCEDIDAS Á TODOS LOS FIELES QUE SANTIFICAN EL MES DE MARÍA.

A fin de que los fieles se estimulen en santificar el mes de Mayo, especialmente consagrado á la devocion de María, N. S. P. el Papa Pio VII, de santa memoria, quiso, que todo este mes fuese un Mes privilegiado, un Mes de gracia y de santificacion, durante el cual los tesoros espirituales de la Iglesia se prodigasen á manos llenas á favor de sus hijos. Por un rescripto de 21 de Marzo de 1815, dicho venerable Pontífice concedió á todos los fieles que obsequiasen á la Santísima Vírgen, durante este Mes, con piadosas oraciones, ú otros ejercicios de piedad practicados en público ó en particular, trescientos días de indulgencia por cada día del Mes; é INDULGENCIA PLENARIA cualquier día que se escogiere del propio Mes; con la condicion, empero, de confesar, comulgar y rogar segun la intencion del Sumo Pontífice. Estas indulgencias son aplicables á las Almas del Purgatorio.

PREPARACION PARA CELEBRAR CON FRUTO EL MES DE MARÍA.

DIA 30 DE ABRIL.

DISCURSO I.

Mensis iste vobis principium mensium, primus erit vobis in mensibus anni.

Este mes ha de ser para vosotros el primero entre los meses del año.

(EXOD. XII, 2.)

Desde el día eternamente memorable, amados hermanos, en que la Santísima Vírgen fué proclamada Madre nuestra por Jesucristo en la cruz, háse complacido la Iglesia católica en prestar continuamente nuevos homenajes al santo nombre de María, considerando como un deber suyo, ensalzar los inefables privilegios inherentes á su divina maternidad. Con este objeto, dispuso en honor de la Santísima Vírgen una série misteriosa de festividades, que ha celebrado siempre con una magnificencia casi igual á la que ostenta en las solemnidades del divino Salvador. Al efecto, en cada año litúrgico, al paso que renueva la memoria de los grandes misterios de Dios hecho hombre, considerándole desde su humilde nacimiento en Belén hasta su Ascension triunfante á los Cielos, la enlaza con las bellas y poéticas fiestas de su augusta Madre, recordando su vida, desde su modesta cuna hasta su Asuncion gloriosa.

Hé ahí por qué, si la Iglesia católica une sus votos á los suspiros de los patriarcas y profetas, en las cuatro semanas del Adviento, con

la mira de preparar bien á sus hijos para que celebren la fiesta de Navidad; y si destina las seis semanas de la Cuaresma á ejercicios de mortificacion y penitencia, con la mira de que los fieles, despojándose del hombre viejo, como dice la Sagrada Escritura, resuciten con Jesucristo á una vida nueva en las solemnidades de la Pascua; no es de extrañar que la misma Iglesia, inspirada por el Espíritu de gracia y de verdad, haya aceptado en nuestros tiempos el piadoso pensamiento de destinar un mes á honrar especialmente á la Santísima Vírgen, mes subsiguiente á las principales festividades; como si indicára con esto, que sus hijos, despues de restablecidos al estado de gracia, deben ponerse especialmente bajo el poderoso patrocinio de su tierna y querida Madre.

Ved aquí, amados hermanos, ved aquí, justos y pecadores, el tiempo favorable para implorar la divina misericordia; estos son los días, que para asegurar vuestra salvacion, la Vírgen os ofrece, con el único deseo de contribuir á vuestra perfeccion. María os llama, dirigiéndoos las sentidas palabras que la Iglesia pone en sus lábios: El que me halláre, hallará la vida, y alcanzará del Señor la salvacion; no la felicidad de un día, sinó la que el corazon del hombre, insaciable como es en sus afecciones y deseos, no sabe siquiera concebir. Oid, pues, la voz que os dirije María, movida por su misericordioso cariño, y franqueadle vuestros corazones.

Deseando, pues, inspiraros, hermanos míos, estos sentimientos, y enseñaros á tener en mucho la importancia de la devocion del Mes de María, voy á exponeros estos cuatro puntos: 1.° Los motivos de la institucion del Mes de María: 2.° Los fines de esta devocion: 3.° Sus ventajas. 4.° Los medios para obtener sus frutos. Pidamos ántes los auxilios de la gracia por la intercesion de la misma Santísima Vírgen, diciéndola: *A. M.*

Ni era difícil ni podía ser dudosa la eleccion del mes que había de destinarse, especialmente, al culto de la Vírgen. Las maravillas del mundo de la naturaleza no son, por cierto, más que un pálido reflejo de las maravillas de la gracia; sin embargo, pueden, con mucha propiedad, simbolizarse en ellas. Hé ahí porqué la Iglesia nos ha representado siempre á María con poéticos emblemas, tomados del mundo de la realidad, de la naturaleza, llamándola: estrella de la mañana precursora del sol divino, deliciosa primavera, que promete á la tierra los copiosos frutos de la vida eterna; en tanto que la Sagrada Escritura, comparándola en su lenguaje poético con las más exquisitas

plantas que embellecen la tierra en la estacion de las flores, la llama: azucena de los campos, lirio de los valles, rosa que abre su cáliz en los jardines de Jericó, palma que crece hermosa y bella como las más bellas de Cades, olivo de los campos, y plátano que baña sus tiernos tallos en las aguas que le riegan. Ya veis, pues, amados oyentes, como los profetas nos habían indicado de antemano, el mes que debía consagrarse al culto de María Santísima; mes de completa primavera; mes de la esperanza y de las flores. No parece sinó que en estos bellos días, la naturaleza allega los más exquisitos tributos para ofrecerlos á la augusta Emperatriz de los Cielos y la tierra. Las luces con que piadosas doncellas adornan los altares de la Purísima Vírgen, que llevó en su seno la luz del mundo; las aromáticas flores que ostentan sus colores á la luz de los cirios; la poesía, esa flor de la palabra, que consagra á la Madre de Dios sus inspirados cantos; las melodiosas voces con que se celebran las glorias de María; forman una armonía encantadora, un bellísimo concierto de las almas cristianas, que expresan con sincero afecto la fé, la esperanza y el amor, como un eco, aunque débil, del himno eterno que los ángeles entonan junto al trono de María en los Cielos.

Además, se ha establecido la devocion del mes de María para satisfacer la tierna devocion á esta augusta Reina. No cabe explicarse dignamente, cuán ingenioso ha sido el celo por la gloria de esta incomparable Vírgen, buscando nuevos modos de honrarla y de dar mayor solemnidad á su culto. En todos los siglos ha establecido la Iglesia, una multitud de prácticas encaminadas á animar la devocion á María, y atraer sobre sus fieles devotos los tesoros de gracia de que es dispensadora. Así, por ejemplo, la institucion del Rosario y de su rezo, del Escapulario, de las *Ave-Marías*, de las romerías piadosas, de las procesiones, de los cantos, himnos y gozos, de órdenes sagradas, congregaciones y conferencias, erigidas bajo la invocacion de la Santísima Vírgen; tantas fiestas establecidas en su honor, y tantas prácticas especiales que le están consagradas y que no pueden reducirse á número; son otros tantos frutos preciosos de la devocion á María, y nuevos medios de honrarla, propuestos sucesivamente á la devocion de los fieles. La rapidez con que se han generalizado estas santas prácticas, las bendiciones con que el Señor se ha dignado recompensarlas, las gracias espirituales con que la Iglesia las ha enriquecido, á fin de propagarlas entre sus hijos, manifiestan cuán saludables son, y cuán conformes con el espíritu de nuestra religion augusta. Lo propio ha sucedido en nuestros tiempos respecto al mes

de María; esta práctica tan provechosa y predilecta de las almas devotas, que, al parecer, se ha reservado para nuestros días, con la mira de reanimar en los marchitos corazones de los cristianos, los sentimientos de que deben estar penetrados hácia la más tierna de las madres.

En el mes de Mayo continua celebrando la Iglesia el tiempo pascual; tiempo de júbilo para los fieles y de gozo para la Madre del Redentor, por recordar el misterio de la gloriosa Resurreccion de su Hijo. ¡Cuántas angustias habían oprimido el corazon de esta divina Madre! Pero, luego trueca su traje de luto en vestidura de gloria: el Hijo querido, que le había dirigido por última vez la palabra, diciéndole, al mismo tiempo que designaba á Juan: *Mujer, he ahí á tu hijo,* cuando iba á dejar el mundo para volver al lado de su Padre; ese Hijo querido triunfa para siempre de la malicia y de la muerte, presentándose á su Madre resucitado y radiante de gloria, llamándola MADRE. ¿Quién puede ponderar el júbilo de María, al ver á su Hijo resucitado, glorioso y coronado de celeste auréola? Este misterio de incomparable alegría continúa celebrándolo la Iglesia en este período que corre. Por esta razon, por lo tanto, el mes de Mayo debe ser del agrado de la bienaventurada Madre del Redentor.

No es ménos oportuno y loable el haberse establecido esta devocion especial á la Santísima Vírgen, para apartar á los fieles de las diversiones peligrosas á que se presta la primavera. El mes de Mayo, por la serenidad del cielo, por la expansion de la naturaleza, por el espectáculo fascinador de una restauracion general, estimula á los hombres. Los campos, las riberas, todo tiene un atractivo irresistible. Los paseos, las reuniones, las conversaciones, todo halaga. Más aún: el período que atravesamos es terrible, en cuanto fomenta los movimientos impetuosos del alma, las fuertes sensaciones del corazon, la vaguedad indefinible del pensamiento. Para preservarnos, pues, de semejantes peligros á que está expuesta la inocencia, la Iglesia nos ofrece como singular remedio la devocion del mes de María, convidándonos á entrar en el templo, y ocupar aquí algun espacio en presencia de la Vírgen. ¡Qué hermoso espectáculo se nos presenta! Los aromas que la tierra exhala, la voz armoniosa de las aves que pueblan las campiñas rejuvenecidas; y los jardines odoríferos, la voz misteriosa de la tierra, que parece celebrar su renacimiento á una vida nueva y convidar al género humano á la esperanza; vienen á formar coro el pié del altar de María, adornado de flores y radiante de luz, con los alegres conciertos, los sencillos cánticos, los homenajes que se apresuran á

rendir á la más cariñosa, á la más amable y á la más querida de las madres sus numerosos hijos, deseosos de verla y saludarla cada día! ¡Cuán tierna es la devocion del mes de María! Ved cómo pone en movimiento todas las almas sensibles y piadosas de nuestras ciudades y hasta de nuestras aldeas. Para adornar el altar de la dulce Madre, y colocar su venerada imágen sobre un asiento de flores y verdura, cogen los niños en los prados la humilde violeta, cortan en los jardines la purpúrea rosa y la blanca azucena; las jóvenes forman guirnaldas y coronas embalsamadas; todos, á porfía, cooperan al adorno del trono de su augusta Soberana. ¿Decidme, pues, amados hermanos mios, si estas santas ocupaciones, estos sentimientos tan dignos, este celo por la magnificencia del culto, los acordes cánticos, la iluminacion profusa, las preces de todo un pueblo, en el que se confunden las edades y las clases, no son uno de los más santos y eficaces medios de apartar á los fieles de las peligrosas diversiones propias de la estacion presente? Consideremos, ahora, el fin de esta devocion.

El principal objeto de esta devocion es: movernos, 1.°, á meditar los misterios de la bienaventurada Vírgen María; 2.° á admirar é imitar sus virtudes. Honrar á María con esplendor y magnificencia, pero con recogimiento y meditacion; ensalzarla, cantando sus loores, pero tambien meditando sus admirables virtudes; cobrar cariño á esas mismas virtudes suyas, pero esforzándonos para introducir la práctica de las mismas en todos nuestros actos; á extender y popularizar cada día más el culto de la Santísima Vírgen; á estudiar, por último, los sublimes ejemplos de su vida, para seguir sus huellas adelantando en los caminos del Señor; he ahí, pues, el objeto de esta devocion. ¿Podrá negarse que es sublime?

Pero, á más de sublime es santo, y esta santidad se desprende de la imitacion de las virtudes de la Santísima Vírgen. Las virtudes que admiramos, y que queremos imitar en María, son: la humildad, la resignacion, el amor á la pobreza, la laboriosidad, el fervor en la oracion, la pureza, el amor al silencio, la paciencia en los dolores, la caridad... María, considerada cómo niña, doncella y mujer, perteneciente á una familia pobre y real, á veces la más feliz de los mortales, y otras la más atribulada de las madres; ofrece á las personas de todas edades un perfecto modelo, y á las de toda clase un perfecto ejemplo. ¡Oh! Si la vida y la historia de los santos han producido tan notable fruto en las almas, ¿cuánto no producirán, en punto á perfeccion, la santa historia de la Madre de Dios?

Siempre se ha mostrado y se muestra altamente solícita para socorrer á los que la invocan; pero, especialmente, en estos días de gracia se complace en derramar sobre todos las más señaladas mercedes. Este es, hermanos mios, el tiempo de pedirlo y alcanzarlo todo. No podemos formarnos una idea bastante exacta del poder de María Santísima, y de su deseo de atender á nuestras súplicas. La pedimos poco, y ese poco no se lo pedimos con suficiente confianza, perseverancia é insistencia. Dilatemos, pues, nuestro carazon, extendamos nuestros deseos, multipliquémoslos, y María los llenará. Los beneficios que María os dispensará en el mes de Mayo, son de dos clases: beneficios temporales, esto es, prosperidad en vuestros negocios, bendiciones sobre vuestra familia, honor, buena fama, salud, feliz éxito en vuestros planes, todo en cuanto pueda servir á vuestro bienestar; beneficios espirituales, esto es, aumento de devocion, dón de la perseverancia, indulgencias..... No pudiendo tratar extensamente de todos estos felices resultados, me concretaré á hablaros del dón de perseverancia. La devocion á María es señal de predestinacion. San Anselmo y S. Antonino aseguran terminantemente, ser imposible que el verdadero devoto de María se condene. En conformidad á esta doctrina, podemos afirmar, que la santísima Vírgen alcanza para sus devotos el dón de perseverancia, prenda segura de salvacion. Pues bien: María nos concederá, sin duda, esta singular merced, si durante el mes de Mayo sabemos invocarla, amarla, y rogarla debidamente, y si no omitimos ninguna de las santas prácticas que se nos aconsejan, consagrándonos para siempre á su servicio.

Voy ahora á reducir á breves frases los importantes y saludables frutos que debemos recoger de este mes: 1.° Aumentar más y más nuestra devocion á la Santísima Vírgen; 2.° Adelantar en la práctica de las virtudes que vemos practicadas ejemplarmente por María. Grande es nuestra devocion á María: la amamos, la imitamos, acudimos á Ella, empleando estos tres distintos modos de rendirle culto diario. Pero ¿no os parece que puede hacerse algo más? ¿Llevais al más alto punto las tres manifestaciones de vuestra devocion á la Madre de Dios, esto es, el amor, la invocacion y la imitacion?

¡Madre! No hay nombre que pronuncien con más agrado los lábios y el corazon. Una madre es el tierno símbolo de la bondad, de la mansedumbre, de la abnegacion, del sacrificio. Pues bien: María es Madre, Madre del Salvador, con justicia llamado su Primogénito; y Madre nuestra tambien, por cuanto la Encarnacion nos ha elevado á todos á la dignidad de hermanos de Jesús, Siendo Madre nuestra, es, igualmente, por una feliz é inevitable consecuencia, nuestro refugio en las miserias, nuestra bienhechora en las necesidades, nuestra protectora en el infortunio, y nuestra abogada ante el tribunal divino. El Redentor nos concedió todos esos bienes á la vez, pronunciando aquella palabra fecunda y memorable, que salió de sus divinos lábios ántes de exhalar el postrer suspiro: *Ecce mater tua*. Pero ¿somos dignos hijos de tal Madre por nuestro corazon, por nuestros sentimientos y por nuestro afecto? Amais á la Santísima Vírgen, así lo decís, á lo ménos, y dais testimonio de ello en el mero hecho de asistir á estas devotas funciones; mas ¿cómo la amais? ¿adónde alcanza vuestro amor? ¿La amais hasta el punto de sacrificar algo por su devocion, hasta el punto de abrigar un ferveroso celo por su culto, hasta el punto de comunicar ese mismo amor á los corazones de las personas con quienes tratais? ¿No son acaso pasajeros vuestros arranques de ternura? ¿No son fugaces vuestros suspiros? ¿No es cierto que vuestra alma experimenta el cansancio y la tibieza en cuanto os separais de la presencia de María? ¡Oh! vuestro amor es efímero, es lijero como vuestra imaginacion, é inconstante como vuestro deseo. Procurad, por lo tanto, durante el mes que va á principiar, de arraigar en vosotros este amor para que no desaparezca. Ya que el mes de María ha sido una institucion inspirada por el amor celestial, contribuyamos á que la devocion de este mes avive en nuestro corazon el más ardiente amor á tan cariñosa Madre. Sí, Vírgen Santísima, nosotros te amaremos más y más; cada uno de los ejercicios, al recordarnos tu bondad y misericordia, infundirá más ternura y amor á nuestras almas, de suerte, que, en adelante, nuestras palabras pronunciadas al pié de tu altar, no serán más que fruto de nuestro amor.

Ensalzaremos á María durante el mes de Mayo con himnos y loores; cantaremos sus prerogativas y grandezas; honraremos sus imágenes, y cuidaremos de engalanarlas como los ángeles, como el mismo Jesucristo adorna su trono en el Empíreo. Oiremos con placer lo que se nos refiera acerca de las maravillas que su poder realiza en la Iglesia, y, sobre todo, formaremos un ramillete de piadosos pensamientos, de santos deseos, de afectos nobles, de suspiros y oraciones; ramillete que presentaremos á María, para que lo acepte y lo bendiga. Nuestras súplicas dirigidas á la Santísima Vírgen han sido, hasta ahora, poco frecuentes, lánguidas y no siempre espirituales; sean durante este mes, y siempre más, continuas, afectuosas y santas; porque necesitamos tu auxilio, oh poderosa Reina del Cielo, para llegar hasta el trono de Dios.

No es esta la primera vez que damos principio á los santos ejercicios del mes de María; en los años precedentes tambien nos dedicamos á ellos con satisfacion y religioso estímulo. Pero ¿qué frutos de virtud hemos recogido? Desde su trono celestial nos dirige María las palabras que Jesús dirigió á sus discípulos: *Exemplum dedi vobis* (1). Os he dado ejemplos para que los imiteis. Observad mi vida: pasé mi infancia en el Templo; pasé mi juventud y una parte de mi edad madura, en la oscuridad de Nazareth, hasta que sobrevinieron las angustias del Calvario y mi soledad en esta tierra de lágrimas. En todas mis situaciones os he dado ejemplos. Igual enseñanza nos proporciona, particularmente, el mes Mayo. Los ministros de Dios, siguiendo el espíritu de la Iglesia y de esta devocion, os hablarán, en sus discursos, de los misterios de la admirable vida de la Madre de Dios: en este concepto, tambien podrán deciros: *Exemplum dedi vobis*. ¿Quereis, pues, ser dignos de la proteccion y del amor de María? Fijad los ojos en Ella, procurad pareceros á vuestro modelo. Una madre ama, por lo regular, con más termura al hijo que más se le parece. El secreto de esta predileccion, que ella querría disimularse á sí misma, consiste en que descubre su propia imágen en el hijo á quien ama. Así, pues, si deseamos ser hijos privilegiados de María Santísima, imitemos en nuestra vida sus virtudes. Este culto es el más agradable á su corazon, y el más útil para nuestras almas.

Oid, hermanos mios, la voz de Dios durante el feliz período del mes de Mayo. Venid con devocion al pié del altar de esa Vírgen misericordiosa, á quien la Iglesia apellida con justo motivo: Refugio de pecadores; y pedidle con insistencia la conversion de todos vuestros hermanos, que hasta ahora no han correspondido á las inspiraciones de la divina gracia. «María facilita los tesoros de la misericordia de Dios, decia S. Bernardo, cuándo quiere, cómo quiere, y á favor de quien quiere.» No trascurrirán, ciertamente, estos días consagrados á su honor, sin que la celestial Espigadera, como la llama un santo padre, haya recogido algunas espigas olvidadas en la siega. ¡Cuánta será nuestra alegría si hemos logrado salvar, por la intercesion de la Santísima Vírgen, á algun hermano nuestro!

¡Oh dulcísima Madre del Salvador y Madre nuestra! todos nosotros, sin distincion de clases ni de condiciones, clero y fieles, vendremos con el mayor afecto á postrarnos al pié de tu altar; y Tú, Señora, te dignarás oir nuestras oraciones, complacerte en nuestros cánticos,

(1) Joan. 23, v. 15.

aceptar las coronas de flores que te ofreceremos, y, principalmente, la ofrenda de nuestros corazones. Tiemblan ante Tí las potencias del abismo, y tu brazo apartará de nuestras cabezas las tormentas que ponen en riesgo nuestra salvacion, señalándonos los escollos del mar del mundo, donde tan frecuentes son los naufragios, y haciendo que evitemos los lazos de Satanás. Madre eres de la santa esperanza: por eso dilataremos nuestros corazones; y al recordar tu conocida misericordia á favor de esta feligresía, y tu proteccion á la santa Iglesia en general, repetiremos con absoluta confianza, en estos días de trastornos y de luchas: Nos acogemos á tu proteccion, santísima Madre de Dios; no deseches nuestras súplicas en las necesidades que nos apremian; líbranos, al contrario, de todo peligro, ¡oh gloriosísima y benditísima Vírgen!

PREPARACION PARA CELEBRAR CON FRUTO EL MES DE MARÍA.

DIA 30 DE ABRIL.

DISCURSO II.

Benedicta in mulieribus.
Eres bendita entre las mujeres.
(Luc. 1, v. 18.)

En las palabras que acabo de pronunciar por tema de mi discurso, habreis podido notar, hermanos mios, que no he buscado en libros ni tratados de que no tengais noticias, estas palabras, con las cuales debemos inaugurar este mes, consagrado á la Santísima Vírgen. «Eres bendita entre todas las mujeres:» estas palabras las recitais con frecuencia, no una sola vez, sinó muchas veces al día. No ignorais todo el valor y todo el mérito de estas palabras, porque proceden del Cielo; no es un hombre el que dirige á la Hija de Israel esta salutacion; es el enviado de Dios, es el mensajero celestial, es el arcángel, á quien se encargó que anunciase á esa bendita criatura que Dios la había elegido para ser la Madre de su Hijo. Y si estas palabras proceden sin duda del Cielo, cuando se pronuncian con atencion, bien podreis reconocer, que no hay otras más dignas ni mejor escogidas para inaugurar las funciones religiosas del primer día de un mes, destinado á honrar y á glorificar á la Santísima Vírgen.

Hermanos mios, despues de recordaros estas palabras, puesto que con ellas inauguramos este mes de María, es preciso que os manifieste en breves frases, por qué se ha consagrado un mes á honra y gloria de la Madre de Dios; en qué consisten los ejercicios de este mes dedicado á la Santísima Vírgen; y en fin, por qué este mes con-

sagrado á María es el mes de Mayo. Pero pidamos ántes los auxilios de la gracia. *A. M.*

Veamos, ante todo, hermanos mios; ¿por qué la Iglesia, que es dirigida por el Espíritu Santo, ha destinado un mes, especialmente, á gloria de la Santísima Vírgen?—El tiempo está dividido en períodos que toman diferentes nombres: meses, semanas, días y horas; en todas estas divisiones del tiempo hay algunas consagradas en honor de María. Así, entre día, encontramos las horas en que honramos á la Santísima Vírgen, en que recitamos la angelical Salutacion, que es un homenaje dirijido á la Madre del Salvador. En la semana hay un día, el sábado, que está consagrado á la gloria de María. Por último, en el año hay un mes destinado por entero para celebrar las virtu- y la grandeza de esta pobre Hija de Israel. Comparad estos honores con los que tributamos á los santos, y vereis cómo ha querido el Espíritu Santo designar en la tierra á la Madre del Salvador, un grado de gloria proporcionado á la gloria que la circunda en los Cielos. Cada año, y en épocas determinadas é inmediatas, el verdadero cristiano, elevando á María sus pensamientos, implora su intercesion, ó meditando sus virtudes y su gloria, hace, que á la vista de semejante espectáculo y al recuerdo de este bello é interesante modelo, se reproduzcan sus buenas resoluciones, se fortalezca en el bien, y se arraigue en la esperanza de la recompensa eterna. Por otra parte, es muy propio y natural honrar con especiales obsequios, á la que Dios juzgó digna del mayor honor que puede reservarse á una criatura; absurdo y monstruoso fuera, pues, que no se la dispensase semejante obsequio.

Este culto, hermanos mios, es, ante todo, por lo que á nosotros respecta, una especie de imitacion de lo que el mismo Dios ha hecho, como acabo de exponer. En segundo lugar, es, propiamente hablando, un acto de justicia que se la debe. Con efecto; no solo la Santísima Vírgen, por la pureza de su infancia y de su juventud, mereció ser elegida por Dios para ser el santuario de su Encarnacion, sinó que reunió en todo el resto de su vida los méritos de tantas virtudes, pruebas y dolores, que algunos de ellos bastan por sí solos para formar santos. Fué casta en el sentido más estricto y absoluto de la palabra; admirable en su humildad; y digo admirable, porque esta Mujer había merecido la señalada honra de llevar á Dios en su seno; se resignó á una pobreza voluntaria; se asoció á todos los dolores de Jesucristo, terrible martirio que se prolongó hasta despues

de las terribles escenas del Calvario; por último, tuvo resignacion y paciencia incomparable en sus dolores despues de la desgarradora separacion; resignacion tanto más meritoria, cuanto que no podía haber para la Santísima Vírgen la menor duda sobre su tan deseada reunion con su divino Hijo. Ved, pues, como María aventaja á todos los santos por sus méritos, como los aventaja por haber sido y ser la única elegida. Si, por último, hermanos mios, consideramos la parte que la Santísima Vírgen ha tomado, y ha tomado con gusto, en nuestra redencion, sometiéndose á la voluntad de Dios, y sufriendo tambien por nosotros, nos convenceremos de que al tributarle un respetuoso culto á su gloria, le damos un testimonio de reconocimiento. Y tan convencidos estamos de ello, como que practicamos con María lo que con un poderoso bienhechor; despues de una gracia le pedimos otra, pues conocemos por experiencia la bondad de su tierno corazon. ¡Oh! no lo dudeis; á la Reina de los Cielos no le son importunas nuestras súplicas.

En esto veis justificado el culto que tributamos á María; ya comprendeis por qué Dios, por boca de la Iglesia, nos recomienda que consagremos á su Madre las horas, los dias y un mes entero. Tambien en esto hemos seguido los consejos de la Iglesia. ¡Es tan dulce seguirlos! La gloria de María ha sido solemnizada por toda la tierra; de tal suerte, que en su espíritu y en su corazon los fieles colocan á la Vírgen Madre ante todas las criaturas; superior á María únicamente lo es Dios. ¿Conoceis criatura alguna que reciba, ni haya recibido tantos homenajes, y tan solemnes, tan repetidos? ¿Ha habido alguna vez en la tierra un rey, un jefe de estado, de quien el mundo se haya ocupado tanto como de la Santísima Vírgen? Porque debeis tener en cuenta, que no somos nosotros únicamente los que pregonamos su gloria, sinó que se pregona en todo el órbe católico, y este órbe católico no tiene límites en los mares, ni en las montañas, sinó que comprende todo el universo. No se la glorifica en todas partes en igual grado; pero en todas partes tiene adoradores; y en todos los lugares donde se adora á nuestro Señor Jesucristo, se celebra y se glorifica á la Santísima Vírgen María, su Madre. Ved ahí porque nunca ha habido en el mundo monarca ni soberano, que haya tenido tantos palacios como la Santísima Vírgen; que haya tenido tantos tronos como la Santísima Vírgen. Estos palacios son las iglesias edificadas bajo su advocacion; sus tronos son los altares sobre los cuales adoramos su Imágen. Con esto reconocereis, hermanos mios, que no hay gloria alguna que pueda compararse á la de María.

Pero otra consideracion debe moveros, y es, la que este culto no es un culto muerto, no es un culto histórico, que solo existe en los recuerdos, una especie de culto conmemorativo, sinó un culto vivo, tan sincero y real ahora como lo era hace diez y ocho siglos; por lo tanto, tiene la misma vida, la propia fuerza, idéntica influencia. Por este mes de María podeis deducir la verdad de la doctrina que profesais. ¿No celebramos en este mes de María el poder de la Religion, que ha rehabilitado por medio de la mujer lo que la mujer habia destruido? Fijad la vista en esta concurrencia de fieles. ¿Quién os ha reunido al pié de los altares de la Santísima Vírgen? El nombre y el recuerdo de la Madre de Dios, y el primer dia de este mes, que le está consagrado. De este modo la Santísima Vírgen ejerce sobre vosotros un poder incontestable, os domina, os enseña, os gobierna; es vuestra Reina, es la Soberana de vuestro espíritu y de vuestro corazon; esta es una gran verdad que no podeis darla al olvido, hermanos mios. Fijad en ello vuestra atencion; porque del hecho de vuestra presencia en este santuario, es fácil deducir la verdad de la doctrina que profesais como cristianos, puesto que rendís unánimemente honores particulares á la augusta criatura que Dios eligió, para que fuese instrumento voluntario de nuestra rehabilitacion, y, de consiguiente, al celebrar las fiestas de este mes reconoceis los misterios de la Encarnacion y de vuestra salvacion. Cuando en seguida lleveis más adelante vuestro pensamiento, y, no os concreteis únicamente á un santuario, sinó que fijeis vuestra atencion en el espectáculo que presentan ahora otras iglesias, notareis en todas partes el mismo concurso é igual celo. Recorred todas las ciudades, recorred todos los países, y en todas partes vereis aclamado y glorificado el nombre de la Santísima Vírgen. Id á la China, á los últimos confines del mundo, y si allí hay uno que adore á nuestro Señor Jesucristo, como le habrá, porque los hay en todas partes, celebrará hoy tambien el mes consagrado especialmente á la gloria de la Santísima Vírgen.

Dios ha querido que este período de tiempo, que nosotros llamamos mes, fuese consagrado en obsequio de la Hija de Israel. ¡Ah! si hubierais vivido en su tiempo, si la hubierais visto en su casa de Nazareth, donde vivia tan retirada, pasando una existencia tan oscura; si os hubiera dicho entónces, que hasta tal punto habia de llegar á ser el objeto de los homenajes del mundo entero en todos los siglos, no lo hubierais creido posible, ó, á lo ménos, hubierais necesitado una autoridad especial para creerlo; hubiera sido preciso que os lo dijera un ángel. Pues bien; esta aclamacion de la gloria de la San-

tísima Vírgen, y esta intervencion del mensaje celestial la teneis perpétuamente á la vista, vuestros lábios la repiten muchas veces al dia; y fundándome en esta intervencion de Dios, os he dicho: que el culto que tributais á la Santísima Vírgen está justificado.

Expuesto ya, hermanos mios, el pensamiento que ha dictado la consagracion de un mes cada año á la Santísima Vírgen, debo preguntaros y preguntarme á mí propio: ¿en qué consiste el culto que hemos de tributar á María en este mes? En dos cosas: consiste en celebrar los privilegios que María ha recibido, y en celebrar, igualmente, las virtudes que Ella practicó. Hé aquí á lo que se reduce todo el mes de María: considerar en presencia de Dios su misericordia sin límites, y despues buscar por medio de esta meditacion la misericordia en favor de nosotros. Mas, luego de meditado este beneficio concedido á la augusta criatura ensalzada sobre todas en gloria y en bendiciones, ¿qué practicamos? Celebramos sus virtudes.—Pero ¿qué circunstancias constituyen su virtud? Su conformidad con la voluntad de Dios; es decir, el empleo de sus facultades en conformidad al plan de la eterna Sabiduría, sin afectar en nada la plenitud de fuerzas, de poder y de libertad que poseía.

Pues bien; hé ahí lo que vamos á practicar durante este mes. Todos los privilegios que María recibió están comprendidos en el título de Madre de Dios. Cuando estudieis ese carácter de Madre de Dios, os quedareis confundidos, no solo en el sentido, que no podreis, confesando el hecho, ménos que admiraros, de que Dios elevára de esta suerte una simple criatura á una gloria tan admirable, como la de haber sido madre de Aquel, que es anterior á todos los siglos; sinó que ha de admiraros más todavía el hecho, de que esta gloria no se concreta á la cualidad augusta de Madre de Dios, sinó que alcanza tambien á la de Madre de los hombres. La dignacion del Altísimo en honrar al humano linaje con la eleccion de madre, enaltece á todas las criaturas humanas, pues de esta suerte honró á nuestra naturaleza caida, á la cual pertenecia tambien la Santísima Vírgen, aunque no participó de la mancha original por una gracia particular. Tal es la enseñanza que debemos sacar de este misterio de amor. Sí, de este modo participamos de la bondad de Dios; y ya que en esto participamos del privilegio con que fué honrada la elegida para Madre de Dios, debemos merecerlo, siguiendo su ejemplo y practicando sus virtudes, que se reasumen en una sola: la dependencia voluntaria, la sumision. Cuando el arcángel le llevó la nueva de la gloria á que Dios la había destinado, María contestó: «Soy la esclava del Señor; hágase en mí segun tu palabra.» Pues bien; lo que dijo entónces María, lo repitió toda su vida: cuando niña, quiso entrar en el Templo para consagrarse al Señor; y al verse precisada á aceptar un esposo, porque Dios quería poner su honor á cubierto, dijo: «Soy la esclava del Señor; hágase en mí su voluntad.» Cuando se vió en la precision de que el nacimiento del Señor se realizase en un pesebre, tambien entónces, sin pensar que el Hijo de Dios debiera nacer en un palacio, dijo: «Soy la esclava del Señor: hágase segun su voluntad.» Cuando vió la persecucion que acosaba á su Hijo, cuando la misma Vírgen participó de esta persecucion, aún repetía las mismas palabras: «Soy la esclava del Señor.» Cuando vivió en medio del trabajo, en una casa modesta á cuanto cabe, dijo: «Soy la esclava del Señor.» Cuando fué preciso subir al Calvario y presenciar el sacrificio de su Hijo; cuando fué necesario que se nos diese un fruto de vida para reparar el desastre causado por la primera Eva, que nos dió un fruto de muerte; cuando María hubo de entregar su corazon para ser traspasado por la espada del dolor; tambien entónces contestó resignada: «Soy la esclava del Señor.» Pues bien; hé ahí como la santidad la constituye la conformidad con la voluntad de Dios. Y ¿por qué la vida de la Santísima Vírgen es constantemente un modelo de santidad? Porque en toda su vida María no dejó ni por un instante de ser el espejo en que se reflejaba la vida de Jesucristo. Por esto en las Letanías cantamos en su honor la invocacion: «Espejo de justicia.» Sí, pues, María, exclamando en todos los actos de su vida: «Soy la esclava del Señor; hágase en mí tu voluntad;» nos dió contínuos ejemplos de abnegacion, nosotros, que venimos aquí á meditar las virtudes de la Santísima Vírgen para imitarlas, debemos alentarnos más y más á ello, porque al cumplir con este deber procuraremos nuestra felicidad. Para dar cumplimiento á los deberes que Dios nos ha prescrito, debemos resignarnos á sufrir; ved ahí, pues, como al exhortaros á que seais virtuosos se procura vuestra dicha. Solamente los que estén ciegos se negarán á aceptarla; mas por desgracia, generalmente creemos, que nuestra dicha consiste en hacer lo que nos place. ¡Insensatos! La dicha consiste en el cumplimiento del deber. Por esto durante el presente mes se os pone á la vista el más perfecto modelo, á fin de que os estimuleis á decir siempre de todas veras: «Soy el esclavo del Señor; hágase en mí segun su voluntad;» á fin de que diciendo esto, y arreglando á estas palabras vuestras acciones, seais dichosos.

Permitidme ahora que os explique la particularidad de haberse

escogido el mes de Mayo para consagrarlo á María. Ya sabeis que este mes es el de las flores, es el mes en que la tierra exhala todos sus perfumes. Y ¿qué es la virtud sinó el perfume y la flor de la santidad, como dice la Sagrada Escritura? En los santos Libros se llama á la Santísima Vírgen un jardin cerrado, y en este jardin hay una fuente de agua viva. Ved ahora la intencion que encierran estas palabras del profeta. En un jardin donde cada uno entra y pasea libremente, es difícil que se conserve el órden. Donde las flores abren su cáliz y exhalan todo su aroma, hay plantas marchitas, por el contacto, y que han perdido todo su perfume. Pero la Escritura dice tambien, que la Santísima Vírgen es un jardin cerrado: que nadie ha alterado el órden de este jardin; y que todas las flores conservan en él su lozanía, su esplendor, su fragancia, su perfume. Es preciso al mismo tiempo, que un jardin se encuentre en buen estado; es necesario, para que conserve su frescura, que no sea abrasado por los rayos del sol; y ved ahí por qué le es indispensable el agua. Esta agua es la gracia, la gracia abundante: entónces la flor regada conserva su lozanía y su esplendor. Esto no sucede con las flores que se abren por la mañana, y algunas horas despues se inclinan sobre el tallo y se agostan. El mes de Mayo, hermanos mios, que presenta en la naturaleza este espectáculo, es el mes de las flores; y ya que debia consagrarse un mes á la gloria de María, este mes ha sido el de las flores y de los perfumes. Hé aquí lo que decía S. Pablo: Seamos el buen olor de Jesucristo: *Christi bonus odor sumus* (1). Procuremos, pues, que nos anime siempre la gracia de Dios, y que todas nuestras acciones exhalen el perfume de la santidad.

Para mayor claridad voy á resumir estos tres pensamientos, con los cuales he iniciado las instrucciones propias del mes de María. Ya os he dicho la razon por qué se ha consagrado un mes á la Santísima Vírgen. Os he explicado en qué consisten los ejercicios de este mes; es decir, las virtudes que debemos enaltecer, los privilegios que debemos admirar; y, finalmente, creo haberos hecho ya comprender la razon porque el mes escogido es el mes de Mayo. Pues bien; para continuar la comparacion que os hacía, observad que despues de haberos paseado por un jardin, os queda cierta impresion, participais de un ambiente embalsamado con el perfume de las flores; hasta vuestro traje participa de estos aromas; por lo cual, al

(1) II Cor. II, 15.

presentaros luego en algun sitio os preguntan: ¿De dónde venís con tanto perfume? Pues bien; cuando de este modo hayais paseado por este jardin de la Vida de la Santísima Vírgen; cuando lo hayais recorrido cada día, participareis del perfume de la virtud y de la santidad. Y se os conocerá en la modestia de vuestros ademanes, en la de vuestras palabras, y en todos vuestros actos. ¡Oh! ¡qué dicha haber asistido á estos santos ejercicios! ¿No lo comprendeis así? ¿Y creereis que esto sea inútil? Cuando de este modo se os haya conducido de flor en flor, de la humildad á la paciencia en los trabajos; de la paciencia en los trabajos á la modestia; de la modestia á la caridad; y así, sucesivamente, de virtud en virtud, el ministro sagrado podrá exclamar: «Mirad esta flor, ¡cuán bella es! contemplad, de que manera ha conseguido su perfeccion; nada hay en ella que quitar ó añadir: respirad este perfume, respirad esta humildad tan grande, tan completa, que no se ha desmentido jamás;» respirad, y saldreis con la humildad en el corazon, y luego hareis que participen de esta humildad cuantos os rodeen. Y si Dios os ha colocado en una categoría distinguida por la ciencia, por la grandeza, ó por la fortuna, sereis, sin embargo, humildes, no oprimireis á vuestro hermano con todo lo que podais tener más que él, y sereis más celosos en favorecerle, y hacer que participe de vuestra humildad.

Recordad las comparaciones que os he expuesto, muy propias para daros á conocer el objeto y el pensamiento que domina en este mes de María. Sí; espero que todos, niños, niñas, jóvenes y ancianos, cuando háyamos recorrido este jardin de la Santísima Vírgen, cuando háyamos respirado el perfume de todas sus flores, es decir, cuando háyamos meditado todas las virtudes, todavía encontraremos á faltar algo en nosotros; más aún, espero que nosotros durante nuestra vida nos convertiremos en un jardin, procurando al mismo tiempo que este jardin esté bien cerrado; para ello, empero, es necesario que no nos entreguemos á merced de las pretensiones, de los antojos, de los ejemplos de otros. Las gentes de mundo se gozan en murmurar de los demás y obrar con absoluta licencia. Así pasan el tiempo; y porque gozan de la influencia que les dá su nombre, su fortuna y su saber; hacen desdén de las gracias espirituales, humillando las virtudes, y despojándolas de su lozanía y su perfume. ¡Ah! sed, pues, vosotros, hermanos mios, un jardin cerrado, y obtendreis agua viva; es decir, la gracia que obtengais por medio de la oracion; el jardin estará de este modo fresco y hermoseado con vejetacion celestial; y en este jardin se respirará el perfume de todas las virtu-

des; siendo entónces vuestra vida conforme á la voluntad de Dios, y por esta conformidad será semejante á la de la Santísima Vírgen. Así os lo deseo, en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

PERSEVERANCIA EN EL CULTO DE MARÍA.

DIA 1.º DE JUNIO.

DISCURSO I.

Qui perseveraverit usque in finem, hic salvus erit.
El que persevere hasta el fin, este será salvo.
(MATTH. XXIV, 13).

Llegó por fin el momento, carísimos hermanos, de recoger el fruto de nuestra devocion á la Vírgen Santísima, nuestra Señora. Hemos concluido el florido mes de Mayo, durante el cual hemos asistido, con gozo particular de nuestras almas, á los devotos ejercicios en honra de María: estemos seguros de que esta Señora no permitirá que salgamos de aquí sin su bendicion, tanto más rica y abundante, cuanto mayor sea el amor, y más firme la confianza en nuestra tierna Madre. Desde lo alto del Cielo, cuenta los homenajes que la tributamos, anhelosa de obtener para nosotros mayor número de beneficios. Un pensamiento la ocupa en este instante, un pensamiento de gravísima importancia, que yo, de su parte, quiero comunicaros. María Santísima piensa en nuestro porvenir; y, como si lo ignorára, se pregunta con cierta inquietud: «Estos devotos míos, que tan constantes se han mostrado en obsequiarme durante el mes que hemos acabado, ¿perseverarán en amarme como ahora? ¿Continuarán en su fervorosa devocion hácia mí? ¡He visto á tantos, que se gloriaban de ser llamados hijos míos, que me querian como á Madre suya, que llevaban las insignias de mi culto, que celebraban mis festividades; pero despues... me ol-

des; siendo entónces vuestra vida conforme á la voluntad de Dios, y por esta conformidad será semejante á la de la Santísima Vírgen. Así os lo deseo, en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

PERSEVERANCIA EN EL CULTO DE MARÍA.

DIA 1.º DE JUNIO.

DISCURSO I.

Qui perseveraverit usque in finem, hic salvus erit.
El que persevere hasta el fin, este será salvo.
(MATTH. XXIV, 13).

Llegó por fin el momento, carísimos hermanos, de recoger el fruto de nuestra devocion á la Vírgen Santísima, nuestra Señora. Hemos concluido el florido mes de Mayo, durante el cual hemos asistido, con gozo particular de nuestras almas, á los devotos ejercicios en honra de María: estemos seguros de que esta Señora no permitirá que salgamos de aquí sin su bendicion, tanto más rica y abundante, cuanto mayor sea el amor, y más firme la confianza en nuestra tierna Madre. Desde lo alto del Cielo, cuenta los homenajes que la tributamos, anhelosa de obtener para nosotros mayor número de beneficios. Un pensamiento la ocupa en este instante, un pensamiento de gravísima importancia, que yo, de su parte, quiero comunicaros. María Santísima piensa en nuestro porvenir; y, como si lo ignorára, se pregunta con cierta inquietud: «Estos devotos míos, que tan constantes se han mostrado en obsequiarme durante el mes que hemos acabado, ¿perseverarán en amarme como ahora? ¿Continuarán en su fervorosa devocion hácia mí? ¡He visto á tantos, que se gloriaban de ser llamados hijos míos, que me querian como á Madre suya, que llevaban las insignias de mi culto, que celebraban mis festividades; pero despues... me ol-

vidaron! ¡Ay! ¡Qué santuario de los en que soy venerada, no ha tenido que estremecerse por la ingratitud de mis favorecidos, y no ha sido manchado con alguna infidelidad! ¡Cuántos, de los que prometieron amarme eternamente, entregándome su corazon, lo han vuelto á tomar para darlo al mundo, apartándose de mí!

Ese es, hermanos míos, el pensamiento de nuestra Madre Santísima, al recibir nuestros últimos obsequios del mes de Mayo. ¿No debería tambien ser el nuestro en estos instantes? ¿Será posible, que hagamos temer semejante olvido á esa Madre tiernísima, á quien tanto queremos hoy? Figuraos que á María la inquieta la incertidumbre de lo que hareis en adelante. Reflexionad en lo poco que deben importarla los obsequios de un día, de todo un mes, si tras ellos ha de venir una larga y desconsoladora indiferencia. Pensad en el valor que ha de dar Nuestra Señora á un afecto, que ha de marchitarse tan pronto como las flores que adornan su hermoso altar. Meditadlo bien, hermanos míos, y examinad lo que el corazon os dicta que digais á vuestra amantísima Madre, que tan cuidadosa se muestra de vuestro porvenir. ¿Asegurais amarla siempre? Contestais que sí con vuestra amorosa mirada y expresivo ademán. Ahora bien: María Santísima se dá por satifecha con este ofrecimiento, confiando en que nunca lo olvidareis. Si tal es vuestra última resolucion, consagraos sinceramente al culto y servicio de la Madre de Dios al terminar el mes de Mayo, coronando de este modo los obsequios que la habeis tributado durante el mismo. Para prepararnos á esta consagracion, discurramos, de consuno, acerca de los motivos que deben movernos á perseverar en la devocion de la Santísima Vírgen, y de lo que debemos practicar para lograr esta perseverancia. Pidamos, ántes, los auxilios de la gracia: *A. M.*

La Córte de María, en la tierra, se compone de dos distintas clases de cristianos: de los justos, que la misma Vírgen ha conservado en el camino de la virtud; y de los pecadores, que ha llevado á él. Para saber, pues, lo que debeis á María, por lo que hasta ahora ha hecho por vosotros, examinaos y ved á cual de las dos clases perteneceis. ¿Sois justos? Pues no dudeis que María Santísima ha sostenido vuestra debilidad y rechazado á vuestros enemigos.

Ya sabeis que todos abrigamos en el fondo de nuestro corazon, una tendencia decidida al mal, tendencia que pide una vigilancia contínua y esfuerzos siempre nuevos por nuestra parte. Y con todo, para esta lucha, no contamos con más recursos propios que nuestra gran

flaqueza. A cada paso queda burlada nuestra vigilancia y se debilitan los esfuerzos, sintiéndonos tentados en el áspero camino de la virtud, á pararnos, y quizá á volver atrás. Ahora bien; ¿qué mano compasiva y poderosa ha sostenido al justo para no faltar á sus deberes, sacándole victorioso de su natural debilidad? La mano de María Santísima, á quien se dá el título de Salud de los enfermos, porque cura, no tanto las enfermedades del cuerpo, como las del alma. Porque el alma, hermanos míos, tambien padece dolencias, para cuya curacion María es todopoderosa. Vosotros la invocabais con ese nombre en las necesidades del cuerpo, y Ella alcanzaba para vosotros fuerzas contra la debilidad del alma.

Y todas esas miserias interiores, aún no os han puesto en tan gran peligro como los adversarios de fuera, que asedian vuestro corazon. Mas de una vez el demonio con sus auxiliares, el mundo con sus placeres, han intentado asaltarle, presentándose el demonio con su terrible ejército de tentaciones, y el mundo con sus encantos. La sensualidad ha trabajado para introducir sus confidentes dentro de la plaza, poniéndose en inteligencia con sus defensores. ¡Ah! Un momento de distraccion, el más leve descuido, habría bastado para perderos..... ¿Quién os hizo entónces cautos y precavidos? La Vírgen Santísima: Ella peleó por vosotros hasta que hizo levantar el sitio, dejándoos libres. Sí, almas justas que me escuchais; cuando triunfasteis de los enemigos que os combatían, triunfasteis por María. Si hasta ahora habeis batallado con buen éxito, á María debeis vuestras victorias sobre el demonio, el mundo y los deleites. Deudores sois de vuestra virtud á María Santísima, cuya mirada aterra á vuestros enemigos, cuyo nombre estremece al Infierno, y cuya proteccion facilita la victoria. Esto ha hecho María por vosotros. ¿Qué debeis, pues, hacer vosotros por María? Permanecer constantemente fieles á su devocion, y perseverar en su amor y culto. El agradecimiento os lo impone como un deber, diciéndoos, que olvidar á una protectora tan caritativa, sería el extremo de la ingratitud. Si, pues, cada uno de los días de vuestra vida pasada está señalado con algun beneficio de María, cada uno de los que se os concedan debe señalarse con algun obsequio sincero y constante.

Hablando ahora con los pecadores, á quienes María nuestra Señora ha vuelto al camino de la virtud, les digo: Cuando pecabais, la Vírgen Santísima detenía el rayo pronto á heriros; y cuando os arrepentisteis, la Vírgen obtuvo para vosotros el perdon. Sí, hermanos míos: Dios se muestra lento algunas veces en castigar los pecados; pero es

porque hay colocada entre él y el pecador una Mediadora, que protege al reo y contiene al Juez. La Mediadora es María, que no desesperando nunca de la conversion del pecador, pide incesantemente una próroga para la ejecucion de la sentencia. ¡Oh! ¡Cuántos pecadores son hoy bienaventurados en el Cielo, que estarían condenados á padecer eternamente en el Infierno, si María Santísima no les hubiera alcanzado tiempo para hacer penitencia! ¡Cuántos, sin el auxilio de María, habrían pasado inmediatamente del crímen á la eternidad! Nuestra misericordiosa Madre, que tan caritativa se muestra al cometerse la falta, lo es mucho más cuando sobreviene el arrepentimiento. En efecto; apénas observa en el corazon del pecador el primer movimiento de disgusto por los pasados yerros, cuando se postra á los piés de su divino Hijo, para obtener de Él un perdon no merecido todavía. Pecadores convertidos, que os hallais en este templo, hé ahí lo que por vosotros ha hecho María. Os ha protegido contra el rigor de la justicia divina, hasta reconciliaros con vuestro Dios. Y por tantos y tan grandes beneficios, que exigirían una vida entera de reconocimiento, ¿qué pensais hacer? ¿Os contentareis con algunos obsequios salidos de vuestro corazon, sí, pero maquinalmente, y tal vez sin advertirlo? Nó; bien seais justos, bien pecadores, debeis tener presente, que la ingratitud puede seros muy funesta. Vosotros ¡oh justos! teneis siempre dentro la misma debilidad, y fuera los mismos enemigos; y si olvidais á María, podría suceder, que María os olvidase en una ocasion crítica, quedando vencidos por falta de asistencia. Vosotros, ¡oh pecadores! caminais por una senda difícil, contigua á la de la iniquidad, á la que podeis volver si por desgracia resbalais. Si olvidais á María, caereis de nuevo en el pecado, y entónces, ¿quién os defenderá, quién intercederá por vosotros? Permanezcamos, pues, fieles á María Santísima nuestra Madre, puesto que nos empeña á serlo lo que hasta ahora ha hecho por nosotros. Pero la Santísima Vírgen no quiere poner límites á sus bondades. ¿Puede una madre cariñosa abandonar á sus hijos? Aunque tan terrible fenómeno tuviese lugar en la tierra, la Madre que los cristianos tenemos en el Cielo, no sería la que diese tan repugnante espectáculo. Nó; María Santísima nunca dejará desconsolados á sus hijos; nó, el último día del Mes de las flores no pondrá término á sus beneficios. Lo que hasta aquí ha hecho por nosotros, es una prenda de lo que hará en lo sucesivo, lo cual constituye el segundo motivo que tenemos para perseverar en su devocion.

A veces temblamos al fijar la consideracion en el fin de nuestra carrera: todos sabemos que no basta comenzar bien, sinó que se necesita acabar bien; todos sabemos que la perseverancia hasta el fin, por la cual hemos de salvarnos, es un dón gratuito, que no pudiéndolo nosotros merecer, puede muy bien negársenos. Esta idea es terrible, y sería capáz de infundirnos desaliento, si no la templára la conviccion del poder y bondad de la Santísima Vírgen. Segun nos lo repiten y aseguran los Santos, es imposible que perezca eternamente el hombre que invoca á María de todo corazon, valiéndose del símil de la nave guiada en medio de la tempestad por la estrella milagrosa, que jamás se oculta á los ojos del piloto, señalándole el puerto en que debe guarecerse. Pero ¿qué cristiano tendrá derecho al patrocinio de María Santísima, obteniendo de la Señora la perseverancia final de que pende su salvacion? ¿Creeis que concederá este favor inestimable á la persona, que esté olvidada de Ella once meses al año, y solo durante el duodécimo, concurra á estos ejercicios por costumbre, por no singularizarse entre los conocidos, y acaso por halagar á alguna otra persona de las que aquí vienen? ¿Podeis suponer, que María obtenga la perseverancia á favor de quien haya despreciado su cariño, mirado con indiferencia sus bondades, y que despues de una vida de indolencia é ingratitud, se acuerde por primera vez de veras, en el lecho de la muerte, de la misericordia de María, para implorarla en aquel supremo instante una gracia, que ha de ser el principal premio de constantes servicios tributados á la Madre del Salvador?

Quiere además María Santísima nuestra Señora, alcanzar para nosotros la gloria en la vida futura: desea conducirse como una Reina que ha tenido hijos en el país de su destierro, y repuesta en su trono, no puede ser feliz sin ver junto á ella, y bajo el régio techo, á todos aquellos á quienes dió la vida en tiempo de desgracia. Nuestra Madre está sentada ya en su trono, y si fuera posible, vería que la faltaba, para complemento de su bienaventuranza, la presencia en los palacios eternales de los hijos que dió á luz en este valle de lágrimas. En el Cielo, pues, nos aguarda, teniendo en las manos las coronas que su amor nos destina. Mas, ¿á quién, vuelvo á preguntar, será concedida tan preciosa recompensa? No lo dudeis, hermanos míos, se otorgará, indefectiblemente, al que haya perseverado fiel; al hijo que no haya renegado de su Madre. María Santísima quiere, sí, dar la corona de la inmortalidad, mas no la promete sinó al que la ame y nunca cese de invocarla. María Santísima quiere, sí, dar la corona de la inmortalidad, pero se propone darla como galardon de nuestra fidelidad á su culto. Aquel será coronado en el Cielo por María, que en la tierra no se haya apartado de sus altares.

Para ser fiel á María, el primer medio es, evitar las ocasiones próximas de pecado. El que ama el peligro, nos previene el Espíritu Santo en la Sagrada Escritura, perecerá en él; y el que se acompaña con impíos, no tardará en hacerse como ellos. Evitad, pues, toda ocasion de pecado, y la compañía de los perversos, considerando ambas cosas como un manantial emponzoñado de crímenes y torpezas.

El segundo medio, inherente á la perseverancia en la devocion al culto de María Santísima es, la oracion, escudo de la virtud, y arma poderosa del cristiano. Dios se complace en fortalecer el valor de cuantos le invocan con humildad, amor y confianza. ¿Necesitais un ejemplo que os convenza? Citaré el de Moisés en el día de una batalla: miéntras este caudillo del pueblo de Israel tenía levantadas las manos al Cielo, implorando el auxilio del Dios de los ejércitos, el suyo triunfaba; mas, así que suspendía su plegaria, los amalecitas empezaban á vencer á los hebreos. Con esto entendereis la eficacia de la invocacion á Dios; con esto comprendereis el poder de la oracion. Este suceso histórico os descubre la importante verdad, de que la oracion es el arma inquebrantable del hombre religioso. Armaos, pues, con ella como buenos soldados de Jesucristo, elegidos por Dios para la gloria celestial. Velad y orad, sin dejaros vencer por el sueño ó la pereza, á fin de que no seais sorprendidos de improviso por la muerte. Rogad á Dios de dia y de noche, que no permita sucumbais á la tentacion; y Él se apresurará á llenar vuestra alma de superabundantes gracias, que os faciliten el cumplimiento de sus preceptos, que alijeren y suavicen su yugo, que os ayuden á triunfar de las asechanzas de Lucifér y de sus infames agentes, que os permitan caminar de virtud en virtud, hasta llegar al término de la carrera donde se corona al vencedor; más claro: hasta que llegueis al Cielo, puerta de la salvacion, donde os recreareis con el fruto del árbol de la vida.

El tercer medio que hemos de emplear para mantener nuestras laudables resoluciones es, frecuentar los sacramentos. Por este conducto distribuye Dios sus gracias á las almas. Los sacramentos son las aguas vivas y puras que las refrescan, para resistir la accion abrasadora de las pasiones; son la saludable piscina, donde los corazones enfermos pueden á todas horas recobrar la salud. Haced cuanto ántes la experiencia, siguiendo el ejemplo de los Santos, vuestros dignos y venerables padres en la fé y en la ciencia de la salvacion. De los sacramentos sacaron ellos la fuerza necesaria para luchar, ora con las seducciones del mundo, ora con el furor y crueldad de los tiranos. Imitad á las nobilísimas vírgenes que acompañan al Cordero

inmaculado, en premio de la pureza que mantuvieron por la virtud de los Sacramentos. Llegaos al tribunal de la Penitencia, para obtener de Dios el perdon de vuestras faltas y pecados contra su santa Ley. Acudid con frecuencia á la mesa Eucarística, donde recibireis, junto con el alimento del alma, un antídoto contra el vicio, y la prenda de bienaventuranza eterna.

Tales son los medios que tenemos para perseverar en el culto y devocion á la Santísima Vírgen. Concluyamos, pues, protestando la perpetuidad de nuestro amor, con aquellas enérgicas frases del Profeta Rey: «Que mi diestra se seque, si llego á olvidaros nunca; que quede inerte mi lengua, si vuestro nombre viene á serla extraño (1).» Hagamos de manera, que nos vea en lo sucesivo más aficionados á los piadosos ejercicios á que esta tarde damos fin; que se nos vea más celosos de la gloria de María, acudiendo con diligencia al pié de su altar, en los días consagrados á su culto, santificándolos con prácticas de ferviente y generosa piedad; que se nos vea firmes en la confianza de María, recurriendo á su poder en las tentaciones y en toda clase de necesidades, hablándola de nuestras miserias con la familiaridad de un hijo, con la sencillez de una hija que comunica con su madre, y mereciendo por esto las mercedes que pidamos; que se nos vea fieles como nunca en imitar á María Santísima, copiando las virtudes que Jesús coronó en su Madre; en imitar aquella humildad suya, que la rebajó á sus propios ojos, tanto como el Cielo la había ensalzado con extraordinarias prerogativas; aquella pureza, que los ángeles envidian; aquella caridad, en fin, que la hizo vivir para Jesús, y morir para El. ¡Ojalá sean tales como os expongo nuestros sentimientos y nuestras disposiciones, miéntras vivamos ausentes de María en este valle de lágrimas, hasta el dichoso instante en que su divino Hijo, para premiar nuestra perseverancia en el servicio de su Santísima Madre, nos asocie á su eterno triunfo, colocándonos para siempre junto á María en el Cielo! *Amen.*

(1) PSALM. 137, v. 5.

Para ser fiel á María, el primer medio es, evitar las ocasiones próximas de pecado. El que ama el peligro, nos previene el Espíritu Santo en la Sagrada Escritura, perecerá en él; y el que se acompaña con impíos, no tardará en hacerse como ellos. Evitad, pues, toda ocasion de pecado, y la compañía de los perversos, considerando ambas cosas como un manantial emponzoñado de crímenes y torpezas.

El segundo medio, inherente á la perseverancia en la devocion al culto de María Santísima es, la oracion, escudo de la virtud, y arma poderosa del cristiano. Dios se complace en fortalecer el valor de cuantos le invocan con humildad, amor y confianza. ¿Necesitais un ejemplo que os convenza? Citaré el de Moisés en el día de una batalla: miéntras este caudillo del pueblo de Israel tenía levantadas las manos al Cielo, implorando el auxilio del Dios de los ejércitos, el suyo triunfaba; mas, así que suspendía su plegaria, los amalecitas empezaban á vencer á los hebreos. Con esto entendereis la eficacia de la invocacion á Dios; con esto comprendereis el poder de la oracion. Este suceso histórico os descubre la importante verdad, de que la oracion es el arma inquebrantable del hombre religioso. Armaos, pues, con ella como buenos soldados de Jesucristo, elegidos por Dios para la gloria celestial. Velad y orad, sin dejaros vencer por el sueño ó la pereza, á fin de que no seais sorprendidos de improviso por la muerte. Rogad á Dios de dia y de noche, que no permita sucumbais á la tentacion; y Él se apresurará á llenar vuestra alma de superabundantes gracias, que os faciliten el cumplimiento de sus preceptos, que alijeren y suavicen su yugo, que os ayuden á triunfar de las asechanzas de Lucifér y de sus infames agentes, que os permitan caminar de virtud en virtud, hasta llegar al término de la carrera donde se corona al vencedor; más claro: hasta que llegueis al Cielo, puerta de la salvacion, donde os recreareis con el fruto del árbol de la vida.

El tercer medio que hemos de emplear para mantener nuestras laudables resoluciones es, frecuentar los sacramentos. Por este conducto distribuye Dios sus gracias á las almas. Los sacramentos son las aguas vivas y puras que las refrescan, para resistir la accion abrasadora de las pasiones; son la saludable piscina, donde los corazones enfermos pueden á todas horas recobrar la salud. Haced cuanto ántes la experiencia, siguiendo el ejemplo de los Santos, vuestros dignos y venerables padres en la fé y en la ciencia de la salvacion. De los sacramentos sacaron ellos la fuerza necesaria para luchar, ora con las seducciones del mundo, ora con el furor y crueldad de los tiranos. Imitad á las nobilísimas vírgenes que acompañan al Cordero

inmaculado, en premio de la pureza que mantuvieron por la virtud de los Sacramentos. Llegaos al tribunal de la Penitencia, para obtener de Dios el perdon de vuestras faltas y pecados contra su santa Ley. Acudid con frecuencia á la mesa Eucarística, donde recibireis, junto con el alimento del alma, un antídoto contra el vicio, y la prenda de bienaventuranza eterna.

Tales son los medios que tenemos para perseverar en el culto y devocion á la Santísima Vírgen. Concluyamos, pues, protestando la perpetuidad de nuestro amor, con aquellas enérgicas frases del Profeta Rey: «Que mi diestra se seque, si llego á olvidaros nunca; que quede inerte mi lengua, si vuestro nombre viene á serla extraño (1).» Hagamos de manera, que nos vea en lo sucesivo más aficionados á los piadosos ejercicios á que esta tarde damos fin; que se nos vea más celosos de la gloria de María, acudiendo con diligencia al pié de su altar, en los días consagrados á su culto, santificándolos con prácticas de ferviente y generosa piedad; que se nos vea firmes en la confianza de María, recurriendo á su poder en las tentaciones y en toda clase de necesidades, hablándola de nuestras miserias con la familiaridad de un hijo, con la sencillez de una hija que comunica con su madre, y mereciendo por esto las mercedes que pidamos; que se nos vea fieles como nunca en imitar á María Santísima, copiando las virtudes que Jesús coronó en su Madre; en imitar aquella humildad suya, que la rebajó á sus propios ojos, tanto como el Cielo la había ensalzado con extraordinarias prerogativas; aquella pureza, que los ángeles envidian; aquella caridad, en fin, que la hizo vivir para Jesús, y morir para El. ¡Ojalá sean tales como os expongo nuestros sentimientos y nuestras disposiciones, miéntras vivamos ausentes de María en este valle de lágrimas, hasta el dichoso instante en que su divino Hijo, para premiar nuestra perseverancia en el servicio de su Santísima Madre, nos asocie á su eterno triunfo, colocándonos para siempre junto á María en el Cielo! *Amen.*

(1) PSALM. 137, v. 5.

CONSAGRACION Á LA VÍRGEN.

DÍA 1.º DE JUNIO.

DISCURSO II.

Lætatusque est populus cum vota sua sponte promitterent.

Y el pueblo mostró su alegría al prometer ofrendas voluntarias.

(1 Paral. 29, v. 9.)

Basta, queridísimos hermanos, que seamos miembros de Jesucristo y herederos del reino de Dios, para que María, Madre del Salvador, nos depare su proteccion. Las relaciones que tenemos con el Hijo, son sobrado íntimas para que no interesen á la Madre, y no atraigan sobre nosotros sus miradas. Por muy pecadores que seamos, nunca hemos de flaquear en nuestra confianza en la Santísima Vírgen, puesto que fué elegida para los pecadores, de quienes es, por una consecuencia natural, esperanza y refugio. Escuchad, empero, las consecuencias que de este principio saco yo, y sabreis el derecho especial, que á la proteccion de María y á las mercedes que dispensa os dá una ceremonia, en la que, con un doble culto, uno y otro igualmente gloriosos para Ella, venis á ofrecerla vuestra veneracion, al par que vuestros votos: vuestra veneracion, para reconocer sus grandezas y para honrarla; vuestros votos, para exponerla vuestras necesidades y para implorarla. Sobre este punto, hé aquí el argumento que formo: os concierne, y no es ménos sólido que fácil de comprender.

En efecto; cuando, además de las razones generales que mueven á María á protegernos y defendernos, descubre en nosotros otras particulares, ¡cuánto se enardecerán su amor, y cuánto redoblará su solicitud! Cierto: María es la protectora de todos los hombres; pero los príncipes tienen sus favoritos, y la Reina del Cielo tiene tambien almas escogidas, á las que ama singularmente, y en las que cifra sus más gratas complacencias. ¿Por qué así? Porque la honran é invocan singularmente. Y esas almas privilegiadas, á quienes la Madre de Dios reserva sus más ricos dones, ¿quiénes serán, hermanos mios, sinó las vuestras? ¿Quiénes serán, sinó esos jóvenes fieles, que, sensibles á su gloria, se unen á Ella, ingresan en el número de los suyos, y cada año renuevan su adhesion, siempre con el mismo celo, ó siempre con un celo más fervoroso y animado? María piensa hasta en los que la olvidan; y con frecuencia, sin aguardar á que acudan á Ella á impulsos de una misericordia que se compadece de nuestros males, se les adelanta. ¿Cómo no pensará, pues, en los que se entregan á su direccion con filial confianza; que toman consejo de Ella en todas sus resoluciones, para que les guie en todos sus actos y les auxilie en todas las ocasiones; que únicamente movidos de su verdadero interés, que es la inocencia de las costumbres, la regla de la vida, la santidad de la muerte, y la eterna y celestial felicidad; vuelven á Ella los ojos, llámanla á su socorro, y la proclaman, despues de Dios, como á su refugio más seguro y su salvacion?

Tal es, amados hermanos mios, la protesta que vais á hacer al pié de este altar y ante esta Imágen. Eso es lo que vais á declarar auténticamente, para honra de María y para vosotros mismos. Por eso vais á reconocerla como á Soberana vuestra, como á Patrona vuestra, como á vuestra Abogada. Fijaos bien en lo que os digo: vais á hacer un acto de consagracion, de una consagracion *comun y universal*; de una consagracion *pública y solemne*; y de una consagracion *duradera y perpétua*. ¿Qué más se necesita para realzar su precio? Y de las tres circunstancias en que me detengo ¿hay una siquiera, que no preste un mérito relevante á vuestro generoso acto? Las ponderaremos despues de haber implorado los auxilios de la gracia. *A. M.*

He dicho: Consagracion *comun y universal*. Hablando Tertuliano de las oraciones que hacian en comun los primeros cristianos, se valía de una expresion muy eficáz, que, en mi sentir, puedo aplicar aquí en toda su eficacia: «Nos reunimos aquí, decía, para orar. ¿Y qué es la oracion? Es un combate que libramos al mismo Cielo; acudimos á

Él, no separadamente, sinó todos á un tiempo y en masa, á fin de formar un cuerpo de ejército y hacer una especie de violencia á Dios; violencia, empero, que le es grata.» Así se expresaba, en su estilo enérgico y figurado, aquel celoso defensor de la fé. ¿Y por ventura no es eso, hermanos mios, lo que haceis respecto de María? Uno solo, como jefe, va á presentarse y hablar en el altar. ¿Cómo? Con asentimiento de todos, autorizado por todos, en nombre de todos, y para todos. Así es, que todos hablarán por boca de uno solo. ¿Y qué te dirán, Vírgen Santísima? Que eres la Señora del mundo, y que al someterse á Tí, se someten á la más justa y dichosa dominacion; que eres el apoyo del mundo; y que al recurrir á Tí, buscan y hallan en Tí la más poderosa proteccion; que eres la mediadora del mundo, y que al asegurarse de Tí, se aseguran, despues de la Redencion, la mediacion más pronta y eficáz.

Tal será el lenguaje de tantos corazones juntos, que, en cierto modo, no forman más que una misma alma y un mismo corazon. Aunque fuesen corazones mundanos, corrompidos por el soplo contagioso y el aire pestilente del siglo; aunque fuesen corazones dominados desde mucho tiempo ántes por el vicio, esclavos de sus pasiones, y sujetos á culpables hábitos, todavía no fueran despreciados, á ser penitentes. Pero, son corazones puros. ¿Y cuántos hay tambien, que nunca han perdido el primer candor que les dieron las sagradas aguas del bautismo? Son corazones libres, donde empiezan á manifestarse los santos hábitos de la virtud, y donde, hasta ahora, ningun hábito vicioso ha tenido medios ni tiempo para arraigarse. Uno solo, con su oracion, llegaría á enternecer al Cielo; pues ¿quién ignora lo que puede un ruego del corazon? ¿Qué será cuando todos los corazones obren de acuerdo y con igual espíritu?

Tambien he dicho: *Consagracion pública y solemne.* Mil veces, hermanos mios, la habeis hecho en secreto, y quizás cada día, por una excelente costumbre, la renovais en el interior, delante de una imágen de María, colocada en vuestro aposento, y á la cual acudís á desahogar vuestras almas; pero esos homenajes secretos, por más sinceros que sean, no bastan á vuestro celo: es menester que vuestros corazones se desahoguen, y que vuestros sentimentos se manifiesten á la luz, y se presenten en descubierto. Otros se avergonzarán de un culto que les es representado con falsas ideas; pero vosotros cifrareis en él vuestra gloria, celebrareis el nombre de esta beatísima Vírgen digna de todos los honores, y aún mejor que los demás, defendereis en alta voz su causa. Ireis á Ella con el rostro descubierto, y la cabeza

erguida; quisierais que todo el mundo viese vuestra accion; y que, al veros, conociese el mundo, que aún hay, especialmente en nuestro siglo, no solo verdaderos israelitas que combaten por el nombre del Señor, sinó verdaderos hijos de María, que saben defender los intereses de su Madre y mantenerla en todos sus derechos. Así, pues, cuanto más numerosa fuere la asamblea, tanto más favorable sería para vosotros la ocasion, porque habría más ojos atentos á consideraros, más oidos abiertos para escucharos, más testigos á quienes hacer oir las santas palabras, que van á resonar en el recinto de este templo, y que, en vuestra devocion, quisierais que resonáran en toda la tierra: Te elegimos por Señora, Patrona y Abogada.

Por último, he dicho: *Consagracion duradera y perpétua.* Que si os consagrais á la Madre de Dios, es por una resolucion fija é inmutable, por una irrevocable promesa. Una promesa pasajera y de algunos dias, sería poca cosa: vosotros quereis que se extienda á todos los tiempos, que viva con vosotros hasta la última hora, para que os siga despues de la muerte; ó mejor, para que viva con vosotros en la eternidad. Vosotros quereis que, miéntras vuestro corazon conserve algun sentimiento, sea sensible para María; que miéntras vuestra mente tenga alguna reflexion y alguna claridad de conocimiento, conserve siempre grabado el nombre de María. De suerte, que al consagraros á Ella, lo haceis para no separaros jamás; para no dejar que nunca salga de vuestra boca ó de vuestra pluma cosa alguna que pueda ofenderla; para no inclinaros nunca á ninguna cosa que contradiga la fé que la habreis jurado; para no permitir nunca nada contra Ella, y no relajaros jamás sobre este punto en toda la extension de vuestro poder, y con la autoridad legítima que el Cielo os haya comunicado. Así lo vais á pronunciar, y así, para expresarme de este modo, vais á formular vuestro juramento y vuestro voto: *Estamos resueltos y prometemos no separarnos de María.*

¿Y cómo, decidme, verá la Reina del Cielo tan fiel y devota compañía, agrupada bajo su bandera y reunida bajo su estandarte? No lo dudeis, carísimos hermanos, sus entrañas se conmoverán; su seno se dilatará para vosotros. ¿Y qué os negará entónces? Pedidla que os acoja: ¿os rechazará? Pedidla que en todas vuestras acciones, en todas las circunstancias, en todos los acontecimientos y peligros de la vida, vele por vosotros: ¿os olvidará y os dejará sin asistencia? Pedidla que en la muerte, en esta última lucha, os cubra con su escudo contra todos los tiros y ataques del enemigo: ¿se apartará y os abandonará á vosotros mismos?

¿Qué digo, hermanos mios? Lo que María ha hecho por tantos otros que os han precedido, lo que se dispone á hacer por tantos otros que os seguirán, y á quienes os unireis en espíritu, lo hará por vosotros. Yo la veo, ó creo verla ante el trono de su Hijo, solicitando sus gracias. Paréceme que la oigo hablar en vuestro favor, como Jesucristo á favor de sus discípulos hablaba á su Padre: *Serva eos* (1). Conserva á estos hijos que me confiaste; es la porcion más noble y querida de mi rebaño. Tuyos son, Salvador adorable, pues á costa de tu sangre los redimiste; y son mios, pues Tú me los distes, y ellos se han dado á Mí. Consérvalos en tu nombre y en el mio, que quieres sea el más misericordioso de todos, despues del tuyo. No vengo á implorarte para ellos bienes temporales; ¿qué les falta? ¿Y acaso no estarán más expuestos, y no les serán más necesarios los dones de tu gracia, porque nada ha de faltarles de la prosperidad humana? ¡Oh! santifícalos, y santifícalos en la verdad: este es el colmo de mis deseos y todo el fruto de mi súplica: *Sanctifica eos in veritate.* Los corruptores halagos del mundo no marchiten estas flores nacientes; ni las conmuevan los vientos, las tempestades y las tentaciones. No arrebaten ninguno de los que están bajo mi amparo, y pueda yo recogerlos en la vida eterna. Así lo espero, carísimos hermanos, y esta ceremonia es de ello la más segura prenda, ya que, como lo habeis visto, os ha facilitado una nueva proteccion de María. Así sea.

(1) Joan. 17.

FIN.

ÍNDICE.

	PÁG.
Nuestra Señora de los Agonizantes	1
» » de las Aguas	8
» » de las Alegrías	15
» » de los Ángeles	24
» » de los Ángeles ó Jubileo de la Porciúncula	32
» » de las Angustias gloriosas	40
» » del Arco	47
» » de la Aurora	55
» » Auxilio de los cristianos	63
» » de la Ayuda	70
» » de Belén	78
» » de la Caridad	86
» » del Carmen.	
Discurso I	95
Discurso II	105
Discurso III	113
Nuestra Señora de la Cinta	122
» » del Buen Consejo	136
» » del Sagrado Corazón	145
» » de la Correa ó de la Consolacion	156
» » de la Córte de María	165
» » de Covadonga	174
» » de los Desamparados	184
» » de la Esperanza	190
» » de la Espectación ó de la O	197
» » de la Fé	205
» » de la Gloria	214

¿Qué digo, hermanos mios? Lo que María ha hecho por tantos otros que os han precedido, lo que se dispone á hacer por tantos otros que os seguirán, y á quienes os unireis en espíritu, lo hará por vosotros. Yo la veo, ó creo verla ante el trono de su Hijo, solicitando sus gracias. Paréceme que la oigo hablar en vuestro favor, como Jesucristo á favor de sus discípulos hablaba á su Padre: *Serva eos* (1). Conserva á estos hijos que me confiaste; es la porcion más noble y querida de mi rebaño. Tuyos son, Salvador adorable, pues á costa de tu sangre los redimiste; y son mios, pues Tú me los distes, y ellos se han dado á Mí. Consérvalos en tu nombre y en el mio, que quieres sea el más misericordioso de todos, despues del tuyo. No vengo á implorarte para ellos bienes temporales; ¿qué les falta? ¿Y acaso no estarán más expuestos, y no les serán más necesarios los dones de tu gracia, porque nada ha de faltarles de la prosperidad humana? ¡Oh! santifícalos, y santifícalos en la verdad: este es el colmo de mis deseos y todo el fruto de mi súplica: *Sanctifica eos in veritate.* Los corruptores halagos del mundo no marchiten estas flores nacientes; ni las conmuevan los vientos, las tempestades y las tentaciones. No arrebaten ninguno de los que están bajo mi amparo, y pueda yo recogerlos en la vida eterna. Así lo espero, carísimos hermanos, y esta ceremonia es de ello la más segura prenda, ya que, como lo habeis visto, os ha facilitado una nueva proteccion de María. Así sea.

(1) Joan. 17.

FIN.

ÍNDICE.

	PÁG.
Nuestra Señora de los Agonizantes	1
» » de las Aguas	8
» » de las Alegrías	15
» » de los Ángeles	24
» » de los Ángeles ó Jubileo de la Porciúncula	32
» » de las Angustias gloriosas	40
» » del Arco	47
» » de la Aurora	55
» » Auxilio de los cristianos	63
» » de la Ayuda	70
» » de Belén	78
» » de la Caridad	86
» » del Carmen.	
Discurso I	95
Discurso II	105
Discurso III	113
Nuestra Señora de la Cinta	122
» » del Buen Consejo	136
» » del Sagrado Corazón	145
» » de la Correa ó de la Consolacion	156
» » de la Córte de María	165
» » de Covadonga	174
» » de los Desamparados	184
» » de la Esperanza	190
» » de la Espectación ó de la O	197
» » de la Fé	205
» » de la Gloria	214

PÁG.

Nuestra Señora de Guadalupe. 224
» » de las Lágrimas. 233
» » de Lourdes. 241
» » de la Luz. 253
» » de la Merced.
Discurso I. 261
Discurso II. 272
Nuestra Señora de la Misericordia. 282
» » de la Modestia.. 291
» » de Monserrate.
Discurso I. 298
Discurso II. 309
Nuestra Señora de las Necesidades. 317
» » de las Nieves. 325
» » de la Divina Pastora.. 335
» » del Pilar.
Discurso I. 345
Discurso II. 355
Nuestra Señora de la Providencia.. 368
» » del Refugio. 377
» » del Remedio. 386
» » del Rosario.
Discurso I. 394
Discurso II. 403
Nuestra Señora de la Saleta.. 412
» » de la Salud. 423
» » Reina de todos los Santos.. 434
» » de la Soledad. 446
Nota. 455
Observacion sobre el Mes de Mayo ó de María Santísima. . . 456
Indulgencias concedidas á los fieles que santifican el mes de María.. 456
Preparacion para celebrar con fruto el Mes de María.
Discurso I.. 457
Discurso II.. 466
Perseverancia en el culto de María Santísima.
Discurso I.. 475
Discurso II. 482

FIN DEL ÍNDICE.